Rodrigo Costoya

Hijos de Gael

En la guerra de la razón contra el dogma, un niño elegido, heredero último de la ancestral sabiduría gaélica, luchará por salvar a la estirpe milenaria de las garras del invasor

13

En la guerra de la razón contra el dogma, un niño elegido, heredero último de la ancestral sabiduría gaélica, luchará por salvar a la estirpe milenaria de las garras del invasor.

Ya solo el viento visita la planicie solitaria. Las piedras milenarias, inmunes a sus embates, dormitan un sueño perpetuo.

La memoria de la vieja Armórica resiste a duras penas el paso de los siglos y solo unos pocos conservan la sabiduría antigua de los hijos de Gael. El pueblo perdido que, diseminado en torno a un mar común, arrastra más de mil años de exterminio inexorable.

Es el invierno de 1397. En las profundidades más sombrías del bosque de Karnag llega al mundo Aydan, un niño que supone la última esperanza para su pueblo.

La herencia ancestral de las naciones gaélicas escoltará su búsqueda, pues el futuro de la humanidad, aun sin saberlo, está ligado a su destino. Pese a caminar lastrado por leyendas antiguas, el pequeño nace atado a un extraño sino que es, a la vez, bendición y maleficio.

Extender luz sobre las tinieblas.

Cambiar el mundo para siempre.

Los menhires, testigos mudos de su historia, la guardarán hasta el alba en el eco de la eternidad. Tal vez ellos puedan responder, algún día, a las preguntas que ya nadie sabe formular.

¿Qué sucedió con el pueblo perdido?

¿Qué fue de los hijos de Gael?

Rodrigo Costoya

Hijos de Gael



Título original: *Hijos de Gael*
Rodrigo Costoya, 2022

Mapas: Héctor Trunnec

Revisión: 1.0
10/09/2022

A Laura, a Breann y a Myrna
porque las tres son
en realidad
una sola

Am dé delbas do chind codnu, coiche nod gleith clochur slébe?
da on co tagair aesa éscai?
Cia du i l-laig fuiniud gréne?

Yo soy el Dios que enciende el deseo, ¿quién más conoce el secreto de la piedra sin labrar?
¿Quién, sino yo, anuncia las edades de la luna?
¿Quién, sino yo, sabe dónde se asienta la puesta de sol?

«Canción de Amergin»
Libro de las invasiones de Irlanda (Lebor Gabála Érenn)


ARMÓRICA
COTENTIN
SAINT-LÔ
NORMANDÍA
LA MANCHE
SAINT-MALOÜ
MONT SAINT MICHEL
PONTAUBAULT
PENN-AR-BED
BREIZH
MORBIHAN
MAR DE GAEL
MORBIHAN
VANNES (GWENED)
PLOUHARNEL
KARNAG
QUIBERON


NACIONES GAÉLICAS
ALBA
MANNIN
EIRE
CYMRU
KERNOU
NORMANDÍA
BREIZH
MAR DE GAEL
GALICIA

1
HIJO DE LA NIEVE

Nacemos sin cadenas. De nadie
somos. Sin más vínculo de pertenencia
que el amor que nos dieron,
o que hemos de dar.
Somos simples herederos de un pasado ineludible,
y escultores en hielo del futuro.

I

BOSQUE DE KARNAG, 1 DE ENERO DE 1397

Huir era arriesgado, sí.

Lo sabía, claro que lo sabía. Sin embargo, quedarse en Vannes suponía desafiar a la muerte cara a cara.

La amenaza de un ataque inglés se cernía sobre sus cabezas y las fuerzas del conde Patern de Gwened, sin contar con los doce caballeros, eran poco menos que simbólicas.

Fue esa vulnerabilidad, precisamente, lo que le hizo lanzarse. No sabría decir si pese al avanzado estado de gestación en el que se encontraba su esposa o a causa de esa misma circunstancia. El caso, se dijo, es que tenía que evacuarla antes de que la ciudad cayera. Si esperaban, no habría escapatoria.

Aunque abrumado por las dudas, se decidió. Una delegación camuflada saldría con rumbo oeste hacia las tierras más recónditas de la vieja Armórica. Allí hallarían cobijo. Un lugar seguro donde la condesa pudiera traer al mundo

a su decimotercer hijo. Con eso se conformaba.

Sus fuentes afirmaban que Vannes iba a ser atacada de forma inminente. Y los condes, desde luego, eran el botín más preciado que los ingleses podrían obtener. Sobre todo, si los atrapaban junto a su hijo recién nacido. Ese sería el fin.

Definitivamente, Alix debía huir. Ya casi no quedaba tiempo.

Así fue como, antes casi de darse cuenta, la gran dama se vio dando botes en el pescante de un carromato cargado de leña que chirriaba penosamente al avanzar por el camino del Penn ar Bed. Se dejó llevar bajo la peor nevada que jamás había visto. Si Patern decía que aquello era lo mejor, fuese.

Al igual que ella, los seis soldados de la escolta iban disfrazados de leñadores.

Tras unas horas de marcha, Alix se mordió el labio. Las sacudidas del camino le hacían presentir que podía ponerse de parto en cualquier momento. Allí mismo podía ser, pensó con pavor. Allí, cruzando aquel bosque bajo la ventisca que arreciaba por momentos.

Porque quedarse, había sentenciado el conde, era desafiar a la muerte cara a cara.

No cayeron en que este tipo de huidas siempre son en vano. La muerte es certera, dice una leyenda antigua, forjada en los albores de la Armórica. Si ha de encontrar a una persona, lo hará.

Aunque se esconda en el último confín del mundo.

Llevaban ya horas de camino cuando a Alix le asaltó un escalofrío. Sin saber muy bien cómo, de soslayo, acababa de percibir algo extraño. Un indicio, leve pero aterrador, que trajo la vieja canción a su memoria.

No estaban solos en el bosque.

La muerte siempre encuentra, decía la leyenda.

Incluso en los confines más recónditos del Penn ar Bed.

II

Las órdenes del Maestre habían sido tajantes.

—Vigila todo movimiento extraño que tenga lugar en las tierras de Bretaña. Todo, Beadur.

La región vivía una guerra soterrada que la Orden no podía ignorar. El poder de los caballeros hospitalarios se cimentaba en la información recabada por sus espías en cada rincón de la cristiandad. Su política dependía de

aquellos recursos. Por eso, el gran señor de Rodas había insistido en que debían mantener la Armórica bajo vigilancia. Con medios limitados, sí, pero sin escatimar esfuerzos. Una misión que solo unos pocos podrían asumir.

Habían pasado meses desde aquel encuentro, pero Beadur no había bajado la guardia ni por un segundo. Ni bajo el sol abrasador del estío ni bajo aquella nevada que borraba los caminos. Siempre, moviéndose como una sombra.

Por algo el gran guerrero gauta era apodado el Fantasma Gris.

La nieve cubría los árboles en las profundidades más oscuras del bosque, y el frío le traspasaba los huesos. Llevaba días de persecución silenciosa. Sin dormir. Sin apenas comer. Cualquier otro ya habría sucumbido, pero él no.

Él nunca descansaba.

Solo una vigilia permanente habría permitido destapar aquella incursión inglesa en suelo continental. También lo había hecho en las anteriores. Una tras otra, de hecho. Toda una invasión encubierta de territorio francés. Maniobras secretas que confirmaban, una vez más, las sospechas del Maestre.

Tal y como indicaba el protocolo, el espía hospitalario informó al momento a sus hermanos. Los caballeros del Mediterráneo oriental recibieron la noticia inmersos, como siempre, en una batalla.

En una guerra desesperanzada. Una cruzada permanente, abocada a la derrota. De ahí que no hubiera respuesta. De sobra tenían, caviló entonces Beadur. Manter a raya la invasión otomana era un cometido conscientemente suicida.

La caída de Bizancio estaba escrita, lo sabía bien. Solo era ya cuestión de tiempo.

Sin embargo, los hospitalarios de Rodas no contemplaban más opción que resistir. No había alternativa. Podían tolerar la derrota, incluso la muerte, pero jamás la ignominia. Rodas, Jerusalén, Constantinopla. Los lugares más sagrados.

La última defensa de su civilización.

Tanto era así que, en realidad, los conflictos entre ingleses y franceses habían llegado a resultarles ajenos. Si la organización aún mantenía sobre el terreno a un informador como Beadur Njöror era porque, como bien sabían, necesitaban sus pesquisas para subsistir. Ardua tarea.

Por eso allí estaba él, bajo la nieve. Por pura supervivencia.

Mantenerse oculto de unos mercenarios como aquellos era casi imposible, y sin embargo lo había logrado. De hecho, llevaba siguiéndolos ya tres días. A un contingente de dieciocho hombres, nada menos. Una patrulla que había desembarcado de madrugada en una playa remota entre Saint Brieuc y Saint Maloü. Pronto se percató de que no eran unos meros aficionados. Habían cruzado toda la Bretaña a marchas forzadas para esconderse allí, camuflados entre la maleza y cubiertos de nieve, al lado de aquel camino. Esperando algo que Beadur no alcanzaba a adivinar.

Un misterio difícilmente explicable.

Tenía que ser un objetivo importante, eso estaba claro. Algo grande, para arriesgarse de aquella manera. Y una misión así, frunció el ceño, no podía ser casual. Semejante operativo necesitaba de algún infiltrado. Un traidor. También él había sido advertido de la incursión el día previo al desembarco. Un informador fiel a la Orden, camuflado en los puertos sureños de la Albión, lo había citado en plena noche. Traidores hay en todos los bandos, rumió.

Hasta en el suyo.

Ante el rechinar inconfundible de un carro que se acercaba, el gauta tensó los músculos. Al estirar el cuello, se deslizó a lo largo de su espalda la trenza rubia que un día lejano había prometido nunca más cortar. Dudó. Había vigilado a los ingleses a lo largo de casi treinta leguas. Lo que esperaban tenía que ser aquel vehículo que se acercaba despacio.

¿Qué otra cosa podría ser, en aquel lugar recóndito y bajo aquella ventisca?

No obstante, al verlo aparecer volvió a bajar la cabeza, decepcionado. Lo que chirriaba por el camino no era más que un carro de leñadores. Un carromato conducido por un hombre y una mujer que se protegían de la nieve envolviéndose en sus capas hasta los mismos ojos. Un puñado de hombres pertrechados con hachas los acompañaban a pie. Echó un nuevo vistazo y negó con la cabeza. Volvió a guarecerse entre las ramas del espino. Aquellos infelices, con su carga de leña, no podían ser lo que los mercenarios ingleses habían venido a buscar. No tendría sentido atravesar el océano embravecido y toda la Bretaña, de norte a sur, para asaltar a unos simples arrieros. Nada, pues. Habría que seguir esperando.

Se concentró en conservar el calor corporal. Llevaba tres días sin probar bocado, y también sin dormir. En aquel punto, su única prioridad era soportar aquel frío glacial sin sucumbir. Las condiciones eran extremas, pero no había privación que pudiera minar su ánimo. Para ello había sido entrenado en los desiertos de Tierra Santa. Allí, recordó, había tenido que sobrevivir sin agua ni comida durante más de un mes. Bebiendo sus propios orines y cazando serpientes con las manos. Un poco de nieve no iba a acobardar a un guerrero gauta. Ese no era el problema.

El problema era averiguar qué rayos esperaban los mercenarios.

Para su sorpresa, no tardó en descubrirlo. Ante el avance del carro, siete soldados ingleses tensaron los pequeños arcos que hasta ese instante habían mantenido ocultos bajo las capas. Al distinguir la calidad de aquellas armas y la forma en que las manejaban, Beadur confirmó sus sospechas. Aquellos hombres no eran unos simples esbirros. Ya se lo había parecido al ver la extrema pulcritud de sus campamentos y la discreción espectral de su incursión.

Sin embargo, ahora estaba seguro. Eran fuerzas de élite. Militares del más alto nivel, de los que apenas se podían encontrar unos pocos números en

cualquier ejército europeo. Asintió, conteniendo el aliento. Si aquellos hombres no lo habían descubierto mientras los perseguía, había sido gracias a las extremas medidas de precaución que había aprendido en Rodas. Beadur siempre era invisible. Aunque no pareciera necesario.

Un hospitalario nunca baja la guardia. Esa era la diferencia.

Los siete arcos zumbaron exactamente en el mismo instante. Siete flechas salieron directas hacia los leñadores sin que nunca llegasen a saberlo. Los proyectiles entraron por el ojo derecho de cada uno de los hombres que formaban la comitiva, atravesándoles el cráneo.

Se desplomaron al unísono. Allí se quedaron, tirados como trapos sobre la nieve, poco antes inmaculada pero salpicada ahora de rojo.

La mujer que iba sentada en el pescante se quedó paralizada. Ya solo quedaba ella.

El carro se detuvo. Los bueyes ceñidos al yugo esperaron nuevas órdenes que ya nunca llegarían. Los siete arqueros cargaron de nuevo sus armas y sus compañeros se mantuvieron en posición, con las espadas en la mano.

Auténticos profesionales, sin duda. Beadur arqueó las cejas. No tenía sentido que el objetivo de un cuerpo de élite fuesen unos simples leñadores.

Al cabo de un minuto, dos hombres se adelantaron. La mujer, al verlos aproximarse, se apeó del carro con mucho cuidado. Bajo la voluminosa capa cubierta de nieve se percibía algo extraño en sus movimientos. Algo así como una rara torpeza.

Una pesadez difícil de interpretar.

—Oscuros son los tiempos que vivimos —saludó, con un marcado acento extranjero, el hombre que estaba al mando de la milicia—. Tanto como para encontramos a una condesa montada en un carro como una vulgar arriera.

El hombre que lo acompañaba era mucho más joven; apenas un chiquillo que no aparentaba más de quince años. El muchacho llevaba la espada desenvainada, pero mostraba más dudas que convicción.

La mujer, ignorando las palabras del capitán, atravesó con la mirada al joven que lo acompañaba. Su gesto expresaba a la vez incredulidad y horror, y sus ojos desprendían chispas de indignación.

—Como a un hijo te tratamos siempre, Cearbhall —le espetó, con un nudo en la garganta pero con voz firme.

El joven clavó la mirada en el suelo.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó el capitán.

La mujer se encaró entonces con el extranjero. Temblaba, pero mantuvo la cabeza alta. No parecía dispuesta a mostrar sumisión.

—Esa pregunta no tiene sentido —su voz sonó orgullosa. Tal vez cazada, se admiró el gauta desde su escondrijo, pero nunca sometida—. Una condesa no tiene por qué dar explicaciones dentro de sus dominios. Y menos aún a un malhechor como vos… De cualquier modo, supongo que ya no me dirijo a

ninguna parte. ¿No es cierto?

La extrema palidez de su cara le daba un aspecto sobrenatural. La nevada iba a más por momentos, cubriéndole la capa, ya blanca también. Toda ella parecía una aparición.

—Cierto —fue cuanto respondió el capitán.

Ahí se acabó la conversación. Tras desenfundar la espada en una décima de segundo, el hombre le asestó un mandoble brutal a la altura del cuello.

Antes de que nadie pudiera prever el golpe, una cabeza rodó por la nieve.

Cearbhall trató de reaccionar ante la inesperada acción de su compañero, pero la velocidad a la que sucedió todo hizo que solo lograse amagar un movimiento instintivo. Una reacción vana que acabó, casi antes de empezar, en un gesto de impotencia y estupefacción.

—¡Dreng, no! —chilló, horrorizado—. ¿Por qué?

El joven cayó al suelo de rodillas, dominado por las náuseas ante la visión del cuerpo decapitado de la mujer, de la sangre que humeaba al salir a chorros de su cuello cortado y de la cabeza que había rodado por la nieve hasta ir a parar, detenida para siempre en un gesto tétrico, unos pasos más abajo.

Desde su cobijo, Beadur contempló el contraste entre la desesperación del muchacho y la conducta impasible de los ingleses. Estaba claro quién había sido el traidor que había propiciado la infamia.

—¿Cómo creías entonces que íbamos a cumplir la misión? —contestó Dreng, riendo ante las arcadas del muchacho.

Tras soltar una carcajada al verlo vomitar, el capitán agarró por los cabellos la cabeza decapitada, levantó por un brazo a Cearbhall del suelo y ordenó retirada mediante un gesto escueto.

Los soldados se pusieron en marcha en absoluto silencio. En apenas segundos, desaparecieron entre la floresta como si jamás hubieran estado allí.

La nevada arreciaba. Sus huellas serían borradas en un par de minutos.

Aún sorprendido, pero ya atando cabos, Beadur observó desde su escondite cómo la patrulla desaparecía. Ya tenía suficientes datos, solo le restaba comunicar lo acaecido a sus superiores. Un grupo de asesinos profesionales llegados de Inglaterra se había internado en un bosque de Bretaña para matar a la condesa de Vannes. Un cometido exitoso propiciado, sin duda, por la información proveniente de un traidor llamado Cearbhall.

De todos modos, arrugó la frente, había cosas que seguían sin encajar. Demasiados recursos empleados en liquidar a una mujer indefensa. Al menos, pensó, sin ningún beneficio a cambio. Los mejores profesionales de la Corona inglesa habían sido enviados a asesinar a una señora que ya había sido madre de doce hijos. Por lo demás, ni un rescate, ni una victoria militar. Nada.

Tan solo un asesinato.

Beadur negó con la cabeza. Era ilógico. Tenía que haber algo más.

Su instinto de espía le decía que en realidad aquellos hombres acababan de

ejecutar una misión elevada, aunque a él le faltasen datos para entenderlo. Un extraño cometido que su capitán consideraba cumplido de aquella manera, tal y como había dicho.

Pensativo, observó el cadáver desde la distancia. Las incógnitas lo asaltaban, pero no halló respuestas. Aquella mujer debía de estar a punto de dar a luz. Aunque eso, caviló, ya nunca sucedería.

Aún inmóvil, contempló cómo el último soldado inglés desaparecía entre la maleza. Decidió dejarlos ir. Seguramente volverían a Inglaterra sin demora; no iba a obtener más información al perseguirlos. Sin embargo, el cuerpo mutilado de la condesa, casi cubierto ya por la nieve que seguía cayendo, aún podía proporcionarle una información valiosa. Alguna prueba de lo sucedido. Algo que le pudiera servir en el futuro para demostrar que él había presenciado aquella escena.

Esperó un tiempo prudencial antes de acercarse. Era una práctica habitual, entre soldados de tan alto nivel, dejar un par de arqueros apostados tras aniquilar a un enemigo. Por si alguna mirada indiscreta hubiera presenciado lo sucedido.

En ese caso, también liquidarían a los testigos.

Dejó pasar el tiempo antes de salir de su escondrijo. No había prisa. Registraría las ropas de la condesa y también el carro. Trataría de encontrar algún documento, o alguna alhaja. Cualquier cosa.

Cuando ya se disponía a incorporarse, se detuvo sobresaltado. Algo estaba moviéndose entre las ramas, justo encima del cadáver. Contuvo la respiración.

Las sorpresas no habían terminado aún.

Beadur se quedó paralizado al ver bajar del árbol a una niña rubia. Una muchachita que no debía de tener más de doce o trece años. La chiquilla se descolgó con los brazos y se dejó caer sobre la nieve junto al cuerpo de la condesa. El gauta apretó los puños.

Contra todo pronóstico, lo más asombroso estaba por llegar.

A pesar de todas las atrocidades que había tenido ocasión de presenciar a lo largo de su vida, Beadur Njöror se quedó atónito al contemplar la acción de la muchachita. Jamás hubiera imaginado que semejante hazaña pudiera tener lugar. La vio actuar con decisión bajo la ventisca implacable.

Ante la mirada asombrada del gauta, el milagro más insospechado tuvo lugar a manos de una niña aparecida como por arte de magia.

Súbitamente, la luz se hizo de la forma más inesperada. Y lo hizo justo allí, donde la muerte acababa de esparcir sus tinieblas. Entonces, el espía se estremeció. Al presenciar aquella escena sobrecogedora, una vieja profecía acababa de golpear su conciencia como un mazo de granito.

Su primer verso apareció ante él, girando con letras de fuego.

Hijo de la nieve, de la muerte nacido.

III

A Breann le gustaba la nieve.

Le recordaba a los inviernos vividos en Escocia, siendo niña. Un tiempo que se le antojaba remoto, como si en lugar de pertenecer a su propia vida formase parte de un sueño difuso.

Y eso que no tenía más que doce años.

Pero claro, llevaba los cuatro últimos lejos de su hogar. Un tiempo no muy largo, pero que se había convertido en una eternidad inesperada.

Siempre es así para un corazón desencantado.

Las cosas, desde luego, no estaban saliendo como ella se había imaginado. Iban cuatro años, ya. En los que llevaba adquiriendo, supuestamente, la sabiduría ancestral de los druidas que perduraba entre las piedras hitas de Karnag. Así lo había previsto su padre cuando, contra el criterio de su madre, había decidido enviarla allí. A la lejana Bretaña, como aprendiza de la sanadora más sabia de toda la Armórica. Si no del mundo entero, había dicho él.

La legendaria Myrna Ménec. La druida de Morbihan.

—Serás la heredera de la sabiduría forjada por el pueblo antiguo. —Su padre era el curandero de Inverness. Morvern Airdsgainne, le llamaban, y no cabía en sí de orgullo—. Myrna te ha elegido entre cientos de aspirantes pese a provenir de un país tan distante. Eres una privilegiada, Breann. Valóralo.

«El país es el mismo, Morvern, recuerda que todos somos hijos de Gael».

El hombre, exultante, rememoró las palabras de la anciana y sacudió la cabeza antes de continuar.

—Da igual… hija mía, el caso es que esta oportunidad hace de ti una elegida entre miles.

La pequeña se había ilusionado por puro contagio. Una auténtica druida, la sanadora más venerada a lo largo y ancho de varios reinos, había aceptado enseñarle todo cuanto sabía. Pócimas secretas, arreglos para piernas rotas y hombros dislocados, los secretos de las estrellas y del sol, la verdad sobre la vida y el mundo… El conocimiento que los viejos gaeles habían ido acumulando a lo largo de miles de años le iba a ser transmitido a ella.

A Breann Airdsgainne, una simple chiquilla nacida en la remota Inbhir Nis.

—Esos conocimientos jamás fueron escritos. —Nunca había visto a su padre tan entusiasmado—. Ten en cuenta que, o se reciben de esa mujer, última poseedora de la sapiencia antigua, o se pierden para siempre.

El futuro, por boca de Morvern, se presentaba como una aventura

apasionante. Sin embargo, al llegar a Karnag la decepción fue proporcional a las expectativas. Myrna resultó ser una vieja loca que apenas hablaba con lógica, y que tanto podía acariciarte hoy como arrearte mañana con una estaca sin motivo alguno. Sin mediar palabra ni razón.

Una demente que, por encima, tenía la casa atestada de artefactos extraños. Allí se amontonaban ollas de formas raras, matraces y alambiques. En alguna ocasión, incluso la sorprendió dibujando unos símbolos incomprensibles en la ceniza del hogar, o mirando al cielo durante horas enteras en las noches de luna nueva. Hasta ahí llegaba su supuesta «sabiduría ancestral».

Una vieja trastocada con la que no se podía razonar. Más allá de las diferencias de idioma, nada insalvable para la pequeña Breann, el carácter de la anciana imposibilitaba cualquier aprendizaje.

Al menos, eso fue lo que le pareció al principio. Porque, pese a todo, Breann no tardó en advertir que allí había algo más. Algo grande, enorme, que se escondía tras aquella realidad decepcionante. Aquello fue lo que hizo que no se diese media vuelta. Lo único que impidió que partiese de inmediato a sus amadas Tierras Altas. Sí, el regreso a A'Gháidhealtachd podía esperar.

Porque ese «algo más» sucedía de vez en cuando. Y era realmente milagroso.

Cuando alguien llamaba a su puerta aquejado de un mal grave, Myrna sabía qué hacer. Si aparecía un hombre con una muela inflamada, o cojeando por un talón magullado, lo echaba a cajas destempladas. Y siempre haciendo gala, de la forma más ostentosa, de sus manías de vieja tarada. Los pacientes rechazados se largaban hechos una furia, jurando nunca volver y maldiciendo a aquella loca andrajosa.

Sin embargo, si llegaba alguno con una tripa atravesada, un dolor de muerte en el pecho o cualquier otro mal que hiciera peligrar de verdad su vida, le mandaba pasar y lo abría.

Lo abría, sí.

Primero los dormía, dándoles a respirar un paño impregnado en una misteriosa sustancia. Un líquido que guardaba en una botella lacrada que la pequeña tardó poco en asociar con la planta de la adormidera. *Cromlus*, le oyó musitar una vez. Sí, recordó, era la misma que las jovencitas empezaban a denominar *poppy flower* allá, en Inbhir Nis.

Después, la vieja cogía una navaja tan afilada como jamás había visto, la pasaba por un líquido que guardaba como si fuera oro y hacía una incisión en la piel. Después metía por la abertura las manos, también empapadas en el mismo líquido, y localizaba el daño.

Entonces, arreglaba lo que estuviera mal.

Finalmente, con mucho cuidado, cosía el corte con hilos de no se sabía qué. En cuanto los pacientes volvían en sí les daba alguna pócima sedante, o

les hacía respirar de nuevo la sustancia narcótica. Al considerar que estaban listos, los dejaba ir. Antes, eso sí, les hacía jurar que jamás le contarían a nadie lo sucedido.

Era algo asombroso, pero era real. Por eso, Breann había decidido quedarse.

Aquella habilidad para curar era casi sobrenatural. Aquellas personas, de no ser por Myrna, hubieran agonizado hasta morir de una manera lenta y terrible. La anciana no le explicaba nada, ni le indicaba qué sustancias misteriosas había que emplear en cada caso, pero la niña no perdía ojo de cuanto ella llevaba a cabo en cada una de sus intervenciones. Aquellos milagros, se decía, justificaban por sí solos la decisión de permanecer en aquel lugar inhóspito.

Al cabo de un par de años, la pequeña empezó a atar cabos. Después de tanto observar, sintió que empezaba a comprender. A interpretar lo que sucedía dentro de los cuerpos de los pacientes. Ya podía identificar las estructuras anatómicas y asociar las funciones que cada una de ellas desempeñaba. Las piezas iban encajando poco a poco, y entonces empezaron a pasar más cosas. La sanadora comenzó a encargarle algunas funciones sencillas, y ella dejó de limitarse a presenciar su trabajo con los pacientes.

A veces, le pedía que le pasara el instrumental. Otras, que fuera a recoger una u otra planta de las que crecían en los bosques de alrededor. Osmunda, dedaleras o muérdago. Que las trajera, sin más. Ella sabría qué hacer con ellas.

Así fue como aquel primer día del año, cuando cumplía cuatro lejos de su hogar, la chiquilla se internó en el bosque de Karnag para recoger visco blanco. Era la época mejor para hacerlo, le había dicho Myrna, por estar los frutos bien maduros.

En plena ventisca, Breann trepó hasta lo alto entre las ramas de un árbol enorme que crecía al borde del camino. Desde allí, lo más profundo del bosque era un tapiz blanco. Pese a la nevada, tenía que haber buen muérdago. En efecto, no tardó en dar con él.

Sin miedo a las alturas, ni a la soledad, ni a la tempestad que aullaba a su alrededor, la pequeña se sentó en una rama. No llevaría allí arriba más de diez minutos, oculta entre el follaje, cuando se dio cuenta de que unos soldados estaban tomando posiciones en el suelo, alrededor de su árbol. Se quedó petrificada. No sabía si aquellos hombres estarían tras su rastro. Encontrarse con soldados nunca era buen asunto, y mucho menos para una aprendiza de bruja como ella. Así, lo sabía bien, la denominaba alguna vecina malintencionada. Bruja. Con la boca pequeña, pero sí. Contuvo la respiración. No obstante, su temor resultó infundado.

No la seguían a ella. De hecho, ni siquiera sospechaban que estuviera allí

arriba, observándolos.

De todos modos, se quedó inmóvil. Era mejor esperar a que se hubieran marchado antes de bajar. Ya tenía suficiente muérdago para que Myrna lo destilara. Sin embargo, no se movió. Pese al frío y la nieve, contuvo la respiración. Quedarse allí era preferible a cruzarse en el camino de hombres armados. Aunque esperar no resultase fácil.

Sobre todo cuando allí abajo empezaron a pasar cosas terribles.

Al cabo de una tensa espera, los soldados, quien sabe por qué, asesinaron a flechazos a unos leñadores ante la mirada horrorizada de la muchachita. Menos mal, respiró, que de milagro había logrado detener un grito.

Después tuvo que taparse la boca con las manos cuando el capitán del grupo decapitó de un mandoble brutal a la mujer que los acompañaba. Una mujer que, tal y como ella intuyó en cuanto la vio bajarse del carro, no solo estaba embarazada, sino a punto de dar a luz.

Después se fueron, sin más. Breann, aunque estremecida por el espanto, decidió que tenía que hacer algo. Apretó los puños. Los años que llevaba con Myrna tenían que servirle para tratar, al menos, de salvar una vida. Esperó un rato, por si acaso. No por dudas, ni por indecisión. Su instinto de sanadora la guiaba. Finalmente, bajó del árbol con cuidado pero sin perder un segundo.

El tiempo se agotaba.

El capitán, a quien otro joven había llamado Dreng, se había llevado consigo la cabeza de la condesa. Así le habían llamado, condesa. El cuerpo, que ya casi no vertía sangre por el cuello seccionado, estaba cubierto por la nieve. Una nieve que iba tapando el color rojo con su blancura inmaculada. La niña sacó la navaja con la que había estado recogiendo el visco. Sin delicadezas, abrió de un corte rápido la ropa que tapaba el vientre abultado del cadáver. Al hacerlo, frunció el ceño.

Era extrañamente fina para una simple leñadora.

Lo hizo con rapidez. Ya no podía hacerle ningún daño. Ya con más tino por la criatura, que no por la madre, volvió a emplear la navaja. Tratando de recordar cómo era la cavidad abdominal por dentro, hizo un corte curvo y fue penetrando con las manos en la barriga. Aún estaba tibia.

Palpando con cuidado, dio con la cabeza del bebé. Metió la navaja y rompió la bolsa que lo contenía, que de inmediato derramó un líquido aún caliente. El niño estaba a su alcance. Guiada por la intuición, lo cogió con cuidado y lo sacó al exterior. No sabía si estaba vivo o muerto. No se movía. La nieve empezó también a caer sobre él. Breann, alarmada, lo sacudió con decisión.

Entonces, el niñito empezó a llorar.

Aliviada, cortó el cordón umbilical y metió al niño por dentro de su propia ropa. Lo colocó junto a su pecho, en contacto con la piel. Tenía que llegar a casa cuanto antes. Cualquier opción de que el niño sobreviviera pasaba por

actuar sin demora. Por atenderlo y darle de comer. Secarlo y ponerlo a dormir en un lugar cálido. Y eso, a buen seguro, no iba a suceder allí. Ni en mitad de aquel bosque cerrado ni bajo aquella tempestad de nieve. Con cuidado, pero decidida, echó a correr. Pronto dejó atrás el lugar. Un cuerpo sin cabeza, ya casi cubierto por la nieve, y una soledad aterradora, fue cuanto quedó allí.

Al menos, eso creía ella.

Sin que llegase a sospecharlo, un guerrero gauta la vio salir a toda prisa. Desde su escondite entre el ramaje de un espino, Beadur Njöror, asombrado por lo que acababa de presenciar, se acercó al carro. Aún tenía que examinar las ropas de la condesa.

Lo que encontrara allí podía ser decisivo algún día. Quién sabe, murmuró. Al fin y al cabo, todo eran incógnitas en aquella historia. Una vez más, meneó la cabeza. Un inexplicable halo de misterio rodeaba aquel suceso extraordinario.

Pese a eso, se dijo, una cosa sí estaba clara.

Un futuro convulso se avecinaba.

2
CON LA LÓGICA INABARCABLE QUE RIGE LA ETERNIDAD

No es solo una piedra hita sobre la que un día tallaron una leyenda, Robert.
Es parte del legado ancestral de los sabios gaeles.
De los viejos druidas que supieron leer en la naturaleza y en el cielo
aquello que forma parte del infinito
que a todos nos envuelve.
De lo que, así, debe suceder de nuevo una y otra vez.
Como las estaciones, como el día y la noche
y el latir del corazón.
Con la lógica inabarcable que rige la eternidad.

IV

CASTILLO DE VANNES, JUNIO DE 1400

El conde ya llevaba tres años viudo.

Pese al tiempo transcurrido, nunca había logrado sobreponerse a la desgracia. Patern de Gwened, antes un guerrero enérgico y de repente un viejo, no dejaba de rumiar el remordimiento torturado de su esposa asesinada. El terrible crimen cometido en mitad de una gran tormenta de nieve, justo cuando trataba de ponerla a salvo de un ataque inglés a la ciudad.

Ataque que, para más tortura, nunca había llegado a producirse.

Y eso no lo era todo. Cierto que la ausencia de ella hacía de cada despertar un martirio, y de cada momento de soledad, una pesadilla; pero a eso había

que sumarle la pérdida de su decimotercer hijo. El dolor le mordía el alma a cada paso. Los asesinos no se habían con formado con decapitar a la pobre Alix, sino que habían arrancado de su vientre al pequeño Robert, nonato.

Y a saber qué barbaridades habrían hecho aquellos salvajes con su cadáver.

El día siguiente a la partida de la condesa llegó una paloma al castillo portando una carta anónima. En ella se indicaba el lugar exacto donde yacía su cuerpo, y también los de sus soldados disfrazados de leñadores. Patern salió a galope, sin más compañía que los pocos centinelas que habían permanecido junto a él en previsión del asalto a las murallas de Vannes.

Los hijos del conde estaban fuera. Los doce caballeros de Gwened se encontraban, con casi toda su milicia, defendiendo las costas normandas del desembarco masivo que presuntamente iba a invadir todo el norte de Francia. Una invasión que, finalmente, tampoco tuvo lugar. Como tampoco, extrañamente, había llegado a consumarse el ataque a la vieja Gwened que sus informadores, en función de la escuadra inglesa que habían vislumbrado aproximándose a la ciudad, habían predicho.

El más insistente había sido Cearbhall Pomichet, el talentoso mozo de familia humilde que Patern había acogido como consejero personal con la esperanza de que ejerciera de mentor del pequeño Robert. Ya daba igual. Habían asesinado a su hijito antes incluso de haber nacido.

El miedo a aquel ataque había sido por lo que Patern había evacuado a Alix. No estaban en condiciones de resistir. Su destino era un refugio perdido en las lejanas tierras del oeste al que nunca había llegado. Por una casualidad nefasta, o por alguna otra razón inexplicable, una avanzadilla de soldados ingleses, probablemente exploradores, habían interceptado el carro de leña y acabado con todos los miembros de la expedición.

—Esto no es obra de unos simples mercenarios, Patern —indicó el alcaide del castillo, Eusébe Loudéac, al examinar los cadáveres.

Sus hombres habían sido ejecutados con una precisión asombrosa, cada uno mediante un flechazo mortal en el ojo derecho. De todos modos, aquellas palabras no fueron escuchadas. El conde estaba fuera de sí. Sin decir nada, había recogido el cadáver sin cabeza de Alix, congelado y rígido, y lo había cargado consigo en el caballo. Después había galopado a duras penas, sin dejar de sollozar, hasta el castillo. Desde aquel momento, ni el regreso de sus doce hijos al cabo de las semanas, ni el de Cearbhall al día siguiente le habían servido de consuelo.

—Mi señor, me siento responsable —gimió su consejero al entrar, arrodillándose ante él.

—Ni tus consejos, ni las predicciones que entre los dos hicimos, son responsables de este vil asesinato —le contestó entre lágrimas Patern de Gwened, tirando de él para levantarlo—. Fue la fatalidad de esta guerra atroz. Este desastre que nos asola desde hace ya sesenta años… y la brutalidad de

esos malnacidos, Cearbhall. No vale la pena buscar más culpables.

El señor cogió por los hombros al muchacho. Al separarse, los dos simularon sentirse reconfortados. Sin embargo, Patern se sentía culpable por la nefasta idea del carro de leña. Cearbhall, por su parte, no quería pensar. La tragedia se había desencadenado por obra y gracia de sus maquinaciones.

—Mi señor… el pequeño…

Ahí, el conde no pudo contenerse más. Tuvo que darse media vuelta para evitar hablar del tema.

Se había asegurado de ser el único en presenciar el vientre abierto del cadáver antes de envolverlo, roto de dolor, en un sudario.

Ella, sollozó, no habría soportado que la vieran en este estado.

Patern había sido también, por lo tanto, el único que tuvo constancia de que el bebé había sido arrancado por aquellas bestias del vientre de su desgraciada madre. Para todos los demás, ambos descansarían ya por siempre en la misma tumba.

Y la tragedia, no dejaba de pensar, era aún mayor de lo que cabría sospechar. Con el asesinato del pequeño había desaparecido el último de los caballeros de su casa. Aunque la más improbable expectativa había ido materializándose a lo largo de los años, Patern ya nunca vería cumplido su gran deseo.

El mensaje tallado siglos atrás en el menhir de Kermario tendría que esperar.

La vieja profecía, que anunciaba un fogonazo de blancura en mitad de la época más oscura, ya nunca se vería cumplida en su descendencia. El que debiera ser conocido para la eternidad como el Guerrero de la Luz ya nunca sería uno de los hijos del gran conde Patern de Vannes.

El caballero número trece de la casa de Gwened.

El elegido.

V

CASA DE MYRNA MÉNEC, KARNAG. FEBRERO DE 1400

—¡Aydan! ¡Aydan!

Breann no contaba más de quince años, pero ya llevaba tres al cuidado del pequeño.

Un niño risueño que no conocía un instante de sosiego. Ni de día ni de

noche.

—¡Myrna! ¿Has visto a Aydan?

—¡He visto a la puta que te parió! —gritó la vieja, desde su taburete.

La joven siguió buscando por toda la casa. Había aprendido a no hacer caso de aquellas chaladuras. Con los años, Myrna mostraba cada vez más un carácter más ingobernable. Unas reacciones más impredecibles.

Suerte que aún conservas la lucidez necesaria para ejercer tu talento, rumió.

Después, ignorándola, siguió buscando al niño. Tras unos minutos de desconcierto, al fin dio con él. El pequeño Aydan, como tenía por costumbre, se había subido a lo alto del manzano que crecía tras la casita que compartían los tres. Un lugar tranquilo en la linde del bosque, en las afueras de la pequeña villa de Karnag.

Y allí estaba, encaramado, a sus tres añitos y medio. Otra vez.

—¡Aydan! —lo reprendió Breann, con los brazos en jarras, pero entre susurros—. ¡Bájate de ahí! ¡Cómo te vea alguien, va a pensar que estás embrujado!

El niño la miró desde arriba con cara de risa. Parecía divertirle el enojo de aquella muchacha cariñosa. Ella era la única familia que había conocido a lo largo de su corta vida.

Aparte de Myrna, claro está.

Viéndolo allí arriba, Breann recordó lo sucedido aquel día de invernia feroz en el bosque que empezaba justo allí. Aquel atardecer plomizo había corrido sobre la nieve, con el bebé apretado contra su pecho, tratando de alcanzar lo antes posible el calor del hogar.

Myrna la había visto entrar sin decir nada.

Tampoco abrió la boca cuando la muchacha lavó al niñito, ni cuando trató de alimentarlo mojando la punta de un paño de lino en leche de oveja. Nada. Solo una mirada indescifrable y un silencio desconcertante. Cuando el bebé se quedó dormido, Breann se volvió hacia la sanadora, dubitativa. Suponía que la anciana esperaba alguna explicación. Iba a empezar a hablar, pero Myrna se acercó y le puso un dedo sobre los labios. Por primera vez, le acarició los cabellos. Después la miró fijamente, con una mirada transparente y profunda, y se volvió. Desprendía serenidad. No salió de su alcoba hasta el día siguiente, bien avanzada la tarde.

A pesar de la sorpresa, la chiquilla se tranquilizó. Tanto, que al final acabó por quedarse dormida con el bebé en el regazo.

Ese fue el primer día de la vida del pequeño Aydan. A la mañana siguiente, Breann corrió a ordeñar las ovejas para alimentarlo. Estaba acabando cuando vio pasar un jinete a toda prisa. Un presentimiento funesto

la asaltó. Dedujo que los soldados habían regresado a por el niño. Con el corazón en un puño, voló de vuelta.

Sin embargo, al llegar se encontró a la anciana saliendo de casa como si tal cosa.

—No me esperes despierta —fue todo lo que le soltó al pasar a su lado.

Después, la sanadora se subió a la grupa del caballo para desaparecer de nuevo hasta el atardecer del día siguiente.

«Cada día está peor», se lamentó Breann, meneando la cabeza. Ahora se dedicaba a cabalgar con jinetes desconocidos. Sin embargo, no quiso darle más importancia. Estaba demasiado ocupada cuidando del bebé.

Tras el regreso de la anciana, sin embargo, algo extraño sucedió. Al salir de la estancia donde hacía las sanaciones, y en la que tenía todo su instrumental, Myrna posó sobre la mesa unos frascos. Después cogió un tizón encendido del hogar y lo acercó mucho a la carita del niño. Breann se asustó por un instante, pensando que en su locura lo podía quemar, pero la mirada de ella la detuvo en seco. No solo estaba lúcida, sino cargada de una sabiduría reposada.

Tras una inspección pormenorizada, Myrna suspiró de satisfacción. Después mezcló el contenido de los frascos en un mortero. Musitando unas palabras en lengua antigua, que Breann apenas alcanzó a comprender, aplicó el ungüento con mucho cuidado sobre el pecho del pequeño. Ni siquiera lo despertó. Entonces, Myrna le ofreció a Breann una de las botellitas, indicándole mediante gestos que bebiera. La niña le dio un trago, y una sensación ardiente le bajó por la garganta.

En apenas minutos, el sueño se apoderó de ella. Antes de quedarse dormida allí mismo, acodada sobre la artesa de la cocina, creyó oír más palabras pronunciadas en lengua antigua.

El idioma común de los hijos de Gael.

Esta vez sí las entendió, recordando además los días de su infancia. Aun así, no alcanzó a comprender qué podría significar aquel conjuro, o lo que quiera que fuese. Simplemente, dejó que la acompañase en la transición de lo consciente a lo inconsciente.

Así traspasó Breann Airdsgainne, aquel día, la línea traslúcida que separa lo real de lo onírico.

Hijo de la nieve, de la muerte nacido
Guerrero de la Luz, caballero del Este
de la casa de Gwened el número trece,
faro entre tinieblas, coloso elegido.

VI

WESTMINSTER HALL, LONDRES, ENERO DE 1397

—Estáis seguro, por tanto, de que ya no se cumplirá la profecía —aventuró con suspicacia Richard, rey de Inglaterra.

—Majestad, creo que la prueba aportada avala mi certeza —respondió Dreng Straw.

Al decirlo, señaló con el mentón la cabeza cercenada de la condesa de Vannes. Recién regresado de Bretaña, aquel despojo era la mejor prueba de su éxito en la misión encomendada.

Que nunca llegara a nacer el decimotercer caballero de Gwened. Ese había sido exactamente el encargo del rey.

Richard apartó los ojos del trofeo. La tétrica expresión que se había quedado congelada en el rostro de la mujer le horrorizaba. Había supuesto que la obligarían a beber alguna pócima abortiva. Algo menos brutal. Pero no, y él ahora sentía una rara mezcla de tranquilidad al ver eliminada aquella amenaza, y de repulsión por el modo en que su mercenario había zanjado aquel asunto.

—Sabéis, Dreng… Yo no creo en embrujos ni en magias…

El asesino lo contempló impasible, disimulando el desprecio que le provocaban aquellos remilgos. No necesitaba explicaciones. De hecho, ni siquiera las quería oír.

Le habían encargado una misión y él la había ejecutado. Punto.

«Le das demasiadas vueltas, Richard. A este paso, poco va a durar la corona sobre tu cabeza. Tu primo Henry no se anda con tonterías. Si es necesario eliminar un objetivo, se elimina y ya está. Sin remordimientos. Sin justificaciones».

—Pero esa condenada sabiduría druídica… —el rey seguía balbuceando excusas que nadie le había pedido—. No sé qué tiene, pero siempre acierta…

—No esta vez, majestad —Dreng cortó bruscamente aquellas mojigaterías. Cada vez se veía menos capaz de disimular el desdén que le provocaba aquella falta de carácter—. Gracias al plan que acabamos de ejecutar, y a la inestimable colaboración de Cearbhall Pornichet, ya es imposible que nazca ese supuesto liberador de la patria. Ese «coloso elegido» al que se refiere la leyenda.

El rey se quedó en silencio, taciturno. Aquello se le había ido de las manos. Al saber que Alix de Gwened estaba encinta de nuevo, diez años después de haber parido a su decimosegundo hijo, había entrado en pánico. Llevaban ya sesenta años en guerra con Francia. La disputa por las posesiones

de la Corona inglesa en terreno continental no cesaba… y lo último que necesitaba era que la leyenda de los menhires de Karnag se materializase. Superstición o no, aquello hubiera infundido unos ánimos a su enemigo que no estaba seguro de poder resistir.

Además, toda su vida había sido advertido sobre la profecía de Kermario. No ignores las predicciones de los druidas, le habían dicho mil veces. Grandes reyes, antes que tú, han caído por ese motivo.

Al final, asfixiado por los malos augurios, se decidió.

Asesorado por Dreng, el rey de Inglaterra ideó un plan.

Primero simularían que una gran armada iba a desembarcar en Normandía para invadir Francia. La amenaza provocaría que los doce caballeros de Gwened, reunidos en el castillo familiar, se vieran obligados a encaminarse hacia allí al frente del poderoso ejército del señor de Vannes. Defender la costa era lo primero. Si no, el reino entero caería.

En efecto, tal y como Dreng había predicho, mordieron el anzuelo. Los hijos de Patern dejaron la ciudad desprotegida, justo lo que ellos buscaban. «Usemos mercantes, majestad. Disfracémoslos de navíos de guerra. Creerán que los vamos a invadir». Aquella parte del plan había sido un éxito. Como también lo había sido enviar otros barcos a Morbihan para que los pobladores de Vannes temiesen, al distinguirlos en el horizonte, que iban a ser atacados. Sin recursos militares, el conde no tendría más remedio que adoptar las medidas que fuera preciso con tal de proteger a su esposa y al hijo que venía en camino.

Y ahí, exactamente ahí, fue donde entró en juego la influencia de Cearbhall sobre Patern. Convenientemente aconsejado, camuflar a la condesa en un carro de leñadores le pareció la mejor opción.

«Porque quedarse en Vannes, mi señor, supone desafiar a la muerte cara a cara».

—Nada como una buena cantidad de oro para comprar a un traidor, desde luego —observó el rey, pensativo—. ¿Y decís, Dreng, que podemos contar con ese tal Pornichet de cara al futuro?

El mercenario se permitió unos instantes antes de responder. Por un momento dudó, aunque no de la fiabilidad de su soborno.

En realidad, sus dudas volaban en círculos en torno al futuro del rey. Richard bailaba junto al abismo que suponía el avance de su propio primo, Henry de Lancaster. Un aspirante sin escrúpulos que progresaba a marchas forzadas en su empeño por arrebatarle la Corona. Y Dreng tenía claro que él solo apostaba por caballos ganadores.

El consejero del conde de Gwened, claro que sí, estaba en sus manos.

—Se trata de un muchacho de gran talento para la política, majestad… pero sé de qué pie cojea. Vi cómo brillaban sus ojos cuando abrió la bolsa de oro. De cualquier manera…

—De cualquier manera —atajó Richard—, queda comprometido con nosotros de por vida, ¿no es cierto? Si lo delatamos, está muerto.

—Eso mismo iba a decir yo, mi señor. No olvidéis que fue él quien le sugirió a Patern que lo más seguro era enviar a la condesa para que se refugiara en el Finistère. Y también quien nos indicó el lugar idóneo para la emboscada.

El rey sonrió, satisfecho. Por repulsivo que le resultara, lo cierto era que Dreng había ejecutado de la mejor manera posible su encargo. Con la muerte de Alix se acababa por fin aquella pesadilla que le había robado el sueño durante demasiado tiempo. Ya nunca llegaría a nacer el dichoso decimotercer caballero capaz de expulsar a los ingleses de Francia. Al menos, no durante su reinado. La vieja profecía tendría que esperar, como mínimo, otra generación.

Con eso sería suficiente.

VII

KARNAG, ABRIL DE 1403

Breann recordaba a menudo el «nacimiento» del pequeño Aydan.

La terrible escena volvía recurrentemente para torturarla. En sus pesadillas, los asesinos ejecutaban en mitad del bosque a la madre del pequeño una y otra vez. Tal vez fuese porque la brutalidad que había presenciado, con nada más que doce años, la había dejado marcada. O tal vez porque nunca había dejado de preguntarse cuál podría haber sido la causa de algo tan atroz.

Todo latía en su memoria. La espeluznante precisión de los arqueros. La maestría del capitán al asestar el mandoble mortal. El apelativo otorgado a su víctima antes de ejecutarla.

Condesa.

Seis años después, Breann seguía reviviendo las mismas incógnitas. De hecho, a medida que el niño fue creciendo las preguntas se habían multiplicado. El pequeño era alegre y espabilado. Hasta ahí, todo normal.

Lo raro había ido apareciendo después. Más que raro, pasmoso.

El chiquillo había desplegado unas capacidades extraordinarias. A una fuerza y una habilidad fuera de lo común había que añadirle que había

empezado a hablar cuando aún no había cumplido ni un año de vida. Y no palabras sueltas ni expresiones inconexas, sino conversaciones completas. Pero eso no lo era todo. Para mayor sorpresa de Breann, Myrna había asumido la crianza del pequeño con una cordura inédita. Lo alimentaba y lo vestía a diario, pero también razonaba con él y le enseñaba los secretos de las plantas y de los animales. La sabiduría del cielo y de los riachuelos.

Del viento y de la lluvia.

Los dos primeros años lo mantuvieron en secreto. Ya tenían suficiente fama de brujas, no era cosa de exhibir un chiquillo que no se sabía de dónde podía haber salido. Sobre todo, si el niño en cuestión mostraba un talento que bien pudiera ser considerado sobrenatural. Lo mejor sería actuar con discreción, acordaron, y mantener oculto al pequeño. Sin salir más que en alguna incursión aislada por el bosque. A eso también ayudó que su casa estuviera alejada de las otras.

Pero a partir de ahí, en cuanto su presencia y su cháchara incontenible dejaron de ser tan comprometedoras, la joven empezó a llevárselo con ella de vez en cuando. Imitando lo que había sucedido con ella misma, lo presentó como su hermano menor. El pequeño de la familia, enviado por sus padres desde Inverness para que se hicieran cargo entre los dos de la «tía» Myrna.

La gente no le dio más importancia.

Que su historia fuera creíble fue lo que llevó a Breann a adjudicarle un nombre escocés. Aydan Sneachd, lo llamaron.

En el gaélico escocés de las Tierras Altas de Alba, «el pequeño fuego entre la nieve».

Aunque todo se fue normalizando, Breann nunca logró olvidar el milagro del «nacimiento» del pequeño.

No, por mucho que hubieran pasado ya seis años largos.

En aquella tarde de abril, Myrna y el pequeño estaban sentados ante la puerta de la casa.

Llovía, pero el alero los protegía. Mientras miraba las nubes blancas, la anciana le iba explicando el ciclo del agua al niño. Él, con los ojos muy abiertos, asentía a cada rato.

Breann, desde la cocina, escuchaba sorprendida. La serenidad con que la mujer se dirigía al pequeño era algo insólito. Nadie diría en esos momentos que fuera una vieja loca.

—El agua que ahora ves caer, Aydan, estuvo primero en el mar. Allí es salada y no se puede beber, pero el calor del sol hace que se transforme en humo y suba hacia el cielo. —El niño escuchaba con atención—. Ese humo, al llegar arriba y enfriarse, se convierte en esas nubes. Después, en función del frío que haga, caerá de nuevo al suelo. Finalmente, de una forma u otra,

acabará por regresar al mar.

—¿Y eso una y otra vez, Myrna? —El pequeño se quedó mirando la lluvia con gesto reflexivo.

Le parecía vislumbrar que, al igual que la mujer le había hecho ver tantas veces, la conclusión final de aquella lección iba a tener relación con el eterno retorno de los acontecimientos. Un bucle infinito que acabaría por repetirse, le había dicho, siempre que el período de tiempo fuese suficientemente largo.

Como el día que sucede a la noche; como el ciclo lunar que se repite eternamente. Como las estaciones, que nunca se alteran. Como el propio latir de nuestros corazones. Todo está condenado a repetirse, pues el tiempo es una magnitud infinita que nuestro limitado entendimiento no es capaz de abarcar.

—El agua puede ser el líquido que bebemos o el vapor que sale de una olla al hervir. Puede ser el hielo que cuelga de los tejados o la nieve que cubre los bosques en invierno —indicó ella—. Pero su destino es invariable en esa espiral sin fin. No lo olvides, Aydan, pues nosotros mismos somos agua.

Breann seguía escuchando desde dentro. La lección sobre el agua había desembocado, una vez más, en la cuestión de la perpetua repetición y del futuro predestinado. No era la primera vez. A esas alturas, la joven estaba convencida de que Myrna pretendía modelar de alguna manera la percepción del niño. Aunque no lograba intuir el porqué de aquel empeño.

No conocía aún la profecía perdida de la piedra de Kermario.

De cualquier modo, se mordió la lengua. No dejaba de sorprenderle que la mujer pudiera modificar de tal manera su carácter. Su comportamiento habitual tenía más que ver con la irracionalidad de una mujer senil que con la sabia sensatez que mostraba hacia el niño. Aquello la desconcertaba. Estaba empezando a pensar que Myrna Ménec estaba menos loca de lo que hacía creer a todo el mundo. Una impresión, de todos modos, que no tardó en apagarse como un copo de nieve al caer sobre un riachuelo.

Al rato, la momentánea cordura de la sanadora se fue tal y como había venido. Sin previo aviso.

Estaba acabando su razonamiento cuando las tres hijas de los Dubois, la familia que vivía más cerca, pasaron corriendo hacia el riachuelo. Llovía, y tenían que recoger la ropa que su madre había dejado a clareo sobre la hierba.

Breann las vio por la ventana. Eran tres niñas sonrientes, de entre siete y once años, con las que el niño jugaba a veces.

—¡Corred, putas, corred! —vociferó Myrna al verlas, en uno de sus ataques de furia injustificada.

Las pequeñas se asustaron al escuchar aquellos gritos. Tal y como sostenían los vecinos, aquella vieja tenía que estar loca. Por eso fue que a su regreso, viendo que seguía allí sentada, frenaron su carrera y pasaron caminando despacio.

No fuera a ser que les gritara de nuevo.

Breann, que había escuchado los improperios muerta de vergüenza, aún no se había repuesto. Por eso casi se cayó de espaldas al oír cómo la sanadora les gritaba, aún más indignada.

—¡Mojaos, putas, mojaos!

Aydan, a su lado, sonrió para sus adentros. Ruborizada hasta la punta de los cabellos, Breann, desde la cocina, suspiró.

Myrna estaba loca, desde luego.

No tenía remedio.

VIII

Quince caballeros tomaron asiento en torno a la gran mesa central.

En el salón principal, el alcaide Eusébe Loudéac conversaba con los doce hijos del conde.

Un ambiente afable reinaba en el castillo de Vannes, aunque no para todos. Aquellos minutos, antes de la reunión, estaban siendo una tortura para el conde. Sumido en un silencio atormentado, Patern observaba con gesto abatido la energía que emanaba de sus hijos, identificando en ella su propia juventud. Podía ver allí reflejado al hombre animoso que él había sido antes de que la tragedia lo sumiera en la oscuridad.

De pie y a su derecha, como siempre, Cearbhall Pornichet no perdía detalle. Hasta las despreocupadas conversaciones de los doce caballeros parecían interesarle. Sobre todo, si estaba implicado el mayor de ellos. La información, por insignificante que pudiera parecer, siempre era valiosa para él. Y el gran Waroc'h de Gwened, el primogénito de treinta y un años destinado a suceder a Patern, era un pez gordo. La mano derecha del rey de Francia, en concreto. Casi nada.

Al cabo de un rato, Waroc'h, precisamente, levantó una mano y se quedó mirando a su padre con gesto serio, dándoles a entender a los demás que debían guardar silencio. Además de ser el mayor, el futuro conde era un hombre respetado, y no solo en el seno de su familia. Su carácter firme y su rectitud lo avalaban. En Vannes, por supuesto, pero también en la mismísima Corte real. No en vano había renunciado a dirigir con su padre uno de los principales condados del reino por servir a su rey.

Los otros once caballeros habían elegido caminos dispares. Algunos, como los gemelos Jost y Armel, eran ya militares de alta graduación; el segundo, Jean, llevaba diez años ejerciendo como capitán de navío en la armada real, y Henry era el abad de un monasterio. El más joven, Per, solo tenía dieciséis años, pero ya estudiaba filosofía y números en la escuela fundada por el

legendario sabio Nicole Oresme. Entre el resto se contaban un diplomático, un físico, un cartógrafo, un astrónomo, un canónigo cuya fulgurante carrera auguraba que pronto llegaría a convertirse en obispo y un comerciante, Yann de Gwened, que había recorrido medio mundo a bordo de sus mercantes con base en Nantes.

Al gesto del mayor, todos clavaron la mirada en su padre. Entonces, Patern se volvió a Cearbhall con cara de circunstancias. Aquellas reuniones, que el gran señor siempre había dirigido con decisión, incluso con entusiasmo, ahora lo desbordaban. De hecho, ya ni se sentía con fuerza para convocarlas. El simple gesto de levantarse de la cama cada mañana se había convertido en una carga pesada.

Cuánto más, reunir a los doce caballeros de Gwened bajo su mando.

—Padre, cada uno de nosotros ha viajado desde un confín del reino para acudir a este compromiso —observó Waroc'h, tratando de ser delicado—. Considero que debemos empezar la reunión lo antes posible. A buen seguro que habrá mucho que tratar. Así debe ser, por el bien de nuestra casa.

Patern suspiró sin apartar la vista del centro de la mesa. Sabía que su hijo tenía razón, pero no tenía fuerzas ni ánimo. Eusébe, anticipándose a la aflicción de su señor y amigo, se decidió a tomar la palabra.

Hay silencios incómodos, y otros que son una travesía por el desierto.

—Caballeros, sed bienvenidos a esta reunión de balance anual de la casa de Gwened. Comprendamos al conde, aquí presente. Estos días anda algo afectado por unas fiebres un tanto tozudas. —Todos sabían que aquello no era cierto. Que la verdad era que el ánimo de Patern nunca había llegado a recuperarse de la pérdida de Alix. Aun así, asintieron—. Se os ha convocado, como siempre, para informaros acerca de la situación del condado. También para ser consultados sobre determinadas decisiones que afectan, de manera fundamental, al futuro de esta insigne casa.

Tras las palabras del alcaide, un nuevo silencio se posó en el salón. El conde seguía sin pronunciar palabra. La situación estaba pasando de incómoda a crítica. Por fin tomó la palabra Loic, el canónigo. Mejor hablar de cualquier cosa, caviló, que prolongar aquel páramo de forma indefinida.

—¿Qué noticias nos traes de la Corte, Waroc'h? —preguntó, tratando de entrar en materia de una vez. No importaba ya que fueran asuntos que poco tenían que ver con el esquema inicial de la reunión—. ¿Qué ha pensado hacer el rey respecto a la amenaza que supone Inglaterra?

Todos se volvieron hacia el primogénito con curiosidad renovada, y el desánimo del conde quedó momentáneamente a un lado. Los tejemanejes de la casa real, provenientes de una fuente fiable, despertaban el interés de cualquiera. El silencio se hizo expectante, aunque la expresión de Waroc'h, a sabiendas de la crisis que vivía el reino, fuera de pesadumbre.

—Como sabéis, hace tiempo que nuestro rey ha perdido el norte. A sus

más que conocidas demencias hay que añadirle el desastroso acuerdo nupcial de hace siete años. Recordaréis que accedió a casar a la princesa Isabel, apenas una niña, con el rey Richard de Inglaterra.

El resto asintió, resoplando y negando. La locura de Charles era la causa principal de la debilidad de Francia en el conflicto con los ingleses. Lo era, por mucho que el reino estuviera gobernado *de facto* por Louis, el hermano del rey. El amigo íntimo y gran valedor de Waroc'h de Gwened.

—Entiendo, por tanto, que vamos a seguir esperando a que Inglaterra nos invada cuando le venga en gana —apreció Henry, airado—. Y que nosotros tendremos que seguir aguantando esta tensión insoportable de forma indefinida. Que no nos queda más opción, como mucho, que tratar de defendernos.

—En cualquier caso, hermanos —intervino Per, que a pesar de su juventud era reconocido por su claridad mental—, no olvidéis que lo que está haciendo Richard es reclamar los territorios que le pertenecen por herencia. No tengo tan claro que eso se pueda impedir a la ligera…

Las palabras de Per levantaron un rumor de protesta que fue acallado de nuevo por Waroc'h.

—No eres el único que piensa eso, hermano —atajó—. Mas no olvidemos una cosa: lo que todo francés debe defender es la integridad de su nación. Si el rey inglés reclama la posesión de los territorios que heredó de sus ancestros, que sea la ley la que determine en qué condiciones debe rendir la pleitesía debida al soberano último de los mismos. Y ese es el rey de Francia. En ningún caso se puede considerar a esos señoríos como parte de Inglaterra, pertenezcan o no a la dote de Richard. Yacen en su suelo los gloriosos antepasados de nuestra nación. Eso siempre debe prevalecer.

Los doce hermanos, incluido Per, asintieron. Loic abrió la boca, dispuesto a seguir indagando sobre los asuntos de la Corte, cuando todos se detuvieron. Sorprendidos, se volvieron hacia su padre al ver que se incorporaba.

Patern se disponía a tomar la palabra.

—La desgracia ha condenado a nuestra casa. Y también a nuestra patria. —Por fin, aunque con aspecto atormentado, el conde se levantó de su silla—. El guerrero número trece de la casa de Gwened fue asesinado antes de nacer. Con él murió la última esperanza de expulsar al enemigo para siempre.

Eusébe y los doce caballeros lo miraron, consternados. Cearbhall tuvo que sujetar por el brazo a su señor, que mostraba síntomas de una debilidad preocupante, para prever una posible caída.

—Padre, esas supersticiones no conducen a ningún lugar —respondió Waroc'h, afligido pero firme—. Debemos encarar el futuro con los pies en el suelo. Tomar las decisiones correctas por el bien de nuestro señorío. Gwened no puede permitirse estas divagaciones.

Patern se quedó observándolo con ademán de impotencia. Era consciente

de que sus hijos, con toda aquella preparación tan moderna, que entendían de leyes y de estrategia militar, que habían leído libros a más no poder y que ocupaban los cargos más prestigiosos en las más resplandecientes instituciones del reino, despreciaban la sabiduría antigua de los gaeles. El conocimiento acuñado durante milenios por los sabios más excelsos de la antigüedad, que había sido transmitido oralmente de generación en generación. Perfeccionado a cada paso gracias al excepcional talento de sus portadores. Negó con la cabeza. Ellos jamás lo entenderían.

—Sin embargo, la profecía de Kermario se cumplirá algún día —fue cuanto acertó a señalar, antes de abandonar la estancia con pasos vacilantes, apoyado en Cearbhall—. Ojalá en la descendencia de alguno de vosotros nazcan trece caballeros. No pido más. El último de ellos podría ser el elegido. Pero eso, hijos míos, ya nunca sucederá en mi tiempo. He fracasado en ese empeño.

Otro silencio se extendió por el salón, esta vez acompañado de rostros circunspectos. A pesar de las molestias asumidas por los doce para acudir, estaba claro que había sido en vano.

En aquellas condiciones, la reunión no tenía sentido.

Siempre al lado de su señor, Cearbhall lo sujetaba con la mirada ensombrecida. Nadie hubiera sospechado que buscaba la manera de reunirse con Waroc'h en secreto. Que sus pensamientos ya volaban hacia el futuro soñado.

Que ya había trazado un plan.

El día en que el condado no pudiera seguir funcionando bajo la decadencia de Patern estaba próximo. No obstante, él sabía que el heredero no iba a abandonar la Corte. En consecuencia, ante la ausencia del futuro conde alguien tendría que hacerse cargo de todo en Vannes. Y Waroc'h, como era obvio, no iba a delegar aquella responsabilidad en cualquiera. Tendría que ser alguien capacitado.

En sus cavilaciones, ese alguien solo podía ser una persona.

Él mismo.

IX

Cuando algún vecino sacrificaba un animal, Myrna siempre estaba presente.

Si eran ejemplares grandes, como potros o terneros, ayudaba en la matanza a cambio de alguna pieza. Aunque en todas las casas había quien sabía ejercer de matarife, todos estaban encantados de cederle los cuchillos. Era rápida, pulcra y minuciosa. Toda una maestra en el arte de la disección.

Ella acudía siempre, fuesen ocas o corderos. Eso sí, donde no faltaba nunca era en la matanza de los cerdos. Ahí, además, se llevaba a Breann consigo. Mientras la mujer de la casa recogía la sangre y los hombres se recuperaban del esfuerzo, la anciana lo iba abriendo en canal con maestría. Al hacerlo, le iba explicando por lo bajo la anatomía del animal.

—Esta es la tela que cierra los pulmones y el corazón, niña —murmuraba entonces Myrna, extrañamente cuerda—. Ahí es donde se mezclan el aire y la sangre… Esta pared de aquí abajo es la que hace que los pulmones se hinchen y se deshinchen, ¿ves? Y estas portezuelas son las que abren y cierran los cuatro cubículos del corazón, para dejar entrar y salir la sangre…

La niña no perdía detalle. Algo le decía que las lecciones de la mujer, en esos momentos, iban más allá de una simple clase práctica sobre vísceras comestibles.

Aydan solía acompañarlas. Myrna le había ordenado a Breann que lo tuviera cerca. También el chiquillo debía presenciar los secretos que explican la vida y la muerte. Así fue como la joven y el niño se aprendieron de memoria el interior de los cerdos. Los órganos que contenían y las funciones que cada uno de ellos desempeñaba.

Todo cobraba sentido entonces.

No obstante, al volver a casa, la sanadora volvía a las andadas. De nuevo, a hacerle caso omiso a la muchachita. Se pasaba el día entero con el niño, mostrándole el cielo estrellado o explicándole el porqué de la forma de las hojas de los robles. Siempre haciéndole preguntas y obligándolo a razonar. Siempre generando dudas en su cabecita sobre los misterios más inexplicables.

Así era el día a día de Myrna desde que había aparecido el niño.

Le hablaba del tejo y del muérdago, de las piedras que afloran en las cumbres de las colinas y de la altura del sol en el cielo en función de las estaciones. Del valor curativo del abruño, que otros llamaban Osmunda o diente de agrón, y que crece al lado de los riachuelos. De la sabiduría ancestral que trata del universo, del tiempo y de la vida.

Al hacerlo, y también al callar otras cosas, una idea fija era su guía. Su piedra labrada de círculos concéntricos. Su camino de estrellas en el firmamento.

Todo, para Myrna, estaba orientado a un fin último. A lo único realmente trascendental.

Todo se orientaba a una sola acción.

Proteger al pequeño de su propia sangre.

X

Con los años, Beadur se había ido transformando en piedra.

Su misión se había estancado en el limbo. Al menos, eso le parecía a él. Llevaba demasiado tiempo aislado en aquel confín del mundo. Como un aguilucho anclado a un nido sin que le llegase nunca la ocasión de alzar el vuelo. Aquella era una región en medio de todo, pero en la que nunca acababa de pasar nada. Pese a la sombra que amenazaba a la Bretaña, aquella especie de conflicto atascado había llegado a antojársele una rutina monótona e interminable.

Cada vez recordaba más a sus hermanos hospitalarios.

Se imaginaba las aventuras que estarían corriendo en Tierra Santa, tratando de recuperar una vía segura para que los peregrinos pudieran regresar a Jerusalén. También pensaba en los que, en torno al Gran Maestre, defendían la isla de Rodas del avance otomano. Echaba de menos la vida despreocupada de todo aprendiz de guerrero.

Y, sobre todo, echaba de menos Constantinopla.

El tiempo y la distancia habían dulcificado los recuerdos. Siempre es así cuando el presente se toma grisáceo. Desde las suaves colinas del Penn ar Bed era fácil obviar la extrema dureza del entrenamiento al que había sido sometido durante años. Por eso, ahora, lo echaba de menos.

Mejor sobrevivir a duras penas que no encontrar razón para vivir, se repetía. Cualquier cosa le parecía mejor que aquel estancamiento vacío, lejos de todo. Se pasaba los meses solo. Uno tras otro. Trabajando a destajo para conseguir la información más privilegiada, pero totalmente aislado. Como mucho, se citaba un par de veces al año con Ezra ibn Levy, el hospitalario que se encargaba de la inestable Normandía. Una charla en alguna taberna discreta de una villa fronteriza cada cinco o seis meses. Eso era todo. El resto, un páramo yermo.

Ezra, un sefardí de Toledo, era el mejor guerrero de la Orden. Por eso había sido destinado a aquella tierra en ebullición: Normandía. Aquello sí tenía que ser apasionante, pensaba Beadur. Desde que el rey de Inglaterra se había empeñado en reconquistarla, la región se había convertido en un polvorín a punto de explotar. El gauta sabía de la actividad frenética de Ezra, y también de la importancia que el Maestre le otorgaba a su labor. A menudo se imaginaba lo que tenía que ser infiltrarse entre las líneas enemigas, vigilando los varaderos más remotos. Fantaseaba con ejercer como agente doble. Establecer contactos en uno y otro ejército, siempre en beneficio propio. Admiraba el prestigio de su compañero. Lo envidiaba, de hecho. Estaba seguro de que algún día llegaría a convertirse en alguno de los cargos más importantes de la Orden.

General Mayor, Custodio del Legado o a lo mejor, incluso, Gran Maestre.

Ese era el gran Ezra ibn Levy. Seco como un palo, pero un buen tipo. Al compararse con él, el gauta se sentía marchitar de tedio e intrascendencia. Así

fue, al menos, hasta que en la vida de Beadur sucedió algo inaudito.

Una luz había aparecido de repente entre la bruma, y lo había hecho justo cuando menos cabía esperarlo.

Unos años atrás, el gauta había encontrado un foco de interés que estaba acaparando toda su atención. Su trabajo, siempre minucioso, le había permitido descubrir la impecable acción paramilitar que había perpetrado un grupo de asesinos de élite. Un comando de mercenarios había sido enviado por la Corona inglesa para asesinar a la condesa de Vannes y al niñito que estaba a punto de alumbrar. Nunca llegaron a saber que la criatura, finalmente, había logrado sobrevivir gracias a una especie de milagro. La inverosímil intervención de una chiquilla lo había hecho posible.

Recuerdos que aún lo estremecían, tantos años después.

Tampoco olvidaba quién había sido cómplice en aquella operación. Cearbhall Pornichet, el hombre de confianza del conde. Colaborador necesario, incluso. Más allá del estricto protocolo, ese había sido el motivo principal que lo había llevado a ser especialmente escrupuloso a la hora de registrar lo sucedido. Además de atesorar toda la información en su memoria, Beadur se había guardado un objeto valioso. Algo que podría servir como prueba, llegado el momento.

Una peculiar alhaja que la condesa llevaba consigo en el momento de ser asesinada.

Antes bien, su instinto le gritaba que había algo en aquella historia que aún era más importante. Que el pequeño hubiera acabado en casa de la sanadora de Karnag, una anciana llamada Myrna Ménec, y que la persona que lo había rescatado del vientre de su madre muerta fuera la niña llegada desde las Tierras Altas de Escocia, acentuaban la particular trascendencia del asunto. En semejante cuadro, ya solo faltaban las excepcionales aptitudes del chiquillo. Eso fue lo que acabó por disparar su curiosidad.

De ahí que la atención del infiltrado de Rodas en las tierras occidentales de la vieja Armórica se hubiera centrado en las evoluciones de aquel niño.

Así fue como Beadur Njöror decidió intensificar sus periodos de espionaje alrededor de la casita ubicada en las lindes del bosque. Cosa bien fácil, por cierto, para alguien como él. Miró y esperó una y otra vez, maravillado, y volvió sobre aquella especie de augurio druídico que había asaltado su memoria con el *nacimiento* del pequeño. Indagó. La profecía antigua, según descubrió, había sido tallada en tiempos inmemoriales sobre la superficie de un *menhir*. La piedra de Kermario, le llamaban.

Tanto la propia Orden como él mismo estaban en contra de cualquier tipo de superstición. De hecho, su lucha tenía como objetivo principal defender la razón humana. No eran conceptos compatibles. Por tanto, luchaban por erradicar ese tipo de creencias del pensamiento de las personas. Sin embargo, acabó por creer que no se trataba de una simple leyenda. Aquella piedra,

tallada cientos de años antes, predecía hechos que no podían ser una mera coincidencia. Su mensaje se refería a un guerrero nacido de la muerte, que sería el decimotercer caballero de la estirpe de Gwened, y que de alguna manera nacería de la nieve. Hablaba también sobre una tierra avasallada, amenazada por un invasor bárbaro, que debía ser liberada por ese hombre, el nuevo elegido. Aquel al que denominaba «coloso».

Entonces pensó en Rodas, recordando el proverbio que una vez le había oído al Maestre.

—Una coincidencia puede ser casual, caballero Njöror. Empero, muchas coincidencias apuntando en una misma dirección suponen una evidencia. Nunca lo olvidéis.

Aunque la profecía también contenía versos sin significado aparente, la insulsa existencia de Beadur derivó en un interés creciente por la figura del pequeño Ay dan Sneachd. El pequeño fuego entre la nieve.

El guerrero sonrió al conocer el nombre que la muchachita escocesa le había adjudicado. Muy apropiado, caviló, pese a que su auténtico nombre sea Robert de Gwened.

El espía de Rodas empezó a rondar Karnag, como un fantasma, todas las semanas. Así descubrió que cada día, Myrna salía a dar un paseo con el pequeño. Era algo cotidiano. Su rutina diaria. Pese a esta certeza, cada acecho traía una nueva sorpresa.

—Así se hace fuego con dos palos —oyó a la mujer, una tarde luminosa de junio, en medio del bosque. Myrna le restaba importancia al hecho de ser capaz de encender una hoguera en un minuto sin usar nada más—. Ahora prueba tú.

El pequeño se afanó durante casi una hora a frotar un palo contra el otro, imitando a la sanadora. No se rendía, a pesar del sudor que le resbalaba por todo el cuerpo y de la piel desollada entre los dedos. Sus manos sangraban por las ampollas reventadas. Por fin, y al ver que nunca iba a darse por vencido, Myrna lo detuvo. Le explicó la velocidad y dirección que debían seguir sus manos y cómo aplicar la fuerza.

Al fin, Aydan logró encender un fuego sin más útiles que un par de ramitas secas.

—Así es la vida —observó la mujer, impasible, mientras apagaba las llamas con los pies—. Un par de árboles pueden damos un millón de astillas, y un par de astillas bastan para hacer arder un millón de árboles.

Aydan se quedó en silencio, observándola. No intuía a dónde quería llegar.

—Por otra parte —siguió Myrna—, cuando un leñador quiere usar una cuña para derribar un alcornoque, no emplea un tipo de madera distinto al de ese árbol. Siempre sería menos eficaz. Recuérdalo bien, Aydan: no hay peor

cuña que la de la propia madera.

El niño tomó aire y miró en derredor, taciturno. Sabía por experiencia que aquel tipo de comentarios siempre encerraban un sentido oculto. Ella lo dejó cavilar.

—Me estás hablando del comportamiento de las personas, ¿verdad? —preguntó él, al cabo de un rato—. De la confianza, de la traición y de cómo se comporta la gente independientemente del bando al que pertenezcan en un momento determinado…

Mientras Beadur, a una distancia desde la que podía escuchar sin ser visto, abría los ojos como platos, Myrna sonrió disimuladamente mientras recogía del suelo los palos con la punía quemada.

—¡Estoy hablando de madera, liante del demonio! —le soltó la mujer, hecha una furia, antes de poner pies en polvorosa.

Aydan, sin inmutarse, salió tras ella, pensativo.

Beadur, con el pulso acelerado, se quedó inmóvil. Aquel niño mostraba una lucidez que superaba cualquier expectativa. Y no tenía más que seis años, resopló.

El texto ancestral resonó de nuevo en su cabeza.

La profecía tallada en piedra cientos de años atrás era como un látigo de fuego.

XI

Un demonio de garras afiladas había anidado entre sus cabellos.

Los recuerdos de su infancia en Pornichet se mezclaban con la cabeza cortada de Alix de Gwened. La condesa cariñosa. La mujer que durante años lo había tratado como un hijo.

—¿Qué esperabas, pues, Cearbhall? —decían las voces—. ¿Qué tras participar en el asalto a cara descubierta, tras convertirla en rehén y obligarla a abortar, no hubiera consecuencias? ¿Que el día que ella regresara a Vannes, tras haberle arrancado un hijo de las entrañas, todo volvería a ser como antes?

No, se lamentó. Simplemente no había previsto consecuencia alguna. Cada día le pesaba más el momento en que el oro, aquel maldito oro inglés, le había nublado el entendimiento. Pero claro, se dijo, todo tiene un porqué. Aquello había supuesto que su padre pudiera salir por fin de la miseria. No podía olvidar aquellos años de hambre y frío. Aquellos inviernos interminables que solo habían llegado a su fin cuando el conde de Vannes, el mismísimo Patern, llamó a su puerta.

El gran señor se había presentado, con los informes del cura de Pornichet en la mano, para ofrecerle un futuro en su casa al pequeño Cearbhall. El padre había aceptado de inmediato, pero la madre se mostró reticente. Le costaba entregarle a su único hijo así, sin más, al conde.

—¿Cuál será su futuro, mi señor? —había preguntado la mujer, entre desolada y esperanzada—. ¿Criado, cuidador de caballos? ¿Ayudante en las cocinas, tal vez?

Cualquiera de aquellos cargos era mucho más de lo que alguien de origen tan humilde podría soñar jamás. Que el chiquillo pudiera llegar a ayuda de cámara, mayordomo, consejero o alcaide era, simplemente, impensable. Solo los descendientes de otros nobles señores de menor rango podían aspirar a ascender tanto en la escala social.

—Perded cuidado, buena mujer —respondió el conde, con una sonrisa que hizo desaparecer sus reparos—. El último de mis hijos cuenta ahora con seis años, solo cuatro menos que vuestro Cearbhall. Pues bien, mi pequeño Per partió hace unos días a cursar estudios de filosofía a la ciudad de Lisieux. Por eso voy a necesitar a un joven de mente clara a mi lado. Alguien que aconseje en sus decisiones a este viejo guerrero, a partir de ahora.

El padre no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Un… un consejero, mi señor? —preguntó, entusiasmado.

El conde sonrió de nuevo y arreó su caballo.

—Según los informes del *páter*, creo que incluso más que eso. Perded cuidado, amigo mío.

La vieja amistad entre el cura de la villa y el conde de Vannes, junto con una increíble dosis de buena suerte, obraron el milagro. Ya habían pasado once años desde aquella tarde, y más de seis desde que un Cearbhall de solo quince participase en el asalto a un carro de leñadores. Al convoy en el que había tratado de escabullirse, camuflada, la condesa.

La mujer que lo había acogido como a un hijo.

El conde, tras la frustrada reunión anual a la que Eusébe había convocado a sus doce hijos, hizo llamar a Cearbhall a su alcoba. El consejero se encontró a su señor de pie junto a la ventana, oteando el horizonte.

—Ni para dirigir una reunión sirvo ya, mi fiel amigo. Yo, que un día dirigí con orgullo a los doce caballeros de Gwened —soltó Patern, sin siquiera mirarlo y con la voz cargada de amargura—. Mi existencia ya no tiene sentido.

Cearbhall torció el gesto. Rebatir la opinión del conde no lo ayudaría a salir de la apatía. Eran ya muchos años. Sin embargo, tampoco podía darle la razón.

—La pérdida de la señora Alix fue terrible para todos, mi señor —objetó con suavidad—. También para vuestros hijos.

Patern se volvió hacia él.

—Y aun así, aquí están, dejando de lado sus funciones en las principales casas del reino para acudir prestos a la llamada de su padre.

Los dos se quedaron callados. Al consejero, de un tiempo a esta parte, aquellos silencios se le hacían eternos.

Eran como mazos golpeando su conciencia.

—Alix era toda mi vida, ¿sabes? —siguió el conde, por fin—. Con ella fui el hombre más feliz del mundo. Esa felicidad, además, fue creciendo cada día que pasé a su lado, aunque me pareciera imposible que tal cosa pudiera suceder. Primero, cuando nos casamos. Después, a medida que me fue dando hijos. Un descendiente tras otro, todos varones. Con tal facilidad que llegué a pensar…

El gran señor de Vannes, más envejecido en los últimos seis años que en los cincuenta y cuatro anteriores, calló otra vez. Cearbhall no supo interpretar si este nuevo silencio era debido a la emoción o a las dudas. Presintiendo que le iba a confesar algo importante, se mantuvo inmóvil. Al cabo de un rato, el conde continuó.

—Ya sabes que en nuestra vieja Armórica el conocimiento ancestral es muy respetado. —Cearbhall asintió—. Esto no es casual, amigo mío. La tradición oral transmitida de generación en generación entre nuestros antepasados siempre se confirmó como una sabiduría certera. Tanto es así, que los viejos gaeles nunca quisieron dejar su legado por escrito. Lo hicieron de tal manera para que su conocimiento fuera solo propiedad de sus descendientes. Para que nadie más desvelara sus secretos.

El muchacho se mantuvo en silencio, y el conde miró de nuevo hacia la lejanía. Cearbhall deseó que aquello no fuera una historia más sobre druidas y *mouras* encantadas.

—Decidieron dejar por escrito solo pequeñas partes de ese legado. Aquellas que consideraron especialmente trascendentales para la supervivencia de nuestro pueblo… como la profecía recogida en la piedra de Kermario. —La mirada de Patern se dirigió de nuevo a su consejero—. ¿Sabes de qué hablo?

Cearbhall se puso en tensión. Le sonaba aquella leyenda, que auguraba algo así como la llegada de un guerrero que liberaría a su patria. Recordaba vagamente que había alguna alusión a la casa noble de Gwened, nombre antiguo de Vannes, y… también a que aquel sería el último caballero de su estirpe. El caballero número trece.

Entonces, frunció el ceño.

—A medida que Alix me fue dando hijos, y viendo que esta guerra duraba ya más de cincuenta años, fui empezando a creer que ese augurio… que el texto más sagrado para esta casa, y me atrevería a decir que para toda la Bretaña, podría cumplirse en mi propia descendencia. Esa sería la mayor gloria que el destino me podría haber reservado, querido Cearbhall: ser el

padre del elegido. Del mítico Guerrero de la Luz del que habla la leyenda.

Ahí, el pulso del mozo se disparó.

Tuvo que esforzarse por disimular. Las incógnitas que aún acompañaban a aquel maldito saco de oro procedente de la Albión empezaban a despejarse. Ahora comprendía por qué el rey de Inglaterra había enviado a su mejor mercenario a cumplir aquella inexplicable misión.

Que jamás naciera el decimotercer hijo de Patern de Gwened.

Los antiguos sabios de la nación de Gael habían predicho que aquel niño extendería la luz sobre las tinieblas. Sobre la oscuridad que el invasor llevaba décadas vertiendo sobre su patria. La amenaza tangible de una invasión cada vez más inminente.

—Pero eso ya nunca va a suceder —la voz del conde lo sacó de su ensimismamiento, sobresaltándolo.

Los remordimientos por lo sucedido en aquel bosque nevado se dispararon en la memoria de Cearbhall. No sospechaba que aún quedaba el golpe maestro. Que lo que Patern estaba a punto de confesarle iba a acabar de desgarrar definitivamente su conciencia, ya hecha jirones.

El mazazo llegó al momento con voz pausada.

—Porque esos bárbaros, además de cercenarle a la pobre Alix su hermosa cabecita, arrancaron ese bebé de su vientre. Aquel que un día soñé que podría ser el elegido. Y todo, apenas unos días antes de que la pobre lo pudiera traer al mundo. Tal vez nada más que unas horas…

Entonces, Cearbhall estuvo a punto de desplomarse.

Pálido y desencajado, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Por suerte, el conde observaba en ese momento el horizonte.

Él había estado presente en la decapitación de la condesa. Cada instante se había grabado a fuego en su memoria. Lo recordaba todo a la perfección, y desde luego nadie, ni siquiera el salvaje de Dreng, había tocado el cadáver para nada más. ¿Arrancar al niño de la matriz de su madre muerta?, se estremeció. Eso no había pasado. No, mientras él estuvo presente.

—¿E… Estáis seguro de eso, mi señor? —preguntó, con una voz temblorosa que Patern identificó con el horror que debía sentir ante aquella barbarie.

El gran señor podía ni imaginarse las aterradoras dudas que aquella verdad estaba suscitando en su consejero.

—Nunca le conté esto a nadie, mi joven amigo —confirmó el señor—. Yo mismo recogí su cadáver y lo envolví en un sudario antes de darle sepultura con mis propias manos. No permití que nadie viera así a mi pobre Alix, sin cabeza y con la barriga abierta por un cuchillo de matarife. Ella no lo hubiera permitido.

Las ideas relampaguearon en la mente de Cearbhall, que sentía latir con fuerza la sangre en sus sienes. ¿Había alguien más allí?

Estaba pálido como la cera.

¿Alguien capaz de percibir que en el vientre de aquella mujer aún vivía un niño?

—Por eso, mi querido Cearbhall —siguió el conde, más abatido que nunca—, es por lo que desde ese momento no me quedan fuerzas para luchar. La ilusión de toda una vida se desvaneció junto con Alix, la luz de mi existencia. La posibilidad de que mi último hijo fuera el legendario Guerrero de la Luz se extinguió en ese instante.

¿Capaz de abrirle la barriga y sacarlo?

—Ya nunca seré testigo de la llegada del decimotercer caballero de Gwened. No nacerá en mi descendencia el elegido de la profecía —remató Patern, volviéndole la espalda.

Cearbhall, sudoroso y sin aliento, aprovechó que el conde no lo veía para apoyarse otra vez en la pared.

Las dudas restallaban su mente como latigazos. Sintió náuseas, y por un momento todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Tanto, que estuvo a punto de desmayarse al ser consciente de lo que aquello implicaba.

Una última pregunta golpeó su cabeza con la contundencia de una pedrada.

¿Alguien capaz de traer a la vida al Guerrero de la Luz?

XII

Querido C. de P.:

Espero que estéis disfrutando del saco de dorado centeno que tuve ocasión de haceros llegar como presente. Desde luego, mi señor ha quedado muy satisfecho por vuestra colaboración.

Qué hermosa misión completamos, amigo mío… Hace ya años de ello, pero parece que fuera ayer.

Recordad que donde había ese saquito quedan más. Todos ellos, para los amigos dispuestos a seguir ayudando a nuestra patria en su siembra de gloria.

A buen seguro que sus frutos han ser bien dulces, pese a la amargura de los quehaceres que exige.

Pero si, por el contrario, la cosecha se estropeara por alguna indiscreción, recordad que tan mal sembrador conocerá un fuego justiciero en sus campos.

Siempre con vos,

D. S.

Cada poco tiempo, Cearbhall recibía cartas de aquel tipo. Habían empezado en los tiempos del asesinato. Cada misiva acentuaba su tormento, pero esta vez lo que se disparó fue su cólera.

«Maldito asesino —rumió—. Te juro, Dreng, que encontraré la auténtica verdad».

Las confesiones de Patern tras la *juntanza* anual de los caballeros de Gwened aún latían con fuerza en sus sienes. Una sospecha aterradora se iba transformando en certeza con el lento transcurrir de los días:

«Si el niño está vivo, daré con él. Lo encontraré y haré lo que sea preciso. Nunca más me podrás extorsionar, malnacido».

La verdad podía ser aterradora, pero estaba obligado a encontrarla.

Obligado, sí. Y no solo porque la verdad siempre se abre camino.

No solo porque los remordimientos mordían su conciencia como perros de presa.

No.

Estaba obligado porque la existencia del pequeño Robert suponía la evidencia de su traición.

Porque, si el niño estaba vivo, su vida pendía de un hilo.

XIII

Un estruendo insistente despertó a Breann de madrugada.

Durante unos segundos no supo dónde se encontraba, ni por qué atronaba aquel ruido ensordecedor en plena oscuridad.

La muchacha se levantó de un salto, aún aturdida. El pequeño Aydan seguía durmiendo plácidamente en su cama. Después, salió del cuarto. Las últimas brasas encendidas aún brillaban en el hogar.

No deben de ser más que las dos de la madrugada. ¿Quién aporren nuestra puerta de esa manera?

Unas mujeres vociferaban al otro lado. Se acercó. Ya se disponía a preguntarles qué era lo que querían cuando Myrna salió de su alcoba. La sanadora, con el pelo alborotado y cara de sueño, le indicó que guardara silencio. Después se acercó a la puerta con una vela encendida y esperó a que las mujeres dejaran de golpear.

—¿Quién va? —preguntó en voz baja.

—¡Myrna! ¡Tienes que venir! —dijo una voz, muy alterada, al otro lado—. ¡Maëlle lleva horas de parto y el niño no quiere salir!

Breann miró a la sanadora con cara de terror. Maëlle era una buena mujer. Una vecina que siempre tenía una sonrisa en los labios y una palabra cariñosa.

De hecho, la chiquilla se había alegrado mucho al saber que la mujer se había quedado por fin encinta. Habían sido más de quince años de intentos infructuosos.

Para aquella buena mujer, la maternidad había pasado de ser una ilusión al principio a obsesión después; y a una amargura aterrada más adelante. Finalmente, había acabado por ser su único anhelo. La última luz de esperanza que le quedaba a una vida arrasada por la decepción. Por eso la muchachita le había dado un abrazo, eufórica, cuando Maëlle le había anunciado con los ojos húmedos que por fin había logrado quedarse embarazada.

Una alegría radiante que ahora, ante aquellas complicaciones, se transformó en pánico.

Breann se estremeció. Tenían que ayudarla. Sin embargo, Myrna se mostró reticente. No parecía dispuesta a acudir pese a la urgencia de aquellas mujeres que aporreaban su puerta, desesperadas.

—Avisad a Nolwenn —respondió la anciana, de nuevo sin alzar la voz—. Ella es la partera de la villa. No yo.

Breann no pudo evitar un gesto de repulsión. Nolwenn Legoff, la matrona, era una mujer mezquina que siempre miraba a todo el mundo por encima del hombro. Una ignorante con ínfulas que no admitía ninguna crítica sobre su trabajo. Como si no existiera mayor eminencia que ella en materia de embarazos y partos.

Cuando en realidad, y eso era lo que horrorizaba a Breann, no era más que una incompetente que se basaba en supersticiones sin fundamento.

—No soporto esa sonrisa falsa que pone cuando habla con el cura —le había confesado una vez Maëlle, por lo bajo, mientras volvían del pueblo.

Entendió que las cosas se hubieran puesto difíciles.

—Nolwenn lleva horas atendiendo el parto, pero no encuentra la manera de hacer salir al bebé. —Las vecinas no parecían dispuestas a renunciar.

Myrna se quedó callada, observando durante un silencio interminable la llama de la vela. Se debatía entre el deber de acudir y la prudencia. Sabía que el hecho de intervenir les reportaría consecuencias. No temía por ella, sino por lo que aquel asunto le fuera a traer a Breann. Y posiblemente también a Aydan.

—Tenemos que ir —le musitó la joven, con gesto suplicante—. No podemos dejarla sola con esa inútil.

La anciana, con ese ocasional brillo de lucidez en la mirada que tanto la desconcertaba, no dudó más.

—Ayúdame a coger las cosas. Es una primeriza de casi cuarenta años. Mucho me temo que el niño venga del revés. No será fácil.

Antes de que hubiera pasado un minuto, la sanadora y su discípula se apresuraban tras las dos mujeres que habían corrido a buscarlas en la oscuridad. Según se iban acercando a la casa, a Breann se le heló la sangre. Los

alaridos de dolor de Maëlle rompían la noche, resonando bajo la bóveda arbolada.

Cuando Nolwenn vio entrar a la vieja sanadora, acompañada por su discípula, se puso rígida. Después les dirigió una mirada furibunda a las vecinas. Pese a que en ese momento no estaba haciendo nada más que beberse una taza de sidra mientras la pobre parturienta se retorcía de dolor, se incorporó como un resorte. Al instante trató de dejar bien claro quién estaba al mando de la situación.

—Te vuelvo a decir que si no empujas no hay nada que hacer —la partera amonestó a Maëlle con severidad, acercándosele de repente, aún con la taza en la mano—. En mi vida he visto mujer más terca que tú.

Myrna se acercó al camastro y vio que las sábanas estaban empapadas en sudor. La cama entera estaba hecha una madeja. Era obvio que su ocupante llevaba ya muchas horas de sufrimiento. Aunque ignoró la presencia de la matrona, Nolwenn, tensa pero resistiéndose a ser relegada, se mantuvo firme al lado de la cama.

—Maëlle, escúchame —indicó Myrna suavemente, cogiéndole la mano con firmeza—. Respira acompasadamente y confía en mí. Tanto tú como el pequeño vais salir de esta, ya verás.

La mujer contuvo los quejidos agónicos y miró a la anciana a los ojos durante un instante. Algo más tranquila, asintió levemente y empezó a respirar del modo en que Myrna le iba indicando.

—Breann, quiero un almadraque en el suelo enseguida, que tenga solo una sábana de lino, bien limpia, por encima. Poned a hervir agua en tres ollas distintas, traed cuantos paños podáis encontrar, siempre que estén limpios, y que salga todo el mundo del cuarto.

Las vecinas se dispusieron a ayudar a Breann. Mientras Myrna empezaba a palpar el vientre de Maëlle, unas y otras se apresuraron a cumplir sus órdenes con la mayor diligencia. En cuanto el cuarto estuvo dispuesto, todas salieron discretamente a la cocina. Dos lloraban, exhaustas, y las otras trataban de consolarlas con cara de circunstancias. Unas enormes ojeras les oscurecían el rostro.

—Tranquilas, ya está aquí Myrna —indicó una en voz alta, sin caer en la cuenta de que Nolwenn seguía allí—. Ya nada malo le puede pasar.

A la partera, relegada por la anciana, aquellas palabras le hicieron hervir la sangre. Odiaba a aquella vieja entrometida y sabihonda, a quien las malas lenguas acusaban de emplear artes oscuras. Tras un rato de cavilación enfurecida, asintió en silencio.

Al fin y al cabo, no había lengua peor que la suya.

Durante horas, la vieja sanadora puso en práctica, con la ayuda de Breann, toda la sabiduría que los mejores curanderos de su pueblo habían acuñado a lo largo de los siglos. Manipuló la barriga de la mujer de diferentes maneras, le

controló las contracciones, la puso de pie, acuclillada, la acostó de lado y la ayudó a soportar el dolor.

Siguiendo sus instrucciones, la chiquilla preparó una infusión destinada a calmarle los nervios y varias pócimas que debían cumplir diferentes cometidos: abrir el canal del parto, darle más fuerza cuando ya estaba a punto de desfallecer y, sobre todo, aliviar el intenso sufrimiento que la atormentaba. Un martirio que podría llegar, incluso, a acabar con su vida.

Tan absorta estaba Breann en el trabajo que ni se dio cuenta de que ya había despuntado el día. Myrna sudaba casi tanto como Maëlle por el esfuerzo, y la muchacha les secaba la frente a las dos de cuando en vez con paños de lino hervidos. En otra olla, que seguía borboteando al fuego, daban vueltas unos utensilios de metal.

La lucha continuó sin descanso.

Llegado un momento, Maëlle perdió la consciencia. La anciana, tras tomarle el pulso y hacer unas comprobaciones que Breann no había visto nunca, se dirigió por fin a su ayudante.

Llevaba más de quince horas trabajando en silencio, sometida a una actividad frenética.

—La cosa está complicada —explicó, con gesto tenso pero con voz serena —. Ve corriendo a casa y tráeme la botella del líquido dorado. Vamos a tener que sacar al niño abriéndole el vientre a la madre.

Breann se quedó inmóvil, mirándola con pavor. En su mente relampagueó, como una imagen de otra vida, el momento en que se había visto obligada a hacerle lo mismo a un cadáver tirado sobre la nieve. Pero aquella mujer ya estaba muerta, recordó. Ningún daño le podría haber ocasionado.

Maëlle, en cambio, estaba viva.

Por un instante, la muchacha perdió la noción del tiempo. El sol estaba ya próximo a ocultarse otra vez, pero no se dio cuenta.

—No temas —sentenció la anciana, girándose para regresar con su paciente—. Maëlle aún conserva la cabeza pegada al cuerpo. Ya me encargo yo de que conserve también la vida.

Mientras corría de vuelta a casa para cumplir el encargo de su maestra bajo la luz tenue del atardecer, Breann Airdsgainne llevaba una nube de tormenta en la mirada.

No podía dejar de preguntarse cómo se había podido enterar Myrna de la historia de la madre decapitada.

Cómo diablos había podido adivinar el modo en que había llegado al mundo el pequeño Aydan.

XIV

A'chlach.

La Piedra. Así se llamaba la única taberna de Karnag que se podía considerar merecedora de tal nombre. El resto no pasaban de simples tugurios, sucios y oscuros. Tal y como le había indicado a Cearbhall el único soldado del castillo oriundo de aquel lugar, a esa hora todos los hombres del lugar se encontraban allí reunidos.

Y todos, charlando y riendo ante una taza de sidra.

Pese a simular ser un viajero de paso, el consejero del conde de Vannes sintió al entrar que todas las miradas se centraban en él. Era muy infrecuente ver a un desconocido en aquel lugar. Sin embargo, en cuanto se sentó en una mesa apartada y pidió una jarra de sidra y algo de comer, los paisanos parecieron olvidar su presencia. Las conversaciones se reanudaron con normalidad.

Como era previsible, y como él había calculado previamente, la animación del local fue incrementándose a medida que iba pasando el tiempo y los hombres iban bebiendo más y más. Esperó pacientemente a que los más sobrios se fueran marchando. Cuando ya solo quedaban unos pocos vecinos, suficientemente borrachos como para tener la lengua suelta, se dirigió discretamente a los dos que ocupaban la mesa más próxima a la suya.

—Creo que la última jarra que he pedido va a ser demasiado para mí solo —observó, risueño, como haría un viajero solitario buscando charla—. ¿Os importaría ayudarme con ella, caballeros?

Los campesinos lo miraron, divertidos. Si aquel forastero tan amanerado no era capaz de rematar su sidra, por supuesto que ellos le echarían una mano. Faltaría más.

—Un lugar agradable, sin duda —dejó caer Cearbhall, mientras les servía.

—A'chlach es la mejor taberna de toda la Bretaña —sentenció con orgullo el hombre que tenía más cerca, un campesino que lucía un enorme bigote blanco.

Su voz dejaba claro que llevaba horas bebiendo sin parar.

—Brindo por eso, amigos. —El visitante iba preparando el terreno—. Pero… ¿por qué le llaman así, La Piedra?

Los paisanos se quedaron mirándolo, sorprendidos. Después soltaron una carcajada.

—¿Es que no sabéis que os encontráis en Karnag? —preguntó otro, un hombrecillo rubio cuyos síntomas indicaban que no iba muy atrasado respecto a su compañero—. Las piedras son nuestra esencia. El alma de nuestra tierra.

—¿Os referís a las piedras hitas? Las he visto, en efecto, justo antes de llegar a este lugar —disimuló.

Sabía perfectamente que los alineamientos de menhires seguían siendo venerados por aquellos lugareños palurdos. De hecho, un buen número de estudiosos de la sapiencia antigua llegaban allí en peregrinación cada año desde todos los países gaélicos.

No obstante, él estaba allí para simular que no tenía ni idea de nada.

—Esos menhires encierran secretos que los extranjeros no podéis ni imaginar, amigo —se exaltó el primero, dándose importancia con ademanes de borracho—. De ahí viene el nombre de esta taberna, y también el carácter de nuestra gente.

—Asombroso, sin duda —admitió Cearbhall, mientras les servía otra taza.

Una hora y cinco jarras después, los dos lugareños ya le habían descrito, orgullosos, todas las maravillas de su tierra. El viajero parecía escucharlos embelesado, y ellos hinchaban el pecho, encantados. Incluso trataron de enseñarle una de sus famosas canciones que hablaba de tiempos antiguos y de afrontar peligrosas travesías por mar para visitar a la mujer amada.

El forastero supo que había llegado el momento de concretar.

—Pues yo estoy viajando desde tierras lejanas por negocios, como ya os dije, pero os confesaré que ando también en busca de un buen físico que sepa curar un mal que me atormenta desde hace meses —comentó, como por descuido—. Sufro un dolor muy intenso en un costado que, por momentos, no me deja ni levantarme de la cama.

El hombre del gran bigote se puso serio. Después de haberle dado otro generoso trago a su taza, sentenció en voz baja, y con aspecto de estar revelando un secreto peligroso:

—Pues sabed que aquí, en Karnag, vive la mejor sanadora de toda la Armórica.

El otro lo miró alarmado. Pese a la euforia provocada por el alcohol, había cosas que era mejor no airear. Por eso le dio un codazo que pretendió ser discreto, pero que derramó la sidra de la taza que su compañero aún tenía en la mano.

—¿Ah, sí? —preguntó Cearbhall, simulando escepticismo y candidez a partes iguales.

Tuvo que reprimir una sonrisa para obviar la torpeza de sus interlocutores.

El hombre del bigote, tras fulminar a su compañero con la mirada e ignorar deliberadamente los mal disimulados gestos que le indicaban que no debía seguir hablando, le ofreció la taza vacía al visitante para que se la llenara de nuevo.

—Podéis estar seguro, amigo mío. —El hombrecillo rubio abandonó todo intento por tratar de que su compadre dejara de chismorrear y hundió el morro en su taza con ofuscamiento—. Puede curar enfermedades que ni los mismísimos físicos de la Corte podrían sanar.

—No sé yo… —Cearbhall seguía desempeñando su papel. Sabía que si se

mostraba incrédulo, su interlocutor, con intención de enfatizar las maravillas del lugar, le facilitaría todo lujo de detalles—. ¿Incluso si hubiera que abrir y… curar dentro del abdomen?

—Hacéis bien en desconfiar, amigo. —El campesino pequeño decidió intervenir en la conversación—. Hay quien dice que son cosas de brujería, que anda en tratos con el diablo y… Dios me perdone, hasta han llegado a verla hurgando en los camposantos…

—¡No digas tonterías, Laurent! —alzó la voz el hombre del bigote, para continuar inmediatamente en voz baja—. Esos rumores son infundados, no le hagáis caso.

—¿Creéis, entonces, que esa mujer tan sabia sería capaz incluso de intervenir… como un cirujano? —Cearbhall pretendía asegurarse de que su improvisado confidente ubicase exactamente el tipo de curandera que él estaba buscando.

Esta vez el campesino se le acercó más, tras ignorar de nuevo a Laurent. No quería que nadie escuchara lo que iba a decir, ni iba a admitir una nueva interrupción.

—Hace unos días logró sacar a un niño de la barriga de su madre, que no conseguía lograrlo de parto natural —musitó, para más alarma del hombrecillo rubio—. Y los dos, madre e hijo, están ahora de maravilla. Maëlle, le llaman a la buena mujer, y os aseguro que ya está como nueva.

Cearbhall no logró disimular que se le había erizado todo el vello al escuchar aquella confidencia. Tampoco importó. La borrachera que llevaban los alegres compadres impidió que se dieran cuenta.

—¿Y cómo se llama esa gran curandera, pues? —preguntó, levantándose de la silla con una sonrisa inocente, como si no le diera mayor importancia—. Por si la casualidad me trajera de nuevo a estas tierras, más que nada…

El hombre del bigote lo agarró de una solapa y lo acercó.

—La llaman Myrna Ménec. Vive en una casita a las afueras de Karnag, saliendo hacia Ploemel. No tiene pérdida, es cerca de los campos de piedras hitas.

Cearbhall, con la cara a escasa distancia de aquel enorme bigote, le agradeció la confianza con una palmada amistosa en la mejilla, antes de incorporarse.

—Un placer haber compartido mesa con vos, amigos. Espero que nos volvamos a ver algún día.

—Así será, si decidís volver a esta taberna después de que quien ya sabéis os examine. —Le guiñó un ojo, exageradamente, el lugareño—. Esa será una buena ocasión para celebrar que vuestro mal ha desaparecido.

Cearbhall sonrió. Laurent, sentado y visiblemente molesto, lo despidió con un gesto malhumorado. La indiscreción de su compañero parecía haberlo enfadado de verdad.

Así que Myrna Ménec…, se dijo. Tal vez esa sea la explicación, al final… Una curandera capaz de extraer con vida al niño de Alix, incluso después de haber sido decapitada.

Por fin tenía algo. El abismo, hasta entonces, había sido aterrador.

Al salir a la calle desierta, la noche lo recibió con un golpe de silencio. En el interior aún se oía la juerga de unos pocos supervivientes. Se arrebujó en su capa.

«Averiguaré qué ha estado pasando —asintió—. Entonces sabré a qué capricho del destino me estoy enfrentando. Esta vez es asunto mío impedir que se cumpla esa profecía».

El plan que había empezado a pergeñar tras la confesión de Patern iba viento en popa. Al primer golpe de pico, había brotado oro.

Cogió el camino de Vannes. Llegaría al castillo con el amanecer, antes de que nadie lo hubiera echado en falta. Había dado un gran paso, pero quedaba mucho por hacer. Necesitaba controlar aquel asunto, por inverosímil que fuera, cuanto antes. Tenía que hacerlo, sí. Y tenía que hacerlo ya.

Antes de que otra cabeza acabase rodando por el suelo.

Esta vez, la suya.

XV

El sol ya se veía bajo entre los árboles que bordeaban el camino.

Breann no se atrevió a correr por miedo a tropezar, no fuera a rompérsele el ánfora que contenía el líquido dorado. Hasta donde ella sabía, aquel fluido podía ser denominado así a causa de su color, de un dorado oscuro que tiraba al color de la sangre vieja; pero también por su valor. De hecho, Myrna solo lo empleaba cuando era imprescindible. Es decir, cuando se veía obligada a realizar una incisión en la piel del paciente. A actuar en el interior de su organismo. La joven había deducido que su función era evitar que la suciedad del exterior contaminase, por así decirlo, el interior del cuerpo intervenido. Aunque las medidas de higiene de la mujer en esas ocasiones pudieran parecer extremas, incluso desproporcionadas para quien no conociera las consecuencias de una infección interna, ella nunca bajaba la guardia.

Por comentarios aislados, y por alguna que otra mezcla alquímica que le había visto hacer alguna vez, Breann también sabía que solo se podía obtener una pequeña cantidad de aquel líquido tras destilar varias veces determinadas plantas previamente fermentadas. De aquel proceso se obtenía un alcohol casi puro que había que mezclar con unos minerales desconocidos para ella. Unas sustancias que eran casi imposibles de encontrar. Entre las semanas que se

tardaba en completar la destilación y la gran dificultad que suponía obtener el resto de ingredientes, el líquido dorado tenía un valor incluso superior al del mismo oro.

Gracias a la escasa distancia entre las dos viviendas, y pese a que decidió no correr como medida de precaución, Breann regresó pronto a casa de Maëlle. Al atravesar la cocina, donde las vecinas seguían retorciéndose las manos y sollozando, ignoró la mirada de odio que le dedicó Nolwenn. Sin aminorar, entró en la alcoba. Myrna ya tenía los útiles cuidadosamente ordenados sobre un paño. Los acababa de extraer del agua hirviendo.

La parturienta seguía inconsciente. Dedujo que la anciana debía de haberle administrado alguna de las pócimas que extraía de la planta de las amapolas. Bendita adormidera, pensó entonces.

Tenía el alma en un puño. Solo con pensar en la disección en vivo que la maestra se disponía a llevar a cabo, le temblaban las piernas. Respiró hondo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que una corriente inexplicablemente cálida corría por sus venas.

Sobreponiéndose a la tensión del momento, trató de no perder detalle. Todo parecido con lo que ella había hecho al extraer a Aydan era mera coincidencia. Myrna realizó varias incisiones muy limpias, siempre mojando el instrumental y las manos en el líquido dorado. En apenas unos minutos una niñita, muy amoratada pero llena de energía, berreaba en el cuarto. Sus gritos provocaron lágrimas de alegría en las mujeres que escuchaban desde la cocina.

Tras poner a la criatura a salvo, Myrna le indicó con un gesto que prestara atención. Con distintos hilos que ella misma elaboraba, cosió los cortes que acababa de efectuar en el interior del abdomen.

—Este será absorbido por el cuerpo, con el paso del tiempo.

La sutura exterior, no obstante, la cosió con un hilo de seda que, una vez más, había mojado antes de nada en el precioso fluido.

—Este acabará por desprenderse cuando el corte esté curado.

Breann escuchó con extrañeza todas aquellas indicaciones. Ya se había sorprendido ante las que Myrna le había ido dando a lo largo de toda la intervención, reclamando su atención cada poco tiempo. Normalmente, la anciana la ignoraba por completo. Pero también era cierto, se percató, que siempre requería su presencia cuando llevaba a cabo la curación de una dolencia grave.

Tras limpiar cuidadosamente el cuerpo de Maëlle, la sanadora se centró en la criatura. Examinó con minuciosidad todo su cuerpecillo, le tomó el pulso, la agarró por los bracitos, le hizo llorar de nuevo y le palpó el abdomen con atención. Por fin, la acercó al pecho de su madre y la puso a mamar.

—Esperaremos a que Maëlle despierte —observó, con seguridad pero con voz vacilante.

Nada más oírla, Breann comprendió que estaba exhausta. Fue como volver

en sí tras una pesadilla trepidante.

Miró por la ventana. Sorprendida, percibió que no se veía más que oscuridad. Entonces lo entendió. Myrna no había tenido un instante de sosiego a lo largo de todo aquel tiempo. Ya era madrugada.

Más de veinticuatro horas seguidas de trabajo extenuante.

Por fin, la madre despertó. Myrna le dio unas instrucciones sencillas para atender a la pequeña mientras curaba su maltratado cuerpo. Después lo recogieron todo y se dispusieron a marcharse.

Maëlle les dedicó una débil sonrisa, y una mirada que denotaba un agradecimiento eterno. Allí se quedó, recostada y en una nube. Por fin, con su hijita en brazos. Desbordando una felicidad que jamás había imaginado que pudiera existir.

—Mañana pasaremos a ver cómo sigues —le susurró la sanadora, a modo de despedida.

Las vecinas que seguían esperando fuera, algunas de ellas ya adormiladas, se levantaron de un salto al ver cómo se abría la puerta del cuarto.

—La que esté más descansada que se quede, para darle a Maëlle lo que vaya necesitando —indicó Myrna mientras salía por la puerta—. El resto, volved a vuestras casas y dejadla descansar.

La más joven, la única que había permanecido despierta en todo momento, agarró a Breann por un brazo con discreción mientras las otras se asomaban tímidamente al cuarto deseando conocer al bebé y felicitar a la madre.

—Tened cuidado, Breann —le musitó la muchacha, con ansiedad—. En cuanto escuchó el llanto del niño, Nolwenn salió por la puerta hecha una furia. Iba murmurando no sé qué sobre magias y brujería.

—En realidad es una niña —respondió la aprendiza, agotada—. Y la única magia que ha habido ahí dentro es la que ha mantenido a una anciana como Myrna en pie durante tanto tiempo. Todo lo demás no ha sido más que una pasmosa demostración de sabiduría, puedes creerme.

Ya en casa, al entrar por la puerta, Breann vio que el cielo ya empezaba a clarear. Calculó que debían de llevar en pie unas treinta horas.

Una vez dentro, tuvo que posar a toda prisa los útiles para evitar que Myrna se desplomara contra el suelo. La mujer, tras dejar sus cosas sobre la mesa, empezó a tambalearse y acabó perdiendo el equilibrio, completamente desvanecida. Breann llegó justo a tiempo para sujetarla. Alarmada por aquel desmayo fulminante, se la llevó a la cama y la acostó así, sin desvestirla siquiera. Al tumbarse también ella junto a Aydan, que seguramente se habría pasado el día preguntándose dónde estarían, su frente estaba arrugada.

«No niego que el esfuerzo que llevó a cabo fue titánico —caviló, preocupada—, pero la Myrna que yo conozco tiene una fortaleza capaz de eso y mucho más».

Aun así, sus desvelos duraron tanto como tardó ella en abrazar al niño por detrás. Antes siquiera de darse cuenta, cayó rendida.

No había estado tan cansada en toda su vida.

XVI

INBHIR NIS, 1392

Morvern Airdsgainne era el curandero más prestigioso de Inverness.

Lugareños de muchas leguas a la redonda acudían cada día a su casa para que les arreglara un tobillo luxado, un dedo roto o un dolor de espalda que los había dejado clavados. Todos confiaban en el arte pausado de aquel hombre de aire pensativo. Él había aprendido el oficio de su padre, y este del abuelo Airdsgainne. Y así, sucesivamente, a lo largo de tantas generaciones que su origen se perdía en la niebla. No había memoria en toda Escocia que llegara al principio de aquella saga de curanderos.

No cobraban más que la voluntad, pero la generosidad de los pacientes solía ser espléndida. Gracias a eso, la familia ya disfrutaba de una buena posición cuando él nació. El niño creció y se convirtió en un próspero componedor de gran prestigio. Un hombre respetado por su sabiduría reposada en el seno de la gélida Inbhir Nis.

Sin embargo, Morvern siempre sintió un vacío en su corazón.

Se sabía un privilegiado, desde luego. Había aprendido a reubicar articulaciones, a entablillar huesos y a inmovilizar dedos. O un pie entero, si era necesario. Su gran suerte consistía en haber nacido en una casa donde se transmitía de generación en generación un patrimonio valiosísimo.

El conocimiento de los antiguos curanderos de la gloriosa nación de Alba.

Era el arte de los masajes con *whisky* añejo, de los emplastos a base de vinagre caliente y los recubrimientos con arcilla tibia durante toda una noche. Remedios sencillos, propios de componedores de huesos. Nada más. A pesar de todo, el hombre sabía que su sabiduría heredada no era más que una serie de apaños simples para males leves. Curas para lesiones molestas que no suponían mayor complicación.

Se sentía útil, pero incompleto.

Su sueño siempre había sido aprender las artes curativas de los druidas que protagonizaban las leyendas antiguas. Unas artes que casi se habían perdido por completo cuando el pueblo de Gael fue arrasado, tras la gran invasión.

Habían pasado más de mil años, pero aún quedaban sanadores que atesoraban la sapiencia milenaria.

El curandero de Inbhir Nis nunca había dejado de soñar. Al menos, durante el escaso tiempo libre que le concedían los que llamaban a su puerta en demanda de curación.

«Pero los sueños, Morvern, habitan en el aire. Y tú tienes los pies anclados a la tierra, no lo olvides. A esta tierra dura y helada en la que yacen tus ancestros».

Pronto, la cruda realidad le trajo una certeza inmutable: él jamás llegaría a adquirir esa sabiduría. Estaba atrapado allí, en el negocio familiar de Inverness. Aun así, se decía, toda mazmorra, hasta la más profunda, cuenta con un resquicio. Como rezaba un viejo proverbio de las Tierras Altas, incluso en la noche más oscura ha de brillar alguna estrella. En medio de la frustración de Morvern apareció una ilusión renacida al poco de casarse con la hija de un rico orfebre de la ciudad.

La pequeña Breann, su hija.

Su mayor orgullo desde el primer momento. A la emoción paternal de los primeros años se le sumó, más tarde, un regalo inesperado. Algo que sucedió de improviso un día, cuando la niña no tenía más que tres años. Ahí, en el pecho de Morvern renació un fuego que nunca había llegado a apagarse de todo.

Mientras estaba palpando el tobillo hinchado de un mozo de estiba que había resbalado en una placa de hielo, la niña se acercó con los ojos muy abiertos. La pequeña no se asustaba de los quejidos de los pacientes, y se dejaba caer cada día por la sala del curandero. Llevaba toda la vida presenciando el trabajo de su padre. Aun así, Morvern, a quien le estaba costando concretar el diagnóstico, se sorprendió al ver cómo la chiquilla lo apartaba para colocarse ella junto al paciente.

Breann colocó su manita sobre la piel de la zona lesionada y se quedó inmóvil, con expresión pensativa.

Su padre contuvo la respiración. Su exploración había estado analizando el lado externo de la articulación, comprobando que cada hueso de la pierna y del tarso estuvieran en su sitio. Tratando de localizar que los ligamentos y los tendones siguieran la dirección correcta. Que no estuvieran arrancados de ninguno de sus anclajes.

Sin embargo, la pequeña se puso a palpar la parte interna de aquel tobillo inflamado. Al cabo de unos segundos se giró hacia Morvern con gesto ansioso. Entonces, con decisión, le indicó que tocara allí.

Nada más iniciar la exploración por ese lado, el hombre se dio cuenta de que había una separación entre la tibia y el peroné justo donde estaba la mano

de la chiquilla. Asombrado, se percató de que aquella era la lesión de la que se quejaba el joven. La niña había ido directa al lugar exacto.

Desde aquel día, Breann estaba siempre presente cuando Morvern exploraba a sus pacientes.

Si el diagnóstico era sencillo, la niña solía indicar incluso antes de la exploración la tipología de la lesión.

—Mira papá, tiene el tobillo fuera —señaló un día, al ver a una aguadora apoyada en una comadre.

Cuando se presentaba algún cuadro complicado, incluso casos en los que el propio padre dudaba, la niña acotaba las opciones hasta deducir una prescripción correcta.

—Te digo que tiene un don, Nyah. —El orgullo paterno, sin embargo, no bastaba para que la madre acabase de creerse el supuesto talento que Morvern le atribuía a su hija.

Más bien al contrario.

—Era de esperar, ¿no? —respondió la madre, arqueando las cejas—. También tú lo heredaste de tu padre, y él del suyo. Si no fuera así, Breann no podría seguir con el negocio familiar.

A Morvern le molestaba que su esposa llamara a su profesión «el negocio», pero no era momento para discutir aquel tema.

—Hablo de un don de verdad. Uno que puede curar enfermedades del hígado, o del corazón. El que poseen los que, con el aprendizaje adecuado, llegan a convertirse en auténticos sanadores.

No simples curanderos, ni componedores, calló. Ni barberos sacamuelas, por descontado.

Nyah se encogió de hombros, pero Morvern no iba a permitir que le robaran la ilusión. El futuro que su hijita tenía por delante era su auténtico sueño. Llevaba toda la vida corroído por la frustración pero ahora, por vez primera, un amanecer luminoso asomaba en el horizonte.

—Perfecto —dijo ella, sin más—. Entonces, enséñale todo eso y que sea una gran sanadora.

Él prefirió morderse la lengua. Nyah despreciaba su oficio, ya lo sabía. No iba a saber distinguir entre lo que él hacía, poco más que arreglar huesos y articulaciones, y la legendaria sapiencia antigua, capaz de realizar curaciones que se podrían considerar prácticamente milagros. A ella solo le importaba que el negocio fuera bien. «No es una orfebrería como la de papá —cavilaba—. No todo el mundo puede ser el orive más próspero de todas las Highlands… pero esto de arreglar huesos, bien trabajado, da beneficios». Así era Nyah.

Visto lo visto, al poco tiempo Morvern decidió actuar.

Lo primero fue ponerse en contacto con su mejor amigo de la infancia. Habían vivido en la misma calle y jugado en la nieve siendo niños. El hombre siempre había mostrado fascinación por las viejas historias de druidas que seguían rondando el ideario colectivo de su pueblo. Tanto era así, que había acabado por hacerse monje en un monasterio remoto, en Skye, para investigar los orígenes de su gente y los lugares donde mejor se había conservado la sapiencia antigua.

Allí dirigió su carta el componedor de Inbhir Nis.

Querido Kellen:

Si es cierto que nunca se ha apagado tu deseo por conocer los campos de piedras hitas de Morbihan y los laberintos de piedra de la vieja Armórica, pásate lo antes posible por nuestra casa. Estaré encantado de financiarte ese viaje a cambio de un pequeño favor.

Tu amigo,

Ante tan sorprendente oferta, el fraile no tardó en personarse en Inverness.

—No te preocupes, yo lo pago todo. El viaje en barco, lo que necesites para comer y dormir por el camino y la estancia, tan prolongada como desees, en Bretaña.

Kellen estaba entusiasmado, pero recelaba. Temía lo que le fuera a pedir a cambio. ¿Contrabando? ¿Negocios ilícitos? ¿La ocultación de algún secreto, tal vez?

No obstante, la realidad era incluso más turbadora.

—¿Recuerdas esa sanadora que vive allí, en Morbihan? ¿Esa que dicen los viajeros que es capaz de curar enfermedades mortales con métodos heredados de los druidas?

—Me acuerdo, sí —respondió Kellen, intrigado, haciendo memoria—. Dicen que vive junto a los menhires porque es la guardiana de su poder. Se llamaba… Myrna, ¿no es así?

El desconcierto lo invadió al atisbar las intenciones del componedor.

—Myrna Ménec, exacto. Pues lo único que quiero a cambio es que hables con ella.

El fraile le dedicó una mirada de incredulidad.

—Por lo visto, no es fácil tratar con esa mujer. A no ser, claro, que seas un paciente moribundo.

—Kellen, te pago el viaje entero y lo que me pidas si consigues que Myrna acoja a Breann como pupila.

El visitante se echó atrás en la silla con las manos detrás de la cabeza. Aquello era poco menos que pedirle que viajase a Roma y le trajera el anillo del mismísimo Papa.

—Morvern, esa mujer ha rechazado a lo largo de su vida a cientos de candidatos. Y entre las mejores familias de todas las naciones gaélicas.

—Breann tiene un don especial, Kellen —insistió el curandero—. Te lo juro.

—Solo tiene siete años —rebatió el monje—. No eres el primer padre que magnifica las cualidades de sus hijos.

—Por la amistad que nos une —La solemnidad de su gesto impresionó esta vez a su visitante—; porque no tienes nada que perder, o porque estoy dispuesto a costear tu estancia en Morbihan el tiempo que sea necesario. Por el motivo que elijas, Kellen, pero hazlo. Eres la última esperanza que me queda.

Los dos hombres se observaron en silencio. Ninguno parecía dispuesto a ceder, pero la súplica en la mirada de Morvern fue decisiva.

Finalmente, Kellen claudicó. Al fin y al cabo, pensó, no perdía nada si fracasaba. Gracias a la generosidad de su amigo iba a poder estudiar los alineamientos de piedras de Karnag. Su mayor deseo por fin podía verse cumplido tras tantos años de espera.

—Pocos conocen como tú los secretos ancestrales. —La convicción de Morvern era en realidad una confianza ciega—. Emplea la lengua común, convéncela de que la chiquilla proviene de una estirpe pura que se remonta a los gaeles de la antigüedad… Haz lo que sea, pero que la acoja como aprendiza. Debe de ser ya muy vieja. A alguien le tendrá que inculcar el conocimiento que ella ha heredado, ¿no?

Kellen seguía esbozando un gesto de escepticismo.

—Haré todo eso, descuida. Trataré de hacerle creer que la pequeña posee ese poder sobrenatural que dices, pero no prometo nada —observó el monje, aunque indicando mediante señas que no se hacía responsable del resultado—. Por cierto… ¿A Nyah le parece bien todo esto?

Kellen conocía bien a la madre de la niña. Por eso le extrañaba que estuviera de acuerdo con aquel plan estrafalario. Sobre todo, teniendo en cuenta un factor principal: en aquella casa siempre se hacía lo que ella decía. Sin embargo, esta vez la mirada de Morvern no dejaba lugar a dudas.

Tanto, que venció el escepticismo del mismo monje que, tan solo un poco antes, era reticente incluso a dirigirse a la gran sanadora de Bretaña.

—Si Myrna acepta, Nyah no se interpondrá en el futuro de mi hija —silabeó Morvern muy despacio, con los dientes apretados.

Por primera vez en su vida, Kellen apreció un destello de bravura en su mirada.

Era el fuego de la determinación que había prendido el don de la pequeña.

—Te lo juro, Kellen. Nada impedirá que Breann se encuentre con su destino.

XVII

Cuando Breann despertó, ya pasaba del mediodía.

Al lado de la cama, observándola con gesto divertido, se encontró a Aydan.

—Llevo mucho tiempo en pie —saludó el niño, sonriendo—. Pero no te quise despertar.

La joven se incorporó y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tampoco lo hice yo cuando vine anoche a por unas cosas —le respondió ella, mientras se desperezaba—. Estabas aquí dormidito, con los pantalones

puestos.

—Es que me pasé todo el día esperando a que volvierais. Al final me quedé dormido sin querer.

Breann sonrió, enternecida. Aydan, pese a tener solo seis años, se había pasado un día entero sin ellas. Le apenaba haberlo dejado solo sin ninguna explicación.

—¿Myrna estuvo contigo? —preguntó el pequeño.

Ahí, la sonrisa de Breann se congeló. Sin contestar, se levantó de un salto. Acababa de recordar que, antes de acostarse, la anciana se había desvanecido al llegar a su alcoba. Salió corriendo para ver cómo se encontraba. Cuando entró en su cuarto, se la encontró exactamente en la misma posición en la que la había dejado unas horas antes.

«No esta dormida —se asustó—. Sigue inconsciente».

Revolvió entre los instrumentos de la mujer hasta dar con un frasco de un inconfundible color rojo. Tras impregnar con él un paño, se lo hizo respirar. Myrna empezó a toser y entreabrió los ojos, extrañada. Había vuelto en sí, pero seguía aturdida.

—¿Qué haces? —preguntó al cabo de un rato, incorporándose sobre los codos.

—Tranquila —respondió la muchacha, obligándola suavemente a recostarse de nuevo—. Tenía que traerte de vuelta, no fuera a ser…

La mujer volvió a cerrar los ojos. Esta vez, casi al momento, sí se quedó dormida.

Breann salió con el ceño fruncido, dispuesta a hacer las tareas de la casa. Aquello no podía ser fruto de un simple agotamiento. A lo largo de la tarde, se fue asomando cada poco tiempo por la puerta entreabierta por ver cómo seguía. Cuando ya iba llegando el atardecer, Myrna la llamó.

—¿Cómo estás? —le preguntó Breann, ofreciéndole una infusión de laurel real.

—De eso ya hablaremos más adelante —parecía que había recuperado el carácter de siempre, aunque su vitalidad habitual no fuese más que un pálido reflejo. Su voz sonaba débil y su mirada era opaca—. Vayamos primero a lo importante. Dime… ¿serías capaz de repetir lo que yo hice ayer si te vieras en el deber de hacerlo?

La pregunta cogió desprevenida a Breann.

Se quedó muda durante un rato. Trató de recordar todo lo que le había visto llevar a cabo a Myrna durante la interminable jornada con Maëlle para considerar si ella también sería capaz de ejecutarlo.

¿Sería capaz de repetirlo? Esa era la cuestión.

La anciana vio pasar los pensamientos, como relámpagos, ante los ojos de la muchacha. Aunque expectante, esperó. Breann, tras un buen rato dudando, respondió con voz firme.

—Sí.

Myrna se quedó inmóvil, mirando al techo. Satisfecha, asintió para sus adentros. Aquella era la única respuesta que habría aceptado.

—Entonces, te voy a explicar los conocimientos teóricos que justifican todo cuanto me viste hacer. No hay práctica sin fundamento, ¿entiendes? De otro modo, no serías más que una matarife. Una simple sacamuelas… Nunca una sanadora.

Breann asintió en silencio, sorprendida una vez más. El giro de los acontecimientos en los últimos días era cada vez más impredecible. Hasta aquel momento, en los diez años que llevaba en Karnag, aquella mujer no se había molestado en darle ni la primera lección. Nada, ni sobre sus artes curativas ni sobre ninguna otra cosa. Ora bien, ahora que las fuerzas la abandonaban parecía que pretendía empezar a hacerlo.

Adelante, pues. Nada iba a objetar. Al contrario.

—Escúchame bien, Breann. Traer a la vida a un pequeño que no logra salir por el canal natural es algo que ya hacían nuestros ancestros hace miles de años. Cada vez aprendían algo nuevo, y cada conocimiento que iban adquiriendo gracias a la práctica mil veces repetida lo transmitían de boca en boca. Así fue durante siglos, a través de las sucesivas generaciones. De esa manera fueron perfeccionando el método hasta convertirlo en algo fiable. Cuando los invasores atacaron nuestra civilización, destruyendo nuestra forma de vida e imponiéndonos su lengua y sus costumbres, quisieron usurpar también nuestras artes curativas. La hermosura que tú pudiste presenciar ayer, por ejemplo, la incluyeron en una de sus leyes. Hasta la llamaron *Lex Caesarea* en honor a su emperador, fíjate si les pareció importante… Mas esa ley, Breann, solo se refería a extraer a un niño del cuerpo de una madre ya muerta. No olvides que ellos nunca lograron igualar la sabiduría de nuestros sanadores.

Breann se estremeció. Eso mismo había hecho ella, aunque de un modo más instintivo que racional, para traer al mundo al pequeño Aydan. Y aquella mujer, de alguna manera que ella no alcanzaba ni a intuir, lo sabía. Incluso con detalles. Aún destemplada, la chiquilla se obligó a centrar la atención en las palabras de la anciana. Myrna, acostada y con el agotamiento reflejado en el rostro, hablaba con una lucidez inusitada.

—De acuerdo, Breann. Después de esta breve introducción, despeja tu memoria. Ahora vas a saber, punto por punto, el porqué de cada uno de los procedimientos que ayer me viste poner en práctica. Desde hervir agua en tres ollas distintas hasta el tipo de hilo con el que hay que coser cada incisión. Presta atención. Te lo voy a explicar todo.

Durante más de dos horas, Myrna le fue explicando cada paso al detalle, asegurándose de que la chiquilla comprendía la causalidad que avalaba cada uno de ellos. A Breann le confundía la súbita serenidad de la mujer, y le sorprendía el cambio de actitud que había experimentado de repente.

Pero, sobre todo, estaba maravillada por aquella lección.

Una corriente le subió por las vértebras y le erizó la piel. La muchachita de Inbhir Nis fue asimilando con naturalidad, sin esfuerzo, los conceptos que Myrna le iba explicando. Algunos, de extrema complejidad. Cuando la anciana consideró que había acabado la lección, y sin dar opción a posibles réplicas, cerró los ojos de nuevo y se dispuso a dormir.

La noche había caído otra vez.

Breann se quedó observándola, indecisa.

—Myrna —musitó, sin apenas esperanzas de obtener respuesta. Era consciente de que aquella era la única pregunta que iba a poder plantear—. ¿Por qué ahora?

La anciana abrió los ojos y la contempló sin decir nada.

La joven insistió.

—¿Por qué, después de diez años sin haberme enseñado nada, empiezas ahora? ¿Por qué, nada menos, con una lección que explica el milagro de la vida?

Myrna miró al techo. Por un momento, Breann pensó que no le iba a responder, o que lo haría mediante uno de sus habituales ataques de furia.

—El mejor aprendizaje es aquel que no es consciente de serlo —sentenció al fin la anciana.

La chiquilla no entendió. Desconcertada, prefirió callar. Con todo, su expresión dejaba ver que esperaba una explicación. La mujer, al verla así, cerró los ojos.

—Algo habrás aprendido en estos diez años si, tal y como me acabas de confirmar, serías capaz de repetir lo que yo hice ayer.

Y sin más, se giró hacia la pared, dándole la espalda.

Breann se levantó para salir, conmocionada y confusa. Se sentía golpeada en lo más profundo del alma. Aquel razonamiento era tan demoledor como irrebatible. Cuando ya salía por la puerta, se sorprendió al escuchar de nuevo la voz de Myrna.

—Esa intervención que ejecuté ayer solo está al alcance de dos o tres personas en todo el mundo, niña.

Con lágrimas en los ojos, e invadida por un súbito golpe de luz, Brean sintió, tras tantos años perdida en un yermo, que por fin lo entendía.

Que todo tenía sentido.

Que aquel proceso había sido planeado minuciosamente por una mente privilegiada.

«Al alcance de dos o tres personas en todo el mundo», había dicho.

Un silencio prolongado sucedió a la afirmación de la vieja sanadora. Las emociones sobrepasaron entonces el ánimo de Breann. Aun así, lo que acabó de golpearla fue la sentencia final.

Unas últimas palabras, justo antes de dormir, que Myrna pronunció con

voz firme. Pese al dolor y al agotamiento.

«Dos o tres. En todo el mundo».

—Y a día de hoy, Breann Airdsgainne, tú eres una de ellas.

XVIII

MORBIHAN, 1392

Kellen llevaba ya un mes estudiando los menhires de Karnag.

La generosa donación de Morvern le permitía dormir en el cuarto espacioso de una fonda y cenar carne cada noche. Frailes de cenobios aislados y eremitas que mezclaban las creencias druídicas con las cristianas eran visitados día sí y día también por aquel escocés preguntón e impaciente. Por el hombre que nunca se cansaba de indagar sobre aquellas piedras antiguas que se alzaban solitarias, como falanges que apuntasen hacia el cielo. Le gustaba contemplarlas así, impasibles ante el paso del tiempo. Las veía como los huesos descarnados de un país de leyenda.

Entre investigaciones, consultas y mediciones astronómicas, fue atando cabos. Aquel lugar, tal y como siempre había supuesto, se erigía sobre misterios insondables. Todo cuanto descifraba lo iba anotando en su diario, con las manos temblorosas y el corazón exultante.

> *Nada es casual allí. Esas piedras, de la altura de cinco hombres y con un peso que haría imposible que las pudieran levantar ni cien bueyes tirando de otras tantas cuerdas, están alineadas con la salida del sol en los solsticios. No llego a concebir los conocimientos astronómicos, ni la ingeniería o medios de transporte empleados para construir tan majestuoso monumento. Casi diría, si no fuera yo un hombre racional, que tiene que ser cosa de magia. Porque una sensación mágica es lo que transmite, en realidad, la energía que emana de aquel lugar.*

Entre un párrafo y otro, sin embargo, su gesto soñador daba paso a un ceño fruncido. Estaba cumpliendo un sueño, sí, pero un pesar sordo revoloteaba sobre su cabeza. A pesar de su entusiasmo, Kellen no había olvidado que tenía que cumplir con un compromiso ineludible.

El cometido que le había encargado su compañero de juegos infantiles. La razón que, en última instancia, lo había llevado hasta allí.

«Convencer a Myrna Ménec para que acoja como discípula a mi hija», había dicho el inefable Morvern Airdsgainne.

Le habían llegado versiones diferentes sobre el carácter de la sanadora. Desde que se trataba de una druida sabia, que aún resistía entre los restos de su civilización, hasta que era una vieja tarada que no decía más que tonterías. Que no se relacionaba con sus vecinos más que a base de improperios. Incluso hubo quien le confió en voz baja que la druida de Morbihan tenía tratos con el demonio… Un runrún que, según le contaron, iba difundiendo por ahí gente malintencionada. Fuera cierto o no, se horrorizó al escucharlo. Era algo sobre hurgar en los camposantos.

Profanar cadáveres, y cosas así.

De cualquier manera, tenía que hablar con ella. En principio pensó hacerlo justo al llegar, y quitarse así de encima aquel encargo molesto para poder centrarse en lo que realmente le interesaba. Pero por unas cosas o por otras, sobre todo por una mezcla de pereza y temor, fue aplazando el encuentro.

Para un corazón indeciso, la desazón es un ancla atascada en las rocas.

Así fue pasando los días, ocupado en el estudio de las piedras hitas y enterrando el deber bajo un palmo de olvido. Hasta que, incapaz de aplazarlo más, el día antes de regresar a Skye con escala obligada en Inverness, Kellen se armó de valor. Ya no le quedaban más opciones.

Sin otra alternativa, apretó los puños, inspiró profundamente y se dirigió a la casita donde vivía la sanadora.

Llevaba días anticipando el encuentro. Repitiendo en solitario los argumentos que se disponía a esgrimir a favor de la pequeña Breann. Esperaba llegar a una casa de aspecto siniestro donde sería recibido entre vapores aromáticos por una especie de hechicera, vieja pero cargada de misterio. Se imaginó la penumbra de una cámara atestada de instrumentos de alquimista. Sin embargo, en lugar de eso se encontró con una escena bien distinta.

Una anciana despeinada roía una manzana mientras tomaba el sol sobre un taburete ante la puerta de su casa. Estaba sentada con las piernas abiertas, y tenía la falda tan remangada que por momentos parecía que fuese a dejar a la vista los secretos más profundos de su entrepierna.

—¿Sois vos la venerable Myrna Ménec, noble señora? —preguntó él con mucho tacto, tal y como había estado ensayando.

Se vio ridículo al emplear fórmulas tan refinadas con aquella mujer estrafalaria que, a juzgar por su aspecto, bien podría haber pasado la noche en la cuadra de las vacas. La vieja soltó una carcajada estruendosa, tan aguda que a Kellen le recordó los alaridos de un cerdo cuando lo están matando. Unos trozos de manzana saltaron de su boca y fueron a caer a los pies del visitante.

—Ni venerable, ni noble, ni señora —contestó entre risas, poniéndose después seria de repente—. Aun así… ¿quién lo pregunta?

El fraile, allí plantado y tratando de apartar la mirada de las piernas

abiertas de la mujer, empezó a balbucear. Se presentó como un estudioso extranjero proveniente de las tierras del norte. Un hombre que amaba la sabiduría de los antiguos gaeles sobre todas las cosas. Tanto, que había viajado desde muy lejos para estudiar los alineamientos de piedras hitas que se extendían a escasa distancia de allí… y que se había dirigido a Karnag para consultar con ella un asunto de vital importancia.

La mujer levantó una ceja.

—Veo que no os afecta ninguna dolencia —lo cortó de repente, harta de su relamido discurso—. Seguid vuestro camino, sabio extranjero. Me estáis tapando el sol.

—Pero, mi señora… —insistió Kellen, pasándose a la antigua lengua común de los hijos de Gael—. He afrontado tan larga travesía para hablaros de una niña de talento excepcional. Sus dotes curativas, a pesar de no haber cumplido aún los ocho años de edad, son…

—¡Ni dotes curativas ni la madre que te parió! —vociferó la mujer, amenazando con levantarse—. No me vengas con historias. ¡Qué te largues, lameculos!

El fraile retrocedió unos pasos de forma instintiva. Sintió el impulso de salir corriendo, pero recordó que llevaba casi dos meses viviendo a cuerpo de rey por cortesía de Morvern.

—Disculpad, señora… La pequeña Breann Airdsgainne es capaz de detectar las dolencias más complicadas. Yo mismo pude presenciarlo —decidió mentir atropelladamente, como último recurso—. Todos en Inverness la conocen, su don es mágico…

Aquello ya fue demasiado. La escasa paciencia de la mujer explotó como un volcán.

Myrna se levantó de un salto, dejando a la vista aquello que Kellen tanto se había esforzado por evitar, y agarró un bastón. Al monje no le dio tiempo a apartarse. Antes de darse cuenta ya le habían caído dos estacazos en mitad de la espalda. Despavorido, puso pies en polvorosa en dirección al pueblo. Mientras corría, los improperios que la mujer seguía gritándole desde la puerta iban resonando en sus oídos como aldabonazos.

—¡Malparido! ¡Vete a calentarle la cabeza a tu puta madre! ¡Así aprenderás a tocarle el coño a otra!

En cuanto el hombre salió de su alcance, la mujer se dio la vuelta con total tranquilidad. Después, muy despacito, regresó al hogar como si allí no hubiera pasado nada.

Kellen aun corría, pero en los ojos pensativos de Myrna relucía un destello extraño. —Entró en la alcoba y revolvió entre sus cosas hasta dar con una piedra circular del tamaño de la palma de la mano. Era una alhaja antigua que había sido engarzada en un hilo de cuero para ser colgada al cuello. En aquel amuleto milenario, esculpidas como miniaturas, se apreciaban unas figuritas.

Una especie de monje, una mujer con ropaje de druida y una chiquilla que tenía el sol sobre la cabeza. Por el otro lado, tallado sobre la piedra, solo había un símbolo: el que identificaba al país que, entre todos los gaélicos, estaba más al norte.

Las Tierras Altas. A'Ghàidhealtachd.

La antigua tierra de los gaeles de Escocia. El orgulloso reino de Alba.

En ese momento, la sanadora sintió una punzada en el pecho. Un dolor agudo le hizo llevarse allí la mano derecha. Durante unos segundos terribles se concentró en resistir, con la cara ensombrecida, tratando de no perder el equilibrio. En cuanto remitió el dolor, Myrna volvió a observar la piedra y esbozó una leve sonrisa. Esta vez, acompañada de un asentimiento de convicción.

Tal y como indicaban los presagios, el destino la reclamaba desde las tierras del norte.

Sí, se dijo.

Ha llegado la hora.

XIX

Ya hacía tres días que había llegado al mundo la hijita de Maëlle.

Cada vez que Breann se pasaba por allí para comprobar que todo seguía bien, la madre, radiante, le agradecía una y otra vez su intervención.

—Fue todo cosa de Myrna —repetía ella, entre sonrisas tímidas, mientras acariciaba a la pequeña. Aún recordaba cuando Aydan era así de chiquitín—. Yo solo la ayudé.

—Dile que pase algún día por aquí, te lo ruego. Nunca le podré pagar lo que hizo por nosotros, pero quiero al menos agradecérselo en persona.

Breann no le quiso aclarar que la anciana no había logrado levantarse de la cama desde entonces. El pago otorgado por la familia de Maëlle había ido más que generoso: dos docenas de huevos, un pollo ya desplumado y listo para ser cocinado, un saquito de harina de trigo y un lacón. Una pequeña fortuna en aquellos tiempos. La muchacha suspiró. No quería que nadie de aquella familia se sintiera culpable por los achaques de Myrna. Ya tenían bastante con cuidar de la madre y de su bebé.

El resto del tiempo, aparte de las breves visitas a Maëlle, Breann corría para estar junto a Myrna. De repente, parecía que el torrente de sabiduría de la mujer se hubiera desbordado.

Así, de golpe y sin motivo aparente.

La sanadora parecía arder en deseos de transmitirle a su discípula toda la

información que atesoraba en su asombrosa memoria. De sol a sol se sucedían las lecciones sin interrupción.

Que si las peculiaridades de cada uno de los órganos encargados de la función digestiva, que si cuáles eran los orígenes de las dolencias del riñón y cómo se podían tratar, que cómo se podía identificar una lesión en los pulmones por el ruido que hacía la respiración del paciente… Diagnósticos, tratamientos, intervenciones. Cientos de conceptos que Myrna le iba transmitiendo oralmente, sin pausa, como si la chiquilla pudiera guardarlos en la memoria sin más. Como si fuera capaz de almacenarlos así, sin esfuerzo, de por vida. Y lo más sorprendente de todo era que estaba en lo cierto.

Eso, en efecto, era exactamente lo que sucedía.

La muchacha alcanzaba tal estado de abstracción durante aquellas lecciones, con todos sus sentidos a flor de piel, que todo lo que la mujer le contaba se iba quedando grabado en su interior. Tal cual una inscripción esculpida en piedra. Era como si hubiera nacido para aquello y para nada más. Como si todo lo demás careciera de importancia. La misma corriente que ya había sentido anteriormente recorría entonces su columna vertebral. Una especie de felicidad indescriptible que desbordaba su cuerpo menudo y que no podría explicar con palabras.

Ese tercer día regresaba de visitar a su vecina, aun sonriendo al recordar la carita de la pequeña, cuando Breann se alarmó al ver a seis soldados del conde delante de la casa. Por si aquello fuera poco, Aydan estaba plantándole cara al capitán, impidiéndole acceder al interior.

—¡Myrna está enferma en la cama! —le escuchó vociferar—. ¡Subid al caballo y largaos de aquí o tendré que daros una buena paliza!

—¡Aydan! —gritó Breann, mientras se acercaba corriendo—. ¡Aparta de ahí!

—*Mademoiselle* —saludó el capitán, al ver llegar a la muchacha—. Os ruego que colaboréis. El conde ha ordenado arrestar a Myrna Ménec, acusada de brujería. Tenemos que llevárnosla.

La niña perdió el aliento. Mientras sujetaba a Aydan, que seguía dispuesto a pelearse con cualquiera que pretendiera entrar, buscó frenéticamente una alternativa.

—Caballero, tiene que haber algún error —suplicó la joven con voz trémula—. Esta mujer es una vecina respetable que siempre ha ayudado a la gente de Karnag.

—Eso no me interesa —rebatió el soldado, inflexible—. Mis órdenes son claras y las voy a cumplir. Ha habido una denuncia por parte de una vecina, y será el conde quien determine las medidas a adoptar.

Nolwenn Legoff, torció el gesto Breann.

«Amargada incompetente. Si por ti fuera, a esta hora Maëlle y la niñita estarían ya en un agujero».

Estaba dispuesta a seguir implorando clemencia, aludiendo al delicado estado de salud de la mujer o a lo que hiciera falta, cuando escuchó cómo se cerraba la puerta de la casa a sus espaldas. Pálida y desmejorada, pero echándose una capa sobre los hombros con total tranquilidad, Myrna acababa de salir a la calle. Frágil como un tallo de centeno, y aun así, sin inmutarse.

—Tranquila, niña —le susurró a Breann—. Tú cuida de Aydan. Pronto estaré de vuelta.

Ayudada por el capitán, la mujer se subió a la grupa del caballo. No hubo tiempo para nada más. La patrulla partió a trote en dirección a Vannes. Directa al castillo.

Breann y Aydan se quedaron inmóviles delante de la casa. Sobrecogida, ella se mordió el labio. Las acusaciones de brujería, lo sabía bien, podían conllevar las peores consecuencias imaginables. Torturas exorcizantes, interrogatorios brutales y, en los casos más extremos, una condena más que probable. Ese mero presentimiento hizo que la joven se estremeciera de pavor.

Myrna había partido para enfrentarse al peor de los tormentos.

Ser quemada viva en el fuego purificador.

XX

INBHIR NIS, 1392

Nada cambió en Inverness tras la negativa de Myrna.

En la vida de la familia Airdsgainne, aparte de un aire más taciturno aún en el gesto de Morvern, el día a día siguió igual.

Los mismos días. Las mismas noches. Ver rodar el tiempo de igual manera, monótono y gris. Las mismas aguas del Nis fluyendo hacia el océano, idénticas nubes blancas corriendo sobre el fondo azul. La noticia transmitida por Kellen no modificó la cotidianeidad del curandero, pero apagó la lucecita de esperanza que un día se había llegado a encender en su corazón.

—Esa vieja loca me echó a palos, y no es una forma de hablar. —El monje solo paró allí unas horas antes de volverse, airado, a su monasterio en Skye—. Regreso a An t-Eilean Sgitheanach, Morvern, y ya te advierto que no pienso salir de allí en una buena temporada. Si algún día necesitas un favor parecido… te ruego que avises a otro.

Morvern lo vio partir desde la ribera, taciturno. Tendría que seguir atendiendo a sus pacientes. Aquella profesión no entendía de parones. Así lo

hizo, pero cada vez que la pequeña Breann se disponía a ayudarlo, una sombra enfriaba su ánimo.

—Tal vez yo esté condenado a quedarme aquí para siempre —le susurró un día. La pequeña lo miró con los ojos muy abiertos—. A arreglar esguinces el resto de mi vida. Pero tú, Breann, eres especial. Me niego a que el destino te ate a esta existencia mediocre. Tú tienes un don. No dejaré que tu vida se marchite como la de tu padre. Aún no sé cómo, pero te prometo que no me resignaré.

Aquella fue una época de amaneceres sombríos.

Sin embargo, la puerta del destino aún no se había cerrado del todo.

Dos meses después del regreso de Kellen, una mujer llegó cojeando a la puerta de los Airdsgainne. Como era costumbre, la invitaron a entrar. Tendría que esperar a que el curandero acabara con el paciente anterior. En cuanto estuvo en la sala de curaciones, Morvern empezó con el interrogatorio habitual. El protocolo de siempre para acotar la sintomatología de la lesión.

—El caso es que me cuesta respirar, y tengo un dolor que me da pinchazos entre las costillas. De ahí, se me ha ido tensando la espalda. Ahora ha ido bajando por la pierna, y ya casi no puedo ni andar —indicó la mujer, con un acento extraño. Usaba una mezcla de idioma antiguo con gaélico escocés, pero con un deje que denotaba que era extranjera—. Nunca me había pasado nada parecido.

—Decidme, señora —Morvern suspiró. Tendría que profundizar en aquel cuadro tan complejo, pues la sintomatología parecía un rompecabezas sin sentido—, ¿cuál es el primer dolor que apareció, y cuánto tiempo hace de eso?

En ese momento entró en la sala una niñita rubia que se quedó mirando a la mujer con extrañeza. La forastera le devolvió la mirada sin mudar el gesto. Para los pacientes habituales, la presencia de Breann en aquel lugar se había convertido en algo normal. Era lógico que su padre le enseñara los secretos del oficio que algún día acabaría por heredar.

No sospechaban que, en realidad, era Morvern el que aprendía.

El hombre continuó con las preguntas, pero nada tenía lógica. La mujer le estaba dando unas respuestas que, más que despejar las incógnitas, iban generando más. Después, ante la mirada atenta de la niña, empezó con la exploración mientras seguía preguntando.

—Respirad profundamente… ¿Dónde decís que notáis los pinchazos? Es curioso… decís que este músculo os duele tanto que casi os impide caminar, pero no detecto rigidez…

El componedor estaba confundido. Los síntomas que describía la mujer no correspondían con nada que se hubiera encontrado anteriormente. De hecho, algunos no se ajustaban siquiera a lo que estaba comprobando mediante el tacto, y otros eran tan extraños que no parecía posible que guardaran relación entre sí.

Empezó a pensar que tal vez aquella mujer sufriera una dolencia en el entendimiento. Había gente que, como resultado de imaginarse que se había puesto enferma, acababa por estarlo de verdad.

Para esos casos, desde luego, no tenía cura.

Cuando, tras media hora, ya estaba a punto de recetarle un remedio cualquiera para entretenerla y que se fuera, Breann se acercó. Sin decir nada, agarró a la mujer por la muñeca izquierda. Durante unos instantes, la niña cerró los ojos y se concentró en sentir el latido del corazón. Después acercó la cabecita al pecho de la enferma. Ella le dejó hacer sin oponer resistencia. Tras escuchar con atención, la niña le colocó una mano sobre la parte izquierda del pecho y la otra en el lateral del cuello, y cerró de nuevo los ojos. Cuando los volvió a abrir, se quedó mirándola en silencio. Morvern también contempló a aquella extranjera que había llegado allí con su cojera y su acento extraño.

Y con unos síntomas sin ninguna lógica.

La mirada de la pequeña desprendía una intensidad que su padre, mudo, no fue capaz de interpretar. Durante aquel silencio, Morvern se sintió completamente fuera de lugar. Hasta le pareció que ellas dos se entendían sin hablar.

Sin embargo, de repente, la paciente se incorporó con brusquedad.

—Y bien, señor Airdsgainne, ¿me vais a recetar algún remedio? Creo que su hijita ya ha jugado bastante a los médicos conmigo.

Sorprendido por aquella reacción, el hombre se quedó mirando a la pequeña. Estaba conturbado. Había interpretado erróneamente la conexión entre la anciana y la niña.

—Déjanos, Breann. —La niña salió despacio, no antes de echarle una última mirada a la forastera. Una vez fuera, el hombre trató de excusarse—. Disculpad, buena mujer, pensé que os parecía bien que mi hija participara de la…

No pudo continuar. La extranjera levantó una mano con gesto altivo.

—No sigas, Morvern —lo interrumpió, y entonces sonrió—. Yo soy Myrna Ménec.

Él se quedó sin aliento. Por un momento sintió que le fallaban las piernas y su pulso se disparó. Era ella. El mayor mito viviente del mundo entero. En su propia casa.

Con todo, el mayor impacto aún estaba por llegar.

Sonriendo aún más abiertamente, la mujer no tardó en despejar el interrogante que se había quedado suspendido en la mirada del curandero.

—No será gracias a la torpeza de tu amigo el monje, pero sí —sentenció, con los ojos brillantes—. Estoy aquí por Breann.

XXI

Los soldados se detuvieron en el patio de armas.

La sanadora respiró aliviada. Aquel trote había sometido su convalecencia a una prueba exigente. Tanto que en un par de ocasiones había llegado a sentirse al borde del desvanecimiento. El capitán la ayudó a desmontar. Después, la condujo por unos corredores oscuros que desembocaban en un calabozo abovedado.

En medio de la estancia, una mesita de madera sostenía una vela encendida.

—Esperad aquí. —El capitán salió de la mazmorra a toda prisa.

Myrna se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa. Se sentía magullada como un diente de ajo en un almirez. Las seis leguas que separaban Karnag de Vannes, a lomos de aquel impetuoso caballo de batalla, se le habían hecho eternas.

En apenas un par de minutos la puerta se abrió de nuevo. Por ella, pálido y desmejorado, entró el conde de Gwened. El gran señor de la ciudad.

—Señora, habéis sido acusada formalmente de brujería —le espetó el hombre con gesto serio—. Preparaos para sufrir el tormento reservado a los que practican magia negra en mis dominios.

La anciana se quedó observándolo sin mover un músculo.

—Estás hecho un desastre, Patern —respondió.

El conde abrió los brazos y sonrió.

—Myrna, querida. Dame un abrazo. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

La mujer se levantó trabajosamente. Tras un abrazo largo y sentido, cogió la cara del hombre entre las manos y lo miró con ternura.

—Hace ya más de seis años, querido.

El conde cayó en la cuenta de lo que aquello significaba, y su gesto se ensombreció de repente. La última vez que Myrna había acudido a su llamada había sido tras su regreso con el cadáver de Alix. Aquel día negro, recordó, había tenido que cargar en su caballo el cuerpo decapitado de su esposa. Ella le puso una mano en el hombro. Después, al hablarle, le acarició el cabello encanecido.

—Recuerda, yo fui la única a la que le permitiste ver a la pobre Alix antes de enterrarla.

Los recuerdos fueron llegando, nítidos y dolorosos, a la memoria desgastada de él. La vida entera pasó antes sus ojos como un cantar de ciego. La energía de la juventud. El sosiego familiar junto a su compañera.

El desenlace fatídico.

Ella lo trajo de vuelta agarrándole la cara con más firmeza. Él la miró, y la

sonrisa de Myrna le hizo evocar los primeros tiempos. Recordó cómo la sanadora, siendo una hermosa mujer que aún no había cumplido los treinta, le había salvado la vida milagrosamente tras una mala caída. Un accidente de caza en el que una costilla rota le había perforado un pulmón. Patern, por aquel entonces un muchachote casi imberbe, se había quedado prendado de la hechicera.

La mujer enigmática que había logrado curarlo cuando ya los grandes físicos lo habían desahuciado.

—Tú eres el futuro conde, Patern —había respondido ella entonces, entre risas, ante la solemne declaración de amor de él—. Y yo una sanadora con fama de bruja… ¿Adónde crees que íbamos a llegar?

Allí había nacido una amistad que aún perduraba. Una relación cargada de secretos, pero fortalecida con el paso de los años.

En la mente del señor de Gwened se sucedieron los recuerdos. Desde entonces, había recurrido muchas veces a la sapiencia antigua de aquella mujer. Algunos de los nacimientos de sus hijos, sobre todo los que se complicaron, habían requerido de su intervención. También pudo curar a Waroc'h cuando unas fiebres terribles casi se lo llevan, y a Loic después de una caída desde el adarve. De uno u otro modo, casi todos los miembros de la familia de Patern le debían la vida a Myrna Ménec. A cambio, la sanadora había disfrutado siempre de la protección discreta pero decidida del gran señor de Vannes. El caballero más poderoso de toda Bretaña había sido su parapeto a lo largo de los años. Gracias a eso nunca había tenido que afrontar ningún juicio por brujería. Ella ayudaba, disuadiendo ese tipo de acusaciones con habituales arranques de demencia.

—No es una bruja —decía la gente—. Simplemente está loca.

Se dieron otro abrazo prolongado y cálido, y los recuerdos siguieron asaltando la memoria del conde, amargos y dulces a la vez. Myrna lo miró a los ojos en silencio. A ella le atribulaban otros asuntos.

Sentía no poder devolverle la alegría a su vida, pero si le entregaba a Aydan, los mismos que ya habían intentado impedir que naciese tratarían de acabar otra vez con él. Y antes o después lo iban a conseguir. Ningún muro podría protegerlo, lo sabía bien, solo el anonimato. No habían dudado en asesinar a su madre. Menos aún iban a vacilar con él, su auténtico objetivo.

Negó. Entre la seguridad del chiquillo y la felicidad de su viejo amigo, la elección estaba clara.

«Sea o no aquel del que hablan las piedras antiguas, el destino lo puso en mi camino. Que sea Breann Airdsgainne quien críe al pequeño Robert de Gwened, pues así ha sido dispuesto por una voluntad superior. La lógica que rige la eternidad es inabarcable. No es bueno contravenirla».

—Escucha, Myrna —el conde interrumpió ahora las cavilaciones de la mujer—, es cierto que esa partera de Karnag llegó aquí pretendiendo

denunciarte. Declaró que te había visto emplear artes oscuras hace unos días.

—Ya conoces mis métodos, Patern.

—Quita, quita, no te hice llamar por eso. —Como tantas otras veces, el conde había recogido la denuncia simulando interés, pero también con la intención de no hacer absolutamente nada al respecto.

De esa forma, las demandas se extinguían por sí mismas. Gracias simplemente al paso del tiempo. Pero esta vez, al parecer, no se trataba de nada parecido.

No te hice llamar por eso, acababa de decir.

La sanadora se removió. Tal vez el conde la había requerido para hablar de lo sucedido seis años atrás, en medio de aquella nevada que había cubierto toda la Bretaña de un manto blanco. Ya entonces se había callado todo lo que sabía. La demoledora verdad.

La certeza de que aquella incisión en el abdomen de la fallecida, aunque Patern maldijese una y otra vez a los salvajes que habían sido capaces de tal vileza, había sido en realidad ejecutada por su pupila.

El conde había lamentado amargamente que los asesinos, no conformes con cercenarle la cabeza a su amada, le hubiesen arrancado también al pequeño Robert, aún nonato, de sus entrañas. Sin embargo, la sanadora sabía que aquella incisión magistral solo podía ser obra de una mano. Que no siendo ella, tan solo una persona en toda Bretaña podía haber salvado la vida de aquel bebé. Solo una mujer, sí, excepto Myrna Ménec. En toda la Armórica, e incluso en toda Francia. Más que probablemente, de hecho, en el mundo entero.

La mano de Breann Airdsgainne.

Una niña que en aquel terrible momento contaba tan solo doce años de edad. Ya entonces lo había comprendido, sí. Era obvio. El recién nacido que la aprendiza se había traído aquel día a casa, tras rescatarlo de una muerte segura en el vientre de su madre fallecida bajo la nieve, tenía que ser en realidad el hijo de Patern y Alix.

El pequeño Robert de Gwened.

Aquel a quien todos conocían desde entonces por el nombre en gaélico escocés que la propia muchacha le había adjudicado.

Aydan Sneachd. El pequeño fuego entre la nieve.

—Aprovechando que esa vecina te ha denunciado, te hice llamar. Necesito tu colaboración para algo muy importante —la voz de Patern la sacó otra vez de su ensimismamiento.

Esta vez, para su alivio, descartando las sospechas que la habían asaltado.

—Tú dirás.

—Tiene que ver con esa joven que vive contigo.

Myrna se puso tensa de nuevo. Que el conde de Gwened estuviera interesado en Breann era, cuando menos, desconcertante.

La voz de él adquirió la solemnidad de las grandes ocasiones. Ella contuvo el aliento al percibir la gravedad en su mirada.

El señor de Vannes no hablaba así a la ligera.

—Escúchame bien, querida… se trata de algo vital para el futuro de mi familia.

XXII

Beadur llevaba ya varios días de marcha.

Ezra lo había citado en el Mont Saint Michel. Aquel era el lugar idóneo para un encuentro secreto. La abadía, en las tierras limítrofes que separan Bretaña de Normandía, era perfecta para los dos. Que el bibliotecario de la abadía fuera también miembro de la Orden de Rodas les garantizaba discreción. Un factor que anteponían a cualquier otro a la hora de planificar sus encuentros. El único inconveniente, nada insalvable, era esperar a la bajamar. Algo necesario para poder acceder al islote sobre el que se alzaba, imponente, el monasterio.

Cuando él llegó, Ezra ya estaba allí.

—Me voy, amigo mío —le espetó, sin más preámbulos—. El Gran Maestre ha aceptado mi solicitud. Regreso por fin a Toledo.

La sorpresa inicial del gauta dejó paso, en tan solo un instante, a una tensa expectación. Si Ezra se marchaba, el puesto que había ocupado durante todo aquel tiempo quedaría vacante. El control de Normandía, nada menos. El centro de los más oscuros deseos de las grandes potencias europeas.

—Últimamente las cosas se han torcido por mi ciudad. —El toledano miró al techo con cara de circunstancias—. Los judíos están cada vez más presionados, y aquello puede explotar en cualquier momento. Con lo que eso significaría para el Legado, ya sabes…

«El Legado».

Beadur arqueó las cejas. Así se referían los hospitalarios al tesoro que la Orden llevaba siglos protegiendo. Una herencia milenaria de valor incalculable que los monjes guerreros custodiaban en algún lugar secreto de la ciudad.

Parecía que, por fin, Ezra iba a alcanzar el objetivo que siempre había perseguido. Regresar a Toledo para colaborar con el venerable Custodio. Para proteger el Legado de la destrucción que siempre pendía sobre él, como una amenaza eterna. Algún día, pensó Beadur, aquel hombre acabaría por hacerse cargo de aquella misión trascendental. La más importante de cuantas asumía su organización. Y eso que las restantes no eran pocas, ni desde luego triviales.

Beadur siempre había creído que el inmenso talento de Ezra ibn Levy

acabaría por llevarlo a asumir algún cargo de primera importancia entre los caballeros de Rodas. Ya el propio hecho de ser destinado por el Maestre a Normandía siendo tan joven, con el encargo de mantener a raya una de las zonas en conflicto más estratégicas del mundo entero, era significativo. Ahora, sin haber alcanzado aún los treinta años, el sefardí volvía por fin a su ciudad para cumplir con la misión a la que siempre había estado abocado.

Era su sueño y su ambición. Y eso, para un hombre como él, antes o después siempre llega a puerto.

—Las órdenes indican que te hagas cargo tú de Normandía —remató Ezra.

Beadur se quedó paralizado. Mil sentimientos contradictorios colisionaron de golpe en su interior. Llevaba mucho tiempo anhelando salir de Bretaña, un escenario secundario donde nunca pasaba nada realmente importante. Años vacíos, aguardando con impaciencia que le asignaran una misión de verdad. Algo a la altura de su capacidad.

No obstante, ahora las cosas eran distintas. A pesar de todo, lo cierto era que en los últimos tiempos había encontrado en la pequeña villa de Karnag un inesperado sentido a su cometido. Una nueva y sorprendente motivación donde menos lo hubiera esperado.

Allí, en el confín occidental de la vieja Armórica.

—Pensé que era lo que querías —observó el sefardí, desconcertado por su reacción.

Hubiera esperado un gesto de alborozo, al menos.

—Es un sueño para mí, sin duda —el gauta volvió en sí al advertir el tono sorprendido de Ezra.

—¿Entonces?

Tras unos instantes de reflexión, y toda vez que el sefardí se disponía a partir para nunca regresar, el Fantasma Gris decidió poner las cartas sobre la mesa. Aquella verdad le escocía bajo la piel, y Ezra era la única persona con la que había tenido algún tipo de contacto en muchos años.

—Es difícil de creer, pero… —Lo que le rondaba por la cabeza no era fácil de explicar—. Uno de los secretos que descubrí durante mi estancia en las tierras de Bretaña tiene que ver con un chiquillo. Un niño que tiene ahora seis años… y un talento fuera de lo común.

El toledano arrugó la frente. Tras unos momentos de duda, se echó para atrás. Aquello era, desde luego, lo último que esperaba escuchar. ¿Un niño? ¿Eso era lo que se le venía a la cabeza en el momento más decisivo de su vida, justo cuando se iba a convertir en pieza clave de la organización?

—Ese niño está siendo criado por una sanadora. Según dicen, la heredera de la sapiencia antigua de los druidas.

—¿Te refieres a Myrna Ménec? —la extrañeza del sefardí ante aquella historia estrafalaria iba a más por momentos.

Beadur asintió, muy serio.

—También a su aprendiza. Una muchachita escocesa, que además fue quien rescató al pequeño de la muerte. Pues bien, te digo que ese niño es… excepcional.

El toledano clavó la mirada en el rostro de su interlocutor. Al cabo de unos momentos de silencio, su mirada se endureció.

—¿Es hijo tuyo, Beadur?

A pesar de ser monjes, la vida de los caballeros de la Orden, más guerrera que eclesiástica, junto con su particular visión de los valores cristianos, radicalmente distinta de la proclamada por la Iglesia de Roma, hacía que muchos de ellos tuvieran descendencia. Incluso, cuando los encargos del Maestre lo hacían recomendable, una vida familiar de lo más normal.

—No, no… —Beadur notó que no se estaba explicando bien—. No tiene nada que ver con eso, aunque la figura de su padre también esté relacionada, y mucho, con lo que te estoy tratando de explicar.

—Céntrate, pues —la voz de Ezra sonó severa.

Los miembros de la Orden no divagaban. Perder el tiempo era un lujo que no se podían permitir. Por eso el gauta decidió abordar el núcleo de la cuestión.

—Creo que el niño en cuestión es el elegido del que hablan las viejas profecías de Armórica. Ese tal Guerrero de la Luz en el que tanto cree la gente por aquí, ¿sabes? Aquel que, según las leyendas, algún día liberará a su patria. El que expulsará para siempre a los invasores que la profanan.

Las campanas de la abadía empezaron a doblar justo en ese instante. Los dos hombres se miraron fijamente mientras duró el repique.

—Y por eso no quieres ahora abandonar Bretaña —concluyó Ezra. El silencio del gauta le confirmó que así era. Que, por un motivo inexplicable y basado en supersticiones, la protección de aquel niño motivaba que se resistiera a abandonar aquellas tierras. La voz del toledano adquirió, esta vez, una dureza acentuada—. Escúchame, Beadur. Si yo me entregara a ese tipo de creencias sin fundamento, llevaría toda la vida contando letras según indica la *Gematría* de mi pueblo. O jugando con las iniciales de la Torá, como estipula el *Notarikon*.

Beadur acusó la rotundidad de aquellas palabras. De hecho, las recibió con la contundencia de una bofetada. Aquella alusión de Ezra a la *Qabbaláh* judía llevaba implícito el recuerdo de la primera premisa de la Orden:

«Extender la luz. Imponer la razón, y la sabiduría humana, sobre las tinieblas del dogmatismo y la superstición».

—No puedes permitir que un cuento así desvíe tu atención. Llevas toda la vida esperando esta oportunidad —Ezra adoptó ahora un tono conciliador—. Normandía, amigo mío. Francia e Inglaterra en conflicto, y tú en medio. Lo más grande para cualquier espía.

Beadur asintió. Ezra tenía razón, aunque su argumento había sido mal comprendido.

Mal explicado, más bien.

No había logrado exponerlo como hubiera querido, pero la convicción que sentía iba mucho más allá. Su fascinación por el pequeño Aydan no se limitaba a una vieja profecía esculpida en piedra. Era mucho más que eso.

De todos modos, decidió que era mejor dejar el asunto.

Así pues, meneó la cabeza y se echó hacia delante. Con los codos apoyados en la mesa, se dispuso a recibir su nuevo cometido como espía de la Orden.

—Adelante. Soy todo oídos.

Durante horas, Ezra le transmitió toda la información sensible que había acumulado sobre Normandía. Lugares que vigilar, contactos, escondites y viviendas francas. Cómo entrar, equipamientos escondidos, acciones iniciadas y ejecutadas. Tareas a medio hacer.

Rutas a evitar, identidades de los espías de otras organizaciones e infiltrados de uno y otro reino entre las líneas enemigas.

El gauta tomó nota de todo. El entrenamiento mental que había completado entre Rodas y Constantinopla lo había preparado para momentos como aquel. Cuando fuera necesario, todo debía quedar almacenado en su cabeza.

«Un papel puede ser leído por cualquiera, pero la memoria es una caja inexpugnable».

Una caja que solo podía ser abierta, contra voluntad, gracias a una llave que Beadur conocía bien.

La tortura.

De ahí, también, la trascendencia del Custodio.

Estaba preparado, sí, pero aquella conversación sometió su concentración a una dura prueba. No por retener los datos que estaba recibiendo, sino para evitar pensar en que ya nunca más iba a ver al pequeño Aydan. Para obviar que toda la información que había ido acuñando con el paso de los años no iba a servir de nada. Los días de vigilancia en Karnag. Las pruebas que atestiguaban la auténtica identidad del chiquillo. Todo se iba a perder así, de un momento para otro, por una decisión de las altas esferas. Apretó los dientes. Pese a la reprimenda de Ezra, en el fondo del corazón de Beadur seguía viva una convicción profunda.

El pequeño era, de alguna manera, un elegido.

—¿Está todo claro, entonces? —La mirada del sefardí, antes levantarse para partir en dirección al lejano sur, era dura y cariñosa a la vez—. Ten en cuenta que, con toda probabilidad, jamás nos volveremos a encontrar.

—Todo listo. —Beadur había guardado en la memoria todos los datos. Su misión en territorio normando podía empezar.

Aunque lo invadiera una extraña mezcla de sensaciones. Por mucho que se

debatiera entre la emoción por lo que venía y la sensación de pérdida. Un sentimiento amargo que tenía a Aydan como eje central.

—De todos modos —Ezra se detuvo, dejando aflorar por fin una sonrisa socarrona que llevaba horas guardándose—, olvida esas tribulaciones que tanto te afligen. No tendrás que renunciar a tus queridas visitas a Karnag. —El gauta se quedó observándolo con una sonrisa congelada en la cara—. Te vas a hacer cargo de Normandía, pero Bretaña también va a seguir bajo tu supervisión. La Orden no puede seguir enviando efectivos al norte con lo que tenemos encima en el Mediterráneo.

Al oír aquello, el corazón de Beadur se aceleró.

Su carga de trabajo se iba a duplicar. Tendría que redoblar todo tipo de esfuerzos para poder cumplir con las exigencias de la Orden. Un enorme territorio quedaba, a partir de aquel momento, bajo su única responsabilidad.

Sin embargo, la alegría superaba a la preocupación.

Tendría que establecerse en Normandía, pero podría acercarse a Bretaña de vez en cuando. No tendría que abandonar definitivamente al pequeño Aydan.

Podía seguir visitando Karnag, como hasta entonces. Observar desde las sombras cómo crecía aquel chiquillo. Superstición o no, para él era alguien especial.

Era su elegido.

XXIII

A veces, sembramos bancos de niebla como protección.

Lo hacemos para ocultar esas verdades que solo pueden hacer daño. Como una muestra de amor, silenciosa y doliente.

Durante los días siguientes, Myrna no quiso darle ninguna explicación a Breann sobre su extraña visita al castillo. Se limitó a seguir con sus lecciones mientras acababa de recuperar la energía perdida. También, en los ratos libres, le hicieron un par de visitas a Maëlle.

La feliz madre ya podía levantarse de la cama.

Una solvencia extraordinaria, caviló la joven, asombrada. Magistral tuvo que ser la intervención para que esta mujer, abierta en canal como un cerdo, se haya recuperado antes de una semana.

Los días fueron pasando y Myrna recuperó su vitalidad habitual. Con ella también volvieron las reacciones impredecibles. La diferencia estribaba en que ahora sus chaladuras ya nunca se manifestaban dentro de casa.

A lo largo del siguiente mes, el aprendizaje fue exhaustivo. Breann rehusó

descansar mientras la anciana tuviera fuerzas. Trabajaban desde el amanecer hasta la noche. Cuantos más conocimientos iba adquiriendo la joven, más consciente era de todo lo que le restaba por aprender.

Sin embargo, un día todo cambió.

Una tarde en la que el tiempo mudó de repente y el cielo azul dejó paso a una tormenta que descargó un auténtico diluvio sobre Morbihan, la sanadora sufrió un nuevo desmayo.

Un desvanecimiento inesperado, pero muy parecido al anterior.

Breann la cuidó de nuevo con la ayuda del pequeño Aydan, pero esta vez su preocupación se disparó. En la otra ocasión había atribuido las causas al agotamiento provocado por el parto de Maëlle, pero esta vez no halló explicación.

—No busques justificaciones externas, Breann —le explicó Myrna desde la cama, leyéndole una vez más el pensamiento—. Es una enfermedad que me acompaña desde siempre.

La aprendiza se quedó mirándola, entre incrédula y preocupada. Así, tirada en la cama, la anciana se veía pálida y débil. Los cabellos blancos le caían por los lados de la cara y hablaba nada más que con un hilo de voz.

—¿Una enfermedad, dices, y de toda la vida? —preguntó, con escepticismo—. ¿Precisamente tú?

Myrna cerró los ojos.

—Desde que adquirí los conocimientos precisos, empecé a administrarme a mí misma un tratamiento paliativo, Cuido todo lo que como, llevo la vida que llevo y tomo determinadas sustancias cada día, aunque nadie lo sepa. Gracias a eso he logrado sobrevivir todos estos años. Pero ahora, a mi edad, sé que me queda poco tiempo… tal vez un par de meses, o quizá menos… En cualquier caso, la curación es imposible.

Breann iba a iniciar una pregunta atropellada, pero la mujer levantó una mano, ordenando silencio.

—Te digo que es imposible porque solo hay una persona en el mundo que podría llevar a cabo una intervención como la que yo necesito.

La muchacha no se atrevió a decir nada, pero apretó los puños.

Encontraremos a esa persona, se dijo. Esté donde esté. No se podrá negar a venir hasta aquí para salvar la vida de la legendaria Myrna Ménec. Aunque viva en la Corte o pertenezca al séquito del papa.

Los pensamientos que relampagueaban en la cabeza de Breann frenaron en seco cuando Myrna clavó en sus ojos una mirada cargada de significado.

Entonces, Breann cayó en la cuenta de golpe.

Claro. Solo una persona en el mundo. Ahí, se le heló la sangre.

—Esa persona… eres tú misma, ¿no es verdad?

Oyó como las palabras salían de su boca, trémulas, aunque ya conocía la respuesta.

La sanadora cerró los ojos.

—Por eso te digo que es imposible —le confirmó.

El ceño de Breann se nubló. Era obvio que la mujer no se podía operar a sí misma, fuera cual fuese el mal que la aquejaba. Por un momento admitió que quizás fuera cierto que no había salvación posible para ella. Que su aprendizaje iba a quedarse a medias justo ahora.

La desolación la atravesó con mil cuchillas de hielo.

Toda la sapiencia antigua que Myrna atesoraba como herencia de sus ancestros, excepto los retales que ella había recibido en los últimos tiempos, se iba a perder para siempre en la niebla del olvido. Desaparecería, sí, junto con su portadora. Milenios de sabiduría iban a extinguirse así, sin más. No había remedio posible.

Ya nunca seré la sanadora que soñó Morvern, se lamentó. La mirada orgullosa de su padre en el muelle de Inverness apareció como un fogonazo. Nunca aprenderé a curar de esa manera asombrosa.

Estaba desolada. Aun así, este último pensamiento le hizo reaccionar. En cuestión de un instante, una nueva perspectiva apareció ante ella como un rayo de sol en mitad de la noche. Con un relámpago de esperanza renovada en los ojos, la joven levantó la cabeza.

Se volvió hacia Myrna para proponerle lo que se le acababa de ocurrir, pero las palabras se congelaron en su boca. La débil sonrisa de la anciana anunciaba una nueva anticipación. Sí, se percató. La sanadora ya estaba esperando su propuesta.

A veces, se admiró, parecía capaz de leerle el pensamiento. Esto acabó de convencerla.

—Lo haré yo —sentenció con una decisión tan rotunda que parecía que nada podría apaciguarla.

Myrna cerró los ojos de nuevo, sonriendo. Al verla, Breann, resuelta, se levantó de un salto.

—Enséñame.

XXIV

Las lecciones se centraron ahora en la enfermedad de Myrna.

Desde la propia cama, la sanadora empezó por detallarle a Breann la fisiología de la cavidad torácica. Después vino mucho más. Un torrente de informaciones que exigían una concentración absoluta cayó sobre ella como un chaparrón, con una violencia dulce que le erizaba la piel.

Los diferentes tipos de incisiones que iba a tener que llevar a cabo hasta

llegar a la zona afectada. Cómo evitar que una hemorragia incontrolada arruinara la operación. Las medidas a adoptar para impedir que se infectara el corte, las dosis de somnífero que debería ir administrándole con el paso de las horas.

Esos, y muchos otros, fueron los temas que ocuparon aquella semana.

Mientras, le encargaron a Aydan que averiguase qué familias de Karnag tenían previsto hacer matanza. Breann se dejó caer por todas ellas, para ayudar a cambio de que le dejasen llevarse algunas vísceras.

—El niño anda algo débil estos días. Le vendrá bien comer estas cosas —mentía.

Ya en casa, rememoraba minuciosamente el interior del animal con los ojos cerrados. Después diseccionaba con mucha atención cada uno de los órganos que le habían dado en pago por su ayuda.

Myrna guiaba las intervenciones, analizando en voz alta la fisonomía de los tejidos. Mediante preguntas intencionadas, la obligaba a deducir el funcionamiento de cada uno.

En el caso del corazón, su lección fue magistral. Breann advirtió que aquel tema siempre le había preocupado.

—La sangre entra por aquí, ¿ves? —le explicó, antes de empezar la disección—. Estas puertecillas son las que hacen que el líquido que entra en una cavidad no pueda volver atrás. De otro modo, en lugar de circular en el sentido correcto, la sangre saldría en todas direcciones.

Tras abrirlo con sumo cuidado, Myrna le indicó por dónde salía la sangre desde el corazón hacia el resto del cuerpo.

—Esta arteria grande es la que yo tengo dañada más abajo, ya casi en el abdomen. Desde bien pequeña, los síntomas dejaron claro que se trataba de un problema de ese tipo. En algún lugar que fui localizando con el paso de los años, el tubo está debilitado. Seguramente dado de sí. Tanto, que no creo que vaya a resistir más. A estas alturas de la vida podría romperse en cualquier momento.

Breann se imaginó las consecuencias si algo así llegara a suceder en el interior de alguno de los animales que había visto abiertos en canal. La conclusión, desde cualquier punto de vista, era obvia.

—Eso significaría una muerte casi instantánea —las palabras de la mujer corroboraron su presagio.

El paso siguiente fue que Breann aprendiera a abrir animales vivos para llegar a la zona abdominal, tal y como iba a tener que hacer con Myrna. El primer objetivo era adentrarse en su interior y localizar la arteria en cuestión.

Y volver a cerrar, manteniendo al animal con vida. Ese era el reto.

Tras practicar sin descanso durante días con las ranas que le consiguió Aydan, con las gallinas de la casa e incluso con dos conejos que el niño atrapó vivos en el monte, el resultado fue siempre el mismo.

Ni un solo animal sobrevivió a la operación.

Y eso que ni les toqué la arteria, se alarmó Breann. En vista de aquellos resultados, cualquier expectativa de éxito se antojaba lejana. Un terror frío empezó a extenderse por sus huesos.

Después le llegó el tumo, uno a uno, a los seis cerditos que habían nacido tres meses antes.

Bajo las consignas de la sanadora, la joven procedió a dormirlos primero, a limpiar bien la zona con el líquido dorado después y a efectuar las incisiones que permitían acceder al lugar exacto.

La zona del abdomen donde hallaría el vaso sanguíneo a punto de reventar.

—Aparta ese músculo con delicadeza, pero con decisión —le iba indicando Myrna, entre dientes—. Sujeta esa membrana con la pinza. Limpia la sangre con el paño hervido o no podrás ver nada. Presta atención ahora, Breann, pues el interior de un cerdo es lo más parecido a la anatomía humana que encontrarás jamás.

En el caso de los cerditos, logró mantenerlos con vida hasta el fin de la operación. Incluso después de haber reforzado las paredes de la arteria con materia orgánica del propio animal.

—Bastará con una tira de músculo, bien apretada alrededor de la vena pero sin llegar a estrangularla —indicó Myrna, señalando el lugar exacto en el cuerpo del animal.

Los cinco primeros, sin embargo, murieron a las pocas horas de despertar. En el caso del sexto —en el que la intervención ya fue mucho más rápida y precisa gracias a los ensayos previos—, el animal sobrevivió durante varios días. Incluso llegó a comer algo.

No obstante, al final también acabó por sucumbir.

La chiquilla, tras aquellos fracasos, pasó de la euforia inicial a un pavor que la aturdía. El ilusionante reto que había afrontado con determinación, creyendo que bajo las instrucciones de la gran druida de Morbihan nada podría salir mal, se había convertido en un panorama aterrador.

Con cada animal que moría, la chiquilla sentía que su pánico se disparaba. Cuando se encontraron boca arriba al último de los cerditos, no pudo soportarlo más.

Entonces se derrumbó. Ya había aguantado demasiado.

—Lo siento, Myrna —sollozó, tapándose la cara con las manos—. Yo no nací con tu talento.

La mujer le acarició el cabello con ternura. Sabía bien lo que era transitar aquel camino.

—¿Acaso crees que yo tuve éxito en mi primera intervención? —Sus palabras no lograron detener el llanto de Breann—. Cientos de animalitos pasaron por mis manos. Cientos, antes de que yo llegara siquiera a traspasar la

piel de persona alguna —su voz suave evocaba un tiempo lejano—. Aun así, cuando me llegó el momento de operar, empecé con cosas superficiales. Pequeñas intervenciones que requerían poco más que una sutura eficiente.

La joven se secó las lágrimas. Después, miró a su maestra con desesperanza.

—Entonces es cierto… Es imposible que yo leve a cabo una operación tan complicada, ¿verdad?

Pero Myrna aún no había acabado.

—El riesgo es extremo, eso está claro —asintió, sonriendo—. Pero también lo sería si fuera yo la que te operara a ti. Además, sabes que acepto de antemano la probabilidad de fracaso, mi niña. Pese a que, como las dos sabemos, sea muy alta.

—No sé si yo puedo aceptar esa posibilidad, Myrna…

Breann presentía que el pánico iba a acabar por paralizarla.

Myrna no contestó. Su actitud, de repente, se tornó extraña. A la muchacha le pareció que en su interior se estaba librando una batalla. Por momentos parecía decidida a hablar, pero en el instante siguiente se arrepentía y permanecía en silencio.

Extrañada, Breann advirtió sus dudas. La indecisión no era propia de aquella mujer.

—¿Hay algo que no me hayas desvelado aún, Myrna? —preguntó, dejándose guiar por la intuición.

Esta vez fue ella la que adivinó los pensamientos de la maestra.

La anciana se puso seria. Al cabo de un largo silencio, tomó aire profundamente y se decidió a hablar.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para convertirte en una auténtica sanadora, Breann?

La joven alzó las cejas, sorprendida. ¿Y ahora le salía con semejante pregunta?

Ya había demostrado sobradamente que estaba dispuesta a todo por conseguirlo. A lo que fuera necesario. A abandonar su casa siendo una niña para marcharse a un país extraño, a compartir casa con una vieja loca que nunca le había dedicado una mísera palabra de cariño, a pasarse años sin recibir ni una sola lección —al menos, así lo había percibido ella—, y a abrir en canal a un montón de animalitos vivos para tratar de coserlos después.

¿Y ahora le preguntaba qué estaba dispuesta a hacer?

—Lo que sea preciso —respondió sin vacilar.

Myrna examinó en silencio su determinación, tratando de percibir cualquier síntoma de duda que aflorase en su mirada. Cualquier vacilación. La debilidad más nimia. Sin embargo, todo fue en vano.

La convicción de Breann Airdsgainne era absoluta.

—¿Incluso a ser despreciada por tus semejantes? ¿A que digan cosas

terribles de ti? ¿A llevar una vida de aislamiento e incomprensión, lejos de lo que se espera de una mujer joven y hermosa?

Breann ni se dignó a responder. Myrna ya sabía que todo aquello no le importaba lo más mínimo.

—¿A hacer cosas que la gente considera sacrilegio? ¿A traspasar incluso los límites del bien y del mal, con el fin último de curar a aquellos que, de otro modo, morirían sin remedio?

Esta vez, la joven apretó los dientes. Aquello ya eran palabras mayores. Dudó un instante, pero finalmente asintió. No importaba a que se podía estar refiriendo. Aquel fin, pensó, justificaba los medios que hubiera que emplear. Cualesquiera que fuesen.

—Nada puede ser tan grave que no avale el hecho de salvar una vida —afirmó.

Morvern no se había equivocado al interpretar el destino que le había sido reservado a su hija. Myrna, satisfecha, se dio la vuelta para abandonar la estancia.

—Entonces, querida niña, mantente alerta. No sé si será mañana o en un mes, pero pronto tendrás ocasión de completar tu aprendizaje.

Breann, desconcertada, la vio encaminarse hacia la puerta con un presentimiento sombrío asomando tras su nuca. Justo antes de salir, la voz de la anciana le heló la sangre al confirmar sus presagios más funestos:

—En cuanto una campana toque a difunto tendrás que actuar con rapidez.

XXV

Uno puede esperar toda la vida una buena noticia, y nada.

—Sin embargo, si lo que esperas es ruina, pronto te verás satisfecha —sentenció Myrna.

Aún no habían pasado tres días cuando llegó la tragedia.

Un pequeño bote con tres ocupantes a bordo había volcado en el pequeño puerto de Trinité-sur-Mer. Un naufragio provocado por un recobro demasiado ambicioso. Dos de los marineros habían muerto ahogados apenas una milla mar adentro.

Dos muchachos que no llegaban ni a los veinte años.

El tercero, aunque desolado y exhausto, había logrado ganar la costa. Allí, en una pequeña playa desierta, se había quedado tirado bajo la lluvia sin poder moverse. Durante horas, sin fuerzas ni ánimo, hasta que se lo encontró una vieja redera que buscaba mejillones entre las rocas.

Dos marineros más caídos en combate. Reclamados como tributo a las

familias de Morbihan, la tierra del pequeño mar. La ofrenda periódica que se cobraba el océano a cambio de la riqueza arrancada de sus entrañas.

La noticia no tardó en llegar a Karnag. Entre villas próximas siempre había familiares en común, vecinos, compadres. También amigos, o compañeros de batallas lejanas. Las tragedias compartidas siempre suscitaban funerales multitudinarios.

Y las del mar, más que ninguna otra. Myrna se lo explicó a una Breann que la escuchaba con el alma en vilo.

—La gente trata, a fuerza de reunirse, de diluir los efectos devastadores de la revelación que les retumba en los oídos una vez más. Esa es la verdad que los humanos se esfuerzan por mantener bajo el colchón, mi niña. La espantosa certeza que en casos así muestra su rostro más crudo.

La joven asintió, bajando la mirada.

—La extrema fragilidad de la vida humana.

Según la maestra, los entierros aportaban consuelo a través de un espejismo tan volátil como efectivo. El soporte de la multitud.

En cuanto la noticia llegó a Karnag, Myrna y su aprendiza cruzaron una mirada tensa. Un fogonazo de luz, aterrador y esperanzador a la vez. Breann se preparó para asistir al funeral. Necesitaba explorar el terreno. Conocerlo como la palma de la mano antes de actuar. No había margen para las dudas. La incursión debía ejecutarse esa misma noche.

La muchacha se mantuvo impasible, pero Myrna sabía que estaba aterrorizada. Nada podía ocultarle. Había transitado aquel mismo sendero mucho tiempo atrás.

—Fíjate bien en las tumbas y calcula la profundidad del enterramiento. Los primeros días la tierra queda suelta. Verás que es fácil de retirar. Aun así, tendrás que ser rápida, no lo olvides. No te permitas ni un instante de vacilación o no te dará tiempo.

La distancia al camposanto de Trinité-sur-Mer era de una legua. Con los nervios a flor de piel, Breann recorrió el camino en menos de una hora. Tal y como habían previsto, al entierro de los dos jóvenes, que ni a la categoría de maleantes llegaban, asistieron cientos de personas. Gente marinera de Morbihan que hacía suya la desgracia. Una vez más.

La chiquilla también estaba pálida, pero por otros motivos.

Tal y como le había ordenado Myrna, lo anotó todo en su mente. Sin perder detalle. Primero, localizó una casa próxima. Allí podría coger prestado un azadón que vio colgado de una viga del cobertizo. Después tomó referencias del lugar exacto de los enterramientos, se fijó bien en la portezuela que cerraba el cementerio y repasó mentalmente el camino que llevaba hasta allí.

—Cuando estés sumida en la oscuridad de la noche, lo agradecerás. —Las instrucciones de la anciana fueron breves y asépticas. No había lugar para las

emociones. Solo para la eficacia—. Recuerda que no puedes encender ninguna luz hasta que llegues al fondo del agujero.

Al regresar a Karnag, la chiquilla traía una nube en la mirada.

No abrió la boca en toda la tarde. Evitó cruzarse con Myrna, incluso con el niño. La mujer, ya casi recuperada del último desvanecimiento, la dejó tranquila. La lucha que su conciencia libraba contra el espejo en esas horas oscuras requería de armas propias. Nada podía aportarle sosiego en un momento así, lo sabía bien.

No tenía más consejos que darle. Ya todo estaba dicho.

—A los difuntos no se les hace ningún daño. —En los últimos días, eso sí, había ido dando puntadas ocasionales. Las razones oportunas son bálsamos, al menos momentáneos, para las conciencias atormentadas—. No es ni más ni menos que vestirlos o peinarlos para meterlos en el ataúd.

—Pero… de alguna manera, se está profanando su cuerpo, ¿no? —Los prejuicios de la chiquilla coincidían, como no podía ser de otro modo, con los de la sociedad en que había crecido—. Quiero decir, los difuntos merecen un respeto…

Myrna había tumbado sus reparos sin dejar de sonreír.

—Yo misma pasé por esas dudas, querida. Cuando crecemos, lo que nos enseñan modela nuestra forma de pensar. El gran reto que tendrás que afrontar para llegar más allá es el de romper esos esquemas. Traspasar los límites de la mente, más rígidos que barrotes de acero. Ese es el reto de los diferentes, no lo olvides. De los elegidos. De aquellos que hacen avanzar el mundo. Los que logran ver más allá.

Al final, y haciendo un gran esfuerzo, la muchacha asintió. Tal y como Morvern había intuido, había nacido atada a un destino peculiar.

Ir ese paso más allá. Era una forma de decirlo.

—Al fin, la elección es clara. En una mano tienes el simple hecho de abrir una tumba. De practicar tu técnica con el cadáver de una persona que ni sufre ni padece. En la otra, salvar vidas. Ayudar a personas que, de otro modo, estarían condenadas sin remisión. —En el interior de la aprendiza, el malestar y la emoción pugnaban en carne viva. Con el corazón disparado y los cabellos erizados, las dudas le ponían un nudo en la garganta—. Piensa en Maëlle y en su niña. ¿Qué alternativa eliges, Breann?

Ella se mordió el labio. Que la elección estuviera clara no significaba que fuera sencilla.

—Si tú misma pudieras darle permiso a un buen sanador para que explorara tu cuerpo una vez pases a mejor vida, sabiendo que con eso podría curar a otras personas, ¿no lo harías? —continuó la maestra. Al ver que la chiquilla asentía, aunque indecisa, zanjó—. Pues considera que, del mismo modo, esas personas te van a ceder lo que ya no necesitan. Aquello que va a consumir la tierra.

La convicción de la sanadora disipaba las dudas a cañonazos. Aun así, la frialdad que atenazaba el pecho de la muchacha regresaba cada poco a hurtadillas. Myrna percibía la sombra que volvía una y otra vez a su mirada, y cogía aire. Conocía bien ese tránsito.

Por eso, también ella insistía de cuando en vez, despreocupada y sonriente.

—Es solo que no tuviste ocasión de pedirles ese permiso.

Cuando llegó el atardecer, el nerviosismo de la joven se aceleró.

Todos los pasos a seguir habían sido repasados minuciosamente por las dos. El instrumental ya estaba empaquetado y todo listo. Sin embargo, Breann se sentía a punto de improvisar un plan disparatado. Myrna se acercó entonces con gesto serio. Era el momento de dictar las últimas instrucciones.

—Recordarás todo cuanto te he enseñado, no lo dudes. Y, me puedes creer, esta ansiedad que ahora sientes pasará a segundo plano cuando comiences con la intervención. —La cara de circunstancias de Breann no la desanimó—. Ten mucho cuidado. Ya sabes que todo esto, tan inofensivo para esos pobres desgraciados, conlleva un peligro extremo. Si te descubren, las dos seremos acusadas de brujería. Entonces acabaríamos entre las llamas, querida niña. Arderíamos en ese fuego que los ignorantes denominan purificados Breann tomó aire, tratando de combatir el desasosiego. La angustia la ahogaba. Además de ir a verse con un muerto cara a cara, estaba el riesgo de ser quemadas vivas.

La sensación de peligro aumentó su ansiedad.

—Sé precavida hasta el extremo —repitió la mujer—. Si te descubren, no se salvaría ni el pequeño.

Para no sucumbir al pánico, la muchacha se puso en marcha. La puerta de la casa, al cerrarse a sus espaldas, le sonó a camino sin retorno.

No había vuelta atrás.

Regresó silenciosa, por senderos secundarios, al camposanto de Trinité. Mientras caminaba entre las últimas luces del atardecer, las palabras de Myrna retumbaban con estruendo entre sus sienes.

Breann Airdsgainne, la joven de las Tierras Altas elegida por un hado caprichoso, caminó con toda la piel erizada. Si el terror hubiera dejado de aporrear su cabeza, tal vez habría tenido ánimos para maldecir su destino. Convertirse en la mayor sanadora de su época no era en ese momento ni consuelo ni ilusión. En aquel instante amargo, aquello no era más que una pesadilla demasiado vivida.

Tomó aire varias veces, pero dio igual. La granizada no cesaba.

En su cabeza, solitaria y rotunda, solo había lugar para una verdad. Y era demoledora. Unas palabras atronaban como bronces en la madrugada, ocupándolo todo.

«No se salvaría ni el pequeño».

XXVI

Antes de partir hacia el este, Beadur sucumbió a un impulso.

No podía marcharse sin pasar por Karnag. Por mucho apremio que acarrease su nuevo cometido, aquello era superior a él. Ahora era el único infiltrado de la Orden en el enorme territorio armoricano. En la gran región del norte, sumida durante décadas en aquella paz inestable que camuflaba una guerra subterránea. Esa era la nueva situación del Fantasma Gris. Del legendario guerrero gauta que se movía como una sombra entre las líneas enemigas. De un día para otro, se había convertido en una de las piezas clave de la organización hospitalaria.

Bretaña, por historia y posicionamiento geográfico, siempre había sido vital para la Corona francesa. El control de la región se hacía imprescindible. De ahí que le hubieran ordenado vigilar cada movimiento que allí se pudiera producir. Al fin y al cabo, ese era el poder que había hecho grande a la Orden de Rodas a lo largo de los siglos. La información.

El Penn ar Bed seguía siendo prioritario, sí. Sin embargo, Normandía era otra historia.

Aquel era el núcleo mismo del conflicto. El ojo del huracán.

Desde que a los reyes ingleses les habían usurpado sus derechos sucesorios, aquella tierra era el escenario de una confrontación silenciosa que nunca acababa. Una guerra atroz, soterrada pero viva, entre las dos monarquías más poderosas de Europa.

Sí. Aquel era el lugar.

Y Beadur estaba a punto de empezar su transcendental misión en aquel territorio. Solo con pensarlo se le aceleraba el pulso. Aquello lo afianzaba como una de las figuras principales de la Orden, sí. Era indudable. Una corriente, áspera pero cálida, no había dejado de recorrer sus extremidades desde que Ezra se lo había comunicado. Tras toda una vida de preparación, de sacrificios y privaciones inhumanas, allí estaba. Después de vagar por el desierto durante años, el guerrero del norte veía, por fin, la luz.

Al fin afloraban sus expectativas más ambiciosas. Aquellas que ni él se había percatado de que dormían en su interior. Estaba emocionado, pero también sentía la carga de la responsabilidad. Solo la ilusión que lo sacudía de vez en cuando le hacía soportar la partida con más alegría que ansiedad. Sin embargo, un sentimiento primaba sobre todos los demás.

Ese páramo desapacible, barrido por el viento, que es la pérdida.

Al alejarse del pequeño Aydan Sneachd dejaba atrás la oportunidad de participar en algo ciertamente extraordinario. Con el ceño fruncido, dirigió sus pasos a Karnag. Era cuanto necesitaba hacer antes de encaminarse al lejano este.

Tras unos minutos rondando la casita percibió algo extraño. No tardó en deducir que la sanadora debía de encontrarse indispuesta. No había rastro de ella por allí, ni tampoco de la muchachita escocesa que la cuidaba. Un silencio extraño rodeaba el lugar. Era como si la casa se hubiera quedado suspendida en el tiempo. Como si el aire se hubiera solidificado.

Al acercarse, escuchó a las mujeres hablar en la alcoba. Sobre todo a la anciana, que parecía estar impartiendo una lección. Una conversación animada que el espía, sin embargo, no quiso conocer.

Algo más interesante reclamó su atención. El niño, sin compañía, colocaba unos lazos para conejos en el bosque.

Cuando ya llevaba un buen rato vigilándolo desde la distancia, Beadur sintió el impulso de acercarse. De salir de las sombras para, cuando menos, despedirse. Aydan no lo conocía. De hecho, se había guardado mucho de que nunca llegase a verlo. Sin embargo, llegado el momento de la partida, su instinto se rebeló.

Tras unos minutos sopesando las consecuencias, no pudo resistirse más.

—¿Hay buena caza en estos bosques? —preguntó alegremente, mientras se acercaba por el camino de Karnag como si acabara de llegar.

Aydan dejó caer el lazo que estaba colocando a la salida de un zarzal y se incorporó como un resorte. Con gesto inquisitivo, examinó extrañado a aquel desconocido que se dirigía a él con tanta familiaridad. Beadur sintió que la mirada del niño lo repasaba de arriba a abajo y sonrió.

Aquella desconfianza sería una buena protección para el futuro.

—¿Eso que lleváis ahí escondido es una espada? —para sorpresa del gauta, el niño respondió con otra pregunta.

Con aquella pregunta, nada menos.

La indumentaria de los espías debía hacerles pasar desapercibidos. Además de imitar el aspecto común de cualquier viajero de los que recorrían los caminos, su ropaje tenía que disimular sus armas. Beadur mostró las palmas en un ademán de inocencia. Su espada nunca había sido advertida por nadie, así que decidió negarlo.

—¿Una espada? ¿Yo? —Rio, disimulando el desconcierto—. ¿Por quién me tomas, pues? ¿Por un caballero?

Aydan no respondió, pero se quedó observándolo de medio lado. El forastero decidió obviar su mirada aviesa. Tenía poco tiempo.

—¿Vives por aquí, amigo? —siguió Beadur. Trataría de iniciar una conversación que, al menos, le facilitara la confianza del niño—. Yo solamente estoy de paso, pero considero que esta villa de Karnag es fascinante…

—No sé por qué —contestó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

—Esas piedras hitas, no sé… algo tienen de mágico, ¿no crees?

Ahí, Aydan lo atravesó con la mirada.

Cada palabra le traía nuevas sospechas sobre las intenciones de aquel

forastero tan empeñado en importunarlo.

—Los menhires están más adelante —zanjó, sin más—. Por la parte de donde vos provenís no hay ninguno.

El gauta calló. Lo había pillado. El pequeño no iba a ser fácil de engañar, se congratuló. Aun así, torció el gesto ante aquella actitud beligerante. Se había imaginado un primer contacto más amistoso. Una charla distendida que le permitiera ganarse al pequeño. Que preparara el terreno para una amistad futura.

—Bien, yo… no es la primera vez que paso por aquí… ya he visto los alineamientos en otras ocasiones…

De nuevo, tuvo que callarse.

El niño no disimulaba su impaciencia. Estaba claro que deseaba perder de vista a aquel extranjero charlatán para poder colocar de una vez el siguiente lazo. Beadur buscó otro tema de conversación. No estaría mal tirarle un poco de la lengua antes de partir.

Iban a pasar meses antes de que pudiera regresar.

—Por lo visto vive por aquí una sanadora… ¿Sabes cuál es su casa?

Esta vez, Aydan escrutó la expresión de Beadur durante un largo silencio. El guerrero percibió cómo se disparaba su hostilidad. Cada vez era más evidente que no le gustaba nada aquella charla. Era aparentemente casual, pero ocultaba una intencionalidad que hizo saltar sus alarmas.

De hecho, cuanta más candidez aparentaba el extranjero, más se ponía él a la defensiva.

—¿Acaso estáis enfermo? —el niño, de nuevo, respondió con una pregunta.

El gauta no pudo reprimir una sonrisa ante su brusquedad. Ya era suficiente, se dijo.

Había llegado la hora de marcharse.

—De acuerdo, mi joven amigo —aceptó por fin—. Seguiré mi camino.

El niño, sin prestarle más atención, se acuclilló junto al zarzal para colocar la trampa. Cuando pasó a su lado, Beadur aún tuvo tiempo de despedirse con una sonrisa conciliadora.

—Si nos volvemos a encontrar, tal vez quieras enseñarme cómo se hace para cazar animales con esas cuerdas —dejó caer como despedida.

Algún día, si todo transcurría según sus expectativas, habría un nuevo encuentro. Mejor dejar una puerta abierta. Entonces lo abordaría otra vez.

Aydan, concentrado, ni se dignó a responder.

Cuando ya el forastero estaba a punto de perderse tras la primera curva del camino, la voz del chiquillo resonó bajo la arboleda.

—A cambio, quizás tengáis a bien mostrarme esa espada que lleváis escondida.

Beadur sonrió de nuevo, sin volverse ni detener sus pasos.

El deber lo reclamaba en Normandía, pero no iba a olvidar Karnag.

No era cuestión de profecías.

XXVII

El corazón de Breann se desbocó camino de Trinité-sur-Mer.

Cada detalle había sido repasado mil veces, pero la sensación que la atenazaba al acercarse el momento era la de una improvisación aterradora.

Respiró profundamente y cerró los ojos. El cielo aún estaba iluminado hacia poniente. Hizo memoria una vez más. Primero, coger el azadón colgado en el cobertizo. Segundo, abrir la portezuela del cementerio con decisión para que no chirriase como si la estuvieran torturando. Después…

No quiso pensar en lo que vendría después.

Mejor actuar.

Tuvo que susurrarle unas palabras cariñosas al perro de la casa para que no le ladrara. El animal, entre excitado y curioso, se le acercó meneando el rabo. Ella descolgó el azadón y respiró profundamente.

Las cruces del camposanto, silenciosas, la miraban como con reproche. Su silueta se recortaba contra el cielo estrellado.

Una vez dentro, las referencias que había cogido entre los lamentos del funeral la condujeron directa a la tumba del primer marinero. No había pérdida. Todo se había grabado al rojo vivo en su memoria.

La oscuridad ya era total, pero avanzó. Tras unos pasos titubeantes, sintió bajo los pies la tierra esponjosa. Solo habían pasado unas horas desde que el enterrador había tapado la sepultura con aquellas paladas frías. Inexpresivas y neutras, como si la tarea de morir fuese algo cotidiano.

«No le abras la puerta a las dudas, niña. En ese instante no pienses. Solo cava. Cava sin descanso hasta dar con el ataúd».

Casi dos horas más tarde Breann, sin aliento, ya había descubierto totalmente la tapa de madera. Limpió la superficie y rebajó el terreno de alrededor. No bastaba con llegar a la caja. Necesitaba abrirla, y hacerse sitio para trabajar con soltura. Sin angosturas que limitaran sus movimientos.

Sin que la tierra cayera encima del difunto.

«Notarás lo que diferencia a un cuerpo muerto de uno vivo: frialdad, rigidez, un tono amoratado y una inmovilidad absoluta. Ignóralo todo. Actúa como si esa persona fuera a despertar al cabo de unas horas. Exígete al máximo. Como si de tu trabajo dependiera su supervivencia».

Jadeando por el esfuerzo, abrió la tapa. Antes de encender el candil, sin embargo, tapó la cara del marinero con un pañuelo. Ya tenía suficiente con

estar profanando una tumba en plena madrugada.

No quería encontrarse cara a cara con el ahogado.

Trató de calmar la angustia, repitiéndose una y otra vez que aquello nada tenía de malo, Que era necesario para salvar vidas en el futuro. Que solo los prejuicios de una sociedad oprimida por unos tiranos ignorantes podían condenar un acto que a nadie dañaba.

Lo que Myrna le había recalcado docenas de veces en los últimos días.

Al cabo de un rato, alcanzó un punto de serenidad. Forzada, tal vez, pero suficiente. Con una concentración absoluta, Breann realizó la segunda incisión de su vida sobre un ser humano.

Nuevamente, a un cuerpo sin vida. Aunque este conservara la cabeza.

En ese momento, todas las preocupaciones que la abrumaban desaparecieron de su pensamiento.

De hecho, se desvanecieron como si jamás hubieran existido.

En su universo particular se creó el vacío. De repente, ya solo existían dos cosas: sus manos trabajando y la anatomía que estaba interviniendo. Ya no una persona, ni siquiera un cuerpo. Tan solo una estructura. Dejó de percibir el olor de la tierra húmeda que la rodeaba y la incomodidad de su postura. También la luz vacilante de la vela. Suspendido en su mente, limpio y solitario en medio de un vacío insondable, solo existía el objetivo que la había conducido hasta allí.

Progresar muy despacio, recordando las instrucciones de Myrna, para llegar a las profundidades más recónditas del cuerpo humano. Cada incisión, cada tejido, cada órgano que tenía que apartar. Todo había sido memorizado, y ahora sucedía.

Avanzó despacio, pero con decisión.

Por fin localizó el vaso sanguíneo en cuestión. La arteria que, según la sanadora, había que reparar en su desgastado cuerpo para aplazar una muerte segura.

Ese sería el momento más delicado. Diseccionar una tirita de músculo, fina como la seda, y rodear con ella el ensanchamento de la arteria. Después, coser la fibra sobre sí misma para reforzar las paredes de la vena dañada. Para evitar así la rotura que provocaría una fatalidad irreparable.

Al cabo de otras dos horas, Breann acababa de coser de nuevo la piel del marinero con una pulcritud minuciosa. La intervención había salido exactamente según lo previsto. No había habido ningún fallo ni se había presentado ninguna contingencia inesperada. La exhaustiva planificación llevada a cabo durante semanas había sido llevada a la práctica con absoluta precisión.

Entonces volvió en sí.

Respiró, exultante. Aún le quedaba el trabajo de cubrir de nuevo la tumba y regresar a Karnag antes del amanecer, pero sentía cosas que jamás había

soñado. Acababa de vivir el momento más trascendental de toda su existencia. Por vez primera, comprendía la premonición de Morvern.

Todo había cobrado sentido de repente.

A algo menos de una legua, Myrna, sentada ante una vela, se retorcía las manos. Llevaba despierta toda la noche, aguardando el regreso de Breann. Nadie conocía mejor que ella la dureza de aquel trance. Profanar una tumba por primera vez era un camino sin retorno.

Incapaz de aquietarse, apretó las mandíbulas.

En aquella madrugada no habría descanso.

En Inverness, como cada día antes del amanecer, Morvern Airdsgainne contemplaba el cielo desde la ventana de su alcoba.

Siempre hacia el sur.

Como cada mañana, con una mirada soñadora y un vaso en la mano. Dos dedos de *whisky* que le enviaban desde un monasterio remoto en la isla de Skye. Imaginándose las maravillas que su pequeña Breann estaría aprendiendo de la gran sanadora de la Armórica.

La druida de Morbihan, un mito viviente en todos los países gaélicos.

Allí estaría su niña, sonrió, alzando el vaso. Con ella.

Con la legendaria Myrna Ménec.

XXVIII

El caballo piafaba en el camino, rehusando avanzar.

Era como si percibiera el ánimo alterado de su jinete. Cearbhall nunca había regresado a aquel lugar. Aquel día quedaba ya muy lejano, pero la escena se había fijado tras sus párpados de forma indeleble. El día que Dreng Straw había decapitado a Alix de Gwened bajo una intensa nevada.

Alix. La dulce condesa de Vannes, cariñosa como una madre.

No recordaba el lugar exacto, pero cada revuelta del camino le parecía el rincón donde se habían apostado los arqueros. Un escenario que volvía una y otra vez a sus pesadillas.

La blancura inmaculada salpicada de sangre. El cuerpo de una mujer, embarazada e inocente, tirado como un trapo viejo. Y la cabeza a unos pasos, tras un reguero rojo.

Arreó a su caballo con violencia. No había llegado hasta allí para recrearse

en aquel episodio turbio. De hecho, se había acercado a Karnag para profundizar en un asunto que le obsesionaba. En la cuestión inverosímil que había empezado a tomar forma en su mente tras la inesperada confesión del conde de Gwened.

Necesitaba llegar al fondo de aquel misterio. Su futuro al frente del condado dependía de que lo lograra. Su propia vida, de hecho, se estremeció.

Patern seguía sumido en una apatía permanente y cada vez se desentendía más de la gestión de su señorío. Los doce caballeros de Gwened, tras el fracaso de la última reunión, habían regresado a sus responsabilidades lejos de Vannes. Parecía que también hubiesen olvidado el condado. Que nada allí fuera asunto suyo.

Todos lo habían hecho, incluso Waroc'h. El primogénito, mientras no le correspondiera hacerse cargo de su herencia, había decidido desvincularse. No mostraba ningún interés por lo que pudiera suceder en Gwened. Al menos, no de momento.

Así fue cómo, pese a su corta edad y los escasos años de experiencia, Cearbhall Pornichet había llegado a ser, a efectos prácticos, el auténtico dirigente del ilustre señorío de Morbihan. Del condado de Vannes, gloria y grandeza de Bretaña.

Vendiendo favores y haciendo promesas de futuro, el muchacho fue extendiendo poco a poco una red de influencia propia entre la milicia, el personal de servicio y los hombres de leyes. Si quería dominar por completo el señorío y evitar que algún día lo desposeyesen del poder que ahora tenía, necesitaba tenerlo todo bajo control. Solo de aquel modo acabaría por hacerse imprescindible en aquella casa. Solo así afianzaría el favor del futuro conde, cuya atención se enfocaba más hacia la Corte que hacia la lejana ciudad de Vannes.

Cearbhall ya se veía gobernando el condado. Soñaba consigo mismo sentado en el gran salón como amo y señor.

«Algún día, padre. Algún día».

Unos días antes, uno de los soldados le había confiado un secreto más que alarmante.

—El conde se ha reunido en los calabozos con la sanadora de Karnag. Esa que llaman la druida de Morbihan.

Según parecía, la anciana había sido conducida hasta allí a causa de una acusación de brujería. Una denuncia presentada por una vecina, le dijeron. Sin embargo, para su sorpresa, Patern la había dejado ir sin más. A una bruja. A una hechicera que practicaba la magia negra. Que hacía tratos con el diablo.

—Y tengo entendido que no es la primera vez que la deja marchar, a pesar de ser una nigromántica.

—¿Estáis seguro de eso, Jean? —El consejero trató de disimular su nerviosismo.

—Yo mismo fui a prenderla a su casa, mi señor. En esos días, el señor Eusébe me había asignado a la guardia personal del conde. Formé parte de ella mientras Arzhel se recuperaba del corte en el brazo. —El centinela hablaba entre dientes, mirando alrededor con aire temeroso—. Según pude averiguar, en mitad de la madrugada la condujeron de vuelta a casa. El alcaide en persona. Loudéac, sí.

Cearbhall le dio mil vueltas a lo que podían significar aquellos tejemanejes secretos entre el conde y la vieja druida. Al rato, una idea súbita le congeló la sangre. ¿Y si Patern estuviera al tanto de la identidad del chiquillo?

Sin embargo, enseguida descartó esa posibilidad. De ser así, ya lo habría mandado encadenar. No obstante, casi al momento aparecieron nuevas hipótesis.

«Y aun así», se dijo, «esa bruja sí debe de estar al tanto de todo. Bruja tiene que ser Myrna Ménec, pues no puede tener otro nombre quien arranca un niño con vida de las entrañas de su madre muerta. Necesariamente tenía que estar escondida entre la nieve aquel día, espiándonos».

Su razonamiento se fue encaminando él sólito por una senda bien marcada. Al rato, acabó llegando a una conclusión inevitable.

«Por lo tanto, sabe que yo guie a los asesinos». La sangre se le heló en las venas.

Aquello lo condicionaba todo. Si quería mantener la cabeza pegada al cuello, tenía que planificar cada paso. Por algún motivo, la anciana había mantenido oculto el secreto durante todos aquellos años. Sin embargo, eso podía cambiar en cualquier momento.

Si, definitivamente, aquella mujer y los que con ella vivían constituían una amenaza, y ya no para sus expectativas de futuro, sino para su propia vida. De ahí que se hubiera puesto en marcha de inmediato. Si quería sobrevivir, tenía que llegar al fondo de aquel asunto.

Por eso, en aquella mañana soleada, el consejero de Patern atravesaba el bosque de Karnag, venciendo con brutalidad las reticencias de su montura.

Al fin, vislumbró la villa.

Allí donde la floresta dejaba paso a las primeras casas encontraría lo que buscaba. La primera de las viviendas, una casita de planta baja ante la que picoteaban dos gallinas era donde vivía Myrna Ménec. Le fue fácil identificarla. Se la habían descrito bien. Pasó a su lado despacio, fijándose en cada detalle con disimulo. Nadie reparó en él. Supuso que la vieja, la muchachita que la acompañaba y el niño estarían en el interior. El dichoso niño, sí. El pequeño Robert de Gwened.

Un escalofrío lo sacudió de arriba a abajo. El caballo hizo ademán de encabritarse, pero él le clavó las espuelas sin reparos.

Avanzó. No había ido hasta Karnag para ver la casa de la curandera. Estaba bien conocer el lugar, por lo que pudiera pasar, pero su intención era bien distinta. Siguió adelante, y por fin llegó a la casa que buscaba. Allí encontraría a la persona que necesitaba, lo sabía bien. No en vano había indagado en profundidad.

Ante la puerta, sin compañía, un niño sucio y lleno de mocos jugaba con unas piedras. Dedujo que sería el hijo de la mujer que había ido a conocer.

Ignorando al pequeño, desmontó. Estaba resuelto a conocer a aquella persona cuanto antes para poner su plan en marcha. Al fin y al cabo, recordó, la denuncia contra Myrna había llegado de aquella casa.

Cearbhall cogió aire profundamente, y con el puño cerrado llamó a la puerta de la partera de Karnag.

Aquella era la persona que había ido a buscar.

Nolwenn Legoff.

XIX

La curiosidad de Breann se desbordó como un regato bajo el diluvio.

Tras la visita nocturna al camposanto de Trinité-sur-Mer le era imposible hallar sosiego. Su ansia de conocimiento no dejaba de crecer. Myrna contestaba durante horas a sus preguntas, y en los descansos sonreía con disimulo. Recordaba perfectamente esas sensaciones. Tras adentrarse en un cuerpo humano por vez primera, no hay vuelta atrás. Aunque fuera a oscuras, y profanando una tumba.

—La serenidad de tu alma se ha ido para siempre. Ya nunca volverá.

Un desasosiego dulce, pero tenso al mismo tiempo, se había apoderado de su templanza. Y así sería para el resto de sus días. Tenía la necesidad de profundizar más y más. De surcar el misterio de las travesías inexploradas a bordo de los pequeños milagros que dan o quitan la vida. Descifrar los enigmas últimos del existir.

Pese a la debilidad que aún la atenazaba, la sanadora redobló sus esfuerzos. No podía negarle nuevas lecciones a su discípula en aquel estado de exaltación. Y cuando necesitaba descansar, la muchacha continuaba por su cuenta. Seguía participando de las matanzas de los vecinos y practicando con las ranas, con los conejos o con cualquier otro animalito que Aydan lograra cazar en el monte. Y a pesar de esa práctica incesante, su mente nunca se detenía del todo. La experiencia primigenia siempre estaba ahí, latente.

No había aventura comparable con la de adentrarse en las profundidades de un cuerpo humano. Ahora lo sabía.

—¿Por qué todo es tan complicado? —preguntó un día, repentinamente.

Myrna, que le estaba explicando el funcionamiento de los músculos del abdomen, se detuvo en seco. Aunque la pregunta fuera imprecisa, no necesitaba aclaraciones. Sabía perfectamente a qué se refería.

De hecho, llevaba tiempo esperando que llegase aquella encrucijada.

—Querida, cuanto antes asimiles esto, antes podrás aceptar tu destino. —La sanadora hizo una pausa antes de sentenciar, despacio y con rotundidad—: En esta vida, Breann, todo es un implacable juego de poder.

La joven arqueó las cejas, interpretando que su maestra no había entendido lo que le estaba preguntando. Era lógico, pensó. Había soltado así, de forma abrupta y sin más explicaciones, una pregunta compleja. Una idea que en los últimos tiempos no dejaba de rondarle la cabeza.

—Me refiero a los motivos que esgrimen los que impiden que podamos examinar cadáveres —se explicó, gesticulando—. Quiero decir… Si con eso no hacemos daño a nadie y podemos salvar vidas, ¿por qué está prohibido? ¿Por qué nos jugamos la vida al hacerlo?

Myrna sonrió amargamente.

—Ya te había entendido a la primera. —Su voz sonaba suave. Aun así, Breann captó un timbre de rebeldía que indicaba que se negaba a resignarse—. Te lo repito. Todo es cuestión de intereses. Una verdad bien simple, y tan vieja como el mismo mundo. Los poderosos, mi niña, no están dispuestos a renunciar a sus privilegios.

Breann esbozó un gesto de desconcierto. Era como si preguntas y respuestas pertenecieran a conversaciones distintas.

—¿Poder? ¿Pero no es un problema de creencias? ¿No se trata, en última instancia, de que hay gente que piensa que así atentamos contra su fe?

La Iglesia era la que condenaba ese tipo de prácticas, tildándolas de sacrílegas. Brujería. Artes oscuras. Eso decían. Pecados de una gravedad tal, que condenaban a una muerte terrible a quien osara cometerlos. Aunque el gran problema, obviamente, fuese el silencio de los justos. La sociedad daba por buena esa perspectiva. Aquella visión de las cosas que a ella le parecía, a esas alturas, tan irracional.

Tan dogmática.

Tan peligrosa, de hecho, para la vida humana.

Myrna se levantó trabajosamente. Después de revolver en las alacenas de la cocina, regresó con dos tazas rebosantes de un licor turbio.

—Hablemos, pues, del peligro que nos ronda. —La anciana le puso una de las tazas delante y le dio un trago a la suya—. De la sombra que amenaza a la razón humana, me atrevería a decir. Nunca hemos hablado de esto, pero desde luego es la lección más importante de cuantas te puedo transmitir.

Breann bebió un poco también, pero se atragantó y empezó a toser. Aquel líquido, pese a estar frío, ardía como el fuego.

—Así como te cuesta tragar este licor, te va a costar digerir la verdad que te voy a confiar. —La vieja la observó toser, divertida y seria a la vez—. No obstante, tanto una cosa como la otra te van a sentar bien en cuanto las dejes entrar.

La muchacha seguía sin comprender, así que guardó silencio. No alcanzaba a vislumbrar esa verdad trascendental que, según Myrna, estaba a punto de serle revelada.

—¿Alguna vez has reflexionado acerca de las ideas y las creencias? —Empezó de nuevo. Breann, tras unos instantes, negó con la cabeza—. Las personas tenemos ideas, pero vivimos en las creencias. ¿Comprendes? —Le dio un traguito a su taza antes de continuar—. Las creencias se afianzan en las personas de manera natural, Breann. Es el modo que tiene nuestra mente de construir una visión del mundo. Un esquema que le permita comprender, de alguna forma, los enigmas que nuestra inteligencia no entiende. Ese mecanismo innato de supervivencia nos permite mantener la cordura sin sucumbir a la inmensidad de los misterios que nos rodean. Cuanto más sencilla es esa explicación, más éxito tiene, ya que el pensamiento humano tiende a la simpleza de manera natural. En el caso de algunas personas, porque así les resulta más cómodo. Y en el de otras muchas, porque no serían capaces de concebir la realidad tal y como es.

Ahí, la joven entornó los ojos.

—¿Y cómo es? —preguntó.

La sanadora entrelazó las manos.

—De una complejidad tan inmensa que sobrecoge. —Breann asintió en silencio y mojó de nuevo los labios—. Desde que el mundo es mundo, hay gente dispuesta a aprovecharse de la debilidad de sus semejantes. Gente sin escrúpulos, que inventa normas y levanta muros; que construye jaulas destinadas a encerrar rebaños enteros de mentes domesticables. Elites que elevan códigos éticos, creados de manera arbitraria, a la categoría de ley inviolable. De voluntad divina.

—Lo que llamamos dogma —anticipó Breann, que empezaba a sentir una dulce sensación de mareo—. Ya me has hablado de esto antes, Myrna.

La mujer, sin dejar de sonreír, le dio otro traguito al licor. Bien, se dijo. La chiquilla no había olvidado aquellas conversaciones. Pequeñas gotas, tan sigilosas, que habían ido llenando un vaso sin que su dueña se enterara siquiera. Todo formaba parte de un plan cocinado a fuego lento. La única manera de ir abriendo la verdad tal y como debe ser vista. Para que no la golpeara con demasiada violencia.

Para que así fuera asimilada, no impuesta.

—Los dogmas, mi niña, persiguen una finalidad muy concreta: evitar que la gente piense por sí misma. Impedir que la mente humana busque respuestas racionales a las grandes preguntas. Hacerles creer, sin margen para la duda,

esas verdades absolutas inventadas para dominarlos. Esos axiomas creados para beneficio de sus creadores. —Myrna no perdía la sonrisa, pero su voz golpeaba como un martillo contra las paredes—. Ahora dime, Breann Airdsgainne, sanadora de las costas heladas de Inbhir Nis… ¿Quién crea los dogmas y para qué?

Una luz aún difusa se encendió entre las sombras.

—¿Los religiosos? —aventuró la joven, dulcemente halagada pero aún lúcida.

Acababa de ser nombrada sanadora por parte de la mítica Myrna Ménec.

—Los manipuladores, en general. Los que imponen su código como si fuera la voluntad de Dios. La moral de un ser superior. —Breann contuvo la respiración. Una vez más, Myrna caminaba con paso firme por senderos oscuros—. Obligan a que las personas se comporten de la manera que ellos dictan, a que adopten hábitos antinaturales y adoren figuras de madera. Mientras tanto, ellos hacen lo contrario. Suelen ser adúlteros y corruptos, y no muestran escrúpulos al matar o torturar personas inocentes. Lo que sea con tal de alcanzar sus fines, siempre relacionados con el poder y la riqueza. ¿Cierto o no?

Breann no respondió. Todo aquello era, en resumen, la imagen misma de lo que estaba pasando. El retrato de su pueblo. De aquella sociedad que vivía bajo el yugo de una fe impuesta.

Entonces, Myrna continuó.

—¿Y se atreven a llamarnos brujas a nosotras? ¿A acusarnos de practicar magia demoníaca? ¿No es esto, querida niña, lo más absurdo que has oído en toda tu vida?

La joven asintió y bebió un poco más de licor. Myrna había llegado a la pregunta que ella había hecho al principio. Y lo había hecho alumbrando el camino con mil rayos de sol.

—Por eso te digo que todo es cuestión de intereses. El poder se asienta en la manipulación de las mentes. Afianza las tinieblas de la ignorancia en los más débiles. Lo hacen a propio intento. Solo así pueden mantener sus privilegios. Su poder y su riqueza. Si la gente fuera libre para romper los esquemas con los que la superstición encierra sus mentes, se alzaría contra los opresores. Y nosotras, Breann, somos un factor de libertad. Puntitos luminosos destelleando en el horizonte. Nuestra mera existencia, por lo tanto, constituye una amenaza para ellos. La más temible de todas.

Las dos bebieron, y Breann se quedó observando el fondo de la taza con una nueva luz en las pupilas.

La sentencia inicial de Myrna cobraba sentido al fin. La tragedia que se cernía sobre ellas se explicaba mediante una simple lucha de poder. Y sobre todos los que desafiaban al dogma.

Fuese salvando vidas o describiendo el universo, daba igual.

Buscaban la verdad. Por eso vivían con una soga alrededor del cuello.

—Nosotras somos luz. —Myrna sonrió ahora con gesto cansado—. Y ellos necesitan un mundo en total oscuridad. Nosotras podemos curar males sin emplear más que el conocimiento y la razón, y ellos necesitan que la gente crea que solo mediante sus imposiciones dogmáticas se puede llegar a la salvación. Por eso nos tachan de embrujadas. Por eso nos persiguen y tratan de quemarnos en esa hoguera que denominan purificadora. Ya ves, no les tiembla la mano a la hora de aplicarle el más brutal de los castigos a quien ponga en entredicho su verdad. Aunque lo haga salvando vidas.

Cuando acabó de hablar, la sonrisa había desaparecido de su cara.

Breann también se puso seria. Un panorama devastado se extendía ahora ante sus ojos. Un futuro que solo parecía soportable gracias a los efectos del licor.

Myrna levantó su taza.

—Nunca lo olvides, querida niña: luchar contra las tinieblas es nuestro cometido. Hemos nacido encadenadas a ese deber supremo como a una maldición. Aunque a estas alturas ya sabes que esa también es la mayor de las bendiciones. Sí, Breann, ese es nuestro destino y así debe ser. Aunque nos cueste la vida. —Breann respondió al brindis con la sensación de estar asomándose a un abismo—. Acepta con orgullo esta verdad, Breann. Difundir la luz contra las tinieblas de la barbarie siempre será, para quien se atreva a hacerlo, el más peligroso de los cometidos. Acéptalo, pues también es la misión más elevada de cuantas puede asumir un ser humano.

Bebieron en silencio. Tocaba celebrar lo inevitable. El azar las había vinculado de algún modo a aquella senda. Negarse no era una opción.

Breann asintió con la cabeza baja. Sí, se dijo, aquel era el camino que elegía para el resto de su vida. Aterrada, pero con mano firme, decidió mirar adelante con convicción.

Mediante aquel brindis firmaba el contrato siniestro que Myrna acababa de extender ante sus ojos. Al hacerlo, se vinculaba para siempre a una vida oscilando en el filo de una navaja. Un estremecimiento la recorrió. Sin esperarlo, un horizonte desconocido acababa de quedar a la vista. Y su aspecto, visto así, era desolador. Con todo, sonrió, una sensación cálida primaba en su ánimo.

Era la euforia de quien acepta conscientemente su destino.

Frente a ella, la maestra fue leyendo las emociones en su rostro como en un espejo. Desde el pánico a la euforia, todo aquello había recorrido sus huesos cada día desde el principio de los tiempos. Al ver cómo asomaba una sonrisa ausente en los labios de la muchacha, volvió a ofrecerle un brindis. Breann, como quien vuelve de un sueño, enfrentó aquellos ojos cargados de sabiduría.

Una vez más, levantó su taza.

Más valía brindar que arrepentirse.

XXX

Breann se sumergió, ahora sí, en una actividad frenética.

Vivía en un estado permanente de activación febril. Una especie de exaltación perpetua excitaba su curiosidad.

Estaba fascinada por las maravillas entre las que Myrna la guiaba. Tanto, que la emoción no le dejaba dormir más de tres o cuatro horas cada noche. En las últimas semanas había llegado a conseguir que sobreviviera alguno de los animales operados, incluso tras fortalecer con tejido orgánico la gran arteria que sale del corazón. Lo mismo que iba a tener que hacer en el cuerpo de Myrna.

El día en que la sanadora sufrió un nuevo desmayo, la chiquilla se decidió. Antes de una semana, calculó, tendría que operarla. Ya no podían esperar más.

No había alternativa. Sin embargo, la proximidad de la encrucijada le erizó la piel.

Buscó nuevas opciones para sentir más seguridad. Como último paso, decidió operar a la cerda que estaban criando en casa. Un animal grande que tenía más de un año.

En esta ocasión no fue necesario que la sanadora le diese ninguna instrucción. Sus manos ya habían adquirido la destreza necesaria y los conocimientos adquiridos le permitían volar sola. La tensión se disparó antes de la operación, pero desapareció al cabo de una hora, cuando el animal volvió en sí. Entusiasmadas, las dos mujeres presenciaron cómo, en cuanto remitieron los efectos de la adormidera y del cáñamo, el animal se incorporaba. Y cómo, pese a los evidentes síntomas de un dolor intenso, lograba mantenerse en pie.

Con una sonrisa tirante en la cara, asintieron.

—Si no hay novedades, lo haremos mañana —murmuró Myrna.

Breann apretó los dientes. Se debatía entre la expectación y el miedo. Ya no quedaba margen de maniobra.

Prefería no pensar. Aquella mujer, última poseedora de la sapiencia antigua, podía morir entre sus manos. Una carga abrumadora aferró sus hombros como un ave inmensa de garras afiladas. No tenía más que dieciocho años.

Sin embargo, el azar aún le tenía reservado un último regalo.

Ese mismo atardecer, las dos escucharon cómo un repique lejano rompía el silencio. Tras todo el día sumidas en un nerviosismo casi palpable, dieron un

respingo al oír que la campana tocaba a difunto. Entonces cruzaron una mirada sorprendida y asintieron en silencio. La operación se aplazaba un par de días. Breann no podía desperdiciar la nueva oportunidad que el destino ponía ante ella.

Explorar con mayor profundidad los secretos más ocultos del cuerpo humano.

—La segunda vez será distinta de la primera.

Los consejos de la maestra eran como latigazos mientras Breann se preparaba para la intervención. La noche iba cayendo ya sobre las cruces del cementerio.

—Aun así, mil veces que lo hicieras, mil que sentirías el mismo vértigo. La misma comezón royéndote las entrañas.

La difunta era una mujer de buena familia. Una hidalga que vivía en una casa grande, en el centro de la villa. Según les contaron, hacia el final de la tarde se había sentido indispuesta. Sin más, y antes de que nadie pudiera agarrarla, se había desplomado en el suelo de la cocina.

Lo que acabaría por sucederle a Myrna si no la operaba antes.

Breann se quedó helada al saber lo que había pasado. Después, las horas de espera no hicieron más que disparar su ansiedad. Se repitió en silencio las palabras de la maestra: «La urgencia requiere calma. Y en igual proporción».

Esta vez esperó a la madrugada antes de salir de casa. No necesitaba desplazarse hasta Trinité, ni a ningún otro sitio. Vivían a unos minutos tan solo del camposanto. Lo importante era que nadie la viera.

Por fin, tras repasar hasta la extenuación el instrumental necesario y cada uno de los pasos a acometer, se decidió. La perspectiva de ponerse en marcha era lo único que calmaba aquella tensión que no paraba de crecer. Salió bajo la luz pálida de la luna nueva. Una claridad, cómplice por tenue, que apenas iluminaba los tejados. Todo parecía estar en calma.

Bordeó las casas de las afueras de Karnag dando un pequeño rodeo para no transitar las calles principales. Nada alteraba la noche. Ni un ruido, más allá de linos ladridos lejanos. Ni una luz, más allá de los candiles que titilaban en las alcobas de los insomnes.

No habían pasado aún diez minutos desde que había puesto un pie fuera de casa cuando ya estaba retirando la tierra fresca que cubría el ataúd.

Cavó en silencio. Su corazón latía con fuerza. Anhelaba seguir explorando los secretos de la vida. Avanzar, para desarrollar aquel don innato que le iba a permitir salvar la vida de Myrna. Y con ella, la de los cientos de personas que aún podría atender si ella sobrevivía.

Pese a estar metida en el agujero húmedo de un cementerio, y a punto de encontrarse frente a frente con un cadáver, Breann desprendía una luz

radiante.

Ese brillo que solo deriva de la convicción más absoluta.

Sin embargo, no todo era paz aquella noche.

Breann ignoraba que una amenaza oculta acechaba entre las sombras. La joven sanadora, despreocupada y exultante, no estaba sola entre las tumbas. Una silueta esquiva se disimulaba en la distancia entre la negrura de la madrugada.

Desde una esquina del cementerio, Nolwenn Legoff espiaba a su vecina con el pulso acelerado.

Cumplía un acuerdo sellado tiempo atrás. Cearbhall le había dicho que era por la seguridad del condado, y allí estaba ella, triunfante y silenciosa. El entusiasmo le hacía contener la respiración.

El tiempo y la paciencia ponían por fin a su alcance la oportunidad que tan ansiosamente había esperado. Aquella era la ocasión de devolverles la afrenta a aquellas dos arpías. A aquel par de brujas que tan gravemente la habían insultado cuando el parto de Maelle.

—Mantente alerta, Nolwenn. Vigila noche y día. Debemos combatir esas prácticas demoníacas con todo nuestro empeño —había dicho Cearbhall.

Profanación de cadáveres. Magia negra. Brujería.

—No podemos consentirlo. Es pecado mortal, bien lo sabes.

Sacrilegio.

XXXI

Myrna disimuló la compasión tras una máscara de indiferencia.

—Sé que tienes miedo. —Recordaba bien lo que suponía aquel trago. Y también que, en un momento así, ayuda más transmitir firmeza que consuelo —. Miedo de que algo salga mal. De que la vida que te dispones a salvar se te escape entre los dedos sin que puedas hacer nada por retenerla en tus manos. Así te sientes, lo sé. Crees que no estás preparada. Que esta responsabilidad es demasiado grande para ti. Ahora desearías no ser tú. Huir lejos y cerrar los ojos hasta que todo acabe. Que fuera otra persona la que tuviera que afrontar esta carga aterradora.

Breann la escuchaba mordiéndose el labio. Una vez más, parecía que la mujer le estuviera leyendo el pensamiento.

—Te sientes insignificante ante un reto así, lo sé. —La voz de la anciana no dejaba aflorar ningún sentimiento—. Vete acostumbrando, niña. Esa

sensación te acompañará durante el resto de tu vida. Aparecerá, muy a tu pesar, cada vez que tengas que enfrentarte a una intervención como esta.

Esas eran sus palabras. De acero, pensó Breann. Su mirada, sin embargo, iba más allá:

—Y sin embargo, querida niña, estás lista. El don que te fue concedido ya se ha completado con la formación necesaria para llegar aquí. Actúa, no pienses. Las manos sabrán qué hacer. Mientras estés absorta en tu tarea, el mundo entero desaparecerá y, con él, las dudas. Por todo ello, confía. Confía en ti.

La operación duró menos de una hora. Las dosis de narcóticos fueron calculadas por la propia Myrna, que se aplicó a sí misma la primera. Las siguientes quedaron listas sobre la mesa, junto con las indicaciones exactas para ser suministradas.

En cuanto la maestra se quedó inconsciente, Breann empezó.

Sabía, por la experiencia vivida con los animales, que un cuerpo con vida vivo presenta un tacto completamente distinto al de un cadáver. Avanzó hecha un manojo de nervios al principio, deseando convertirse en un autómata. Y entonces, sucedió. Justo lo que Myrna había predicho.

El mundo entero se quedó en suspenso en aquel cuarto.

Introducirse en un cuerpo humano vivo, con la sangre tibia corriendo y el corazón latiendo, impactó en su pecho como un disparo de cañón. Una deflagración de luz en medio del alma que le hizo hervir la sangre. Entendió que ya nunca habría vuelta atrás. Ya no se trataba de un cuerpo inerte al que no se le podía hacer daño. Se dejó llevar, con el corazón desbocado y la piel erizada, por la sensación más sobrecogedora que jamás hubiera imaginado.

El universo entero, en efecto, se desvaneció. Ni siquiera percibía su propio estado mental. Su concentración trascendió al plano físico. Nada podría haberla arrancado de allí. Simplemente flotó, como si su cuerpo no fuera más que un instrumento que ella manejaba desde las alturas.

Desde un plano próximo a la divinidad.

Era como si hubiera nacido para llegar a aquel punto del tiempo y del espacio. Como si la vida hubiera cobrado sentido, al fin, en aquel mismo momento.

Tras las primeras incisiones, y haber separado los tejidos con las pinzas bien desinfectadas con el líquido dorado, ante ella apareció, como un tesoro escondido, la arteria dañada. En efecto, un pronunciado ensanchamiento evidenciaba que las paredes estaban dadas de sí. Arrugó la frente. Allí estaba, y era cierto. Podría reventar en cualquier momento. Su debilidad extrema, en ese instante, se hizo evidente.

Miró el rostro de Myrna, admirada. Pero ella, recordó, ya lo había adivinado a través de los síntomas. La observó así un segundo, pálida y durmiente, y cogió aire. La sabiduría de aquella mujer que yacía ante ella,

abierta en canal, era inconmensurable.

Entonces sacudió la cabeza, y se sumergió de nuevo en aquel cuerpo vivo.

Tal y como había ensayado tantas veces, cortó una tirita de músculo y rodeó con ella la arteria para fortalecer el engrosamiento. Había llegado al momento clave. Al punto que exigía una precisión máxima.

Tras rodear la arteria con la tira y coserla sobre sí misma, empezó la delicada tarea de ir hilvanando una pared tras otra. Aplicó diferentes tipos de hilo hasta que por fin acometió, con gran delicadeza, la sutura exterior.

Tras comprobar las constantes vitales de Myrna, le administró la última dosis de anestesia. Desinfectó la zona cuidadosamente y apartó el instrumental. Nada alteraba la calma tensa que se había apoderado de ella desde la primera incisión. La concentración absoluta que la había absorbido hasta el centro mismo de un ojo de huracán.

Después, con el trabajo acabado, se alejó un par de pasos y respiró. Fue como volver en sí tras un sueño trepidante. De pronto, tomó consciencia de lo que acababa de hacer.

Un temblor incontrolable se apoderó de su cuerpo menudo y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos de forma incontenible. Aquella mezcla de emociones fue demasiado para ella. Un torrente de sentimientos desbordó su ánimo.

Y entonces, lloró. Lloró como una niña pequeña, sacudida por unas convulsiones tan violentas que la dejaban sin aliento. Unas imágenes remotas empezaron a relampaguear ante sus ojos sin motivo aparente.

Recordó a Morvern y la infancia abandonada en Inverness. Recordó los años de soledad que había vivido en aquella tierra extraña. Su llegada a la lejana Armórica, siendo aún una niña, en una noche brumosa. Los días de incertidumbre con la única compañía de una vieja tarada. Rememoró también, sin pretenderlo, la llegada de Aydan.

Se vio a sí misma como la niña que corría, aterrada, para salvar a aquel bebé.

Cuando recobró la calma, la nostalgia se transformó en expectación. Ya solo había sitio para un anhelo en su corazón. Que Myrna se recuperara de la intervención. Necesitaba que la maestra saliera con bien para seguir curando pacientes desahuciados. Para que continuara inculcándole la sapiencia antigua acuñada por los más grandes sabios de los tiempos pasados.

Sin embargo, la expectación no tardó en derivar en angustia. Un desasosiego negro empezó a oprimirle el pecho. A asfixiarla, como si le faltara el aire. De repente, se dio cuenta de que no podía respirar.

Aturdida, sintió el impulso de rezar. De rogar por la salvación de la maestra.

—No —susurró, y el mirar severo de la sanadora apareció ante ella—. Se trata de extender luz. No más oscuridad.

En ese momento, sobresaltada, oyó cómo Aydan la llamaba a gritos desde el exterior de la casa. Cuando llegó junto a él, el niño señalaba una esquina con aire entristecido.

La cerda, que tan bien se había recuperado de la operación que Breann le había practicado unos días antes, estaba allí tirada.

Muerta.

XXXII

—Estabais en lo cierto, mi señor. En esa casa se practica magia negra.

Bajo el gesto compungido de Nolwenn asomaba una euforia que apenas lograba disimular. Aun así, se contuvo. La taberna estaba vacía, pero las paredes de apariencia más inocente pueden tener ojos.

Y, sobre todo, oídos. Por eso su voz no era más que un murmullo.

—Fueron muchas jornadas de vigilancia, pero por fin bajaron la guardia.

Al recibir el aviso, Cearbhall se había puesto en marcha de inmediato. Para su sorpresa, aquel plan tan precariamente implementado había funcionado. Mientras encaminaba su caballo hacia la cita secreta, aún sorprendido, el joven bendijo el momento en que había decidido agarrarse a aquel clavo ardiendo.

Que Nolwenn espiara la casa de Myrna era en principio una solución de emergencia, nada más. Ahora bien, allí estaban los resultados. La improvisada informadora acababa de obtener, y mucho antes de lo previsto, las pruebas que él necesitaba. Por mucho que la evidencia fuera desconcertante.

—Quien lleva a cabo los rituales no es la vieja, mi señor. Sí, yo también estoy sorprendida.

El joven se quedó mirando la mesa con gesto serio. Con aquello sí que no contaba. Entonces, arrugó la frente. No sabía si aquello podía beneficiarle, o todo lo contrario.

—En realidad, es Breann Airdsgainne quien lo hace, mi señor. La muchachita escocesa.

La voz servil de la partera no disipó el aire ausente de él. Aquello lo cambiaba todo, ¿o tal vez no? Mil ideas empezaron a tomar forma en su mente. La chiquilla llegada del lejano norte. No la había visto nunca, pero conocía su existencia. Sabía que había venido para, supuestamente, cuidar de la anciana.

Pero no solo para eso, al parecer.

El silencio del consejero provocó que la matrona se retorciera las manos. Era desconcertante, sí, pero estaba completamente segura. Lo había visto con

sus propios ojos. Aquella chiquilla, que tan cariñosamente cuidaba de su hermanito, también era una bruja.

—Escuchad, Nolwenn. —No era lo esperado, pero aquella nueva situación también le podía servir—. Debéis guardar el secreto. La información hay que usarla en el momento justo. Solo así llega a ser un arma poderosa. En otro caso, no sería más que una hoja mellada. Puede hacer daño, pero no será letal. Permaneced alerta, tal como os indiqué.

Después se despidió con una mirada cómplice. Antes de levantarse, de todos modos, le pasó una moneda de oro bajo la mesa.

Ella sonrió, y no solo por el oro. En el fondo de los ojos de aquel hombre brillaba un reconocimiento que la llenó de orgullo. Era un gran señor, poderoso e implacable.

—Mantenedme al tanto de cualquier novedad —susurró él. Después, cubriéndose con la capa, salió discretamente por la puerta trasera.

Nolwenn se quedó sola. Después esperó unos minutos, como él le había indicado, antes de salir por la puerta principal. Tenía algo más de dos horas a Karnag.

Caminó como si flotase. Su satisfacción no provenía solo del generoso pago del caballero del castillo. Tampoco de que su ardua labor de espionaje hubiera obtenido resultados tan pronto. Ni siquiera del reconocimiento explícito a la eficiencia mostrada.

En realidad, aquella sonrisa se debía a una recompensa mucho más valiosa.

Inspiró, satisfecha, y todo el aire del bosque entró en sus pulmones.

Sí, sonrió, exultante. Ahora sí.

Tenía el destino de aquellas dos presuntuosas en la palma de la mano.

XXXIII

Al cabo de dos días, Myrna aún no había despertado.

Se mantenía en un estado de somnolencia febril que Breann solo interrumpía cuando era imprescindible para administrarle líquidos y comprobar sus constantes vitales. Nada más.

Aydan se encargó de todas las tareas domésticas sin que nadie se lo ordenase. Después de retirar con mil esfuerzos a la cerda muerta, hizo un gran agujero y la enterró un poco más allá, cerca del riachuelo. El resto del tiempo se lo pasó cuidando la huerta y atendiendo a los pocos animales que les quedaban.

Los ensayos de la muchacha habían acabado con casi todos.

Cuando no encontraba quehaceres, se mantenía a la espera tras la puerta

del cuarto. Allí se quedaba, conteniendo la respiración, por si las mujeres necesitaran cualquier cosa.

Breann permaneció al pie de la cama en todo momento. Sin separarse de su paciente para comer ni para dormir. Observándola en silencio. Esperando cualquier síntoma de mejora.

O de empeoramiento.

Aquellas cuarenta y ocho horas eran decisivas. Si la maestra sobrevivía a los dos primeros días, era casi seguro que se recuperaría. Si algo había salido mal, por el contrario… Eso, prefería no pensarlo. Cuando aquella idea la asaltaba, se acercaba y le cogía la mano.

—No me dejes ahora, Myrna. No te vayas, te lo suplico. Nos queda tanto por hacer…

No podía evitar preguntarse qué iba a ser de ella si Myrna moría. Ya nunca llegaría a convertirse en sanadora. Todos sus sacrificios, sus renuncias. Todo. Al final, su sueño habría resultado vano.

—Aguanta, Myrna. Aguanta un poco más y todo irá bien.

No obstante, la paciente no mostraba ninguna evolución. De vez en cuando emitía algún quejido; incluso alguna vez pareció que fuera a volver en sí. Sin embargo, al momento retomaba al mismo estado. A aquella inconsciencia indeterminada en que había quedado sumida tras la operación.

Cuando la fiebre le hacía temblar, Breann trataba de rebajársela con paños mojados en agua fría e infusión de fresno. Con todo, a pesar de sus atenciones constantes, sus labios estaban reventados por la calentura. Tenía los ojos vidriosos y opacos. Las pocas veces que los abría, era como si estuviera soñando. Como si hubiera regresado del otro lado ciega y sorda.

Al anochecer del segundo día, Breann supo que había llegado el momento clave. A pesar del agotamiento y la tensión de aquellos dos días y medio, se preparó. Si Myrna superaba la noche, habría esperanza. Si no, todo estaría perdido. Ya solo le quedaría regresar a Inverness y aceptar el fracaso. Tantos años perdidos, lejos de casa. La decepción de Morvern. El incierto futuro de Aydan.

La desolación de su alma. Sobre todo, eso. Su vida convertida en un páramo.

Sacudió la cabeza. Sería mejor dejar de darle vueltas.

Cuando cayó la noche, Myrna empezó a delirar. A emitir frases inconexas mientras luchaba por levantarse de la cama. Breann solo podía intentar inmovilizarla para que no se dañara.

Al sujetarla para evitar que se le saltaran los puntos, se estremeció. La mujer estaba ardiendo.

—¡Aydan!

Si no hacían algo de inmediato, aquella fiebre desbocada acabaría por matarla.

El niño se asomó a la puerta.

—¡Rápido, ayúdame!

Entre los dos la sujetaron contra el almadraque. Aydan percibió que las sábanas de lino estaban empapadas en sudor. Myrna seguía soltando palabras inconexas, sin sentido.

—¿Se va a morir, Breann?

Las convulsiones de la maestra lo sacudían con una violencia desatada.

La chiquilla, demacrada, también sudaba. Entre los dos lograron retenerla contra el colchón. Cuando, al cabo de unos minutos, Myrna pareció calmarse, Breann llevó más paños mojados en agua fría que fue colocando sobre la frente y sobre las extremidades de la enferma.

Al cabo de un par de horas de una calma latente, en las que la mujer se mantuvo tranquila aunque febril, le sobrevino otra crisis. Esta vez, incluso peor que la anterior.

En esta ocasión los esfuerzos de la muchacha y del niño apenas lograron retenerla. Myrna convulsionaba de manera espasmódica y empezó a echar espuma por la boca con los ojos en blanco. Aydan apretó los dientes, esforzándose por no llorar. Aquella mujer lo había cuidado desde pequeño. Le había enseñado todo cuanto él sabía. Estaba aterrado, pero no se rindió. Myrna necesitaba su ayuda.

Breann, envejecida veinte años de golpe, mantenía la actividad frenética con carácter sereno. Además de sujetar a la anciana para evitar que se golpease, siguió controlándole el pulso y tratando de bajarle la fiebre. Tal y como ella le había enseñado. Ni más ni menos.

Estaba devastada, pero aguantó. Se lo debía.

La lucha duró toda la noche. Por fin, cuando las primeras luces del alba iluminaron la ventana del cuarto, Myrna se calmó. Allí se quedó, inmóvil sobre la cama, con los cabellos blancos pegados a la cabeza. En ese momento no parecía más que un saco de huesos descoyuntados. Los dos la miraron en silencio, así, empapada en sudor. Era la viva imagen de la fragilidad.

Aydan rompió el silencio con los ojos muy abiertos.

—¿Está muerta? —preguntó con voz temblorosa.

Breann examinó el cuerpo de la anciana. Estaba frío. Con la frente arrugada, le buscó el pulso. Se acercó a su pecho para comprobar si respiraba. Al cabo de unos instantes de espera angustiosa, por fin se incorporó.

—Solo está desmayada —le aclaró, aliviada—. Trae otro cobertor. Ya no tiene fiebre, ahora lo importante es que no se enfríe.

Al taparla con delicadeza, sonrió. La maestra había sobrevivido. Ahora había que esperar a que se fuera recuperando, despacito, para poder seguir adelante. Había dejado a medias demasiadas cosas. Y demasiado importantes.

Al amanecer, la chiquilla le indicó a Aydan que se acostara.

—Trata de dormir unas horas —le dijo. Él, viéndola al borde del

agotamiento, se resistió. Enternecida pero firme, ella insistió—. Hazme caso. Ve.

El niño también se había pasado toda la noche en vela. Sin quejarse. Apretando los dientes.

Aguantando a su lado.

Breann se sentó al borde de la cama. Myrna dormía. Comprobó su respiración, le apartó los cabellos empapados de las sienes y la acarició. Todo parecía estar en calma, así que se recostó a su lado. Aún intranquila, cerró los ojos.

Llevaba tres días enteros sin dormir.

Cuando despertó, sobresaltada por un ruido atronador, una claridad deslumbrante entraba por la ventana del cuarto. Dedujo que el sol ya debía de estar alto.

Su primer impulso fue examinar a Myrna. La mujer parecía dormir plácidamente, pero no tuvo tiempo de comprobarlo. El ruido que la había hecho despertar volvió, y esta vez con más insistencia. Reaccionó. Unos golpes terribles hacían temblar la puerta de la casa.

—¡Abrid! —vociferaba una voz masculina desde el exterior.

Se incorporó de un salto. Al hacerlo, un dolor intenso le mordió todo el cuerpo.

—¿A qué viene este estruendo? —protestó ella en voz baja, sin abrir.

El hombre también bajó el tono, pero no la exigencia.

—Necesito ver inmediatamente a Myrna Ménec —respondió, en voz queda pero de forma imperiosa.

—Myrna se encuentra indispuesta. No puede atender a nadie.

El visitante detuvo su ímpetu por un instante. No obstante, al momento dejó claro que no estaba dispuesto a renunciar.

—Pues tendrá que hacerlo, señora —sentenció, con voz suave pero actitud firme—. Es cuestión de vida o muerte que me acompañe al castillo.

Breann tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse. Durante unos segundos, boqueó como un pez fuera del agua. Aquello era justo lo último que necesitaban.

Al no obtener respuesta, el hombre apostilló.

—Son órdenes directas del conde de Vannes.

XXXIV

La porfía duró unos minutos eternos.

Breann trató de convencer al capitán de que la sanadora no iba a poder acompañarlo. Sin embargo, el hombre, aunque afable, se mostraba inflexible. A la muchacha, desconcertada, no le encajaba aquella actitud amistosa. El único motivo que podía justificar un requerimiento tan urgente era una nueva denuncia. Y la brujería no solía ser tratada con contemplaciones.

Al ver que no atendía a razones, lo invitó a entrar. En el cuarto, sumida en un duermevela tembloroso, reposaba Myrna.

—Ya veis, no va a poder ser —señaló Breann, entre susurros—. Esta mujer está inconsciente. No podría ni levantarse de la cama. En cuanto esté recuperada, yo misma la acompañaré al castillo. Ahora es imposible.

El capitán observó a la anciana con suspicacia, pero aceptó. Debía de estar muy enferma, sí. Por momentos deliraba, sudorosa, y estaba pálida como un cadáver. Las reticencias de su discípula parecían plenamente justificadas. Sin embargo, no podía regresar con las manos vacías.

—Entonces tendréis que acompañarme vos, *mademoiselle* —le contestó, abriendo los brazos—. Ya os dije que era cuestión de vida o muerte.

Breann se echó hacia atrás. No podía abandonar a Myrna en un momento tan delicado. Además, si había sido acusada de practicar magia negra, no tenía sentido que se la llevaran a ella en su lugar. Los delitos no eran delegables.

—¿Yo? Pero yo tengo que cuidarla… Está muy débil, y…

—No hay más que hablar. —El hombre salió del cuarto—. Vos y yo vamos a partir en cinco minutos. Procurad la ayuda que preciséis y dejad todo listo para que esta mujer sea atendida. Nos vamos.

Breann trató de sobreponerse al pánico. Necesitaba que alguien cuidara a Myrna hasta su regreso, pero no tenía nadie en quien confiar. Pensó rápido. ¿Qué habría hecho ella? En situaciones desesperadas se necesitan salidas audaces, decía siempre.

Y el recurso más audaz suele esconderse entre los pliegues de nuestra mano, apostillaba.

No tardó en llegar a la única solución posible. A toda prisa, despertó a Aydan. El niño abrió los ojos como si regresara del más allá. Tras toda la noche en vela no había dormido más que unas horas.

—Escúchame bien, Aydan. Tengo que marcharme ahora mismo y no sé lo que tardaré en volver. Tienes que cuidar de Myrna, ¿de acuerdo?

El chiquillo se levantó de un salto, con el cabello alborotado y los ojos a

medio abrir. A pesar de la urgencia, Breann no logró disimular una sonrisa compasiva. Claro que estaba dispuesto a lo que hiciera falta. Se trataba de Myrna.

Entonces le soltó un torrente de instrucciones que solo interrumpió la voz del soldado.

—¡Salimos en un minuto! ¡Por las buenas o por las malas!

El niño, aun adormilado, se concentró en memorizarlo todo.

—Y, sobre todo —remató Breann, ya desde la grupa de la montura—, no la dejes sola.

Partieron al galope, casi sin tiempo de acabar la frase. Aydan se quedó allí plantado, viéndolos marchar. Después se metió en el cuarto, resuelto a cumplir al pie de la letra cada una de sus indicaciones.

En poco más de una hora el caballo llegó al castillo. Un contrito Eusébe Loudéac esperaba junto a la entrada, angustiado e impaciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con redoblada ansiedad.

El capitán había regresado a tiempo. Sin embargo, en lugar de la gran sanadora de Karnag traía consigo a una muchachita rubia.

—La druida está indispuesta —respondió el jinete, con cara de circunstancias. Al ver que el alcaide torcía el gesto, continuó—. En serio, mi señor. Esa mujer no hubiera podido ni levantarse de la cama.

Breann, que ya había desmontado, miraba a uno y otro sin comprender nada. No entendía qué era lo que estaba pasando. El soldado, sin más explicaciones, la metió en el edificio principal por la puerta de las cocinas. Al igual que en las visitas de Myrna, su presencia allí debía ser un secreto. Solo Eusébe y él mismo podían saberlo.

Lo que no sabían era que alguien los estaba observando.

Desde el ventanuco de un cuarto cubierto de polvo, en lo alto de una torre, unos ojos indiscretos vigilaban. Cearbhall Pomichet presenció, con el pulso acelerado, la llegada de aquella mujer. La muchachita escocesa a la que hasta entonces nunca había visto, pese a conocer sobradamente su existencia. No sabía qué podía estar haciendo allí, y mucho menos qué tratos se traía con el señor de Loudéac, pero tenía que ser ella. Así lo confirmaban sus informaciones.

Era la misma mujer, recordó, que protagonizaba los informes de Nolwenn Legoff.

Uno de los criados del castillo, bien pagado por cada información que le proporcionaba, le había contado que Patern se había sentido indispuesto a media mañana.

—A raíz de eso, escuché cómo el alcaide enviaba al capitán en busca de la druida de Morbihan —había añadido el informador.

El consejero activó entonces todas las alertas. La extraña amistad entre el gran señor y la sanadora seguía siendo una piedra en su zapato. Pero lo que menos podía esperar era que, en lugar de la vieja hechicera, la que acabara por presentarse fuera una mujer joven y hermosa.

De hecho, se estremeció, de una belleza arrebatadora.

Al verlos entrar se retiró de la ventana con el corazón desbocado. Desde aquel rincón ya no iba a poder averiguar nada más. Les había encomendado a los sirvientes de su confianza que tuvieran los ojos bien abiertos. Que se dejaran caer de vez en cuando por los pasillos que llevaban a la alcoba del conde, y que pusieran la oreja allí donde vieran movimiento.

Si Patern estaba enfermo de verdad, él tenía que saberlo.

Necesitaba estar al tanto de todo, a pesar de las obvias intenciones de Eusébe y del propio conde. Estaba claro que pretendían ocultarle lo que estaba pasando.

Breann se dejó arrastrar por unos corredores interminables. Cuando por fin desembocó en el cuarto del señor, se encontró, aturdida, con un hombre flaco y desmejorado. Patern estaba acostado en la cama y tenía la mirada perdida. Su respiración sonaba como un pito obstruido. La inmensa sorpresa de encontrarse de repente en la alcoba del señor de Vannes pasó de inmediato a segundo plano. Allí había un paciente que precisaba cuidados.

Que fuera conde o mendigo carecía de importancia.

No tardó en identificar lo que Myrna denominaba pulmones tupidos. Una obstrucción de las vías respiratorias que, si no era tratada correctamente, podía incluso acabar con la vida del enfermo.

Eusébe y el capitán, sin decir nada, se quedaron observándola con expectación. Era obvio que esperaban que interviniese. Que pusiera en práctica sus conocimientos para curar a aquel hombre cuanto antes.

Ella no les prestó más atención. No había un segundo que perder.

Primero retiró la almohada de la cabeza del enfermo y le abrió por completo la camisa. La prenda, tal y como ya había sospechado en un primer vistazo, le había estado oprimiendo el pecho. Le tomó el pulso y contabilizó el ritmo de las respiraciones. Pidió cebollas, verbasco, limones y agua hirviendo. Abrió la ventana y, después de tapar a Patern con el cobertor más ligero, ordenó abrir también la puerta. Que corriera el aire puro de la tarde dentro de aquella estancia de ambiente viciado. Luego mandó apagar el fuego con cuidado de no provocar una humareda, y esperó.

Tras una hora de cuidados, aparecieron los primeros resultados. Breann percibió que la respiración del conde se había estabilizado. Las vías respiratorias se estaban abriendo poco a poco. Todo apuntaba a que iba a salir del aprieto sin mayor problema. Sin embargo, se alarmó al constatar que había llegado justo a tiempo. Si Patern hubiera permanecido más tiempo en aquellas condiciones, el colapso hubiera sido inevitable.

Eusébe, que se había mantenido todo el tiempo a la espera, escuchó con atención las instrucciones que ella le dictó. La angustia de su mirada se convirtió en alivio, aunque todavía tenso.

—El peligro ha pasado, pero es preciso que este hombre siga recibiendo cuidados durante toda la noche. Renovad las cebollas cortadas en trozos alrededor del cabecero y mantened una olla hirviendo dentro del cuarto con la corteza de los limones y el gordolobo hasta que vuelva a salir el sol. En ese momento veréis que el conde ya puede respirar con normalidad. Forzadlo a que se incorpore y camine, pero sin fatigarse. Mantenedlo alejado de lugares cubiertos de polvo, ceniza o humo, y que beba toda la infusión de hinojo que pueda.

—Así se hará, mi señora. —El mayordomo la miró con respeto. La solvencia y la serenidad de aquella chiquilla lo habían dejado sin habla—. De todas formas, no tengáis prisa. El conde recompensará con generosidad vuestros servicios en cuanto se recupere.

Mientras hablaba, Eusébe inclinó la cabeza. Casi se había desmayado al ver que quien llegaba al rescate era aquella muchachita en lugar de la gran sanadora de Karnag, pero ahora estaba doblemente satisfecho. Además de la druida, sabia pero vieja, ahora también podrían recurrir a aquella especie de hada extranjera cuando fuera necesario.

—No puedo quedarme ni un segundo más, caballero —respondió ella, categórica—. Este hombre está fuera de peligro, mientras que mi maestra necesita cuidados urgentes.

Eusébe calló, indeciso. La salud del conde era la prioridad máxima. Aquella mujer iba a tener que aceptarlo sí o sí.

Al apreciar sus dudas, Breann se impacientó.

—Acabo de salvarle la vida a vuestro señor —su voz denotaba una exasperación a punto de estallar—. No quiero otro pago, ni más generosidad, que vuestra comprensión. Si no me lleva vuestro soldado, iré a pie, pero os advierto que voy a partir de inmediato. Nada ni nadie me va a retener aquí más tiempo.

Un silencio tenso sucedió a sus palabras.

Eusébe se debatía entre el deber y la razón. Finalmente, se convenció al preguntarse qué hubiera hecho el propio Patern. La determinación tajante de la muchachita, la visible mejora del conde y el agradecimiento ante lo que acababa de hacer hicieron el resto. Además, calibró, quien necesitaba ahora de la sabiduría de aquella joven era Myrna. Ni más ni menos.

Ese fue el impulso definitivo.

Una hora más tarde, bajo la luz anaranjada del atardecer, Breann se despidió del capitán. Todo estaba en calma ante la casita de Karnag. No se veía a nadie

en el camino y las otras casas humeaban en la distancia como si nada sucediera. Respiró profundamente y empujó la puerta.

Dentro, todo estaba también en silencio. No obstante, al entrar en la alcoba se encontró con una escena que le hizo sonreír. Aydan le daba de comer en la boca a la anciana, ya consciente, unos trocitos de carne cuidadosamente cortados.

Hasta se puso a cocinar, el diablillo, sonrió. Entre divertida y aliviada, se acercó despacio a la cama.

—También hice para ti —saludó él, con una sonrisa de oreja a oreja—. Pensé que tendrías hambre.

Ella le sonrió en respuesta y se sentó en el borde de la cama. Myrna evolucionaba según lo previsto. Al parecer, no había surgido ninguna complicación durante su ausencia.

Respiró profundamente. El torbellino de los últimos días se iba convirtiendo en remanso.

Casi sin darse cuenta, cruzó una mirada con la vieja sanadora. Al apreciar una expresión culpable en el rostro de Myrna, su sonrisa se detuvo en una incógnita. En ese momento cayó en la cuenta. Acababa aquella tarde inexplicable y era obvio que las dos tenían una conversación pendiente.

La maestra iba a tener que aclararle la verdad sobre los tratos que se traía con el gran señor de aquellas tierras.

Sin embargo, no era momento para cavilaciones. Probó uno de los trozos de carne que Aydan insistía en ofrecerle y bromeó con su categoría de gran cocinero. Después alisó con las manos los cabellos húmedos de la anciana y le secó las sienes con un paño limpio.

Quedaba por delante un largo período de recuperación. Después vendrían otras cosas.

Ahora bien, sonrió de nuevo, aquel era un momento feliz. Las mayores preocupaciones no debían llegar más allá de sus sonrisas. Ya estaba claro que Myrna se iba a recuperar.

Lo peor había quedado atrás.

XXXV

De repente, un huracán.

Cuando el resorte del instinto se dispara, la tentación llega a imponerse al raciocinio.

Al retirarse de su improvisado observatorio en el cuartito abandonado de la torre, Cearbhall se dirigió a las dependencias nobles del castillo. Era toda una

temeridad que atentaba contra sus propias normas, pero no pudo resistirse. Necesitaba ver a aquella jovencita más de cerca.

La sorpresa inicial fue derivando en expectación. El capitán, inexplicablemente, se había traído consigo a una mujer joven. No a la vieja bruja que vivía en Karnag, sino a una muchachita que parecía tan desconcertada como él. Ora bien, ya no era la intriga la que lo impulsaba a seguir indagando. Otra circunstancia movía ahora su voluntad, y lo hacía de manera irrefrenable. Jamás lo hubiera creído, pero sí: aquella chiquilla desprendía una perturbadora belleza.

Tal vez no fuera demasiado llamativa para la mayoría de los hombres. Posiblemente ni siquiera suscitara la atención de los soldados del castillo, más aficionados a las curvas pronunciadas y a los andares sinuosos. Sin embargo, sí lo era para él. Arrebatadora, de hecho, aunque no podría explicar el porqué. Quizás fuese aquel cabello dorado, o aquellos ojos serenos del color de la miel. O tal vez fuera aquella discreta elegancia. El caso es que un magnetismo animal sacudió su cuerpo como nunca antes.

Se había quedado sin aliento con solo un golpe de vista.

Su interés por la vieja druida ya no tenía que ver con las acusaciones de brujería. Tampoco con las informaciones de Nolwenn Logoff. De hecho, la figura del pequeño Robert de Gwened y su identidad secreta acababan de diluirse como sombras desdibujadas. Con el corazón alterado, se retiró a su alcoba.

Contempló las vigas del techo durante horas. Por fin, tras muchas cavilaciones, tras ir y venir entre pensamientos atribulados, un brillo de convicción destelleó en sus pupilas. Sí, asintió. Volvería a Karnag, y lo haría sin demora. La última vez, recordó, la supervivencia había dirigido sus pasos. No obstante, el motivo que lo impulsaba esta vez era otro.

Un instinto, si cabe, mucho más poderoso.

La convalecencia fue dura, pero estaban preparadas.

El agotamiento de Myrna se agravaba con tardes enteras de fiebre intensa. Tanto, que Breann siempre estaba a su lado. Siempre, noche y día. Paliando los efectos de la operación. Anticipando los momentos de crisis.

Fueron días de lucha, pero presentaron batalla a pecho descubierto y poco a poco, avanzaron. Así, al cabo de tres meses la sanadora ya se había recuperado tanto que hacía una vida casi normal. Se levantaba, caminaba por la casa y hablaba durante horas con su aprendiza. Breann atrapaba cada nuevo conocimiento al vuelo, más ávida que nunca.

—Nunca olvides lo efímero que es el presente, niña.

Breann asentía. La maestra iba recuperando las fuerzas poco a poco. Eso era lo único importante.

—Sin prisa. Así sucede todo lo importante. No lo dudes.

Se sentía volar. Era como si su aprendizaje girase en torno a ella como las polillas alrededor de una vela. De un modo natural y apenas consciente. Atravesándole suavemente los poros de la piel.

Aydan anhelaba ahora con impaciencia los paseos de siempre. Las caminatas pausadas por el bosque en las que Myrna le hablaba de los astros invisibles y del transcurso del tiempo. También del miedo, de la conciencia y de los monstruos que nosotros mismos creamos, sin saberlo, para hacemos daño.

Y de tantas otras cosas.

La calma había regresado, con su cara sonriente, y flotaba de nuevo sobre la casita de Karnag. Todo iba volviendo a su cauce por pura inercia. Era como estar en el interior de una campana que va retornando a la calma tras un repicar enloquecido.

El ruido quedaba atrás, aunque una nueva sombra nublaba ahora el remanso. Breann no había olvidado lo sucedido en el castillo. Unas incógnitas tercas se habían anclado en su alma. Unas dudas que encontraban cada día el momento justo para arañarle la piel desde dentro.

El día en que vio que la maestra había recuperado el rubor en las mejillas, se decidió.

—Ya me dirás qué tratos secretos te traes con el señor de Vannes —le soltó por sorpresa cuando Myrna le estaba explicando el uso del tomillo para erradicar una infección—. A no ser que prefieras esperar a que los soldados se presenten de nuevo.

Myrna desvió la mirada. Claro que aquella conversación seguía pendiente.

No había previsto una llamada del conde durante su convalecencia. Desde aquel día, una interrogante muda había quedado suspendida entre ellas. Un misterio espinoso que antes o después habría que aclarar.

Tratando de restarle importancia, le reveló una parte de verdad. No había más trato que una simple amistad desde que eran jóvenes, le dijo. Llevaba toda la vida encargándose de la salud de la familia del conde.

—Eso es todo. —Se encogió de hombros.

Sin preámbulos, ni rodeos. Con toda naturalidad.

Breann se quedó mirándola con gesto inquisitivo. Ser amiga del conde de Vannes no era cualquier cosa. Aquello no podía serlo todo. Era demasiado raro. Tras resistirse unos instantes, la anciana torció el gesto y se rindió. Tal y como Breann acusaba con la mirada, admitió que había algo más. Aquella amistad, confirmó, era lo que la protegía de los peligros más siniestros.

De las acusaciones de brujería que nunca habían dejado de sucederse, con mayor o menor frecuencia, contra ella. A lo largo de los años y de las décadas. De toda su vida, en realidad.

—Además —siguió, mientras la expresión en el rostro de la chiquilla se iba

tomando sombría—, Patern quiere que tú seas la próxima sanadora de la casa de Gwened. Me dijo que tiene pensado encomendarle a Waroc'h, su primogénito, que prolongue contigo nuestro acuerdo.

—Ah, era eso. —Breann también simuló que no tenía mayor importancia.

Sin embargo, estaba aterrada. Acababa de saber que Nolwenn las había acusado de practicar la magia negra. Era un hecho, y no trivial precisamente. Y todo a raíz de su intervención en el parto de Maëlle. Por salvar dos vidas que de otro modo se habrían perdido sin *remedio*.

—Sí. Era eso.

Callaron. Un gran pájaro negro sobrevoló durante un rato la habitación, en círculos lentos y lúgubres.

Patern de Gwened, venido a menos día tras día, veía cerca su fin. Antes de rendirse definitivamente, quería dejar el futuro de su casa bien atado. Antes de reunirse con Alix, en realidad. Aquella idea había aparecido un día, como una nube, y se había ido apoderando de su pensamiento hasta convertirse en obsesión.

Sí, el final estaba próximo. Y no solo eso, sino que empezaba a ser visto ya por él como un descanso. Sin embargo, la salud de sus descendientes era algo que debía dejar atado. De ello dependía el propio futuro de su estirpe.

Con todo, no iba a ser fácil convencer a Waroc'h. Y no por sus posibles reticencias, sino por su ausencia permanente. El futuro conde jugaba un papel cada vez más protagonista en la Corte, y el remoto condado bretón le era tan ajeno ya como la mar océana. La herencia pendiente suponía, a aquellas alturas, más un incordio que una ilusión.

—Pero aún no estoy preparada. —Despejado el misterio, Breann se vio de repente abrumada por la responsabilidad.

Sentía que le quedaba todo por aprender. Hacerse cargo de la salud de los miembros de la casa de Vannes, pensó, era una tarea reservada a un talento excepcional. Digna de una sabiduría superior y de la valentía de un mito viviente. Algo que solo estaba a la altura de la legendaria Myrna Ménec.

La anciana la atravesó con la mirada. Ya había previsto aquella reacción.

Aquel sendero tortuoso había sido trillado por ella mucho tiempo atrás. Y, del mismo modo, lo había hecho bajo los designios de su maestra.

—Lo estarás. —Sonrió—. Eso es precisamente en lo que vamos a trabajar mientras tengamos tiempo. Y no será fácil. Estás avisada.

Breann también sonrió por contagio, pero un frío húmedo se extendió por sus extremidades. Que no fuera fácil no era un problema, al contrario. Pero aquella expresión, «mientras tengamos tiempo», le hizo estremecer. Siempre había eludido pensarlo, pero ahora no le quedaba más remedio que hacerlo. Aquella verdad estaba allí, sobre el horizonte, esperándola como un ojo de fuego ineludible.

Myrna se refería al período previsiblemente corto que le podía restar de

vida.

Por vez primera, ante Breann se materializó un futuro sobrecogedor. El momento en el que ella iba a tener que asumir aquella carga secular se había hecho tangible al fin. El inmenso legado que aquella anciana consumida llevaba soportando toda la vida sobre los hombros estaba pasando a los de ella poco a poco pero sin descanso.

«Mientras tengamos tiempo».

Confiaba en que aún les quedasen unos cuantos años. La operación había sido un éxito y había margen para la esperanza. Se enderezó. Lo que estaba claro era que no tenían ni un segundo que perder. El conocimiento que le quedaba por adquirir era inmenso. Por eso, se dijo, no se podía permitir vacilaciones. Se estiró el vestido con las manos. Estoy lista para la acción, decían sus ojos.

La maestra también sonrió.

—No te preocupes tanto, niña. —Myrna la miró con comprensión—. Convivo con esa misma sensación cada día. Como si los misterios de la vida humana fueran tan inconmensurables que afrontar el arte de la curación fuera imposible para una simple mujer como yo.

Breann no dijo nada. Después de tantos años seguía sorprendiéndose por aquella facilidad para leerle el pensamiento. O tal vez no fuera eso. Quizás tuviera que ver, más bien, con sueños que ya habían sido vividos con anterioridad.

—Aun así, querida, debes recordar más a menudo que nuestras intervenciones suelen ser exitosas —siguió Myrna—. Quédate con esa idea cuando el miedo te paralice, y actúa. Actúa según lo que has aprendido a hacer y no pienses. Ya, a día de hoy, aunque no lo creas, eres toda una sanadora. Una sanadora sin parangón en toda Francia. Quizás, incluso, en el mundo entero. Ya eres la heredera de la sapiencia antigua forjada por los hijos de Gael a lo largo de milenios, no lo dudes. Y todo eso, querida niña, pese a que tienes razón en una cosa: en efecto, tu aprendizaje no ha hecho más que empezar.

Aquella conversación nunca se borraría de la memoria de Breann.

Durante los dos años que le sucedieron, las jornadas se prolongaron de sol a sol. Sin descanso, sin pausa. El conocimiento exhaustivo de las principales enfermedades, el funcionamiento de todos los órganos, la elaboración de remedios, incluso de los más complicados, y la composición de las medicinas y del líquido dorado fueron algunos delos miles de temas que trataron. La jovencita de Inverness siguió heredando en aquel tiempo, a través de su maestra, toda la sabiduría oculta.

Ahora eran dos las sanadoras que atendían a los pacientes que llegaban a su casa. Siempre que sus males así lo requiriesen, por supuesto.

Eso lo decidía Myrna.

Breann aprendió a disfrutar de sus chaladuras ocasionales. Ahora que ya sabía a qué venían, incluso le divertían. Al mismo tiempo, y casi sin percatarse, su protagonismo en las curaciones fue creciendo paulatinamente.

Sin embargo, las visitas al castillo siguieron siendo cosa de la anciana. El estado de salud de Patern se iba deteriorando día a día, y Myrna sabía que no había arte que Breann pudiera emplear para remediarlo. Solo la compañía de una vieja amiga podía atenuar, hasta cierto punto, el dolor que torturaba el corazón del señor de Gwened.

—No existe otro medicamento, Breann, para un vacío en el alma.

XXXVI

Las previsiones de Beadur no tardaron en venirse abajo.

En cuanto llegó a Normandía se vio atrapado por un torbellino que no conocía tregua. A pesar de las tensiones arrostradas durante años, Bretaña le pareció desde la distancia un remanso sereno. Las visitas a Karnag quedaron pospuestas indefinidamente. No se las podía permitir.

Inglaterra había puesto en marcha una operación de espionaje sin precedentes. Sus mejores informadores, infiltrados en la región, iban preparando el terreno con una solvencia escalofriante. La guerra, encubierta durante décadas, parecía estar a punto de quitarse la máscara. Un rostro de muerte y destrucción acechaba desde el norte. Al atisbarlo, el gesto del enviado de los hospitalarios se endureció. Conocía bien aquel tipo de situaciones.

Los indicios eran inequívocos. Un trabajo tan minucioso solo podía obedecer a un fin concreto: sentar las bases de una futura invasión.

El reto ahora era mantenerse en equilibrio entre los dos bandos. Algo que solo podría alcanzar si lograba aparentar neutralidad. Los espías de más alto nivel eran capaces de detectar su presencia, pero eso no le suponía mayor problema. Él se dejaba querer por unos y por otros sin expresar más afinidad por su causa que por la de sus adversarios. Así acumulaba información sensible, siempre en beneficio de la Orden. Al fin y al cabo, aquella no era su guerra. Las reglas de aquel juego eran frágiles, pero no quedaba más remedio que jugar.

Eso pasó a ser Beadur Njöror. Un agente doble bailando sobre el filo de una navaja.

No había tregua en Normandía. La danza de la muerte, aunque todavía nebulosa, exigía una vigilancia constante.

Aun así, Bretaña seguía tirando de él. No había sosiego para su alma. La casita de Karnag seguía apareciendo en su memoria día sí y día también. No había manera de evitarlo.

Pasaron dos largos años antes de poder regresar. No pudo permitirse más que un viaje relámpago, pero fue suficiente. El pretexto esgrimido ante la Orden fue el de mantener su anterior destino bajo control. Una excusa que no fue recibida con entusiasmo, pero que sirvió. Entonces, Beadur corrió a Karnag con el corazón acelerado.

Necesitaba ver a Aydan. Comprobar si sus pasos lo estaban llevando hacia el destino que él había vislumbrado. Al futuro que lo esperaba desde antes de nacer. Mientras corría hacia el Penn ar Bed, pletórico, el Fantasma Gris se sentía parte de un suceso extraordinario. Conocía la auténtica identidad del chiquillo. Un secreto que suponía en sí mismo un tesoro. Sobre todo, para alguien que tiene como modo de vida traficar con información oculta.

Muy de vez en cuando, Ezra le hacía llegar alguna que otra carta desde Toledo. En la última le había confirmado las previsiones de ambos. El gran guerrero ya había asumido la custodia del Legado. El anterior Custodio, un venerable sabio armenio, había muerto al poco de llegar él a la ciudad de las tres culturas.

Al conocer las novedades, sonrió. El bueno de Ezra. Aquel era el sueño de su vida. Entre tanto caos, las buenas noticias parecían incluso mejores. Custodio del Legado, nada menos, resopló. El más alto cometido que hombre alguno podría asumir. El sefardí, exultante, le narraba también que se había reencontrado con una joven toledana a la que conocía desde siempre. Todo había debido de ir a toda prisa, porque ya habían tenido su primer hijo.

Un chiquitín menudo, pero recio, al que habían puesto por nombre Yehuda.

El pequeño Yehuda ibn Ezra. Un niñito que contribuiría a la apariencia de normalidad que su padre quería difundir entre el vecindario. Un disfraz, sin duda, más que conveniente para su cometido. Lo principal, para quien custodiara el Legado, era mantenerlo en secreto.

Cada vez que Beadur volvía a Normandía después de alguna de sus visitas a Karnag, se encontraba con un estado más avanzado de ebullición. La caldera hervía ya abiertamente. Francia seguía sumida en un desgobierno caótico, fruto de la demencia del rey, e Inglaterra, espoleada, afilaba los cuchillos sin disimulo.

Una bruma espectral iba cubriendo la costa de forma inexorable.

Un gran lobo acechaba la región que el soberano inglés había heredado de sus ancestros pese a estar en suelo francés. A pesar de pertenecer al continente y de haber todo un mar de por medio. Daba igual. Para él aquella tierra era suya, y estaba dispuesto a luchar por ella. Nada le haría renunciar a su herencia.

Beadur acabó por sumergirse totalmente en el fango. Si quería averiguar qué era lo que estaba pasando, no iba a poder permitirse ni un minuto de ausencia. Intuía que el conflicto estaba a punto de desencadenarse.

Al mismo ritmo que crecía la amenaza, mermaron las visitas a Bretaña. Por suerte, nada había cambiado en Karnag. Como nada había cambiado, tampoco, en el propio gauta. En su pecho seguía latiendo una convicción obsesiva.

El destino profetizado del pequeño fuego entre la nieve.

Aquel al que la piedra de Kermario denominaba el Guerrero de la Luz.

El pequeño Aydan Sneachd.

El elegido.

XXXVII

Cearbhall apareció entre la niebla como un navío fantasma.

—¿Ha regresado a los cementerios? —La partera, distraída, se sobresaltó.

Estaba claro, aquel jovenzuelo no tenía un segundo que perder.

Se volvió hacia él. Una capucha de lana le tapaba la cara, y de paso, lo guardaba de la llovizna glacial que no dejaba de caer. Solo aquel semblante, pensó ella, podía parecer más fúnebre que aquella mañana gris.

Nolwenn había acudido a su cita con toda presteza. Allí estaba, junto a aquel santuario perdido en las profundidades del bosque, a la hora indicada. Un orballo gélido y persistente la había acompañado durante todo el camino, empapándole la ropa y ensombreciendo su ánimo.

—Es muy extraño, mi señor. —La voz de la mujer apenas era un susurro bajo los goterones que caían de los árboles—. No profanan las tumbas de todos los que mueren en Karnag, pero… de vez en cuando sí lo hacen. —Con una mano trémula aceptó la moneda de oro, mojada y brillante, que él le acercó con el puño cerrado—. Hará un par de meses de la última. Fue cuando murió el hijo pequeño de Kendra Jousset.

La matrona miró fugazmente al suelo. Aquel parto se había hecho eterno y el bebé había acabado por tragar un montón de líquido. Demasiado para su cuerpecito diminuto.

—Nolwenn Legoff, incompetente sin escrúpulos. —Al enterarse, la indignación le puso a Breann un nudo en la garganta.

Aydan la vio pasarse el día entero ordenando la casa y sin hablar con nadie, pero no dijo nada. Myrna, impasible, no se movió del hogar. Aquel día no

hubo más que silencios hoscos y miradas clavadas en el fuego durante horas.

—Prepárate, niña. —Tras el entierro del bebé tocaba actuar—. Esta noche tendrás ocasión de conocer la anatomía de los recién nacidos. —La anciana atajó las ganas de llorar de su aprendiza, que durante un instante la miró horrorizada—. Solo así podrás salvar las vidas de otros niños en el futuro. Sus cuerpecillos son distintos.

Cearbhall regresó al castillo bajo la lluvia y el frío, pero con la cabeza ardiendo. En los últimos dos años, su obsesión por aquella joven no había dejado de crecer. Aunque en la misma proporción en que lo había hecho su codicia, por otra parte.

A menudo asaltaban su memoria las imágenes nítidas de aquella tarde lejana. El día en el que una hechicera rubia había visitado a Patern en su alcoba. Cuando se quedaba solo empezaba a soñar. No dejaba de imaginar un futuro en el que él dirigía el condado. Se veía a sí mismo en la alcoba del gran señor. Su poder. Su riqueza. El respeto de los que hoy lo llamaban advenedizo a sus espaldas. El miedo en sus ojos cuando él estuviera al frente. Pero, sobre todo, veía a Breann encerrada en su calabozo, acusada de brujería. Recluida en el castillo, asustada y vulnerable. Sometida a su poder.

Al principio aguantó, asustado, pero pasado un tiempo no logró resistir la tentación. Entonces empezó a espiar por su cuenta y riesgo la casita de la sanadora de Morbihan. Siempre sigiloso y con el corazón a punto de salírsele por la boca. Después vinieron más visitas. Al principio, cada mes. Después, cada pocos días. Tanto, que ya se había aprendido de memoria el camino de Karnag.

Necesitaba saber qué pasaba con ella. Por mucho que lo intentaba, no lograba borrarla de su pensamiento. Aunque eso, por supuesto, no era sino una parte de aquel asunto. Breann era su obsesión, pero había más motivos.

Aquella era la casa donde el pequeño Aydan crecía. Su existencia no dejaba de martillear la conciencia atormentada del señor de Pornichet. Un secreto rodeado de magias oscuras que lo martirizaba. Un misterio que le intrigaba hasta robarle el sueño.

Una bruma tenebrosa rodeaba toda aquella historia. Era como si un hado caprichoso se empeñara en enredar su destino con aquella curiosa familia.

La amenaza que suponía le provocaba escalofríos. No podía olvidar que su vida pendía de un hilo. Que estaría condenado sin remedio si la verdad llegaba a salir a la luz. Por eso mismo estaba decidido a anticiparse. En cuanto las fuerzas de Patern flaqueasen, desencadenaría sobre Morbihan la tempestad que llevaba tiempo forjando en secreto. Al fin y al cabo, contaba con un recurso que nadie podía prever.

La información recabada por Nolwenn Legoff había puesto la vida de

aquellos tres desgraciados en la palma de su mano.

Aun en las profundidades del bosque, sus ojos destellearon. Ante él desfilaron las imágenes sonrientes de Breann y Aydan. Las caras sombrías de Patern y de Dreng Straw. La cabeza de Alix rodando sobre la nieve.

Sacudió la cabeza. No paraba de llover y aún quedaba un buen trecho. Apretó los dientes. El apremio lo ahogaba. Tal vez quedase margen, o tal vez no, pero no estaba en condiciones de confiar. Solo necesitaba que el viejo conde tropezase.

—La palma de la mano de Cearbhall Pomichet no es un buen habitáculo —murmuró a solas.

Con el rostro ensombrecido, y no solo por la capucha, espoleó su caballo con crueldad.

—No, al menos, para aquellos que amenazan su futuro.

XXXVIII

Breann contempló la escena con expresión pensativa.

Myrna, colorada como una manzana, cargaba leña para la cocina. Y ya *llevaba* un par de viajes.

Aún no habían pasado dos años desde la operación, pero estaba hecha un roble. Nadie diría que había estado a punto de no contarlo. Parecía un milagro, desde luego. Incluso a ella, la propia artífice de aquella curación. Tanto más, habida cuenta la edad de la mujer.

La muchacha saludó con la mano a Aydan, que la observaba desde la distancia con aire preocupado. Le hizo señas, animándolo a seguir con sus faenas, y volvió a centrar su atención en la anciana. Viéndola así, era como si aquellos días oscuros nunca hubieran existido. Tampoco habían vuelto a hablar de lo sucedido. Asomarse a aquel pozo aún le oprimía el pecho. Tal vez nunca estemos preparadas, había llegado a pensar.

Puede que fuera mejor así.

La renovada vitalidad de Myrna trajo días de actividad intensa. A causa de eso, y de aquella expectación febril que no daba tregua, la joven sanadora alcanzó en aquel tiempo una maestría inusitada. Aunque, sumida en semejante frenesí, apenas fuese consciente de ello.

—Ya poco me queda por enseñarte, niña.

Eso le había dicho aquella misma mañana, mientras destilaban extracto de digital.

La sonrisa irónica con que Breann se disponía a responderle se congeló en su cara en un instante. Al encarar a su maestra con aire burlón se dio cuenta de

que estaba hablando en serio. Entonces, el vértigo le hizo retirar la mirada.

Se volvió hacia el alambique sin saber qué decir. Una sensación extraña le roía la boca del estómago. La perspectiva de enfrentarse a las enfermedades sin la sanadora a su lado le daba pánico.

Sin embargo, ese era su camino.

El aprendizaje había sido intensivo a lo largo de aquellos dos años, en los que además habían tenido ocasión de atender a cientos de personas. De plantar batalla a docenas de dolencias distintas. Aun así, la invadía la sensación de tener todo por aprender. Y eso la aterraba.

Todo, pese a los años de investigación y práctica. A pesar de las clases magistrales de Myrna durante miles de horas. Daba igual. Aquella sensación siempre estaba ahí, acechándola como una sombra.

Se concentraron en el trabajo otra vez, sumidas en un silencio incómodo, hasta que la voz pausada de la sanadora rompió el silencio.

—No permitas que tu propia cabeza te engañe, querida. —Myrna hablaba sin apartar la vista del alambique—. Ya sabes: lo que aprendemos es como una esfera, y lo que desconocemos es el espacio que la rodea. Cuanto más grande se hace la bola, más conscientes somos de lo mucho que ignoramos. —Breann se quedó mirándola con cara de circunstancias. Aquello le daba la razón. Sin embargo, la anciana rio abiertamente—. Pero esa bola tuya, Breann, ya se ha hecho suficientemente grande. Tanto, como para hacerle frente al mundo con decisión. Y con una sonrisa.

La jornada continuó, silenciosa y fría, hasta que escucharon que alguien llamaba a la puerta.

La actitud sonriente de la sanadora se cortó de raíz al abrir. Allí fuera, con gesto circunspecto, esperaba impaciente el señor de Loudéac.

—Acompañadme, Myrna —le espetó Eusébe sin saludar siquiera—. El conde os necesita de inmediato.

Las dos mujeres cruzaron una mirada de alarma. Algo grave sucedía en Vannes.

Una hora más tarde, Myrna entraba discretamente por una puerta lateral de la fortaleza. Una vez dentro, se encontró de frente con el gran señor. Para su sorpresa, ni se encontraba postrado en la cama ni mostraba síntomas de estar afectado por ninguna dolencia. Nada, salvo la melancolía que lo minaba por dentro desde la muerte de Alix.

Una vez más, a ella le atravesó la misma punzada de remordimiento que la traspasaba cuando se encontraba con aquellos ojos cansados. Recordar a Aydan le horadó el alma esta vez.

Al contemplar la decrepitud de su viejo amigo no pudo evitar sentirse culpable. Sin embargo, se forzó a recuperar la entereza cuanto antes. Tenía

motivos poderosos para ocultar la existencia del chiquillo. Se enderezó y sacudió la cabeza. Por muy mal que estuviera Patern, lo tenía claro.

Aquella era su decisión, y era definitiva.

Un camino firme que había elegido ocho años atrás. En el mismo momento en que una niña de doce años había corrido a casa bajo la nieve con un recién nacido entre los brazos.

El anciano le dedicó una mirada líquida. Ella apretó los dientes. Necesitaba una nueva dosis de convicción.

«Lo siento, viejo amigo, pero la seguridad de Aydan está por encima de tu estado de ánimo. Incluso por encima de tu propia vida, si fuera necesario. No traeré el niño a esta casa. Los que trataron de acabar con él cuando aún no había nacido lo matarían en cuanto se presentase la más mínima ocasión. No sé quién puede ser, pero algo está claro: entre estos muros se esconde algún traidor».

Suspiró. Un efecto devastador solía caer sobre los aludidos por una profecía. Esa era la marca indeleble que la superstición colocaba sobre sus cabezas. Enemigos implacables acechaban entre las sombras. Así es el destino, se dijo, de los que suponen una amenaza por el mero hecho de existir. Sus vidas siempre estarán suspendidas de un hilo demasiado débil. A veces, incluso antes de nacer.

Tal vez fuese el único efecto de aquel tipo de augurios, sí, pero era suficiente para convertir en real lo que no debiera ser más que fantasía. Para materializar en el mundo de los vivos una mera leyenda. Una simple superstición.

Inspiró profundamente, tratando de resistir. No estaba dispuesta a poner al niño en peligro bajo ninguna circunstancia. Mientras nadie lo asociara con el mítico Guerrero de la Luz de Kermario, Aydan estaría a salvo. Ya se aseguraría ella de que así fuera, se repitió en silencio. A costa de lo que fuese, sí.

Aunque el precio a pagar fuera la vida de Patern.

Temblorosa, le dio un abrazo. El viejo amigo la había hecho llamar.

A buen seguro que tendría algo importante que contarle.

A su regreso a casa, Myrna se encontró con un revuelo inesperado. Eusébe la había dejado a algo más de una milla, al amparo del bosque, para evitar miradas indiscretas. Al acercarse, vislumbró en la lejanía unos chiquillos con la ropa sucia y el pelo enredado. Le pareció que alguno de ellos incluso estaba sangrando. Los niños rodeaban a dos mujeres que parecían mantener una conversación furiosa. Arrugó la frente. Una de ellas era Breann.

La otra, Nolwenn Legoff.

Al acercarse más, la anciana distinguió también a Aydan, que miraba

desafiante a los otros tres niños con los brazos cruzados ante el pecho.

—¡Y aún dices que no es para tanto! —vociferaba la partera ante la mirada consternada de la muchacha—. ¡Dadles una paliza a los tres niños de la aldea! ¡Dejad a uno con la nariz rota y a otro sin un diente! ¡Vas a tener que atar a ese pequeño salvaje antes de que mate a alguien!

Myrna lo entendió todo al momento. Aydan se había metido en una pelea con aquellos tres muchachotes, de los que el mayor, el que sangraba por la boca, era precisamente el hijo de Nolwenn.

En consecuencia, la matrona había venido a exigir justicia hecha una furia.

—No he dicho eso —la voz de Breann sonó cansada, como si llevara demasiado tiempo tratando de razonar en vano—. Digo que ellos sabrán lo que ha pasado, y que eran tres contra uno.

Myrna alzó una ceja. Además de que ellos tienen trece años y Aydan solo ocho, caviló.

La sanadora se detuvo unos pasos por detrás de la partera, que advirtió su presencia gracias a la mirada de circunstancias que le dedicó su discípula.

—¡Ah, Myrna! —su voz le dejó claro que el centro de las iras de aquella mujer, en realidad, era ella.

Tampoco esperaba otra cosa. Era evidente que las cuentas pendientes tenían más que ver con la maestra que con la discípula. Ella avanzó hacia los muchachos sin hacerle caso.

—¡Algo tendrás que hacer con este animal! —vociferó Nolwenn, señalando a Aydan.

Myrna se acercó despacio, haciendo caso omiso de sus palabras, y examinó las heridas de los chiquillos. Uno de ellos no tenía más que un ojo hinchado y algún que otro cardenal. Los otros, además de los golpes, sangraban por la nariz y por la boca. Nada grave, aunque era evidente que se habían llevado un buen correctivo. Lo cual, pensó, resultaba sorprendente por un doble motivo.

Que Aydan, normalmente tranquilo, se comportase con aquella violencia era extraño. Que tres muchachotes cinco años mayores que él no lograran defenderse de sus golpes lo era aún más. Sobre todo, teniendo en cuenta que le sacaban una cabeza.

—Tranquilos, no es grave. —Les sonrió, pasándoles la mano por la cabeza—. Vosotros dos estaréis como nuevos en un par de días y tú, Jodoc, tendrás un diente menos en la mandíbula inferior, pero eso te ayudará a silbar con más fuerza.

A Nolwenn casi se la lleva el demonio. Aquella irresponsable pretendía restarle importancia a semejante afrenta. A la brutalidad desatada de aquel pequeño demonio al que llamaban Aydan.

—¿Y eso es todo? —gritó, fuera de sí, mientras se alejaba arrastrando a los chiquillos—. ¡Esto no va a quedar así, Myrna! ¡Te lo juro por lo más sagrado!

La sanadora frunció el ceño al verla marchar. Aquella referencia a lo más

sagrado no había sido casual. Con aquellas palabras estaba aludiendo de forma velada a las acusaciones que siseaban las bocas más insidiosas de Morbihan. Entre dientes, sí, pero como cuchillas. Esas mismas que la llamaban bruja a sus espaldas.

Se giró. Breann seguía allí de pie, violentada.

—Lo siento, Myrna. Llegó hace un rato, sin atender a razones… Yo no digo que Aydan actuara bien —El pequeño seguía allí plantado, con la frente bien alta y sin abandonar aquel aire belicoso—, pero eran tres contra uno… y son mucho más grandes que él…

La anciana se acercó despacio, escrutando la expresión del niño. Algo grave tenía que haber sucedido para que reaccionase de una manera tan impropia en él. Ignorando a Breann, le puso una mano sobre el hombro.

A punto estuvo de echarse atrás de la impresión. Una ira desatada aún latía en su interior. Era como un volcán a punto de estallar. Jamás había percibido nada parecido.

—Acompáñame —le indicó en voz baja—. Hace una tarde perfecta para dar un paseíto hasta el riachuelo.

Caminaron. La tarde era luminosa, y la corriente saltaba entre las piedras hasta un remanso apartado. El chiquillo, aún soltando chispas por los ojos, clavó la vista en el suelo. Todo su cuerpo desprendía impaciencia. No entendía qué narices habían ido a hacer allí.

—Cuando sientas una cólera así es cuando debes ser más fuerte —la voz de Myrna sonó tranquila sobre el rumor del agua—. No fuerte contra tus enemigos, sino contra tus propios impulsos. Contra tus instintos, tan antiguos y profundos que pueden llegar a dominarte. La ira nunca es buena compañera de viaje. Ni siquiera para darle una buena paliza a quien se la merece. Ahora, escúchame bien, Aydan. —Se plantó ante él, con aire severo—. Quiero que te calmes. Ya.

El niño la observó en silencio, confundido. Todavía le temblaban las manos. Ni tenía ganas de calmarse, ni desde luego sabía cómo hacerlo.

—Es que dijeron… —empezó a explicarse.

—¡No me importa! —lo atajó Myrna, y su voz se tornó imperativa—. Primero debes calmarte. Y quiero que lo hagas de inmediato.

Aydan apretó los dientes. La frustración acentuaba su cólera. Su pulso se disparó. No entendía por qué el mundo entero se había conjurado en su contra de repente. Entonces, empezó a vibrar de forma incontrolable.

Justo cuando sentía que iba a explotar; cuando su cuerpo le pedía salir gritando y empezar a aporrear lo primero que se cruzara en su camino, su vista tropezó con el remanso. Con la corriente tranquila y sombría. Una idea extraña lo asaltó de pronto. Sin pensárselo dos veces, se quitó la ropa y se sumergió por completo en el agua fría.

Aguantó la respiración cuanto pudo. Después, salió al exterior y respiró

profundamente. Miró alrededor. Había funcionado. Como por arte de magia, la furia que le desbordaba hacía un instante había desaparecido. La paz regresó al corazón de Aydan Sneachd. Myrna, impasible, lo contemplaba desde la ribera apoyada en su bastón.

—Nunca olvides esto. —El niño se vistió de nuevo mientras ella le hablaba—. Lleva siempre este remanso en tu interior, pues la sabiduría nace necesariamente de un carácter templado. La cólera, si te domina, te llevará a cometer errores fatales. A decisiones que, en lugar de resolver el problema, pueden llegar a multiplicarlo. Incluso a hacer que acabe contigo. Que te destruya por completo.

El niño, ya vestido y con los cabellos goteándole sobre la ropa, la miraba con los ojos muy abiertos. No se arrepentía de haber golpeado a aquellos miserables, pero Myrna tenía razón. La calma siempre era buena consejera. Incluso para darles una buena lección a unos rufianes.

—Muy bien. —La paz había regresado a su mirada, pero también la lucidez que lo caracterizaba—. Ahora que la ira ya no nubla tu mente, quiero que analices fríamente lo que ha pasado con esos tres.

Aydan cogió aire de nuevo. Esta vez, un frescor limpio llenó sus pulmones.

—Yo estaba colocando trampas para conejos, como todos los días, cuando aparecieron. Jodoc siempre me señala desde lejos mientras habla con los otros por lo bajo. Después se ríen, como burlándose de mí. Eso no me importa. Ya sé que no son más que unos idiotas. —Myrna asintió. Empezaba a intuir lo sucedido—. Pero hoy se acercaron con una risilla socarrona, y me preguntaron si no sería mejor cazar los conejos a base de encantamientos. —Su mirada, entonces, se endureció—. Como no les hice caso, siguieron diciendo tonterías… sobre ti y sobre Breann.

La sanadora se puso en tensión.

—¿Qué tipo de tonterías? —preguntó, muy seria.

La sombra de las maniobras de Nolwenn era fácilmente reconocible. Sin embargo, quería saberlo. Era ella quien la había denunciado ante las autoridades, ya lo sabía. Ora bien, extender habladurías malintencionadas entre los niños se le antojaba incluso más rastrero.

El chiquillo respiró hondo para evitar que la furia volviera a apoderarse de él.

—Que sois brujas… que hacéis magia con los muertos y que… —Ahí, Aydan tuvo que hacer un gran esfuerzo—. Que os entregáis por las noches al demonio. Que os acostáis con él.

La anciana lo escrutó fijamente durante unos segundos interminables. La expresión de su rostro era grave, pero su voz sonó serena y cariñosa.

—Este día tenía que llegar, mi niño. Debes saber que la ignorancia, la mejor aliada de la superstición, ni entiende ni quiere entender que los métodos que usamos son tan naturales como el agua que corre por este cauce. Y debes

saber también que tanto Breann como yo corremos un gran peligro por dedicar nuestras vidas a ayudar a aquellos que lo necesitan.

Aydan la escuchó sin hacer caso de las gotas que le resbalaban por la cara. De repente, el asunto parecía más serio que una pelea provocada por tres cretinos con ganas de jaleo.

—Las personas que vivimos de esa manera, bajo la lupa deformadora de la intolerancia, nos arriesgamos a que se nos acuse de cometer pecados terribles. De practicar magia negra, nigromancia y otros sacrilegios semejantes. Los que no comprenden y, lo que es peor, los que quieren imponer sus creencias como si fueran las únicas verdaderas, se empeñan en denunciar nuestra sapiencia como si fuera fruto de un pacto con el diablo. Ya ves, Aydan. En cualquier momento podemos ser acusadas de brujería. Entonces tendríamos que afrontar un juicio. Algo que podría conllevar incluso pena de muerte. Y cosas peores, créeme.

El niño sintió un estremecimiento. El panorama era aterrador. A Myrna, de todos modos, se la veía tranquila. Eso le pareció más escalofriante aún.

—Si ese día llegara, fíate solo de tu corazón. La traición adoptará la imagen de la amistad, pero las consecuencias de confiar a ciegas serían terribles para ti. Un tormento inhumano, a base de torturas que solo una mente enferma podría concebir, te llevaría a confesar cualquier tipo de delito pese a no haberlo cometido. El resultado final sería nefasto, como puedes imaginar. Tanto tú como yo, e incluso Breann, acabaríamos en el fuego de los fanáticos. Abrasados vivos. ¿Entiendes?

Aunque sobrecogido, Aydan asintió. Aquella mujer le estaba explicando con total serenidad el peligro terrible que los acechaba. Como si para ella fuera algo natural. Cotidiano, incluso.

—Sin embargo, recuerda: si llega el momento, debes seguir tu instinto. Una mano amiga puede aparecer entre la niebla cuando menos lo esperes. Alguien que podrá demostrar que te conoce de verdad. Que podrá probar que sabe, Aydan, quién eres en realidad. Solo en ese caso, mi niño, deberás confiar.

El bosque pareció quedarse en silencio. El chiquillo miró de nuevo hacia el riachuelo. Cuando se volvió hacia la anciana, se sorprendió al ver la sonrisa que había aparecido en su cara arrugada.

—Y esta es la segunda lección del día, pequeño. No olvides ninguna de las dos. Llegado el momento, tu vida puede depender de cualquiera de ellas.

Taciturno, Aydan siguió a Myrna de vuelta a casa. El caminar silencioso de la extraña pareja era un puro contraste. Ella no dejó de sonreír durante todo el trayecto. Aquella actitud desenfadada no encajaba con la terrible amenaza que acababa de describir, ni con los peligros aterradores con los que Myrna y Breann convivían día a día. Y sin embargo, no parecía importarle. La vio caminar ante él, canturreando. No sospechaba que aún quedaba una sorpresa

más.

El desconcierto de Aydan fue total cuando ella se detuvo para mostrarle una planta que crecía junto al camino.

—Mira, ¿ves esta dedalera? —Aquella actitud desenfadada, casi risueña, acabó de descolocarlo. Sin saber qué pensar, asintió. La planta del digital era una de sus favoritas. Sus flores podían hacerse explotar entre los dedos—. Recogiendo sus hojas justo después del mediodía, y secándolas cerca del fuego, se puede extraer una esencia que calma el corazón cuando se desboca —su voz se convirtió en un susurro—. ¿Lo sabías? La tenemos bien guardada en un botecito negro. En la lacena secreta.

Le guiñó un ojo.

De repente, todo desapareció del pensamiento del pequeño. La furia, las lecciones, el desconcierto. Myrna le estaba confiando un secreto en voz baja.

—¿En la lacena secreta? —repitió él. Allí guardaban las sustancias más peligrosas.

Ella lo miró con ternura. Había sido un día duro. Que su inocencia se encargara de devolverle la paz que le habían robado injustamente. Siguió contándole aquel secreto con aire de confidencialidad.

—Sí, allí mismo. Tiene que estar custodiada bajo llave. Una dosis excesiva podría matar a un hombre.

Aydan la miró de soslayo. Aquello era preocupante. Que las mujeres guardasen venenos en casa le hizo pensar que las acusaciones de practicar magia negra podrían ser incluso probadas ante un tribunal.

Ella percibió la nube que atravesaba su mirada y se apresuró a continuar.

—Una vez, Nolwenn le administró a una mujer una dosis tan elevada que la pobre pareció estar muerta durante varias horas. Nadie lograba encontrarle el pulso. —Myrna rio abiertamente—. Menos mal que aparecí yo justo a tiempo, porque estaban a punto de enterrarla viva. Cuando despertó, esa tonta escapó despavorida. ¡Como si no hubiera sido culpa suya! ¡Y aún fue diciendo por ahí que habían sido brujerías mías!

Aydan se quedó serio esta vez. No le veía la gracia. Nolwenn suponía un peligro demasiado real como para que sus maquinaciones le provocaran risa. Myrna le revolvió los cabellos con aire sonriente, quitándole importancia.

—Lo que te quiero decir es que, al igual que ese remanso en el que te acabas de sumergir —Myrna ignoró el gesto de preocupación del chiquillo—, debes recordar la dedalera cuando tu pulso se dispare. Esa planta tan humilde es capaz de apaciguar la sangre desatada de un guerrero. Cuando creas que no vas a poder controlarte, acuérdate de ella. Eso te ayudará.

Él asintió de nuevo, pero ella adivinó en sus ojos el miedo. El temor a que algún día acabara por caer sobre ellos una acusación en firme había llegado para quedarse. Era lógico. Y era parte de sus vidas. A aquellas alturas, de nada serviría seguir ocultándoselo. Siguieron caminando. Él, mojado y pensativo.

Ella consciente, pero tranquila.

Y también ensimismada.

«Descuida, pequeño. Por suerte, Patern sigue siendo el gran señor de Bretaña. Él nos protegerá mientras le quede un soplo de vida».

No obstante, al evocar al conde frunció el ceño. Su imagen le recordó que tenía una cuenta pendiente con el niño. Una conversación reveladora que antes o después tenía que llegar. La hora se aproximaba. Él debía conocer de una vez por todas su verdadera identidad. Ser consciente de la amenaza que seguía pendiendo sobre su cabeza. Era necesario, pues aquella era la única forma de protegerlo. Por mucho que aquello aterrorizara a Breann, no podían seguir posponiéndolo.

Ahora fue ella la que observó el caminar taciturno del chiquillo. En cuanto pudiera, le revelaría la verdad. Después, apoyaría sus decisiones. Cualesquiera que fuesen.

En ese momento, el pequeño Aydan Sneachd iba a verse en la tesitura de escoger su propio camino.

En cuanto llegara el día propicio, asintió, darían un paseo tranquilo hasta la piedra de Kermario.

Allí se lo explicaría todo.

XXXIX

No sería un trago agradable, eso seguro. Pero era necesario.

Se trataba de la supervivencia de Aydan. Además, era una cuestión de honestidad hacia él.

—Nadie tiene el derecho de ocultar una verdad profunda sobre la vida de otra persona —la anciana le habló con severidad—. Sobre todo, de ocultársela precisamente al interesado—. Los argumentos de Myrna eran difícilmente rebatibles—. Cuanto más si se trata de una amenaza mortal. Como lo es en este caso, no lo olvides.

Su determinación era arrolladora. Aquello acentuó la angustia de Breann. La muchacha se vio arrinconada sin remedio.

Aquel día se sumió en un silencio frío. Ante la firmeza de la sanadora en su decisión, la muchacha se pasó todo el día retorciéndose los dedos.

—Es algo que tenemos que hacer, niña. —Su convicción no iba a admitir reticencias, estaba claro—. Es por su bien.

La joven se ruborizó. Estaban de acuerdo en aquel asunto, ya lo sabía. Antes o después, Aydan tendría que conocer su auténtica identidad. El caso es que con ella iban a ser desvelados los peligros que pendían sobre su cabeza a

causa de aquella maldita profecía. La leyenda milenaria que, al parecer de sus enemigos, se refería a él.

Pero es que todavía era tan pequeño…

—No tiene más que ocho añitos, Myrna. —Había tratado de resistirse esa mañana—. ¿No podríamos esperar un poco más?

La sanadora se hacía cargo del pesar de su discípula. Incluso podía llegar a identificarse con sus reparos, pues aquello iba a marcar un antes y un después en la vida del niño. De hecho, las dos percibían aquel momento como un punto sin retorno. Como si a partir de entonces fuese a dejar de ser su pequeño.

Sin embargo, algo apremiaba a la anciana desde su interior. Una intuición que le susurraba, con rumores de hielo quebradizo, que ya no le quedaba mucho tiempo. Que para ella, tal vez, el mañana no existiera.

—Lo haré esta misma tarde —su voz sonó tajante.

No había más que hablar.

El momento de soltarle la mano al pequeño Aydan era una encrucijada incierta y sombría, sí. Sin embargo, había que hacerlo. Un motivo imperioso la obligaba. El niño tenía ante sí un camino plagado de peligros. Así había sido escrito y así, porque la propia superstición es una serpiente que muerde su propia cola, iba a ser.

Su supervivencia, en aquel futuro diluido entre brumas que se abría a sus pies, dependía de que estuviera preparado. De que fuera consciente de su propio destino.

Breann se quedó parada, mordiéndose el labio. Ella nunca sería capaz de asumir aquella tarea, pero tampoco se iba a interponer. Al fin y al cabo, antes o después había que pasar aquel trance.

Myrna salió a la puerta. El viento frío de enero le golpeó la cara.

—Parece que va a llover.

XL

KARNAG, ENERO DE 1405

—¿Adónde vamos, Myrna? —preguntó el niño, al ver que el paseo se prolongaba más de lo habitual—. ¿No te cansarás, tan lejos?

La anciana no respondió.

Desde que había acabado su convalecencia desbordaba energía. Aun así,

era ya una mujer de edad avanzada. Por eso sus paseos diarios con Aydan no solían ser tan largos como antes. Aquel día, sin embargo, la caminata estaba durando más de lo que venía siendo costumbre. Myrna había decidido coger el camino del norte. Se dirigían a algún lugar indeterminado a las afueras de Karnag. Él se encogió de hombros y siguió andando.

Ella también.

Apremiada por los presentimientos, aquella conversación era ya lo único que consideraba imprescindible. Algo que, en vista de las circunstancias, no se podía aplazar más. Un momento decisivo, tanto para la vida de Aydan como para el futuro de Bretaña. Un instinto poderoso le decía que podía serlo, de hecho, para la supervivencia del reino entero.

¿Qué es antes, la profecía que determina un destino o la vida de quien nace vinculado a ese sino? ¿Se debe todo al hecho de verse señalado desde antes de nacer, o es cierto que el fario recae sobre algunos elegidos?

Myrna conocía la respuesta.

Las causas y los efectos de todo acaban por difuminarse a largo plazo. Es lo que provoca esa nebulosa imprecisa que va creciendo con el paso del tiempo. Magnitudes inconmensurables para el entendimiento humano.

De repente, se detuvo.

Aydan la observó en silencio. Ella dejó de caminar y miró alrededor. Parecía que habían llegado a su destino. El chiquillo contempló el paisaje bajo las nubes negras.

Conocía aquel lugar. Ya había estado allí antes, corriendo entre los alineamientos de piedras hitas. Jugando entre los menhires con otros niños en la llanura que rodea la villa de Karnag. Y sin embargo ahora, en compañía de Myrna, lo vio con otros ojos. Las piedras apuntaban al cielo como dedos petrificados. Se imaginó los esqueletos enterrados de mil gigantes bajo sus pies.

Ella, en silencio, contempló el lugar con expresión indescifrable.

Un viento frío les alborotaba los cabellos. Los árboles que rodeaban los prados sembrados de hitos apenas conservaban hojas. Las pocas que aún les quedaban se habían convertido en manchas amarillas, ocres y granates que temblaban. Jirones de luz que contrastaban con el cielo gris metálico que pendía sobre los campos. Él mismo, atestado de nubarrones, que amenazaba lluvia en aquel atardecer gélido. La hierba pálida del invierno oscilaba bajo las rachas del nordestal al borde del camino.

Al verla así, Aydan comprendió. Aquel era el lugar. Myrna había decidido llevarlo hasta allí en aquella tarde áspera por algún motivo. Se puso en guardia. Había oído hablar de vínculos mágicos entre la sanadora y los menhires. Voces que musitaban que ella era, de alguna manera, la guardiana de las piedras hitas.

La curiosidad le hizo romper el silencio.

—¿Es cierto que tú eres la… la que cuida de este sitio? —le preguntó en voz baja, mientras su vista recorría la llanura muy despacio.

Ella no respondió. Simplemente permaneció inmóvil, resistiendo los embates con los que la brisa glacial azotaba su cuerpo consumido. Apoyada en su bastón con aire pensativo.

Alguna gente comentaba que su magia estaba vinculada con aquel lugar, era cierto. Que su poder tenía que ver con aquellas piedras inmensas, clavadas miles de años atrás en el suelo agreste de la vieja Armórica. Que sus ancestros, aquellos druidas de los que había heredado su sabiduría sobrenatural, eran los que habían levantado los menhires para perpetuar su poder.

El mismo que ella atesoraba.

Mitos sin fundamento. Nada más que leyendas que, como siempre, buscaban una explicación fácil para realidades complejas.

Así es la mente humana, se encogió de hombros. Siempre más dispuesta a creer que a razonar.

—Yo solo guardo los conocimientos que heredé de mi maestra, Aydan. Una sabiduría tan antigua como natural, por cierto. —La mujer seguía contemplando el panorama con el mismo gesto enigmático—. Una sapiencia que no tiene nada que ver con la magia y sí con siglos de observación y práctica. Con el aprendizaje acumulado por cientos de personas de un talento excepcional. Tal vez miles.

El chiquillo asintió. Había sido testigo, durante los dos últimos años, del proceso de aprendizaje al que Myrna había sometido a Breann. Un entrenamiento mental de una exigencia terrible, en el que se había ido transmitiendo de manera intensiva una información que no tenía nada de sobrenatural. Más bien al contrario, recordó, todo había resultado ser aplastantemente terrenal.

En eso había consistido. En aprenderlo todo sobre la morfología del cuerpo humano. Sobre el funcionamiento de los órganos. Sobre los miles de remedios a aplicar para curar otras tantas dolencias. Mucho esfuerzo y mucho talento, en efecto. Ninguna magia.

Él mismo, si bien de una manera inconsciente, había adquirido buena parte de aquel conocimiento. Sin hechizos ni encantamientos. Solo con presenciar la actividad de las dos mujeres en su frenesí cotidiano. Nunca entendió, sin embargo, la finalidad de las salidas nocturnas de Breann.

Las incursiones que tan discretamente llevaba a cabo de madrugada.

Jamás le habían contado que la conducían a los camposantos en los que acababa de ser enterrado un cadáver. Sin embargo, de haberlo sabido, lo habría visto como un aprendizaje natural destinado a salvar vidas. Simplemente a eso. A salvar vidas humanas, nada menos.

Ante el silencio de la anciana, Aydan se impacientó. No entendía qué hacían allí plantados, mirando hacia las piedras hitas.

—Según dicen, tú eres una druida como los que poblaban Armórica en los tiempos antiguos —insistió.

Se resistía a aceptar que Myrna le hubiera llevado hasta allí sin ninguna razón, justo en aquella tarde fría y oscura.

La sanadora, volviendo en sí, lo observó con cariño. No había olvidado que estaban allí por un motivo.

—Los que sostienen eso ni siquiera saben lo que es un druida, Aydan. —El chiquillo se mordió la lengua. Acababa de caer en la cuenta de que él tampoco lo sabía. Myrna continuó—: Miles de años después de que una civilización perdida levantara estas piedras para venerar a los compañeros que abandonaban este mundo, llegaron a Bretaña nuestros antepasados. No se sabe de dónde vinieron, ni por qué se instalaron aquí, pero las viejas leyendas hablan de un gran país repartido en varias regiones alrededor de un mar mítico. Le llamaban el mar de Gael.

El niño observó de nuevo los menhires. Algo de aquello sí le era familiar. Alguien le había hablado de aquellos ancestros que protagonizaban las historias antiguas. Los viejos gaeles. Los padres de la estirpe conocida como los hijos de Gael.

—Entonces… ¿no fueron esos hombres los que levantaron estas piedras? —preguntó, extrañado, mientras su vista volvía a recorrer el panorama gris—. Pues la gente dice que fueron ellos…

Ella se volvió hacia él.

—También dicen que yo curo porque hago magia y tú sabes bien que eso no es cierto. —Su sonrisa suave no le restó rotundidad a sus palabras—. ¿No crees que es hora de empezar a poner en entredicho esas supuestas verdades? Recuerda, Aydan, debemos emplear siempre la mente. Es lo único, a decir verdad, que nos hace humanos.

El niño arrugó la frente. Empezaba a percibir que muchas de las afirmaciones que siempre había dado por ciertas podían no ser más que creencias sin fundamento. Mitos. Supersticiones.

Myrna le dedicó una mirada enternecida, pero sus ojos se hicieron de piedra al volverse hacia los menhires.

—Los antiguos gaélicos, que algunos llamaron *Vestmenn* u hombres del Oeste, se instalaron en Armórica hace mucho tiempo. También lo hicieron en otros lugares más al norte, como Kernow o Cymru. Y en el país de donde proviene nuestra Breann, llamado A'Gháidhealtachd. Las mismas Tierras Altas de donde te hemos contado que tú provenías. —El pequeño contuvo la respiración—. En origen, esos hombres habitaban una región lejana allá en el sur. Un país que llamaban Kallaekia, y que era el hogar de los Keltoi, que algunos llaman Celts. Es precisamente de esa tierra, según las leyendas, de donde salieron los hijos de Milesios y de Breogán para surcar las aguas de ese mar y crear asentamientos en las riberas que lo circundan. Los guiaba Lug, la

deidad mayor de todos esos pueblos. A grandes trazos, Aydan, así es como se consolidó la gran nación de Gael. Unida, que no separada, por las aguas de este mar que baña nuestras costas. Con que sepas eso, es suficiente.

Él asintió. Empezaron a caminar de nuevo, esta vez ya entre las hileras de piedras hitas.

—¿Y esos hombres de la Kallaekia son nuestros ancestros? ¿Son los que se quedaron aquí, en Morbihan?

—Algunos de ellos, sí. Esta tierra nuestra fue, en concreto, poblada por los vénetos. La rama gaélica que se asentó en la región de Vannes. La vieja Gwened, ya sabes.

Aydan escuchaba las palabras de Myrna mientras contemplaba los menhires con otros ojos. Aquellas piedras que iban dejando atrás nunca le habían parecido tan antiguas, ni tan solemnes.

Ni tampoco tan inmensamente solitarias.

Parecía que la mujer se disponía atravesar el campo entero de alineamientos. Caminaba despacio pero con decisión, como dirigiéndose hacia algún lugar concreto.

—Y no, hijo, no fueron ellos los que levantaron las piedras. No te digo que no hallaran en ellas algo que los maravillara, o que incluso los incitara a quedarse, pero los menhires ya llevaban aquí cientos de años, quizás miles, cuando ellos llegaron.

El niño creía comprender la verdad, pero tenía que asegurarse. No quería que las creencias sin fundamento de los vecinos lo volvieran a engañar.

—Pero entonces esos gaélicos, esos… vénetos. Ellos sí son nuestros ancestros, ¿no? —insistió. Se imaginó a cientos de hombres antiguos tirando de unas cuerdas muy gruesas para clavar aquellas piedras inmensas en la tierra dura—. Ahí sí existían ya los druidas, ¿no? ¿O acaso eso tampoco es cierto?

La mujer se detuvo. La tarde se hacía cada vez más oscura, y las nubes que corrían sobre sus cabezas amenazaban con descargar un aguacero de un momento a otro.

—Eso es cierto en parte. —Su voz acompasaba el zumbido del viento—. Ninguna certeza nos ha llegado acerca de esos supuestos druidas que tenían poderes mágicos, Aydan. Lo que sí tuvo que darse entre esas gentes, según los vestigios que han sobrevivido hasta nuestros días, fue una observación exhaustiva de la naturaleza durante siglos. Un conocimiento que se fue perfeccionando a base de probar, equivocarse y volver a probar. Así indefinidamente, según iban encontrándose diferentes dolencias, hasta dar con un tratamiento para cada mal. ¿Comprendes? Iban probando con una hierba, o haciendo una cura sencilla, y veían los resultados. Y transmitían de generación en generación los remedios que se verificaban como efectivos. Y así, como te digo, durante cientos, incluso miles de años. No hay más secreto que ese, a pesar de que la gente pretenda explicarlo todo mediante la magia.

Él contuvo el aliento, desarmado. Una lucha desabrida se libraba en su interior. Lo que sucede en las mentes despiertas cuando una verdad oculta queda desnuda.

—No es que lo hagan con mala intención, Aydan. Es solo que así es más fácil de entender.

El pequeño asintió. Era cierto, pensó. Razonar era siempre más difícil.

—No obstante, ten en cuenta que para nuestros ancestros las artes curativas eran la función más importante de cuantas alguien podía desempeñar. —Los menhires, testigos mudos de las palabras de la anciana, los rodeaban ya por todas partes—. Por eso elegían a las personas de mayor talento. A esos elegidos era a los que denominaban druidas. Esa sapiencia antigua que se me atribuye no es magia. Es mucho más que eso, en realidad. Es el fruto del inmenso talento modelado durante siglos por los sabios más excelsos de la antigüedad. Hombres y mujeres extraordinarios, que fueron añadiendo nuevos remedios al inmenso saber acumulado por sus antepasados. Poco a poco, hasta llegar a nuestros días.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Aydan. Se sintió por un momento en el centro del universo.

Ajeno al viento que enmarañaba sus cabellos, tuvo la sensación de que el mundo entero se había convertido en una espiral de silencio. Y que su centro imperturbable era aquel campo de piedras hitas. Aquel ocaso invernal, donde el tiempo parecía haberse congelado.

—Y así siempre, hasta llegar a ti. —Al niño le pareció que su propia voz brotaba de la tierra—. Y ahora, en el final de los tiempos que ya fueron, también a Breann.

No pudo evitar sobrecogerse ante la fragilidad de aquella cadena. Si una sola sanadora era el último eslabón, cualquier desgracia inesperada podría ocasionar el desastre. La pérdida definitiva de aquella sabiduría ancestral. Incluso ahora, cuando ya se la había transmitido a su discípula, la supervivencia de las artes druídicas de la curación pendía de un hilo demasiado fino.

—Siempre se hizo de forma oral —asintió Myrna. El cielo estaba cada vez más oscuro—. Esa sapiencia era el bien más preciado para los hijos de Gael. Por eso no quisieron plasmarla por escrito. De esa manera, ese conocimiento jamás les podría ser arrebatado por sus enemigos.

Aydan sabía leer y escribir en varias lenguas. Las dos mujeres se habían esforzado por concienciarlo sobre la importancia de aquel conocimiento. Ellas mismas se habían encargado de enseñarle.

—Entonces, ¿los gaélicos no usaban la escritura? —se sorprendió.

—La usaban, pero para otros fines —respondió la mujer, deteniéndose por fin delante de una gran piedra que parecía distinta a todas las demás.

Aydan interpretó que la sanadora había llegado por fin al lugar que estaba

buscando. Sin saber bien por qué, se quedó contemplando aquel hito. No porque lo hubiese señalado la mujer, sino porque había algo en él que llamaba poderosamente la atención. Algo que no sabría explicar, pero que perturbaba su ánimo de una manera desconcertante.

—Esta es la piedra de Kermario, Aydan —sentenció Myrna, con voz grave. Un orballo fino, que se clavaba en la piel como agujas de hielo, empezó a caer—. Esa misma desazón que tú sientes ahora ante ella la sintieron antes los viejos druidas. Incluso yo, te lo confieso, cuando me encuentro en su presencia. No sé si la sensación será debida a que es de un tipo de piedra diferente a los demás, o a que aquí el suelo acumule alguna clase de energía que no sabemos comprender. En cualquier caso, eso no es lo importante. Por lo menos, no es lo que nos debe preocupar hoy.

El niño se cubrió la cabeza con la capucha. Estaba empezando a llover.

—Lo que importa —Ella pasó la mano muy despacio por una de las caras de la piedra. Presentaba un aspecto extraño, como si la hubieran golpeado con una maza mucho tiempo atrás— es que aquí grabaron los antiguos druidas una inscripción cargada de misterio. Una profecía que, por algún motivo, se extendió de boca en boca entre las gentes de Morbihan. De hecho, con el transcurso de los años, pasó de no ser más que una leyenda antigua a convertirse en una luz de esperanza para el porvenir de nuestro pueblo.

La mujer se quedó en silencio, acariciando la superficie rugosa con los ojos cerrados. Aydan se impacientó otra vez.

—¿Una inscripción? —preguntó—. ¿Sobre qué?

Myrna siguió concentrada en la exploración, ignorando su pregunta. Llegado aquel momento, lo oportuno era tomarse el tiempo necesario para contestar.

La respuesta que el niño esperaba era la clave de todo. El auténtico motivo por el que estaban allí. Por fin, ella abrió los ojos. La lluvia le había aplastado los cabellos blancos contra las sienes.

Ya casi no había luz.

¿Sobre qué?, había preguntado él.

—Sobre una persona elegida, Aydan. Alguien que un día vendría al mundo para liberar a su nación de la opresión —respondió al fin—. Una leyenda antigua que muchos decidieron creer a ciegas, como si en verdad fuese una profecía que algún día se fuera a cumplir. Los mismos, ya sabes, que creen que la magia puede explicar todos los misterios de este mundo.

—¿Y qué más dice esa leyenda? —preguntó él, escrutando la piedra.

Sobre la superficie del menhir ya no se podía leer inscripción alguna. Si acaso, las marcas de un cincel.

Myrna cogió aire. La profecía perdida era larga. Sin embargo, todo el mundo en Morbihan podía recitar de memoria los primeros versos. Había calado hondo en el ideario de su pueblo, pese a que ya hacía mucho tiempo

que había sido borrada a golpes.

—Habla sobre la ciudad de Vannes, que entonces aún llamaban Gwened. Cuenta que entre las gentes del castillo nacería un día un pequeño, el decimotercero de su estirpe. Las referencias a hechos concretos son vagas e imprecisas, pero señala que ese chiquillo nacería de la nieve y de la muerte para, algún día, convertirse en un guerrero que traería luz a esta tierra. Un héroe destinado a liberar a su pueblo.

Aydan comprendió que la gente deseara creer en aquella leyenda antigua. Al fin y al cabo, aquel era un mensaje de esperanza. Ahí reside, en última instancia, el mecanismo que afianza las creencias colectivas. Lo que impulsa a la gente, simplemente, a creer. A tener fe.

—En las estrofas posteriores se describen otros avatares. Desiertos distantes y tormentos terribles para el alma del elegido. No obstante, esa parte ya no cuajó tanto entre la gente de la Armórica. Lo que perduró en la memoria colectiva fue, como te digo, esa primera parte. Ese mensaje de salvación.

Él siguió contemplando la piedra mojada. No entendía por qué Myrna había decidido contarle todo aquello en aquel atardecer de frío y lluvia, pero esperó. Sabía que cualquier enseñanza que la anciana le confiase merecía ser escuchada con atención. Eso lo tenía claro desde mucho tiempo atrás.

—Entonces… ¿crees que ese texto perdido no es más que una superstición? —preguntó, pensativo. Al mismo tiempo, estaba convencido de que tenía que haber algo más—. ¿Una leyenda antigua, sin más, que alguien esculpió en esta piedra?

Myrna inspiró profundamente. Habían llegado al centro de todo. Iba a tener que esforzarse.

Cómo explicar que el eterno retorno de los acontecimientos era parte indivisible del concepto de tiempo, tal y como lo entendían los viejos sabios gaélicos. Cómo entender que una profecía sí podía tener el poder de condicionar la vida de la persona señalada. No por magia, sino por las consecuencias que la propia superstición podía desencadenar.

Un bucle infinito, donde causa y efecto llegaban a diluirse. A entrelazarse hasta difuminar sus límites.

Se volvió hacia el pequeño. Él esperaba, con los ojos muy abiertos. Revelarle lo que le había sucedido a su madre iba a ser duro. Contarle que aquel asesinato terrible, así como el milagro de su nacimiento, tenían su origen en la profecía perdida, era lo que la había angustiado durante tanto tiempo.

Y sin embargo, había que hacerlo. Tocaba destapar la cruda verdad. Hacerle ver que aquel bucle no era cosa del destino. Que tenía su origen en decisiones tomadas por personas de carne y hueso. Eso implicaba desvelarle su auténtica identidad.

Inspiró de nuevo, fatigada. Se obligó a recordar una vez más que era

necesario. Se lo debían.

Se trataba de que pudiera protegerse contra los que, condicionados por aquella maldita leyenda, habían tratado de matarlo antes incluso de nacer. También de que fuera consciente de que aquella inscripción iba a determinar su futuro. Como si en realidad fuera cierto que encerrase auténtica magia en su esencia. Sin que importase, en este caso, si había sido antes el huevo o la gallina.

No era momento de determinar si el destino estaba escrito, o si, por el contrario, son las personas las que lo van esculpiendo paso a paso sobre la superficie del tiempo. Con cada decisión. En cada encrucijada. Ahora debía ser pragmática.

Apretó los dientes. Había llegado la hora.

—No es solo una piedra hita sobre la que un día tallaron una leyenda, Robert. Es parte del legado ancestral de los sabios gaelos. Delos viejos druidas que supieron leer en la naturaleza y en el cielo aquello que forma parte del infinito que a todos nos envuelve. De lo que, así, debe suceder de nuevo una y otra vez. Como las estaciones, como el día y la noche y el latir del corazón. Con la lógica inabarcable que rige la eternidad.

El niño no quiso interrumpirla, pero se extrañó por la forma en que se había dirigido a él. La mujer acababa de llamarle por un nombre que no era el suyo.

Robert.

Lo dejó pasar. La trascendencia del mensaje había absorbido toda su atención como un golpe de luz capaz de atravesar la noche más negra.

Un concepto complejo, pero de una contundencia arrolladora. Una lógica superior. Un ciclo eterno en el que todo debe tener lugar, de forma inevitable. Un remolino sin principio ni final, en el que solo es cuestión de magnitudes que todo suceda una y otra vez. Aunque los límites de nuestro entendimiento nos impidan abarcarlo. Aunque el concepto de infinito sea al fin, para los simples mortales, incomprensible.

Myrna le observó en silencio. Sus palabras habían impactado una vez más sobre la inteligencia de Aydan. Sonrió. Había apreciado su gesto de extrañeza al percibir que le había llamado Robert.

—Robert, sí. —El viento siseaba entre los menhires—. Ese es tu nombre auténtico. Tú no eres Aydan Sneachd. Ese nombre te lo puso Breann al traerte de vuelta de la misma muerte.

Entonces, el niño arqueó las cejas. Siempre le habían dicho que Breann lo había reclamado desde Inbhir Nis para criarlo con ella en la Bretaña, a su amparo y bajo sus enseñanzas. Pero no.

Se quedaron inmóviles.

Los dos se miraron bajo la lluvia, en silencio. Parecía que la tierra que los separaba, las piedras hitas y hasta el mismo cielo hubiesen desaparecido. Ya

solo los acompañaba el viento.

Todo dejó de existir en aquel instante suspendido, excepto dos conciencias en carne viva reteniendo los caballos. Aguardando algo más.

—¿Quién es ese Robert, Myrna? —preguntó él finalmente, apenas con un hilo de voz.

La lluvia caía cada vez con más insistencia. Todo se había teñido de gris. Aun así, todavía quedaban un par de horas de luz.

—En casa te lo contaré todo, querido. Ahora, basta con que sepas que esta piedra…

Aydan se sobresaltó al ver que las palabras se atragantaban en la boca de Myrna. Algo había llamado su atención. Al otear la lejanía, en los ojos de la mujer relampagueó un fogonazo de terror. Se volvió, siguiendo su mirada. A lo lejos, galopando entre los alineamientos, vio que dos jinetes se acercaban a toda velocidad.

Ella, sin perder tiempo, se adelantó. Mil presentimientos fugaces como rayos restallaron en su cabeza. El momento que había presentido ya estaba allí. Por eso reaccionó rápido. Tuvo el tiempo justo, antes de que los jinetes vislumbraran su presencia, para ocultar a Aydan con su cuerpo y musitarle a toda prisa unas últimas palabras. Después, lo empujó para que se escondiera detrás del gran menhir.

—Huye, Robert —susurró, con tanta autoridad que el niño ni barajó la opción de resistirse—. Aún no te han visto. Aléjate, sin dudar. No regreses a casa y confía solamente en tu instinto. Recuerda lo que hablamos el otro día.

Después, avanzó con gesto de fingida sorpresa hacia los dos jinetes que se acercaban. Ellos la descubrieron en la lejanía, entre la bruma y la lluvia.

—¡Myrna Ménec! —bramó a lo lejos uno de los jinetes, centinelas del castillo de Vannes—. ¡Debéis acompañarnos ahora mismo!

Algo extraño sucedía, estaba claro. Ninguno de aquellos hombres la había llevado nunca antes al castillo. No pertenecían al círculo de confianza de Eusébe. Por tanto, tampoco al de Patern.

Se estremeció. Algo terrible estaba a punto de caer sobre ella. Aquellos rufianes habían galopado hasta Karnag dirigidos por una mano oscura. Las cosas debían de haberse torcido definitivamente en la casa de Gwened.

—¿Dónde está el niño? —preguntó, al llegar junto a ella, el que parecía estar al mando.

Myrna calló. El pequeño, cumpliendo sus órdenes, acababa de escabullirse entre las piedras al amparo de la niebla. Ahora espiaba desde la distancia, camuflado entre los árboles con cuidado de no ser visto. La sanadora levantó la frente. No había nada que pudieran hacer para que les entregara a Aydan.

Nada, para que traicionase a Robert de Gwened, el Guerrero de la Luz. El legendario elegido de la piedra de Kermario para aquellas mentes supersticiosas.

No, negó. Nada podría persuadirla. La lógica inabarcable que rige la eternidad había puesto aquel escollo en su camino. Ahora lo veía claro.

Llevaba toda la vida preparándose para aquel momento.

XLI

CASTILLO DE VANNES, DICIEMBRE DE 1404

Waroc'h de Gwened
Palacio Real, París

Noble señor:

En respuesta a vuestra última carta, y atendiendo al interés que mostráis por la salud de vuestro padre, debo confesaros una verdad que me corroe el alma. Si hasta ahora he decidido ocultaros su estado es debido al inmenso amor que me une, como bien sabéis, a él.

Sin embargo, no puedo seguir negando por más tiempo la evidencia.

Hace ya mucho tiempo que nuestro pobre Patern se comporta de forma extraña. Sin lógica alguna ni razón en su proceder. Esto está provocando una deriva nefasta para el señorío. A pesar de mis esfuerzos por mantener la nobleza de esta gloriosa casa, la desidia del conde está provocando un gran descontento entre el vasallaje.

Solo por poner un ejemplo, noble señor, en los últimos meses no se ha ejercido control alguno sobre las finanzas. Los recaudadores de impuestos no están ahora sometidos a la necesaria supervisión que siempre ejercimos. Tampoco los responsables de los portazgos y fielatos.

Los siervos de vuestro padre protestan, asfixiados por una recaudación abusiva y, lo que es peor, arbitraria. Una fiscalidad que ya antes era exigente por culpa de esta maldita guerra que lleva décadas asolándonos. Esta pesadilla que parece que no fuera a acabar jamás… En fin, vos conocéis mejor que nadie lo que está pasando entre nuestra amada Francia y el pérfido invasor de ultramar.

Así pues, centrémonos en Vannes. La milicia del castillo acusa la carencia de ese liderazgo que tanto necesitan los soldados. En consecuencia, surgen con demasiada frecuencia comportamientos inaceptables. De hecho,

nuestros centinelas poco más hacen que rondar los burdeles, malgastar su salario en vino y meterse en peleas con los peores bellacos de los arrabales.

Ya veis, el panorama es desolador. Y, aun así, todo eso no es nada comparado con lo que acecha desde las sombras. Me refiero a la magia negra que campa a sus anchas por vuestro señorío. Sí, mi señor, el mayor escándalo es la permisividad del conde ante las prácticas demoníacas que están siendo detectadas en Morbihan. Me consta que se han recibido en esta fortaleza denuncias por brujería. No pocas, y casi todas contra la misma mujer. Una vieja a la que llaman druida, que vive en Karnag. La gente, aterrada, teme sufrir las consecuencias de sus encantamientos. Incluso nos han llegado testimonios de personas que la han visto, Dios nos ayude, profanando cadáveres.

Y el conde, que debería proteger a su pueblo de tales amenazas, no hace nada.

El dolor de mi corazón al ver cómo se va minando el prestigio del que siempre gozó la figura de vuestro padre, mi amado mentor, crece con cada día que pasa. Os ruego, señor Waroc'h, que como futuro conde le pongáis remedio a esta terrible situación. Entiendo que no podáis abandonar vuestras obligaciones junto a nuestro rey, pero seguro que hallaréis la manera.

Es necesario restituirle a Patern el honor que el cruel destino se empeña en arrebatarle.

Yo, por mi parte, siempre estaré a su lado. No olvido que él me acogió un día bajo su sombra magnánima. Sin embargo, me pongo a vuestro servicio para lo que fuera menester.

Siempre al servicio de la casa de Gwened.

Vuestro humilde servidor,
Cearbhall de Pomichet.

XLII

Nada quedaba ya de Patern, salvo una sombra pálida.

Los hombros hundidos, la voz débil, la mirada vidriosa. En los últimos tiempos, su deterioro se había acelerado. El gran señor parecía un cadáver viviente que se dejaba ir con indolencia. Sin más expectativas. Como si ya todo estuviera hecho para él.

Aun así, el condado seguía funcionando con eficiencia gracias al trabajo incansable del fiel Eusébe.

La angustia del mayordomo contrastaba con el egoísmo de Cearbhall. El joven se mostraba interesado y parcial, y así era también el diagnóstico de la realidad que remitía puntualmente a la Corte. El envío clandestino de cartas se había ido incrementando al mismo ritmo que sus expectativas.

La relación epistolar entre el consejero del condado y el heredero se remontaba a la última reunión de los caballeros de Gwened, cuyo desastroso final había sido decisivo para Waroc'h. Entre eso, y que Cearbhall había logrado disfrazar su veneno de aflicción, se había forjado aquel trato oculto.

—Mantenme informado de todo. —Tras la abrupta disolución de la asamblea, el consejero había seguido a hurtadillas al primogénito hasta la salida—. Mi padre ha confiado en tu capacidad. Basta con ese aval para que yo te encomiende esta transición, dolorosa pero necesaria. En vista de su estado, necesitaré aquí un hombre de confianza. Asume tú ese papel, Cearbhall, en tanto no llegue el momento de que yo coja las riendas.

El diagnóstico del futuro conde acabó de disparar, sin pretenderlo, la codicia del señor de Pornichet. Bajo su fingida pesadumbre, una expectación flameaba en su pecho. Dirigir la gloriosa casa de Gwened a su antojo, nada menos. Quedaba mucho camino por andar, pero estaba decidido a afrontarlo con paso firme. Lo que fuera preciso con tal de ver cumplida su ambición. Su sueño más anhelado.

Y ahora, años después, estaba a punto de lograrlo.

Un inesperado desvanecimiento había postrado en la cama al señor. El anciano se veía frágil y sudoroso. Su respiración se había convertido de nuevo en un pitido fatigado que lo ahogaba. Eusébe lo atendía, como siempre, con discreción. No había otra opción. Si los vasallos llegaran a conocer la debilidad del señor sobrevendrían nuevas calamidades, lo sabía bien. Una figura de autoridad no puede mostrar síntomas de flaqueza.

Aun así, a esas alturas ya no existía ningún secreto dentro de aquel castillo que le pudiera ser ocultado a Cearbhall, que había ido extendiendo una tela de araña entre los sirvientes de la fortaleza gracias al oro inglés. Una red que le garantizaba ser informado al momento de todo lo que sucediera entre aquellos muros. Por secreto que fuera.

—El conde apenas puede respirar —le susurró ese día la sirvienta que aseaba la alcoba de Patern—. Es algo parecido a lo de aquella vez que vino la muchachita escocesa, pero para mí que en esta ocasión es más grave. Le he oído decir al señor Eusébe que si no mejoraba antes del mediodía enviaría al capitán a buscar a la druida de Karnag.

Él apretó los dientes, frustrado. Había llegado el momento perfecto para

culminar su plan, pero le faltaba un detalle imprescindible. La autorización que llevaba tanto tiempo esperando aún no había llegado. El permiso de Waroc'h para ponerse al frente del señorío ante una hipotética incapacidad de Patern se hacía de rogar. Y aquello, el acuerdo sellado tiempo atrás con el futuro conde, era vital en la encrucijada. En cuanto llegase, Cearbhall sería por fin el regidor del condado a todos los efectos. Sobre todo, teniendo en cuenta que era más que previsible que las altas responsabilidades del primogénito lo mantuvieran lejos de Vannes.

En ese momento, la casa de Gwened sería suya. Su corazón se disparaba con solo pensarlo. Y también su codicia, aunque un pensamiento sombrío primase sobre todo lo demás. Una imagen que hacía desbordar mil océanos ardientes en su entrepierna: Breann Airdsgainne estaría entonces a merced de su voluntad.

Sus rincones más recónditos se estremecían con solo pensarlo, pero al momento la realidad lo golpeaba con tozudez: faltaba el permiso del futuro conde. Su ansiedad creció y creció, y ya estaba a punto de desbordar.

Por suerte para él, la espera pronto llegó a su fin. A media mañana de aquel mismo día uno de sus soldados llamó a la puerta de su aposento. El heredero de la noble casa de Gwened le remitía por fin la respuesta al preocupante análisis que reflejaba su última misiva.

Waroc'h le encomendaba que se pusiera al frente del castillo si Patern quedaba incapacitado antes de que él lograse llegar a Vannes. Eufórico, el consejero se puso en pie. Había llegado la hora. Por fin, todos los vientos soplaban a favor.

Además de adjuntar un poder que el señor de Pornichet debía entregarle a Eusébe como prueba de la voluntad de su señor, donde le indicaba que se pusiera a las órdenes del nuevo regente del condado, Waroc'h le agradecía su impagable labor.

> *No olvidaré vuestra lealtad, Cearbhall. Como sabéis, mi trabajo al servicio del rey me obliga a permanecer en la Corte, tanto más en estos momentos tan delicados. Sin embargo, me tranquiliza saber que mi casa está en manos de un hombre como vos. Alguien que ha demostrado ser, a lo largo de los años, un fiel servidor de mi padre.*

El joven hizo llamar de inmediato a los soldados de su máxima confianza. Ya que se habían alineado los astros de aquella manera, y viendo que Patern podía entrar en crisis en cualquier momento, necesitaba adelantarse a la más que probable iniciativa de Eusébe.

Cada minuto de las próximas horas iba a ser decisivo para determinar el futuro.

—Galopad a Karnag. Apresad a la vieja druida, a la joven que vive con ella

y al niño que las acompaña. Traedlos aquí cuanto antes y encerradlos en el calabozo. —Mientras los hombres se disponían a ponerse en marcha, se quedó observándolos fijamente. La tensión deformaba su gesto—. Es imposible que entréis de vuelta al castillo sin que nadie os vea, pero haced caso omiso a cualquier otra instrucción que os puedan dar. Sobre todo, escuchadme bien, sobre todas las cosas, ignorad por completo a Eusébe Loudéac. A partir de ahora, yo estoy al mando.

Cuando se quedó solo, sus ojos relampaguearon. Tenía muchos cabos que atar antes de que aquellos hombres regresasen. Se puso en marcha, dispuesto a reclutar a las criadas y a los otros soldados. Todos iban a desfilar por su alcoba, uno por uno. Era el momento de cobrar lealtades.

De camino a su cámara iba eufórico, sobrecogido y tenso al mismo tiempo. Las palabras que acababa de pronunciar profetizaban un nuevo futuro. Al salir, oyó con el vello erizado cómo el eco se quedaba flotando entre los muros de piedra.

«Ahora, yo estoy al mando».

XLIII

Había sido una auténtica noche de perros.

A lo largo de los años, Beadur había ido construyendo cobijos sólidos en la espesura de los bosques. Sin embargo, esta vez prefirió montar un vivac a menos de tres leguas de Karnag. Quería estar cerca de su objetivo bien temprano, cuando despuntase la mañana.

No tenía más remedio que emplear este tipo de recursos. Dejarse ver por las pensiones de los caminos, o alojarse en las posadas de las villas, acabaría por llamar la atención de los lugareños. Y sus miradas indiscretas eran lo último que querían los que, como él, necesitaban pasar desapercibidos.

El improvisado techo de follaje perdió pronto su impermeabilidad, y el gauta acabó por pasarse la noche entera tratando de evitar que lo empaparan las goteras que caían sobre su camastro. Entre la lluvia y la imposibilidad de encender un fuego, se levantó más cansado de lo que se había acostado. Y eso que había recorrido doce leguas a pie. Una jornada agotadora.

Sacudiéndose el entumecimiento, salió de nuevo al camino en plena madrugada. Al menos, miró arriba, la lluvia daba ahora una tregua. Corrió. Para cuando despuntó el amanecer, ya casi había llegado a su destino: La casita solitaria de la druida de Morbihan.

«Qué raro —se extrañó—. La anciana siempre se levanta antes del amanecer. Nemea he visto esa chimenea apagada».

Los indicios eran inequívocos. La casa estaba vacía. Aquello, caviló, no podía presagiar nada bueno. Torció el gesto. Escrutó todas las señales, pero cada vez lo veía más negro. Por muchas vueltas que le diese, no hallaba una explicación que no fuera preocupante.

Buscó huellas en las inmediaciones. Algún rastro, una pista que le indicara qué era lo que podía haber sucedido. Algo que vertiera un poco de luz sobre aquel misterio que por momentos le iba poniendo los pelos de punta. Pronto descubrió que unos caballos se habían detenido allí, delante de la puerta, dejando la marca de sus cascos en el suelo embarrado bajo la lluvia. Cuatro, le pareció. Calculó que la visita debía de haberse producido en algún momento de la tarde anterior. Según indicaban las huellas, los jinetes habían llegado por el camino del norte y habían regresado poco después sobre sus pasos.

Decidió seguir su rastro mientras no se le ocurriera nada mejor. Por suerte, las marcas eran claras. Se sorprendió al comprobar que los caballos se habían separado media milla más adelante.

Estaba claro, sí. Las huellas estaban muy marcadas en la tierra blanda. Dos caballeros habían continuado de frente, seguramente hacia Vannes, pero los otros dos habían girado hacia el oeste, internándose a pleno galope en un lugar sorprendente. Un sitio tan señalado que le hizo arrugar la frente.

Eran los campos de piedras hitas de Karnag. El lugar donde se levantaba el menhir de Kermario.

Un presagio funesto recorrió a Beadur Njöror de arriba abajo. Con el alma en vilo, regresó a la villa. Del rastro de los jinetes ya no iba a sacar nada más en limpio. No, al menos, en tanto no pudiera salir en su persecución. Antes de nada necesitaba encontrar un testigo. Alguien que le pudiera dar razón acerca de lo sucedido en la casita la tarde anterior.

Caminó con el corazón en un puño. Una sombra había caído sobre las mujeres y el niño, ahora estaba seguro. Pensó en la información que había recabado a lo largo de sus años en Bretaña. Recordó que había llegado a obtener datos sorprendentes, como que el conde de Vannes y la sanadora de Karnag mantenían en secreto una peculiar relación de amistad. Un extraño acuerdo de beneficio mutuo.

No obstante, aquellas marcas en el suelo no se correspondían con una visita amistosa. Los indicios del terreno, unidos a la evidencia de que la casa había sido abandonada de manera abrupta, lo llevaron a una conclusión irrefutable: Una mano siniestra acechaba desde el castillo de Gwened.

La mañana ya estaba avanzada cuando, tras haber corrido de vuelta desde los menhires, se presentó ante otra de las casas situadas a las afueras de Karnag. Ya en la puerta, retiró la capucha para dejar la cara a la vista. Algo que solo hacía cuando necesitaba inspirar confianza. Después, llamó suavemente. Era una casita que conocía bien.

Abrieron. Una mujer con una niña pequeña en el regazo se dejó ver con

precaución, observándolo desde el interior por la rendija entreabierta.

—Buen día, Maëlle —saludó el guerrero, retrocediendo un par de pasos para mostrar que venía en son de paz—. Soy un viejo amigo de Myrna Ménec.

La mujer no se movió ni dijo nada. Por un momento pareció dispuesta a cerrar de un portazo, pero se mantuvo firme en su lugar. Fue como si le quisiera dar la oportunidad de demostrar que lo que afirmaba era cierto. Al menos, conocía su nombre. Esperó. Cualquiera que nombrase a la sanadora en su presencia merecía ser escuchado. Le debía eso y mucho más.

—Hace tiempo que no veo a Myrna, ni a Breann ni al pequeño Aydan —Beadur seguía buscando la confianza de la mujer—. Necesito encontrarlos urgentemente, pero su casa está vacía.

Maëlle continuó inmóvil, pero la niña se revolvió en sus brazos. Súbitamente alterada, se dispuso a cerrar la puerta. Sin embargo, el gauta la interrumpió en el último momento. Solo le quedaba una flecha por lanzar. Paró con el antebrazo la puerta a punto de cerrarse y le habló muy rápido.

—Por favor, Maëlle. Temo que Myrna esté en peligro. Estoy aquí para ayudarla. —No tenía más opciones, así que señaló con la cabeza a la niña—. También ella os ayudó hace dos años, cuando nació la pequeña Elvia.

Un destello de sorpresa brilló en los ojos de la mujer.

Tras unos instantes de vacilación, y aún dudando —Pero seguramente considerando que las cosas difícilmente podían ir a peor—, Maëlle se decidió. Así, con la puerta casi cerrada, lo soltó todo de golpe. Estaba aterrorizada desde la tarde anterior.

—Llegaron ayer antes del crepúsculo. Eran cuatro caballeros. Soldados del conde. Casi tiran abajo la puerta, pero la única que estaba en casa en ese momento era Breann. Se la llevaron tras amenazarla de muerte para que confesara dónde estaban Myrna y el niño. —La voz de la mujer se quebró, menos por miedo que por indignación—. La chiquilla no les dijo nada, pero esa arpía de Nolwenn estaba espiándolo todo. La muy pécora se acercó sonriendo y les dijo que había visto salir a Myrna y a Aydan hacia los campos de menhires.

Maëlle rompió entonces en sollozos. La niña, al ver así su madre, empezó a llorar. Beadur apretó los dientes. Ya tenía la información que necesitaba. Ahora comprendía por qué los jinetes se habían internado a galope entre las piedras. Un escalofrío lo sacudió. Tras una ligera inclinación de cabeza, se giró y miró al cielo. Ya era casi mediodía, pero la luz del sol apenas atravesaba la capa de nubes cenicientas que cubrían el cielo de Karnag.

«Una invemía gris se cierne sobre estas tierras» —miró alrededor con el ceño fruncido—. «Y temo que el sol tarde en regresar».

Su mirada también se nubló. Ya sabía qué era lo que había sucedido, pero seguía sin encontrarle una explicación. Era imposible que Patern se hubiera comportado de aquella manera. A no ser, pensó, que por fin hubiera

descubierto la identidad del chiquillo. Aquella idea le paralizó el corazón en el primer fogonazo, pero no tardó en descartarla. Aunque ese fuera el caso, aquella brutalidad no era propia del señor de Gwened.

Se puso en camino. Necesitaba averiguar qué había sido de Aydan antes de nada. Para eso contaba con un buen contacto en el interior del castillo. Un amigo fiel con el que había colaborado muchas veces. Un hombre cabal, próximo a la Orden, que le daría una explicación fidedigna sobre lo que pudiera estar pasando en el bastión de Vannes. Nadie mejor que él para aquel cometido.

Sí, el bueno de Eusébe le daría una explicación para toda aquella locura. Y la necesitaba como el aire para respirar. Fuera lo que fuese el enigma que todo aquello encerrase, la vida del pequeño Aydan estaba en juego.

El Fantasma Gris apretó los dientes.

Llegado a aquel punto, nada más importaba.

XLIV

El ánimo de Beadur se fue oscureciendo con la caída de la tarde.

A su llegada, un cielo amenazante se cernía sobre Vannes.

Seguía dándole vueltas a lo sucedido en Karnag, pero pronto se percató de que el ambiente en la ciudad también estaba enrarecido. Como si la gente advirtiera que algo extraño estaba sucediendo. Algo para lo que no había signos explícitos, pero que de algún modo se respiraba en el aire.

Nada más traspasar la muralla, envió un mensaje a la fortaleza. Un requerimiento para Eusébe, que debía serle entregado de inmediato. Necesitaba verlo lo antes posible.

Lo citó en el sitio de siempre. Los dos sabían dónde: en el rincón más apartado de la taberna más oscura de Vannes. Esperó, impaciente, ante una jarra de sidra que no llegó a probar.

La taza de porcelana blanca no dejaba de dar vueltas entre sus manos, al mismo ritmo que los malos augurios a su alrededor. Muy a su pesar, los indicios eran explícitamente lúgubres. Una sombra oscura había caído sobre la ciudad, extendiendo sus dedos viscosos hasta Karnag. Ya no albergaba ninguna duda al respecto, aunque no se explicase qué demonios podía estar sucediendo en el castillo.

Miró hacia la puerta mil veces, pero nada. Eusébe nunca se había demorado tanto ante una convocatoria urgente. Los minutos se hicieron eternos. La incertidumbre ralentizaba el tiempo, y unos pájaros negros lo vigilaban desde las esquinas. Cada vez fruncía más el ceño. No sabía qué podía

haberle pasado al pequeño Aydan. Las horas fueron pasando, pastosas, y su sangre empezó a hervir de impaciencia.

Por fin, cuando ya estaba a punto de salir para enviarle otro mensaje a Eusébe, el mayordomo entró con sigilo por la puerta trasera y se sentó frente a él. A pesar de la escasa luz, y de que Eusébe no se quitó la capucha, Beadur pudo apreciar la gravedad de su gesto. No hizo falta preguntar nada. Los dos sabían por qué estaban allí. Ni saludos, ni fórmulas de cortesía. Todo eso sobraba.

—No sé si saldremos de esta. —Eusébe era la viva imagen de la derrota—. Patern sufre una de sus crisis respiratorias, y esta vez es más aguda incluso que las anteriores. —Ahí, negó con la cabeza—. Aunque no es de extrañar, teniendo en cuenta el deterioro de los últimos tiempos.

Beadur respiró. Conque ese era el motivo por el que habían mandado buscar a la sanadora. Por un momento se calmó, pero casi de inmediato recordó la inspección de esa mañana. Un desasosiego frío lo asaltó al recordar las palabras de Maëlle. Aquello no podía ser todo. Tenía que haber algo más.

—Sí, sí. Eso es lo de menos. —El mayordomo se apresuró a continuar, confirmando los peores presagios del gauta—. Lo peor es que Waroc'h le ha cedido el mando a Cearbhall ante la incapacidad del conde. No sé cómo ha podido convencerlo, pero es un hecho. Y lo primero que ha hecho ese traidor ha sido prender a Myrna. La va a juzgar un tribunal eclesiástico esta misma noche, acusada de brujería. Como comprenderás, el nuevo regente no va a permitir que la druida pueda atenderlo. Ese piojoso tiene el condado al alcance de la mano. No olvides, amigo Beadur, que ella es la única que le podría salvar la vida a mi señor.

El guerrero contuvo la respiración. En efecto, el asunto pintaba mal. Aquella explicación tan escueta retrataba urna situación límite. El conde y la sanadora se encontraban al borde del abismo, y Cearbhall era el único que podía revertir el trágico destino de los dos.

Sus caminos estaban entrelazados a vida o muerte.

—¿Un tribunal? ¿Pero… cómo ha podido reunir a los magistrados de la Iglesia en tan poco tiempo? No hará más de veinticuatro horas que detuvieron a la anciana, ¿no?

Eusébe se retorció los dedos bajo la mesa.

—Lo tenía todo preparado de antemano. —El odio relampagueó en sus pupilas—. Logró que el primogénito le cediese el mando en caso de que su padre resultara incapacitado. Algo así sería imposible si no estuviera planificado con anterioridad… En vista de lo que tenemos encima, debe de llevar mucho tiempo camelando a Waroc'h. En secreto, claro… maldito piojoso. Si yo lo hubiera sabido…

Beadur lo miró fijamente durante unos segundos eternos. Tenía presente, ante todo, el motivo principal que lo había llevado hasta allí.

—¿Qué hay de la joven escocesa? Ella también podría curar a Patern, ¿no?

—Juraría que a ella la prendieron incluso antes que a la anciana. —El mayordomo había barajado todas las opciones, pero cualquier alternativa excedía sus competencias. Estaba atado de pies y manos—. Supongo que también está en el calabozo, pero sobre ella no pende ninguna acusación. De hecho, incluso parecería que el propio Cearbhall la quisiera proteger… Aunque no logro imaginar el porqué, la verdad.

El guerrero se puso definitivamente en tensión. Con las dos mujeres en prisión, las posibilidades de que Aydan estuviera a salvo se reducían drásticamente.

—¿Qué hay del niño? —preguntó al fin, con un hilo de voz.

Eusébe se quedó mirándolo con gesto de desconcierto.

La situación en el castillo era terrible. El consejero había usurpado el poder con malas artes, el conde y la mayor sanadora de aquellas tierras corrían peligro de muerte inminente… ¿y aquel hombre se preocupaba por un simple niño?

¿Por un chiquillo insignificante?

—Decidme, Eusébe —repitió el gauta, con voz de hielo—. ¿Qué ha pasado con el pequeño que vive con esas dos mujeres?

El mayordomo contuvo la respiración. La mirada del gauta se había vuelto dura como la piedra.

—Nada —balbuceó, intimidado. Quería volver cuanto antes a lo realmente importante—. Tal vez los soldados tuvieran también orden de detenerlo. En cualquier caso, aquí no lo han traído.

Beadur respiró, aliviado. Aún había esperanza.

—Aunque ahora que lo decís… —Eusébe se quedó pensativo de golpe, como si acabara de encenderse una luz en el interior de su cabeza—. Anoche, tras la detención de las mujeres, una patrulla de seis hombres salió hacia Karnag con los perros de caza. No me había parado a pensarlo hasta ahora, pero supongo que su intención será la de atrapar al niño…

El mayordomo no tuvo tiempo de acabar la frase.

Beadur se levantó de un salto. Sorprendido por tan inesperada reacción, Eusébe trató de proponerle atropelladamente el plan que había estado trazando toda la tarde. Una estrategia desesperada que había empezado a pergeñar en cuanto le llegó el requerimiento del Fantasma Gris. Una última ventanita de esperanza se había abierto entonces en su ánimo, poco antes derrotado.

—Con vuestra ayuda podemos salvar a Patern —trató de argumentar a toda prisa, levantándose también al ver que Beadur se disponía a partir—. Vos sois el único que puede sacar a Myrna de su encierro, al menos durante el tiempo necesario para que pueda curar a mi señor.

Su voz se convirtió en un torrente desbocado, pero sus palabras ya no eran

escuchadas. En la mente del gauta ya solo había lugar para una idea: encontrar a Aydan antes que sus perseguidores.

—Lo siento —fue cuanto respondió, antes de abandonar la taberna para adentrarse en la oscuridad.

La lluvia de enero caía apaciblemente en el exterior, ajena a las desgracias humanas.

No había un segundo que perder. Los soldados enviados por Cearbhall llevaban ya un día entero tras las huellas de Aydan. Con la mirada ensombrecida, solo acertó a musitar unas palabras al escrutar el horizonte:

—Aguanta, pequeño. Estoy en camino.

Echó a correr. Ahora sabía que el rastro del chiquillo empezaba entre los menhires. Una tímida intuición, pero sus premoniciones nunca fallaban, le decía que la piedra de la vieja profecía lo ayudaría a dar con él.

Eusébe, desolado, se quedó observando desde la puerta cómo su única esperanza se desvanecía entre las tinieblas de la noche. La última oportunidad de salvar la vida de Patern de Gwened acababa de desaparecer entre la lluvia y la bruma.

—Aguanta, pequeño —iba susurrando Beadur.

En lo más profundo de la madrugada invernal, el gran guerrero gauta voló de regreso a Karnag.

—Estoy en camino.

XLV

Con un nudo en la garganta, impotente y solo. De repente, inmensamente solo.

Oculto tras un árbol, Aydan observó cómo arrestaban a Myrna.

Los soldados, tras desmontar de un salto, habían ido directos a por ella. Los movía el miedo o la desesperación, estaba claro. Mientras el capitán exigía a grito pelado el paradero del niño, él se escabulló entre los menhires al amparo de la penumbra. La mujer guardó un silencio obstinado. Un desafío temerario que había provocado una bofetada con el guante de montar, tan brutal que la tiró al suelo.

El chiquillo estuvo a punto de salir en su auxilio al ver que el hombre la levantaba del suelo agarrándola del pelo, dispuesto a seguir golpeándola. Por suerte, en ese mismo instante el otro soldado le dijo algo en voz baja. Fuera lo que fuese, bastó para detener su furia.

El primero subió a Myrna a su caballo con mucha más rudeza de la necesaria. Después, salieron a galope tendido. Aydan dedujo que debían de

tener órdenes de llevársela viva. Una paliza, aun no demasiado severa, la habría matado. Era evidente.

En cuanto se quedó solo, respiró. No obstante, el alivio inicial se desvaneció pronto. Le aterrorizaba pensar qué podían hacer con Myrna aquellos desalmados, y el futuro que se presentaba ante él tampoco era muy alentador. «No regreses a la casa, y no confíes en nadie», le había dicho ella. La segunda parte era evidente. Cómo fiarse, después de aquello. Sin embargo, era la primera sentencia la que resultaba más aterradora.

¿Adónde dirigir los pasos cuando desaparece el hogar?

El atardecer ya acababa de caer sobre el solitario campo de menhires. La fina lluvia de enero no amainaba, y el panorama era desolador. Tenía que ponerse en marcha de inmediato si quería tener alguna opción de sobrevivir. Estaba oscureciendo por momentos. Sin comida ni ropa seca, hallar un refugio donde pernoctar empezaba a ser una urgencia.

Tras unos instantes de indecisión, decidió buscar un escondrijo en el bosque que empezaba allí mismo. Trataría de hallar algo de comer, un abrigo más o menos precario y, con suerte, algún sitio donde dormir. Sabía hacer fuego; podía cazar y construir un refugio. Se echó a andar entre la espesura. Allí, la oscuridad era ya casi absoluta. No obstante, logró avanzar aún durante más de una hora. Evitó dejar un rastro fácil de seguir. Hasta atravesó un par de riachuelos transversalmente, caminando durante un buen trecho por sus cauces. El agua por la cintura le hizo tiritar, pero avanzó. Avanzó sin descanso, mientras pudo.

Cuando ya la oscuridad no permitía ver nada, decidió buscar un lugar seco donde guarecerse. Escrutó minuciosamente los ribazos, tratando de encontrar un cobijo en el que mantenerse a salvo hasta el amanecer. Por fin, cuando ya estaba a punto de sentarse en el suelo bajo algún árbol para pasar la noche con la única protección de su capa, dio con una madriguera excavada en un cembo. Una guarida oscura, seguramente construida por un jabalí.

A tientas, comprobó que el interior estaba seco. Después, entró a cuatro patas y se enredó sobre sí mismo. Afuera seguía cayendo una lluvia fría. Por suerte, la gruesa capa de lana que Breann le había echado sobre los hombros lo había mantenido seco y caliente. Al menos, de cintura para arriba. Se encogió para dormir, pero no lo logró. Unos presagios negros lo asaltaban en cuanto cerraba los ojos.

En cuanto despuntase el alba, planeó, buscaría comida. En aquellos riachuelos había truchas, lo sabía bien, y entre la maleza, conejos y liebres. De todas formas, no tenía hambre. Lo último que había visto, y la incertidumbre respecto a Breann, le revolvían el estómago.

Una ansiedad helada le había robado el sueño y el apetito. Se pasó toda la noche despierto en el agujero, oyendo con el alma en vilo cómo el aguacero caía en el exterior.

Tuvo que resistir el impulso de salir corriendo para entregarse. Hasta una perspectiva así llegó a parecerle mejor que aquella oscuridad. Así, al menos, no se sentiría tan aterradoramente solo.

Notó como las lágrimas le rodaban por las mejillas, pero aguantó. Tenía que aguantar. Se lo había dicho Myrna.

Por fin, tras unas horas que se le hicieron eternas, el cielo empezó a clarear hacia levante. El negro absoluto fue dejando paso a un tenue color violáceo que anunciaba un amanecer gris. Había llegado el alba y con ella, como siempre, la esperanza.

El corazón del pequeño cogió aire. Con unos ánimos aún débiles, pero renovados, se dispuso a salir del refugio y reanudar la marcha. No sabía a dónde dirigir sus pasos, pero una cosa sí estaba clara. Tenía que alejarse de allí cuanto antes. Al fin y al cabo, calculó, no debía de haberse alejado de los menhires más de un par de leguas.

Pero justo en ese instante, un ladrido resonó en la lejanía.

Se quedó paralizado. Primero contuvo la respiración para escuchar mejor. Al cabo de un rato, cuando ya empezaba a pensar que todo había sido efecto de su imaginación fatigada, lo escuchó de nuevo. Lejano y diluido entre el rumor de las gotas en el bosque, pero sí. Era el aullido de un perro.

Las ideas se desencadenaron, frenéticas, en su cabeza. Solo había una explicación para la presencia de un perro en las profundidades del bosque en un amanecer inhóspito como aquel. Alguien estaba siguiendo un rastro. Se estremeció. Una montería estaba en marcha. Con el corazón atronando sin control, cayó en la cuenta de que todo apuntaba a una única conclusión:

La pieza de caza era él.

Sin perder un segundo, salió. Antes de nada, se orientó por la salida del sol. Dedujo que el día anterior se había estado desplazando hacia el noroeste. Decidió encaminarse al sur. Tal vez ese cambio de dirección despistara a sus perseguidores. Sin más, echó a correr entre la maleza.

Antes de una hora, cuando aún las primeras luces empezaban a iluminar una mañana desapacible, dio con una villa de calles encharcadas. Se detuvo, indeciso. No sabía qué hacer. Oteó desde la distancia, pero aún no se veía a nadie. En una mañana de invierno como aquella no había nada que invitara a salir. Los lugareños estarían aún desperezándose al calor del hogar. Al pensarlo, se sintió muy desgraciado. Teniendo casa, pensó, quién se expondría a aquella llovizna que calaba hasta los huesos.

Sacudió la cabeza. No iba a salir de aquel entuerto a base de lamentos. A juzgar por la trayectoria que traía, aventuró que aquella villa debía de ser Plouharnel. Había estado allí un par de veces acompañando a Breann. Entonces, de repente, su mirada se iluminó.

Recordó que había un sitio donde tal vez se podría esconder.

Evitando ser visto, se encaminó a la calle principal. Allí, entre dos casas

grandes, había una más pequeña que tenía que estar abandonada. La casita había sido de una viejecita a la que Breann había atendido un par de veces, y que había muerto un par de años atrás de una dolencia en el hígado. Tenía que encontrar la manera de entrar. Una vez dentro, procuraría descansar. Después trazaría un plan para la huida definitiva. Avanzó con sigilo por los callejones embarrados. Su rastro no podría ser seguido Allí, por buenos que fueran aquellos perros. Plouharnel era una villa pequeña, pero bastaba para que una pista humana se difuminase hasta hacerse indetectable.

Pronto llegó. La casita de planta baja que él recordaba seguía en el mismo sitio, aunque su aspecto fuera distinto. La puerta y las dos ventanas de la fachada estaban tapiadas. Normalmente se clausuraban para evitar la presencia de ratas y serpientes en las casas en ruinas, pero también para disuadir a los mendigos y a los maleantes.

Aydan vio allí la oportunidad de despistar a sus perseguidores. Aún era suficientemente pequeño como para colarse por la chimenea. Los soldados nunca buscarían a alguien dentro de una casa tapiada. En un lugar en el que, al fin y al cabo, era imposible entrar.

Antes de que hubiera pasado un minuto, aterrizó con estrépito en el suelo del hogar. Se miró. Estaba cubierto de hollín por todo el cuerpo. Una capa suave de carbón había ido taponando durante décadas la salida de humos, y él acababa de barrerla con su propio cuerpo, como si fuera el cepillo de un deshollinador. El paso por la abertura estrecha y cubierta de polvo carbonizado acababa de convertirlo en una pequeña sombra. En un espectro en miniatura, negro como la noche.

El interior estaba en penumbra. La escasa luz que penetraba por entre las piedras que tapiaban las ventanas le permitió ver que allí dentro no quedaba nada. Los muebles habían sido retirados antes de clausurar la vivienda. No le importó. Era un lugar seco y seguro. Mucho más de lo que había tenido desde que los soldados se habían llevado a Myrna. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared. Solo entonces se dio cuenta de lo agotado que estaba.

Poco a poco, la sensación cálida de sentirse a salvo lo fue llevando hacia una somnolencia dulce. Se había pasado toda la noche en vela, y la huida por los bosques entre Karnag y Plouharnel había sido agotadora. Sin darse cuenta, se quedó dormido. Durante unas horas, el mundo dejó de existir. Como diría Myrna, el cuerpo se encarga de construirse su propio refugio cuando se ve arrinconado.

Solo despertó cuando un pensamiento frío atravesó a traición sus sueños. Dedujo que se había pasado horas durmiendo al ver que la claridad que entraba ahora era mucho más luminosa. Calculó que ya había pasado el mediodía.

La consciencia siniestra de que Myrna había sido secuestrada por unos soldados, y seguramente también Breann, le heló la sangre en el primer golpe.

Una garra de hielo le apretó el corazón nada más abrir los ojos, y en sus sienes latió con violencia una idea aterradora.

Estaba solo en el mundo.

A pesar de eso, se percató de que lo que en realidad lo había despertado era otra cosa. Delante de la casita, unos perros ladraban enloquecidos. Recordó a los hombres que lo perseguían y no pudo evitar un escalofrío. De todos modos, hizo un esfuerzo por serenarse. Al fin y al cabo, la casa estaba tapiada. Mientras no tirasen abajo el muro, estaría a salvo.

De repente, una voz de hombre hizo callar a los perros al empezar a bramar. Estaba claro que pretendía que lo escuchara todo el mundo.

—¡Pueblo de Plouharnel! —vociferó el capitán—. ¡El rastro de un fugitivo nos ha conducido a este lugar! Llevamos horas explorando los alrededores de vuestra población, pero la pista se pierde aquí. Por lo tanto, estamos seguros de que el criminal sigue dentro de la villa.

Aydan contuvo la respiración. El criminal, había dicho.

Los vecinos salieron de sus casas, dubitativos. La presencia de seis soldados del conde no era habitual y, desde luego, tampoco tranquilizadora. De todos modos, la perspectiva de que un delincuente estuviera escondido entre sus calles parecía más preocupante aún.

—Pese a no ser más que un muchacho, está acusado de llevar a cabo crímenes terribles. ¡Prácticas aberrantes! ¡Pactos con el mismo diablo! —La voz reverberaba contra las paredes de las calles silenciosas bajo la lluvia—. ¡Si alguien lo ha visto, debe confesarlo inmediatamente! —Los aldeanos cruzaron miradas de desconcierto—. Y, sobre todo, ¡advertimos a quien se le ocurra ocultarlo, o tratar de protegerlo, que lo llevaremos preso también! —Todos percibieron el tono de amenaza. Al no recibir respuesta, continuó—: ¡Ahora vamos a registrar todas las casas, hasta dar con el fugitivo! ¡Quien oponga resistencia tendrá que responder ante la justicia! ¡Estáis avisados!

Aydan se quedó inmóvil al oír cómo empezaba un revuelo confuso, provocado por los soldados. Los vecinos fueron obligados durante horas a franquear sus viviendas y a sacar todos los muebles a la calle, pero a nadie se le ocurrió protestar. Cualquier abuso era preferible a provocar la ira de los soldados.

Sus enseres fueron tirados sin miramientos en medio de la calle, sobre el lodo. Consternados pero resignados, no pudieron hacer más que contemplar cómo se empapaban sus bienes más preciados. Atraer sobre sí la atención de los militares hubiera sido mucho peor.

Cuando llegó el atardecer, la villa entera había sido inspeccionada. No quedaba casa, cuadra ni cobertizo por explorar hasta el último rincón. Allí donde parecía haber un escondite inaccesible, los hombres hurgaban con sus espadas. Las clavaban a ciegas, con una brutalidad que hacía estremecer a los vecinos. Si el niño se hubiera ocultado en alguno de aquellos escondrijos, lo

habrían atravesado de lado a lado.

«Traedlo vivo o muerto, aunque eso sea lo último que hagáis en vuestras miserables vidas». Las palabras de un Cearbhall pálido y crispado resonaban en los oídos del capitán.

—¿Estáis seguros de que no ha atravesado el pueblo? ¿No se habrá marchado por otro camino? —Hacia el final del atardecer, el capitán se enfrentó a sus hombres. Ya casi no había luz en la calle. Tantas horas de registro infructuoso empezaban a escamarlo—. Tal vez los perros no hayan podido rastrearlo ahí fuera, entre las huellas de esta gente. ¿No?

—Esa sería la primera vez que estos animales pierden un rastro, señor —respondió el centinela que sujetaba a las bestias.

«Y esta es la primera ocasión que un mocoso se ríe de mí de esta manera», rumió el capitán.

Los soldados, agotados tras veinticuatro horas de persecución ininterrumpida, miraron alrededor con gesto de desconcierto. No lograban vislumbrar, por muchas vueltas que le daban, dónde se podía haber metido aquel endiablado chiquillo.

—Señor —observó uno de repente, mirando una casita abandonada en medio de la calle principal—. Aún no hemos registrado ahí dentro.

Todos contemplaron la casa. La puerta y las ventanas estaban tapiadas con piedras.

—¿Y cómo se supone que iba a entrar ahí? ¿Atravesando las paredes, como un fantasma? —protestó otro, harto de tanta búsqueda en vano y de aquel frío húmedo que le entumecía hasta el ánimo.

El capitán se quedó observando la casa, indeciso. Parecía imposible entrar allí, en efecto. Por eso descartó la opción de tirar abajo el muro que sellaba la puerta. Demasiado trabajo para unos hombres ya muy cansados. Una posibilidad disparatada que no valía la pena explorar. En cambio, se dispuso a organizar una batida por parejas a lo largo de los tres caminos que salían de Plouharnel.

Sin embargo, no llegó a dar ninguna orden.

De repente, uno de los perros, tras husmear el suelo, empezó a ladrar hacia la casita tapiada con una furia inesperada. Los soldados se miraron sorprendidos. Tal vez la única opción que parecía imposible fuera la buena. Algo habitual, aunque parezca lo contrario, sonrió el capitán.

—Tirad la puerta —ordenó, tras unos momentos de duda.

Ya no quedaba luz cuando lograron entrar. Con una antorcha en la mano, el jefe descubrió al instante las huellas negras de unos zapatos pequeños por todo el suelo de la cocina. Era el rastro de alguien que había estado caminando por la casa desde la chimenea, y que había vuelto a introducirse en la salida de humos para huir por el tejado.

Con toda precaución, metió la antorcha por el agujero y miró hacia arriba.

Al principio no logró ver nada, pero después atisbo el cielo en el otro extremo.

—Nuestro fugitivo entra y sale por las chimeneas —vociferó con decisión—. Ahora tenemos un rastro fresco, marcado con huellas de carbón. No hace mucho que escapó por este tubo, pero a buen seguro que ya habrá bajado de los tejados. A estas horas ya estará dejando tras de sí esta villa de Plouharnel a toda prisa. ¡En marcha, soldados de Vannes! ¡Ya no podrá huir mucho más!

Esta vez, los perros sí encontraron la pista saliendo de la aldea. El grupo avanzó con rapidez en la dirección contraria a la que traían al entrar en Plouharnel. Los huidos siempre cometen los mismos errores cuando están agotados, volvió a sonreír el capitán.

Pasan a ser previsibles.

Ordenó avanzar con calma. Por mucho que corriera aquel mocoso, ya no tenía escapatoria posible. Ahora le pisaban los talones, y antes o después, el agotamiento acabaría por vencerlo. Y aquello no lo era todo. Se estaba metiendo él sólito en un callejón sin salida. Todos sonrieron al ver que el camino elegido por Aydan se internaba en la península de Quiberon. Un estrecho brazo de tierra que se adentraba varias millas en el mar. Un cabo alargado del que no se podía salir por ningún lugar, excepto por donde se entraba.

Aydan corrió cuanto le permitieron sus piernas exhaustas.

No aflojó desde que había descendido de los tejados hasta que dejó atrás la última casa. Ya era noche cerrada, y salvo las horas que había dormido esa mañana en la casita, llevaba huyendo sin descanso desde el día anterior. Día y medio sin probar bocado, aterido y cada vez más débil.

En cuanto dejó atrás el pueblo, aminoró. La oscuridad y la bruma apenas le dejaban ver el suelo. Tuvo que avanzar despacio, tanteando con los pies para no acabar fuera de la calzada.

A pesar de la lentitud desesperante de su avance, percibió que los ladridos de los perros no parecían ganarle terreno. Dedujo que la velocidad de los soldados no debía de ser superior a la suya. Además de enfrentarse también a las tinieblas, sus perseguidores tenían que asegurarse de no perder el rastro de nuevo. Con todo, la evidente calma de los hombres de Vannes le hizo concebir un presentimiento helado.

No tenían prisa porque sabían que no había escapatoria.

La noche fue larga, pero pasó fugazmente. Aydan salió varias veces del camino, metiéndose entre la maleza para tratar de entorpecer la persecución. Sin embargo, tuvo que volver atrás en todas las ocasiones, pues tanto a derecha como a izquierda siempre se encontraba con el mar. Un océano enfurecido que rompía con fuerza contra los acantilados.

Después de varias idas y venidas, comprendió la parsimonia de los

soldados. Se había metido él sólito en una trampa. El pánico lo atenazó, pero apretó la mandíbula. No podía hacer otra cosa que seguir adelante. Llevaba consigo el carácter de Breann y de Myrna.

Decidió que jamás se iba a rendir. Ellas nunca se daban por vencidas, por feas que se pusieran las cosas.

Podían arrinconarlo. Cerrarle todas las salidas. No obstante, de una cosa estaba seguro: no lo cogerían vivo. No les daría la opción de torturarlo. No iba a confesar unos crímenes horrendos que ni él ni las dos mujeres habían cometido jamás.

Cuando por fin llegó el amanecer, Aydan advirtió que la patrulla le pisaba los talones. Quiso apretar el paso, pero ya no le quedaban fuerzas. Miró alrededor, buscando una salida, pero no había ninguna.

Se encaminó directamente hacia una punta rocosa que azotaba la espuma del mar. Al mirar atrás, distinguió a sus perseguidores en la lejanía brumosa. Los perros seguían ladrando con furia, y hasta llegó a apreciar una sonrisa de triunfo en la cara demacrada del capitán. Los demás parecían demasiado agotados como para sonreír a pesar de estar a punto de darle caza.

Siguió caminando hacia el acantilado, dedicándoles de vez en cuando una mirada más furibunda que temerosa.

Cuando ya la luz de un alba grisácea iluminaba una costa agreste, batida por las olas salvajes y el viento glacial, Aydan llegó al borde del acantilado. Entonces plantó los pies en el suelo de roca y levantó la cabeza hacia sus perseguidores. Estaba al límite del agotamiento, pero se percató de que se hallaba sobre una especie de puente natural labrado en la roca. Una arcada excavada por los embates de las ondas durante miles de años.

Bonito lugar, pensó. Aunque sea para morir.

Los seis hombres lo rodearon con parsimonia, formando un semicírculo que le cortaba todas las salidas.

Él los vio acercarse, desafiante. Siempre hay salida para quien no tiene nada que perder, decían sus ojos. Retrocedió despacio hasta el borde del abismo.

—No hagas tonterías —le espetó el capitán, alzando la voz sobre el rugido del mar—. Te llevaremos al castillo. Nada más. No hay razón para que te tires.

Aydan no respondió. Era una pequeña sombra recortada contra el horizonte violáceo de la alborada. La lluvia arrastraba el carbón de la chimenea de Plouharnel, formando alrededor de sus botas un charquito negro. Los soldados lo contemplaron con un temor supersticioso. La figura negra de aquel chiquillo criado entre brujas se recortaba contra la espuma de un mar furioso.

El capitán se alarmó al ver que daba un último paso atrás para situarse justo sobre la rompiente. Su rostro ennegrecido mostraba una convicción

imperturbable. Las olas inmensas batían justo debajo, contra las rocas. Si saltaba, calculó, iba a ser imposible recuperar el cadáver.

«Vivo o muerto, pero traedlo», habían sido las palabras de Cearbhall.

—¡No te va a pasar nada! —bramó el militar sobre el estruendo de la marejada.

Las últimas palabras de Myrna regresaron, nítidas, a la mente de Aydan. No podía fiarse de nadie. Si lo torturaban y lo obligaban a confesar, las dos mujeres serían condenadas a la hoguera.

Sin más salidas, cerró los ojos y se dejó ir. No tenía más opción si quería protegerlas. Solo le quedaba caer de espaldas desde el acantilado. Nada importaba ya. Solo ellas.

Solo que no lo atrapasen vivo.

XLVI

Un huracán sigiloso descargó toda su furia sobre las almenas de Vannes.

La conjura se puso en marcha de inmediato. Las prisas obligaron a Cearbhall a improvisar de mala manera lo que pretendía ser un juicio, pero que no pasó de mera farsa. El permiso de Waroc'h y el estado crítico de Patern obligaban a actuar de inmediato. Para el consejero, se habían alineado los astros. De repente, cada segundo era vital.

A una sala secundaria del castillo condujeron, encadenada, a la druida de Morbihan. El público enmudeció al verla entrar. Pese a haber sido seleccionados por el nuevo regente, la consternación se posó sobre los miembros del tribunal como un gran pájaro invisible.

Los hombres de Cearbhall sentaron a la acusada y al jurado en unas sillas traídas a última hora desde el comedor. Entre la concurrencia, estaban las personas convocadas a toda prisa por el consejero. Las que se habían pasado a su bando gracias al oro inglés. Caras bien conocidas por Myrna, en cualquier caso.

Todos miraban al suelo, incómodos. Aquello parecía más una reunión improvisada que otra cosa. Nada que ver, desde luego, con un juicio de tan alta relevancia. Nadie diría que la vida de una mujer estaba en juego. Y no la de una mujer cualquiera, además, sino la de la mítica sanadora de Karnag. La misma que había salvado cientos de vidas entre aquel mismo vecindario a lo largo de los años.

Cearbhall se mordió el labio al contemplar el panorama. El gesto cariacontecido de sus hombres de confianza y las caras consternadas de los letrados reflejaban vergüenza ajena. Aun así, no dudó. No había tiempo. La

carta blanca que le había dado Waroc'h avalaba todo aquello, aunque no fuera más que un mal apaño. Hubiera justificado cualquier cosa, de hecho. Ya se preocuparía en el futuro de apuntalar una versión convincente.

El joven se mostró firme cuando todas las miradas se clavaron en él nada más empezar el juicio. Nadie daba crédito a lo que estaba pasando, pero su gesto de convicción contagió a casi todos. Casi, porque a pesar de su impasible autoridad, la precipitación con que se había organizado el auto no iba a quedar sin efecto. Aquella exagerada celeridad resultaba demasiado vergonzosa para uno de los miembros del jurado.

—¡Esto es intolerable! —Todos se volvieron hacia la voz, sorprendidos, y comprobaron que quien protestaba era un arcediácono bien conocido por la rigidez con que observaba la fe—. El conde, ausente. La convocatoria, atropellada y carente de rigor. El jurado, del que creo formar parte, no cumple con los mínimos requisitos legales. ¡No se puede tomar a la ligera un juicio como este, señores! ¿Quién se hará responsable de tal aberración?

Cearbhall se quedó pálido como la cera, pero aguantó. Por supuesto que aquello no respetaba la ley eclesiástica, pero el fin justificaba los medios. Eso debería pensar aquel arcediácono protestón, pensó. No su fin particular, sino el fin de cualquier auto de fe. Glorificar la auténtica religión. Eso era.

Él mismo había seleccionado para aquel tribunal a los religiosos más implacables. Solo así se aseguraba que la vieja fuera condenada a la horca. Con las pruebas que había logrado reunir, el ajusticiamiento sería inevitable. Desde luego, lo que menos se esperaba era que la intolerancia de aquel maldito cura se proyectara contra el acto en sí, y no contra la bruja que iba a ser juzgada.

Antes de que todas las miradas de la sala se centrasen en él de nuevo, tuvo tiempo de hacerle una seña discreta a su capitán.

El soldado, un segundón que de la noche a la mañana había ascendido al escalafón más alto del castillo, era ahora el jefe del ejército de Gwened. Sin dudar, se acercó al religioso y lo agarró de un brazo, arrastrándolo de mala manera hacia la puerta.

—¡Soltadme! —vociferó el arcediácono—. ¡Esto es una farsa! ¡Los juicios deben respetar escrupulosamente la ley!

Los gritos del hombre siguieron escuchándose incluso después de que lo hubieran echado con cajas destempladas. Myrna, sentada en medio de la sala, atravesaba a Cearbhall con la mirada. A esas alturas ya sabía que el conde se debatía entre la vida y la muerte un par de estancias más allá. De otro modo, Patern no hubiera consentido semejante atropello. Aguantaba imperturbable, pero tenía el corazón encogido. No dejaba de pensar en Breann y en Aydan, y en la agonía que debía estar pasando su viejo amigo.

Ella era la única que podía salvarlo.

No obstante, estaba claro que aquel traidor iba a impedir que lo atendiera. Al fin y al cabo, la muerte del conde era exactamente lo que él buscaba. En

cuanto eso sucediera, el condado sería suyo. Waroc'h estaba muy lejos, y demasiado enfrascado en asuntos de alta política. Vannes quedaría en las manos de aquel conspirador sin corazón.

La sala quedó sumida en un silencio incómodo. Finalmente, tras cruzar unas señas disimuladas con Cearbhall, un fraile empezó a hablar en voz alta con total tranquilidad. Casi con jovialidad, como si aquello fuera algo trivial. Nadie sabía que estaba a un paso de convertirse en capellán del castillo. Si su papel llevaba a la bruja al cadalso, él pasaría a ser el confesor personal del conde. Ese era el trato.

—Como hombre de fe que sois, estimado Guido, supongo que estaréis tan interesado como yo en erradicar este tipo de prácticas de nuestro señorío. —Cearbhall había recabado los correspondientes informes antes de elegirlo.

La ambición de aquel joven cura y su falta de escrúpulos eran exactamente lo que él necesitaba. Al sellar el pacto le pidió que se mantuviera atento a una posible convocatoria. Era previsible que el juicio se fuera a celebrar en cualquier momento. La red de influencias del consejero se había extendido sobre Morbihan con el paso de los años, y para entonces ya llegaba a cada aldea del condado. Unos labios fríos susurraban, pegajosos, tras las nucas de los vasallos. Y siempre encontraban a aquellos dispuestos a venderse al mejor postor.

—Damos comienzo al proceso contra Myrna Ménec —anunció Guido Perrot, sobre los gritos ya lejanos del arcediácono—. Los cargos que se le imputan a la acusada, tras las numerosas denuncias recibidas, se resumen en uno solo. En concreto, se la acusa de practicar magia negra. Brujería y artes demoníacas contra la gente de toda la región de Morbihan. Tal y como estipula la ley, forman el jurado prestigiosos miembros de la comunidad religiosa. Hombres de fe de destacada trayectoria, siempre vigilantes para preservar la moral y defender la palabra de Dios, nuestro Señor.

¿Las «numerosas denuncias»?, se extrañó Myrna. No dijo nada, pero sonrió con desdén. En las dos horas siguientes presenció sin inmutarse cómo varios testigos afirmaban haberla visto llevar a cabo prácticas aberrantes. Extraños rituales, según los declarantes, que en algunos casos habían provocado incluso la muerte de las personas implicadas.

Aunque impasible, la sanadora negó levemente con la cabeza.

«Ellos vinieron a mí. Sabían que el intento de curarlos era desesperado. Que la gravedad de sus dolencias era extrema. Lo que tan deliberadamente estáis omitiendo es que yo siempre les advertí de los peligros que corrían, y que ellos decidieron aceptar el riesgo voluntariamente. Lo cual no es de

extrañar. Sabían que, si no lo intentaban, morirían sin remedio. Nada podían perder».

—Hasta en los casos de las personas que supuestamente curó, ¡quién sabe si no lo hizo a cambio de vender sus almas al maligno! —vociferó una falsa curandera de Saint-Colomban que había tenido que cerrar el negocio porque todos sus pacientes, hartos de tanto fraude, habían acudido a la gran sanadora de Karnag.

«No decías eso hace apenas tres años, cuando te libré de aquella infección en los oídos que te hacía enloquecer de dolor».

—Todo el mundo dice que las piedras hitas que rodean su casa, ídolos paganos, al fin y al cabo, son las que le proporcionan su poder. Que los espíritus de los viejos druidas son los que la poseen para que pueda hacer todo eso —declaró, sin levantar la vista del suelo, una criada del castillo.

Era una madre soltera que había recibido una de las monedas de oro inglés. El mismo joven que lo observaba todo desde un lateral había sido quien se la había puesto en la mano la tarde anterior. «Ya sabes lo que tienes que hacer. Y ni una palabra a nadie». Ella había asentido, cabizbaja. Estaba a punto de convertirse en su nuevo señor. Cómo haberse negado.

La vieja sanadora, esta vez, la observó con el ceño fruncido.

«Todo eso es lo que le salvó la vida a tu hijito hace apenas seis meses, cuando me lo trajiste porque llevaba dos días llorando sin parar».

Sin embargo, esperó en silencio. El juicio era cada vez más patético. Una pantomima ridícula y mal representada. Podía ser peligroso, pero sin una confesión suya ni hechos probados que la incriminaran, la probabilidad de ser condenada a muerte era prácticamente inexistente.

De momento, solo se habían presentado en su contra conjeturas vagas e inconsistentes. Suposiciones circunstanciales derivadas de opiniones poco fiables.

«Nunca tendrás pruebas concluyentes, Cearbhall Pornichet, porque nunca he hecho nada de lo que se me acusa. Y desde luego, no esperes que yo confiese haber pactado con el diablo. Para empezar, ese diablo vuestro ni siquiera existe más allá de vuestra imaginación».

Lo único que le preocupaba a esas alturas era que no le dejaran atender a Patern. Estaba claro que la muerte del viejo conde era el auténtico fin de todo aquello. Un entretenimiento destinado a desviar la atención de lo realmente importante: que solo ella podría salvarlo.

No contaba con la última jugada de Cearbhall.

Fray Guido tomó la palabra tras el testimonio de la criada para anunciar con mucho postín una última declaración. El regente se puso tenso cuando escuchó el anuncio del monje, y un brillo fugaz atravesó sus pupilas.

—¡Pase al estrado la auténtica matrona de la villa de Karnag, Nolwenn Legoff!

Por segunda vez, la sanadora esbozó una sonrisa irónica. La «auténtica» matrona.

Nolwenn hizo su entrada con gran artificio.

Su dramatismo, aunque forzado, captó al momento la atención del público. Una mirada baja y un estudiado gesto de aflicción adornaron su trayecto hasta la ruda silla que el oficiante llamaba estrado. En cuanto se sentó, la mujer empezó a pasarse un pañuelo blanco por los ojos para secarse unas lágrimas que nunca llegaron a aflorar.

Durante más de media hora, la partera respondió a las preguntas de Perrot. Entre sollozos, fue relatando cada una de las veces que había visto emplear artes oscuras a la druida de Kermario, como la llamó. Nolwenn sobreactuaba ante las preguntas del fraile, que ya se frotaba las manos. Los dos habían sido convenientemente aleccionados por Cearbhall.

Todo había sido estudiado al detalle.

Los miembros del jurado, a pesar de todo, los contemplaban con cara de circunstancias. El proceso se estaba revelando como lo que había parecido desde el principio, una farsa forzada e inconsistente. A punto de concluir, aún no se había presentado ninguna prueba sólida. Ni la primera. No para una sentencia de muerte, al menos. No había más que unas declaraciones imprecisas que podían dar como resultado una suave condena. Poco más.

Como mucho, una purificación con agua bendita y un propósito de enmienda.

No obstante, la función aún no había terminado. Cearbhall escondía un dato que nadie esperaba. Ni Myrna, siquiera. El momento culminante de su plan estaba a punto de llegar. Pasándose la lengua por las comisuras, esperó con impaciencia.

—Además de todas esas ocasiones, *madame* Legoff —El acto ya se estaba prolongando demasiado. Por eso, y a raíz de una nueva seña de Cearbhall, Guido procedió—, ¿habéis presenciado alguna otra práctica sospechosa? ¿La evidencia de algo que se pudiera considerar un hecho demoníaco?

Nolwenn captó el tono, y supo que por fin había llegado su momento. La victoria que había estado esperando durante años. La ocasión definitiva para poner en su sitio a aquella vieja presuntuosa.

La partera simuló un nerviosismo afectado, pero eficaz. Por un momento, hizo como si la angustia no le dejara hablar.

—La he visto… la he visto salir de noche, y encaminarse al camposanto —indicó por fin, rompiendo en sollozos—. Y… después… —Las pausas dramáticas eran parte del guion.

—Proseguid, *madame* Legoff.

La expectación creció en la sala. La actuación de la mujer estaba creando el efecto previsto. Cearbhall tuvo que contenerse para no reír abiertamente.

—¡La vi profanar cadáveres! —exclamó por fin, como si la tensión

acumulada en su interior hubiera estallado de golpe tras años de sufrimiento silencioso—. ¡Vi cómo excavaba las tumbas donde acababan de enterrar a algún pobre hombre! ¡Y también vi cómo les hacía magia negra a los cuerpos de los pobres difuntos! ¡En Karnag y en otros sitios! ¡Lo juro!

Todos, público y jurado, soltaron una exclamación horrorizada. Esta vez, Myrna sintió un escalofrío. Por vez primera a lo largo de toda aquella burda función, percibió que existía un peligro real. Al parecer, aquella miserable se había dedicado a espiar a Breann en sus incursiones nocturnas. Se le erizó la piel. Tal vez aquella farsa no tuviera como único fin que nadie pudiera ayudar a Patern.

Quizás ella también estuviera en la lista.

—¿Estáis segura de lo que estáis afirmando? —El oficiante seguía punto por punto el guion diseñado por su señor.

El nuevo mandatario de la casa de Gwened disfrutaba del espectáculo moviendo los hilos sin necesidad de hacer nada. Ya todo estaba hecho por el incipientemente todopoderoso Cearbhall de Pornichet.

—¡Incluso bebés! ¡Niñitos pequeños, fallecidos al poco de nacer! —Como era previsible, Nolwenn omitió que aquellos niños habían muerto por culpa de su ineptitud.

El espanto creció entre los asistentes con esa revelación.

—¿Podéis probar lo que estáis declarando ante este jurado?

Nolwenn se ocultó la cara entre las manos, como si el dolor no la dejara hablar.

—La persona a la que vi hacer esas cosas terribles era una mujer y salía de su casa, pero no podría jurar que fuera Myrna Ménec —respondió, tapándose la boca con el pañuelo—. La oscuridad no me permitía distinguir bien, y ella siempre iba cubierta…

Ahora, la exclamación fue de decepción.

Los miembros del jurado habían estado conteniendo la respiración mientras hablaba. Había aparecido un testigo que podía decantar el juicio hacia la pena de muerte. No obstante, ante su última afirmación emitieron un resoplido dé desencanto. Si la única persona que había presenciado el delito admitía de aquella manera que no la podía identificar con claridad, no tenían nada. Nada en absoluto.

No había pruebas definitivas que avalaran su testimonio.

—Sin embargo —prosiguió Nolwenn, tras otro silencio lloroso, para satisfacción de Cearbhall—, lo que sí puedo afirmar es que se trataba de una mujer, y que salía por las noches de la casa de la acusada. Siempre lo hacía cuando había un enterramiento por los alrededores de Karnag. —Unos sollozos sobreactuados interrumpieron sus palabras otra vez. La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo—. Quiero decir… esa persona no podría ser más que la propia acusada o su aprendiza… esa joven escocesa tan extraña

con la que convive desde hace años.

Entonces, Myrna sintió que se le paraba el corazón.

La estrategia del nuevo señor de Vannes acababa de revelar su rostro más siniestro. Ante los pies de la sanadora, hasta ese instante tranquila, acababa de abrirse el infierno. Un abismo aterrador que no solo amenazaba con engullirla a ella, sino también a Breann.

—Hacemos constar al jurado que esa aprendiza, *mademoiselle* Airdsgainne, está detenida en el calabozo de esta fortaleza. Hay indicios, tal y como confirma la testigo, que podrían involucrarla en esos delitos terribles —señaló Perrot, pasando un vistazo fugaz sobre la acusada para comprobar el impacto causado por sus palabras. Al ver la consternación en el rostro de Myrna continuó, satisfecho—. *Madame* Legoff, vuestras acusaciones son muy graves… ¿podríais aportar alguna prueba que las avale?

Myrna, anticipando la respuesta, se supo perdida. Si confesaba, la condena por brujería la mandaría a la horca. Pero si no admitía los hechos, sería sometida a tortura. Al tormento que fuera necesario con tal de arrancarle una confesión. Y, en cuanto se hubiera rendido, la enviarían directa al fuego purificador. Y seguramente no solo a ella.

—Las pruebas están en las tumbas de los desgraciados que fueron profanados —dijo sollozando Nolwenn entre convulsiones espasmódicas, llevando el fingimiento a su máxima expresión—. Recuerdo exactamente sus nombres y las lápidas bajo las que hallaremos sus cuerpos. Por tanto, señoría, solo habría que examinar esos cadáveres… al menos los más recientes, para comprobar en ellos los efectos de la magia negra practicada por una de estas dos… mujeres.

Una expectación justiciera se apoderó de la sala. Los miembros del jurado, hasta aquel momento hastiados, echaban ahora fuego por los ojos.

—Así pues —concluyó el fraile, saboreando ya la victoria—, solicitamos al poder condal, representado por el señor de Pornichet por designación directa de Waroc'h de Gwened, que autorice el pío interrogatorio a *mademoiselle* Airdsgainne. También solicitamos la exhumación de alguno de esos cuerpos en presencia de los miembros del jurado. Así comprobaremos la veracidad de los hechos denunciados por *madame* Legoff.

Myrna se quedó definitivamente sin aliento. «Pío interrogatorio» significaba tortura, era obvio.

Breann iba a ser sometida a un tormento espantoso. Además, aunque lograra resistir, los cadáveres desenterrados iban a mostrar las marcas de las intervenciones. Gracias a las maquinaciones de Cearbhall y a la intervención de Nolwenn, las dos iban a ser quemadas en la hoguera. Con toda la piel erizada, trató de pensar. Sin embargo, tras una búsqueda frenética de alternativas, comprendió que solo le quedaba una opción.

Su voz irrumpió, decidida, provocando que todas las miradas se dirigieran

a ella. Al verla, todos se quedaron sin habla. Su cara arrugada estaba pálida como la de un muerto, pero su dignidad se mantenía intacta.

Al escucharla, a muchos les pareció estar ante una auténtica bruja.

—Eso no va a ser necesario —declaró, lívida pero tranquila—. Asumo todos los delitos que se me imputan y me confieso culpable. Breann Airdsgainne no tiene nada que ver.

Una exclamación de horrorizada sorpresa recorrió la sala antes de ser cortada por un ademán enérgico del oficiante. Perrot se apresuró a ordenar silencio ante la mirada apremiante del consejero. Tenían la presa entre los dedos, había que impedir que se les pudiera escurrir.

—¿Comprendéis que, de ese modo, estáis aceptando la condena que se aplica a los delitos de brujería? ¿Al terrible crimen de practicar magia negra? ¿De sellar pactos con Belcebú?

Myrna asintió, imperturbable.

Cearbhall sonrió. Lo había logrado. La vieja sería ejecutada al amanecer. Ya nadie podría salvar a Patern. El condado de Vannes acababa de caer en sus manos.

Se esforzó por disimular la euforia que desbordaba su pecho.

Por fin era el dueño y señor. Sin embargo, se sorprendió al constatar que otra idea predominaba sobre la ambición. Contuvo una sonrisa perversa. Sí, lo que en ese instante desbordaba su piel era otra sensación. Algo que tal vez fuera insignificante para los demás, pero que a él le ponía al borde del delirio.

Breann Airdsgainne, la aprendiza de bruja, era ahora su prisionera.

Allí estaba, cargada de cadenas en el calabozo del castillo. Indefensa y sola, sin que nadie pudiera interceder por ella. Desvalida, encerrada y perdida en la penumbra. Tuvo que reprimir un estremecimiento de placer. La muchachita rubia, aquella escocesa frágil pero indómita, ya era suya.

Estaba a su completa merced.

XLVII

La noche se ve más negra cuando los monstruos acechan.

Patern se iba apagando entre pitidos ahogados. Impotente, Eusébe daba vueltas sin poder hacer nada por remediarlo. Ni el rumor de la lluvia ni el aire frío aliviaron su desesperación al asomarse a la ventana. No dejaba de recordar una y otra vez aquel proverbio que había escuchado tantas veces. En efecto, aquella noche fue muy negra. Y muy larga.

Todo cuanto intentó para aliviar el sufrimiento de Patern fue en vano. En cuanto Beadur hubo desaparecido entre la lluvia y la niebla, comprendió que

todo estaba perdido. Aquel resquicio de esperanza se había cerrado igual que se había abierto. De golpe.

Aun así, se pasó la madrugada buscando un tratamiento.

Intentó imitar los remedios que le había visto poner en práctica a la jovencita la última vez, sin éxito. No tardó en comprender que hacía falta un conocimiento que él no tenía. Solo una de las sanadoras de Morbihan podría salvar la vida de Patern. El problema era que una de ellas acababa de ser sentenciada a un ajusticiamiento que se iba a ejecutar en cuanto despuntase el alba, y la otra estaba encerrada en el calabozo del castillo. Encadenada e incomunicada, tal y como había ordenado Cearbhall.

La impotencia lo consumía. No hacía más que dar vueltas frenéticas y mesarse la barba. A veces se acercaba a la cama. Entonces se disparaba su angustia. La respiración del viejo señor sonaba como el fuelle agujereado de una cornamusa carcomida. Además, hervía de fiebre, pese a la húmeda frialdad de aquella noche de invierno.

Llegó a implorar la colaboración de los soldados que él mismo había reclutado años atrás. Traer a Myrna parecía ya imposible, pero podían hacer que Breann atendiera a Patern y luego devolverla al calabozo. Les recordó cómo los había acogido en el castillo cuando no eran más que unos muchachos imberbes. Nada más que unos chiquillos, dotados de gran fortaleza física pero temerosos. Hasta llegó a apelar a la amistad que habían forjado a lo largo de los años. Insistió una y otra vez, pero no encontró en ellos más que evasivas imprecisas y gestos de resignación. Síntomas de un terror mudo que parecía haberse extendido por todo Vannes.

Cearbhall había afianzado su red de influencias con hilos de acero.

Los que aún no habían sido sobornados temblaban al imaginar un futuro bajo su autoridad. A Eusébe ya no le sorprendía nada, visto lo visto. Incluso aquella farsa que pretendían llamar juicio había sido orquestada bordeando la ley con una precisión sibilina.

Maldijo su propia candidez. Todo aquello había pasado delante de sus narices y él no se había enterado. Estaba claro que aquel desastre había sido previsto minuciosamente. La incapacidad de Patern y la colaboración de un Waroc'h ausente en cuerpo y alma. La laxitud legal, consecuencia de la debilidad de la Corona, y la intencionada distorsión de la realidad que habían descrito los testigos. Una concatenación que había llevado a aquel jovencito de familia humilde a convertirse, contra todo pronóstico, en el omnipotente regidor de Vannes.

Inaudito, sin duda. Aquel niño piojoso que solo unos años atrás sobrevivía a duras penas al frío y a la miseria, aquel chiquillo escuálido que cazaba ratas para comer, era ahora poderoso como un conde.

La estrategia de Cearbhall había acabado por revelarse como una jugada maestra. Una combinación letal de malicia y osadía lo habían llevado a lo más

alto de un solo golpe. De hecho, solo el señor podía convocar un juicio por brujería, y aun eso en representación del poder real. El tribunal eclesiástico podía emitir sentencia, pero nadie más que el gran señor de la ciudad, y solo por delegación del mismísimo rey de Francia, podía ordenar un ajusticiamiento. Incluso en el caso de una sentencia de muerte como aquella, consecuencia del más terrible de los delitos.

Y sin embargo, él lo había conseguido. Sin temor a las consecuencias. Sin importarle que la legalidad del proceso pudiera ser cuestionada si la sanadora era finalmente ejecutada. Algo, por otra parte, que a esas alturas ya parecía inevitable. Daba igual. Si Patern moría, a nadie le iba a preocupar todo eso.

El canto de un gallo lo sacó bruscamente de su ensoñación. Un amanecer grisáceo iba tomando forma muy despacio. Con él llegaría el asesinato más vil.

El ajusticiamiento de la gran Myrna Ménec. La legendaria druida de Morbihan, capaz de curar las peores enfermedades. De revivir a los moribundos que llegaban a ella con un pie en el otro mundo.

De repente, el conde se revolvió entre las sábanas empapadas por el sudor. Su respiración entrecortada empezó a emitir un gorjeo líquido que hizo estremecer a Eusébe. Los primeros rayos, pálidos y fríos, asomaron tras las colinas más distantes. La campana del castillo repicó una sola vez.

Un toque siniestro, heraldo de la infamia. La campanada anunciaba el acto público que estaba a punto de dar comienzo en el patio de armas. La multitud empezó a ocupar posiciones alrededor del cadalso. Un murmullo expectante auguraba el inicio de un espectáculo estremecedor. La justicia divina se disponía a descargar toda su furia en el mismo corazón de la ancestral Gwened.

Consternado, el señor de Loudéac oteó el panorama. Las nubes de tormenta serían el marco perfecto para la horca. El tiempo se acababa. Un cuervo empezó a graznar desde las alturas. Todo estaba listo. Entre el público, la expectación era máxima. Estaba a punto de suceder algo grande.

Se avecinaba el ahorcamiento de una bruja.

XLVIII

Beadur voló contra la lluvia y el viento.

Desde Vannes hasta los campos de menhires de Karnag no había duda posible ni era preciso seguir rastro alguno. Solo había que correr.

Ni la negrura de la noche ni el lodo de los caminos aminoraron su carrera. No podía permitírselo. Le llevaban demasiada ventaja.

En cuanto llegó a las piedras hitas, se detuvo. Necesitaba recuperar el

aliento para escrutar bien las huellas. Se esforzó por respirar acompasadamente. Pronto, su corazón empezó a latir más despacio. Se concentró en el suelo. Ahora tenía que encontrar un rastro: las huellas de seis centinelas y tres perros de caza.

No le costó apreciar que la hierba estaba aplastada alrededor de la piedra de Kermario. Los perros habían husmeado el suelo allí. Siguió las huellas de las botas en lo que percibió como un avance decidido hacia el bosque. El calzado militar había dejado un rastro bien marcado. Empezó a trotar de nuevo. No había un segundo que perder.

Por lógica, el chiquillo ya debía de haber caído en poder de sus perseguidores. La huida había empezado al atardecer del día anterior. Tiempo de sobra como para que seis soldados profesionales lograran dar caza a un niño indefenso. «Una noche y un día enteros y, además, lo que va de esta madrugada —pensó—. Demasiada desventaja. No es más que un pequeño de ocho años perseguido por perros de caza». Sin embargo, no bajó los brazos. Una convicción ardiente seguía viva en su interior.

Pero ese niño es Robert de Gwened, se dijo.

A pesar de las circunstancias, que la persecución diese comienzo precisamente en aquel lugar le pareció un buen presagio. La piedra de Kermario, impasible y milenaria, lo vio desaparecer como una exhalación entre la floresta. La famosa profecía perdida, ahora estaba seguro, se refería al chiquillo. Apretó el paso con ánimos renovados. El glorioso destino del elegido no se podía ver truncado por unos toscos esbirros, ni por un miserable que se había hecho con el poder en Vannes a base de insidias. Cogió aire. Había esperanza.

Aguanta, pequeño. Estoy en camino.

La persecución lo llevó hacia el noroeste, atravesando lo más profundo del bosque. El niño había debido de pernoctar en algún escondite. Era probable que los soldados hubiesen tardado en dar con él. Comprobó satisfecho que había que vadear un par de riachuelos para seguir su rastro. Tras un par de revueltas dubitativas, el rastro de las botas había girado bruscamente hacia la villa de Plouharnel.

La madrugada ya estaba avanzada cuando el guerrero atravesó el pueblo. Allí había muchas idas y venidas. Era como si los soldados hubieran recorrido una y otra vez todas las calles. Pronto comprendió que solamente necesitaba detectar por dónde se habían marchado. Se dejó guiar por el instinto y acertó. Ya al primer intento, detectó un rastro incluso más nítido al otro lado.

Los fugitivos se hacen previsibles cuando están agotados, frunció el ceño. No era buena señal.

Corrió para alejarse de Plouharnel. Sobre el barro del camino, el rastro era ahora tan claro como las estrellas en el cielo. Las huellas más pequeñas, que identificó como de Aydan, estaban tiznadas de negro. Era extraño, pero eso

no fue lo que más le inquietó. Lo más preocupante era la dirección en la que avanzaban. Se dirigían al camino de Quiberon. Un callejón sin salida.

Apretando los dientes, se adentró en la trampa. Conocía bien aquella península estrecha y alargada. De allí solo se podía salir de dos maneras. O volviendo sobre los propios pasos o por vía marítima. Y ninguna de las dos eran una opción para el pequeño.

Nuevas idas y venidas llamaron su atención. Tanto el niño como los soldados habían salido del sendero una y otra vez para volver a él más adelante. Supuso que tanto el uno como los otros habían perdido mucho tiempo en aquellos rodeos. Tiempo que él ganó, como el que habían pasado en Plouharnel. Para él no había alternativa posible. Solo podía avanzar hacia el sur.

Por fin, la oscuridad de la noche fue dando paso a una claridad débil y brumosa que se abría paso despacio desde un horizonte ceniciento. Las olas rompían contra los acantilados que flanqueaban la senda, y la luz reveló un rastro aún más nítido.

Apretó el paso. El alba siempre es mala noticia para un fugitivo.

Un poco más adelante, el rastro abandonaba definitivamente el camino. Los pasos de los soldados se separaban en aquel lugar. Eso, caviló, solo podía significar una cosa. Lo habían acorralado. Por eso habían decidido desplegarse en abanico. Para cerrarle todas las escapatorias. Alzó la vista del suelo y oteó la lejanía. Entonces los vio. Una escena sorprendente estaba desarrollándose, en ese mismo instante, justo al borde del acantilado.

El niño, que por algún extraño motivo parecía una sombra negra, se había detenido junto al abismo. La pequeña figura se recortaba contra un mar verdigris que rompía con estruendo. Inmóvil sobre un arco rocoso y de espaldas a las olas salvajes, Aydan amenazaba con dejarse caer.

Beadur se estremeció. Se veía claramente que el niño estaba decidido a no dejarse atrapar.

Los seis soldados se iban acercando a él con mucho cuidado. Los perros ladraban furiosos. Apenas quedaba tiempo. Si seguían arrinconándolo, acabaría por dejarse caer a la rompiente.

Se lanzó hacia delante con más velocidad que precaución, pues la atención de los hombres estaba focalizada en el pequeño. Además, el viento le daba de frente. Eso evitaba que los perros pudieran olerlo. Se apostó unos veinte pasos por detrás de los soldados. Entonces se deshizo de la capa. Se quedó vestido solo con la ropa de combate. Las armas que siempre llevaba camufladas quedaron a la vista. Una espada corta de hoja curva y un arco de bajo alcance.

En apenas segundos, preparó el ataque. La docena de flechas que rodeaban su muslo izquierdo estaban dispuestas. Acabó de reconocer el terreno. El diagnóstico era claro. Ninguno de los soldados sospechaba que los vigilaban desde atrás. El chiquillo, en cambio, sí lo había visto acercarse. Beadur

percibió con satisfacción que había logrado disimular la sorpresa.

En efecto, Aydan había visto cómo un guerrero se apostaba a espaldas de sus perseguidores. Entonces se detuvo. La decisión mostrada hasta ese momento derivó en una expectación desconcertada. Con aquella especie de fantasma gris que se acercaba se abría un nuevo escenario.

Antes de llevar a cabo una decisión sin vuelta atrás exploraría las nuevas opciones. No conocía las intenciones de aquel asaltante inesperado, pero cualquier alternativa a ser apresado por los guardias de Vannes o a suicidarse merecía una oportunidad.

Beadur Njöror, el espía hospitalario forjado en el entrenamiento militar más exigente del mundo, se preparó para la batalla. Tenía en contra la desventaja numérica, pero todo lo demás estaba a su favor. Sorpresa, armamento y posición. La vegetación baja de la ribera le ayudaría a hacerse invisible. El rugido de las olas amortiguaría sus pasos.

Aun así, una ventaja prevalecía sobre todas las demás. Un factor determinante lo llevaba a afrontar aquel combate desigual con confianza. Los centinelas de Gwened, a pesar de entrenar diariamente en el patio de armas del castillo, no eran más que meros aficionados comparados con los letales guerreros de Rodas.

Beadur sacó el arco con decisión. Sin perder un instante, apuntó al hombre que tenía más cerca. El primer dardo salió zumbando y atravesó el corazón del soldado, que cayó desplomado sin poder emitir ni una queja. Los otros, más adelantados que él, ni se enteraron. Aydan abrió mucho los ojos al ver que uno de los perseguidores caía, pero disimuló.

El arco ya apuntaba al siguiente. Al amparo ensordecedor del mar embravecido, el gauta disparó de nuevo. Esta vez, una racha inesperada desvió la trayectoria. En lugar de atravesar el corazón del soldado, la flecha le entró por el costado izquierdo. Los alaridos del herido alarmaron a sus compañeros. Durante un par de segundos, confusos, lo miraron sin saber qué le pasaba. Al caer al suelo, un dardo emplumado sobresalía de su espalda.

Hubo unos instantes de estupefacción. Los soldados se miraron unos a los otros con expresión aturdida antes de reaccionar.

—¡Nos atacan! —gritó el que sujetaba a los perros—. ¡A cubierto!

Beadur analizó la nueva situación desde su escondite entre la maleza.

Perdido el factor sorpresa, habría que pasar a la siguiente fase del ataque. Los rastreadores no llevaban *arcos*. Para qué, siendo tan improbable poder usarlos en una persecución. De hecho, no solo hubieran sido innecesarios, sino que habrían dificultado su avance. Decidió cambiar de posición para anticipar las intenciones del enemigo. Ya que no lo podían atacar de frente, tratarían de rodearlo arrastrándose entre la maleza.

Pero antes, pensó, soltarían a los perros para que se le echaran encima.

Las flechas siguientes fueron para los animales. El primero aún estaba

amarrado cuando cayó con el cuello atravesado. El segundo corría desbocado soltando espuma, pero su carrera frenó en seco cuando el dardo le salió por la nuca tras atravesarle la boca.

Con el último de los perros de presa, Beadur empleó la espada.

Tras decapitar al animal, estudió de nuevo la situación. Quedaban cuatro soldados. No podían hacerle nada desde la distancia, así que trató de detectar sus posiciones. Si lo lograba, podría seguir atacándolos con el arco antes de pasar al combate cuerpo a cuerpo.

Por un momento, miró de soslayo a Aydan. El chiquillo, más sorprendido que desorientado, permaneció inmóvil. Seguramente estaría preguntándose si aquel ataque le daba una oportunidad de salvarse o si solo se trataba de un cambio inesperado de enemigo. Por lo menos, respiró Beadur, estaba quieto. Eso le daba algo de margen.

Levantándose sobre la maleza, percibió un movimiento extraño en la lejanía. Alguien se arrastraba entre los juncos. Cargó el arco y esperó pacientemente. Al cabo de un rato vislumbró un cuerpo que progresaba despacio, reptando entre los tallos. Solo tenía una fracción de segundo, así que disparó.

La flecha se clavó en un muslo del hombre, atravesándolo de lado a lado. Un alarido de dolor dejó paso a unos gemidos amortiguados. Beadur cogió aire. Ya solo quedaban tres soldados que pudieran presentar combate.

Guardó el arco y caminó escondido entre la espesura. Si se los encontraba uno a uno, su ventaja sería definitiva.

Sin embargo, pese a no ser guerreros de élite, aquellos hombres eran militares de oficio. Ni su talento ni su formación podían compararse con la de los míticos hospitalarios, pero sabían qué hacer en el campo de batalla. Por eso, y porque podía prever sus movimientos, acabó por encontrarlos juntos. Vio que los tres llevaban las espadas en la mano. Sorprendidos, se pusieron en guardia en cuanto lo vieron aparecer. Su desconcierto era evidente. No tenían ni idea de quién podía ser aquel desconocido que, sin motivo aparente, los había atacado por la espalda con precisión mortal.

Al ver que ya no llevaba el arco en posición de ataque, el capitán de la patrulla se encaró con él.

—No sé quién sois ni qué pretendéis —le dijo, mientras los otros se abrían hacia los flancos del atacante—, pero este ataque supone un grave atentado contra la autoridad del condado de Vannes.

Beadur desenvainó con calma.

—Posad las armas —respondió, con una voz tan grave que los soldados se quedaron clavados—. Si las entregáis ahora, prometo que solo os dejaré inmovilizados. Si os negáis, moriréis.

Los tres hombres, ya colocados en posición de ataque, cruzaron una mirada de incredulidad. Aquel forastero se atrevía a exigirles una rendición

incondicional. A ellos, centinelas del gran señor de aquellas tierras. A unos soldados armados que, además, se encontraban en superioridad de tres a uno.

—También vos podéis iros —observó el capitán, en respuesta—. Prometo que os dejaremos ir. No os perseguiremos, pues tenemos que cuidar a nuestros heridos y atrapar al criminal que hemos venido rastreando hasta aquí.

Parecía que el jefe de la patrulla aceptaba que aquel misterioso guerrero era un rival demasiado poderoso. Los otros dos, perplejos, lo miraron indignados. Querían acabar con aquel tipo y, a ser posible, hacerle pagar con el mayor sufrimiento posible el daño que había ocasionado.

—Os hago responsables —fue toda la respuesta de Beadur al ver que no rendían las armas.

Un hospitalario no hace dos veces un ofrecimiento así.

Su ataque cayó sobre ellos como un relámpago. El soldado de su izquierda se desplomó antes siquiera de darse cuenta de que su abdomen había sido atravesado por la hoja del gauta. El de la derecha perdió la mano con la que manejaba el arma cuando iniciaba un golpe de arriba a abajo.

Ante semejante exhibición, el capitán no pudo más que dejar caer la espada. Sin dar un paso, levantó los brazos en señal de rendición. Todo había durado un instante.

—Escuchad —la voz del guerrero resonó sobre el rugido oceánico—. Decidle a ese miserable que os ha enviado que el elegido parte hoy hacia tierras lejanas, pero que un día volverá.

El capitán asintió. No comprendía el significado de aquel extraño mensaje, pero no tenía ninguna intención de discutir. Simplemente memorizó las palabras. Ya que iba a tener que saldar cuentas con Cearbhall; por lo menos tendría algo para darle. Una pista sobre lo que había pasado. Una explicación, por imprecisa que fuera. Algo.

—Regresará, sí. Y cuando llegue ese día, la primera parte de la vieja profecía se cumplirá. —El viento alborotó sus cabellos. No le hizo caso, por mucho que el gélido nordestal de aquel amanecer grisáceo anunciase nieve—. El Guerrero de la Luz, que hoy resiste por segunda vez las insidias de ese malnacido, volverá a la casa de sus ancestros. Y lo hará dispuesto a hacer justicia. Que tiemblen entonces los que no tienen conciencia.

El capitán no pudo más que asentir.

Beadur se giró. La patrulla ya no le preocupaba. Ahora necesitaba ganarse la confianza de Aydan. El niño lo había presenciado todo desde la distancia, y lo miró acercarse con gesto temeroso.

Arrugó la frente al ver que el chiquillo seguía asomado al abismo. No parecía que convencerlo fuera a resultar más fácil que liquidar a sus perseguidores. Apretó los dientes. Un solo paso atrás y la esperanza se habría desvanecido para siempre.

Mientras el capitán atendía a sus heridos, el guerrero se dirigió hacia el

acantilado con la espada ensangrentada en la mano. La batalla apenas había durado unos minutos, y el chiquillo seguía allí parado, expectante. Su mirada lo decía todo. Estaba resuelto a tirarse con tal de no ser atrapado.

Beadur le habló desde la distancia.

—¡Ya no tienes nada que temer! —gritó sobre el estruendo de las olas que rompían tras el chiquillo—. ¡Yo te llevaré lejos! ¡Te pondré a salvo!

Aydan lo observó con desconfianza. Myrna le había dicho que no se fiara de nadie. Desde luego, aquel guerrero cubierto de sangre no presentaba precisamente un aspecto confiable. Estaba armado y era peligroso. Dudó, por mucho que acabara de liquidar a sus perseguidores. Quién sabe, tal vez caer en sus garras fuera más terrible aún.

—¡La última vez me pediste que te mostrara mi espada! —El gauta abrió los brazos en señal de amistad—. ¡Pues bien, aquí está! ¡Ahora te toca a ti enseñarme a colocar trampas para conejos!

Sin saber qué hacer, decidió probar por ahí. El pequeño lo asociaría con aquel viajero afable que lo había abordado una tarde lejana, allá en Karnag. No sabía si el remedio iba a ser peor que la enfermedad, pero no se le ocurría nada más.

La mirada de Aydan le indicó que lo había reconocido, pero también que conseguir su confianza no iba a ser tan fácil. De hecho, al identificar a aquel hombre ensangrentado con el forastero indiscreto de aquel día, el niño dio otro pasito hacia atrás, dispuesto a saltar. Que hubiera tratado de sonsacarlo entonces no ayudaba, desde luego.

Las últimas palabras de la sanadora habían calado hondo en él. El pánico a lo que les pudiera suceder a las dos mujeres y el agotamiento de la huida lo habían llevado a aquella actitud radical. Mejor muerto libre en una rompiente espumosa que torturado en un calabozo hasta confesar. Todo era preferible a ser quemado vivo después de haberle arrancado quién sabe qué terrible confesión. El océano que atronaba a sus espaldas parecía un alivio ante la perspectiva de ser responsable del tormento de Myrna y Breann.

El guerrero dejó caer la espada pese a intuir que aquel gesto tampoco iba a servir de nada. Su cabeza hervía, pero no encontraba una opción. Cada argumento que se le ocurría le parecía ridículo al contrastarlo con la convicción férrea de aquella sombra suicida.

—¡Te llevaré lejos! ¡Te enseñaré a luchar! —Aydan dio otro pasito y se colocó justo en el borde del abismo. Sus talones ya asomaban sobre la vertical. Beadur se preparó para saltar. Si el pequeño se dejaba caer, iría a por él. En el último instante, justo cuando el niño oscilaba ya sobre el abismo, el gauta gritó, desesperado—. ¡Robert, no! ¡No lo hagas!

Las nubes negras dejaron de correr en el cielo, y el rugido de las olas se congeló en un instante de silencio.

Aydan se detuvo.

«Robert».

Así le había llamado Myrna junto a la piedra de Kermario. Sí, con ese nombre, día y medio atrás. Justo antes de empezar a contarle cosas sobre una vieja profecía y un guerrero elegido. Una hermosa historia que los jinetes de Vannes habían truncado en el momento más inoportuno.

Una lucecita se encendió entonces en su interior.

Aquel guerrero conocía el que, según la sanadora, era su auténtico nombre. Tal y como ella lo había pronunciado justo antes de que la raptasen los esbirros de Gwened. En un segundo, mil imágenes relampaguearon ante los ojos del chiquillo. Recuerdos de una tarde soleada a orillas de un riachuelo.

Las palabras de la mujer resonaron entonces, nítidas, en su cabeza:

«Si ese día llegara, fíate solo de tu corazón. La traición adoptará la imagen de la amistad, pero las consecuencias de una confianza ciega serían terribles para ti. Un tormento inhumano, a base de torturas que solo una mente enferma sería capaz de concebir, te llevaría a confesar cualquier tipo de delito pese a no haberlo cometido. El resultado final sería nefasto, como puedes imaginar. Tanto tú como yo, e incluso Breann, acabaríamos abrasados vivos en el fuego purificador».

Beadur lo miraba implorante, conteniendo la respiración. Un aguanieve fina empezó a caer.

«Sin embargo, como te digo, si llega el momento debes seguir tu instinto. Una mano amiga puede aparecer entre la niebla cuando menos te lo esperes. Una mano que podrá demostrar que te conoce de verdad. Que podrá probar que sabe, Aydan, quién eres tú en realidad».

Aturdido, el chiquillo se alejó del precipicio. Dejando guiar sus pasos por una intuición inexplicable, se encaminó hacia el guerrero ensangrentado.

«Solo en ese caso, mi niño, deberás confiar».

En esas encrucijadas, donde la elección es a todo o nada, lo intangible suele ser lo decisivo.

Un poco más tarde, un gauta de larga trenza rubia y una pequeña sombra tiznada de carbón trotaban juntos por el camino que salía de la península de Quiberon. Bajo la lluvia gélida de aquel amanecer gris, Aydan se aferró a la única opción que parecía quedarle. No porque deseara sobrevivir a toda costa, sino porque mantenerse con vida era imprescindible para alcanzar su verdadero objetivo.

La única razón, ya, de su existencia.

Ya no importaban los motivos por los que aquellos hombres habían apresado a Myrna y a Breann. Tampoco el porqué de haberlo perseguido a él por todo Morbihan. Una única idea latía en su mente. No hallaría sosiego hasta vengar a sangre y fuego cada golpe que aquellos malnacidos les hubieran

propinado a las sanadoras de Karnag.

Mientras corría, unas lágrimas negras rodaron por su cara.

Los ojos de Aydan Sneachd desprendían chispas, y una única obsesión ocupaba su alma.

La venganza. Ese era ya el único camino.

Apretó los dientes.

El destino, esta vez sí, estaba escrito.

XLIX

La campana atronó en el patio por tercera vez.

Las puertas de la fortaleza se habían abierto antes del amanecer. El público no tardó en atestar el recinto. Cualquier ajusticiamiento generaba gran expectación, pero este era sin duda un espectáculo singular. La popularidad de la condenada aseguraba un aforo extraordinario.

Los soldados del conde habían activado la alerta máxima, como siempre que se iba a ejecutar a un reo. Así disuadían cualquier posible intento de rebelión. Cada centinela ocupaba su puesto a las puertas de la ciudad, en el adarve o en el propio patio de armas. Todos en posición y bien armados. En ese momento solo faltaban en la guarnición seis hombres, los que habían partido dos días antes con perros de caza, entre la lluvia, tras el rastro del pequeño fugitivo.

El sonido del bronce retumbó contra los muros de piedra.

El cadalso, ensamblado la tarde anterior, le daba al lugar un aspecto tétrico. Hasta parecía que flotase en el aire una tristeza sobrecogida. El silencio ensombrecía los ojos húmedos de las gentes de Morbihan.

El señor de Pornichet vigilaba con los puños apretados desde una ventana. El tiempo se había vuelto cansino, fangoso incluso, pero no podía hacer más que esperar. En cuanto Patern fuera desahuciado, el condado de Gwened estaría por fin en sus manos.

La designación de Waroc'h había llegado justo a tiempo.

Sus pensamientos ausentes vagaron por sendas oscuras. Aquella espera lo estaba matando, y tenía el alma en vilo. Pensaba en el heredero que, abrumado por sus obligaciones lejos de aquella herencia incómoda, le había otorgado un poder casi absoluto sin sospechar las consecuencias de aquella decisión.

No era el único que vivía en ese momento con el corazón en un puño.

En la alcoba del conde, Eusébe Loudéac contemplaba impotente la agonía de

su señor. Fuera, la débil luz del amanecer ya anunciaba una nueva fatalidad. Una tragedia que aún se resistía a aceptar.

Se avecinaba con fragor de tempestades una doble desgracia perfectamente orquestada. Solo Patern podría salvar ya a Myrna y solo Myrna hubiera podido socorrer a Patern.

Un frío sepulcral se apoderó del patio cuando apareció la condenada. Los soldados la escoltaron en silencio hasta el patíbulo. Myrna, encadenada de pies y manos, caminó con la cabeza alta y expresión tranquila.

Pronto empezaron a escucharse sollozos entre el público. Hombres y mujeres apretaban los dientes entre lágrimas, impotentes. Aquella mujer había salvado la vida de muchos de ellos, y de sus hijos. Sin embargo, no podían hacer nada.

Los soldados no le perdían ojo a la multitud, listos para desenfundar al menor movimiento.

Un aguanieve mansa empapó pronto los cabellos de la mujer. Mientras subía lentamente los escalones de madera que conducían a la horca, Myrna miró al cielo. Una vez arriba, paseó la mirada despacio sobre la multitud.

Entonces, cuando el verdugo le pasó la cuerda por el cuello, se rompió el silencio. De golpe, empezaron a escucharse gritos de protesta. Lloros desesperados que clamaban clemencia.

Myrna sonrió, serena. Una vez más, contempló el gentío. Aquel era el empeño al que había dedicado su vida entera. Cada desvelo. Cada lágrima de impotencia. Cada noche sin dormir. Allí estaban las gentes de Morbihan. De toda la Armórica, incluso.

Los testigos comprados por Cearbhall habían supuesto una gran decepción, pero aquel revuelo indicaba que su vida no había sido en vano.

Empezó a nevar.

Al ver los copos caer, su pensamiento viajó lejos. Pensó en el pequeño Aydan, que la acompañaba cuando la detuvieron. Algo en su interior le decía que había logrado huir. Que su destino aún estaba por escribir.

Que las viejas profecías, a veces, acertaban:

Hijo de la nieve, de la muerte nacido.

La vieja sanadora cerró los ojos. Ni siquiera sentía la cuerda que le rodeaba el cuello. Aquella convicción y un camino en paz eran cuanto precisaba.

La nieve acarició su piel arrugada cuando miró de nuevo hacia el cielo.

En ese mismo instante, un chiquillo cubierto de carbón y un guerrero rubio se

adentraban en un bosque. La nieve caía ya con fuerza, pero no aminoraron. Estaban cerca de uno de los refugios secretos de Beadur. Allí se dirigían, al borde del agotamiento, para reponer fuerzas y secarse.

Después vendría la huida definitiva.

En Vannes, Myrna esperaba en el cadalso. Ya solo faltaba que el verdugo accionara el mecanismo que la haría caer. Su cuello se rompería entonces con un golpe seco. Todo habría acabado de una vez por todas.

Cogió aire y esperó. Sin embargo, entonces sucedió algo inesperado.

El público esperaba ya el final con impotencia cuando un tañido brusco hizo que todo el mundo mirara hacia arriba con gesto de desconcierto. La campana del castillo tocaba a muerto.

Todos se miraron, confundidos. La condenada aún no había sido ejecutada.

Tras la sorpresa inicial, Cearbhall sonrió imperceptiblemente. Él fue el primero en comprender por quién doblaban las campanas.

Patern de Gwened había muerto. El condado de Vannes ya estaba por fin en su poder.

El nuevo señor, al ver que el verdugo dudaba, le hizo una señal enérgica. Ignorando el repique, que reverberaba con más fuerza cada vez, le indicó que rematara de una vez el trabajo. No había tiempo que perder. Que el conde no pudiera ya ser curado por Myrna no justificaba que aquella bruja se librara de su sentencia.

Se pasó la lengua por los labios. Sus planes no alcanzaban solo a la política. La muerte de la vieja le ayudaría a doblegar una voluntad demasiado audaz.

En un calabozo húmedo, una muchachita escocesa escuchó el repiqueteo con el alma destrozada. Sin poder hacer más nada, Breann se derrumbó sobre el suelo húmedo y frío. Los muros milenarios del glorioso bastión de Gwened amortiguaron su llanto.

Para ella, se había consumado la peor de las infamias.

L

Aydan asintió en silencio, aún al borde del acantilado.

El hombre, arrodillado, lo miró fijamente. La espuma los salpicaba, mezclada con la nieve, y el viento les silbaba en las orejas.

Antes de una hora, le dijo Beadur, los dos estarían a salvo. Tenía refugios camuflados por los bosques de Bretaña. Tras reposar y coger fuerzas, aprovecharían la oscuridad de la noche para huir lejos.

—Allí estaremos a salvo —le prometió—. Allí aprenderás a luchar.

Aquel fue el argumento definitivo. La idea de convertirse en un gran guerrero hizo que los ojos de Aydan refulgiesen.

Solo así podría regresar un día y hacer justicia.

Aún no sabía que las ásperas llanuras normandas eran lo que aquel futuro le deparaba, pero tampoco le hubiera importado. Ni eso, ni la vida de ocultación en una marisma inhóspita lo iban a frenar en su empeño.

Asintió. Beadur respiró. Partieron.

Dejaron atrás los restos destrozados de la patrulla de Vannes. Al borde del agotamiento, el niño trotó por los caminos. Caminó sobre la nieve, dejando unas huellas negras que pronto se borraban bajo nuevos copos. Tras más de media hora se adentraron en las profundidades de un bosque. Abandonaron el camino junto a un riachuelo para vagar por un laberinto de maleza. Después, el hombre reptó bajo un zarzal que crecía en un resayo. Aydan, al límite de sus fuerzas, lo imitó. Se sentía a punto de desfallecer. Arrastraba el hambre, el frío y el cansancio de una huida interminable. Los dos estaban empapados.

—Entra, deprisa —la voz de Beadur sonó desde el interior de una especie de madriguera.

La maleza ocultaba una entrada cerrada por una portezuela. Estaba bajo el follaje, encajada en la abertura y disimulada con piedras. Allí encontró la boca de un agujero, negro pero seco. El dispositivo para detectar intrusos estaba intacto.

Tal y como había prometido el gauta, estaban a salvo.

Una vez dentro, se pusieron en pie.

El guerrero encendió un candelabro de siete brazos y el refugio se iluminó. Aydan miró a su alrededor con la boca abierta. Un revestimiento de ramas entrelazadas recubría todo el interior, y unos extraños paquetes colgaban de la única viga del techo. Había un buen haz de leña amontonado contra el fondo. Allí, una chimenea se abría paso a través del techo.

Beadur desempaquetó dos bultos. Contenían ropa seca. Tiró junto a la entrada su indumentaria de combate, empapada, y empezó a vestirse con aquel ropaje cálido. Mientras lo hacía, apremió al chiquillo para que lo imitara.

—Te va a quedar algo grande, pero al menos es ropa seca. Remanga las perneras y dale un par de vueltas a los puños. —Aydan apreció que aquel también era atuendo militar—. Ah, y no olvides la capucha. Vamos a hacernos invisibles durante una buena temporada. Hasta que pase el peligro.

Le guiñó un ojo. Después se fue hasta el fondo. En cuestión de segundos, encendió un fuego. Entonces le indicó que se acercara para entrar en calor, y desempaquetó la comida que contenía otro de los hatillos: Un queso tan

curado que parecía una piedra, una especie de pan de centeno, horneado varias veces para que fuera comestible durante mucho tiempo y una carne tan endurecida por el humo que casi no se podía cortar con el cuchillo.

Y por último, un vino que sabía a miel y a especias que sacó de un ánfora sellada con cera.

—Come tranquilo. Por esta vez no importa la humareda —observó Beadur, recostado contra la pared—. La nevada la hace indetectable.

Aydan se quedó observándolo con desconfianza.

—Te aseguro que nadie va a pasar cerca de este lugar.

La sonrisa del hombre lo tranquilizó. El niño, a pesar del cansancio y la preocupación, se maravilló al contemplar aquel escondite. El lugar contenía todo lo necesario para ocultarse mientras durara el peligro.

—¿Qué hay en esos otros dos paquetes? —preguntó, señalando con la cabeza los dos bultos que aún colgaban del techo.

No había abierto la boca desde su encuentro en los acantilados. Estaba claro que el refugio del espía lo había impresionado. Beadur lo observó con gesto compasivo. Ya estaban a salvo, era hora de ocuparse de su estado de ánimo.

Acababa de perder toda su vida de golpe y no era más que un niño de ocho años.

—Remedios para curar heridas —explicó, señalando el primer paquete. Después se levantó—. En este otro hay armas de repuesto. Nunca sabe uno cuándo va a necesitar nuevo armamento.

Diciendo esto, descolgó el segundo envoltorio. Con un movimiento rápido lo abrió, dejando a la vista una espada pequeña, un puñal, un arco de una factura mucho más modesta que el suyo y una docena de flechas.

—Levántate. —Las armas lo distraerían por un tiempo—. Será solo un momento, después podrás acostarte junto al fuego y descansar.

El chiquillo se puso de pie. Beadur le ató la espada a la cintura y el puñal alrededor del antebrazo izquierdo.

—Al principio notarás incomodidad, pero enseguida te acostumbrarás tanto a las armas que no podrás vivir sin ellas. Ya verás, cuando no las lleves te asaltará una sensación rara. Una especie de vacío que nunca se va… un malestar como si salieras desnudo a la calle.

Ya armado, Aydan se acostó sobre su nueva capa. La hoguera ardía con fuerza.

—Duerme tranquilo. Te despertaré cuando llegue la hora de unos.

El pequeño no tuvo tiempo ni de pestañear. Agarrando la empuñadura, se quedó dormido al momento. El cansancio y la calidez del fuego, una vez recuperadas las fuerzas, lo vencieron dulcemente.

Beadur lo observó con gesto taciturno. No podía evitar las conjeturas sobre lo que estaría sucediendo en el castillo. Según Eusébe, las cosas pintaban feas

para la druida de Morbihan. Lo más probable era que ya hubiera sido ejecutada, de hecho. Volvió a pensar que iba a tener que ocuparse del ánimo del chiquillo cuando despertara. Al fin y al cabo, para él, Myrna y Breann eran sus madres.

Acabaría de convencerlo de que no había más opción que huir. Que debían partir a tierras lejanas sin mirar atrás. Que hacer justicia solo sería posible con el paso del tiempo, y que no había alternativa.

Incluso, caviló, a costa de dejar atrás a Breann.

Sí, eso le diría. Y no era falso en absoluto. Rescatarla en aquellas condiciones hubiera sido imposible, aunque ese no fuera el motivo principal para decidirse a huir. La prioridad, para Beadur, siempre había estado clara. Solo importaba salvar al Guerrero de la Luz. Fuera cierta o no la profecía de la piedra de Kermario, aquello era lo único en verdad vital para él.

Cuando la noche cayó en el exterior, Beadur se asomó a la portezuela. Había escampado. La nevada cubría el bosque, pero pudo vislumbrar el cielo estrellado entre las copas de los árboles. Volvió al interior y despertó a Aydan con suavidad.

Después de recoger el resto de la comida y de ajustarse bien la ropa, se pusieron en marcha. Emplearían toda la noche para poner tierra de por medio. Tenían que evitar a los soldados de Vannes, que a buen seguro iban a salir en su búsqueda. En cuanto los heridos que había dejado en los acantilados de Quiberon le contaran lo sucedido a su recién nombrado señor, una nueva montería daría comienzo.

Se pusieron en camino. No había tiempo que perder.

Avanzaron con rapidez sobre el manto de nieve, evitando los caminos y las aldeas. Al cabo de un par de horas de trote, el niño se volvió hacia el guerrero con inquietud. Una idea aterradora lo había asaltado.

—¿Qué le hicieron los soldados a Myrna? —su voz trémula rompió el silencio del bosque.

Beadur apretó los dientes. Al fin, la curiosidad había vencido al miedo a conocer la verdad.

—Su destino ya no está en nuestras manos, Aydan —respondió con voz grave—. Créeme, ahora no hay más opción que escapar bien lejos. Es lo que ellas querrían. Solo así podremos forjar un nuevo futuro.

El niño esperaba aquella respuesta. Pese a todo, presentó una última resistencia. En su interior se libraba una batalla dolorosa.

—Pero vos podríais rescatarlas —protestó. Unas lágrimas ardientes asomaron a sus ojos—. Entonces huiríamos todos a un lugar seguro.

—Ese lugar no existe para ellas —Beadur trató de hablar sin brusquedad, pero tenía que ser tajante—. Nadie podría ya sacarlas del lugar donde se encuentran. Tanto Breann como Myrna han sido acusadas de brujería y encerradas en el calabozo más profundo del castillo. Lo que les pueda pasar ya

no depende de nosotros. Es más, lo único que podemos hacer por ellas es huir. Te aseguro que es lo que ellas desean, Aydan.

Aunque siguió corriendo, el niño se quedó desolado. Su respiración agitada disimuló los sollozos, pero unas lágrimas gruesas empezaron a rodar por sus mejillas. El guerrero lo miró de reojo, con preocupación.

—No pienses, pequeño, solo avanza. —En los momentos límite no hay lugar para la compasión—. Este sendero blanco que se extiende ante nosotros es la única alternativa. Nada hay más allá de sus márgenes sino oscuridad. De nada sirve darle vueltas a lo inevitable.

Aydan apretó la mandíbula. Siguió corriendo sobre la nieve, pero una conversación lejana asaltó su memoria. La vieja Bretaña, y con ella toda su vida, debía quedar atrás.

El dolor le nubló la mirada. Seguía imaginando un intento desesperado por rescatarlas, pero recordó que Myrna no lo hubiera permitido. El compromiso que había asumido con la mujer una tarde remota al lado de un riachuelo se impuso al impulso de su corazón.

No podía hacer más que apretar los dientes y correr. El único futuro posible estaba delante, más allá del horizonte.

Bajo el cielo estrellado, se juró a sí mismo que algún día regresaría. Que volvería para hacer justicia. Para vengar la infamia de aquellos criminales que se escondían tras los muros del castillo.

Su pensamiento voló hacia Myrna una vez más.

Sin pretenderlo, revivió el momento en que la habían detenido. Aquel atardecer frío y gris a la sombra de una piedra inmensa. Sin saber por qué, ante él apareció nítida aquella imagen como el vestigio perpetuo de la sapiencia antigua. Aquel había sido el último legado de la sanadora antes de ordenarle entre dientes que se esfumase.

Mientras el Penn ar Bed quedaba atrás, Aydan recordó la gran piedra hita.

El milenario menhir de Kermario, testigo mudo de una magia antigua.

LI

Aunque sorprendentes, las órdenes de Cearbhall fueron categóricas.

Se aplazaba la ejecución de la bruja. No podía haber espectáculos mientras durase el duelo.

Los soldados se apresuraron a desalojar el patio de armas bajo el repique fúnebre. Entre la muchedumbre, confusa al principio, se extendió la noticia como el fuego por la maleza seca. El conde de Vannes acababa de fallecer.

En el castillo se inició una actividad frenética. Había que organizar el

funeral.

Era el pretexto perfecto para vaciar el lugar de público, aunque los verdaderos motivos fueran otros. El nuevo regente le había visto las orejas al lobo justo a tiempo. La protesta crispada que se había elevado desde la multitud amenazaba con desembocar en una especie de revuelta. Un posible alzamiento que obligase a intervenir a la guarnición del castillo, por pequeño que fuese, hubiera tenido unas consecuencias fatales. Algo así iba a ser difícil de justificar ante un Waroc'h que tenía que estar a punto de llegar.

El nuevo conde y sus hermanos se pondrían en camino en cuanto tuvieran noticias de lo sucedido. Al fin y al cabo, eran caballeros de la más alta estirpe de Bretaña. Hubieran acudido al entierro de su padre aunque para ello tuvieran que recorrer medio mundo.

Cearbhall asintió en silencio. No había contratiempo que no pudiera afrontar. Patern había muerto antes de lo previsto, pero tal vez fuera mejor así. Algunos soldados habían mostrado un absurdo temor ante el ajusticiamiento de la druida de Morbihan. Era preferible evitar una situación potencialmente peligrosa. Visto lo visto, trataría de llevarlo con más discreción.

Myrna sería ejecutada sin público. Así se evitaría un revuelo innecesario.

Pasada media hora desde el amanecer, en el recinto fortificado solo quedaban unas pocas personas. Cinco soldados del círculo más íntimo del consejero, los miembros del jurado y el verdugo. Todos circunspectos bajo la nieve.

Una sombra glacial había posado su manto sobre el bastión de Gwened.

También estaban allí, mirándose fijamente, Cearbhall Pornichet y Myrna Ménec.

El regente dio orden de que se ejecutara la sentencia. Ante la consternación de todos y el gesto de pavor de algunos, la sanadora sonrió. La mirada que le dedicó, ya con la soga al cuello de nuevo, hizo que todos se estremecieran. Sus ojos no reflejaban el miedo a la muerte. Más bien transmitían una especie de augurio justiciero. La certeza de que aquella afrenta sería cobrada algún día.

Cearbhall apartó la vista cuando el verdugo dejó caer el cuerpo menudo de la anciana. El chasquido de las vértebras al quebrarse resonó contra los muros del patio como un palo seco al partirse en dos.

Una ráfaga helada atravesó los huesos de los testigos. La infamia se había consumado, y había sido gracias a su colaboración. Se supieron abocados sin remedio a una condena eterna.

No hay cárcel más lóbrega que una conciencia culpable.

Ateridos, se arrebujaron, pero no había ropa que pudiera abrigarlos. No, al menos, del frío que ellos sentían en ese momento.

La legendaria sanadora de Morbihan, la druida de Karnag, estaba muerta.

Todos salieron del patio a toda prisa, ahogados por una certeza negra.

El terrible crimen que acababan de cometer iba a perseguirlos hasta el fin de sus días.

Horas más tarde, la nieve caía sobre Eusébe.

Plantado en mitad del patio de armas, el alcaide era incapaz de reaccionar. Entre lágrimas, contempló cómo el cadáver de Myrna oscilaba trétricamente bajo la nevada. Apretó los puños, abrumado por la impotencia. Cearbhall había ordenado dejarla allí.

Los preparativos para el funeral del conde eran prioritarios, había dicho.

Pero no. Aquella maniobra era un paso más en la estrategia de terror orquestada por el nuevo dirigente del condado. El cuerpo colgado de aquella mujer era, en realidad, el aviso definitivo que el joven enviaba a todos sus enemigos.

Eusébe, viejo y cansado, se quedó allí plantado.

En un principio había barajado la opción de convencer a Waroc'h de que su valido era en realidad un traidor. Un insidioso que había dejado morir a Patern, impidiendo que interviniese la única persona que lo podría haber salvado. No obstante, pronto descartó la idea. Esa teoría iba ser insostenible ante el nuevo conde. Todo estaba bien atado, por desgracia. Myrna había sido acusada de cometer el delito más terrible, y condenada por un tribunal eclesiástico.

Cearbhall argumentaría que el mayordomo podía estar hechizado, o poseído por el diablo, y que por eso defendía a la bruja. Y Waroc'h, entre la urgencia y la tristeza, no iba a estar en condiciones de asumir fuego cruzado.

Entre el desánimo y el aturdimiento, Eusébe claudicó. Ya no podía hacer nada por las dos mejores personas que había conocido. La hiel de la derrota acabó con las escasas fuerzas que le quedaban. Patern había muerto. Ya nada tenía importancia.

Aquel jovenzuelo que había llegado al castillo sin nada más que hambre y piojos se había convertido, tras aquella jugada maestra, en señor de Vannes. Nunca sería conde, pero iba a dirigir el señorío. Y con solo veintidós años, negó con la cabeza.

Haciendo gala de una astucia asombrosa. Sin dejar cabos sueltos.

De momento, pensó, solo podía seguir desempeñando su cargo con eficiencia y fidelidad. Siempre al servicio de la casa de Gwened, tal y como había jurado en su día. Lo que había hecho toda la vida.

No había más opciones, de momento. Solo le quedaba resignarse y esperar tiempos mejores. Algo que iban a hacer la mayoría de vasallos, y también algún alma destrozada que había sido apresada a traición.

El mayordomo no era el único corazón desolado en el castillo.

Aunque su carácter indómito hubiera sido forjado entre las nieves de Inverness, el golpe había sido demasiado duro. Encerrada en el calabozo más profundo, Breann Airdsgainne no podía dejar de llorar. La sapiencia antigua se había perdido para siempre.

La mujer que la atesoraba había sido vilmente asesinada. La última gran sabia de los hijos de Gael estaba colgada en una horca. Perrot había bajado con gesto compasivo a contárselo todo. El testimonio de Nolwenn había provocado la confesión autoinculpatoria de Myrna. Una asunción de culpa destinada a proteger a la propia Breann, que era quien en realidad se había dedicado a profanar cadáveres en los camposantos. Eso había bastado para condenarla.

En cuanto se quedó sola, la joven sanadora cayó al suelo, devastada.

Su maestra oscilaba como un trapo tendido a merced de los elementos cuando, en realidad, debiera ser venerada en los altares. Ella, que había dedicado toda la vida a los más necesitados. A los que sufren.

Pero el dolor de Breann, aunque ella no lo supiera, no era íntimo. Cearbhall la observaba desde la distancia, al amparo de la oscuridad. Ella escuchaba sus ruidos amortiguados al fondo, pero no podía verlo.

Él, sin embargo, la miraba hechizado.

Ya no le preocupaban los asuntos del condado. La versión que tenía pensado ofrecerle a Waroc'h y a los otros once caballeros de Gwened había sido preparada minuciosamente. Atesoraba argumentos poderosos, y había comprado testigos con generosidad. Tenía a Eusébe bajo control, y lo había dispuesto todo para que no hubiera imprevistos. Y, sobre todo lo demás, estaba seguro de que Patern no iba a desmentir sus tesis.

Así las cosas, confiaba en la solidez de su posición. Todo estaba atado, y bien atado.

Ahora, su ansiedad provenía de aquella muchachita. La tenía encerrada y a su merced, pero seguía viéndola inaccesible. No tenía ni idea de qué decirle, llegado el momento. Temía su reacción. Algo en ella conservaba la bravura que lo había encandilado. Tanto, que no se hubiera atrevido a acercarse. Solo sabía que no podía dejar de espiarla, y que sentía la necesidad enfermiza de poseerla. De hacerla suya contra su voluntad, como si fuera una yegua salvaje. Indómita, pero sometida.

Ya solo faltaba que le trajeran al chiquillo. Aquel carácter ingobernable tendría que ablandarse entonces. Sí, iba a tener que doblegarse si no quería que nada le ocurriese a su «pequeño fuego».

Apenas unas horas después del ajusticiamiento, el cadáver del conde reposaba en el salón principal. El funeral había sido preparado con todos los honores que requería el rango de un caballero de tan alta alcurnia. El señor de

Pomichet observaba el ataúd con la mirada perdida.

Un poco antes del mediodía, su hombre de confianza se acercó por detrás con sigilo. Estaba tan absorto que lo sobresaltó al tocarlo en un hombro.

—Perdón, mi señor —balbució el soldado ante la mirada asesina de Cearbhall—. Es urgente. La patrulla que salió tras el rastro del fugitivo acaba de regresar.

En el salón, los vasallos velaban a su señor. El joven salió discretamente. Un escalofrío de placer le hizo esbozar una sonrisa. Aquel era el único detalle que faltaba para rematar su plan. La última tribulación que le había robado el sueño en aquellos días extraños.

En cuanto el pequeño estuviera a buen recaudo ya no habría ninguna nube sobre el horizonte; y la patrulla que había enviado tras él, a pesar de aquella inexplicable tardanza, estaba de vuelta. Ya no quedaba nada de lo que preocuparse.

Ni se le pasó por la cabeza que sus hombres pudieran volver con las manos vacías. Lo único que les había encomendado había sido atrapar a un niño de ocho años, solo e indefenso. Un chiquillo que no tenía a dónde ir en pleno invierno. Y se habían llevado los perros.

Por eso su sorpresa fue incluso mayor.

La sonrisa se petrificó en su cara al encontrarse de frente con el capitán de los rastreadores. El hombre, exhausto, se quedó mirándolo con cara de circunstancias. Se le veía consternado, y en vez de un comando triunfante lo acompañaba un solo soldado. Un hombre que estaba herido, según parecía, en una pierna.

—Nos atacaron a traición —se apresuró a indicar el capitán, anticipándose a las preguntas de su señor—. Justo cuando habíamos acorralado al fugitivo, empezó a caer sobre nosotros una lluvia de flechas. No sabíamos ni de dónde provenían. Antes de que nos diéramos cuenta, ya habían caído tres de nuestros hombres.

Cearbhall perdió el color.

No había contemplado como opción que Aydan pudiera huir. Tenerlo como rehén era, tal vez, el aspecto principal de su plan para alcanzar una posición sólida. Aquel era, por tanto, el puntal sobre el que se asentaba su estrategia. Y todo gracias a un factor fundamental: a esas alturas, ya nadie más conocía la auténtica identidad del chiquillo. Myrna era la única, a no ser que la escocesa hubiera estado al tanto todo el tiempo. Aunque eso, estando entre rejas, carecía ya de importancia.

Que su primer pensamiento fuera para Breann le hizo torcer el gesto. Capturar a Aydan era la garantía que necesitaba para someterla.

—¿Cómo que… os atacaron? —titubeó, con una voz ahogada por el miedo—. ¿Quién? ¿Cuántos eran?

El capitán clavó la vista en el suelo.

—Fue una emboscada. —El hombre trataba de justificar lo que, en realidad, sabía imperdonable—. Como os digo, las flechas cayeron sobre nosotros por sorpresa…

La impaciencia de Cearbhall, avivada por el pánico, no pudo resistirlo más.

—Hablad de una vez, imbécil —le siseó entre dientes.

El soldado bajó aún más la cabeza.

—Era un solo guerrero, mi señor, pero… nos atacó por la espalda y no pudimos hacer nada… era como un fantasma…

La mirada de Cearbhall se volvió granito. Seis soldados profesionales habían sido derrotados por un solo hombre. Una oleada de sangre le recorrió todo el cuerpo, y la deflagración fue tan evidente que aterrorizó a los centinelas.

—¿Un solo guerrero? —susurró, incrédulo, para después repetir—. ¿Un solo guerrero?

Había tenido la victoria definitiva en la palma de la mano durante unas horas, pero la euforia acababa de esfumarse en un solo instante. Una incertidumbre pavorosa hacía temblar los cimientos de su estrategia, tan minuciosamente preparada. Todo cuanto había planeado durante años pendía ahora de una telaraña por culpa de aquellos ineptos.

Entrelazó las manos. ¿De dónde podía haber salido aquel guerrero excepcional? ¿Por qué se jugaba la vida contra seis hombres armados? ¿Solo para impedir que un niño insignificante fuera arrestado?

¿Qué diablos escondía aquel enigma?

El triunfo que había tenido al alcance de la mano se había transformado en un laberinto donde todas las salidas desembocaban en la niebla. Aterrador, como solo lo puede ser la incerteza. Se quedó inmóvil, cavilando durante unos instantes frenéticos. El tiempo justo para caer en la cuenta.

Al fin, lo vio claro. Solo había una explicación posible para aquel misterio.

Aquella verdad lo dejó sin aliento. Alguien más conocía la auténtica identidad del pequeño.

—Lo siento, mi señor… fuimos masacrados a traición…

Alguien poderoso. Tanto como para arrebatárselo cuando ya lo tenía entre las manos.

La furia y el terror cegaron a Cearbhall. Tembloroso, se acercó al capitán. A pesar de ser prácticamente de la misma altura, el consejero parecía un niño al lado de aquel rudo hombretón de piel curtida por la intemperie.

No pudo soportar más sus excusas. Aquellos tartamudeos timoratos acabaron por sacarlo de quicio, y la presión provocó que explotase de irritación. Sin pensarlo dos veces, lanzó lo que quiso ser un puñetazo a la mandíbula del capitán. Un golpe torpe que, al ser esquivado casi involuntariamente, le hizo más daño a él que a su destinatario. De hecho, no

llegó más que a rozarle un lateral del cuello sin apenas hacerle daño. Sin embargo, un dolor terrible en la muñeca hizo que él se encogiera.

—Salid de mi vista, inútil —le siseó, mientras se agarraba la mano y se retorcía de dolor.

—Mi señor —aún se atrevió a decir el soldado—, os interesará saber que el guerrero os envía un… mensaje. O algo así.

Olvidando por un momento la mano lesionada, Cearbhall se quedó mirándolo en silencio. La cólera y el dolor cedieron paso a una curiosidad temerosa. ¿Le enviaba un mensaje? ¿A él?

Contuvo la respiración.

—Dijo algo así como que el elegido se marcha lejos hoy, pero que volverá algún día. —El capitán, avergonzado, trataba de recordar las palabras exactas del guerrero—. Yo… no comprendo…

Un rayo de hielo atravesó el pecho de Cearbhall.

—Retiraos —respondió finalmente, casi sin voz.

Al quedarse a solas, el pavor le sacudió el espinazo de abajo arriba. Lo imposible había sucedido, sí.

Inspiró profundamente, pero era como si el aire se negase a entrar. Aquello confirmaba sus sospechas. Una mano poderosa protegía al niño, y no lo hacía por casualidad.

Alguien más asociaba a Aydan con el Guerrero de la Luz de la profecía perdida. Ya no solo el rey de Inglaterra o sus esbirros; ni la vieja bruja, Breann o él mismo. Se retiró con pasos vacilantes, mudo y dolorido. Necesitaba pensar.

En la soledad de su alcoba, mientras se aplicaba sobre la muñeca un puñado de nieve recogido en el alféizar, trató de enfriar también sus pensamientos. Necesitaba analizar el nuevo escenario con serenidad.

Nada estaba perdido, se dijo. Visto con calma, no había un peligro a corto plazo. Todo estaba previsto con respecto a Waroc'h. Los argumentos sobre el asunto de la bruja seguían siendo sólidos.

Todo estaba bien atado, se repitió. Todo bajo control.

El nuevo conde seguía necesitándolo. Seguro que seguiría estando demasiado ocupado en los asuntos que el regente de Francia había puesto en sus manos. El caos que imperaba en el seno de la Casa Real, el conflicto que enfrentaba a su reino con Inglaterra. La amenaza de una guerra civil. Todo eso.

Waroc'h necesitaba un hombre de confianza en Vannes. Alguien que gestionara el condado mientras él no pudiera hacerlo. Y ese alguien no podía ser otro que él mismo. No en vano había sido el administrador de su padre, y también su testaferro en la sombra durante los últimos tiempos.

Hasta ahí, la parte que tenía controlada. El aquí y el ahora están bien amarrados, trató de convencerse una y otra vez.

No obstante, a largo plazo se abría una incógnita que oscurecía el futuro. El que había sido un cielo soleado y plácido se había transformado en un horizonte negro que presagiaba tormenta. No sabía quién podía ser el misterioso guerrero que había rescatado al chiquillo, pero una cosa era evidente.

Nadie se jugaría la vida así si no tuviera planes para el futuro del elegido.

Aunque a duras penas, trató de serenarse. Iba a necesitar calma y determinación en las horas siguientes. Lo primero era ejercer de afligido anfitrión. Los doce caballeros tenían que estar a punto de llegar, y de ellos dependía su posición al frente del condado. Era un momento crucial. Cuando todo hubiera pasado, pensó, ya habría tiempo de organizar una cacería. La persecución, según indicaban las circunstancias, podía durar meses. Incluso años. Pero no cejaría en su empeño, eso seguro. Le iba la vida en ello.

Un ruido de cascos en el exterior le hizo volver en sí. Una comitiva de caballeros hacía su entrada en el patio en ese mismo momento, y pudo distinguir claramente al jinete que encabezaba el grupo. Su pulso se aceleró.

Waroc'h de Gwened, ya conde de Vannes, acababa de presentarse en la casa de sus ancestros.

Estaba allí para presidir el funeral de su padre.

El ilustre Patern, señor de Bretaña.

Cuatro días más tarde, un guerrero rubio y un niño de ocho años que hasta ese día apenas había salido de Karnag vislumbraban al amanecer una tierra fronteriza. Tras unas jornadas agotadoras, cobijándose de día entre la espesura y corriendo de noche por caminos secundarios, por fin estaban próximos a su destino. Aydan, con la respiración agitada, escrutó la lejanía.

Ante él se abría un paisaje verde, pero áspero. Un praderío barrido por un viento oceánico, cargado de salitre y humedad, parecía recibirlo con hostilidad. Nada que ver, se encogió, con las tiernas arboledas del Penn ar Bed. La dulce Bretaña quedaba atrás.

Además, algo como una disputa difusa flotaba en el aire. Dos de las potencias bélicas más poderosas del mundo habían hecho de aquella tierra un tablero de ajedrez. El núcleo en ebullición permanente de una guerra silenciosa. De alguna manera, una sombra incierta pendía sobre aquel lugar. Un conflicto inacabable de espías infiltrados y operaciones clandestinas. Y se notaba. Claro que se notaba.

Un malestar frío se apoderó de su ánimo. Sin embargo, al girarse hacia Beadur pudo ver que el hombre sonreía, confiado.

—Ya puedes descansar. —El guerrero, aunque sudando y sin aliento, se veía feliz—. Estamos a salvo.

Aydan, recuperada la respiración, volvió a contemplar el panorama. Tal

vez hubiera mirado mal la primera vez, pensó. Pero no. Cuando volvió la mirada de nuevo hacia su acompañante, se sorprendió al encontrar una sonrisa más amplia aún en su cara. Reconoció la alegría franca del hombre que regresa al hogar.

El niño cogió aire con el corazón encogido. Una nostalgia vacía lo invadió al recordar la casita de Karnag. Al pensar en su bosque y en sus trampas para conejos. En la sonrisa cariñosa de Breann cada día al despertar. En los paseos con Myrna. Las lágrimas quisieron asomar de nuevo a sus ojos, pero la alegre voz de Beadur lo sacudió.

Tal y como se había esforzado por hacer durante toda la huida, el guerrero lo trajo de vuelta al presente. Si se perdía mirando atrás, no podría salvarlo.

—Aquí comienza tu nueva vida, Aydan. Bienvenido a Normandía.

3
Los páramos inexplorados de tu alma

Eso significa que aún no se ha presentado ante ti
tu auténtico camino, Aydan.
Para que eso suceda,
lo que debes hacer es seguir explorando
los páramos inexplorados de tu alma

LII

Castillo de Vannes, marzo de 1407

El tiempo vuela fugaz cuando la mente vibra.

Dos años ya, desde la muerte de Patern. Dos años. Ya.

Hacía tiempo que el condado no vivía una etapa tan próspera. Los últimos tiempos del gran señor habían acusado su decadencia física y anímica. A pesar de la supervisión de Eusébe, aquella había sido una época de claro deterioro. Como si un otoño demasiado alargado hubiera marchitado hasta la ilusión. Pero ahora todo estaba en manos del señor de Pornichet. Las arcas del nuevo conde volvían a vivir el esplendor de los tiempos dorados.

El ilustre Waroc'h de Gwened podía estar tranquilo. Su mayorazgo estaba en buenas manos.

Al menos, eso parecía.

Cearbhall llevaba dos años al frente de la casa fuerte de Bretaña. Tal y como había predicho el párroco de Pomichet un día ya lejano, el joven atesoraba un talento fuera de lo común. Unas aptitudes innatas que, aunque opacas, conseguían unos resultados excelentes. Nada es casual, diría él. No existía el descanso en su día a día, ni cuestión que le pareciera insignificante.

Así debía ser. Tras el turbio asunto del juicio por brujería, cerrado en falso, aunque cerrado al fin, la confianza que Waroc'h había depositado en él dependía de un factor principal: que garantizara la buena marcha del condado sin molestarlo. Sobre todo, en lo referente a las cuentas.

Hasta ahí, Cearbhall estaba tranquilo. Lo tenía todo bajo control.

Sin embargo, aquello no lo era todo. Waroc'h le había otorgado su confianza, pero no estaba ciego. Podía perderla en cualquier momento, pues la opinión de otras personas más próximas a su difunto padre era relevante para el conde ausente.

Entre ellos, la mayor amenaza para el joven regente era Eusébe Loudéac. El mayordomo estaba empeñado en convencer al nuevo conde de que su testaferro estaba llevando a cabo una política indigna de aquella noble casa. Esto ya preocupaba más a Cearbhall. Sobre todo, porque algunos miembros del servicio empezaban a rumorear que Patern podría haber fallecido por su culpa. Según le había llegado, algunos ingratos afirmaban con la boca pequeña que el viejo conde había muerto por negarse él a que lo atendiera la sanadora de Morbihan.

Con la boca pequeña, sí. En cualquier otro caso, ya se habría encargado de poner las cosas en su sitio. Y con mano de hierro, si hubiera sido menester. Ya lo había hecho antes.

Así pues, decidió redoblar sus inversiones en comprar voluntades. Necesitaba mantener a raya a Eusébe y a sus potenciales partidarios. No le costó mucho ahogar las voces disidentes.

Si el problema es el dinero, sostenía, entonces no hay de qué preocuparse.

Su estrategia, unida a su demostrada eficiencia al frente de la gestión del condado, facilitó que Waroc'h siguiera dándole carta blanca desde la distancia.

Así vivió unos años de relativa tranquilidad. La solidez de su posición garantizaba que nadie osara interesarse por la aprendiza de la ejecutada Myrna Ménec. La muchachita escocesa había desaparecido sin dejar rastro, pero indagar sobre su paradero equivalía a un suicidio. Por eso, todos simularon olvidar que había sido encarcelada en el castillo. Tanto lo aparentaron, que acabaron por olvidarlo de verdad.

Apenas había testigos de su detención. Además, que la joven siguiese en el calabozo dos años después era algo inverosímil. Lo más probable, dedujeron, es que se hubieran deshecho de ella en secreto. Y así fue como Breann Airdsgainne desapareció de la memoria colectiva de Morbihan. Como si nunca hubiera existido. Solo Eusébe conservó una duda al respecto. Algo oscuro pasaba en los calabozos del castillo. Demasiado secretismo. Trasiegos extraños, oscuras idas y venidas y silencios cómplices, siempre a destiempo. No acababan de salirle las cuentas. Al fin y al cabo, se había criado entre aquellos muros.

Tras mucho dudar, el señor de Loudéac acabó por preguntarle a Cearbhall

qué había sido de la aprendiza de la sanadora —la bruja, lo corrigió él al punto— de Karnag.

—¿No tenéis cosas más importantes de las que ocuparos? —La respuesta del regente conllevaba una amenaza evidente. Un aviso afilado que bastó para que Eusébe se retirara sin chistar.

Sin embargo, el señor de Pornichet se encerró en su cámara el resto del día. Unos espectros burlones volvían a revolotear sobre su cabecero. La misma cuestión espinosa que lo había desvelado durante todo aquel tiempo daba otro pasito, y la desazón se iba apoderando cada vez más de su ánimo.

El niño. El dichoso niño.

El último detalle de su plan, aquel que en principio parecía el más sencillo, había sido el único que había fracasado. Y ahora, dos años después de la desaparición de Aydan, las pesadillas lo despertaban agitado y sudoroso en mitad de la noche. El terror avanzaba, atenazándolo. Todo se había desbaratado de la manera más inesperada.

El desastre se había consumado junto a los acantilados de Quiberon, con la aparición de un misterioso guerrero. Un fantasma letal que había surgido de la niebla como si proviniera del mismísimo infierno.

Cearbhall vivía obsesionado por la desaparición de aquel pequeño a quien llamaban Aydan Sneachd. El chiquillo supuestamente llegado desde las lejanas Tierras Altas de Escocia. Supuestamente, pues Cearbhall sabía perfectamente que eso no era así. Ni su nombre era Aydan, ni provenía de la ancestral nación de Alba. El pequeño Robert era el hijo pequeño de Alix y de Patern. Esa era la única verdad.

El decimotercer caballero de la casa de Gwened.

El Guerrero de la Luz que acabaría por expulsar de su tierra al cruel invasor. Así lo afirmaban las palabras proféticas que habían sido esculpidas en el menhir de Kermario en tiempos inmemoriales. Cearbhall conocía su identidad, sí. Pero estaba claro que no era el único. El misterioso guerrero de Quiberon también tenía que saber quién era el chiquillo. De otro modo, nada tendría sentido.

Desde aquel día, una espada oscilaba sobre su cabeza. Un peligro permanente le robaba el sueño. Su temor iba más allá de leyendas y de piedras hitas. Profecías druídicas aparte, el chiquillo se había criado con la vieja sanadora a la que habían ejecutado por bruja. Un ajusticiamiento provocado por la certeza de que Myrna había sido quien lo había traído a la vida aquel día lejano. Ella había estado allí bajo la nevada, en las profundidades del bosque, presenciándolo todo. No había más opción.

Ella, y solo ella, tenía que ser quien lo había sacado del vientre de una Alix de Gwened ya decapitada. Quién, si no.

Alix. La madre muerta del niño nonato. La amante esposa del viejo Patern. Un daño colateral. Víctima del miedo supersticioso del rey de

Inglaterra, pero también de la ambición de Cearbhall. De aquel a quien había tratado como a un hijo cuando llegó al castillo no siendo más que un saco de piojos.

Aquella imagen lo perseguiría para siempre. Decapitada sobre la blancura de la nieve. Tirada como un trapo viejo.

Todo por impedir que el elegido llegara a nacer.

En las noches, la preocupación se mezclaba con los remordimientos. No era solo la culpabilidad lo que le roía el alma. Si aquello saliera a la luz, podía darse por muerto. Sin embargo, había más. Mucho más. No solo el fantasma de Quiberon o el niño desaparecido. Las acusaciones veladas que andaban de boca en boca eran veraces. Por eso eran peligrosas. Claro que Patern se habría salvado de no haberse celebrado aquel juicio. Claro que seguiría vivo si aquel día él hubiera permitido que la druida de Morbihan lo atendiera.

Por si fuera poco, de aquello se deducía que alguien más conocía su participación en el asesinato de la condesa. Alguien que sabía lo que había pasado en aquel bosque nevado diez años atrás. De ahí aquella búsqueda frenética. Aquella cacería insomne que lo tenía dando vueltas como un dragón encadenado.

Sus soldados habían recorrido los caminos y los bosques de toda la Bretaña sin descanso. Al no encontrar ni un solo indicio, hasta llegaron a abarcar otras regiones. Batieron Normandía, el país del Loira y Aquitania a lo largo de aquellos dos años. Incansablemente. Sin darse nunca por rendidos. Su joven señor no se lo hubiera permitido.

Salían día tras días a indagar sobre un niño acompañado por un guerrero de acento extranjero, pero regresaban siempre sin resultados. El desvío de fondos que el señor de Pomichet llevaba a cabo para financiar la montería no tenía fin. Todo era poco para aquel cometido.

Por eso Cearbhall no escatimaba recursos. Al fin y al cabo, nada importaba más que aquello.

Si el pequeño Robert aparecía, saldría a la luz su intervención en la muerte de Alix, primero, y de Patern después. Entonces sería él quien acabaría colgado en la horca. En la misma que Myrna, seguramente. Antes o después, se repetía, iba a tener que tomar una decisión drástica. No podía seguir así o acabaría por explotar. De hecho, se le veía demacrado. Llevaba mucho tiempo sin apenas comer ni dormir.

Y sin embargo, no lograba decidirse. La única alternativa que parecía garantizar el éxito le torturaba tanto como la incertidumbre.

Tras darle mil vueltas, y después de dudar durante meses, un día cogió papel y pluma.

Para atrapar a Aydan necesitaba a los mejores. Aquel era un trabajo para auténticos profesionales, no para unos aldeanos vestidos de soldados. Los patanes que engrosaban la guarnición del castillo ya habían mostrado su

ineptitud a lo largo de aquellos dos largos años. Ya era suficiente. Había llegado la hora de contratar al mejor.

Con manos trémulas, Cearbhall escribió en el encabezado el nombre y la dirección del destinatario. Al verla allí escrita, no puedo evitar estremecerse.

Dreng Straw. Torre de Londres.

Y sin embargo, rumió, no había otro camino.

Qué remedio. Tendría que vender su alma al diablo.

LIII

Los recuerdos eran lo único que mantenía a Breann con vida.

La cara sonriente de Morvern. Su mirada orgullosa. Sus gestos, que, aunque ya difusos, le hacían permanecer en pie ante el asedio de la desesperanza. La memoria le ayudó a resistir aquellos años de soledad, oscuridad y silencio.

Los amaneceres blancos en las orillas del Nis. El calor del hogar. Evocaciones inconscientes, rescatadas de rincones ignotos para no sucumbir. Dos años ya, allí enterrada. En el calabozo más oscuro y húmedo del castillo de Vannes. Sin ser siquiera consciente del paso del tiempo. Sin saber si sería de día o de noche fuera de aquellos muros cubiertos de moho.

Pero siempre había algo más. No todo era evocar a Morvern. Por suerte, tenía otra cosa a la que agarrarse. Era un clavo ardiendo, sí, pero servía para mantenerse a flote.

Algo le decía que Aydan había logrado sobrevivir.

Que había huido de aquel joven ambicioso y ruin al que llamaban Cearbhall. Aquel muerto de hambre que, de alguna manera inexplicable, había llegado a lo más alto en el señorío de Gwened. A veces, para afianzar más aquella convicción, repasaba aquel tiempo oscuro. Los primeros días habían sido los peores. Los bronces que anunciaban la muerte del conde la habían hundido en las sombras. Recordaba haber llorado durante días. Tanto si las campanas doblaban por Patern como si lo hacían por Myrna, la más terrible infamia se había consumado sin remedio.

Muerto uno, no había salvación posible para el otro.

Dos días más tarde, una visita inesperada la había obligado a levantarse. Aún entre lágrimas, pálida y demacrada, había tenido que atender la mano dañada de Cearbhall Pornichet. El consejero, ascendido a regente por Waroc'h, pues como tal se había presentado, apareció en el calabozo con el rostro desencajado. Retorciéndose de dolor y con la muñeca derecha hinchada y amoratada.

Breann le curó el esguince con gesto serio. Aquel hombre era el responsable de todo. Muertes, ajusticiamientos y persecuciones. También de que ella estuviera encerrada sin motivo alguno. Mientras lo hacía, permaneció muda. Impasible ante los elogios pegajosos que él le dedicaba cada poco. Sin responder a su sonrisa, tal cual la de una serpiente.

Una culebra venenosa que se dispone a devorar un pajarillo.

Aquel fue un trago amargo, pero le sirvió para regresar desde el infierno. Tuvo que resistir el impulso de matarlo, sí, pero el hecho de ejercer de nuevo reavivó en su interior la luz de la vida. Lo peor vino después. Durante los siguientes meses, Cearbhall bajó al calabozo docenas de veces. Sus pretextos eran cada vez más inverosímiles. Al principio, Breann llegó a creer que lo que quería era ganarse su favor. Reclutarla en su bando para que no lo denunciara ante la justicia al ser liberada o algo así, por raro que pareciera. Lo cierto es que aquello no tenía explicación posible.

Después, dedujo que lo que le interesaba era sonsacarle el paradero de Aydan. Ahí fue donde su corazón renació. Para entonces estaba casi segura de que el pequeño había logrado escapar. Tras darle mil vueltas a todo lo sucedido, aquella era la única opción plausible.

Recordó una y otra vez el papel de Cearbhall en el asesinato de la madre del chiquillo. Ya había tratado de matarlo antes de nacer, era obvio que aquella obsesión por acabar con la vida de un niño indefenso debía de tener algún fundamento. Hasta ahí, aunque se le escapasen los motivos, había una cierta lógica. Lo que no entendía ahora era por qué estaba tan empeñado en atrapar a Aydan.

Hasta donde él sabía, se dijo, el hijo de Patern había muerto aquel día. Sí, Breann se resistía a aceptar que hubiera averiguado la auténtica identidad del pequeño. ¿Cómo podría haberlo hecho? Pero, a pesar de todo, lo más raro eran todas aquellas visitas a una prisionera que nada más le podía dar.

¿Qué es lo que tanto vienes a buscar a este sótano, señor de Pomichet?

Tras mucho cavilar, no le quedó más remedio que aceptar la verdad. A pesar de la impresión inicial, pese a antojársele inverosímil, no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia. Aquel joven, la persona a la que más odiaba en el mundo, la buscaba a ella.

No daba crédito. Una mezcla de miedo y asco le erizó la piel.

La había encerrado. Quería matar a Aydan. Había ejecutado a Myrna. ¿Y estaba interesado en ella? Curiosa manera de conquistar a una dama.

Cada visita disparaba su repulsión. Aquel cortejo grimoso no tenía ninguna cara amable. Pronto cayó en la cuenta, no había sentimientos allí. El interés que Cearbhall sentía por ella era, en realidad, una obsesión malsana. Un deseo animal. Nada más que eso.

Venciendo el asco como pudo, trató de ver su interés como algo que podía ayudarle a salir de aquel lugar. Barajó las ventajas que aquello le podía

reportar, pero pronto las descartó. Se trataba de una necesidad enfermiza de poseerla, nada más. De someterla a su voluntad, como se tiene a una potra salvaje amarrada a una estaca.

Aquello, por tanto, no era una opción. La posibilidad de entregarse a aquel hombre le hacía estremecer de aversión. El panorama no era, desde luego, esperanzador. Peor aún: aquello conllevaba una consecuencia terrible. Algo que se podía prolongar, si nada lo remediaba, para los restos. Al darse cuenta, se le heló la sangre. Iba a ser la eterna rehén de aquel obseso retorcido.

Breann se vio a sí misma ante una bifurcación siniestra. Una encrucijada en la que los dos caminos posibles desembocaban en un destino aterrador. La mera perspectiva hubiera bastado para hacerla sucumbir. Por suerte, aún le quedaban los recuerdos. Con el pensamiento, viajaba cada día hasta el lejano norte.

A evocar la infancia perdida una y otra vez.

Las calles solitarias de Inverness. Los juegos en la nieve. Las chimeneas humeando, con sus siluetas negras recortadas contra un cielo ceniciento. El regazo de Morvern y ese olor inconfundible que nunca había olvidado por completo. Una mezcla de hierbaluisa, alcohol e hinojo. Remedios de curandero.

Pero Breann Airdsgainne no era la única que volaba cerrando los ojos.

En las Tierras Altas de Escocia, un hombre se imaginaba cada día una realidad muy distinta. Cada despertar salía para escrutar el cielo invernal con una sonrisa en la cara. Siempre risueño. Siempre hacia el sur.

Hacia el horizonte pálido tras el que debía de hallarse la vieja Armórica.

Allí estaba su hijita. La pequeña Breann que, según sus cálculos, ya debía de ser una gran sanadora. La última poseedora de la sapiencia antigua, heredada nada menos que de la legendaria druida de Karnag. Su gran orgullo.

Imágenes que, aunque desconocidas, de algún modo insuflaban vida en su corazón. Que le ayudaban a resistir.

La memoria. Aquella era la luz de esperanza que mantenía a Breann con vida. Un fuego pequeño que se avivaba al pensar que Aydan había logrado huir. No sabría explicarlo, pero tenía que ser cierto. La certeza la había golpeado como un fogonazo tras meses de oscuridad. El razonamiento se había prendido de golpe, un día.

Si Cearbhall lo tuviera en su poder, ella ya lo hubiera sabido. Aquel maníaco no dudaría en usar al niño para torturarla. Para acabar de someterla. Hubiera sido la única manera de lograrlo, y él lo sabía. Vaya si lo sabía.

Una esperanza cálida reconfortaba su corazón al pensar en ello. El niño,

que ya andaría por los diez años, tenía que estar escondido en algún sitio. Preparándose para regresar algún día, anhelaba ella. La mera sospecha bastaba para seguir luchando. Para sobrevivir. Aunque fuera así, soterrada en vida.

Cuando abría los ojos, solo había ladrillos húmedos y penumbra a su alrededor.

Sin embargo, cuando los cerraba, todo era posible.

LIV

PANTANO DE COTENTIN, ABRIL DE 1407

Aydan se acercó con pies de plomo.

La serpiente se calentaba sobre una piedra, tendida al sol. Allí estaba, bajo los primeros rayos de la primavera. Una brisa templada anunciaba que quedaban atrás los rigores del invierno. Aun así, las noches todavía helaban los huesos. Por eso estaba allí la culebra, acumulando algo de calor. El chiquillo se aproximó silencioso para no espantarla. Si la cazaba, tendría víveres para sobrevivir el tiempo que le restaba en la ciénaga. Si no, tendría problemas.

Solo dos días más. Entonces habría acabado la misión y se reencontraría con Beadur.

—Serán veintiocho días, Aydan. Estarás solo. Yo tengo asuntos que arreglar.

Así había sido, sin más explicaciones. Tenía que pasar un mes entero en aquella marisma inhóspita sin más útiles que un pequeño cuchillo. Sin la compañía de nadie. Sin emplear el refugio. Sin prender fuego. Sin abandonar, bajo ningún concepto, los límites del pantano. Eso sí, al cabo de una luna tendría que completar un último reto lejos de allí.

—Entrar en Saint Michel no será fácil. —La advertencia del gauta había sido en realidad una despedida—. La abadía es inexpugnable.

Iba a tener que penetrar en el islote fortificado. Ahí acababa su misión. Pero de eso, pensó entonces, ya se preocuparía más adelante. Ahora su única tarea era acechar a una presa que se calentaba al primer sol de la primavera.

En cuanto estuvo a la distancia óptima, Aydan puso en tensión todos los músculos de su pequeño cuerpo. No había dos oportunidades para atrapar una pieza como aquella. Fallar siempre suponía perder la presa, pero con un animal así las consecuencias podían ir más allá. La serpiente podía inocularle su veneno. Seguramente no lo mataría, pero sí lo dejaría fuera de combate por

un tiempo. Si eso sucedía, podía olvidarse de superar la prueba.

Entonces, Beadur se decepcionaría.

Se preparó para el salto tras visualizar mentalmente la acción, tal y como había aprendido. Una racha suave con olor a mar acarició los juncos y rizó las aguas pantanosas. Miles de aves acuáticas habían cruzado los cielos en los últimos días, de regreso de sus migraciones. Fijó su vista en la piedra. El reptil, confiado, esperaba enroscado a que su cuerpo cogiera temperatura. Después continuaría con su cacería de pajarillos y ranas.

No tendría otra ocasión. Como un rayo, Aydan cayó sobre ella y la agarró por la cabeza. Al percatarse de su presencia, ella abrió las fauces para clavarle los colmillos en el antebrazo. El chiquillo fue más rápido, y de un solo movimiento logró apretarle la mandíbula contra la piedra. La serpiente enroscó el cuerpo en su brazo, luchando por liberarse.

Antes de decapitarla de un tajo seco, le hizo escupir el veneno dentro de una botellita de cerámica que llevaba atada al cuello. Así se lo había enseñado el maestro. Después desolló el cuerpo en apenas segundos. Descartó las vísceras y la piel, y se guardó la parte comestible en el zurrón que llevaba bajo la capa.

Llevaba veinticinco días malcomiendo algo de carne, algún huevo de ánade y con suerte un pescado. Ratas, ranas, serpientes. Todo lo que era capaz de cazar, y todo crudo. También alguna planta de las pocas aprovechables que crecían entre aquellos pantanos. Tanto así, que ni sintió ganas de comer.

—Cuando llegues a ese estado, tu cuerpo te lo hará saber. —Que las lecciones de Beadur fueran confirmadas por la experiencia solo era cuestión de tiempo, ya lo sabía—. Entonces comerás y dormirás lo imprescindible. Ahí notarás que estás listo.

La luna asomaba sobre el horizonte, ya en el final de la fase creciente. La observó, pensativo, y sonrió. Ya faltaba poco.

—Cuando la luna vuelva a estar llena como esta noche, Aydan, deberás entrar en la sacristía de la abadía de Saint Michel. Ya sabes, solo si lo consigues habrás culminado tu misión. Hasta entonces deberás sobrevivir por tus medios en la marisma. Aquí, en Cotentin, deberás conseguir todo lo que puedas necesitar.

Caía la noche. Cogió aire y miró alrededor. Aguas estancadas y ciénagas traicioneras. Reptiles y aves huidizas. Cañas y fango, árboles retorcidos y un horizonte plano. Se sorprendió sonriendo de nuevo. Aquella era su casa.

Allí lo había aprendido todo. En aquellos dos años con Beadur, el pantano se había convertido en su hogar. Allí, en Normandía. Quién se lo iba a decir.

Y mucho menos que fuera a ser precisamente aquel lugar, una enorme marisma anegada de agua dulce o salada en función de las mareas. Un lodazal inhóspito donde apenas se aventuraba nadie. Para qué.

La ciénaga separaba la punta de la gran península de Cotentin de la tierra

firme continental. Más al norte, las ciudades de Barfleur y Cherburg miraban al mar con temor. Al otro lado se levantaban, amenazadores, los blancos acantilados de Albión. Una imagen plácida que sugería, sin embargo, un perturbador ruido de sables.

—Este pantano será nuestro refugio. —Se habían instalado al poco de llegar, en un atardecer brumoso—. Aquí encontraremos todo lo que nos pueda hacer falta.

—¿Y qué es lo que nos hace falta? —El niño seguía desconcertado.

Su vida se había desmoronado de un día para otro. Apenas unos días antes vivía plácidamente junto a dos mujeres cariñosas. Inconscientemente tranquilo. Seguro, caliente y seco. Sin preocuparse de nada, en una casita solitaria a las afueras de Karnag.

—Este es un lugar de gran importancia estratégica. Todos los puntos clave de esta guerra silenciosa están a tiro de piedra. Es lógico que todas las labores de espionaje se planeen desde aquí. —La explicación del guerrero no le aclaró mucho, pero sirvió para centrar su atención—. Además, este lugar es tan inhabitable para las personas corrientes que nunca entra nadie. Algún cazador de patos muy de tarde en tarde, si acaso. Y hacen bien en no acercarse. Este pantano es una trampa mortal para quien no conozca los peligros que esconde.

El chiquillo se quedó mirándolo con suspicacia. Su gesto hablaba claro. Quería que le explicara de una vez qué era lo que en verdad habían ido a buscar allí.

Beadur no pudo contener una sonrisa cómplice.

—Y sobre todo —admitió por fin— este es el sitio perfecto para prepararte.

—*¿Prepararme?*

—Vas a aprender el arte de la guerra, mi joven amigo. —Aydan abrió los ojos como platos—. Te enseñaré todo cuanto debe saber un espía, y no uno cualquiera. Un guerrero de élite. De eso va a depender tu futuro.

Por primera vez desde que habían huido de Quiberon, el chiquillo mostró interés por algo. Sin embargo, al escuchar aquello se puso muy serio.

—¿Y si no lo consigo?

El espía tomó aire. Las dudas del niño eran lógicas, pero contrastaban con la convicción de su mirada. Como si quisiera asegurarse de lo que iba a tener que afrontar, pese a no albergar dudas acerca de su propio potencial.

—Este entrenamiento no es para pusilánimes, Aydan —le advirtió el guerrero con voz grave—. Solo hay dos opciones: Superarlo o caer.

—¿Quieres decir que hay peligro de muerte? —En los ojos del chiquillo destelleó un relámpago.

Beadur sonrió de nuevo. Aquel fogonazo, estaba claro, no denotaba

miedo. Tenía que ver, más bien, con el deseo de empezar.

—El peligro de morir, al igual que en combate, será constante. —Aunque el pequeño no lo sabía, aquella era la primera prueba—. Por contra, si completas el entrenamiento, serás un luchador temible. Piénsalo bien, muchacho. ¿Aceptas el reto?

Un brillo siniestro se reflejó esta vez en las pupilas de Aydan. Myrna y Breann, encarceladas en la fortaleza de Vannes, aparecieron como un haz de luz en su pensamiento.

No dudó ni un instante.

—Acepto.

Desde entonces habían pasado dos años. Horas y horas de entrenamiento. Días de recorrer la marisma de punta a punta. Hambre, frío. Semanas enteras sin dormir. Había aprendido a resistir el dolor y el agotamiento, a sobrevivir a situaciones que hubieran matado a hombres hechos y derechos.

Aydan volvió en sí. Aquellos recuerdos parecían ahora tan lejanos como el mismo cielo. Sacudió la cabeza. Tenía que prepararse para la partida. Aun sin hambre, se dispuso a comer algo de la carne de serpiente al amparo del refugio de juncos que había construido entre dos árboles raquíticos. Mientras lo hacía, miró de nuevo al cielo.

La luna se iba elevando muy despacio sobre las marismas azules. En dos días habría alcanzado el plenilunio. Aquella era, por tanto, la última noche que iba a pasar en aquel destierro. Saldría hacia el Mont Saint Michel antes del amanecer. Lo separaban unas dieciocho leguas de su destino. Dos días enteros de marcha y buena parte de la noche. Todo estaba previsto. Una vez allí, tenía que entrar en la sacristía sin ser visto. La última prueba. Casi nada.

Tranquilo, se dijo, recordando las palabras del maestro. La tensión agranda los muros desde la distancia, pero la convicción los devuelve a su auténtica talla.

Se le había encomendado penetrar en el lugar más inexpugnable de la abadía. En el sitio secreto donde los frailes guardan los tesoros más sagrados de la congregación. Visto desde allí, parecía imposible.

Respiró. Mientras masticaba despacio la carne cruda, cerró los ojos para ultimar el plan. De vez en cuando le gustaba encerrarse en sí mismo. Así podía repasar las enseñanzas del maestro sin distracciones.

Las claves para convertirse en un espectro. Las palabras mil veces repetidas por el Fantasma Gris.

Debes hacerte invisible.

Permanecer en un lugar deshabitado como aquel facilitaba ese mandato. Aun así, Aydan se aseguraba varias veces al día de que nadie fuera capaz de detectar su presencia. Por eso comía la carne cruda y empleaba los recursos

que le había enseñado el maestro para mantenerse caliente. Lo que fuera necesario con tal de no encender un fuego. El humo lo hubiera delatado a millas de distancia.

También revisaba periódicamente las pequeñas trampas que detectaban el paso de cualquier persona o animal. Ser invisible era prioritario.

Debes ser autosuficiente.

Refugio, agua y comida. A esos recursos había dedicado el primer día de aislamiento. Aunque llevaba años haciéndolo, siempre era una tarea complicada. Por suerte, tenía mucha experiencia en aquellas lides. Primero, como si fuera un juego, en los bosques de Karnag. Ahora, ya a otro nivel, bajo la exigencia del gauta.

Asegura siempre una salida.

Un escondite secundario. Un cobijo donde guardar material de emergencia por si las cosas se ponían difíciles. Eso fue lo que hizo en cuanto el refugio principal estuvo listo. Ropa de recambio y comida, material para prender un fuego como último recurso. Remedios naturales para tratar una herida o la picadura de algún animal venenoso.

Después, explorar cada poco tiempo las sendas que permitían huir del tremedal. Había que comprobar que seguían siendo practicables. Que podría huir de allí si fuera necesario.

Anticipa el mañana.

La cuarta enseñanza. La más importante. No solo planeaba de antemano el día siguiente, sino que repasaba una y otra vez lo previsto para las siguientes jornadas, Por eso conocía a la perfección cuál era el camino que debía seguir para llegar a su destino. Dos días a buen paso en dirección al atardecer.

Se le erizó el vello al recordar la abadía. Tras sus párpados, vislumbró de nuevo la aguja que se elevaba en lo alto del islote, imponente, dominando la bahía. Se había admirado al distinguirla en la lejanía alguna vez, pero ahora las cosas eran distintas. Ahora tenía que entrar allí. En un lugar en teoría inexpugnable.

Ya había anticipado la hora de la noche en que la marea baja permitía llegar hasta el islote fortificado. También había planeado cómo traspasar las murallas para adentrarse en la sacristía. Era hora de mostrar una determinación sin fisuras. No había opción para el desaliento. Eso también lo había aprendido. Abandonar la seguridad y la calidez del hogar, por inhóspito que fuera. Emprender un camino incierto. Arrostrar el peligro de jamás regresar.

—Esa será tu vida en adelante, Aydan. Espero que la disfrutes. Yo lo hago.

La sonrisa curtida del gauta fue lo último que recordó antes de ponerse con los últimos preparativos.

Se guardó el resto de la carne. No iba a necesitar más provisiones hasta el

final de la misión. Así pues, se dispuso a descansar unas horas antes de partir.

Anhelaba reunirse con Beadur. Su maestro. El guerrero curtido en mil batallas por los desiertos de Oriente. Se acostó, mientras en su cabeza seguían dando vueltas sus enseñanzas. Llevaba cuatro semanas sin verlo. Ni a él ni a nadie. Una eternidad.

Todo un mes así, aislado y solo. Un mes de ruidos extraños en las noches negras y heladas. Sin luz, en las horas interminables de oscuridad. Sin nadie con quien hablar.

—Que no te engañe la noche. No necesitamos más que el suelo bajo los pies y el cielo sobre la cabeza. Lo demás, es todo superfluo.

Ya lo tenía todo listo. Ahora, dormiría unas horas para afrontar la marcha con fuerzas. La caricia nebulosa del sueño lo fue venciendo poco a poco, con la voz de Beadur resonándole en las sienes.

—En este entrenamiento solo hay dos opciones, Aydan. Superarlo o caer.

Solo era cuestión de tiempo que las enseñanzas del maestro fuesen confirmadas por la experiencia. Así había sido hasta entonces.

—Superarlo o caer.

LV

PARÍS, ABRIL DE 1407

Una calamidad tras otra. Así había llegado a ser la vida de Waroc'h.

Aún no sabía cómo había llegado a aquel punto, pero era un hecho. Allí vivía: donde la improvisación y el pánico se convierten en costumbre.

No hacía más que resolver problemas que aparecían justo donde menos convenía. La Corte era un campo sembrado de desastres, y el día a día del conde de Vannes era una lucha permanente por resistir el pesimismo.

Ahora lo veía. Las batallas solo parecen épicas desde la distancia. Desde la lejanía no se ven los cráneos abiertos ni las tripas colgando. No se huele la muerte ni se saborea la sangre que te salpica.

Ahora lo veía, sí. Eso era la vida en la Corte. Un amasijo de vísceras malolientes. Una lucha incesante por el poder, cruel y despiadada. Tráfico de influencias, amenazas veladas, traiciones sonrientes y todo tipo de perfidias. Estrategias retorcidas de cortesanos sin escrúpulos que perseguían un único fin: aprovecharse de la demencia del monarca.

Por suerte, Waroc'h era inmune a las pequeñas conspiraciones.

Llevaba en palacio desde que era un chiquillo, y jamás había sucumbido a ningún tipo de ambición. Por eso su prestigio sobrevolaba aquellas miserias como las mariposas el fango. Sin embargo, cada día había algo nuevo que destemplaba su ánimo. Algún viejo conocido que traía una recomendación de este o de aquel amigo… Alguna lisonja innecesaria… Personas interesadas, tan insistentes como desvergonzadas, que siempre le pedían el mismo favor. Que intercediese ante el rey.

Que mediara en un pleito para decantar la balanza a su favor. Que apremiara a las Cortes para que sancionaran alguna reforma sospechosamente favorable a sus intereses. Cada día era igual: Cargado de conveniencias de cámara, como las denominaba Louis de Valois. El hermano del rey. El regente de Francia.

Su amigo de la infancia.

Miserias, al fin y al cabo. Palaciegas, revestidas de oro, pero nada más que miserias. Waroc'h sufría al ver cómo la nobleza del reino se enfrascaba en aquellas disputas. La presión de Inglaterra era cada vez más asfixiante, pero a nadie parecía preocuparle. Los ingleses amenazaban con invadir Normandía. Entonces arrasarían toda la mitad norte de Francia, incluyendo sus señoríos. Él se lo advertía, pero daba igual. Una deriva decadente llevaba décadas arrastrando a los grandes señores. Aun así, no era aquello lo que más ensombrecía el ceño de Waroc'h. Un motivo más devastador lo había sumido en la amargura. Algo para lo que no había más solución que el paso del tiempo.

Un tiempo reparador que, paradójicamente, corría en contra de Francia. Aquello era lo que tenía al rey de Inglaterra afilando los cuchillos. Esperando el momento idóneo para asestar el golpe definitivo.

¿Cuál es el camino, pues, cuando problema y solución son la misma cosa?, se preguntaba.

Lo que en verdad socavaba el ánimo del conde de Vannes era la enfermedad del rey. Su locura, auténtico germen del caos que asolaba el reino. Charles VI, llamado a ser el más grande soberano de toda la cristiandad, estaba mal de la cabeza. Fatal, de hecho.

Su comportamiento era errático. Por momentos, incluso delirante. Un día podía mostrar una serenidad sorprendente y dirigir el reino con una energía y una brillantez dignas del gran estadista que se adivinaba en su juventud, pero al siguiente podía despertarse completamente desorientado. Ido. Hasta el punto, sin ir más lejos, de no reconocer a sus más estrechos colaboradores.

Aquellos que lo conocían desde niño decían que todo había empezado en la adolescencia. Charles se había obsesionado de repente con la idea de que lo iban a asesinar. Sin saber por qué, había empezado a percibir amenazas por todas partes y a desconfiar hasta de sus mejores amigos. Aquella obsesión había desembocado en un insomnio demoledor. En un nerviosismo

exacerbado que había ido desgastando su mente como el agua desgasta la roca.

Así hasta llevarlo, a sus treinta y nueve años, a un estado de locura que lo incapacitaba para gobernar. Las sombras se habían ido sobreponiendo cada vez con más frecuencia a los momentos de lucidez. Poco a poco, pero sin vuelta atrás. Hasta llegar a un punto en el que Charles ya no podía reinar.

Como era obvio, su desvarío debilitaba al reino entero. Socavaba sus cimientos frente a la amenaza que acechaba desde el norte. Por eso el desgobierno campaba sin control. La gloriosa Francia se veía con las vergüenzas al aire ante sus enemigos más temibles. Y no solo ante los reinos rivales. También, y eso era aún más desolador, ante la codicia de sus propios nobles.

Y después, se dolía Waroc'h, estaba el asunto de Louis. Entre toda aquella polvareda, lo que más martirizaba su ánimo.

El hermano del rey, su gran amigo y valedor, también parecía haber abandonado la cordura. Solo que de un modo distinto. De un tiempo a esta parte su comportamiento era, por decirlo suavemente, poco decoroso.

Los tiempos felices se habían convertido en un recuerdo lejano. Waroc'h apenas los recordaba ya, y cuando lo hacía era con más dolor que nostalgia.

A su llegada a la Corte por vez primera, siendo apenas un chiquillo, Louis se había acercado a él sonriendo. Divertido por su acento y por su gesto, entre confuso y amedrentado, lo había invitado a una copa de Bordeaux. Allí había surgido aquella complicidad especial. Después, se hicieron inseparables. Jornadas hombro con hombro, bromas que solo ellos entendían y risas clandestinas entre el rigor de palacio. Así era su día a día.

Los muchachos, dos de los nobles más poderosos del reino, habían conectado. Aquel convite primero derivó casi de inmediato en una amistad franca. Toda una sorpresa para el bretón, un muchachote de Vannes que nunca había salido de su casa. Con el tiempo llegó a comprenderlo. Todos decían del duque que tenía buen ojo a la hora de elegir a sus aliados.

Puede que él no fuera muy fuerte, ni más listo que nadie, pero era leal hasta la médula. Louis, duque de Orléans, no había tardado en darse cuenta. Enseguida comprendió que con Waroc'h había acertado de pleno. Con él a su lado tendría lo más difícil de encontrar: la amistad sincera.

Esa que te dirá las verdades, aunque duelan. Esa que te abrirá los ojos a empellones si hace falta, pero que pondrá la cara para recibir la bofetada injusta que se dirige a la tuya.

Se hicieron inseparables.

Eran tiempos distintos. Charles aún era un soberano poderoso y capaz. Nadie podía prever que Louis se acabaría convirtiendo en regente de Francia por pura necesidad. Quién hubiera adivinado que el joven rey iba a enloquecer.

Aquello elevó al duque de Orléans a lo más alto, y siempre junto a él, al heredero de Gwened. Y es que, además de ser íntimo de Louis de Valois, Waroc'h era distinto al resto de cortesanos. No tenía nada que ver con aquellos aduladores interesados. Conseguir una posición de privilegio nunca le había importado. Para él, la amistad estaba por encima de conveniencias. Precisamente por eso Louis confiaba en él.

Nadie había previsto que el mejor sitio, al final, fuera a estar junto al hermano menor del monarca. Que la incapacidad de Charles desembocaría en aquel nuevo orden. Y sin embargo, así fue. Louis, amigo y protector del futuro conde de Vannes, pasó a asumir la jefatura del reinado de la noche al día. Un auténtico terremoto, con unos efectos colaterales totalmente imprevisibles.

Por ejemplo, que su íntimo amigo Waroc'h de Gwened ascendiese al escalafón más alto de la nobleza francesa. Aquel muchacho de carácter sobrio y serena sensatez se vio de pronto donde jamás había imaginado llegar. Donde jamás había deseado estar, además.

Así se convirtió el joven bretón en consejero personal del regente de Francia. Del máximo dirigente del mayor reino europeo ante la ausencia del rey legítimo, el Demente. Y todo a causa de aquella amistad inocente, forjada años atrás. Cuando nada hacía augurar un desenlace semejante.

Puro esplendor en apariencia, aunque en realidad ahí fue donde empezó su purgatorio.

Con el paso de los años, Waroc'h se fue desentendiendo paulatinamente del condado de Vannes. Un alejamiento inevitable. El señorío que algún día sería suyo pasó a segundo plano por exigencia de la Corte, absoluta y prioritaria. En aquellos días, Patern gobernaba Gwened con facilidad. Así fue que la fidelidad a la Corona y el compromiso con Louis lo absorbieron por completo.

Morbihan fue quedando relegado sin remedio. Simplemente desapareció de sus pensamientos cotidianos.

Así fue, al menos, hasta que se consumó la traición de Louis.

De la forma más inesperada, un día le llegó el rumor de que el duque de Orléans mantenía una vergonzante relación con la reina consorte. Nada menos que Louis, su gran amigo. Y nada menos que con la esposa de su hermano, el rey Demente.

Ella, Isabeau de Bavaria, era una dama extranjera tan hermosa como desalmada. Así, por lo menos, lo afirmaban los cuchicheos. Al principio Waroc'h no le dio crédito, pero la falta de pudor de los amantes no tardó en evidenciar que todo lo que se les atribuía era cierto.

Entonces, su corazón se partió en dos.

Aquello no suponía un simple insulto a la dignidad del rey, ni era tan solo

un escándalo familiar. El asunto era tan grave que podía amenazar la estabilidad de la Corona. Solo hacía falta que los traidores argumentaran que el heredero al trono podía ser bastardo. Una maniobra previsible, desde luego, si el escándalo acababa por salir a la luz.

De hecho, el propio Waroc'h empezó a ver con otros ojos a los tres hijos mayores del rey. Tanto el delfín Louis, que contaba entonces con diez años, como Jean, de nueve, o incluso el pequeño Charles, que solo tenía cuatro, podían llegar a reinar algún día. Los más pequeños, solo en caso de que murieran sus hermanos mayores, pero no se podía descartar esa opción. Por desgracia, no sería raro en aquella familia. De hecho, varios príncipes de aquella saga habían fallecido ya.

Había casos similares en otras casas reales. Situaciones paralelas a aquella, en las que se había probado la existencia de adulterio por parte de la reina. Waroc'h no podía comprender semejante locura. Aquello era ponerle la espada en la mano al enemigo.

Si la mujer había sido infiel una vez, esgrimirían, bien podría haberlo sido también a la hora de concebir al primogénito.

El futuro de los infantes, que en principio parecía despejado, empezó a nublarse. La incertidumbre provocó que todo cambiara. La sombra del pesimismo sumió en un silencio triste al heredero de Vannes, y un permanente gesto de decepción endureció su rostro.

La escandalosa relación entre Louis e Isabeau fue demasiado para él. Avergonzado y traicionado, Waroc'h no volvió a ser el mismo. El joven animoso que había llegado tantos años atrás a la capital cargado de ilusión se fue apagando. Su pasión por aportar lo que fuera preciso a la grandeza de Francia, sin escatimar esfuerzos, se diluyó como una gota de tinta en un mar revuelto.

Siguió desempeñando las mismas funciones que antes, tan solo un escalón por debajo del regente, pero ya sin energía ni entusiasmo. El gesto sombrío del deber pasó a ser su carta de presentación. Donde antes había reinado una sonrisa ilusionada, ahora solo quedaba el rictus de la desgana.

El férreo sentido del deber que había heredado de Patern. Solo eso lo mantenía en pie.

Empezó a echar de menos a su padre cada vez con más frecuencia. Entonces dio en recordar con nostalgia el señorío de Vannes. Las murallas almenadas desde las que se dominaban aquellas colinas azuladas. Su puerto, refugio último del pequeño mar de Morbihan. Las aguas calmadas. Los caminos desiertos.

Regresar a la tranquilidad de la vieja Gwened se convirtió en un sueño de libertad.

Sin embargo, la realidad allí se había ido tornando también oscura. Primero, la terrible muerte de su madre, la dulce condesa Alix. Después, la

deriva de su padre, que a raíz de aquello empezó a acusar una decadencia física y anímica. Un declive que, lloviendo sobre mojado, acabó de nublar el ánimo de su primogénito. Así las cosas, ya solo quedaba respetar las decisiones de Patern y mantenerse discretamente al margen de lo que sucediera en Bretaña. Pero tras la última reunión de los doce caballeros había quedado claro que su padre ya no estaba en condiciones.

Los días de mirar hacia otro lado, por mucho que le doliera, habían tocado a su fin.

Iba a necesitar un hombre de confianza dentro del castillo. Alguien que le diera cuenta de todo lo que allí ocurriese. A quien encomendarle quehaceres delicados. Cosas que no estaban al alcance de cualquiera. No le gustaba, pero era su obligación. El futuro de la casa de Gwened era responsabilidad suya. No podía eludir algo así. Y el viejo Eusébe tampoco parecía estar ya en disposición.

El futuro conde había encontrado esa figura en un muchacho de origen humilde pero de gran talento. Un chiquillo que su padre había traído desde la villa de Pomichet precisamente para ayudarlo con la gestión, y que tuvo a bien ofrecerse en el momento más oportuno.

Para encontrarlo, Patern había consultado con el cura del lugar, amigo suyo de la infancia. El paso del tiempo dejó claro que el sacerdote no se había equivocado. Su talento era extraordinario, desde luego. Por eso, ahora, aquel joven era el testaferro de Waroc'h.

Por eso, y porque no le había quedado más remedio.

El sujeto en cuestión era un funcionario llamado Cearbhall. Apenas un muchachote, pero eficiente hasta el extremo y comprometido con el buen funcionamiento del condado. Tanto, que con el paso de los años Waroc'h acabo por dejarlo todo sobre sus hombros. La Corte lo sobrepasaba. No podía permitirse ni un minuto para desviar su atención hacia Vannes.

Lo dejó todo en sus manos, sí. Y lo hizo a pesar de algunas referencias negativas. No podría decir que estuviera satisfecho con aquella situación, pero no tenía más opción. Las críticas no bastaron para cambiar una decisión adoptada de antemano. Tras la muerte de su padre, el nuevo conde necesitaba regresar a París de inmediato. Ocuparse del condado era algo que no se podía permitir. Para eso estaba Cearbhall. Al fin y al cabo, el propio Patern lo había puesto al frente.

Eligió cerrar los ojos. Si su padre había decidido confiar en aquel hombre, por qué no habría de hacerlo él. Pero sobre todo, comoquiera que fuese, las circunstancias así lo exigían. Cualquier otra alternativa iba a tener que esperar un futuro más favorable. Y ese futuro nunca acababa de llegar.

De hecho habían pasado ya dos años, y nada. Todo seguía igual y no parecía que fuera a cambiar.

Desde el fallecimiento de Patern, Waroc'h no había dejado de hundirse

más y más. Su prestigio crecía cada día, pero el escandaloso adulterio de su gran amigo lo destrozaba por dentro. La reina y el duque de Orléans seguían comportándose como perros en celo. Y el rey sin sospecharlo siquiera. Una auténtica hecatombe.

La frustración lo devastaba. Nada de cuanto él pudiera hacer tenía sentido. Su conciencia ya no parecía ser más que un estorbo en aquel antro de inmoralidad, y todos sus desvelos eran vanos. Así se sentía, al menos, y los remordimientos no hacían sino agravar su decaimiento.

Desentenderse de la Casa de Vannes le hacía sentirse como un traidor a la memoria de su padre.

No sabía cómo ni cuándo, pero tenía que regresar. Cada día se repetía lo mismo y cada día tenía que aplazarlo *sine die*. En cuanto empezaba a planear el regreso, surgían nuevos frentes. Los problemas se multiplicaban de un día para otro, obligándolo a abortar sus planes más anhelados. Y eso, aunque no quisiera pensar en ello, no era lo más decisivo.

Lo cierto es que había algo más.

En cuanto regresara, iba a tener que afrontar nuevos problemas. Viejas cuestiones que en su día se había visto obligado a dejar sin resolver. Asuntos espinosos que asolaban su conciencia. Recordaba una conversación incómoda con el bueno de Eusébe, truncada por la urgencia y por el desánimo. Sobre todo, por el desánimo.

Algo que tenía que ver con un juicio por brujería celebrado contra la vieja sanadora de Morbihan, a la que él recordaba vagamente. Un asunto turbio que un apresurado Waroc'h no había tenido tiempo ni tuerzas para atender. París exigía su presencia, y no pacientemente.

Tiempo después, las palabras apresuradas del mayordomo regresaron a su memoria y ya nunca se fueron. Logró ocultarlas tras el ajetreo cotidiano, pero siempre volvían a asomar la cabeza. Así hasta convertirse en una espiral que nunca cesaba. Una más. Desde la distancia y los años, Waroc'h llegó a intuir que, aunque de manera confusa, el señor de Loudéac había pretendido involucrar a Cearbhall en el fallecimiento de su padre. Aquello, aunque en su día le había pasado desapercibido, volvía ahora de forma recurrente como una hipótesis plausible. La mera sospecha lo urgía a tomar cartas en el asunto, pero habían pasado dos años, y nunca llegaba el momento.

El señor de Gwened apretó los dientes. Poner orden en la casa de sus ancestros se había convertido en una necesidad. La imagen derrotada del mayordomo, balbuceante y demacrado, se le aparecía una y otra vez para recordárselo.

Sí, pensó Waroc'h. Algún día iba a tener que tomar las riendas de aquel caballo desbocado. El bueno de Eusébe, rumió. Nunca fue bueno explicando las cosas.

Alguien llamó con insistencia a su puerta. El ruido lo sacó bruscamente de

su ensimismamiento, haciéndole fruncir el ceño. Al otro lado, mil asuntos ingentes se daban codazos reclamando su atención. Se puso en pie.

Una vez más, Vannes iba a tener que esperar.

LVI

2 de abril de 1407
Mons Sancti Michaeli in Periculo Mari

Estimado Ezra:

Me alegra saber que todo sigue bien por Toledo. Es un alivio que finalmente te hayas hecho cargo del Legado. A fe mía que el tesoro de Rodas no podía haber caído en mejores manos.

En estos tiempos oscuros, reconforta saber que la razón de ser de la Orden está segura. Que así sea por muchos siglos. Supongo que el pequeño Yehuda —que, si no me equivoco, andará ya por los cuatro años— seguirá algún día los pasos de su padre.

Sea por el camino de las armas, sea por el de las ideas. El caso es que no nos abandone la esperanza de un futuro mejor.

Por desgracia, la perspectiva por aquí no es tan prometedora. Normandía avanza cada día un paso más hacia el desastre. Despacio, sí, pero sin pausa. Vamos de cabeza hacia una guerra que ya parece inevitable.

El ejército de Francia domina las mejores posiciones en tierra. Las más ventajosas desde un punto de vista estratégico. Sin embargo, Inglaterra conoce a la perfección la inestabilidad de la corona de Charles. Nuestro rey está cada día más perdido en su demencia, no es un secreto. A eso hay que sumarle la traición del duque de Orléans, su propio hermano. Según mis fuentes, se ha enredado en una relación lujuriosa con la reina Isabeau. ¿Te lo puedes creer? ¡Con su propia cuñada!

Así pues, mucho me temo que la ofensiva inglesa no sea más que cuestión de tiempo. Viene cocinándose de lejos, y en estos casos tentar a la suerte suele ser sinónimo de catástrofe. Desde luego, los ejércitos de Henry están haciendo bien las cosas. Me refiero a la labor de espionaje, ya sabes. Con estos mimbres, preveo un desembarco masivo. Y mucho me temo que estén en condiciones de vencer. De conquistar no solo los territorios normandos que su rey reclama por herencia, sino toda Francia si así lo desean.

Pero te diré, amigo mío, que mi tribulación no tiene que ver solo con la situación política. Francia e Inglaterra están abocadas a chocar, eso es un

hecho. El Gran Maestre está informado de todo. Mi trabajo, por lo tanto, está cubierto.

Pero yo no voy a resignarme.

No lo haré. La catástrofe está servida, pero no dejaré que me coja en medio. Tengo algo entre manos mucho más grande que la vigilancia de un territorio, sea el que sea. De hecho, a decir verdad, a día de hoy ya apenas me interesa nada más que el futuro de mi pupilo. El pequeño Aydan sigue a mi cargo, y ya van dos años. Día a día crecen las expectativas que siempre deposité en él.

No tiene más de diez años, pero te aseguro que jamás he visto un talento como el que a este chiquillo le corre por la sangre. Ni un escudero de veinte años sería rival, a día de hoy, para él. Ni con la espada ni cuerpo a cuerpo. Es capaz de abatir un pájaro con el arco corto a más de cien pasos, y en ocasiones hasta llega a ponerme en apuros con la espada de madera. ¿Puedes creértelo? A mí, un guerrero adulto.

Y no uno cualquiera, como tú bien sabes. Aunque esté mal que yo lo diga.

Puede que te cueste dar crédito a mis palabras, Ezra, pero te juro que no exagero. Tú y yo, a lo largo de nuestro entrenamiento, convivimos con algunos de los luchadores más temibles del mundo entero. Y bien sabes de mi admiración por tu capacidad en combate. Pues bien, aun así te lo repito: jamás he visto un talento como el que Aydan despliega en cada movimiento.

Si acaso, el tuyo, pues sé bien que no hay bajo las estrellas nadie más letal que tú. Al menos, de momento. Pero tiempo al tiempo, amigo mío. Tiempo al tiempo.

Hablando del chiquillo… Verás, hoy mismo se cumple un mes desde que lo vi por última vez. Le he encomendado una luna entera de supervivencia, solo y sin recursos, en Cotentin. El pantano sigue siendo prácticamente inhabitable, no vayas a creer. Y esta misma noche debe culminar la misión. Tendrá que introducirse sin ser visto en la sacristía de esta misma abadía. Un lugar inexpugnable para cualquiera, como tú mismo puedes atestiguar. Así se lo encomendé; y así deberá hacerlo si no quiere sufrir unas consecuencias que ni siquiera le he aclarado. En fin, el mismo tipo de maniobras que nos asignaban a nosotros allá, en Rodas, hace tantos años.

Pues bien, pese a la dificultad de la misión, y a que no tiene más que diez años, no tengo dudas. Sé que lo conseguirá, pues, como te digo, es un auténtico prodigio.

Pero no te envío esta carta para narrarte sus proezas. Más bien al contrario. Por desgracia, una sombra siniestra acecha sus pasos desde hace tiempo.

Por eso te escribo, Ezra: para pedirte el favor más grande que podrías hacerme. En los últimos tiempos los ingleses están ya muy infiltrados en este territorio, y albergo la sospecha de que Aydan podría ser en algún momento

un objetivo para ellos. Recuerda lo que te conté acerca de Cearbhall Pornichet. De lo que está haciendo al frente de la casa de Gwened, y de lo que descubrí hace ya diez años, el mismo día en que Aydan vino al mundo. Ese jovenzuelo se trae negocios turbios con los espías más próximos al rey de Inglaterra, y sé que no va a descansar hasta que el chiquillo caiga. Al fin y al cabo, su mera existencia supone una amenaza mortal para él. Quedó claro con la muerte de la condesa Alix, y también cuando lo rescaté en los acantilados de Quiberon.

Lo que no acabo de entender es cómo Cearbhall ha logrado averiguar la auténtica identidad de Aydan. Claro está que sabe quién es, pues no tendría sentido tomarse tantas molestias por un niño cualquiera. No encajaría, tras haber dejado a la madre decapitada cuando aún tenía al pequeño en el vientre.

El caso es que lo sabe. Una inteligencia brillante, imagino… Lástima que no la emplee más que para la maldad.

En fin, querido Ezra, quiero que sepas que lo voy a disponer todo por aquí. Cuento con la colaboración de Jolivet, que sigue como bibliotecario en Saint Michel. Si algún día la situación se tomara insostenible, una vía de escape estará dispuesta. De eso me encargo yo. En ese caso, el chiquillo tendrá que partir hacia un lugar más tranquilo para continuar su aprendizaje al amparo del mejor guerrero del mundo.

Como imaginarás, amigo mío, ese lugar es la hermosa ciudad de Toledo.

Y ese guerrero, sin lugar a dudas, eres tú. Sé que me harás ese favor.

En principio, descuida, pues intentaré por todos los medios que Aydan continúe conmigo. Ora bien, si Cearbhall se cansa algún día de enviar a esos torpes soldados de Vannes tras nuestra pista, te lo haré llegar. En cuanto ponga el asunto en manos de auténticos profesionales, cuenta con que el chiquillo llame a tu puerta. Yo mismo lo enviaré.

Te agradezco de antemano cuanto puedas hacer por él.

Te envío también un saludo afectuoso de parte de Jolivet. También él se ha alegrado al saber que te habías hecho cargo del Legado.

Gracias por garantizar el futuro de Aydan si esto se pone feo. Sello así una deuda perpetua hacia ti.

Siempre tuyo,

Beadur Njöror

LVII

Mont Saint Michel, 2 de abril de 1407

Aydan contempló a lo lejos la silueta de la abadía.

Desde la costa, su pináculo se recortaba contra la luna llena de abril. El islote era una pirámide escarpada que sobresalía de un espejo redondo de arena mojada. Un cúmulo de edificaciones apiñadas que se elevaban hacia el cielo en mitad de la bahía. Reflejada contra el suelo húmedo, Saint Michel era la viva imagen de la serenidad. A intervalos, las rachas de nordestal hacían que las estrellas reflejadas en los charcos de agua salada titilasen.

Inspiró la brisa marítima. Llevaba ya un par de horas en la orilla, camuflado entre la maleza. Aguardando a que la marea acabara de bajar para iniciar el asalto a la sacristía, tal y como había ordenado el maestro cuatro semanas atrás.

La noche ya estaba avanzada, pero llegaba justo a tiempo. Todo había sido previsto con minuciosidad. Como siempre hacía. Las lecciones de Beadur siempre guiaban sus actos.

Debes hacerte invisible.

Debes ser autosuficiente.

Asegura siempre una salida.

Anticipa el mañana.

Analizó el escenario. Tenía ante sí un islote abrupto que se elevaba desde el centro de una gran rada arenosa. Solo había dos maneras de llegar hasta allí: navegando cuando la marea estaba alta o a pie durante el breve lapso de la bajamar. En este caso había que conocer bien el camino. Las arenas movedizas que lo flanqueaban eran una trampa para incautos.

Y eso, siempre que no hubiera mareas vivas. Entonces la situación se volvía especialmente peligrosa. Mortal, dé hecho. El agua avanzaba sobre la arena a gran velocidad. Como un caballo a galope, sostenían los vecinos. Así se lo había confirmado también Beadur tiempo atrás.

Se encogió de hombros. Nada de aquello le afectaba. Todo había sido previsto con meticulosidad. Había aprendido que ningún problema era insalvable si se planificaba bien su abordaje. Después de todo, venía de pasar un mes de destierro en las marismas de Cotentin. Una luna entera sin nada más que un cuchillo pequeño. Sin encender ni un triste fuego para calentarse.

Mientras observaba cómo la marea acababa de bajar, se comió el último trozo de carne. La serpiente que había cazado dos días antes le daría las últimas fuerzas que necesitaba. Después, se puso en marcha. Tenía que violar el perímetro del monasterio antes del amanecer.

O eso, o asumir el fracaso. La voz del maestro regresó para recordárselo.

—Cuando la luna vuelva a estar llena como esta noche, Aydan, deberás entrar en la sacristía de Saint Michel. Ahí habrá acabado tu cometido.

El camino de arena estaba desierto en plena madrugada. La brisa traía un intenso olor a salitre y a océano embravecido. A los lados, los charcos de agua de mar refulgían en mil destellos de luna y estrellas. Aydan avanzó a toda prisa entre las columnas de piedra que se alzaban cada poco en las orillas del sendero. El refugio de los incautos por si subía repentinamente la marea.

Al fin, llegó al pie de la muralla. Unos muros verticales rodeaban todo el islote. Los escrutó hacia ambos lados. Iba a tener que trepar.

Beadur le había enseñado a internarse en cualquier casa, fortaleza o castillo. Después le había ordenado entrar en las viviendas más protegidas de Normandía, y salir sin que nadie se enterase. A esas alturas, subir por un muro de piedra no iba a suponer un problema. Lo había hecho una y mil veces, hasta no poder con los brazos. Involuntariamente, recordó las primeras. Cada vez que se caía, la cuerda que Beadur sujetaba lo devolvía al punto inicial.

—No pararemos hasta que puedas hacerlo sin anclaje, Aydan.

Habían venido muchas más, tanto sobre paredes de adobe como de piedra, e incluso sobre acantilados rocosos. Dejando pequeñas marcas de sangre con la forma de sus dedos; desollándose las yemas, las manos y las rodillas. Así una y otra vez, hasta que el maestro mostraba su conformidad con un gruñido de satisfacción.

—Vale. Estás listo para franquear cualquier muro.

Entonces, empezaban otro aprendizaje.

Examinó la fortificación. El primer paso era buscar el lugar más accesible. Aquel en que la combinación de factores hiciera más asequible su ascenso. La altura de la muralla, la presencia de boquetes o irregularidades, la vegetación. Zonas en mal estado. Desprendimientos. Pronto descubrió el mejor camino.

Encontró la vía de ascensión hacia la derecha del portón principal. Allí el muro no era tan alto, y la argamasa de las juntas había ido soltándose por efecto de aquel viento cargado de sal. Se echó la capucha sobre la cabeza y se tapó el rostro hasta los ojos. Tocaba ser invisible. Ya no se encontraba en un pantano desierto. Empezó a trepar.

Allí donde el mortero había resistido el paso de los años, usó el cuchillo. Retiró la argamasa para abrir una mínima fisura entre las piedras donde introducir los dedos. Con laboriosidad y sin prisa, en menos de media hora ya estaba encaramado a horcajadas sobre el punto más alto del muro. Cuidando que su silueta no se recortase contra la luna, analizó el nuevo escenario. Iba a tener que progresar por tejados y laderas, monte arriba, hasta el punto culminante de la isla. La abadía aún quedaba muy alta. Desde allí admiró una vez más el campanario. La torre guardaba un equilibrio que le pareció prodigioso sobre aquella peña descomunal.

A una altura de unos treinta hombres sobre su cabeza, calculó.

Entonces miró abajo. La luna llena iluminaba un gran círculo mojarlo a su alrededor. Era la bahía de Saint Michel. Todo en el paisaje eran grises

azulados y reflejos pálidos. Contempló la rada, que brillaba como polvo de plata entre la oscuridad bajo las ráfagas oceánicas. Después se volvió.

La noche iluminada le ayudaría a diseñar la mejor ruta para llegar al pie del edificio.

Se puso en marcha. Trepó y gateó, amortiguando sus saltos de tejado en tejado, y al fin llegó al muro del monasterio. Miró arriba otra vez. Allí estaba la base de la aguja, apuntando en vertical al cielo estrellado.

Tocaba trazar una nueva ruta, esta vez para escalar las paredes de la abadía. Vislumbró una ventana lateral, accesible desde unas rocas que hacían de cimientos a la construcción, pero la descartó al momento. No lograba distinguir si estaba abierta o cerrada.

Habría que comprobar las probabilidades de acceder por la puerta principal.

Las enseñanzas de Beadur, recordó entonces, eran a menudo sorprendentes.

—Aunque pueda parecer extraño, Aydan, esa debe ser siempre la primera opción. La entrada principal suele ser la mejor forma de adentrarse en un edificio. Incluso para hacerlo sin ser visto.

El portón de la abadía estaba construido con tablones de roble. Se le antojó imposible traspasarlo por la fuerza. Con todo, la falta de vigilancia facilitaba la posibilidad de abrirlo. Los monjes confiaban tan plenamente en la inaccesibilidad del islote que de noche solo cerraban con llave. No se molestaban en trancar la puerta. Para qué, si no esperaban ataques enemigos. Únicamente se protegían de algún ladronzuelo ocasional.

Aydan examinó la cerradura. Conocía aquel tipo de mecanismos. El maestro le había enseñado unas técnicas, rudimentarias pero efectivas, que permitían forzarlos. Solo iba a necesitar su cuchillo y un alambre de hierro retorcido.

—No te convertirás en un maestro de la evasión como Ezra ibn Levy, pero serás capaz de reventar cualquier cerradura normal que se interponga en tu camino.

Al cabo de unos minutos ya había desactivado el mecanismo. Entonces giró la cerradura. Empujó con cuidado y un resquicio se abrió en aquel portón enorme y pesado. Por suerte, los goznes estaban bien engrasados. Conteniendo la respiración, comprobó que no hacían ruido al girar. Ya estaba dentro, solo faltaba internarse en la iglesia. Desde allí, había calculado, podría entrar en la sacristía con solo atravesar una puerta. El templo, un edificio esbelto que dominaba la bahía desde las alturas, se alzaba justo ante de sus ojos. Cogió aire. Negado a aquel punto, las consecuencias de ser descubierto imponían respeto.

Allí, en el lugar más sagrado para ellos, los frailes guardaban los tesoros más valiosos de la congregación. Principalmente, las reliquias. Huesos,

cabellos o sangre de santos que propiciaban la llegada de tientos de peregrinos a Saint Michel. Los romeros solían hacer noche en el islote. Rezaban y hacían donaciones antes de continuar su tránsito hacia el Sur.

—Se dirigen a Compostela, Aydan. La ciudad más sagrada de la cristiandad —le había explicado Beadur.

Después de rodear el templo, comprobó que una de las ventanas del ábside estaba rota. Tras un análisis fugaz del exterior, se decidió. Más o menos por allí debía de encontrarse también, en el interior, el acceso a la sacristía. Entraría por ella.

Se dispuso a trepar de nuevo.

Asegura siempre una salida.

De momento había ido dejando tras de sí un camino despejado. Si necesitase huir, solo tendría que volver sobre sus pasos. Al menos, mientras la marea no empezara a subir. Y para eso, calculó, faltaría una media hora. Tenía que darse prisa.

Al dejarse caer en el interior de la iglesia, silencioso como un gato, anticipó una manera de escapar. No era complicado, pero aun así movió con sigilo un escaño de madera hasta colocarlo bajo la ventana. Todas las precauciones eran pocas, decía siempre el maestro. Se giró. Entonces advirtió que la puerta de la sacristía no solo estaba entreabierta, sino que una luz tenue iluminaba su interior.

Era muy extraño.

Los frailes habían dejado una vela encendida y la puerta franca… ¿justo allí, donde guardaban sus tesoros más preciados? Todas las alertas se dispararon en su interior. El gesto severo de Beadur se le apareció esta vez.

—Cuando algo extraño suceda, huye sin dudar. Déjalo todo y vete sin mirar atrás. Las casualidades no existen en el espionaje, muchacho. No lo dudes, escapa. Sobre todo, en un caso concreto.

Aydan se había quedado mirándolo, interrogante. ¿Un caso concreto? Su silencio expectante desprendía una curiosidad ansiosa. El maestro, satisfecho, acabó de ejecutar el golpe de efecto.

Ya había previsto su reacción.

—Sobre todo, cuando las cosas parezcan más fáciles de lo que debieran.

Aquella lección había sido repetida con insistencia. Tras haberle puesto infinidad de ejemplos, el gauta llegó incluso a tenderle trampas. Situaciones engañosas que, simulando un acceso fácil, ocultaban emboscadas. Y el pequeño siempre había eludido el peligro.

Sin embargo, esta vez, Aydan se quedó quieto. No retrocedió, como habría esperado el maestro.

No se había pasado un mes entero en el pantano, comiendo ranas y serpientes crudas, para darse la vuelta ahora. No había violado aquel lugar inexpugnable para renunciar a su objetivo cuando lo tenía al alcance de la

mano. Cuando lo único que lo separaba del éxito era aquella puerta abierta.

Avanzó con mil precauciones, reptando por el suelo sin hacer ruido. Todo según le había inculcado el maestro. Cuando llegó al umbral, tan sospechosamente accesible, se detuvo. No vio nada raro en el interior, pero claro, había zonas que quedaban fuera de su campo de visión.

Arrancó una piedrecilla de la base de la pared y se asomó tímidamente. Una vela ardía en la sacristía sobre un candelabro de bronce posado en una mesa central, dejando los rincones en penumbra. Apuntó con cuidado desde el quicio de la puerta, sin dejarse ver desde el interior, y golpeó con la piedra la candela encendida. La vela cayó al suelo, y se apagó con un siseo al rebotar contra las losas.

Sumido en la oscuridad, el pequeño espía esperó. Ni un ruido ni una sombra alteraron la quietud del templo. Ningún indicio que delatara una presencia. Nada se dejó oír dentro de la estancia. Absolutamente nada. Aún desconfiado, entró en la sacristía. Lo impelía el deseo de culminar una misión tan larga y complicada. Beadur, supuso, habría dejado allí algún objeto singular. Algo que él tendría que llevarse de vuelta a Cotentin como prueba del éxito cosechado.

Sin embargo, antes de poder comprobarlo la puerta se cerró violentamente a sus espaldas.

De repente, no había salida posible. Se giró con la velocidad de un rayo para rodar por el suelo. El tipo de maniobras evasivas que Beadur le había obligado repetir hasta la extenuación.

«Ninguna preparación es suficiente ante la expectativa de una emboscada, Aydan».

Se alejó del posible ataque, pero no tardó en caer en la cuenta de que había caído en una trampa sin escapatoria. Se volvió. Dos hombres avanzaban hacia él espada en mano. El color pardo de sus hábitos de monje destacaba contra la blancura de la pared, incluso en la oscuridad.

Aydan desenfundó su cuchillo. El combate sería desigual, pero no se iba a rendir sin haber luchado. Se preparó para la batalla. No podía negarlo, pintaba mal.

No obstante, apretó la mandíbula. Al fin y al cabo, ya solo podía hacer una cosa.

Vender cara su vida.

LVIII

Beadur se marcó una prioridad desde el principio.

Comprendió que debía apuntalar la moral de su pequeño acompañante el mismo día que lo rescató en Quiberon. Antes, incluso, de llegar a Normandía. Lo más urgente era sostener a flote su ánimo. Todo lo demás podía esperar.

Veía cómo le asaltaba una ansiedad asfixiante cuando recordaba a Breann y Myrna. Era lógico. Ni siquiera sabía qué les podrían haber hecho aquellos criminales. A veces, el pequeño despertaba de golpe, asustado y sudoroso. La brutalidad de los soldados con la viejecita se repetía una y otra vez en su memoria. Aquella imagen volvía, terca, para torturarlo.

Pronto concluyó que tenía que hacer algo antes de que todo aquello acabase por devastarlo. Por eso, los esfuerzos del gauta se focalizaron en ofrecer un presente trepidante. No podía haber tregua para la mente del chiquillo. Esa sería la solución. De emergencia y limitada, pero solución al cabo. Había que captar toda su atención. No dejarle más alternativa que mirar hacia delante. Ocupar el día a día en sobrevivir. Que no quedase ningún resquicio en su cabecita para los remordimientos.

No dar opción a los monstruos que acechan desde las sombras.

Un mundo de ocultación y espionaje, eso sería. Una vida en permanente frenesí. Así empezó el entrenamiento de Aydan en Normandía. Mil aprendizajes que se desencadenaron como un ciclón sobre su cabeza. Un temporal incesante, desatado con una intencionalidad clara por el gran Beadur Njöror.

La exigencia era máxima. Le obligó a conseguir recursos para garantizar la supervivencia en cualquier circunstancia. Le enseñó a luchar. A introducirse en fortalezas inexpugnables. A curar heridas en su propio cuerpo o en uno ajeno. A fabricar antídotos para los venenos de las alimañas de los bosques. «Y, sobre todo, Aydan, de las que habitan las ciudades». A ser invisible. A camuflarse. A estar siempre listo para el combate. En eso se zambulleron; en una actividad frenética, sin respiro para el cuerpo ni para la mente.

Porque un pensamiento ocioso siempre deriva hacia el desastre.

—Las peores ponzoñas son inoculadas por bestias que caminan sobre dos piernas. —Aydan y Beadur llevaban ya cuatro meses de entrenamiento. La lección del día consistía en neutralizar el veneno que habían destilado poco antes a partir de la planta de la dedalera. Al ver que el chiquillo no respondía, el maestro lo miró de reojo—. ¿Me estás escuchando, Aydan?

En ocasiones, aún se perdía en pensamientos distantes. No podía evitar recordar a Breann. Al caer la noche, imágenes negras surgían de la nada para atormentarlo. Centinelas ataviados con ropa de batalla la golpeaban con brutalidad mientras soltaban carcajadas atronadoras.

Otras veces recordaba a Myrna.

La anciana se le aparecía bajo la lluvia invernal, entre los menhires, con el

viento alborotándole los cabellos blancos. Impasible, se dirigía hacia dos jinetes que se acercaban a toda velocidad. Una escena mil veces repetida. Sin embargo, que la vieja sanadora hubiera regresado a su memoria no fue, aquella vez, un recuerdo casual. Ella le había enseñado, una tarde que ahora se le antojaba remota, todo cuanto un curandero podría obtener de aquella misma planta. La dedalera.

—¿Por qué me llamaste Robert aquel día, Beadur? —la respuesta interrogante del niño sorprendió al maestro.

En el tiempo que llevaban juntos habían respetado un pacto nunca acordado. Hasta ese día, nadie había pedido ninguna explicación. El niño había aceptado sin más resistencia que aquel guerrero desconocido lo hubiera salvado de los soldados de Vannes. Sin necesidad de justificar el porqué, se había conformado con aprender las artes de la guerra a su lado. Sin indagaciones. Sin extrañezas. Sin preguntas.

La urgencia del momento así se lo había dictado a su conciencia.

Beadur, por su parte, se había esforzado en mantener al niño lejos del abismo. Centrado en el entrenamiento desde el mismo día en que se habían internado en aquel pantano salobre. Aquel había sido su único objetivo. Explicarle su auténtica identidad, por tanto, no se hallaba entre los planes del gauta. No, al menos, mientras no fuera capaz de valerse por sí mismo en las circunstancias más adversas. Mientras no pudiera defenderse de sus enemigos por sus propios medios. Cuanto más se prolongara aquel secreto, pensó, más tiempo se mantendría a salvo. Habían tratado de asesinarlo antes incluso de nacer, y a buen seguro que aprovecharían cualquier ocasión para intentarlo de nuevo. Ese había sido su razonamiento.

Pero los secretos, a veces, rasgan las entrañas buscando una salida. Tratan de salir a la luz porque si se quedan dentro son ácidos, y queman.

—¿Por qué me llamaste Robert aquel día, Beadur?

La pregunta se había quedado suspendida en el aire.

—Escucha, Aydan… Eso no tiene importancia ahora…

—El día que se la llevaron, Myrna había empezado a explicarme que Robert es mi verdadero nombre. —Las divagaciones del gauta se desvanecieron de un plumazo ante la convicción del niño—. También que solo de quien demostrara conocerme me debería fiar. Y dos días más tarde apareciste tú entre la niebla, llamándome por ese nombre, para rescatarme de una muerte segura y enseñarme todas estas cosas de espías y guerreros…

Beadur posó los matraces sobre la mesa. Muy despacio, se acercó a la lucerna y observó en silencio los tejados de Bayeux. Aydan lo contempló en silencio, expectante. Unos días antes le había ordenado prepararse para salir de Cotentin. Pasarían una temporada en la vivienda franca que el espía tenía en la ciudad. Un desván humilde con apariencia de estar abandonado, allí, sobre la casa de otro miembro de la Orden. Un cobijo camuflado entre los tejados.

Solo allí, le explicó entonces, podrían progresar con los alambiques.

Beadur se volvió. A una seña suya, los dos se sentaron. El pequeño advirtió una gravedad hasta entonces desconocida en la mirada del maestro. Parecía que hubiera llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—A estas alturas no tendría sentido que pretendiera convencerte de que Robert no es tu auténtico nombre, ¿no? —empezó, mirándolo a los ojos—. Ya te dije que las casualidades no existen. —El chiquillo asintió en silencio—. Con todo, Aydan, es bueno que sigas siendo el pequeño fuego entre la nieve. Yo voy a seguir llamándote así. Es lo más seguro de momento. —El niño contuvo la respiración—. Tienes que entender una cosa más respecto a la información. A la verdad, para ser más exactos. Esa misma a la que dedicamos nuestra vida los espías, ya sabes…

Entonces fue él quien se quedó en silencio, invitando al niño mediante señas a recitar de memoria. Aydan, momentáneamente frustrado, cogió aire tratando de recordar todo lo que había aprendido sobre la información y los secretos.

—La información es poder… —empezó, dubitativo—. Es el principal factor que conduce a ganar o perder guerras… Le da sentido a nuestra existencia… Debe ser manejada con ética… La verdad es lo único que importa en nuestro mundo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Sonrió el gauta, satisfecho—. Ya veo que tienes la lección bien aprendida. —Se puso serio de nuevo—. Pero hay una cosa más, Aydan: en ocasiones, la verdad puede ser peligrosa. Para la gente, en general, pero también para un hombre en concreto. Tanto, que poseerla puede poner en peligro hasta su propia existencia. En esos casos es mejor no indagar. Resistir a la curiosidad.

Aydan torció el gesto. No esperaba una evasiva tan burda como aquella.

—¿Pretendes convencerme de que es mejor la ignorancia? —Su gesto denotaba una mezcla de impaciencia y decepción—. ¿Que continúe sin saber quién soy? ¿Que siga así, sin siquiera conocer mi verdadera identidad?

La decepción y el hastío se hicieron evidentes en su voz. Hasta entonces había sido una tumba, pero ya no podía más.

—Sé que es frustrante —respondió Beadur, impasible, recostándose sobre el respaldo con los brazos cruzados—, pero eso es exactamente lo que trato de explicarte.

Aydan se dispuso a protestar, pero el gauta levantó una mano. Un gesto breve y enérgico que lo obligaba a permanecer en silencio. El maestro no solía ser autoritario, pero al parecer la ocasión lo requería.

—La verdad te será revelada cuando llegue el momento. —A pesar del obvio enfado del chiquillo, el guerrero se mostró inflexible.

No obstante, tras unos minutos de silencio ofuscado decidió ofrecerle una compensación. En todo aquel tiempo el pequeño no había hecho más que

cumplir órdenes sin rechistar. Era hora de darle algo a cambio.

—Y te digo que es fundamental que no te pierdas en suposiciones vanas, Aydan —El niño se sorprendió al escuchar aquella voz, un poco antes imperiosa, en tono conciliador—, porque hoy mismo, en esta villa de Bayeux, vas a cumplir tu primera misión de espionaje. ¿Estás presto?

El muchacho abrió mucho los ojos. El inquietante misterio de aquel nombre, ese Robert que tanto horadaba su ánimo, acababa de quedar relegado a una esquina. Sigue siendo un niño, sonrió Beadur.

Respiró. Había logrado salir airoso de una situación que llevaba temiendo mucho tiempo.

Aydan se quedó observándolo, nuevamente expectante. Por fin había llegado el momento de poner en práctica lo adquirido en aquel aprendizaje extenuante. Llevaban cuatro meses de entrenamiento agotador —«y lo que queda, decía siempre el maestro—», pero al fin había llegado la hora. Las series interminables de ensayos y errores iban a servir por fin para algo.

Su cuerpecillo, permanentemente machacado y dolorido, se puso en tensión.

—¿Qué tengo que hacer?

Beadur lo miró con solemnidad, disimulando el alivio que sentía. El espinoso asunto que quería evitar había quedado, por el momento, aparcado.

—Tendrás que infiltrarte en la catedral de la ciudad. Una vez dentro, deberás encontrar el mayor tesoro de estas tierras. Primero, tendrás que averiguar qué es. Yo solo te diré que es la clave que explica esta guerra eterna que enfrenta a Inglaterra con tu patria. Si lo encuentras, comprenderás los motivos que esgrimen los ingleses para tratar de arrebatarle esta región a la Corona de Francia.

Los ojos de Aydan destellearon de emoción. Aquello eran palabras mayores. Nunca antes había imaginado que semejante tesoro pudiera existir, y menos aún que estuviera escondido dentro de una catedral.

Miró por la ventana. Una verdad poderosa se escondía en el gran templo de Bayeux, y su primera misión de espionaje consistía en encontrarla. Se quedó observando los tejados, pensativo.

«La verdad», caviló entonces.

Esa que unas veces había que desvelar, costara lo que costara. La misma que en otras ocasiones debía quedar soterrada bajo paladas de olvido. El propio maestro se lo acababa de advertir.

No fuera a destruir a quien lograse descubrirla.

LIX

Otra vez aquel sonido metálico. Sobresaltada, Breann se incorporó.

Era el eco siniestro de la puerta.

Aquel chirrido estridente anunciaba una visita a deshora. Alguien bajaba a los calabozos con decisión, rompiendo la árida monotonía de su encierro. Hacía horas que le habían servido aquel rancho nauseabundo. La única comida diaria, si podía llamársele así, con que sus carceleros se dignaban a mantenerla con vida. No cabía esperar a nadie, pues.

Por eso contuvo la respiración. A lo largo de los últimos dos años y tres meses las únicas visitas habían sido las de Cearbhall Pornichet. Que se avecinaran buenas noticias, por tanto, era tan esperable como que empezase a nevar allí dentro.

Sintió los pasos que se acercaban y supo con certeza que era él. Sí, eran aquellos pasitos cortos y amanerados que tanta grima le daban. Con todo, se levantó del montón de paja, único mobiliario de su celda, y esperó a pie firme. Con las manos entrelazadas y la cabeza alta, se esforzó por controlar la agitación que sacudía su cuerpo menudo.

Le había robado la libertad, pero no le arrebataría la dignidad.

Mientras las pisadas se acercaban por el corredor en tinieblas, recordó las visitas anteriores.

La primera vez había llegado lívido de dolor y doliéndose de la muñeca derecha, que se había dislocado en un mal golpe. Un puñetazo que había pretendido propinarle a alguien, pero que había acabado por dañarlo a él. A partir de ahí, todo había cambiado. Cearbhall empezó a dejarse caer por allí de improviso con sonrisitas lisonjeras. Siempre con un gesto conciliador en la cara, como si quisiera ganarse su amistad. Como si no fuera él el responsable de su encarcelamiento.

Era insólito, desde luego.

Tras varios rechazos más o menos bruscos, se había cansado. Frustrado por la sequedad de la prisionera, cambió de estrategia. Empezó a simular que lo único que le interesaba de ella era conocer el paradero del pequeño Aydan. Breann, recordando su colaboración años antes en las profundidades de un bosque nevado, se encogió, aterrorizada.

Tuvo que esforzarse por disimular el pánico que le provocaban aquellas indagaciones. Si algo la mantenía anclada a la vida era la esperanza de que el niño siguiera vivo. Por suerte, Cearbhall se basaba en suposiciones erróneas. Seguía creyendo que Myrna se había llevado el secreto del nacimiento de Aydan a la tumba. No sospechaba que, en realidad, era Breann la que atesoraba aquella verdad que tanto lo comprometía.

Ella contuvo la respiración al verlo aparecer entre las sombras.

El eco de los pasos cesó entonces, y quedaron frente a frente. Solo los barrotes de la celda los separaban. Sin embargo, la distancia entre ellos era infinita.

—Buenas tardes, *mademoiselle* Airdsgainne —saludó Cearbhall, con una fugaz inclinación de cabeza.

Pese al gesto cortés, su voz sonó fría como el acero.

—Aquí abajo no existen las mañanas ni las tardes —respondió ella, con los labios apretados—. Sumida en esta oscuridad, solo intuyo qué hora es cuando vuestros esbirros me alimentan como si fuera ganado.

Él se mantuvo impávido. Ya se esperaba alguna queja acerca de la comida. Hacía meses que había ordenado que solo le sirvieran sobras, pan duro y agua, esperando que se ablandara algo la aspereza de aquella endiablada jovencita. Sin embargo, la espera había sido en vano. Breann no le iba dar el gusto de suplicar comida.

Antes hubiera preferido que la matara de hambre.

—Solo pretendía ser amable, *mademoiselle*… En efecto, no tiene importancia qué hora del día sea. —Ella ni se movió. La sonrisa de Cearbhall le provocaba una mezcla de repulsión y furia, pero logró mantenerse impasible —. Son otras cosas las que sí la tienen, como recordaréis. Cuestiones que ya hemos comentado anteriormente…

Breann recordaba todas las conversaciones. Cómo no hacerlo. Desde que la habían encerrado no había tenido ocasión de hablar con nadie más. Claro que lo recordaba todo, muy a su pesar.

Recordaba la actitud aduladora del principio, que la había desconcertado durante meses. Recordaba el sudor frío que le había bajado por la espalda al admitir que aquel joven tenía, por fuerza, que estar interesado en ella. También las reacciones coléricas de él ante sus rechazos, y la exigencia posterior de que le revelara el paradero de Aydan.

También que entre medias de una cosa y otra, Cearbhall le había hecho todo tipo de proposiciones. Ofertas halagadoras que enseguida evolucionaron a amenazas terribles. Había empezado por ofrecerle ser su compañera en la regencia del condado. Ella, atónita, ni fue consciente hasta que él le explicó que así podría desempeñar sus artes curativas en beneficio de la gente de Vannes. Entonces se mostró categórica, una y otra vez. Y así pasaron los meses. Negativa tras negativa, la furia del joven fue creciendo. Exasperándolo cada vez más, hasta el extremo de amenazarla con arder en la hoguera.

Como la bruja que era, llegó a decir.

En medio de ese abanico macabro, ella tuvo que escuchar una inverosímil sucesión de ofertas intermedias. Cada cual más disparatada.

Como es obvio, todo había sido en vano. Breann se mantuvo firme. La apuesta a todo o nada, hasta entonces, le había salido bien. Él no llegó a

atreverse a nada más. Al principio se sintió aliviada. Con el paso del tiempo, sin embargo, concluyó con un estremecimiento que su supervivencia se debía a un único motivo: la obsesión que aquel maníaco sentía por ella. Una fijación enfermiza que la aterraba, pero de la que pensaba sacar todo el provecho que pudiera.

Y allí estaban, una vez más. Frente a frente.

—Ya os dije muchas veces que no tengo ni idea del paradero de Aydan —respondió ella, con voz serena y gesto impasible—. Y también que si lo supiera, no os lo diría.

Aunque algo me dice que está vivo, pensó. Sí, y que algún día regresará. Entonces os veréis las caras.

La mirada de Cearbhall se endureció, y su boca esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Esta es la última oportunidad que os concedo para que hagáis algo a favor del chiquillo —le espetó, tratando de disimular que la ira lo invadía por momentos—. La propuesta que os traigo es bien favorable, mi señora. Vos me ponéis sobre su pista y yo os permito volver libre a Karnag con la promesa de no molestaros nunca más. La gente de Morbihan no tiene quien la atienda de sus dolencias desde hace ya demasiado tiempo…

Ella apretó los dientes. Aquella rata sabía cómo hacerle daño.

El dolor atenazó su alma, ya maltrecha. Aquellas palabras trajeron la muerte de Myrna a su memoria, y acentuaron la impotencia que la abrumaba. La sapiencia antigua de la vieja sanadora languidecía junto con ella entre las paredes húmedas de aquel calabozo. Inutilizada bajo tierra, mientras había gente muriendo en el exterior.

—La otra alternativa —siguió él. Breann levantó una ceja. Era la primera vez que había más de una opción— es que les transmita la orden a los hombres que llevan tiempo persiguiéndolo de que lo liquiden en cuanto den con él. Os advierto que ya no se encuentran demasiado lejos de sus pasos. Elegid bien, señora, pues no tendréis más ocasiones. Y hacedlo pronto. Mi paciencia tiene un límite.

Breann se quedó pálida como la cal. No, al final no había otra opción.

Aquella amenaza tenía mucho aspecto de bravata, pero bastó para helarle la sangre. Al fin y al cabo, siempre le había parecido un milagro que un pequeño de ocho años, que ahora andaría por los diez, hubiese burlado durante tanto tiempo a los soldados de Gwened. Tal vez fuera momento de sopesar si la huida de Aydan no habría agotado al fin su buena estrella.

Quizás, calibró, tocara contemplar la posibilidad de llegar a un acuerdo. Con las piernas temblando, Breann se acercó más a los barrotes. Cearbhall, súbitamente esperanzado, también se adelantó. Por un instante, había vislumbrado una posibilidad de confesión.

—Señor de Pornichet —susurró ella a través de la reja, a dos palmos

escasos de la cara de él—, no tenéis ninguna opción de victoria contra Aydan Sneachd. Preparaos, pues algún día sufriréis sus ansias de venganza. Lo que le hicisteis a Myrna no quedará impune, «mi señor». Os aseguro que su furia será implacable.

Ahora fue él quien empalideció.

Escuálida y demacrada, pero con mirada de fuego y voz de hielo, aquella mujer de apariencia frágil se le antojó salida del mismo infierno. Intimidado, tropezó al retroceder. Ella comprobó satisfecha que sus ojos reflejaban terror. Ni la soledad ni la tristeza ni el hambre habían subyugado a aquella alma indómita, forjada entre las nieves del lejano Norte.

Él llegó a contemplar si no sería cierto que tenía tratos con el mismísimo diablo.

Tal vez el maldito chiquillo estuviera predestinado en verdad a cumplir aquella dichosa profecía escrita en piedra, como una demostración real del poder druídico. Por un momento llegó a creer que tal vez fuera una maldición, en lugar de una superstición sin fundamento. Asaltado por un pánico irracional, se giró sin decir más nada.

Apoyándose en las paredes, huyó. La puerta se cerró tras él con estrépito, enmarcando la vergüenza del carcelero derrotado. Después subió, tropezando, los cuatro pisos que lo separaban de su alcoba. Aún sin aliento, se encerró por dentro. Mientras trataba de tranquilizarse, sus ojos dieron con un sobre lacrado.

Una carta esperaba su regreso sobre el escritorio. Se acercó. Sus manos temblaban sin control al romper el sello. Solo empezó a recobrar el ánimo al leer el mensaje que contenía. Noticias tranquilizadoras llegaban desde Inglaterra. En buena hora, desde luego. El mensaje, cual agua de mayo, había salido unos días antes de la Torre de Londres. Inspirando profundamente, asintió en silencio. Ya no iba a necesitar la confesión de aquella escocesa del demonio.

Justo en el momento preciso, Dreng Straw había remitido una respuesta. La oferta había sido aceptada, eso decía la carta.

Eso, y que su llegada a Vannes era inminente.

LX

El Gran Maestre de los hospitalarios también tenía ojos en Saint Michel.

Robert Jolivet, un monje amante de los libros, era el infiltrado de Rodas en la gran abadía normanda. La vigilancia de una tierra fronteriza de importancia estratégica siempre era valiosa.

Por eso estaba allí Beadur, conversando con su viejo amigo en la biblioteca. De puertas adentro nadie los importunaría.

La tarde iba cayendo. Desde la ventana se veía cómo la marea empezaba a bajar.

—¿Todo un mes aislado en las marismas de Cotentin? —La perplejidad de Jolivet, mano derecha del abad Le Roy, no dejaba de crecer—. ¿Y se supone que esta noche se va a internar en nuestra sacristía, como si en lugar de un chiquillo se tratara de un fantasma?

Robert y Beadur habían compartido entrenamiento en Rodas siendo apenas unos muchachos imberbes. Ambos pertenecían a la Orden, pero aparte de eso poco tenían en común. El gauta era un guerrero activo en labores de espionaje, mientras que Jolivet había seguido un camino muy diferente. Él era el bibliotecario de la congregación. Aquellos libros eran su vida.

El encargo del Maestre consistía en ir ascendiendo en la escala de poder del cenobio. Por eso se postulaba ya como próximo abad de Saint Michel. Al fin y al cabo, tan útil para la causa podía ser un hermano desde primera línea de batalla como desde una posición de mando en un lugar así.

—Puedes estar seguro. Esta noche, con la bajamar y ayudado por la luna llena, Aydan entrará en la sacristía. —Beadur, taciturno, oteaba la lejanía. Jolivet se quedó mirándolo, sorprendido. Aquello suponía una auténtica proeza, pero el gauta no parecía albergar duda alguna al respecto—. Ya te dije que no es eso lo que me preocupa.

Se mostraba seguro, pero su gesto reflejaba inquietud. El bibliotecario lo conocía bien. Lo observó en silencio desde atrás. No era por aquel motivo, pero una preocupación profunda alteraba su conciencia, estaba claro. Lo dejó estar. Empezaba a sospechar que Beadur estaba allí porque necesitaba algo de él.

—Los soldados de Vannes llevan más de dos años a la caza del chiquillo —siguió el guerrero. Era como si una sombra cubriera su ceño—. Por el momento no han logrado nada, como es obvio. Si acaso, pistas difusas.

Robert asintió. La maestría del gran Njöror no podía ser neutralizada por unos simples esbirros. No había cuidado. Mientras el gauta se hiciera cargo, el rastro del chiquillo sería indetectable.

—Aun así, me consta que el regente de la casa de Gwened, ese traidor de Pornichet, mantiene excelentes contactos con asesinos de élite. Hasta con los mercenarios del mismísimo rey de Inglaterra. Mucho me temo que su paciencia se esté agotando y que no tarde en acudir a ellos para organizar una cacería. Entonces tendremos problemas. Esa gente conoce bien su oficio.

Jolivet asintió en silencio. Si eso sucedía, las cosas se iban a poner feas.

—¿Ha habido novedades en estos últimos tiempos? —Sabía que la labor de vigilancia de su visitante era incansable. Tanto, que le permitía conocer todos los movimientos estratégicos que tenían lugar en tierras normandas. Por

indetectables que fueran para cualquier otro.

—Aún no. —Beadur se mostró seguro, pero estaba claramente intranquilo—. Hasta ahora, los espías ingleses se han limitado a explorar el terreno. Están esperando el momento óptimo para la invasión.

El espía cogió aire. Entonces, al volverse, se encontró con la mirada suspicaz de su anfitrión. Cayó en la cuenta de que su ambigüedad estaba siendo contradictoria. Sacudió la cabeza. Intentaría explicarse mejor.

—Todavía no ha sucedido nada raro, es cierto, pero… No sé, Robert, llevamos ya dos años de huida. Me temo que estamos tentando demasiado a la suerte.

Las campanas de la iglesia los sobresaltaron con un repique ensordecedor. El gauta levantó la mirada hacia las alturas con gesto de sorpresa.

—No es nada —sonrió el bibliotecario—. Unos romeros están a punto de partir hacia Compostela. Escoceses, creo. Ya sabes, la marea baja. Los bronces que escuchas emiten el toque de gloria para despedirlos. Un augurio de buena fortuna. Al principio sobresalta, pero después te acostumbras.

—¿Peregrinos escoceses? —El gesto de sorpresa del gauta derivó en una sonrisa—. ¿Es que van tras los pasos del corazón de Robert the Bruce?

Jolivet sonrió en respuesta.

—Será eso.

Esperaron a que acabara el tañido que atronaba desde las alturas. El gesto de Beadur, mientras tanto, se tornó aún más duro que antes.

—Cuéntame —se decidió por fin Jolivet. Ya basta de rodeos, decía su mirada—. ¿Qué es lo que necesitas de mí?

Beadur respiró profundamente.

—Primero, papel y pluma —la respuesta cogió desprevenido al bibliotecario—. Le voy a escribir una carta a Ezra. En caso de que las cosas se pongan difíciles, enviaré a Aydan a Toledo. Ningún lugar es más seguro que la casa del Custodio del Legado, ¿no crees?

—Mándale un abrazo de mi parte. —Jolivet y Ezra habían trabajado juntos durante los años del sefardí en Normandía—. Dile que me alegro de que el tesoro esté en sus manos.

Beadur asintió, nuevamente pensativo. Nadie mejor que él sabía que el niño estaría a salvo junto a Ezra. No en vano, el sefardí tenía fama entre los hospitalarios de ser el mejor guerrero del mundo. Y bien merecida, por cierto, caviló. Después, sin embargo, se quedó mirando al suelo sin decir nada. Ante aquella mirada turbada que escondía un compromiso incómodo, el bibliotecario comprendió por fin qué era lo que le iba pedir.

Así que era eso, sonrió.

—En caso de que llegue ese día pretendes que me haga cargo. Que sea yo quien asegure que Aydan llega a Toledo sano y salvo, ¿no es cierto?

Una leve afirmación le confirmó que sus sospechas eran acertadas.

Esta vez fue el bibliotecario el que meneó la cabeza. Era incomprensible que Beadur hubiera decidido adoptar un niño así, de aquella manera inesperada. Definitivamente, era inexplicable. Un espía enfrascado en una misión de la más alta trascendencia había sido tentado por la paternidad hasta el punto de anteponer la seguridad del chiquillo al éxito de su cometido. Su mirada se dirigió al horizonte.

Y ahora, dudó, aquello también lo comprometía a él. Y a su misión.

—No se trata tan solo de salvar la vida de un niño, Robert. —Beadur insistió. Era obvio que las reticencias de Jolivet se debían a la apariencia ilógica de su propuesta. Sin embargo, necesitaba afianzar su colaboración. Conocer la verdadera identidad de Aydan lo convencería, estaba seguro. Lo que hiciera falta con tal de garantizar su ayuda. Respiró profundamente—. Este chiquillo es el elegido del que habla la profecía perdida de Kermario.

El monje levantó una ceja. Aquello sí que no se lo esperaba. Paralizado por la sorpresa, se quedó mirándolo, indeciso. Durante un instante calibró si el guerrero estaba hablando en serio o si le gastaba una broma pesada.

—Ya sé que parece una locura —se apresuró a continuar Beadur, viendo la sombra del escepticismo reflejada en los ojos de Robert—, pero cada día que pasa estoy más seguro.

Otro silencio frío, roto tan solo por los graznidos lejanos de las gaviotas que sobrevolaban la bahía, se posó sobre la biblioteca.

—¿Esa vieja leyenda que habla de una inscripción perdida? ¿Esa que fue borrada a golpes, dicen, de las piedras hitas de Karnag? —Solamente el respeto a una antigua amistad evitaba, a esas alturas, que Jolivet zanjase aquella conversación. El Fantasma Gris de Normandía parecía haber perdido la cordura.— Venga, Beadur…

El gauta, sin saber qué contestar, se retorció. Era lógico que su viejo amigo no diese crédito a semejante desvarío. A él mismo le costaba creerlo. Tan solo la realidad, tan tozuda que puede vencer cualquier prejuicio, lo golpeaba a diario junto a Aydan. De otro modo, tampoco él hubiera creído en algo así. Tanto más Jolivet, admitió. Un hombre culto y sensato. Y sobre todo, un hermano que pertenecía a la Orden. Para ellos, las supersticiones no solo estaban fuera de lugar.

Eran el enemigo a combatir.

Por eso se esperaba su escepticismo. Aquella reacción era lo único previsible, de hecho. No obstante, él aún guardaba una verdad sobrecogedora. Y estaba dispuesto a revelarla.

—El chiquillo fue traído a la vida en medio de una nevada terrible. —Beadur pronunció aquellas palabras con tono de confidencialidad, pero el bibliotecario se echó hacia atrás con hastío.

Nada tenía de extraordinario que un niño naciera un día de nieve.

El guerrero cogió aire antes de seguir.

—No nació de una manera natural, Robert. Yo mismo presencié cómo lo sacaban vivo del vientre de su madre, ya decapitada. De hecho, cuando eso sucedió ella ya casi estaba sepultada por la nieve que caía sin cesar.

Entonces, Jolivet contuvo la respiración. El primer verso de la vieja profecía apareció como un fogonazo en su memoria. Aquello ya no era tan normal, desde luego. Unas palabras grabadas con letras de fuego regresaron desde un rincón remoto para atronar su conciencia.

Hijo de la nieve, de la muerte nacido.

—¿Recuerdas cuando Ezra tenía trece años, Robert? Nosotros no tendríamos más que ocho o nueve. Lo veíamos luchar contra guerreros auténticos. Hombres adultos que por mucho que se esforzasen no lograban vencer a aquel muchacho. —El giro de la conversación sorprendió a Jolivet, trayéndolo de vuelta abruptamente. No sabía que el hilo de la argumentación había sido calculado con tino—. Pues bien, te digo que Aydan supera incluso las habilidades de nuestro hermano a su edad. Cada día, al entrenar con él, me asombra más su fortaleza. La facilidad natural con la que maneja la espada, el arco o su propio cuerpo. Nunca he visto un portento igual, Robert. Créeme. Jamás.

Jolivet desvió la mirada. Aquello eran palabras mayores. Si el chiquillo superaba las habilidades del mejor guerrero del mundo a su edad, algo extraordinario podía estar sucediendo. Las evidencias parecían contundentes, desde luego. Sin embargo, nada resiste más que una creencia falsa anclada en la mente de un hombre.

Aunque la verdad brille ante sus ojos como el mismo sol.

—Eso no demuestra nada. —La convicción de Beadur aún no había hecho mella en Jolivet—. El chiquillo puede ser el mejor guerrero que jamás hayas visto delante y no por eso tendría que ser el héroe encarnado de una leyenda.

Beadur se quedó observando con una media sonrisa en la cara a su viejo amigo. Hasta allí, todo normal. Tras las reticencias previsibles, había llegado el momento de revelarle la verdad última. A ver si después seguía atrincherado tras el escepticismo.

—Esa madre decapitada entre la nieve… —Jolivet asintió, expectante—. Fue ejecutada a sangre fría por unos mercenarios enviados por el rey de Inglaterra. De alguna manera, intuyeron que el bebé que iba a nacer acabaría por expulsarlos de la tierra de sus ancestros. Tal y como afirma la profecía.

Robert meneó nuevamente la cabeza. Aquella historia parecía por momentos un desvarío de borracho. Una fantasía propia de viejos supersticiosos reunidos en torno a una hoguera para contar fábulas. Sin embargo, se puso en tensión. Al fin y al cabo, era el gran Njöror quien se la estaba contando.

Al continuar, las palabras de Beadur lo golpearon como un mazo.

—Esa madre muerta era Alix de Gwened. La condesa que, como recordarás, ya había tenido doce hijos con anterioridad…

De la casa de Gwened el número trece.

El eco se quedó flotando contra las paredes, amortiguado por los libros que cubrían las estanterías, antes de extinguirse. Afuera las gaviotas seguían graznando, pero en el interior de la biblioteca el silencio se hizo de hielo.

Beadur dejó que la historia cuajara en el ánimo de Jolivet. Él mismo había vivido aquel asombro con el paso de los años al ir constatando las circunstancias que rodeaban al pequeño. Demasiadas coincidencias. Sobre todo, para quien sabe que las casualidades no existen.

El bibliotecario, impactado pero aún incrédulo, miró por la ventana.

Una enorme luna llena rielaba tímidamente sobre el horizonte. La bajamar se acercaba al mismo ritmo que el atardecer. Aprovechando la marea baja, el grupo de peregrinos había atravesado ya la muralla. Empezaba su viaje hacia el continente.

Irían primero, como era costumbre, en dirección a París. Allí, al amparo de la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie y de los cofrades capitalinos, llamados los carniceros, los romeros acabarían por unirse a una de las caravanas que partían a diario en dirección al lejano sur.

Se quedó observándolos desde las alturas, pensativo. Tras una andadura de dos meses llegarían a la ciudad sagrada de Compostela, capital del antiguo Reino de Galicia. La casa del Señor Santiago, faro espiritual de toda Europa.

Desde la ventana de la biblioteca los vio avanzar sobre la arena mojada. Silencioso y pensativo, esperó. La cordura, y la prudencia que la acompaña, batallaban en su interior contra una realidad que parecía la ensoñación de un demente. Y, sin embargo, cabía no olvidarlo, aquella era la realidad. Estrambótica, pero terca.

Se mordió el labio. Aún seguía impactado por las palabras de Beadur.

El gauta, desde atrás, también contemplaba la partida de los romeros de la lejana tierra de Alba. Taciturno, se quedó cavilando en la larga travesía que tenían por delante. Eso le recordó lo que había venido a buscar aquel día a Saint Michel. Aquellos hombres partían en dirección a Castilla, el reino donde vivía Ezra. Solo que, en lugar de Toledo, su destino era Santiago.

Una travesía interminable y peligrosa a lo largo de la vieja Europa, siempre en llamas. Por eso, pensó, la afrontaban en grupo y bien armados. Atravesar el continente en aquel tiempo convulso no era un juego de niños. Y un en caso de que lo lograran, todavía les quedaría el camino de regreso.

Jolivet notó la presencia de Beadur a su espalda. Una cuenta pendiente apenas nacida, pero ya comprometida, flotaba entre ellos. El silencio

expectante del gauta lo trajo de vuelta a la realidad.

—Está bien —aceptó finalmente, aunque con una última resistencia: no lo haría en virtud de una superstición—. Será por respeto a los padres de ese chiquillo, a quienes tuve en gran estima. Por ese motivo, y no por lo que dicen viejas leyendas, haré lo que me pidas.

Beadur respiró. La vía de escape que le había robado el sueño durante tanto tiempo se abría por fin.

Asegura siempre una salida.

—Eso sí. —Insistió Robert. Nada resiste más que una falsa creencia anclada en la mente de un hombre, se dijo Beadur de nuevo al volverse hacia él —. Antes de aceptar definitivamente, tendré que verlo entrar con mis propios ojos en la sacristía. A ver, pues, si ese niño es lo que tú dices. Lo que describe la profecía perdida.

El gauta sonrió, confiado. Si ese era el requisito, podía dar el pacto por sellado. Esa misma noche los dos esperarían a Aydan, escondidos entre las sombras, en el *sancta sanctorum*.

Asintió en silencio.

Adentrarse en la sacristía de Saint Michel no era más que un juego para el elegido.

LXI

Dos guerreros sin rostro le habían tendido una emboscada.

El olor de la vela al apagarse contra el suelo aún flotaba en la sacristía. Por suerte, había adoptado la precaución de derribarla con la piedrecilla. En una fracción de segundo, Aydan desenfundó el pequeño cuchillo y se encaró con el primer monje en la oscuridad. La celada había sido bien orquestada, desde luego. Sin embargo, aún no estaba vencido.

Tomar la iniciativa le daría la oportunidad de enfrentarse a sus asaltantes de uno en uno. Esperar a que fueran ellos los que se acercaran conllevaría recibir un ataque doble. Y su desventaja, pensó, ya era suficiente. Dos hombres adultos empuñando sendas espadas contra un chiquillo de diez años prácticamente desarmado. En mitad del torbellino, la voz del maestro retumbó en su conciencia:

—Cuando percibas algo demasiado extraño, huye sin dudar. Déjalo todo, y escapa sin mirar atrás. Las casualidades no existen en el espionaje, Aydan. No dudes, solo desaparece. Sobre todo, cuando las cosas resulten más fáciles de lo que debieran.

Las palabras de Beadur lo golpearon, pero ya no había tiempo para

arrepentirse. Solo cabía luchar por salvar la vida, aunque todo fuera demasiado extraño.

¿Qué diablos estaban esperando esos dos en la sacristía a esas horas de la madrugada?, se preguntó.

Nada tenía lógica, pero ya solo podía estudiar la mejor opción de ataque. Un relámpago atravesó su mente mientras agarraba el candelabro de bronce. El mismo que sostenía la vela hasta que él la había derribado: ¿los habría avisado Beadur?

En cualquier caso, ya no importaba. No había tiempo para suposiciones. Con el candelero en la mano, se abalanzó sobre el primer adversario. Para entonces ya había caído en la cuenta de que su vista estaba mejor adaptada a la oscuridad que la de sus oponentes. Mientras que él llevaba varias horas inmerso en la noche, los dos hombres habían permanecido todo ese tiempo bajo la luminosidad de la vela. Apenas una tenue penumbra, pero suficiente para darle una mínima superioridad.

Lo vio claro. Los movimientos de los monjes eran ligeramente más lentos que los suyos. Como si tardaran un instante más en percibir lo que estaba sucediendo a su alrededor. Impulsado por la confianza de aquella ventaja inesperada, utilizó su arma improvisada para atacar al asaltante más próximo. Tras varios golpes dirigidos a la empuñadura, por fin logró darle a los dedos. El hombre dejó caer la espada y se agarró la mano dañada, gritando de dolor.

Los ojos de Aydan relampaguearon. Había llegado la hora de usar el cuchillo.

Se dispuso a asestar un ataque mortal, no sin antes vigilar lo que sucedía a su espalda. De un vistazo, constató con sorpresa que el otro fraile no lo atacaba desde atrás. Simplemente lo observaba luchar contra el primero. Su mirada fugaz lo distinguió inmóvil contra la blancura de la pared. Con la espada entre las manos, pero sin mover un músculo. Era incomprensible, se extrañó, pero mejor así. Se lanzó. El caballero retrocedió al ver a aquel pequeño asesino abalanzarse sobre él.

Aydan voló sobre la sacristía con el cuchillo enarbolado sobre la cabeza. Era su vida o la de ellos. Estaba dispuesto a clavárselo en el corazón antes de huir.

—¡Ya basta, Aydan! —a su espalda, la voz de Beadur retumbó contra las bóvedas.

La sorpresa le hizo perder el equilibrio mientras iba por los aires. Además, el impulso que llevaba le impidió detenerse. Por eso acabó estrellándose contra el pecho del hombre que aún se agarraba los dedos magullados. El mismo al que se disponía a matar en el instante inmediatamente anterior.

Tuvo tiempo, no obstante, de abortar la cuchillada mortal que estaba a punto de asestarle. En el último momento, pero sí.

Mientras el gauta encendía de nuevo la vela y le daba una patada hacia un

rincón a la piedrecilla, Aydan y Jolivet trataron de zafarse el uno del otro, aún en el suelo.

—¿Estás bien, Robert? —preguntó Beadur, ya con la estancia iluminada.

Al escuchar aquel nombre, el niño contuvo la respiración. Desde aquel día en los acantilados de Quiberon, el maestro no le había vuelto a llamar así. ¿Habría llegado el momento de que le revelara aquel misterio? Tal vez la recompensa por culminar con éxito la misión fuese conocer la verdad.

—No es nada —respondió el otro monje, para desilusión de Aydan. Beadur no se estaba dirigiendo a él, sino al hombre que luchaba por levantarse.

Jolivet se incorporó con cara de circunstancias, abriendo y cerrando los dedos de la mano dañada.

—Aydan, te presento a Robert Jolivet. —A pesar de lo embarazoso de la situación, el niño apreció un brillo victorioso en los ojos del maestro—. Un buen amigo.

—Un placer conoceros, señor… Yo… Pensé que me atacaban a traición…

Un ademán de displicencia del bibliotecario cortó de raíz sus excusas.

Los dos hombres cruzaron una mirada misteriosa. Un código oculto que el chiquillo no logró descifrar. Después, y eso sí lo advirtió, asintieron de forma casi imperceptible. Como si acabaran de sellar un pacto.

—No te preocupes, Aydan —sonrió Jolivet, tendiéndole la mano izquierda. La derecha no estaba en condiciones de ser estrechada—. Es un placer conocerte al fin. Voy a tener que admitir que tal vez sea cierto lo que me han contado sobre ti.

—Espero que sean cosas buenas. —El niño, confuso, miraba a uno y a otro con desconfianza.

Tras una luna entera aislado en el pantano, el reencuentro con el maestro había resultado más desconcertante de lo que cabría esperar. Deseó que alguien le aclarara qué era lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, su anhelo fue vano.

La madrugada ya estaba avanzada. Los frailes pronto serían convocados a la oración. Por eso se encaminaron al único lugar seguro que había entre los muros de la abadía: la biblioteca.

Durante horas, Beadur le estuvo interrogando acerca de lo sucedido durante aquel mes en Cotentin. Mientras la luna llena iba completando su recorrido por el cielo nocturno, la marea volvió a anegar la rada. Aquella roca escarpada se convirtió de nuevo en un islote rodeado por un mar negro como la tinta. A su alrededor, el espejo se oscureció.

No habría polvo de plata hasta el día siguiente.

Ante la mirada asombrada de Jolivet, el niño explicó, sin darse ninguna importancia, cómo había pasado aquel tiempo. Llegado un momento, el monje no pudo seguir resistiendo la curiosidad.

—Allí hay comida de sobra —le contestó Aydan, como si tal cosa—;

aunque no esté muy buena así, cruda.

—¿No hiciste ni un mísero fuego en todo ese tiempo? —según iba descubriendo nuevos detalles, la perplejidad del bibliotecario se iba a transformando en estupefacción.

—Esas eran las condiciones —aclaró Beadur, haciéndole señas para que disimulara—. Su primer cometido era hacerse invisible. Y cuéntanos… ¿cómo te apañaste esta noche?

El chiquillo relató su incursión en el recinto fortificado, después en la abadía y, finalmente, en la iglesia.

—Y todo ese trabajo bien hecho, para nada —la voz del gauta sonó severa.

Demasiado, a juicio de Robert. Sobre todo, teniendo en cuenta las hazañas que acababa de escuchar.

El chiquillo, sin embargo, bajó la cabeza. El maestro tenía razón. La impaciencia lo había traicionado.

—Lo siento —musitó.

Era amargamente consciente de su fracaso. Tras todo un mes de trabajo impecable, lo había echado todo a perder en el último momento.

—Pensé que ya habías aprendido que ninguna precaución es suficiente para nosotros, Aydan. —La dureza del gauta sorprendió de nuevo a Jolivet—. Si esto no fuera un simulacro, ahora estarías muerto. ¿No te pareció demasiado extraño que un sitio así estuviera abierto e iluminado en plena noche? ¿En qué estabas pensando?

El bibliotecario no daba crédito a sus oídos. Un niño de diez años había mostrado unas dotes extraordinarias, incluso para un adulto, y había tenido la precaución de apagar la vela antes de adentrarse en el lugar indicado. Y aún había más. Ante una emboscada tendida en plena oscuridad, había logrado plantar cara a sus asaltantes. Hasta el punto de haber estado en disposición de matar a uno de ellos.

Y sin embargo, era reprendido.

Sintiéndose un intruso, casi un extranjero, en la conversación entre maestro y discípulo, permaneció en silencio. El chiquillo se disculpó de nuevo y prometió que jamás volvería cometer un error tan grave.

Aun así, aceptaba las consecuencias.

—No has superado la prueba. No te has ganado el derecho a descansar.

—Lo sé, maestro.

—Vamos a dejarte aquí un rato. Ahora, Robert y yo nos vamos a desayunar. En ese tiempo tendrás que hacer algo en la biblioteca. Vamos a cerrar por fuera, pero de cualquier manera recuerda el primer precepto.

Debes hacerte invisible.

Ante el asentimiento del pequeño, Beadur continuó:

—Volveremos antes del mediodía. Para entonces deberás haber hallado entre estas estanterías un libro muy especial. En sus páginas se narra la historia

de tus ancestros. ¿Comprendido?

Los datos no podían ser más escuetos, pero Aydan asintió sin dudar.

—Comprendido.

Una vez fuera, un atónito Jolivet cerró la puerta de la biblioteca con dos vueltas. Su gesto de incredulidad provocó una sonrisa en su viejo amigo.

—¿Por qué me miras así? —rio Beadur mientras se encaminaban al refectorio—. ¿Crees que soy demasiado exigente con el chiquillo? ¿O es que te has convencido de que es cierto lo que te advertí? —El monje no encontró respuesta. En realidad, su asombro estaba provocado por ambos factores—. Le exijo el máximo porque sé que puede alcanzarlo —aclaró el gauta, poniéndose serio—. Y no solo por eso, Robert. De hecho, el motivo principal es otro. Su supervivencia va a depender, más pronto que tarde, de lo que yo sea capaz de inculcarle.

Los pasos de los dos hombres resonaban en el corredor. Beadur dejó que la irrupción de Aydan calara en el ánimo del fraile. Tal y como había previsto que sucedería, por otra parte.

—Como ya habrás deducido, de esa supervivencia es de lo que he venido a tratar contigo.

Jolivet se detuvo ante una ventana que se abría al este. Las primeras luces del amanecer se intuían en la distancia. El perfil de las suaves lomas de Normandía se recortaba contra un cielo pálido donde aún reinaba la oscuridad.

—No creo en profecías perdidas que hablan de supuestos guerreros de luz —murmuró, con la mirada perdida en el horizonte—. Pero no permitiré que un chiquillo inocente sea aniquilado por unos desalmados. Por unos asesinos a los que mueve, precisamente, una superstición sin fundamento. —Beadur respiró, aliviado. La salida estaba asegurada—. Y mucho menos, un chiquillo como este —remató Jolivet.

La mirada del monje se quedó fija en el horizonte. Al rato, los primeros rayos del sol dieron en sus ojos. El guerrero sonrió con disimulo.

—Sabes que te estaré eternamente agradecido, Robert. Pero quédate tranquilo, de momento —respondió, apretándole un brazo—. Solo requeriré tu intervención en caso de amenaza inminente. Solo si yo ya no pudiera protegerlo.

Su voz sonaba tranquila, pero un presentimiento inestable lo asediaba. El ánimo de Beadur no había conocido en los últimos tiempos un amanecer. No, al menos, uno claro como aquel que empezaba a intuirse en la lejanía.

Aunque con un ánimo distinto al de su viejo amigo, el gauta también clavó su mirada en las primeras luces del alba.

Una preocupación negra se cernía sobre su conciencia. Un preludio inequívoco que le robaba el aire. Y su instinto, negó entonces, nunca se equivocaba. Eso se temía, sí. Que un espectro sin rostro estuviera ya sobre la

pista de Aydan. Olfateando los caminos y cada vez más cerca.

Siniestro e implacable como una manada de lobos.

Esa era la certeza que lo atormentaba. Se volvió hacia Jolivet. Sí, por eso estaba allí. Una sombra negra alargaba sus tentáculos desde el castillo de Vannes. Y él temía que antes o después acabasen por caer sobre ellos. Sobre el pequeño, más bien.

Muy a su pesar, así estaban las cosas.

Solo era cuestión de tiempo.

LXII

Al rato, llegaron al refectorio.

La partida de los peregrinos escoceses había generado cierta agitación entre los frailes. Ellos, sin embargo, apenas se dieron cuenta. Estaban enfrascados en sus propios asuntos.

—¿Por qué le has puesto a buscar el *Lebor Gabála Érenn*? —preguntó el bibliotecario.

El sol ya se había alzado sobre el continente y la marea había convertido la rada en una gran laguna azul. Un espejo pulido que reflejaba la silueta esbelta de Saint Michel.

La mirada del guerrero se enturbió.

—Este ha sido un mes intenso para mí. Me lo he pasado rastreando a nuestros perseguidores. Tratando de averiguar si los tenemos encima o si aún nos queda margen. —Beadur posó la taza de sidra sobre la gran mesa central —. Y lo cierto es que no he logrado concluir nada con claridad. Voy a enviarlo otro mes al pantano, por si acaso. Le diré que esta nueva misión es consecuencia del error cometido, aunque en realidad lo hago por seguridad. Necesito que desaparezca mientras descubro a qué nos enfrentamos.

—Eso no responde a mi pregunta —rio Jolivet.

Beadur le dio otro trago a la taza con aire pensativo. Cuando por fin respondió, su voz sonó más grave de lo habitual.

—¿Podrías dejar que se lleve el *Lebor* consigo, Robert? El muchacho ha crecido con Myrna Ménec, pero no sabe apenas nada acerca de los viejos gaeles. La vieja no tuvo tiempo de narrarle la historia de su pueblo. Según pude deducir de lo poco que Aydan me ha contado, parece que estaba a punto de empezar cuando la atraparon.

El bibliotecario se puso serio. Los libros de la congregación eran el tesoro más preciado para él. Y aquel, en concreto, era un ejemplar de especial valor. Un manuscrito gaélico que contaba siglos de antigüedad.

—Yo respondo por él —insistió el gauta.

Lo iba a encerrar otra vez en Cotentin. Por lo menos, que tuviera algo con lo que pasar las horas.

Jolivet se levantó de la mesa, aún con el gesto serio. Aquella petición no era cualquier cosa. Y no solo a causa del libro.

—Antes de nada, veamos si ha logrado encontrarlo.

Beadur se levantó también y los dos caminaron despacio, de regreso a la biblioteca.

—O mucho me equivoco, o ese traste ha debido de leer ya unas cuantas páginas del *Libro de las invasiones*. —Aquella suposición hizo que el bibliotecario esbozara un gesto de incredulidad. Aunque casi imperceptible, el gauta se dio cuenta—. En serio, Robert. Aún recuerdo la primera misión que le encargué. No hace mucho de ello. Aquel día le encomendé encontrar un tesoro oculto en la catedral de Bayeux.

Acabado ya el desayuno, todos los frailes iban abandonando el refectorio. Aún se respiraba una cierta agitación.

—¿A qué tesoro te refieres? —Los dos recorrieron el largo corredor, volviendo sobre sus pasos.

—La única indicación que le di entonces fue que debía encontrar un objeto que explicase la guerra entre Francia e Inglaterra.

Jolivet sonrió. La misión encomendada se refería al enorme lienzo, de más de cien pasos de largo, que se custodiaba en la catedral. Una tela que había sido bordada cientos de años atrás, y en la que se narraba la conquista de Inglaterra por parte del duque de Normandía. El legendario Tapiz de Bayeux. Eso era.

—¿Y sin más indicaciones que esa logró dar con el tapiz? —El bibliotecario arqueó las cejas.

Beadur se encogió de hombros.

Se hacía cargo del asombro de Jolivet, claro que sí. Él mismo lo había sentido durante años. Aun hoy, pese a estar acostumbrado a la compañía del chiquillo, seguía sobrecogiéndose.

Aquella resistencia sobrehumana. Aquel talento innato.

—Primero entró en el edificio sin que nadie se diera cuenta, en plena noche. Después examinó todo lo que hay allí dentro, tratando de deducir cuál podía ser ese tesoro. Tardó varias horas, pero por fin descubrió el lienzo y descifró su contenido. Cuando llegó la mañana, se camufló entre los fieles que habían ido a misa y salió. Recuerdo cómo regresó sonriendo a casa, con las manos en los bolsillos. Y cómo desayunó con apetito mientras me contaba las maravillas de la gran tela bordada. Como si todo hubiera sido un pasatiempo.

Jolivet sacó la llave de la biblioteca y se dispuso a abrir la puerta. Para entonces, ya estaba seguro. Aydan habría logrado encontrar el manuscrito que el maestro le había encomendado, cómo no. La gran epopeya gaélica de las

invasiones. Sin embargo, al entrar advirtió que Aydan no estaba. El chiquillo se había esfumado como por arte de magia. Una ventana abierta sobre la bahía dejaba entrar una brisa suave cargada de aromas marinos.

—¿Se ha ido? —preguntó el monje, sin comprender. La ventana se abría sobre un acantilado vertical. Era imposible huir por allí.

Beadur paseó la mirada sobre las estanterías con ojos expertos.

Asegura siempre una salida
Anticipa el mañana

—Sopla el nordestal —exclamó en voz alta, como para las paredes.

Jolivet, confuso, esperó que aquellas palabras provocaran algún efecto. Algo que no logró anticipar.

Al cabo de unos instantes, Aydan salió trabajosamente de un espacio mínimo que quedaba entre una estantería y la pared. El fraile asintió en silencio. Tenían un código privado. Algo habitual entre hospitalarios. Aquel era, para el chiquillo y su maestro, el santo y seña que indicaba paz. Que confirmaba entre ellos que todo estaba en orden.

—¿Has encontrado el libro? —preguntó Beadur en cuanto el niño se acercó.

Aydan revolvió en el zurrón que llevaba cruzado bajo la capa y sacó un tomo encuadernado en piel azulada. En la portada, escrito con letras de oro, figuraba el título.

Lebor Gabála Érenn.

El bibliotecario contuvo una carcajada de triunfo. Aquel pequeño prodigio lo había vuelto a hacer. Por eso frunció el ceño al ver que el guerrero, en lugar de felicitarlo, simplemente le preguntaba por el contenido del manuscrito.

—Apenas he tenido tiempo de echarle un vistazo —Los ojos del chiquillo brillaban de entusiasmo—, pero entre otras cosas habla de un país que se encuentra en el lejano sur. Una tierra habitada por los milesios, la gente de Mil Espáine. Desde allí un tal Ith, hijo de Breoghan, vislumbró al norte una isla desde lo alto de una torre… Y ya está. No he podido leer mucho más.

Beadur le dedicó una mirada fugaz a Jolivet, que cerró la boca instintivamente. Aquel códice estaba redactado en gaélico medio. El Tapiz de Bayeux, en cambio, estaba en latín.

El asombro del bibliotecario se transformó en convicción. El destino había puesto aquel niño a su alcance. No podía dejar pasar aquella oportunidad. Movido por un impulso repentino, tomó la palabra.

—Dime, Aydan. —La irrupción de Jolivet sorprendió a Beadur. El fraile lo había interrumpido justo cuando le iba a comunicar al pequeño que le esperaba otro mes entre marismas pantanosas—. ¿Te gustaría leer ese libro?

La cara del chiquillo se iluminó. Al mismo tiempo, el maestro reprimió una sonrisa. Dedujo que Robert había decidido prestarle el *Lebor*. Al menos iba a tener algo que hacer en su nuevo retiro mensual. Algo que ocuparía sus días entre las aguas estancadas del cenagal.

—Me encantaría, señor —la voz del chiquillo temblaba de ilusión.

—Muy bien —siguió el monje, mirando alternativamente a Aydan y a Beadur—. Lo que pasa es que no puedo permitir que un libro así salga de la

biblioteca…

El gauta lo miró con extrañeza. ¿Por qué se lo ofrecía, entonces? ¿Para contrariarlo? Jolivet se apresuró a continuar.

—Como tengo entendido que tu maestro pensaba encomendarte una nueva misión, os voy a proponer un trato a los dos.

El niño se mantuvo a la espera, nervioso. Beadur esbozó una media sonrisa de suspicacia. Acababa de intuir lo que el monje había discurrido.

—¿Qué os parece si esa luna… la pasas en este lugar? ¿Qué tal si cumples aquí el retiro en lugar de volver al pantano? —Esperó un momento, cauteloso, pero siguió al ver que el silencio del guerrero le animaba a continuar—. Creo que de esa manera todos veremos cumplidas nuestras aspiraciones. Al menos las más… inmediatas. ¿No es así, maestro Njöror?

Aydan se puso tenso. Aquello era como un sueño. Deseó fervientemente que el maestro estuviera de acuerdo. Jolivet clavó la mirada en Beadur, temeroso. Estaba siendo muy atrevido al inmiscuirse así en su plan.

Sin embargo, su temor era infundado. Al cabo de unos segundos, el gauta esbozó un gesto de satisfacción. Aquella propuesta, en efecto, cumplía con todas sus expectativas. Siempre que lograsen guardar el secreto, Aydan estaría tan seguro en aquel lugar como en el rincón más recóndito de una marisma inhabitable. Además, aquello aseguraba la colaboración de Robert.

Respiró profundamente, y asintió. Acababa de quitarse un gran peso de encima. La vía de escape que le había robado el sueño durante tanto tiempo estaba, por fin, garantizada.

El tercer precepto de los espías de Rodas.

Asegura siempre una salida.

LXIII

—Nunca debisteis poner este asunto en manos inexpertas.

Dreng Straw acababa de llegar desde Londres. Apenas descabalgó, un ansioso Cearbhall le confesó lo sucedido dos años atrás. Solo parcialmente, eso sí. Más apremiado que avergonzado, el joven regente le contó cómo la patrulla enviada por él había dejado huir entre los dedos a un chiquillo. Acusado de brujería, sí, pero un niño de ocho años, al fin y al cabo.

—Fue allá, en Quiberon.

El inglés, arqueando una ceja, solicitó la presencia del capitán. Quería manejar toda la información disponible antes de poner en marcha la operación. No empezaría sus pesquisas a ciegas, como aquellos chapuceros.

—Una misión de este calibre solo puede ser ejecutada por profesionales —

observó, conteniéndose.

Y no por unos gañanes mal llamados soldados que nunca han salido de esta aldea perdida en el fin del mundo, rumió para sí. Te parecía caro contratar auténticos profesionales, pero has acabado pagando mucho más por confiar en unos inútiles.

Cearbhall percibió más claramente su silencio que sus palabras, y no pudo evitar avergonzarse ante aquel aire de suficiencia. Era obvio que todo aquel embrollo del chiquillo de las brujas no había sido más que un clamoroso ridículo.

Un esperpento indigno de la gloriosa casa de Gwened y de su regente.

Apretó los dientes. Eso ya daba igual. Había asumido la humillación en el mismo momento de recurrir a Straw. Ahora lo único importante era atrapar de una vez a ese mocoso del diablo.

Dreng escrutó su expresión. Allí había algo raro, era evidente. Cearbhall estaba ocultándole algo, aunque no lograba descifrar de qué podía tratarse. Y sin embargo, lo notaba. Una silueta esquiva hacía vibrar de una manera incómoda su intuición de espía, forjada a lo largo de muchos años. Barajó varias opciones a toda velocidad, pero nada. Al final, se encogió de hombros.

Fuera lo que fuese, acabaría por salir a la luz. De eso ya se encargaría él.

No le preocupaban aquellas nimiedades. Los vientos favorables llevaban mucho tiempo dándole alas. Ocho años antes, ante el avance imparable de Henry de Lancaster, Dreng había decidido pasarse al bando del aspirante. El impetuoso primo del rey Richard le lanzó un sedal dorado, y él no dudó en traicionar a su antiguo señor. Un monarca apocado a quien siempre consideró demasiado sensato.

—No se puede ser rey y mosca muerta al mismo tiempo.

Sin lugar para los escrúpulos ni el arrepentimiento, Dreng ejecutó el golpe militar que dio con los huesos de Richard en lo más profundo de la prisión de Yorkshire. Allí, los enemigos del destronado acabaron por dejarlo morir de hambre. No había espacio para la compasión en aquellas lides. Tanto así, que sonrió abiertamente al conocer el desenlace.

La traición del mercenario acabó por desequilibrar definitivamente la lucha por el trono de Inglaterra. A partir de ese momento, el que hasta entonces había sido un espía más entre los que trabajaban para la Corona, protagonizó un ascenso fulgurante.

Dreng Straw se convirtió en la mano derecha del nuevo rey y en su asesino personal. Él asumió con toda naturalidad su nuevo puesto como espía al mando de un grupo de élite que dependía directamente del soberano.

De ahí que Henry se sorprendiese cuando Dreng le solicitó permiso para ausentarse. Necesitaba viajar a Bretaña, le comunicó con gesto adusto. Un

tema importante con el regente de la Casa de Gwened. Aunque con desconfianza, el rey aceptó. Tener de su parte al condado de Vannes no era poca cosa, habida cuenta su importancia estratégica en una posible invasión de Normandía. Ora bien, estaba seguro de que le estaban ocultando algo. Aquellos dos intrigantes debían de traerse algo grande entre manos.

Dreng y Cearbhall. La sartén y las brasas.

Importantes, en efecto, tenían que ser esos asuntos. De otro modo no hubieran reclamado con tanta urgencia la atención de Straw.

—Descuidad, majestad. —Antes de partir, Dreng dejó minuciosamente organizado el grupo de espionaje—. A cambio, Pornichet colaborará con nuestros intereses cuando así lo precisemos. De eso podéis estar seguro.

Aun así, él mismo estaba intrigado.

En cualquier caso, así fue como se encaminó a Vannes acompañado por sus mejores hombres.

Y allí estaba, apenas unos días después, esperando junto a Cearbhall la llegada del capitán caído en desgracia. El soldado que había perdido la confianza de su señor tras aquel fracaso estrepitoso. Desde aquel día, había sido relegado a simple centinela nocturno. Ya no le encargaban nada más que interminables guardias estériles en las madrugadas gélidas sobre el adarve.

El hombre se presentó ante ellos con aspecto de perro vareado.

—Soldado —Dreng lo saludó en anglonormando. El hombre se cuadró.

Aquel era el idioma que empleaba la realeza inglesa. La lengua propia de la alta nobleza desde que el duque de Normandía se había hecho con el trono de Inglaterra, cuatro siglos atrás. Al escuchar aquel acento, el soldado comprendió al momento que estaba hablando con un extranjero. No obstante, el uso corriente que se hacía en aquel territorio del francés, del bretón y de todas las variantes del normando permitió que lo comprendiera sin problemas. Que lo entendiera sí, pero no, desde luego, que se tranquilizara.

No había idioma en el mundo capaz de tal cosa.

—¿Qué sucedió aquel día junto a los acantilados de Quiberon? Supongo que lo recordaréis, ¿no? Solo han pasado dos años…

El centinela, mirando al suelo, le contó todo sin vacilar. Claro que se acordaba, cómo no hacerlo si no había vuelto a pensar en otra cosa. Uno a uno, fue enumerando los vergonzantes acontecimientos que lo perseguían desde aquel amanecer aciago. Narró cómo un solo hombre había logrado masacrar a una patrulla de seis soldados y tres perros de presa, y arrebatarles al fugitivo que habían tardado día y medio en acorralar.

—Describidme a ese misterioso asesino —la voz del mercenario sonó fría como el hielo.

Dreng contemplaba al soldado con gesto impenetrable, acompañado por la

mirada desdeñosa de Cearbhall.

—Bien… yo… no puedo decir mucho… —balbuceó el centinela. Parecía un recluta rindiendo cuentas ante un general—. Iba totalmente cubierto por una capucha. Solo dejaba los ojos a la vista, y…

—Entonces, sí podéis decir mucho —lo atajó Dreng. Aceptaba su incompetencia, pero no tenía un segundo que perder con tartamudeos—. Describid la ropa que llevaba, y sus armas. Y, ya que los teníais a la vista, describid también sus ojos.

Durante unos minutos, el atribulado soldado fue rememorando detalles. En cuanto acabó, el inglés le ordenó salir. Ya a solas con Cearbhall, dejó aflorar el desprecio que le provocaba aquella falta de profesionalidad.

—Esto es lo que tiene rodearse de personal barato. —El anfitrión se revolvió en su silla—. Si estos son los recursos que manejáis, amigo mío, no me extraña que llevéis tanto tiempo dando palos de ciego.

—¿Podéis averiguar el paradero de ese guerrero? —preguntó Pornichet, ignorando la mordacidad de su invitado.

Dreng volvió a escrutarlo en silencio. Había llegado allí con el convencimiento de que Cearbhall ocultaba algo realmente grande detrás de aquel asunto de apariencia fútil. Aquello corroboraba sus presentimientos, desde luego. Sin embargo, las piezas del rompecabezas aún no encajaban. Así pues, decidió ser directo. No tenía nada que perder.

—¿Qué interés tenéis en ese chiquillo, Pornichet? —Responder con una pregunta reflejaba insolencia y seguridad a partes iguales—. Y no me vengáis otra vez con cuentos, amigo… ¿Pretendéis que crea que es simplemente por eso? ¿Por ser el hermano de esa pequeña escocesa que tenéis encerrada por bruja?

Cearbhall evitó su mirada. Desde luego, menospreciar la inteligencia de un hombre así no era recomendable. Pero, por otra parte, confesar la verdad habría acarreado una sentencia de muerte. Para Dreng, Robert de Gwened había muerto nonato cuando él decapitó a su madre. El niño había quedado bajo la nieve en el vientre de Alix. Así lo creía y así debía seguir siendo. En cualquier otro caso, su situación sería crítica. Más, incluso, que si el que se enterase fuera el mismísimo Waroc'h.

Simulando pesar, caminó despacio hasta la ventana.

—Mi responsabilidad es enorme, Dreng. —El joven trató de que su voz sonara grave—. Se me encomendó sacar adelante este condado en un momento complicado, y nada más empezar me encuentro con un juicio por hechicería. Un proceso en el que uno de los tres implicados, ese chiquillo criado por brujas, no solo elude a la justicia sino que lo hace auxiliado por un asesino. Un misterioso encapuchado que liquida a cuatro de los soldados del castillo, dejando a otro malherido. —Cearbhall se giró entonces y enfrentó la mirada de Straw—. ¿Os parece que ese interés no está justificado en sí mismo,

«amigo»?

Dreng le sostuvo la mirada, pero Cearbhall no mostró vacilación. Bien, se dijo el inglés, encogiéndose de hombros. Era de esperar de un intrigante así.

Lo mejor, de momento, iba a ser aceptar la evidencia. Era obvio que no iba a obtener la verdad por aquel camino. Tendría que esperar a una mejor ocasión, pero eso no era un problema para él. Al fin y al cabo, aquella era una de sus principales virtudes. La paciencia.

Al verlo sonreír, Cearbhall lo atravesó con la mirada. La desconfianza era mutua, pero había logrado resistir aquel envite. Encorajinado, decidió tomar la iniciativa.

—¿Y bien, comandante? ¿Seréis capaz de encontrar a ese asesino? —Su insistencia también era arrogante, pero no pestañeó.

La bolsa de oro prometida era toda la información que Dreng necesitaba. Un oro que, como tantas veces, era de ida y vuelta.

—Por los datos que acaba de aportar vuestro soldado, barajo dos o tres nombres. Solo algunos especialistas, entre todos los espías que operan en la Armórica, serían capaces de ejecutar una acción militar de ese calado. Esa maestría no es común, por suerte o por desgracia. No os preocupéis, Cearbhall. Dentro de ese abanico de posibilidades daremos con nuestro hombre. —La seguridad que mostraba no acabó de tranquilizar al regente—. Necesito contrastar la información con la de nuestros infiltrados, pero la cosa está bastante clara.

Y entre todos los espías de estas tierras, pensó después para sí, solo hay uno que encaje con la descripción que acaba de hacer ese inútil.

A esas alturas estaba casi seguro, pero no iba a soltar prenda. Cearbhall no necesitaba nombres ni apellidos. Solo quería un pequeño prisionero, asintió.

Bien. Así se haría.

Aun así, apretó los puños. Era cierto que allí había algo importante. Definitivamente, aquel no era un trabajo para aficionados. Lógico que no hubieran dado con ellos tras dos años, calculó. Ni dos siglos les hubieran bastado. Un espía de ojos claros llegado del lejano norte. Una aparición que se mueve entre las líneas enemigas como un espectro. Uno de esos legendarios guerreros que nadie conoce. Claro que sí, se dijo. Un fantasma gris de la tierra de los gautas. Quién si no.

—No hay tiempo que perder, pues. —Vendida el alma al diablo, a Cearbhall ya solo le importaba acabar con aquello lo antes posible—. He aceptado el precio de vuestros servicios; tan solo falta que os pongáis en acción. Traedme a ese hombre, a poder ser vivo. Quiero cobrarle lo que le hizo aquel día a mis soldados. Pero recordad lo más importante de todo, comandante. Necesito vivo al chiquillo.

Una sonrisa arrogante apareció en la cara del mercenario.

—Descuidad, Cearbhall. Vuestro asunto ya no está en manos de

aprendices.

Con una leve inclinación, se retiró. Aquel primer encuentro había sido bastante productivo, pero él nunca empezaba un trabajo sin saber dónde pisaba. Estaba claro que aquel monigote presuntuoso no le iba a confesar qué misterio escondía aquel niño.

Sin embargo, también era obvio que allí tenía que haber algo más.

Algo importante, aunque fuera incapaz de imaginar el qué. Tomó aire. Aquello no iba a quedar así. Tendría que buscar sus propias fuentes, estaba claro. Se pasó un buen rato cavilando, pero nada. Repasó todo lo sucedido aquel día lejano. La huida del chiquillo. La muerte del conde. El ajusticiamiento de la vieja bruja. El encarcelamiento de la muchachita escocesa.

Entonces, una idea súbita atravesó su mente como una estrella fugaz. Eso era. Un fulgor tétrico destelleó en los sus ojos durante un instante. Ya le había quedado claro que Cearbhall le ocultaba algo. Pero eso, para Dreng Straw, no era un camino cortado.

Acababa de hallar un resquicio.

—Veamos si esa prisionerita nos cuenta algo más.

LXIV

—Tened cuidado. Los secretos son cañones de mecha corta. Una simple chispa puede hacerlos explotar.

La despedida de Beadur aún flotaba en el aire, entre los anaqueles. Tenía razón, asintieron. Claro que la tenía. Nadie podía saber que Aydan estaba en Saint Michel. Sus instrucciones al partir fueron, con todo, casi un parte de guerra. A Jolivet, aunque aceptó en silencio, tantas precauciones le parecieron exageradas. El niño estaba a salvo en la biblioteca. Nadie iba a sospechar que estaba allí escondido. Aun así, siguió sus indicaciones al pie de la letra.

Lo cierto, admitió, es que la intuición del gauta nunca había fallado.

En la cocina de la abadía a nadie le extrañó que fray Robert solicitara comer en la biblioteca en lugar de hacerlo con los demás monjes en el refectorio. El abad Le Roy lo autorizó a ausentarse de los oficios y a comer en su lugar de trabajo. Durante el tiempo que fuera preciso, además.

No podía ser menos. La oferta que su amanuense le había hecho a cambio era irrefutable.

Jolivet se había comprometido a transcribir el mejor códice de la biblioteca. El ejemplar del *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* que se custodiaba en Saint Michel desde tiempos inmemoriales. Un libro mítico,

escrito ocho siglos atrás por Beda, el Venerable.

La abadía conservaba aquel volumen como lo que era, un auténtico tesoro. Disponer de una copia de su códice más valioso marcaría un antes y un después para la congregación. Un facsímil de aquella envergadura aportaría unos ingresos más que respetables, pero sobre todo la permuta temporal de originales valiosos que poder transcribir. De ahí las prebendas concedidas a Jolivet.

Privacidad absoluta dentro de su obrador y doble ración de comida. Sin problema, aceptó el abad. Un privilegio extraño para un hombre austero y de costumbres frugales, pero concedido sin hacer preguntas.

—¿Y qué va a pasar cuando vean que no hay códice? —rio Aydan al saberlo.

No pudo evitarlo. La estrategia ideada por su anfitrión era una huida hacia adelante.

—Antes o después, el libro será transcrito —sonrió él, confiado—. Simplemente será un poco más tarde de lo esperado, pues no lo haré mientras tú estés aquí conmigo.

El chiquillo lo observó con ojos soñadores. Visto así, el plan de Jolivet era ingenioso. Se encogió de hombros. Lo importante era que nadie los molestara. Que no se descubriera que él estaba allí.

Todo listo, pues. Podían afrontar su mes juntos con toda tranquilidad.

Durante los primeros días, el pequeño devoró el *Lebor Gabála Érenn* como si se lo fueran a arrebatar en cualquier momento. Tener la oportunidad de comentar con el monje la historia de los antiguos milesios era apasionante. Un placer desconocido. Hasta entonces, apenas había empezado a vislumbrar la grandeza de la estirpe gaélica. Su historia era tan inmensa que lo enganchó de raíz.

Entre lectura y lectura, contemplaba la bahía por la ventana y soñaba con aventuras míticas de tiempos remotos. Con guerreros de leyenda y singladuras heroicas.

Con los viejos gaeles que habían invadido Irlanda tras viajar desde una tierra lejana llamada Galicia.

Lo poco que sabía hasta entonces se reducía a una breve conversación truncada de manera abrupta. A las palabras que Myrna había tenido que cortar en seco bajo la lluvia invernal, al verse interrumpida por los alaridos de dos jinetes que se acercaban al galope. Al evocar aquella imagen, sintió el viento frío que silbaba entre las piedras hitas de Karnag.

La voz de Jolivet lo trajo de vuelta a la realidad.

—No dejes que se pierda en recuerdos oscuros —le había susurrado Beadur antes de partir.

Había que estar en alerta permanente. La nube era persistente sobre la cabeza de aquel niño.

—Lo que la druida de Morbihan te quiso desvelar es, en realidad, la historia de tu sangre. —El bibliotecario acababa de advertir una sombra de tristeza en el rostro del chiquillo. De ahí que se apresurase a proporcionarle una distracción—. ¿Sabes qué? Ese misterioso país del sur es el lugar al que se dirigen los peregrinos que tan a menudo parten de este monasterio. Sí, Aydan. La tierra de Mil, Ith y Breogán.

—¿Es allí donde se encuentra la ciudad sagrada? ¿La tumba del Señor Santiago? —El pequeño levantó la mirada del libro, abriendo mucho los ojos.

Listo, sonrió el monje. A aquellas alturas ya tenía claro cómo llamar su atención.

Cómo rescatarlo de los abismos tenebrosos que lo llamaban con cantos de sirena.

—En efecto. Según la leyenda, allí se encuentra la tumba de Iacob. —Se levantó para asomarse a la ventana—. Una tierra verde, cubierta de bosques y surcada por mil riachuelos que corren hacia este mismo mar que nos rodea. Un paisaje similar al de Cymru o Eire. Incluso al de Breizh, tu tierra. No es de extrañar que todas esas regiones fueran habitadas por el mismo pueblo, ¿no crees?

—Sempre que fueran buenos navegantes… —El niño no lo veía tan fácil.

Según el mapa que el bibliotecario le había mostrado dos días antes, todos los países que habían ocupado un día los hijos de Gael estaban unidos por un mar central. Unidos, que no separados, había insistido Jolivet.

—No dudes que lo eran —remató el fraile—. Tan buenos marinos que aún hoy no han sido superados.

El chiquillo se quedó ensimismado. Imaginaba las travesías de aquellos lobos de mar de los tiempos antiguos. Soñaba con viajar algún día a ese confín del mundo que describía el antiguo libro de las invasiones.

Galicia. Un lugar de leyenda. La tierra primigenia de sus ancestros.

Se quedó contemplando a Jolivet, que observaba la rada anegada a través de la ventana. En ese momento lo asaltó una idea. Le daba reparo, pero podía funcionar. Al fin y al cabo, estaban comentando cosas que un día le había empezado a contar la vieja sanadora. Tras unos momentos de duda, se decidió.

—Myrna también me habló de una profecía. Un texto que esculpieron hace mucho sobre una piedra hita. Allá, en Kermario —aventuró, con pies de plomo—. Cerca de Karnag, ¿sabéis?

El bibliotecario se puso en guardia. Aquel era un tema que prefería dejar en manos de Beadur.

Lo mejor sería mostrarse cortante.

—Las profecías son supersticiones, Aydan. Nada más que leyendas. Cuentos para reunirse alrededor del fuego cuando la noche es oscura y el invierno arrecia en el exterior.

El niño no replicó. Estaba claro que aquel tema estaba prohibido. Se

encogió de hombros. Pues nada, se dijo, a seguir hablando de libros.

Tras las largas conversaciones con el *Lebor* como tema central, vinieron otras acerca del tapiz que el chiquillo había descubierto por designio de su maestro. Aydan le contó cómo había dado con la tela en el interior de la catedral de Bayeux.

—Beadur me contó que en ese lienzo bordado se encuentra el origen de esta guerra. —Mientras miraba el techo, rememoraba los dibujos del tapiz—. Que aquella conquista de Inglaterra por parte del rey normando, hace cuatrocientos años, es lo que justifica que los soberanos ingleses reclamen hoy las tierras de Normandía.

Jolivet sonrió. Le encantaban aquel tapiz y la asombrosa historia que narraba.

—En realidad, William el Conquistador era duque de Normandía cuando le declaró la guerra a Harold, rey de los ingleses. Lo hizo después de que este lo traicionara, incumpliendo el compromiso que habían sellado previamente respecto al trono de Inglaterra. —La mirada de concentración que le dedicó el niño le hizo sonreír—. Se convirtió en rey, eso sí, al derrotar al traidor y hacerse con la Corona que le correspondía por derecho propio. Y sí, Aydan, Beadur tiene razón. No es que hoy los reyes ingleses reclamen Normandía, sino que esta es, en realidad, su nación originaria. Les correspondería, por tanto, por herencia. Al fin y al cabo, un día salieron de aquí.

El pequeño se quedó cavilando con el ceño fruncido.

—Entonces… ¿creéis que tienen razón los ingleses al exigir derechos sobre estas tierras?

Robert volvió a mirar por la ventana. Un asunto tan complicado no se puede simplificar de ese modo, caviló. Sería como pretender pintar un paisaje detallado de una sola pincelada.

—En cuatro siglos la vida da muchas vueltas, Aydan. Normandía es una región francesa… quiero decir, un reino no puede anexionar, como si tal cosa, un territorio que queda al otro lado del mar… Aun así, creo que la Corona inglesa tiene derechos legítimos sobre estas tierras. Prebendas de sangre que deben ser reconocidas. Lo que pasa es que eso, si fuera aceptado, le costaría unas rentas enormes al rey de Francia. Y al final… —Jolivet se quedó en suspenso ante el silencio expectante de Aydan. Durante unos instantes, vaciló. Tal vez no debiera acabar aquella frase—. Al final, todo es una cuestión de ambición. —Tampoco, pensó, podía dejar así al chiquillo—. De hecho, si la invasión aún no ha tenido lugar aprovechando la demencia de nuestro rey es porque el trono inglés también ha vivido en estos últimos años un período convulso con el derrocamiento de Richard por parte de su primo Henry…

Y así fue pasando el tiempo.

Conversaciones intensas ocupaban sus días y algunas noches. Charlas basadas en la lectura en común de las obras más singulares. Entre libros y

sonrisas transcurrió aquella luna. El mes de gracia concedido a Jolivet por el Fantasma Gris.

Ese era el plan de Beadur para que su viejo amigo conociera de verdad a Aydan. Un tiempo otorgado para que el fraile se convenciera de que valía la pena arriesgarse por el elegido.

Mientras tanto, él se transformó en una sombra errante.

Ellos no lo sospechaban, pero el gauta no paró ni un minuto en todo aquel mes. Ocupó cada instante en indagar las evoluciones de sus perseguidores. Estaba cada vez más seguro de que les pisaban los talones, y no ya con unas botas rudas fabricadas en Vannes, sino con unas finas de la mejor factura inglesa.

Por suerte, el monje y el niño no llegaron a saberlo. Su confinamiento entre libros era totalmente ajeno a las tribulaciones del guerrero.

—Dime, Aydan, ¿hay algo que te guste más que la vida militar? —le preguntó un día, de pronto, el bibliotecario.

El chiquillo, absorto en la lectura de un *Beowulf* traducido del inglés antiguo al normando, se sorprendió. Levantó la vista del libro con gesto confuso. No comprendía el sentido de la pregunta.

Demasiado inesperada, sonrió el fraile para sus adentros.

—Quiero decir… —Robert hizo un esfuerzo por explicarse mejor—. Según me has comentado, Beadur te lo ha enseñado todo sobre supervivencia y combate. Sin embargo, en el tiempo que llevas conmigo estás descubriendo una nueva forma de vida. Conociendo lo que es vivir aquí, entre libros… lo que quiero saber es cuál de los dos modos de vida te interesa más… o si hay algún otro que te atraiga.

Aydan se quedó pensativo. La pregunta era compleja, desde luego. La verdad es que nunca se había parado a pensar en aquellas cuestiones.

Recordó la vida de Breann, dedicada a aprender todos los secretos del cuerpo humano para practicar las artes curativas. Revivió sus primeros años de vida junto a las dos mujeres y volvieron a su memoria, con dolor, las charlas con Myrna. A través de ellas la anciana le había abierto la puerta, aunque de lejos, a los grandes misterios de la vida.

No encontró una respuesta convincente. Entre confuso e intimidado, se dio cuenta de que no tenía ni idea de su preferencia.

—Eso significa que aún no se ha presentado ante ti tu auténtico camino, Aydan. —Jolivet lo miraba sonriente, pero su voz estaba cargada de comprensión—. Para que eso suceda, lo que debes hacer es seguir explorando los páramos inexplorados de tu alma. Lanzarte a la aventura, aunque te asuste

la incertidumbre. Aprovechar cada experiencia que se presente ante ti, y lo más importante… no dar ni un solo día por perdido.

El pequeño arrugó la frente.

—¿Y de esa manera encontraré mi destino, Robert? —No parecía muy convencido.

A raíz de lo que había vivido hasta entonces, aquella afirmación se le antojaba más que cuestionable. Se dio cuenta de que las elecciones propias no habían sido el factor determinante para forjar su futuro. Más bien al contrario, de hecho. Los acontecimientos que le habían tocado en suerte eran lo que determinaban su deriva. Y hasta ahora lo estaban llevando hacia una dirección incierta. Más como un copo de nieve que no sabe dónde va a caer que como un barco que navegase con una mano firme al timón.

Hasta entonces, el viento lo había arrastrado a su antojo. Y sin que él pudiera hacer casi nada al respecto, caviló.

Sus ojos se perdieron en el horizonte. De repente, se vio a sí mismo muy pequeño. El mundo parecía demasiado grande, sí. Una torrentera desatada monte abajo, imposible de prever. La vida lo había vapuleado hasta llegar allí como una hoja hostigada por un temporal caprichoso. Su mirada se endureció al recordar fugazmente a Breann y Myrna.

Por un instante, su frente se nubló. Claro que sabía cuál era el camino que quería recorrer. Por lo menos, el más inmediato. Hasta ese momento, el fin ineludible de su existencia estaba claro. Lo único que quería era liberarlas de sus carceleros. Vengar cada golpe. Cobrarse cada una de las afrentas que hubieran sufrido.

Jolivet leyó la cólera en su mirada y se apresuró a virar el rumbo.

—¿Te ha hablado Beadur alguna vez de un hombre llamado Ezra ibn Levy? —El chiquillo lo miró como regresando de un mal sueño.

Su negativa confusa le provocó una sonrisa cargada de ternura. La vida apenas empezaba a desplegar su complejidad ante los ojos de aquel pequeño guerrero.

Una carga demasiado pesada oprimía sus hombros de niño. Una vez más, tenía que intentar aliviarla. Rescatarlo de los demonios que se empeñaban en arrastrarlo a la oscuridad.

—Ezra es otro hospitalario, Aydan. Otro miembro de la Orden a la que pertenecemos tu maestro y yo. Hubo un tiempo en el que llevó una vida semejante a la tuya. Infiltrado entre las líneas rivales de esta extraña guerra que no avanza ni retrocede. Durante años, se vio atrapado en esa situación. Llegó a pensar que esa era la vida que el destino le tenía reservada. Que no importaba lo que él pudiera hacer por tratar de evitarlo. —Aydan escuchaba con atención, pero su gesto denotaba desconfianza. La historia de ese tal Ezra, hasta ese punto, confirmaba sus pensamientos—. La Orden lo mantuvo aquí, en Normandía, mucho más tiempo de lo que él hubiera deseado. Entonces,

como ahora, este territorio tenía ya un gran valor estratégico. Como es lógico, a nuestra organización le interesaba tener aquí a su mejor hombre. Porque, Aydan, hay una cosa importante que aún no te he contado. —El tono de confidencialidad hizo que el chiquillo se echara hacia adelante. Al verlo, Jolivet cogió aire antes de continuar con aire misterioso—. Ezra es, seguramente, el mejor guerrero que existe en el mundo entero.

El niño se enderezó con los labios esbozando una «o» muda. Aquello empezaba a ponerse interesante.

—Pues bien, finalmente lo consiguió. —Jolivet disfrutaba de la expectación suscitada—. Sí, Aydan, nuestro hombre acabó saliéndose con la suya a pesar de las circunstancias que lo predestinaban a la guerra. De ese modo, acabó por dedicarse a la que siempre había sido su vocación.

—¿Vocación? —preguntó el niño, arrugando la frente.

Era insólito que el mejor guerrero del mundo no quisiera hacer la guerra. ¿Cuál podía ser su empeño, pues? Jolivet ignoró su extrañeza a propósito.

—Vocación, sí. Lo que él siempre anheló era custodiar el mayor tesoro que existe bajo las estrellas. Un legado que la Orden de Rodas lleva siglos protegiendo de la barbarie. De los tiranos que quieren destruirlo. Ese es su empeño, y así es conocido hoy entre nosotros. Ezra es el Custodio del Legado. El más importante de todos los guerreros hospitalarios.

Sin darse cuenta, Aydan contuvo la respiración. El mejor guerrero del mundo, un tesoro legendario. Una orden militar de monjes con espada custodiando el mayor de los secretos…

El *Beowulf* temblaba entre sus manos.

—¿Pero custodiar un tesoro no supone también ser un guerrero? —preguntó Aydan, impetuoso—. Quiero decir… para guardar algo tan valioso hace falta alguien muy poderoso, ¿no?

Jolivet se le acercó con cara de risa, y ajeno a su mirada expectante, le revolvió los cabellos. Le divertía su candidez, aunque la conclusión a la que hubiera llegado fuese lógica. Un razonamiento impecable, había que admitirlo. Eso sí, le faltaban datos.

—Te equivocas de tesoro, amigo mío —puntualizó, sin dejar de sonreir—. Nada hay en el oro ni en las piedras preciosas que justifique los desvelos de los caballeros de Rodas.

Aydan negó con la cabeza, sin comprender. ¿Ni oro ni alhajas? ¿A qué tipo de tesoro sé estaba refiriendo Jolivet, entonces?

—No te concretaré de qué se trata, pues su existencia es el más trascendental secreto que mis hermanos y yo debemos guardar —observó el bibliotecario, poniéndose serio de repente—. Pero has de saber que el Legado, ese tesoro de valor incalculable, encierra en su interior todas las claves que pueden posibilitar un mundo mejor. Aquello que nos puede llevar a forjar un futuro luminoso para los hombres. Un horizonte de razón y sabiduría. A traer

luz a una humanidad que se encuentra sumida en las tinieblas desde el principio de los tiempos. Tanto más en estos días oscuros.

Entonces, guardó silencio. Al ver que Aydan asentía con mirada ausente, se decidió a continuar. Un concepto de ese calado requería de una explicación más concreta.

—Salvaguardar ese tesoro con las armas es imposible. No podría hacerse ni con cien mil soldados. No, mi pequeño amigo, esa labor de custodia se fundamenta en un método para el que se requiere un talento mucho mayor. ¿Comprendes?

Otro silencio denso, roto tan solo por unos graznidos lejanos, se apoderó de la biblioteca.

—El talento de las… ¿ideas? —aventuró finalmente el chiquillo, aturdido.

Los razonamientos que Jolivet estaba desplegando ante él eran desconcertantes. Intuía una verdad trascendental, pero la bruma que el monje hacía flotar en jirones le impedía distinguir su silueta.

—Que siempre será mucho más exigente que el de las armas —asintió el hombre al fin, con una gran sonrisa de satisfacción.

Después de aquella conversación, ya nada fue igual para Aydan. La vida lineal que había llevado hasta entonces, con un punto de partida claro y una única meta a alcanzar, acababa de revelarse como una encrucijada poliédrica. Un cruce de caminos en distintas dimensiones que hasta ese momento no había ni llegado a intuir. Los diferentes senderos conducían a destinos confusos. A interrogantes que se perdían entre la nebulosa de lo imprevisible.

El resto de la tarde transcurrió en silencio.

El *Beowulf* siguió abierto entre las manos del chiquillo, pero fijo durante horas en la misma página. Al verlo así, el bibliotecario de Saint Michel respiró aliviado. Daba por alcanzado su primer objetivo. Había esparcido la semilla de la duda en una mente que, o mucho se equivocaba, estaba llamada a algo grande.

La tarde fue dejando paso al crepúsculo. Los últimos rayos de sol tiñeron de un naranja luminoso el pórtico de la iglesia, abierto allí, en las alturas, a un horizonte infinito. Solo entonces se oyó de nuevo la voz del pequeño.

—Algún día me gustaría conocer a ese tal Ezra. Viajar a Toledo y preguntarle por qué.

Jolivet se sorprendió al escuchar su razonamiento. Así que eran aquellos los pensamientos que lo habían mantenido en silencio todo aquel atardecer.

El silencio interrogante del bibliotecario animó a Aydan a continuar.

—Sí, Robert. Quiero saber por qué alguien querría pasar de ser el más temible guerrero de cuantos caminan sobre la faz de la tierra a convertirse en el guardián de ese tesoro secreto. Qué le ha llevado a elegir ocultarse entre sombras pudiendo saborear la gloria en el campo de batalla.

Ante aquella afirmación, Jolivet tuvo que esforzarse por contener un

escalofrío.

Conocer a Ezra. Viajar a Toledo. Aquello sonaba demasiado a futuro predestinado. Era como la voz de un pequeño oráculo profetizando un camino plagado de peligros, quizás mortales, para sí mismo.

—Tal vez algún día, Aydan —respondió, con voz apagada.

Ahora fue el ánimo de Jolivet el que se ensombreció. Ellos estaban a salvo, pero Beadur rastreaba los caminos sin descanso. El gesto soñador de Aydan se reflejó en su mirada de piedra.

Enemigos implacables olfateaban sus huellas.

Unos salvajes que anhelaban verlo muerto para satisfacer sus ansias de poder. Que habían asesinado sin dudar a una mujer inocente para que no llegara a alumbrar al niño que llevaba en las entrañas.

Ya no hubo más charla hasta el día siguiente.

El niño no comprendió el porqué de aquel silencio hosco, ni de aquella frente arrugada. Sin embargo, guardó una distancia respetuosa. Por algo sería.

La mente de Jolivet, por su parte, no dejó de girar en espiral. El compromiso adquirido ante Beadur lo obligaba. Si llegaba a hacerse necesario, dejar a Aydan en manos de Ezra era su responsabilidad.

Él tendría que ponerlo a salvo en el caso, más que probable, de que las cosas se pusieran difíciles. Y allí, se lamentó, difícil era el estado natural de las cosas desde hacía demasiado tiempo.

Con gesto sombrío, el monje miró de nuevo por la ventana.

Allí, sí. En las ásperas llanuras de la convulsa Normandía.

LXV

COTENTIN, 1406

—Hoy sopla un nordestal fresco y constante —observó Beadur.

Aún jadeante, el guerrero esperaba apoyado en su espada de madera. Mientras Aydan buscaba en el baúl armero, él escrutó el cielo con mirada experta. Algo que el pequeño le había visto hacer casi cada día a lo largo de los meses que llevaban allí escondidos.

El chiquillo estaba concentrado en seleccionar otra arma de entrenamiento. Necesitaba una que sustituyese a la que acababa de romperse.

—Kaekias, le llaman. El viento del nordeste. ¿Qué nos indica eso, Aydan?

La práctica con espada solía prolongarse durante horas. Normalmente, empezaban con el amanecer y acababan hacia el atardecer, y solo por falta de luz natural. Entremedias, solían hacer dos o tres descansos para reponer fuerzas y repasar conceptos.

—Que el tiempo será estable y que el sol va a brillar en el cielo despejado. —El chiquillo respondió con gesto ausente.

No le apetecía hablar del tiempo. Toda su atención se centraba en examinar minuciosamente su nueva espada de boj.

Le había parecido ver al fondo una de las pocas que aún quedaban de una pieza. La lucha no era a muerte, pero desde luego sí era intensa. La espada no podía fallar.

—¿Y qué significaría que el viento proviniese del lado contrario?

Aydan, absorto en el baúl, apenas le prestaba atención. Todo el mundo sabía que cuando soplaba el viento del suroeste, ese que también llamaban Libis, era porque se avecinaban nubes de tormenta.

—Que iría a llover. —A pesar del tono monocorde de su voz, de pronto sus ojos relampaguearon.

Acababa de encontrar un arma de su gusto. Con gesto de determinación, regresó al combate. Que más daba que Libis arrastrara las borrascas de la mar océana desde el suroeste o que Kaekias anunciara días soleados y frescos. Ahora tocaba luchar.

Sin embargo, Beadur no se puso en guardia. Al contrario, permaneció inmóvil, sonriente y apoyado en su espada. El chiquillo comprendió que algo pasaba y esperó.

—Nunca olvides esto, Aydan. —La voz del maestro sonó profunda ahora, al ponerse serio. Al parecer, aquello era algo importante. Trascendental, se podría decir—. Si algún día me escuchas decir que sopla el nordestal, sea cuando sea e independientemente de las circunstancias, deberás entender que todo está en orden. Que nada debes temer, pues no hay ningún peligro al acecho. ¿Lo has entendido? —Una racha de viento frío zumbó en las orejas del chiquillo—. Si, en cambio, lo que me oyes decir es que sopla el Libis, huye. Escápate sin dudar y sin mirar atrás. —Durante unos segundos se quedó mirándolo con severidad—. Y lo más importante: sobre todo, si llega ese momento, no te preocupes por mí.

Aydan se quedó en silencio, observando a Beadur sin expresión en el rostro. El guerrero comprendió que unas dudas aterradoras estaban asaltando la voluntad del niño. Era lo esperable. Se le acercó despacio e hincó una rodilla en el suelo para poder hablarle frente a frente.

De guerrero a guerrero.

—Escúchame bien, Aydan. —La voz solemne hacía que su mirada verdigris resultase aún más sobrecogedora de lo habitual—. Tienes que jurarme que, si algún día me escuchas decir eso, huirás de inmediato. Que desaparecerás con la única intención de salvar tu vida. Sin dudar. Sin mirar atrás.

Las espadas de madera seguían en sus manos, pero ya no las percibían. En ese instante, la convicción del gauta entró en combate con las dudas del

pequeño. El entorno se difuminó hasta desaparecer. Ya solo estaban ellos, cara a cara.

—¿Juras? —preguntó Beadur, al cabo de un silencio eterno.

Aydan clavó la vista en el suelo. No tenía alternativa, pero una mezcla de furia e impotencia le hacía apretar los puños. Recordó una tarde no demasiado lejana bajo un cielo que amenazaba lluvia. La irrupción de unos jinetes a galope.

Después, no había podido hacer más que escapar. Frustrado y aterrado, sin poder hacer nada por las dos personas que más le importaban en el mundo. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Aun así, el gauta se mantuvo impasible. Estaba claro que no iba a ceder. Que podía pasarse así el resto de la vida. Sin más salida, Aydan volvió a mirarlo a los ojos y asintió.

—Juro.

Un juramento entre hospitalarios no era un mero trámite. Quedaba obligado de por vida a cumplir aquella promesa. Costara lo que costase.

Aunque le partiera el alma en dos.

—Perfecto. —La seriedad del maestro se transformó de repente en una sonrisa radiante. Como si allí no hubiera pasado nada, dio dos pasos atrás para ponerse en guardia. Todo en un instante.

No dejes que se pierda en recuerdos oscuros, Beadur.

—Y ahora, defiéndete si puedes.

El resto de la tarde lo ocuparon en luchar. Sudor, golpes y sonrisas. Beadur, jadeante, se centró en atacarlo con contundencia. Se trataba de mantener ocupada aquella cabecita. La lucha con espada era lo que más les gustaba. Sobre todo, en jornadas como aquella.

Días luminosos, en los que una brisa fresca les alborotaba los cabellos.

En los que soplaba un nordestal fresco y constante.

LXVI

Aquel ruido otra vez, y de nuevo a deshora.

Breann se incorporó con el corazón agitado. Lo que anunciaba aquel sonido metálico le provocaba dentera.

Estaba claro, la estridencia de la puerta al cerrarse precedía a otra visita inesperada. Mientras se erguía, sintió que se le erizaba la piel. Era la segunda en poco tiempo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular el pánico que le mordía las entrañas.

Para retener bajo un pie el presentimiento de que al fin habían logrado

apresar a Aydan.

Se levantó de entre la paja y esperó.

Aguardo, eso sí, con la frente bien alta a que Cearbhall apareciera ante los barrotes. No obstante, la cadencia de los pasos que se acercaban entre las sombras la desconcertó. Aquello sonaba más como el caminar firme y pausado de un guerrero que como los saltitos afectados de aquella rata.

Su impresión se vio confirmada en unos segundos. En cuanto el sonido cesó, pudo ver cómo se plantaba ante el enrejado un hombre musculoso. Un desconocido que presentaba el aspecto rudo de un soldado. Su rostro, curtido por los rigores de la intemperie, se arrugó al escrutar el interior de la celda. Ella pudo percibir que apenas lograba ver nada.

Con todo, el hombre acabó por distinguir una figura entre las sombras. Entonces esbozó una sonrisa desdeñosa.

Allí estaba la misteriosa prisionera. Bien poca cosa, por cierto, pese a aquella pose que pretendía ser desafiante. Entornó los ojos tratando de vislumbrar sus rasgos. A ver qué conseguía sacarle, pues. Si había suerte, de poco le iba a servir a Cearbhall andarse con tanto misterio.

Ella lo observó con una sensación extraña. Una vaga impresión de familiaridad flotaba sobre sus cabellos. Era como si ya conociera a aquel hombre. Como si lo hubiera visto antes, aunque no sabía dónde.

Eran ya dos años y medio de cautiverio. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad del calabozo, pero su memoria se resistía a ver la luz.

Y sin embargo… Sí, aquella figura altiva… Aquel rostro singular. Estaba segura, lo conocía de algo. Lo cual era extraño, ya que nunca había tenido trato con soldados.

Entonces cayó en la cuenta.

De golpe, fue como si toda su sangre se hubiera transformado en hielo.

Ahora sí. Muda de espanto, constató que era cierto. Claro que no era la primera vez que lo veía. Su memoria retrocedió diez años en tan solo un fogonazo. Ante sus ojos apareció el bosque de Karnag bajo una nevada intensa. Entonces lo había entrevisto desde las alturas, y con dificultad entre el follaje, pero estaba segura. Hay imágenes que se quedan grabadas a fuego en la retina.

Era él.

El asesino que no había mostrado ni un atisbo de duda a la hora de decapitar a su víctima. A aquella mujer inocente que estaba a punto de tener un bebé.

—Buena noche, señora —saludó Dreng, extrañado.

A pesar de la falta de luminosidad, había percibido la reacción de la joven. El gesto de sorprendido pavor de ella al distinguirlo era inexplicable. Hasta donde él sabía, aquella era la primera vez que se veían cara a cara.

—Aquí abajo no existen los días ni las noches —respondió ella, repitiendo

la misma fórmula que solía emplear con Cearbhall.

Trató de controlar el temblor de su propia voz, pero fue en vano.

¿Qué demonios le pasa a esta muchacha?, pensó Dreng. Ahora era él quien trataba de ocultar su desconcierto. ¿Por qué le aterra así mi mera presencia? Quién sabe, podría incluso venir a liberarla de su cautiverio.

Ella trató de serenarse, pero no logró dejar de temblar. Era obvio que aquel hombre estaba en Vannes para finalizar la misión que ella había frustrado, de una manera más instintiva que racional, aquel día lejano.

Recordó a aquella pobre mujer en el bosque. La había dejado decapitada sobre la nieve sin mirar atrás. Se estremeció una vez más al recordar quién era el niño que la pobre embarazada llevaba en su vientre.

—Sin embargo, fuera de aquí no hay más que tinieblas —observó él, disimulando—. La oscuridad más absoluta.

Breann temblaba sin control, invadida por un pánico incontrolable para el que Dreng no hallaba un motivo. Tratando de esclarecer las incógnitas, él se decidió a continuar. El silencio no le iba a proporcionar lo que había ido a buscar.

—Sí, mi señora. Una noche permanente que augura una guerra cruel.

No hay otra explicación, se encogió ella. Ha regresado para asesinarlo.

Ante aquellas vaguedades, permaneció en silencio. Aunque era obvio que aquel hombre no había bajado a aquel sótano lóbrego para hablar sobre los tiempos de guerra que se avecinaban, tampoco le había preguntado nada.

—Sabed, mi señora, que me he tomado la libertad de visitar vuestros «aposentos» sin el permiso de mi anfitrión… En fin, no hay puerta en este castillo capaz de detener mi voluntad. El caso es que hay un par de verdades que me gustaría compartir con vos.

Entonces, la atravesó con la mirada. Sin posibilidad de someterla a tortura, estaba claro que aquella mujer altiva no iba a soltar prenda sobre el niño.

Por eso había decidido no molestarse siquiera en formular preguntas. Mejor emplear otra estrategia, que en vista de la alteración de ella podía tener más éxito incluso del previsto. Ya lo había hecho antes. Y solía funcionar.

Dejaría caer afirmaciones comprometidas. Cuestiones bien dirigidas que pusieran a prueba el temple de la prisionera. Las reacciones que sus palabras provocasen eran toda la información que necesitaba. Al menos, toda la que iba a ser capaz de obtener en aquellas condiciones. Ya había empleado aquel método en otras ocasiones, y siempre le había reportado unos resultados sorprendentemente reveladores.

Muy útil en casos como aquel, en que los «interrogatorios» no eran viables.

—Señora, parto en unos minutos tras el rastro de ese diablillo. El niño ese, sí, el que se crio con vos y con la vieja bruja desde que llegó de Escocia —le espetó, sin más preámbulos, mientras colocaba los brazos en jarra. La espada que llevaba al cinto quedó a la vista de un modo nada accidental—. No os

negaré que las autoridades de este lugar me han autorizado a emplear la fuerza que sea precisa. Ese pequeño delincuente debe responder ante la justicia.

Breann se mordió el labio, pero esta vez no logró contener un gesto de espanto. Sus peores presagios se confirmaban con aquellas afirmaciones.

Dreng reprimió una sonrisa irónica. Ya tenía parte de la información que había ido a buscar al calabozo. Él sí logró disimular. Mantenerse impávido le daría más ventaja aún.

La primera conclusión era evidente: La vida del chiquillo era lo más importante para el corazón de aquella mujer.

—Si decidís colaborar conmigo —el inglés siguió hablando en un tono neutro, como si estuviera negociando el precio de una vaca con su propietario—, os prometo que no le haré daño. Me encargaré de que lo encarcelen sin más consecuencias. Ese es mi compromiso. —Ella se estremeció. Tras una pausa bien estudiada, él continuó, impávido—. Pero si no me ayudáis, señora, mi labor será mucho más complicada. Para culminarla, no me quedará más remedio que emplear métodos más drásticos. Sean los que sean.

Por un instante, Breann se sintió desfallecer. El pánico galopaba en su pecho con el estruendo de una estampida. Dejó de intentar mantenerse impasible. Para qué, si podía ver cómo él leía las emociones en la expresión de su rostro como en un libro abierto.

Lívida como un cadáver, aguantó a pie firme sin responder. Dreng, sorprendido por la bravura de aquella muchachita escuálida, esperó. Cada vez tenía más claro que no iba a cooperar. Era demasiado indómita para dejarse someter. E inmune a las amenazas, además. Parecía que nada podría lograr con ella por esa vía. Posiblemente, llegó a calibrar, aunque tuviera ocasión de someterla a tortura.

—¿No decís nada? —Visto lo visto, al inglés ya solo le quedaba un camino por sondear—. De acuerdo, señora, es vuestra elección… Os hago responsable de los daños que el fugitivo pueda sufrir. Estas complicaciones añadidas van a enfangado todo. Yo, desde luego, me lavo las manos. Ah, y también os hago responsable de las consecuencias que esto pueda acarrearle al protector del pequeño. Ese guerrero misterioso, tan empeñado en hacerse el héroe, también me las va a pagar. Nadie se entromete en mis asuntos y sale impune.

Al oír aquello, Breann se quedó sin aliento.

Dreng, atento a su reacción, frunció el ceño. ¿Acababa de atisbar un rayo de sorpresa en aquellas pupilas?

Ella, para disimular, cerró los ojos. Era la primera vez en dos años que recibía cualquier noticia acerca de Aydan. Su corazón se desbocó, pero en otra dirección esta vez. Alguien le había ayudado en su huida. Un guerrero, al parecer. Eso explicaba aquella increíble buena suerte. Por eso no lo habían atrapado aún.

Al abrir de nuevo los párpados, su mirada se iluminó con un relámpago de

esperanza. Si ese misterioso desconocido lo había rescatado de sus perseguidores, tal vez el pequeño no estuviera solo. Ahí tenía que estar la clave de todo. No solo de que hubiera logrado huir en su día, sino de que siguiera vivo y en libertad tanto tiempo después. Unas piezas brillantes empezaron a encajar en su cabeza.

De nuevo incapaz de disimular, esta vez fue una emoción vivida la que afloró. Dreng, más desconcertado que nunca, frunció el ceño ante aquella reacción.

¿No sabe nada del guerrero? ¿A qué se debe, pues, la intervención de nuestro lobo solitario?

El mercenario comprendió que no iba a sacar nada más en limpio. La información que había obtenido era sorprendente, desde luego, pero también significativa. Aún pensativo, decidió ponerse en marcha.

Sin despedirse siquiera, se volvió sobre sí mismo. Ya tenía bastante. Tras desaparecer de nuevo en la oscuridad del corredor, salió por la misma puerta que había cruzado unos minutos antes.

Breann se quedó sola, aún conmocionada. Su corazón atronaba en su pecho, y sus sienes latían como si fueran a reventar. Las ideas restallaban a su alrededor como relámpagos en el fragor de una tempestad. No todo estaba perdido, ahora lo entendía. La oscuridad la rodeaba, pero su sonrisa brillaba por vez primera en mucho tiempo.

Aydan no estaba solo.

Además, aquel asesino inglés desconocía la auténtica identidad del niño. Solo se disponía a cumplir con el encargo de Cearbhall. Atrapar a un chiquillo escocés criado por brujas. Esos eran los cargos, nada más. Su cuerpecillo consumido se estremeció, pero esta vez de alegría.

Ahora lo veía claro. Aquel guerrero siniestro no sabía nada de la profecía ni del destino de Aydan. Y sobre todo, no sospechaba lo que había sucedido diez años atrás; justo después de que él hubiera decapitado a la madre del chiquillo.

Aunque trémula, una sonrisa asomó a sus labios. No era un escenario prometedor, desde luego, pero hasta entonces había creído que era mucho peor. Poco a poco, sintió revivir la lucecita de esperanza que había logrado mantener viva durante todo aquel tiempo. Había estado a punto de sucumbir, pero había resistido.

Sí, entrelazó las manos. Aún había esperanza.

En el exterior del castillo, once soldados esperaban bajo la noche estrellada a que regresara su jefe. Al verlo llegar, montaron en silencio. Ya solo faltaba un soldado de los doce que componían el grupo de Dreng Straw.

—Descansen, señores —saludó él, con gesto taciturno—. No podemos

hacer nada hasta que regrese Atkin.

Los soldados, viendo cómo se sumía en un silencio hosco, bajaron los brazos.

Dreng miró al cielo. Lo que acababa de averiguar había descolocado sus planes. Cierto que se había confirmado algo que ya suponía: que el niño era lo más importante para aquella chiquilla escocesa. Tanto, que probablemente estuviera dispuesta a dar su vida por él. O a sufrir un tormento atroz antes de traicionarlo. Eso los favorecía.

Sin embargo, algo que había dado por hecho hasta entonces acababa de venirse abajo. Y no se trataba de un detalle menor, desde luego. La muchacha no tenía ni idea de que existía el guerrero desconocido. Estaba claro que se había sorprendido al enterarse de que alguien protegía al niño. Que se había entusiasmado, de hecho.

No sabía nada de aquel héroe letal. Del misterioso fantasma que se lo había arrebatado, dándoles de paso una buena lección, a aquellos incapaces enviados por Cearbhall. Era sorprendente, desde luego.

Ahora bien, lo que le había dejado una sensación más acre había sido su reacción cuando pudo verle la cara. Era sospechosamente inexplicable. En los años que llevaba sonsacando a todo tipo de personas, nunca antes había experimentado una sensación de incertidumbre tan perturbadora.

¿De qué demonios te extrañaste, Breann Airdsgainne? ¿De qué, si jamás me habías tenido delante en toda tu vida? ¿Por qué te sorprendiste al ver mi rostro? ¿Por qué temblabas?

Si había algo que Dreng no podía soportar era que una información escapara a su control. Sobre todo, si esa información se refería a su persona.

Unos cascos que se aproximaban al galope despejaron bruscamente sus tribulaciones. Atkin regresaba al encuentro de la patrulla tras haber ejecutado la misión encomendada.

—¿Y bien? —le preguntó Dreng en cuanto el jinete frenó la montura a su lado.

—En efecto, señor —jadeó él, sin aliento—. Los compañeros confirman la identidad del lobo solitario. En función de la descripción que obtuvimos y de lo que pasó en Quiberon, dicen que solo puede ser él. Aquel que vos dedujisteis en primera instancia.

Dreng entornó los ojos. Bien, se dijo. Los espías ingleses infiltrados en tierras normandas habían confirmado que el misterioso guerrero solo podía ser un hombre. La satisfacción brilló en los ojos de Straw. Su intuición, una vez más, había dado en la diana.

—Excelente, Atkin. —Todo según lo previsto, pensó sonriendo. Casi todo, recordó después, con gesto nuevamente serio—. ¡Patrulla! ¡En marcha!

El destino de su milicia estaba por fin despejado. Tocaba camuflarse entre las verdes campiñas de Normandía. El rastro a seguir, tal y como había intuido

desde el primer momento, era el de un legendario guerrero de la tierra de los gautas.

Sí, aquel era su hombre. Un espía enviado a aquella tierra por los hospitalarios de Rodas. El Fantasma Gris de trenza rubia. El mismo que había llegado años atrás para reemplazar a Ezra ibn Levy, que se había esfumado sin dejar rastro.

Él era su presa, ahora lo sabían.

Un espectro de ojos claros llamado Beadur Njöror.

LXVII

Los días fueron pasando como aves migratorias.

Pausados, pero imparables. Tranquilos, pero fugaces.

El tiempo se escabulló entre los dedos de un Aydan enfrascado en lecturas apasionantes. Absorto en interminables conversaciones con Jolivet. Conteniendo a duras penas la emoción, y siempre hablando en voz baja.

Aquello, convenía no olvidarlo, seguía siendo una biblioteca.

En la noche previa a su regreso junto a Beadur, el niño se asomó a la ventana. Durante un rato, se quedó contemplando la luna llena sobre el mar en calma y respiró. El monje observó desde atrás la pequeña figura recortada contra el cielo estrellado. Una punzada de nostalgia endureció entonces su gesto. La soledad que solía buscar le pareció en ese momento un páramo desolado.

Definitivamente, el tiempo había pasado volando.

Aydan se sorprendió de la fugacidad de aquel período en contraposición con el mes anterior, el que se había pasado aislado y solo en las marismas de Cotentin. Otro acierto de Aristóteles, caviló.

Jolivet le había descubierto a los grandes sabios de la Antigüedad. Desde entonces, ya nada fue igual.

Hacia el mediodía del vigésimo octavo día, coincidiendo con la bajada de la marea, el monje y el chiquillo escrutaron la ribera desde las ventanas de la biblioteca. Según habían acordado, debían recibir una señal desde el continente. Aquella sería la confirmación de que el gauta estaba esperando al chiquillo allí, escondido en la costa.

Justo cuando las campanas de la abadía empezaron a llamar a misa de doce, una serie de destellos surgieron de entre la maleza lejana. Se miraron. Mensaje recibido. Aydan se dispuso a partir.

La ilusión por reencontrarse con el maestro disipó la melancolía de tener que abandonar la biblioteca. Así, con esa celeridad templada que enmarca las

despedidas, cogió sus cosas y salió sin más.

Durante los oficios, los corredores del monasterio se quedaban desiertos. Lo habían hablado de antemano, Jolivet lo acompañaría hasta un acceso secundario. Así podría salir del edificio sin que nadie lo viese. Ya en el exterior, solo tendría que descender por la calle principal. Allí empezaba un camino empinado, flanqueado por casas de madera, que bajaba en espiral desde la misma puerta de la abadía para acabar saliendo del recinto amurallado por el portón de acceso.

Eso haría. Lo que cualquier visitante dispuesto a abandonar el islote de Saint Michel.

—Adiós, Robert. Espero veros pronto.

Jolivet no dijo nada. Tan solo le estrechó la mano con el ceño fruncido. Aydan, confundido, advirtió que su mirada se había agrietado de repente. Su expresión era indescifrable, pero algún motivo desconocido la había oscurecido. Algo más triste, emprendió el camino.

El monje lo vio partir cuesta abajo con el macuto al hombro.

—Nada me gustaría más, mi pequeño amigo, si las circunstancias fueran distintas —murmuró cuando el niño ya no podía escucharlo—. Por desgracia, encontramos de nuevo no sería sino el preludio de algo terrible. —Taciturno, cerró la puerta tras de sí—. Eso significaría que el enemigo se ha abatido sobre ti.

El monje regresó a la biblioteca muy despacio. No le quedaba más remedio que empezar, ahora sí, la transcripción del códice. El arduo trabajo al que se había comprometido ante el abad un mes atrás para acoger al pequeño sin despertar sospechas.

Suspiró.

Desde luego, aquel mes había pasado volando.

Al llegar al fondo de la calle, Aydan se perdió entre el gentío que abarrotaba la parte baja. La muralla cerraba la isla en todo el perímetro de la costa, y nada más atravesar sus puertas, los visitantes encontraban comercios, hospederías y tabernas. Aquellos negocios vivían del incesante flujo de peregrinos; tanto los que llegaban a Saint Michel como los que partían hacia el lejano sur.

Avanzando entre la multitud, logró integrarse en un grupo que progresaba trabajosamente hacia la salida. Era una cofradía compuesta por unos cuarenta romeros irlandeses que, tras haber pernoctado en Saint Michel, partían con la bajamar en dirección al continente.

Compostela era su destino último.

La ciudad sagrada que guardaba el sepulcro del Señor Santiago, recordó entonces el chiquillo. Sus ojos soñadores sonrieron. La tierra de Ith y de Breogán.

Disimulando, se incorporó al grupo como si fuera un miembro más. Así pasaría desapercibido.

Cruzaron la bahía siguiendo el camino arenoso salpicado de charcos, y volvió a contemplar las enormes columnas que lo flanqueaban. No pudo evitar un vistazo temeroso al mar, que se veía romper en la distancia. Ya en la ribera, un destelleo continuo llamó su atención desde una zona boscosa, a su izquierda. Con la misma actitud indiferente que antes, salió del camino. Nadie se dio cuenta.

Allí, entre la espesura, esperaba Beadur.

El gauta se guardó el espejo y saludó al chiquillo con un simple ademán. A Aydan, decepcionado por un recibimiento tan austero, se le borró la sonrisa que traía. Estaba claro que de momento no iba a poder comentar las maravillas que había descubierto en aquel tiempo. Cuando el maestro se mostraba conturbado, convenía ser prudente. Sin mediar palabra, emprendieron el camino del nordeste. Tocaba regresar a Cotentin. La vida en el pantano los esperaba.

Después de dos horas de marcha silenciosa, el chiquillo trató de iniciar una conversación. Estaba desconcertado. Era como si un buitre se hubiera posado sobre los hombros del maestro. Decidió probar suerte.

—He aprendido cosas muy interesantes con Jolivet —apuntó, dejando el final de la frase en suspenso.

No hubo respuesta. En vista de la sombría actitud del guerrero, decidió cerrar la boca.

Beadur continuó sumido en un silencio huraño. Avanzaban por entre la maleza sin seguir las sendas marcadas y adoptando mil precauciones a cada paso.

—Excelente —contestó por fin, al cabo de un buen rato, cuando el niño ya había perdido la esperanza de recibir una respuesta—. Es probable que no tardes mucho en encontrarte de nuevo con él.

La travesía silenciosa se prolongó durante varias horas más. Al caer la noche, y sin previo aviso, Beadur se detuvo al lado de un árbol de copa frondosa. Entonces le indicó que trepara por el tronco.

En cuanto Aydan llegó a una altura aproximada de cinco hombres comprendió el porqué de aquella orden. Una rama enorme crecía allí casi horizontalmente. Sobre ella, el guerrero había dejado listo un vivac.

—No será demasiado cómodo, pero aquí pasaremos seguros la noche —susurró Beadur a su espalda—. Apenas tuve tiempo de prepararlo de camino a Saint Michel.

La comodidad traía al niño sin cuidado. No así la actitud del maestro. Era como si estuviera enfadado con él.

Comieron las provisiones que el gauta había dejado en el refugio, y cuando ya empezaban a asegurarse para dormir, Beadur se sentó a horcajadas delante

de él con el gesto muy serio.

Se puso firme. El maestro tenía algo importante que comunicarle, estaba claro.

—Las cosas se han complicado bastante en los últimos tiempos, Aydan —su voz sonó grave, como si llevase un lastre colgado al cuello—. Debemos extremar las precauciones. El enemigo nos pisa los talones. Entiéndeme, la situación es límite. Debes estar listo para emprender la huida en cualquier momento.

La mirada del chiquillo reflejaba confusión. Era lógico, asintió Beadur. Claro que le faltaban datos. Bien, siguió. Para eso estaban allí.

—Escúchame bien, Aydan. Si las cosas se tuercen, debes deshacer este mismo camino y dirigirte a toda prisa a Saint Michel. Jolivet sabe lo que ha de hacer. ¿Está claro?

El chiquillo se quedó observándolo con el corazón encogido. Tras unos momentos de vacilación, asintió. No había razón que él pudiera esgrimir. La determinación de Beadur cortaba de raíz cualquier posible duda. No hubo, pues, más conversación. Ya todo estaba dicho.

Aydan trató de conciliar el sueño, pero no lo logró. Una súbita alteración lo llevó a revivir la detención de Myrna, primero, y más tarde la escena de los acantilados de Quiberon. Aun así, entre sus pensamientos más negros siempre había un lugar principal para Breann. De ella no había vuelto a saber absolutamente nada.

Ninguna noticia desde aquel día aciago en que todo se había derrumbado en un instante.

Deseó con todas sus fuerzas que las cosas no fueran tan complicadas. Poder vivir felices y libres, como antes. Que las mujeres siguieran curando gente en Karnag. Que él pudiera seguir aprendiendo con Beadur y visitar a Robert cuando quisiera. Vivir tranquilo, sin preocuparse de que un enemigo sin rostro olfatease sus pisadas.

No obstante, así eran las cosas. Aunque sumido en negros augurios, al final el sueño lo venció.

Su último pensamiento fue en realidad un deseo cifrado. Antes de quedarse dormido, anheló que al menos siguiera soplando el nordestal durante un tiempo.

Llevaba dos años viviendo con Beadur. Ya pensaba como un espía.

El gauta, despierto, oteaba la lejanía entre la espesura. Un mal presentimiento le robaba el sueño desde hacía tiempo. Sin siquiera darse cuenta, negó con la cabeza. La cosa pintaba fea, le gritaba en los oídos su intuición.

Su intuición, sí. Aquella que jamás lo había engañado.

Tampoco lo haría esta vez.

En ese mismo instante, un revuelo amortiguado tenía lugar en la ciudad de Bayeux.

Seis mercenarios ingleses registraban un desván entre susurros. Apenas un chiribitil con un solo cuarto, pero que acogía el refugio camuflado de un espía. Mientras, sus siete compañeros les cubrían las espaldas desde la calle.

Dar con aquel escondite había sido fruto de una investigación larga y costosa, pero los fugitivos no estaban allí.

El capitán de la patrulla rumió su frustración.

«Algún día averiguaré, Njöror, qué mueve a un hospitalario a proteger a un niño como ese. Qué incita al mejor espía de Rodas, encargado de la región más codiciada de la cristiandad, a cuidar de un chiquillo cualquiera. ¿Qué misterio esconde todo esto, pues? ¿Qué hace que coloques en segundo plano tu trascendental labor de espionaje?».

Dreng maldijo su mala suerte una vez más. Habían estado a punto de atraparlos. No debía de hacer más de tres días que su presa había abandonado aquel refugio.

A no ser, caviló después, que no se tratase de un «chiquillo cualquiera».

Las piezas seguían sin encajar y el enigma era cada vez más incomprensible. La prisionera de Vannes y sus reacciones inexplicables, la obsesión de Cearbhall por aquel niño, la fijación del gran guerrero gauta por protegerlo arriesgando su misión y hasta su propia vida…

Demasiadas incógnitas, sin duda, y él estaba acostumbrado a trabajar sobre certezas. Sus ojos echaban chispas cuando sus hombres abandonaron el desván de Bayeux. Esta vez, el Fantasma Gris gris se había escabullido por poco.

—La próxima no tendrás tanta suerte, Njöror.

LXVIII

COTENTIN, MAYO DE 1407

No estarían a salvo ni debajo del agua. Ahora lo sabía.

Habían logrado regresar a Cotentin sin sobresaltos, pero su instinto no se había relajado. Pese al agotamiento acumulado, Beadur seguía sin poder conciliar el sueño. De hecho, llevaba horas dando vueltas en el jergón.

El pantano entero estaba sumido en un silencio plácido. Aun así, él no era capaz de conciliar el sueño. Hacía más de dos semanas que Aydan había regresado, pero las cosas ya no eran como antes.

Un malestar frío recorrió su piel al recordar lo sucedido. Los últimos mensajes que habían llegado desde la ciudad de Bayeux le habían helado la sangre. Un grupo de mercenarios había registrado su buhardilla. Los tenían encima, ahora sí. Apenas les quedaba margen.

Una rana, seguramente huyendo de alguna serpiente, saltó al agua a unos pasos. Su chapoteo sonó como una piedra que cae a un estanque, pero él ni siquiera lo escuchó. Solo podía pensar en poner al chiquillo fuera del alcance de aquellos perseguidores.

En plena madrugada, se quedó mirando fijamente el techo de juncos mientras Aydan dormía plácidamente a su lado. El cerco se había estrechado demasiado. La decisión estaba clara, desde luego. Sin embargo, una encrucijada no se hace más fácil porque la luna la ilumine. Separarse del chiquillo le estaba resultando demasiado doloroso. Y no solo eso. El espía que se había internado en el pantano para contarle lo sucedido en Bayeux, un viejo compañero, le había traído otras informaciones preocupantes.

Unos jinetes extranjeros fuertemente armados acababan de llegar a la abadía del Mont Saint Michel. Habían de ser caballeros poderosos, le dijo, pues el abad Le Roy en persona los había recibido.

Todo apuntaba a que debían de ser los mismos hombres. Y, desde luego, era obvio que sabían hacer bien su trabajo. Al fin y al cabo, habían dado con la pista de Aydan. No se explicaba cómo, pero era un hecho. Y eso, teniendo en cuenta las precauciones adoptadas por él, era desconcertante.

Cearbhall había decidido contratar a mercenarios experimentados. Tenía que ser eso. Al pensar en ello, Beadur se giró de nuevo. Las noches eran más negras últimamente. Al parecer, el dinero de Waroc'h daba para pagar a profesionales. No, negó. No eran buenas noticias.

Llevaba horas acostado, pero era incapaz siquiera de cerrar los ojos. Sin darse cuenta, no hacía más que darle vueltas a un amuleto entre los dedos. Una alhaja que llevaba diez años colgada de su cuello. Desde que un día lejano la había recogido de la nieve ensangrentada junto al cadáver de una mujer decapitada y con el vientre abierto. Un cuerpo, se estremeció, aún tibio.

Beadur había guardado aquella joya como garantía de futuro. Por si algún día la necesitara como prueba. Como testimonio del terrible crimen cometido en las profundidades de aquel bosque cerca de Karnag. Era una pieza única, no en vano la gran condesa la había elegido como amuleto. Sería reconocida en el entorno de Alix cuando llegara el momento preciso, eso seguro.

Una década después, los asesinos de aquella mujer acechaban a su hijo. Al mismo chiquillo al que creyeron haber asesinado en aquella ocasión. Algo, por otra parte, que solo había evitado un milagro. El hecho más asombroso que jamás pudiera haber imaginado. Un prodigio, recordó, que había sido obrado por las manos de una niña.

Los recuerdos le trajeron una certeza gris. Apenas quedaban ya opciones.

El tiempo se agotaba y el riesgo era demasiado elevado. Un hierro ardiendo le atravesó el pecho al cerrar los ojos.

Estaba decidido, ahora sí.

Ya no había vuelta atrás. Al día siguiente iría a hablar con Jolivet. Aydan debía partir hacia Toledo en absoluto secreto. Allí, y solo allí, estaría a salvo.

No podían correr riesgos. Primero visitaría él la abadía. Lo dejaría todo listo, junto con el bibliotecario, y volvería a por el chiquillo al pantano. Aydan tendría que quedarse solo durante unos días, pero era la única forma de asegurar el viaje. No sabía qué peligros podrían acechar en el camino. Mejor cerciorarse.

Después, los dos se dirigirían a Sant Maloü. Allí, el niño embarcaría para poner medio mundo de por medio. Repasó el plan de huida. Aún tenía que redactar la carta que el propio Aydan le debía entregar a Ezra al llegar. Sí, se dijo, quedaban cabos por atar. Detalles que tendría que ultimar en Saint Michel.

En cuanto él regresara a Cotentin, ya solo faltaría cerrar el plan con el pequeño. Darle las últimas instrucciones junto con el amuleto de su madre. Ahí, tomó consciencia del talismán que llevaba al cuello. Se dio cuenta de que llevaba horas dándole vueltas en la oscuridad. Igual, se percató con un suspiro, que a las ideas funestas que se burlaban de él al reflejarse en las aguas negras del pantano.

Sí, aquello era importante. Gracias a la alhaja, Aydan podría demostrar algún día su auténtica identidad. Por si algún día regresaba a Vannes. Repasado el plan, cerró los ojos. Trató de quedarse dormido una vez más, pero fue inútil. Aunque casi podía sentir el aliento de los mercenarios en la nuca, no era eso lo que le robaba el sueño. Ya no.

Había acordado enviarlo al lejano sur a través de la salida que, según sus propios preceptos, había que asegurar siempre. El bueno de Jolivet, caviló. No había necesitado más que una luna con el chiquillo para darse cuenta de lo que tenía entre manos.

No, la huida no lo desvelaba ya. Una tribulación bien distinta había cogido el relevo de su ansiedad.

Había llegado el final. Eso era.

El tiempo que había vivido junto al pequeño Aydan había sido el más feliz de toda su existencia. Una vida trepidante, sin duda, pero que en adelante se le antojaba vacía. Deseó que las cosas fueran distintas. Sin embargo, las circunstancias mandaban. Y no podía cambiarlas.

Seguir tentando a la suerte era bailar al borde del precipicio. Eran ya demasiados los indicios que anticipaban que el viento estaba a punto de rolar en Cotentin.

Contempló el rostro del niño dormido.

Lo siento, pequeño. Ha dejado de soplar el nordestal.

LXIX

La sonrisa condescendiente de Jolivet cortó en seco sus palabras.

—Creo que ya me ha quedado claro, Beadur.

El guerrero sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que se disponía a repasar por tercera vez el plan de huida de Aydan. Con el ceño fruncido, se incorporó. Después se acercó a la ventana y contempló la bahía desde las alturas. Estaba desbordado. La abadía de Saint Michel era clave para sus planes, al igual que la ayuda del bibliotecario. Por eso estaba siendo tan exageradamente minucioso.

Asegura siempre una salida.

—Disculpa, Robert. —Aquella mirada a través de la ventana de la biblioteca era otro tipo de escape—. No sé qué me pasa con todo este asunto.

Una garra invisible le atenazaba la garganta. Sentía un nudo cada vez más apretado por aquellos perseguidores incansables. Y no solo eso. Antes de salir, había dejado a Aydan escondido entre las ramas de un árbol. Un tejo frondoso que se levantaba cerca del refugio, en las profundidades del pantano. Desde allí, calculó, el niño podría detectar la llegada de cualquier posible intruso sin ser visto. Así estaría a salvo.

Debes ser invisible.

El cobijo se lo proporcionaría la espesura. Mientras permaneciera allí no correría peligro, eso era seguro. Sin embargo, pasarse días encaramado a las ramas era una prueba muy dura. Por eso Beadur no conseguía apartarlo de su mente. La prisa por volver ensombrecía su frente. Cuatro días allí subido, sin poder bajar al suelo ni para estirar las piernas, eran una eternidad para cualquier chiquillo.

Incluso para «aquel chiquillo». Por Dios, si no tenía más que diez años.

—Tranquilo. —El bibliotecario se levantó también y se colocó a su lado. Hombro con hombro, otearon la lejanía. Las aguas de la bahía se veían tranquilas desde allí. Sobre ellas destelleaban aquí y allá los rayos dorados del mediodía.

No corría ni un soplo de viento.

Jolivet apretó la mandíbula. No le era difícil ponerse en la piel de Beadur. Por si fuera poco lo que tenía entre manos, todo se había complicado al llegar al islote y enterarse de las novedades. Unos caballeros extranjeros llevaban días indagando hasta en los últimos rincones del recinto amurallado. Eso le había confiado nada más entrar uno de los guardias de la puerta. Un centinela amigo de Robert.

Poco después, al verlo aparecer en la biblioteca con aquel gesto de alarma, Jolivet trató de tranquilizarlo con una explicación atropellada.

—Descuida, no son ellos. Lo he comprobado. Se trata de la comitiva de

un gran señor escocés. Han hecho escala en Saint Michel antes de continuar con su peregrinación a Compostela. Créeme, eso es todo.

Saber que nada tenían que ver con Aydan alivió momentáneamente el ánimo del gauta, pero el susto lo apremió aún más. Ahora sí. Había que de evacuar a Aydan de Normandía lo antes posible.

—Tranquilo —repitió el monje, asomado a la ventana. Ya llevaban un buen rato escrutando desde las alturas.

—Sí. Ya casi está.

Al decirlo, indicó abajo con la mirada. Los escoceses tenían vigilada toda la isla. Era como si estuvieran llevando a cabo una misteriosa investigación. Desde la biblioteca, los hospitalarios contemplaron sus evoluciones. Los caballeros montaban guardia en diferentes lugares, y no dejaban de mirar alrededor. Una inquietud sorda recorrió el espinazo de Beadur. Parecían andar sobre un rastro.

Sin embargo, ya había comprobado que nada tenía que ver con el chiquillo. Sus fuentes habían sido tajantes. Lo que motivaba aquel dispositivo bélico era la presencia en la isla de Archibald Douglas, conde de Galloway.

Así pues, le habían confirmado, no había nada que temer.

Douglas era un noble proveniente de las Tierras Bajas de Escocia, nada más. Un gran señor, rico y poderoso, que se podía permitir una peregrinación cómoda hacia la ciudad del apóstol alojándose en casas de huéspedes y en monasterios. No en iglesias y hospitales de caridad, como hacían los romeros pobres.

El conde iba acompañado por un séquito de caballeros que garantizaba su seguridad. Un pequeño ejército que lo protegería en su tránsito hacia el antiguo reino de Galicia. Tendrían que atravesar varios territorios en guerra antes de llegar a Compostela, y Normandía era el primero de ellos. Supuestamente, ese era el motivo de la actitud beligerante de los escoceses. Mientras tanto, su señor había sido recibido con todo tipo de honores por el abad Le Roy.

—Sería más lógico pagarle a alguien para que hiciera la peregrinación en su lugar —observó Beadur, levantando las cejas—. ¿No crees?

Había algo en aquel asunto de los caballeros escoceses que le daba mala espina. Su intuición percibía que algo chirriaba, aunque no sabría explicar el qué.

Claro que hubiera sido mucho más normal. Había peregrinos profesionales que recorrían los caminos una y otra vez por encargo. Ellos cobraban bien por aquel trabajo, y los caballeros podían quedarse tranquilamente en sus señoríos. Defender sus castillos y al mismo tiempo obtener la indulgencia plenaria, único modo de asegurarse el acceso al paraíso de los cristianos.

—Tengo entendido que este hombre no es de los que contratan ese tipo de

servicios —observó Robert, encogiéndose de hombros—. Parece que llevaba años anhelando atravesar el continente de punta a punta. Y más por afán de aventura que por fervor religioso, según me han comentado.

Beadur miró abajo con desconfianza. Seguían sin salirle las cuentas.

—Será eso… No veo otra explicación para venir a meterse en la boca del lobo…

Normandía estaba atestada de infiltrados ingleses. Cualquier patriota escocés era *a priori* un enemigo para los súbditos del rey Henry. De ahí las dudas del gauta.

—Con esa escolta que lo acompaña, dudo mucho que ese Galloway tenga ningún problema. —Sonrió Jolivet—. Desde aquí hasta las puertas de Compostela, no creo que ningún suicida ose interponerse en su camino.

El comentario del bibliotecario le recordó a Beadur que él estaba allí para cerrar los detalles de otro viaje. El que debía llevar a Aydan sano y salvo a la ciudad de Toledo.

Contempló la rada con impaciencia, aún cubierta por la pleamar, y se removió. Mientras la marea no bajase, no podía emprender el camino de regreso.

—¿Has guardado la carta? —preguntó por tercera vez.

—Está sobre la mesa. El amuleto de la condesa, en cambio, lo llevo al cuello. —El monje volvió a sonreír de forma compasiva—. No tengo ocasión todos los días de engalanarme con una alhaja de esta categoría.

La sonrisa de Jolivet seguía tratando de quitarle hierro a la situación. Sin embargo, sus intentos chocaban una y otra vez con el gesto pétreo de Beadur.

—Asegúrate de que guarda bien las dos cosas en el equipaje. Si las pierde, Ezra no podría tener constancia de la verdad. Eso sería un problema, ya sabes cómo es.

—Beadur… En serio, yo me encargo.

El plan estaba cerrado. Al cabo de unos días el niño embarcaría en el muelle de Sant Maloü. Ya solo tenía que subir a bordo del carguero bretón que capitaneaba un viejo conocido. Un barco discreto para el que Jolivet ya le había conseguido un pasaje. Al cabo de unas doce jornadas de travesía, si el tiempo acompañaba, Aydan desembarcaría en el mayor puerto del mundo conocido, Sevilla. Allí sería recibido por un miembro de la Orden. Otro hospitalario que se encargaría de acompañarlo hasta la misma puerta del Custodio del Legado, ya en Toledo.

—Lo siento. —El gauta meneó la cabeza otra vez.

Estaba claro que repetir mil veces cada detalle no iba a hacer que las cosas mejorasen, pero no podía evitarlo. Jolivet le dedicó una mirada de comprensión. Aquel exceso de celo era la única manera que hallaba para calmar la ansiedad que lo consumía.

Beadur contempló el cielo. A juzgar por la altura a la que se encontraba el

sol, la marea ya tenía que estar bajando. Se dispuso a partir. En día y medio estaría de regreso en Cotentin, listo para emprender el camino definitivo.

Esa vez caminarían de noche y al amparo de la maleza. Una última jornada para llevar a Aydan hasta la ciudad portuaria de Sant Maloü. Hasta las cercanías del muelle, donde esperaría Robert.

Los barcos que partían de Honfleur y Cherburg, los puertos más próximos a la marisma de Cotentin, estaban demasiado expuestos a los corsarios ingleses. De ahí que eligiesen Sant Maloü. Allí se verían, sí. Después, lo dejaría en sus manos y desaparecería. Un monje era mejor compañía que un guerrero en un puerto donde la presencia del Fantasma Gris podía suscitar demasiada atención. Llegados a aquel punto, todas las precauciones eran pocas.

El guerrero paseó una última mirada de impaciencia por la ribera que se extendía al otro lado de la bahía. Hubiera dado un brazo por encontrarse ya entre los árboles que poblaban la costa, en tierra firme. Hervía por emprender cuanto antes el camino de regreso.

Pensó en el chiquillo, encaramado entre el follaje del tejo. En momentos así, desearía ser capaz de influir sobre la luna y sobre las mareas.

Y, sin embargo, ni aun así hubiera podido regresar.

Lo que él no sabía era que, ocultos en esa misma orilla que él escrutaba, dos espías ingleses esperaban su regreso. Dos hombres de la patrulla de Dreng Straw, a los que su comandante había dejado apostados tras su visita al abad Le Roy una semana atrás.

Dos asesinos silenciosos que aguardaban expectantes.

Tras varias semanas rastreando su pista, por fin habían dado con él.

Un tercer espía había partido el día anterior a galope para comunicarle a su jefe que el legendario Beadur Njöror, el guerrero gauta de la Orden de Rodas, acababa de regresar a Saint Michel.

Los dos vigías se miraron tras ver desaparecer a su compañero como una exhalación. Ya solo tenían que esperar a que Straw y los otros diez regresasen a su lado.

Todos juntos, sonrieron, iban a estar encantados de darle un buen recibimiento.

Al fin y al cabo, todo lo que entra acaba por salir.

LX

El horizonte púrpura auguraba un amanecer radiante.

Los primeros rayos le dieron en la cara. Aydan llevaba ya tres días oculto entre las ramas, a una altura de ocho hombres. No estaba ni despierto ni dormido, sino invadido por una somnolencia permanente. Por eso, más que despertarlo, el sol lo reanimó.

Estando allí amarrado era imposible conciliar el sueño.

Desde que Beadur había partido a Saint Michel, las horas se arrastraban lentamente. Sin nada que hacer, los días se hacían eternos. Tenía abrigo y alimento, pero apenas podía moverse. El entumecimiento derivaba por momentos en un dolor ronco que tenía que contrarrestar cambiando de postura. A pesar de todo, la rígida disciplina inculcada por el gauta mantenía sus dudas a raya. La tentación de bajar del árbol, aunque solo fuera para estirar las piernas o para tumbarse un rato sobre la hierba, no era una opción.

Ni por un segundo se planteó saltarse las instrucciones del maestro.

Las precauciones de Beadur se habían multiplicado en los últimos tiempos. Que el chiquillo se hubiera quedado entre las ramas era una medida de seguridad más. A pesar de estar oculto en lo más profundo del pantano, le dijo, era mejor que mantuviera el refugio vigilado desde las alturas. No fuera a aparecer algún visitante inesperado durante su ausencia. Una precaución más. Solo una. Ya solo faltaba concretar los últimos detalles para su viaje al sur. Era un momento crucial, no podían relajarse ahora.

Él asintió, convencido. Ya descansaría en Toledo.

—Solo serán cuatro días. —Los ojos del maestro reflejaban angustia antes de partir—. El tiempo justo de ir y venir, te lo prometo. No podemos dejar ningún cabo suelto. En cuanto yo esté de vuelta, recogeremos tus cosas y partiremos a Sant Maloü.

El cuarto día empozaba ya. Aydan, ataviado con sus ropajes de guerrero, anhelaba que el sol naciente que asomaba sobre la ciénaga corriera más aprisa por el cielo. El armamento completo hacía la espera más incómoda aún, pero las órdenes del maestro habían sido tajantes.

Beadur regresaría pronto, se dijo. Entonces, por fin, empezaría el viaje. Una aventura emocionante que lo llevaría a un lugar exótico y legendario.

A medida que el sol fue subiendo en el cielo, la imaginación del chiquillo voló en dirección al lejano sur. Toledo. La mítica ciudad de las tres culturas.

Le dolía dejar atrás a Beadur, y tenía el corazón encogido por alejarse aún más de Myrna y de Breann. Hasta donde él sabía, seguían en Vannes a merced de sus captores. No poder ayudarlas era lo que más le dolía, pero claro, no tenía más que diez años. ¿Qué iba a hacer él?

Partir, y esperar tiempos mejores. Eso era todo, de momento.

Ya que no podía hacer otra cosa, se dedicaba a soñar. La ciudad milenaria, el lugar donde convivían cristianos, judíos y musulmanes, era el escenario de sus fantasías. Ya se veía allá, en el corazón del lejano reino de Castilla. Y eso

no era más que el principio, recordaba después.

Iba a conocer al guerrero más letal del mundo entero. Iba a aprender a su lado.

Dejó volar su imaginación sobre tierras y océanos. Los mapas que Jolivet le había mostrado en la biblioteca de los frailes se desplegaron ante sus ojos, dibujados en el aire. Pudo ver el trayecto que separaba Normandía de Castilla. Un camino largo y peligroso, por eso iría por mar. El buque que lo llevaría a Sevilla, según le había contado el maestro, iba a hacer escala en Pontevedra. Un pequeño puerto del antiguo reino de Galicia, el más bullicioso de todos los que bañaba el *Mare Tenebrarum*. Aparte de Lisboa, si acaso. Además, aquella villa portuaria estaba cerca de Compostela. Sus ojos destellearon. Aquel era el destino de los peregrinos que había visto partir desde Saint Michel junto a Jolivet. Todo lo que rodeaba a aquel viaje sonaba a aventura. Galicia. El mero nombre de aquel lugar le erizaba el vello de emoción.

Sí, aquella era la tierra de los milesios. Los viajeros míticos que habían colonizado todas las riberas de aquel mar, dando origen así a las naciones gaélicas. Todas distintas y, sin embargo, en esencia una sola. Las leyendas del *Lebor Gabála Érenn* lo distrajeron, y así se pasó la mañana, acompañado por sus ancestros.

Los hijos de Gael.

La vida de misterio que lo esperaba también le hizo volar. Iba a vivir con un hombre que, según decía el maestro, era invencible en combate. El mismo que había renunciado a los más altos honores militares a cambio de custodiar un tesoro legendario. Aquel que Jolivet había descrito como el más poderoso guerrero que jamás había existido sobre la faz de la tierra. Ese era Ezra.

Mientras la mañana iba llegando a su final, decidió comer algo. Más por matar el tiempo que por hambre.

Pronto volvió a soñar en un futuro en el que el guerrero le enseñaba cuanto sabía. Se vio a sí mismo transitando calles impregnadas de aromas exóticos. Con los ojos muy abiertos se perdió en mil ensoñaciones para acabar, al final, viéndose convertido en un gran guerrero. Ese pensamiento, sin embargo, no provocó en él la sonrisa que sería de esperar. Al contrario, su mirada se endureció. A su mente llegaron entonces nuevas imágenes, ya no tan amables. Ese guerrero, ya adulto, volvía a Vannes para enfrentarse a los militares que habían apresado a Breann y a Myrna. Para vengar aquella infamia.

Para hacer justicia.

Después de comer, un sopor apagado se fue apoderando de él y volvió a notar la incomodidad de su postura. Sentado sobre la rama y recostado contra el tronco, no había manera de acomodarse. El cansancio le recordó que no había conciliado un auténtico sueño en los últimos tres días. Como mucho, un adormecimiento precario. Un descanso insuficiente para quien se mantiene en equilibrio sobre un árbol. Esta vez la siesta fue intermitente, pero duró un par

de horas. Así, la tarde fue cayendo sobre Cotentin. El cenagal acabó por teñirse de rosa y violeta.

Cuando ya había caído el atardecer, Aydan volvió en sí bruscamente. Miró al cielo. El sol ya se había ocultado, y ya solo las últimas luces de aquel día iluminaban tenuemente la vegetación. Se incorporó. Un ruido extraño había alterado su descanso.

Se incorporó, sobresaltado. Con el corazón desbocado, escuchó atentamente.

Alguien se aproximaba. Por lógica, aquella persona tenía que ser Beadur. Ora bien, había algo extraño en el ritmo de sus pasos. Algo que no supo identificar, pero que activó todas sus alertas.

Tras unos segundos eternos, el gauta apareció entre la maleza. Al verlo, el gesto del chiquillo se iluminó. Fue solo durante un instante, porque casi de inmediato comprendió que algo iba mal. El avance del maestro era extraño y su rostro denotaba una expresión atormentada. Una mirada que Aydan no reconoció.

—Supo que algo terrible había sucedido.

Beadur avanzó, pero no en dirección al árbol donde se encontraba el niño, sino hacia el refugio. Esa fue la confirmación de sus peores presagios. Con cuidado de no hacer ruido y vigilando entre el follaje, Aydan se ajustó la ropa al cuerpo y aseguró las armas. En vista de aquello, tenía que prepararse para lo peor.

De repente, Beadur se detuvo y miró al cielo.

—¡Vaya! —exclamó como por descuido, en un tono más alto de lo normal—. ¡Parece que va a soplar el Libis!

Aydan sintió que se le helaba la sangre.

Allí estaba el mensaje cifrado.

La situación del guerrero, por algún motivo que él aún no llegaba a vislumbrar, implicaba peligro de muerte. No había lugar para la vacilación. La contraseña, recordó, le ordenaba huir. Escapar de inmediato sin pensar en nada más.

A toda prisa. Sin mirar atrás.

—¡No es de extrañar! —el gauta siguió con su estrafalario soliloquio—. ¡Ya soplaba de suroeste también allá, en Saint Michel!

Con el corazón a punto de salírsele por la boca, Aydan se dispuso a bajar del árbol. Tenían la noche encima y la oscuridad iba a más por momentos. Eso era bueno. Al menos, él conocía el pantano como la palma de la mano. Los escasos caminos que lo atravesaban aparecieron en su mente como líneas luminosas. No tardó en elegir la mejor opción.

Una senda embarrada que empezaba a unos pasos de allí lo llevaría lejos, al sur.

Se le desgarraba el alma por dejar atrás al maestro, quién sabe en qué

terrible situación, pero no tenía opción. Beadur le había obligado a jurar que, llegado el momento, así lo haría. Y un juramento entre hospitalarios era algo sagrado.

Se dispuso a cumplirlo. Huiría de inmediato, sí. Sin embargo, no tuvo tiempo de bajar.

—¡Haced que se calle de una vez, estúpidos! —Una voz áspera bramó en anglonormando y dos arqueros salieron de la espesura. Los hombres apuntaban directamente a la espalda de Beadur desde unos diez pasos de distancia—. ¿No veis que es una contraseña?

Más soldados irrumpieron en el claro. Allí estaban, se espantó Aydan. Aquellos eran los hombres que habían apresado al maestro. Se le paró el corazón. Tenía que esperar. Si descendía, lo verían.

Dos de ellos salieron a por Beadur como caballos desbocados. Sin ninguna contemplación cargaron contra él por detrás, arrollándolo. Pese a la brutalidad del impacto, el pequeño pudo vislumbrar fugazmente un gesto de satisfacción en la cara del maestro. Al menos sabe que me llegó su mensaje, pensó. No obstante, cuando volvió a verle la cara, ya derribado, su ceño volvía a estar arrugado.

Había logrado advertir a Aydan de la presencia del enemigo, pero la situación del chiquillo aún era crítica. Bajar del árbol con la claridad del atardecer, escasa pero aún suficiente, suponía que podía ser visto con facilidad. Hacía falta algo más tiempo. La noche sería su mejor aliada.

Los mercenarios tomaron posiciones en torno al refugio. El pequeño, desde su rama, contuvo la respiración. No podía hacer nada excepto esperar.

—¡Atkin, registra el refugio! —gritó la misma voz—. ¡Los demás peinad la zona, pronto! ¡Njöror ha hablado para alguien! ¡Ese alguien no puede estar lejos!

Aydan se mantuvo inmóvil. Sabía que allí arriba era invisible. Pudo distinguir entre la penumbra cómo el hombre que daba las órdenes se acercaba a Beadur con una parsimonia amenazante. El maestro seguía agarrado por los dos soldados que lo habían derribado y con los dos arqueros apuntándole a escasa distancia para que no osara moverse. El jefe de la patrulla empezó a golpearlo en la cara con los guantes de combate como quien abatana lino.

—¿Dónde está? —Con cada puñetazo se iba incrementando su brutalidad.

Durante unos minutos, en los que la angustia estuvo a punto de hacer que Aydan se entregase, aquel salvaje golpeó a Beadur, maniatado e indefenso, una y otra vez. Sin embargo, en cuanto el extranjero se dio cuenta de que la tortura no le iba servir de nada, se detuvo. Tampoco ganaba nada con matarlo, debió de pensar. Entonces se giró y observó el entorno con ojos expertos.

—¡Dagger! ¡Encended unas antorchas! Prendámosle fuego a esta arboleda, tal vez cosechemos algún fruto inesperado.

Aydan se quedó sin aliento. Si la maleza ardía, solo había dos opciones. O

emprender una huida desesperada o quedarse a aguardar, ya sin salida, a que las llamas ascendieran. El fuego o las brasas, no había más. Nunca mejor dicho.

Bajo el último rayo de luz de aquel día, aún tuvo tiempo de distinguir el gesto de consternación que se dibujó en la cara ensangrentada de Beadur. Ya no quedaba margen. Tocaba actuar. Al menos, asintió, la oscuridad ya era casi total en el pantano.

Tras unos trasiegos frenéticos, un soldado se acercó a su árbol con una tea encendida. El pequeño apretó los dientes. Solo quedaba huir.

La noche estrellada avanzaba en calma, pero un terrible viento del suroeste se había desatado de repente. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Miró de nuevo al maestro, vapuleado y sangrando. Sí, tembló, un vendaval había aparecido de improviso para descargar toda su furia sobre el pantano de Cotentin.

El fuego prendió en el tronco, y las ramas más bajas empezaron a crepitar. Al verlo, Aydan se dispuso a saltar.

Definitivamente, el suave nordestal los había abandonado a su suerte.

LXI

—Dentro de cinco días en el muelle —se despidió Jolivet.

Beadur salió con cara de circunstancias. No tenía ni un segundo que perder. Por fin, la bajamar le permitía salir de Saint Michel. Desde luego, no iba a esperar a la siguiente. Su desgastada paciencia había sobrepasado todos los límites. La imagen del chiquillo encaramado a un árbol allá, en el pantano, lo torturaba. Allí estaría Aydan, inmóvil y expectante, sin poder hacer nada más que esperar su regreso.

—No olvides nada, te lo ruego —insistió una vez más.

Había tres cosas que el monje debía llevar al puerto de Sant Maloü. Tres cosas, no lo olvides, le había repetido una y otra vez. El pasaje de Aydan, la carta para Ezra y, sobre todo, el amuleto de la condesa. El talismán que el niño debería llevar consigo para siempre, por lo que pudiera pasar. Algún día tendría que demostrar ante sus hermanos, los doce caballeros de Gwened, quién es en realidad.

Caminó cuesta abajo con el ceño fruncido. En ese instante su tribulación no se debía a la partida de Aydan. Ya habría tiempo de pensar en eso cuando el niño estuviera a bordo del mercante. Lo que le preocupaba era el evidente peligro que conllevaba salir de la abadía. Se puso en alerta. Todas las precauciones eran pocas a la hora de abandonar aquel lugar.

El Mont Saint Michel era, en el argot de los espías, un «teatro».

Exponerse a las miradas ajenas era allí inevitable. Al menos, al llegar y al partir. Por muchas precauciones que adoptara, tanto la entrada como la salida del islote conllevaban una exposición imposible de sortear. Esperó cerca del portón de la muralla a que un grupo empezara a caminar hacia tierra firme. Entonces, con la cabeza baja, se metió entre ellos. Al rato, se pusieron en marcha. Nadie le había dado importancia. En menos de media hora, los caminantes llegaron al final del camino de arena.

Todo parecía estar en orden. Respiró. Salvada la ineludible exposición del teatro, el resto del trayecto era lo de menos. Ahora contaba con el amparo de los bosques. Tenía por delante una espesura densa que conocía a la perfección. En cuanto abandonara el camino, nada le impediría volar entre la maleza. Sí, se congratuló. En poco más de un día estaría en Cotentin.

No podía imaginar cuánto se iban a torcer sus previsiones.

Avanzó rápido, pero en apenas unos minutos una sensación incómoda lo puso de nuevo en alerta. El sonido de la espesura, bajo la luz blanca del sol primaveral, no era el habitual. Un silencio extraño invadía la floresta, como si en el propio aire se echara en falta un componente que no sabría definir. Algo iba mal.

Se preparó para la batalla.

Sus peores sospechas se confirmaron enseguida. Tanto, que no pudo ni intentar una acción evasiva. Atajando su trayectoria desde un lateral, un hombre de hombros anchos y piel curtida le salió al encuentro. Traía una amplia sonrisa en la cara. Ni franca ni amistosa, eso sí.

Era la sonrisa del cazador que ha atrapado una presa.

El gauta se puso en guardia. Aquel no era, obviamente, un encuentro casual. La tensión de los músculos de aquel hombre formaba un contraste demasiado forzado con el gesto risueño de su rostro.

La emboscada, desde luego, no había sido improvisada.

—Ya sabes que estamos aquí, Njöror —saludó. Su voz arrastraba un tono de amenaza que no disimuló su fuerte acento extranjero—. No hagas tonterías.

Al tiempo que Beadur desenvainaba, seis hombres salieron de entre el follaje con sus aceros en la mano. Estaba rodeado por los cuatro costados. La mirada del capitán le advirtió que también había arqueros apostados entre los árboles. Y que le estaban apuntando directamente al corazón.

El combate no era una opción.

El gauta bajó la espada, pero se mantuvo en guardia. Necesitaba ganar tiempo. Aunque acorralado, se puso a buscar frenéticamente una salida.

Ninguna alternativa, sin embargo, garantizaba la huida del chiquillo. Llegado a aquel punto, aquello era ya lo único que importaba. Al percatarse, todas sus alarmas se dispararon. Iba a tener que jugar alguna carta desesperada.

De momento, se mantuvo impasible.

Aydan seguía en Cotentin, oculto entre la espesura. Se encontraba en el lugar más recóndito del pantano, y allí iba a seguir mientras él no regresase. La salida que el guerrero había asegurado en las últimas semanas ya no era un camino seguro. Habría que buscar otra, pero… ¿cuál?

El enemigo, tal y como acababa de quedar en evidencia, tenía controlada la abadía. Por lo tanto Jolivet, ajeno a todo, ya no era una alternativa.

No habría embarque en Saint Maloü ni singladura hasta Sevilla. Ya solo le quedaba intentar que Aydan huyera. Y, por supuesto, que no lo hiciera en dirección a Saint Michel.

Beadur reprimió un escalofrío. Sin la ayuda del bibliotecario, el chiquillo no tenía a dónde ir. No había nadie más que le pudiera ayudar, ni escondite en el que guarecerse. Y eso, en el caso improbable de que lograra escapar del pantano. Aquellos mercenarios no eran unos cualesquiera. Tal y como él había previsto, se trataba de los mismos asesinos que habían matado a su madre. Los que habían venido del otro lado del mar diez años atrás.

Iba a necesitar un milagro parecido al de entonces. Inspiró. Para empezar, necesitaba ganar tiempo e información.

—Los asuntos de la Orden nunca han interferido con los de la gloriosa monarquía inglesa, Straw —respondió despacio, bajando la espada—. Un ataque injustificado como este supone una afrenta imperdonable para los caballeros hospitalarios. Un insulto que mis hermanos no dejarán impune.

Sus peores previsiones habían salido por fin a la luz. El responsable de cerrar el cepo en tomo a Aydan era, tal y como había intuido, el principal mercenario del rey Henry. Dreng Straw en persona.

Un asesino implacable, y caro. Cearbhall debía de estar muy asustado para gastarse semejante fortuna en atrapar al pequeño.

—Dejémonos de mascaradas, Njöror. —Dreng no se iba a acobardar por la amenaza de una Orden bastante ocupada en resistir en el Mediterráneo. Dos soldados desarmaron al gauta, maniatándolo a la espalda, mientras los otros se mantenían en alerta máxima. Aquel guerrero no era uno cualquiera—. Los dos somos conscientes de cuál es la razón de todo esto.

Beadur apretó los dientes. La razón velada a la que el inglés se refería no era otra que la tozuda fijación del señor de Pomichet respecto a Aydan. Una obsesión, pensó una vez más, que solo se justificaba en un caso: Cearbhall sabía que el niño era en realidad el hijo de Patern. Aunque no se explicara cómo había podido averiguarlo, ahora lo tenía claro.

El inglés sonrió, satisfecho. El legendario guerrero gauta estaba al fin a su merced.

—Sé bien que someterte a tortura no iba a servir de nada. Que estarías dispuesto a sufrir el más atroz de los tormentos antes de traicionar a un aliado, y que mucho menos nos entregarías a ese condenado chiquillo. Pero deberías

llevamos hasta el lugar donde está, Njöror. Te lo advierto, o nos conduces a él o rodearemos el pantano ese donde os escondéis como ratas y le prenderemos fuego desde todas las esquinas. Sabes que lo haremos. Piénsalo bien. No se salvarían ni los gatos salvajes.

Beadur atisbo entonces un tímido rayo de esperanza. La amenaza del fuego no hubiera surtido ningún efecto, pues sabía que el niño sí lograría huir de las llamas. Sin embargo, llegar a donde estaba Aydan era precisamente lo que él necesitaba. Esa era la única manera de avisarlo, al menos, de que debía huir en dirección contraria a Saint Michel. Dejarlo indefinidamente sobre las ramas del tejo era condenarlo sin remedio. Sin saber qué podría haber pasado, desconcertado y solo, acabaría por ceder. Con el paso del tiempo, la desesperación lo vencería, y la incertidumbre lo llevaría a encaminarse al encuentro de Jolivet.

Tenía que evitarlo. Si eso sucedía, sería capturado de manera irremediable.

A raíz de la amenaza de Dreng, Beadur simuló estar derrotado. Aparentó que la perspectiva de un incendio en Cotentin lo acobardaba y asintió, mirando al suelo.

Los ingleses sonrieron satisfechos. Era una derrota sin paliativos. Al final, no parecía tan bravo aquel guerrero como lo pintaban las leyendas.

Al rato se pusieron en marcha. Tenían para él un caballo de refresco. Él montó sin protestar, pero en cuanto pudo empezó a frenar a su montura. Lo golpearon para que cabalgara más aprisa, pero logró retrasar el paso dejándose caer del caballo varias veces. Dreng lo observaba sin comprender. Antes o después iban a llegar al chiquillo de todas formas.

Beadur aguantó los golpes sin inmutarse. Que le pegaran cuanto quisieran, eso no le importaba. Él sabía por qué lo hacía. Necesitaba llegar al escondrijo del pequeño justo al anochecer. Solo así el plan tendría alguna esperanza de éxito. Las últimas luces del ocaso le permitirían ver lo que estaba sucediendo, pero su huida contaría con el amparo de la noche. Ese era el plan.

Gracias al retraso, el grupo llegó al refugio al atardecer del segundo día. En cuanto se adentraron en las tierras pantanosas, los jinetes desmontaron. Entonces, Dreng cortó con cuidado las ataduras del prisionero.

—Avanza hacia él, pero recuerda que dos flechas envenenadas atravesarán tu corazón antes de que des un paso indebido —le susurró al oído, con siniestra tranquilidad—. Si colaboras, entregaremos al chiquillo intacto en Vannes. No le tocaremos un pelo, te lo juro. Pero si intentas algo, lo torturaremos hasta matarlo. Y eso, después de quemarte vivo y obligarlo a mirar. Sin jueguecitos, Njöror. Ya me conoces.

El guerrero avanzó hacia el lugar donde Aydan llevaba cuatro días escondido. Estará totalmente entumecido, calculó. Necesitaba darle algo de tiempo para prepararse, pues iba a tener que correr como nunca. Alteró la cadencia de sus pasos deliberadamente, tratando de provocar una alerta en el

chiquillo.

Lo primero era evitar que bajara a su encuentro al verlo aparecer.

Cuando se supo a la vista del pequeño, se detuvo y cogió aire. Lo que se disponía a hacer podía provocar que los arqueros le disparasen. Dos dardos envenenados atravesarían su corazón en ese caso, y todo habría acabado.

No le importó. Aquella era la única opción que le quedaba a Aydan.

—¡Vaya! ¡Parece que va a soplar el Libis!

Viento del suroeste. La consigna era clara. El chiquillo estaba sobre aviso. Ahora necesitaba indicarle que no podía escapar en la dirección prevista. Jolivet también estaría sometido a vigilancia. La abadía era ahora una ratonera.

Su voz se quebró al pensar que el niño no tenía a nadie más. De todos modos, siguió adelante. Correr hacia lo desconocido era preferible a ser atrapado por aquellos asesinos.

—¡No es de extrañar! ¡Ya soplaba de suroeste también allá, en el Mont Saint Michel!

En respuesta a los gritos enfurecidos de Dreng Straw, dos hombres salieron a por él. En el momento en que los soldados lo derribaron, el maestro esbozó una sonrisa de satisfacción. Que casi le partieran el espinazo era lo de menos. El mensaje había sido entregado. Había esperanza.

La noche estaba cayendo. Inmerso en la oscuridad, el pantano era una trampa mortal. Una ciénaga de arenas movedizas que se tragaría a cualquiera que no conociera sus caminos.

No así a un niño que llevaba dos años sobreviviendo entre sus lodazales.

Dreng empezó a golpearlo. Notó la sangre corriéndole por la cara, pero su atención se centraba ahora en el árbol cercano. Le echó un vistazo fugaz por el rabillo del ojo. Sí, aún había esperanza para Aydan.

Unos minutos más tarde, mientras los espías se acercaban con antorchas encendidas a los árboles que rodeaban el refugio, Beadur contuvo la respiración. Un débil rayo de luz aún iluminaba la marisma, pero la amenaza que se cernía sobre el pequeño ensombreció su ánimo. Los soldados estaban cerrando el cerco peligrosamente, y Aydan aún no había bajado del árbol.

Mientras las llamas crecían a su alrededor y uno de los hombres de Dreng empezaba a prender las ramas más bajas del árbol de Aydan, Beadur contempló la escena, horrorizado. La contraseña proclamada al cielo del atardecer había traído una remota posibilidad de salvación, al menos momentánea. Sin embargo, la perspectiva de futuro seguía siendo aterradora.

El gauta, expectante pero abatido, arrugó la frente.

Aquella certeza helada seguía oprimiéndole el pecho.

Aunque el pequeño lograse escapar, no tendría a dónde ir.

LXII

Aydan estiró sus músculos.

Solo iba a tener una oportunidad. El soldado ya estaba incendiando las ramas más bajas del árbol. O se ponía en marcha de inmediato o moriría abrasado.

No había margen para el error.

La noche ya había caído sobre Cotentin. Al amparo de la oscuridad, descendió a una de las ramas más bajas. Silencioso, se dispuso a saltar. Antes, analizó la vía de escape por última vez.

Asegura siempre una salida.

El camino a seguir, estrecho y sinuoso, se internaba en el tremedal en dirección al sur. Una cinta de plata flanqueada por lodazales profundos que nunca dejaban de burbujear. Trampas mortales para quien las pisara sin darse cuenta.

El maestro también le había advertido que no podía huir en dirección al Mont Saint Michel. Allí también sopla el sureste, había dicho. Eso significaba que la abadía ya no era una opción. Que Jolivet no iba a poder ayudarle.

Estaba aterrado, pero la decepción que sentía igualaba al miedo. El plan de huida se había frustrado justo a las puertas. Ya no habría viaje a Toledo. Ya nunca conocería a Ezra ibn Levy.

Apretó los puños. Aquel sendero hacia el sur era el único escape posible. Inspiró, sobrecogido. La oscuridad, y una soledad aterradora, eran todo lo que había más allá. Y una incertidumbre que veía girar a lo lejos como un vacío tenebroso.

Le echó urna última mirada a Beadur. Allí quedaba, atado de pies y manos, manando sangre como una fuente. Cerró los ojos con fuerza. Aquello ya lo había vivido. Se veía obligado a dejar atrás todo su mundo como si fuera un proscrito. Las lágrimas quisieron aflorar. Una vez más, no tenía alternativa. Su voz severa retumbó en su conciencia.

«Si, en cambio, lo que me oyes decir es que sopla el Libis, huye. Escápate sin dudar, y sin mirar atrás. Y lo más importante: sobre todo, en ese momento no te preocupes por mí».

Aydan se puso en tensión, presto a dejarse caer. Una vez estuviera en el suelo, era inevitable que los soldados lo descubrieran, pues la luz de las llamas iluminaba ahora el claro como si fuera de día. Rápido, pero sin dejar nada atrás, planeó mentalmente la huida hasta el inicio del sendero.

El fuego subía por el tronco. Había llegado la hora.

Se dejó caer, rodando por el suelo para amortiguar el impacto, tal y como le había enseñado el maestro una y mil veces. Los mismos movimientos tantas veces repetidos. «Otra vez, Aydan. Aún no está perfecto». La exigencia de

Beadur volvía ahora, en el momento más crítico, para salvarlo del fuego. De alguna manera, el maestro había previsto que aquella acabaría por ser la diferencia entre vencer y caer. Huir o ser atrapado.

Entre la vida y la muerte.

—¡Allí! —oyó que gritaban a sus espaldas mientras se incorporaba a toda velocidad—. ¡Atrapadlo!

El soldado más cercano, el mismo que había incendiado el tejo, estaba a apenas unos pasos. Aún con la tea en la mano, salió disparado tras él.

La distancia que separaba a Aydan de la oscuridad iba a ser la medida de su supervivencia. Si lograba internarse entre la espesura, los soldados no podrían perseguirlo. No, al menos, en tanto no amaneciese. A la luz de las antorchas era imposible distinguir el suelo firme de las arenas movedizas.

Corrió como nunca. El soldado era rápido, y en los primeros pasos logró recortar la ventaja hasta tenerlo casi al alcance de la mano. Pero entonces, gracias a un quiebro rápido, el chiquillo abandonó el camino por la derecha. Hacia allí, el terreno firme se adentraba en el lodazal formando algo así como una pequeña península desde la que podría saltar de vuelta al camino unos pasos más adelante. Un gran salto sobre el agua cenagosa le permitiría regresar a tierra firme y seguir corriendo por el camino serpenteante, dejando atrás el lodazal. O eso esperaba, al menos.

Si lo lograba, su perseguidor caería en las arenas movedizas enterrándose hasta la cintura. Si no lo conseguía, sería él quien acabaría hundido en el lodo.

Entonces, todo estaría perdido.

En los últimos pasos antes del despegue, adaptó la cadencia de las zancadas para llegar al borde con el máximo impulso. Eso le hizo perder velocidad. El soldado, viéndolo al alcance de la mano, estiró el brazo. Estaba tan cerca que incluso logró agarrar un mechón de pelo.

Justo al borde de la ciénaga, Aydan se impulsó con todas sus fuerzas. Para caer de nuevo en tierra firme iba a necesitar el salto de su vida. En el último momento pensó que no lo iba a conseguir. Que iba a acabar, junto con su perseguidor, atrapado en el fango.

Sin embargo, su salto fue más largo incluso de lo que había previsto. Al mismo tiempo que el soldado pisaba en falso, zambulléndose con estrépito en las aguas pantanosas con un puñado de pelo por todo trofeo, Aydan voló sobre el fango para aterrizar, completamente a ciegas, en la estrecha franja de suelo firme que conducía lejos del fuego.

Cayó sobre el camino húmedo que, desde allí, se adentraba en la oscuridad.

A su espalda, la tea del soldado se apagó con un siseo de frustración.

Los otros llegaron al momento. Traían más antorchas, que usaron para inspeccionar el terreno en busca de un lugar seguro donde poder pisar. Tantearon con los pies, pero nada. Todo allí era lodazal.

Dreng fue el último en llegar.

Sus ojos inspeccionaron el lugar hasta que descubrió el sendero, varios pasos más adelante. Pronto se dio cuenta de que aquella ruta no les iba a servir mientras no amaneciera. Y aun así, para hombres a caballo tampoco parecía de fiar. Ya solo les faltaba acabar atrapados en alguna trampa traicionera. Se giró hacia el claro en llamas. Allí en medio, atado como un fardo, seguía el gran Njöror. Sus argucias habían facilitado la huida del niño.

No importa, pensó el comandante. El día traerá nuevos caminos.

Que aquel endiablado chiquillo se hubiera escabullido era un contratiempo, desde luego, pero no era tan grave. Ya lo atraparían por la mañana. El mítico hospitalario gauta había caído en su poder. Hoy, se dijo, disfrutaría de aquella gran victoria.

Amery nos traerá la información que nos falta, sonrió. No le costará mucho entrar en la biblioteca de ese tal Jolivet. Y un muchachito de diez años no va a llegar muy lejos a través de una marisma como esta. Calma, pues.

Era imposible que el pequeño lograra burlar la persecución de una patrulla como aquella. Por muy brujo que fuera. Dreng tenía consigo a doce mercenarios curtidos en todo tipo de misiones. Frustrado pero tranquilo, dio orden de retroceder. Saldrían del pantano por donde habían entrado.

En cuanto llegase el amanecer, y con él el espía que había dejado en Saint Michel, volarían. Tenían los mejores caballos de toda Inglaterra. El niño no tenía forma de huir.

—Corre cuanto puedas, Aydan Sneachd —murmuró hacia la espesura.

Beadur, ensangrentado, lo observaba desde la distancia. Dreng, recuperada la sensación de triunfo, le devolvió una mirada de desdén.

Una sonrisa lúgubre iluminó por un instante su rostro, anaranjado por las llamas, antes de volverse hacia la oscuridad.

—Corre, pequeño. De nada te va a servir.

LXIII

Aydan voló a ciegas entre los juncos.

La luminosidad del cielo nocturno era tenue, pero suficiente como para vislumbrar la cinta de plata que se extendía ante sus pies. La senda, flanqueada por espejos negros de agua estancada, se alejaba del fuego. De momento, con eso bastaba.

Corrió y corrió. Conocía bien el sendero. Lo había transitado cientos de veces. A medida que avanzaba en su memoria fueron apareciendo, como destellos, cada una de las trampas que ocultaba. De salto en salto, avanzó con

rapidez. Al cabo de unos minutos decidió comprobar que nadie lo seguía. Se detuvo y miró atrás. El resplandor de un descomunal incendio iluminaba el cielo a sus espaldas.

A lo lejos, las llamas se elevaban sobre las copas más altas.

La maleza en llamas asomaba sobre la junquera. El reflejo anaranjado de aquel infierno sobre las aguas negras era de una belleza siniestra. Sintió una opresión en el corazón. Bajo aquel resplandor tétrico estaba Beadur, atado y sometido a la crueldad del enemigo. Aquella imagen lo golpeó. Eso era lo que quedaba atrás. Por delante, solo tinieblas.

De repente, se quedó paralizado. Nada más que la soledad lo esperaba ya entre las sombras. Tan solo oscuridad y confusión. Súbitamente, sintió el impulso de regresar. Hasta el cautiverio a manos de aquellos desalmados parecía una perspectiva más apetecible que aquel futuro. Que aquella huida incierta hacia una negrura amenazante. Confuso, solo y sin rumbo.

El suroeste también soplaba en Saint Michel, había proclamado el maestro antes de ser silenciado a golpes. La perspectiva, así pues, era desoladora. La abadía había dejado de ser un lugar seguro, y Jolivet ya no era una opción. Sin el único apoyo que hasta entonces había tenido, no podía haber huida. Ya nunca llegaría a Toledo. Al igual que las chispas que se elevaban hacia el firmamento de Cotentin, sus sueños se habían desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque a duras penas, trató de sobreponerse para analizar la situación. El pánico no le iba a ayudar a salir de aquello. Tenía que pensar con frialdad.

Los soldados no lo iban a perseguir por aquel camino. El peligro de hundirse en el fango los disuadiría. Eso le daba una cierta ventaja. Unas horas, al menos, que le permitirían llegar lejos antes del amanecer. Ahí radicaba su margen para la esperanza. Ellos iban a tener que rodear el inmenso pantano, mientras que él podía atravesarlo en línea recta.

Esa era la única posibilidad de huir, por pequeña que fuera. Aun así, lo realmente aterrador era el vacío de después. Huir sí, pero… ¿hacia dónde?

Las lágrimas asomaron a sus ojos al percatarse de que ya conocía aquella sensación. Era el mismo desamparo del día que los jinetes de Vannes se habían llevado a Myrna. Imágenes lejanas, pero siempre presentes. La aguanieve sobre las piedras hitas de Karnag. El viento glacial silbándole en las orejas. La misma incerteza. La aterradora sensación de no tener a dónde ir, de que no había nadie a quien pedir ayuda. Un desamparo que sobrecogía con solo pensarlo.

Un mundo demasiado grande.

Como en sueños, empezó a retroceder. De forma inconsciente, se echó a andar hacia el resplandor anaranjado como un autómata movido por el miedo. Más valía ser atrapado, le susurraba una voz al oído, que caminar libre hacia aquella soledad. Allí, por lo menos, estaba el maestro.

Sus pies se encaminaron de regreso al fuego como si tuvieran voluntad propia. La tristeza y la desesperanza dirigían sus pasos. Y el miedo. Sobre todo el miedo.

El fuego iluminaba su cara, atrayéndolo al desastre. Avanzó hasta tener a la vista el claro en llamas. Un poco más y los soldados podrían divisarlo en la lejanía. Después, no habría vuelta atrás.

Pero entonces, sin causa aparente, se detuvo. El ansia de libertad se rebeló en su interior, chillando y retorciéndose. Gritándole «no te entregues».

No te entregues.

Fue como si le hubiera despertado una bofetada. No en vano había sido criado por personas libres.

De repente y sin saber cómo, recuperó el control. El carácter indómito de las sanadoras de Karnag retomó los mandos. Pudo comprender lo que había sucedido al recordar a Myrna en uno de sus paseos. Por eso a la gente le resultaba más fácil obedecer que pensar, asintió. Siempre es más cómodo seguir la corriente que enfrentarse al miedo.

—Por eso, Aydan, la mayoría elige ser esclavo.

Tras la de Myrna, la voz de Beadur retumbó también, clara y nítida, dentro de su cabeza. Las espadas de madera posadas en el suelo y el cuerpo humeando entre el frío de la mañana.

—«Los momentos límite —Era una conversación muy lejana, pero se había quedado grabada al rojo—, aquellos precisos instantes en los que parece no haber salida; aquellos en los que la desesperación nos invade e incluso la muerte pareciera mejor que lo que la vida nos trae, son vórtices.

»—¿Vórtices? —recordó su propia voz, sorprendida.

»—Encrucijadas vitales de nuestra existencia. Algo así como pruebas que nos pone la vida para obligarnos a escoger nuestro destino.

En aquella ocasión, se percató ahora, no había llegado a comprender las afirmaciones del maestro. Como en tantas otras. Pero ahora, detenido en mitad del camino con aquella inmensa luminaria reflejada en las pupilas, Aydan comprendió. Aquella enseñanza había sido planificada conscientemente por si algún día llegaba a encontrarse en una situación similar.

De alguna manera, el maestro había presentido que algo así podía suceder.

—«En esas encrucijadas, Aydan, es donde en verdad se forja la esencia de una persona. Es ahí donde determinamos de qué manera elegimos vivir el tiempo que nos fue concedido. El tipo de ser humano que decidimos ser. Tu voluntad, cuando tus pasos te lleven a uno de esos momentos, será tu única arma. Aférrate a ella, pues sé bien que tu pecho encierra un corazón indomable. Por caótica que sea la confusión del momento, por muy perdido que te encuentres; aunque la desesperación nuble tu entendimiento, elige el único camino que te haría sentir orgulloso en el futuro».

El fulgor que se vislumbraba dejó de atraerlo como si fuera una polilla. El maestro seguía allí, pero la perspectiva de acompañarlo ya no era apetecible. Con una sacudida brusca se deshizo definitivamente del impulso de ir al encuentro del enemigo.

Allí soplaba el Libis, y él había hecho una promesa.

Se giró en redondo y echó a correr de nuevo. Tenía que alejarse de aquel infierno que había estado a punto de atraparlo. No sabía a dónde dirigir sus pasos, pero eso ahora no importaba. De momento, solo había un camino: el que llevaba lejos de allí.

Sí, se dijo. Saldría del pantano por el sur.

—«Además —un Beadur sonriente, que ya se ponía en pie con la espada en la mano, listo para reiniciar el combate, le hablaba de nuevo—, es en esos momentos críticos cuando crecemos. Cuando nos vemos en el deber de crear recursos que ni siquiera sabíamos que existían. Cuando desarrollamos nuevas habilidades y aprendemos a ver el mundo desde una perspectiva diferente. En definitiva, es ahí cuando la comodidad de lo cotidiano deja de ser el hábitat natural de una persona. Esos momentos, de una belleza tortuosa, son los que forjan nuestro carácter. Que no te pese elegir el camino incómodo, Aydan. No te escondas. Acepta la belleza de un reto a la altura de lo que llevas dentro. Eso es lo que espero de ti».

Sin dejar de correr, el niño sintió que las lágrimas le enturbiaban la vista. Tal vez fuera a causa de la oscuridad, pensó, pero él no veía esa supuesta belleza por ningún lado.

—«Con el paso del tiempo, Aydan, todo encajará. Desde la distancia, verás esas encrucijadas de un modo distinto. Recuérdalo. Ellas son las que hacen aflorar lo que realmente somos. Tu esencia tomará las riendas. Déjala que te guíe».

Decidió aferrarse a las palabras de Beadur. Ahora lo veía claro, el maestro le había inculcado aquellas enseñanzas para que lo orientasen en una situación así. Por si algún día se veía invadido por el miedo, perdido en la noche y solo. Aunque tímidamente, se vio reconfortado.

Le pareció que ya no estaba tan solo.

Entonces, un nuevo recuerdo apareció de pronto para iluminar el camino. Un día remoto, cuando todo parecía perdido y ya solo veía a la muerte como la única elección posible, un guerrero desconocido había aparecido entre la niebla para salvarlo.

Había sido en un amanecer gris y distante, tras una madrugada terrible. Aún podía oír el rugido de las olas a sus espaldas.

—«Por último, mi pequeño amigo, y ahí sí que no me preguntes el porqué, una ayuda inesperada suele llegar justo en esos momentos límite».

La carrera del chiquillo sobre las arenas movedizas era cada vez más ágil.

—«Una mano, casi siempre desconocida, que aparece de golpe entre la

bruma y nos rescata del abismo. Que nos salva del desastre cuando todo parece perdido».

Aydan miró al frente. Sobre la negrura, las nubes parecían despejarse hacia el sur.

Las ideas empezaron a fluir de nuevo en su cabeza. El miedo había dejado de ser dueño de su voluntad. El maestro le había enseñado a sobrevivir, aunque entonces él no hubiera sido consciente. Sin embargo, ahora sí lo veía. Beadur le recordaba desde la distancia que rendirse no era una opción. Que podía huir lejos y esconderse. Que era capaz de escapar de aquellos extranjeros despiadados. Huiría, sí. Hallaría la manera. Seguiría con su plan. Algún día se convertiría en un gran guerrero y regresaría. Entonces podría rescatar a Myrna, a Breann y a Beadur. Y vengaría la crueldad del enemigo.

El cielo, en la lejanía, se iba abriendo.

—«Para rescatarnos, Aydan, y no solo del desastre momentáneo. Para sacarnos del agujero en el que nos vamos enterrando sin darnos cuenta. Sin que, desde dentro, hubiéramos sido capaces de advertirlo».

Una esperanza difusa iba tomando forma. Empezó a sentir los pies ligeros, como si ya no tocaran el lodo. La situación seguía siendo crítica, pero la bravura empezaba a ganarle la partida al pesimismo. Beadur lo había estado preparando para aquel momento.

Tenía que estar a la altura.

Sus enseñanzas habían sido orientadas hacia aquel vórtice, como él lo llamaba. Previendo con una precisión desconcertante que acabaría por llegar un instante así. Apretó los puños. Una claridad incipiente asomó sobre el horizonte. El amanecer se abría paso.

Los ojos de Aydan Sneachd relampaguearon. Por fin había un camino.

Ya bastaba de correr a ciegas. Por supuesto que había luz. El maestro había trazado el rumbo día tras día, aunque él no se hubiera percatado.

Ahora lo veía claro. No necesitaba un barco para llegar a Toledo, ni la ayuda de los hospitalarios de Rodas.

No necesitaba nada, porque ya lo tenía todo consigo.

El cielo sobre la cabeza y el suelo bajo los pies.

LXIV

Ahora todo era niebla y humo.

El amanecer halló a la patrulla de Straw en los límites del pantano. El campamento que habían improvisado para pasar lo que quedaba de noche era casi inhabitable. Un intenso olor a tierra quemada invadía el ambiente, y la

bruma que entraba desde el océano se mezclaba con la humareda de la marisma en llamas.

Un infierno húmedo. Eso era ahora Cotentin.

La mitad del comando aprovechó para dormir unas horas y la otra mitad hizo guardia. Siguiendo las órdenes del comandante, unos se quedaron vigilando a Beadur con las armas dispuestas. El gauta estaba atado e inmovilizado, pero Dreng no estaba dispuesto a permitir un ápice de relajación. Un guerrero de aquella talla no se podía perder de vista ni por un segundo.

Los otros salieron a batir los caminos en busca de Amery. El espía, que habían dejado unos días atrás en el Mont Saint Michel, aún no había regresado. Cuando abrió el día, Dreng ya tenía claro el plan a seguir. Atkin, su mano derecha, conduciría al prisionero a Vannes con la ayuda de dos arqueros. Con dos flechas envenenadas apuntándole ala nuca se le quitarían las ganas de huir. Sí, asintió, que aquellos tres cabalgasen a Bretaña. A partir de ahí, que Cearbhall hiciera lo que considerara oportuno. El prisionero ya no sería problema suyo.

Los otros nueve soldados bajo su mando acabarían de rodear la marisma hacia el sur y seguirían la pista del chiquillo. En un terreno como aquel el rastro quedaría bien marcado, y gracias a ello, no tardarían en darle caza. En cuanto así fuera, ya solo quedaría entregarlo y cobrar la recompensa. No sería de extrañar que llegasen a la vieja Gwened al mismo tiempo que Atkin y los arqueros, de hecho.

Todo en orden, asintió. Lo más difícil estaba hecho. Ya solo faltaba empezar la persecución para acabar lo antes posible con aquel entuerto. No obstante, no podían ponerse en marcha mientras no hubiera llegado el hombre que les faltaba.

Amery, el espectro galés. Una auténtica aparición capaz de atravesar paredes. De ahí que lo hubiera enviado a la biblioteca del fraile. No había cerradura ni vigilancia que pudiera retener a aquella anguila resbaladiza.

Ve a Saint Michel, le había ordenado. Allí puede estar la clave de este misterio.

Estrechar el cerco sobre los fugitivos no le había hecho olvidar que había aún muchas incógnitas por resolver. Los que trabajaban a ciegas eran simples ovejas, pero él era un lobo. Cearbhall le había ocultado la auténtica finalidad de la operación, lo sabía bien. Que se hubiera criado con unas brujas no justificaba tanto interés en un chiquillo insignificante. Tenía que aclarar aquel misterio antes de continuar. Y la clave de todo, de una forma u otra, giraba en torno a Saint Michel. Aquel era el eje sobre el que se movía Beadur; así lo había confirmado la investigación, ardua y compleja, pero que había dado sus frutos. Habían sido meses de acecho incansable, pero el trabajo bien hecho siempre da resultados.

El hospitalario había caído, y la verdad estaba a punto de ser revelada.

Dreng oteó la espesura, y la impaciencia le hizo fruncir el ceño. Desde que había recibido la citación de Cearbhall, una duda incómoda se había instalado en su interior. Había demasiados indicios evidenciando que las cosas no encajaban para una intuición tan curtida como la suya. La entrega, casi diría la obsesión, de hombres tan notables como Pornichet o Njöror. La suculenta oferta que acompañaba aquel encargo. Ocultaciones y mentiras. Las reacciones de la escocesa.

Un andar a tientas que no estaba dispuesto a consentir. Dreng Straw no era el títere de nadie.

—Vamos, Amery —rumió—. El tiempo vuela.

Saint Michel. Ahí encontrarían la verdad.

El sonido inconfundible de dos caballos acercándose le hizo volver en sí de repente. Escrutó entre la bruma. Al cabo de unos instantes, su sospecha se confirmó. Uno de los soldados que recorría los caminos había logrado encontrar a Amery. Un silencio expectante los recibió en el campamento.

Los jinetes desmontaron. Los hombres que aún dormían se fueron incorporando. Había llegado la hora de ponerse en marcha.

—Me he pasado la noche registrando la biblioteca —jadeó Amery, sin saludar siquiera. La información solo es oro si llega a tiempo, lo sabía bien—. Lo único que encontré fue esta carta. Estaba sobre la mesa de ese tal Jolivet.

Dreng cogió el papel enrollado con una leve seña de aprobación.

No había aficionados entre aquellos hombres; y nunca dejaban un trabajo a medias. Llevaban muchos años ya con el comandante Straw, y habían sido seleccionados entre cientos de los mejores soldados. Años y años aguantando la presión. La brutal exigencia de un jefe que los llevaba a un nivel de eficiencia sobrehumano.

Dreng miró con deseo el lacre, ávido de cualquier dato que pudiera despejar aquel misterio. Un primer vistazo le hizo relamerse. Se trataba de una carta remitida por Njöror. Premio, sonrió.

Lo miró de soslayo. El gauta estaba allí tirado, con el rostro manchado de sangre seca. Otro mentiroso más, al igual que Cearbhall. Ya estaba bien de tanta ocultación. Rompió el sello.

En cuanto empezó a leer, su pulso se desbocó.

Estimado Ezra:

Cuando leas esto ya tendrás a Aydan contigo en Toledo. Eso significará que esta terrible incertidumbre ha terminado por fin.

Dreng conocía perfectamente a Ezra ibn Levy. En una época lejana habían trabajado juntos en Normandía. Hasta habían llegado a cooperar, como infiltrados de sus respectivas organizaciones. El toledano, recordó, solía

moverse entre dos aguas como agente doble. Trabajaba tanto para la Corona de Francia como para la de Inglaterra. Según le conviniera en cada momento. Así era el invencible guerrero sefardí.

Sus pupilas refulgieron. Con que el gauta planeaba enviar el niño a Toledo. Al lugar donde, al parecer, se encontraba el espía de los hospitalarios. El paradero de Ezra era un dato interesante, sin duda.

Nadie había sabido dar razón de él desde su súbita desaparición, años atrás.

Sin embargo, ahora eso era secundario. Lo principal seguía siendo resolver aquel enigma que, en vista de aquello, acababa de hacerse incluso más sorprendente. Necesitaba comprender por qué los mejores hombres de la Orden protegían a un chiquillo como aquel. A un niño que, a primera vista, era un don nadie.

Siguió leyendo. A ver, pues, a qué venían tantas atenciones.

> *Sé que no le das crédito a profecías y leyendas, pero mi convicción no ha hecho más que crecer en estos años. Hoy estoy seguro de que este chiquillo es el elegido de Kermario. El Guerrero de la Luz que algún día, según profetizaron los druidas gaeles, liberará a su tierra. Ya no me importa si la adivinación es o no un cuento de viejas, Ezra. Solo sé que el niño es un elegido, pues su talento es excepcional.*

Al leer aquello, Dreng abrió los ojos como platos. Releyó el párrafo una y otra vez, palabra por palabra. La sorpresa lo había golpeado con fuerza. Tanto, que se le nubló la vista. Y sin embargo, así era.

Sí, diez años después, aquella maldita profecía druídica aparecía de nuevo. En el lugar y en el momento más inesperados. Sin embargo, sacudió la cabeza. Esta vez no podía ser cierto.

«Estúpido Njöror», escupió a un lado. Se creía tan listo y no sabía que el niño había muerto antes incluso de nacer. Revivió el momento en que él mismo le había cortado la cabeza a la madre del supuesto elegido. Solo aquel bebé nonato podía ser el decimotercer caballero de Gwened. Por lo tanto, allí había acabado todo. La mujer, decapitada, se había quedado tirada sobre la nieve en un bosque lejano. El pequeño, en consecuencia, había muerto dentro del vientre de la condesa de Vannes.

Beadur tenía que estar equivocado. Un cadáver decapitado no puede dar a luz a un bebé. El elegido había muerto aquel día. Punto.

> *Recuerda que el niño es el caballero número trece de la casa de Gwened. Y recuerda también que nació de su madre muerta, entre la nieve. El hijo de la nieve, nacido de la muerte. Tal y como afirma la profecía.*
>
> *Da igual que no des crédito a todos esos indicios, Ezra. Vuelvo a insistir,*

ahora desde mis vivencias a su lado. Compruébalo tú mismo. Ponle a prueba en combate, nadie mejor que tú para hacerlo. Te digo que nunca has visto talento igual. Esa es, para mí, la prueba definitiva.

Esta vez, Dreng casi perdió el sentido. Sus soldados estaban ya acabando de recoger el campamento entre bostezos y carraspeos, pero él ni siquiera los oyó. En tan solo un instante, el mundo desapareció a su alrededor.

El papel empezó a temblar entre sus dedos.

Según aquello, el chiquillo sí había nacido de la madre decapitada. De alguna manera que no lograba imaginar, había nacido. El propio Njöror lo estaba afirmando. Todas las piezas acababan de encajar en su cabeza. Aunque de una manera inverosímil, el niño estaba vivo. Aquel niño.

Cientos de ideas se desencadenaron como cañonazos. Cabos que se iban atando, y que trajeron la luz que Cearbhall se había empeñado en escatimarle. Con razón, pensó. Aquella verdad era de una trascendencia demoledora.

Razonamientos inverosímiles siguieron relampagueando en su mente. Dedujo lo que debía de haber pasado. De alguna manera, la sanadora de Morbihan había logrado extraer con vida al chiquillo de las entrañas de Alix de Gwened. Ella era la única persona capaz de llevar a cabo tal hazaña. Además, ella misma había criado al niño. Todo encajaba. Por eso Beadur, que de algún modo había averiguado la identidad del chiquillo, se había empeñado en protegerlo a capa y espada. Njöror, el Fantasma Gris. El que tenía ojos en cada aldea de la vieja Armórica.

Entonces, una oleada de furia lo sacudió. También por eso Cearbhall mostraba aquella obsesión por atraparlo. Porque le iba la vida en el empeño. De desvelarse el misterio, su posición sería crítica. Tanto, como para que peligrara seriamente su cuello. Si llegaba a ser conocedor de la verdad, Waroc'h no iba a perdonar semejante traición.

Frunció el ceño. Seguía habiendo incógnitas, aun así. ¿Cómo había llegado Pornichet a conocer la verdad? Si en el momento de la decapitación de Alix se encontraba a su lado… ¿por qué había logrado averiguar lo que él había ignorado durante tanto tiempo?

Los dientes de Dreng chirriaron como hierros oxidados. Nunca antes se había sentido tan burlado. Todos habían orquestado una mascarada en la que él era el bufón. Myrna, Beadur y Cearbhall. Todos se habían reído de él. Y en el centro de aquella comedia estaba Aydan. El pequeño Robert de Gwened. Meneó la cabeza, pálido. No salía de su asombro. El vértigo dio paso de inmediato al deseo de venganza. Todos parecían estar al tanto de lo que en realidad había sucedido con aquel condenado chiquillo. Todos excepto él.

La ira se encendió en su pecho como una zarza seca. Cearbhall, traicionando la confianza que le debía, había abusado de su vergonzante candidez. Él, el mejor mercenario del rey de Inglaterra, engañado como un

vulgar medio hombre. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Aquel insulto no iba a quedar impune, podía estar seguro.

El resto de la carta insistía en las increíbles habilidades del chiquillo y le daba a Ezra una interminable serie de indicaciones acerca de su aprendizaje. Nada de interés.

Aun aturdido por el impacto, Dreng sopesó durante unos minutos la inverosímil historia que acababa de descubrir. Necesitaba estar bien seguro antes de dar el siguiente paso. Ya había corrido a ciegas durante demasiado tiempo.

Por eso, calibró sus opciones hasta que una nueva incógnita alteró sus cavilaciones.

¿Por qué quería Cearbhall vivo al niño? Al fin y al cabo, cada minuto que Aydan Sneachd siguiera en este mundo suponía un peligro mortal para él. Y sin embargo, había insistido mucho en aquel punto. No tardó en llegar a una conclusión.

Aquel deseo, asintió al fin, solo podía obedecer a un motivo. Una razón oscura a la que llevaban todos los caminos.

Lo vio claro. Lo que quería era controlar la voluntad de la indomable escocesa que tenía encerrada en el calabozo. Una muchachita de una belleza arrebatadora, admitió.

Sin embargo, renegó, un hombre de verdad no se juega el cuello por ninguna mujer. Su paciencia desbordó definitivamente. Maldito enfermo, rumió después. Esa debilidad será tu perdición, Pomichet. Y lo será más pronto que tarde.

A su alrededor, sus hombres esperaban órdenes. Los ignoró, enfrascado en la carta que Amery había robado en Saint Michel. Así se pasó aún un buen rato, ora releyendo algún párrafo, ora mirando hacia la lejanía, pensativo.

Finalmente, decidió seguir el plan inicial. Para empezar, enviaría a Beadur a Vannes.

Eso tranquilizaría momentáneamente a Cearbhall y les daría a sus hombres el margen de maniobra que necesitaban para atrapar a Aydan. Además, la presencia del gauta en plena persecución hubiera constituido un grave peligro. Por muy inmovilizado que estuviera, seguía siendo él. Si había un hombre capaz de suponer una amenaza estando fuertemente atado, ese era Beadur Njöror.

A Vannes con Atkin, sí. Eso sería lo mejor.

Los demás se centrarían en atrapar a aquel chiquillo al que llamaban Aydan Sneachd. Cuando lo hubieran logrado, ya decidiría qué hacer con él. Entregárselo a Cearbhall no, desde luego. Las oscuras motivaciones de aquel idiota lo llevarían a cometer alguna imprudencia indigna. Alguna estupidez que podía comprometer la seguridad de todos.

Se estremeció al caer en la cuenta de lo que aquello implicaba. La vida del

regente no era la única que se vería comprometida si aquella historia salía a la luz.

Iba a tener que andarse con pies de plomo. Su cabeza también corría peligro si algún día se descubría su fracaso. Nadie podía saber que la misión por la que tan bien le habían pagado una década atrás no había sido ejecutada hasta las últimas consecuencias.

Solo quedaban, por tanto, dos alternativas.

La primera, bien incómoda, era entregarle el niño al rey Henry. Esto implicaba dar demasiadas explicaciones y asumir ante el monarca no solo que había fracasado en su día, sino que había sido burlado durante todo aquel tiempo.

Si eso pasaba, ya nada volvería a ser igual.

La segunda opción era rápida, simple y evitaba cualquier otra consecuencia. Solo tenía que asegurarse de que la profecía ya nunca se llegase a cumplir. Que el cometido que le habían encargado diez años atrás fuera ejecutado de una vez por todas. Para esto, solo había una solución.

Matar al chiquillo.

Fácil, limpio y efectivo. Tal como a él le gustaba.

—¡Atkin! Vos y los dos arqueros, como acordamos, a Vannes. ¡El resto, en marcha hacia el sur!

Se pusieron en camino.

Dreng Straw, a la cabeza de sus hombres, arreó su caballo con gesto serio. Había que solventar aquel vergonzante asunto de una vez por todas. La carta robada, en el bolsillo de su casaca, quemaba su piel como el fuego del infierno.

Corre mientras puedas, rumió para sus adentros.

Esta vez era algo personal.

LXV

Para cuando llegó el amanecer, Aydan ya había salido a campo abierto.

Pronto se vio rodeado por las verdes bardizas del *bocage* normando. Siguió corriendo. Ya no tenía que sortear más las trampas del tremedal. El día había llegado, y con él la esperanza.

Intentó recordar los mapas de Jolivet. Unas hermosas cartas que el fraile le había mostrado durante su estancia en la biblioteca. Los dibujó en el aire mientras avanzaba. Vio la frontera de Castilla, en una latitud muy al sur respecto a su posición. En aquel reino se encontraba la ciudad de Toledo, probablemente a un mes de camino, o tal vez más. Si alcanzaba aquella frontera, aún tendría que atravesar media Castilla, calculó. Y antes de eso,

varios territorios en conflicto; alguno de ellos en guerra abierta. Empezando por la propia Normandía.

Por si no fuera bastante, unos mercenarios le pisaban los talones. Y cualquier camino, en adelante, le era desconocido. Un panorama complicado incluso para un adulto. Con diez años, al caminar solo, su mera presencia suponía un imán para cualquiera que se cruzase con él por los caminos. El presente, desde luego, era desolador. Y el futuro no tenía mejor pinta.

Sin embargo, siguió corriendo. Fuera cual fuese la salida, estaba delante. Corrió y pensó, tratando de buscar la mejor alternativa. Beadur, Myrna, Jolivet. Todo lo que le habían enseñado. Todo lo que había vivido con ellos. Karnag, Cotentin, Saint Michel.

«Saint Michel».

Con los primeros rayos de sol asomando en el horizonte, una idea lo asaltó de repente. Recordó a los peregrinos que salían de la abadía en dirección a la ciudad sagrada del Señor Santiago. Primero se dirigían a París. Desde allí formaban grandes comitivas para avanzar seguros hacia el antiguo reino de Galicia. Según le había contado Jolivet, aquellas tierras también pertenecían a la Corona de Castilla.

El camino que discurría entre la abadía y la capital de Francia pasaba cerca de las marismas de Cotentin. Lo primero era dar con esa calzada. Allí encontraría alguno de los grupos que había visto partir desde la ventana de la biblioteca en dirección a París. Entonces se mezclaría con ellos para pasar desapercibido. Con suerte, estaría en la frontera de Castilla al cabo de cuatro o cinco semanas.

Desde allí, solo tendría que dirigirse a Toledo. Una vez en la ciudad, no le sería difícil dar con el mejor guerrero del mundo. Entonces podría seguir aprendiendo las artes de la guerra. Al fin y al cabo, aquel era el trato que el maestro había acordado con el sefardí.

Sí, se dijo. Ya que no podía llegar en barco a Sevilla, caminaría entre romeros en dirección a Compostela. Ya vería dónde debía dejar aquel camino para dirigirse a Toledo. Allí buscaría a Ezra. Él era su única esperanza.

Sin dejar de trotar, contempló el sol pálido que asomaba tras el horizonte. Al menos, ya tenía un plan. Así, caviló después, podría regresar algún día a Bretaña. Decidió centrarse en lo que tenía por delante. Lo que estaba dejando atrás era demasiado doloroso. La voz de Myrna sonó ahora en su cabeza.

—«A veces, incluso correr hacia un abismo incierto es preferible a lo que queda a nuestra espalda».

El sol ya estaba alto cuando salió al gran camino. Por tamaño y dirección, aquel tenía que ser. La calzada atravesaba Normandía de oeste a este. Era ancha y lisa y, en general, se encontraba en buen estado. En cuanto hubiera recorrido unas leguas hacia levante debería toparse con la ciudad de Saint-Lô. Tal vez allí pudiera encontrar un grupo de peregrinos entre los que infiltrarse.

Jolivet le había contado que los romeros solían pernoctar en los hospitales de la ciudad, o en algún monasterio. En cuanto llegase, indagaría. Ahora, lo prioritario era alejarse de sus perseguidores.

El camino estaba desierto. Era buena señal, desde luego. Así estaría a salvo de miradas indiscretas. Al mismo tiempo, tanto silencio lo intimidaba. Era como si los captores de Beadur fueran a aparecer en cualquier momento tras una revuelta.

Se encogió de hombros. Fuera como fuese, no tenía más remedio que avanzar. Saint-Lô estaría a unas tres o cuatro horas a buen paso. Sentía el cansancio acumulado. Se había pasado toda la noche de sallo en salto. Las fuerzas mermaban, pero apretó el ritmo. Cuanto antes llegara a la ciudad, antes estaría a salvo. Entonces podría descansar las piernas.

Y sobre todo, pensó, podría reposar el alma. La imagen de Beadur sangrando sobre el fango lo golpeó otra vez. Contuvo las lágrimas. Ni siquiera sabía por qué lo perseguían.

¿Qué podían tener aquellos hombres contra el maestro?

Su pensamiento enlazó con algo que no había advertido en su momento. Un detalle, aparentemente insignificante hasta entonces, adquirió de pronto todo el protagonismo. La verdad surgió de repente ante él. Incrédulo, frenó en seco su avance.

Sí, aquel detalle era claramente perturbador.

El jefe de los mercenarios le había preguntado al maestro dónde estaba alguien. Recordó las piedras hitas de Karnag en una lejana tarde invernal, y los jinetes que se habían llevado a Myrna volvieron también a su memoria. Ellos le habían hecho la misma pregunta a la anciana. Ni Beadur ni la sanadora lo habían delatado, pero una cosa estaba clara. En ambos casos, lo prioritario para los captores era averiguar su paradero. Aquello no iba con el gauta, ni con la vieja sanadora.

En realidad, lo buscaban a él.

Cada vez más confuso, siguió caminando. No lograba imaginar qué tipo de interés podían tener en él unos hombres como aquellos. El motivo por el que unos soldados capaces de atrapar a Beadur andaban tras la pista de un simple chiquillo. De un don nadie. Sin embargo, era evidente que así era. Por algún motivo que era incapaz siquiera de imaginar, apresarlo era algo prioritario para alguien. Y no para cualquiera, sino para alguna persona muy poderosa.

Siguió atando cabos, y empezó a ver cosas que hasta entonces no había ni intuido. Beadur no lo había rescatado en Quiberon por casualidad. Que se hubieran guarecido en Cotentin no se debía a la labor de espionaje del gauta. Tampoco a que un maestro le quisiera inculcar a un chiquillo las artes de la guerra por soledad, por un extraño altruismo o por un inexplicable sentido del deber.

Todo era mucho más complejo. El guerrero lo había adoptado para ponerlo a salvo de sus enemigos. Para ocultar su rastro durante el mayor tiempo posible.

Cuantas más vueltas le daba, más sorprendentes eran las deducciones. Sin embargo, la lógica era apabullante. Ya no sabía si estaba más amedrentado, apenado o confuso. En cualquier caso, cualquier opción de sobrevivir pasaba por cobijarse entre los muros de Saint-Lô.

Miró al cielo. El mediodía se acercaba. Se puso en marcha de nuevo.

Los soldados podían aparecer en cualquier momento.

LXVI

Dreng hablaba en inglés normando con sus hombres.

El idioma de sus ancestros.

—¡Soldados! —bramó, deteniendo su caballo—. El fugitivo ha tenido que salir del pantano por algún lugar. Las llamas han avanzado durante toda la noche. El límite sur de la marisma es extenso, pero entre todos tenemos que encontrar su rastro. Separémonos para abarcar el terreno con más rapidez. ¡Dagger, conmigo! ¡Los demás, en parejas, repartios por zonas! ¡Aprisa, no ha podido llegar muy lejos!

No necesitaban más instrucciones. Cada pareja de jinetes batiría una porción del terreno con los ojos fijos en el suelo y en la maleza, prestos a localizar cualquier indicio. Un chiquillo de diez años acababa de atravesar un lodazal. Tenían que detectar sus huellas. Eso era todo.

Para cualquiera, aquellas señales, prácticamente invisibles, hubieran pasado desapercibidas. Pero ellos no eran personas corrientes. Eran los mejores, y estaban bajo el mando del mercenario más implacable de toda Inglaterra.

Antes de que hubiera pasado una hora, Dagger levantó un brazo. El comandante, que escrutaba el terreno a unos pasos, se le acercó. El rastreador había advertido unas marcas ligeras en los límites de la marisma. Un rastro casi imperceptible que aparecía entre la maleza y se dirigía al sur. El propio Dreng, tras examinar el suelo con atención, estuvo de acuerdo.

Tenía que tratarse del fugitivo.

—Pisada pequeña, marcada hará tres o cuatro horas… algo de barro aún en las botas y un avance fatigado… Tiene que ser él. —Cruzaron una sonrisa de satisfacción—. Va hacia la calzada que lleva a Saint-Lô… O mucho me equivoco, o va a intentar perderse en la ciudad. Habrá calculado que allí no podremos rastrearlo.

—Ya, pero es probable que logre llegar antes de que lo alcancemos —

observó el soldado—. Si no queremos perder la pista no podemos perseguirlo al galope. Podría internarse en los campos sin que lo advirtiéramos.

Dreng oteó la lejanía, taciturno. Dagger tenía razón.

—De acuerdo. Sigue el rastro sin prisa, con cuidado de no perderlo —le ordenó al fin—. Yo galoparé en paralelo, por el borde del pantano. En cuanto llegue a las cercanías de la ciudad, saldré al camino y lo recorreré en dirección contraria. De esa manera, lo acorralaremos. O acabo yo por encontrármelo de frente, o tú por alcanzarlo desde atrás. —El soldado asintió. De esa manera, si el fugitivo estaba siguiendo la calzada acabaría atrapado entre dos fuegos. Caso que, por otra parte, era el más probable—. Y si por algún motivo hubiera decidido apartarse del camino, cosa que dudo, tú seguirías su pista. Si ese fuera el caso, antes o después acabarías por dar con él. Nos lleva ventaja, pero nosotros cabalgamos y él va a pie.

—Perfecto —respondió el jinete, poniéndose en marcha—. Nos vemos en el camino, entonces.

—Con el chiquillo en medio, espero —sonrió Dreng, antes de arrear también su montura y partir al galope.

Dagger no tardó en comprobar que la previsión del comandante había sido la correcta. El rastro salía al camino principal un poco más adelante y torcía al este. A Saint-Lô, por tanto. Sobre la tierra compacta de la calzada, las pisadas del chiquillo se apreciaban con claridad. Espoleó su caballo. Si las huellas seguían siendo tan claras, su avance iba a ser más rápido de lo esperado.

El comandante, por su parte, voló sobre los campos que limitaban con la marisma. Su caballo era un animal inmenso, y muy veloz. Un magnífico ejemplar de batalla que costaba una auténtica fortuna. Lo dejó ir a galope tendido, y no tardó en vislumbrar la ciudad de Saint-Lô en el horizonte.

Siguiendo el plan establecido, en ese momento giró hacia el sur para salir al gran camino. Tomaría la calzada en dirección a Saint Michel. Según lo acordado, Dagger estaba yendo a su encuentro por aquella misma senda.

Y entre ambos, en algún lugar indeterminado, tenía que estar el fugitivo. Una sonrisa aviesa asomó a sus labios. El niño estaría acudiendo en ese mismo instante, ajeno a todo, directo a sus brazos. Metiéndose él solito en la boca del lobo.

Avanzó con cuidado, llevando el caballo al paso. El ruido de los cascos se amortiguaba sobre la tierra blanda. Ya no había prisa. O mucho se equivocaba, y eso no solía suceder, o Aydan aparecería tras alguna curva en cualquier momento. En ese momento, sería mejor aparentar ser un tranquilo caballero local que un perseguidor furibundo.

En efecto, no tuvo que esperar más que unos minutos. Tras doblar una revuelta de la calzada vislumbró, a lo lejos, a un muchachito que caminaba hacia él. El niño, al verlo aparecer, se quedó parado un instante, como dudando.

Dreng contuvo una expresión triunfal y siguió adelante, sin inmutarse.

Al ver que el jinete no mostraba ninguna reacción, el pequeño, aunque vacilante, también siguió caminando.

Aydan vio aparecer un jinete en la lejanía. Se detuvo un momento, sobresaltado, pero desde la distancia no apreció nada sospechoso. Un caballero que se acercaba despacio por la calzada en dirección contraria, eso era todo. No había nada extraño en ello. Sería mejor no despertar sospechas huyendo o escondiéndose. Los captores de Beadur, recordó, iban a pie. Aquel hombre sería un hidalgo cualquiera de los que vivían por aquellas tierras. Algún noble señor que se dirigía a alguna de sus propiedades.

Así pues, trató simplemente de no llamar la atención, y siguió andando con la cabeza baja. Pronto se cruzarían. Si lograba aparentar normalidad, podría continuar camino sin contratiempos. Saint-Lô ya no podía estar lejos.

Sin embargo, algo inesperado sucedió.

Cuando solo les quedaban unos pasos para cruzarse, el jinete detuvo el caballo y desmontó con parsimonia. Al verlo, Aydan activó todas las alertas. Inconscientemente, posó la mano en el puño de su espada. El arma corta que, gracias a las precauciones de Beadur, llevaba camuflada bajo la capa.

—Así me gusta —le saludó Dreng con una sonrisa siniestra—. Que vengas a mis brazos sin hacer tonterías.

Entonces, el inglés desenfundó su acero y se colocó en mitad del camino.

El chiquillo se puso en guardia. Aquel era el hombre que había y listo pegar a Beadur la noche anterior. El mismo que había ordenado a voz en grito que prendieran fuego al pantano.

Aquella voz inconfundible se había quedado grabada en su memoria.

—Escucha, muchacho. —Sí, se trataba de la misma voz. El mismo acento extranjero que le hacía estremecer—. No tengo ninguna intención de hacerte daño. Deja esa espadita en el suelo y haz lo que te digo. —Aydan echó un vistazo en derredor—. Olvídalo, no tienes escapatoria. Mi compañero está a punto de aparecer a tu espalda. Si colaboras, seremos benevolentes. Si no, tendremos que enseñarte buenos modales.

Sin perderle la cara, Aydan escuchó a lo lejos el ruido de unos cascos que se acercaban por detrás. Maldición, pensó. Todo apuntaba a que su asaltante estaba diciendo la verdad. Si ya parecía complicado enfrentarse a un solo hombre armado, la llegada de otro eliminaba cualquier expectativa de éxito. Y convenía no obviar un detalle, para nada nimio: aquellos mercenarios habían sido capaces de apresar a Beadur. Al Fantasma Gris de la tierra de los gautas, nada menos. Al legendario espía de la Orden.

No obstante, rendirse no era una opción.

Decidido, separó las piernas y se colocó en posición de ataque, tal y como

había aprendido del maestro. Tenía que matar a aquel contrincante antes de que llegara el otro jinete. Y, a juzgar por la velocidad a la que se acercaba el ruido de los cascos, no iba a disponer de mucho tiempo.

Dreng se puso serio. En los ojos del chiquillo brillaba una determinación férrea. Al fin y al cabo, su maestro era el gran Njöror. El mítico guerrero de las tierras del norte. El infiltrado de los hospitalarios de Rodas. Una leyenda viviente.

Los dos se miraron frente a frente con las espadas en la mano, y Aydan levantó el mentón. Su expresión, entre insolente e indómita, lo decía todo. El inglés comprendió al momento su mensaje.

El combate sería a muerte.

Asintió en silencio y se preparó para el ataque. Fuera quien fuese aquel endiablado muchacho, no era rival para él.

El chiquillo se puso en guardia. Cuando encaras a la muerte es cuando emana tu esencia, recordó. Tras la voz de Myrna destelleó la sonrisa de Breann, la calma reposada de Jolivet y la espada de Beadur en el pantano. Mil imágenes relampaguearon en su cabeza, pero sobre todas ellas se alzó una, sólida y brillante. Todos ellos le decían con los ojos que jamás se diese por vencido.

Sí, asintió. Vendería cara su piel. No había sido criado por personas libres para arrodillarse ante nadie. Además, el gran Njöror era su maestro de armas.

Sus pupilas refulgieron como rayos en la madrugada.

«Aydan Sneachd no se rinde sin presentar batalla».

4
Alguien que te convierta en un ser inmortal

Más bien, lo que se necesita en un caso así
es un testigo dispuesto a narrar las proezas
de ese supuesto héroe, ¿no crees?
Alguien que te convierta en un ser inmortal.

LXVII

Morvern siempre se levantaba con el amanecer.

A esa hora en la que el cielo violáceo va dejando paso a un azul pálido sobre las chimeneas humeantes, él salía a la calle. Esa mañana no iba a ser menos, por descontado.

Era un día especial.

Ya fuera, miró hacia arriba. El cielo de Inverness no llegaba a oscurecerse del todo en aquella época del año.

Como cada día, se asomó a la puerta de casa con los cabellos alborotados. Muy despacio, cruzó hasta el río para inhalar a pleno pulmón el aire húmedo de la ribera. Era ese olor a salitre y nieve que le hacía sentirse vivo. Ante él, turbio, y desatado por el deshielo, el Nis corría hacia el mar con el carácter impetuoso de un potro salvaje.

Inspiró profundamente y contempló el paisaje. La misma rutina desde hacía años.

Como cada vez, llevaba un vaso de *whisky* en la mano.

La primavera estaba llegando a su fin, pero las madrugadas en la vieja Inbhir Nis seguían siendo frescas. Pese a todo, Morvern aspiró el roma matinal en mangas de camisa mientras bostezaba ruidosamente. Después, dirigió la vista hacia el sur. Un sol pálido y frío asomaba en el horizonte. Sus rayos blanquecinos deslumbraron su ojo izquierdo, pero Morvern no alteró la

dirección de su mirada. Con una sonrisa melancólica, levantó el vaso hacia el cielo en señal de brindis. Allí, a muchas leguas de distancia, debía de encontrarse su hijita. La pequeña Breann.

Para entonces, sonrió, se habría convertido ya en una gran sanadora.

Allá estaría, sí, en la vieja Bretaña. Recibiendo día tras día, conforme a lo estipulado, el legado de los viejos druidas por boca de la legendaria sanadora de Morbihan. Aún con el vaso en alto, el brillo emocionado de sus ojos se endureció por un instante.

Evocar a los gaeles de la Armórica le hizo viajar a lugares oscuros. Su patria, Escocia, también era un país gaélico. Y también vivía tiempos convulsos. Allí, los hijos de Gael estaban perdiendo su esencia.

En efecto, el glorioso reino de Alba había conocido épocas mejores. Morvern frunció el ceño. Nunca hubiera pensado que llegaría a ver a su pueblo humillado por la poderosa Albión.

La línea que dividía ambos reinos parecía haberse diluido definitivamente. Un desenlace inevitable, creían algunos. Consecuencia de la lucha eterna que libraban desde hacía siglos. Los escoceses, tratando de mantener su identidad. La integridad de su territorio. Su orgullo. Los ingleses, por su parte, intentando imponer una idea que horrorizaba al curandero de Inverness. La idea de que, en realidad, los dos reinos eran uno solo. Eso defendían, a capa y espada pero con ademanes de inocencia. Somos hermanos, decían, disfrazando su discurso de buenas intenciones. Claro que sí, se revolvía el curandero, siempre que todo lo que sea inglés disfrute de una preponderancia absoluta. Siempre que la cultura ancestral de Escocia, el orgullo milenario de su pueblo, quedara reducido a algo pintoresco. Algo ornamental y superfluo. Algo, por lo tanto, destinado a desaparecer.

En Inbhir Nis aún era infrecuente, pero en la mayor parte de A'Ghalldachd la gente ya empezaba a hablar inglés en lugar del gaélico escocés que tanto enorgullecía a Morvern. De hecho, muchos ya habían empezado a denominar a aquella región como *Lowlands*. Así, en inglés. Sin sonrojarse.

—O nos mantenemos alerta —rezongaba ante su mujer—, o esos malditos invasores entrarán hasta nuestras cocinas. Pretenden gobernar hasta la forma de hablar de nuestros niños. Aniquilar cuanto nos identifica como herederos de un pueblo milenario.

Ella le daba la razón, pero a solas meneaba la cabeza. No sé a qué viene tanto disgusto, pensaba. Estás hecho un cascarrabias, Morvern.

A Nyah, que las jovencitas hablasen inglés le parecía de lo más distinguido.

Él torcía el gesto cada vez que oía a algún niño hablar en el idioma de Inglaterra. Sobre todo, cuando lo hacían con un marcado acento escocés. Hasta empezaba a ser habitual que algunos padres les hablasen en un precario

inglés a sus hijos. Cuando eso sucedía en su propia consulta, tenía que morderse la lengua.

Ignorantes, renegaba en silencio. Acaso creéis que así les proporcionáis un futuro mejor.

Lo más curioso del asunto era que los amiguitos de esos niños, extrañamente contagiados, empezaban a responderles también en inglés.

Una auténtica epidemia, se quejaba a solas, tras cerrar con un portazo cargado de frustración. Una peste que se extiende de casa en casa, invisible, aniquilando impunemente los siglos de historia forjados con sudor y sangre por nuestros ancestros.

Al ver cómo algunas chiquillas empezaban ya a emplear la lengua del invasor como una manera de distinguirse, pensaba en Breann. Ella está a salvo de toda esta ignorancia, se autoconvencía. Al menos, mi pequeña vive con la última druida de la vieja Armórica.

Así estaban las cosas en las Highlands. Todo lo que fuera escocés iba adquiriendo en la conciencia colectiva de su propio pueblo un tinte vulgar. Idioma, ropajes y costumbres empezaban a ser motivo de vergüenza. Rasgos que identificaban un estrato social de trazo poco refinado.

La milenaria cultura de Alba iba quedando relegada, de forma inconsciente, a un rasgo distintivo propio de aldeanos incultos. Y todo aquel proceso, para horror del curandero, estaba sucediendo de una forma estremecedoramente natural.

Como el deshielo que corría ante sus ojos en aquel amanecer.

—Sois la vergüenza de Escocia. —Las manifestaciones del desastre eran cada vez más frecuentes. Tanto, que alguna tarde de *whisky* le había costado más de una discusión avinagrada en la taberna—. Os gusta más lo ajeno que la herencia ancestral que os fue legada. No solo os dejáis invadir, sino que parece que lo estuvierais deseando. Ni siquiera os dais cuenta de que así estáis despreciando vuestra propia esencia. De que, con eso, ultrajáis el alma milenaria de nuestro pueblo. Sois peores que lacayos. Ellos no tienen más remedio. Vosotros os sometéis con gusto.

Con un gesto duro como la piedra, Morvern se percató de que seguía con el vaso en alto. La corriente agrisada del Nis seguía su carrera desbocada y el sol seguía rodando, sin ascender, sobre la línea del horizonte. Con una sensación amarga, volvió en sí. Acabado el brindis, se bebió el *whisky* de un solo trago. Eso lo tranquilizó, y el recuerdo de su única hija volvió a ocupar todo su pensamiento.

Entonces, sonrió de nuevo. Breann cumplía ese mismo día veintiún años.

—A tu salud, hija mía —musitó—. Brindo por tu futuro. Por todo lo que siempre soñé para ti.

Ni siquiera sospechaba lo que en realidad estaba sucediendo en Bretaña. Mejor así. En ocasiones, ignorar lo que pasa es lo mejor que nos puede

suceder.

La situación de la joven sanadora, desde luego, nada tenía que ver con los sueños del viejo Morvern.

Algo más hacia el este de lo que su padre calculaba desde la orilla del Nis, Breann contemplaba en silencio el techo del calabozo. Con los ojos muy abiertos, simplemente yacía sobre un montón de paja. Allí, a oscuras, la joven se limitaba a seguir respirando.

Los años de reclusión se lo habían robado todo. Ya solo le quedaba esa voluntad férrea que la obligaba a mantenerse con vida.

No era ni consciente de que fuera su cumpleaños. Ignoraba por completo la fecha en la que vivía. De hecho, había perdido la cuenta de las estaciones. Hasta de los años. Lo había perdido casi todo. Ni siquiera sabía si fuera era de día o de noche.

Su rebeldía indómita y una tímida esperanza.

Eso era cuanto le quedaba.

LXVIII

Una fortaleza soberbia y un palacio fastuoso.

Una combinación inusual, pero eso era el castillo de Windsor. El imponente edificio que se levantaba cerca de Londres, inicialmente concebido como fortificación. Como baluarte defensivo, destinado a asegurar el territorio insular ocupado por los normandos tras haber invadido Inglaterra siglos atrás. La hazaña de William el Conquistador, duque de Normandía. La misma que había quedado inmortalizada en el famoso Tapiz de Bayeux. Aquel era el origen y la justificación de que en aquella fortaleza, bastión de los reyes de Inglaterra desde entonces, se siguiera hablando un idioma normando con giros propios de la lengua de los anglos. Así había nacido un nuevo idioma.

Y allí, empezando ya a dominar el anglonormando de la Corte, se encontraba James Stewart. Un chiquillo escocés de trece años que vivía un extraño cautiverio a manos del rey de los ingleses. Casi un año antes, James había caído en una emboscada. El muchacho huía entonces hacia París por mandato del mismísimo rey de Escocia. El monarca trataba así de ponerlo a salvo de sus perseguidores.

De protegerlo de los poderosos enemigos que lo acechaban dentro de su propia patria, Escocia. El glorioso reino de Alba. Nobles poderosos lo perseguían desde su más tierna infancia. A toda su familia, de hecho, hasta el

punto de haber apresado a su hermano mayor, David, cuando él no contaba más que ocho años. Eran implacables. Tanto, que no dudaron en dejarlo morir de hambre en la cárcel pese a no ser más que un muchacho.

El pequeño sufría pesadillas recurrentes desde entonces. No porque echara de menos a su hermano, al que apenas había conocido, sino por el pavor a que los mismos desalmados hicieran algo parecido con él. Ese miedo llegó a convertirse en una auténtica obsesión.

Por si fuera poco, su padre había fallecido tan solo unos meses antes, víctima de una pena inconsolable. Los ingleses habían encarcelado al único hijo que le quedaba. Tras el secuestro de James, desconsolado, se había ido consumiendo poco a poco, como una vela tapada por un vaso. Así se había dejado ir, triste y desganado. Sin fuerzas ya para luchar. Sin ánimo para mantenerse con vida.

Y así había sido como aquel niño de corazón sensible, que adoraba sobre todas las cosas la poesía y la música, había acabado en el centro mismo de la espiral de codicia, violencia y traición que asolaba la política de la gloriosa Escocia.

El reino que estaba destinado a gobernar.

Porque James Stewart, nacido en la hermosa villa de Dùn Fearam Linn —que ya muchos denominaban con el nombre, desnaturalizado a causa de su adaptación al inglés, de Dumferm Line—, era el hijo y heredero del fallecido Robert III, rey de Escocia.

Un príncipe destronado, prisionero principal del fastuoso palacio de Windsor. Un gorrión inocente en una jaula de oro.

El chiquillo, es cierto, disfrutaba de cierta autonomía dentro del castillo. Una libertad ficticia que había sido bien estudiada por sus carceleros. Una vigilancia estricta, aunque imperceptible, le impedía salir de su encierro dorado.

La pantomima iba incluso más allá. Por mandato directo de Henry de Inglaterra, James debía ser tratado como un miembro más de la estirpe real inglesa. Criarse, de hecho, con sus propios hijos. Se trataba de que el futuro rey de los escoceses afianzase lazos filiales con su casa. De que el rey de Escocia acabase por verse a sí mismo como un miembro más de la familia.

Los consejeros de Henry habían ideado aquella jugada con un objetivo claro: facilitar la dominación de la irreductible Escocia, un país atestado de bravos rebeldes que nunca habían bajado la cabeza pese a los incansables intentos de conquista de sus vecinos del sur.

Si Inglaterra conseguía que el soberano escocés llegara a considerar a los príncipes ingleses como hermanos, la semilla colonizadora habría germinado en el corazón mismo de Escocia. Sin sangre. Sin muertos.

Una jugada genial, se lamentaban los rebeldes escoceses. Así era. La maniobra de Henry tenía más probabilidades de éxito que todas las batallas

que habían enfrentado a los dos reinos a lo largo de los siglos. Y todo aquello pese a que el padre de James, el fallecido rey Robert, nunca había llegado a ejercer en verdad como auténtico monarca de Escocia.

El carácter esquivo del soberano había provocado que su hermano pequeño, el duque de Albany, se hubiera hecho con el control de la Corona. De hecho, las malas lenguas afirmaban que había sido él desde dentro, y no los supuestos enemigos del rey, el responsable del apresamiento y de la muerte en 1402 de David, primogénito y heredero al trono.

No era de extrañar que muchos acusaran también a Albany, por tanto, de haber traicionado a su sobrino menor. De haber sido él quien había facilitado que James Stewart acabase entre las garras del rey de Inglaterra. Una versión discutible, pero avalada por dos hechos comprobables.

Primero, Albany había pasado a ser regente de Escocia en el mismo momento de fallecer su hermano. Un cargo que estaba destinado a asumir mientras James no fuera liberado. Y el segundo era aún más sospechoso. Su hijo Murdoch, apresado por los ingleses en la misma operación en la que había caído su sobrino, había sido liberado al poco tiempo gracias a un sospechoso rescate pagado por una mano desconocida.

Demasiadas coincidencias apuntando en una misma dirección. Las suspicacias de los grandes nobles escoceses se habían disparado.

Aquellas casualidades eran demasiado forzadas como para ser creíbles.

En sus reuniones clandestinas, los miembros de la resistencia siempre llegaban a una misma deducción. Solo podían concluir que aquella liberación era parte del trato acordado entre el duque escocés y el rey Henry. Un acuerdo que tendría como fin último el confinamiento en Windsor de James Stewart, príncipe heredero, mientras su tío acababa de hacerse con el poder absoluto en Escocia.

Muertos el rey Robert y su primogénito David, y con el príncipe prisionero, el duque de Albany pasaba a convertirse, a efectos prácticos, en único soberano de la nación escocesa. Para muchos nobles, una concatenación demasiado casual. Por eso algunos de ellos, poderosos caballeros en contra del invasor, habían empezado a organizarse en secreto. A conjurar en las sombras para restituir a Escocia el honor perdido.

Para ello, necesariamente, lo primero era rescatar al auténtico rey de Escocia del vergonzante cautiverio al que estaba sometido en Windsor. Y había que hacerlo antes de que se convirtiese en un sucedáneo de príncipe vestido a la moda inglesa. En un ornamento de segunda fila a la sombra de los infantes de Inglaterra.

Sin embargo, para liberar a su monarca y recuperar la dignidad, antes de nada era necesario organizar, de alguna manera, una revolución silenciosa. Y el cabecilla de aquel movimiento revolucionario era Archibald Douglas, *earl* de Galloway.

Douglas se había criado en el castillo de su padre, entre rudos caballeros. Fervorosos patriotas que tenían en común el gusto por el *whisky*, un profundo amor a Escocia y un carácter belicoso. Guerreros temibles que no disimulaban su odio visceral hacia todo lo que oliera a inglés.

Ya de pequeño, el futuro conde jugaba a matar a invasores con su espada. Después, al ir creciendo su estatura y su consciencia, se había ido enfriando poco a poco la pasión que inflamaba su pecho. Antes de nada había que atajar el lamentable espectáculo ofrecido por las ludias internas de la familia real. Unos enredos que avergonzaban a la nación entera. Y, como suele suceder, justo en el momento más inoportuno. Justo cuando su patria estaba más amenazada.

Pese a todo, la aversión de Galloway hacia cualquier cosa llegada de Inglaterra nunca se apagó. Así fue que, tras el fallecimiento del rey, un pusilánime indigno, pero monarca legítimo al fin, Archibald Douglas decidió que las cosas no podían seguir así ni un minuto más. Tras siglos de humillaciones, a Escocia le había llegado la hora de empuñar el acero.

El regente, Albany, había tenido un papel sospechosamente protagonista en la cadena de desgracias que habían dado con el rey y con su primogénito en el otro mundo. Y, para mayor afrenta, también en los sucesos que habían convertido al heredero del trono en prisionero del rey de Inglaterra.

Demasiadas casualidades dándose la mano con cara inocente.

La maniobra que había finalizado con el apresamiento del príncipe James, y con la muerte del rey poco después, desprendía un sospechoso olor a traición. Y la lógica apuntaba en una sola dirección. La información tenía que haberles llegado a los ingleses por la vía más evidente. Solo había que ver quién era el gran beneficiado de todo aquel desastre. Un traidor sin escrúpulos. El duque de Albany.

Dispuesto a llegar al fondo de aquel asunto, el conde de Galloway reunió en torno a sí a catorce grandes caballeros, en el más absoluto secreto, para proponerles un plan.

Harían el mismo trayecto que había seguido el príncipe un año antes. El camino que había elegido al huir tratando de refugiarse en Francia. Así averiguarían de una vez lo sucedido: a través de una acción de espionaje en un país extranjero.

El peligro era máximo, desde luego, pero necesitaban pruebas que avalaran sus suposiciones. Sin ellas, no podían justificar un alzamiento contra Albany que los llevase a restaurar en el trono al legítimo rey. O, al menos, a expulsar al usurpador.

—¿Y cómo se supone que haremos tal cosa en territorio extranjero, Archibald? —preguntó el señor de Urquhart tras escuchar los planes del conde —. En cuanto Albany conozca nuestras intenciones, enviará recado a los franceses para que nos apresen. Podrían hacerlo, no lo olvidéis. Tendrán a su

favor la excusa de que hemos invadido su suelo.

Aquellas dudas frenaron el fervor inicial de los caballeros, hasta entonces entusiasmados. Todos se quedaron mirando al anfitrión con gesto ansioso.

—Lo disfrazaremos de peregrinación. —Douglas había previsto todos los detalles—. Primero, navegaremos hasta la costa de Normandía, y haremos escala en el Mont Saint Michel, como hizo James. Trataremos de que el abad nos proporcione algún dato interesante acerca de la estancia de nuestro príncipe en aquel lugar. Quién sabe, tal vez allí esté la clave. Desde la isla, siguiendo los pasos de James, nos encaminaremos a París. Siempre bajo el pretexto de estar viajando hacia Compostela, recordadlo. Eso nos avalará.

Todos asintieron. El pretexto era incuestionable. Miles de personas cruzaban el continente cada año en dirección a la ciudad de Santiago. Y los romeros a Compostela estaban protegidos en toda la cristiandad por el papa de Roma. Hasta tal punto que atacarlos era motivo de excomunión.

—De acuerdo, entonces. —No iban a permitir que un traidor como Albany, que no había dudado en vender a su propio sobrino al enemigo más odiado, se saliera con la suya—. A principios de mayo cruzaremos las aguas. Saint Michel primero y, si fuese necesario, de allí a París. Solo así llegaremos al fondo de este asunto.

Sellado el acuerdo, los quince señores levantaron sus copas. El aire hervía en el salón. Una pasión patriótica reprimida durante demasiado tiempo desbordaba ahora los muros del viejo castillo de Galloway. El conde sonrió para sus adentros. Por fin, el plan estaba en marcha.

—¡Por Escocia! —bramó— *Alba gu bràth!*

Su voz reverberó contra los muros del salón.

La misión era peligrosa, pero su amor a Escocia neutralizaba el temor. Eso y, sobre todo, el odio que sentían hacia Inglaterra. Todos los caballeros se levantaron de golpe, derribando las pesadas sillas de madera con estrépito.

La respuesta enfervorizada de los guerreros hizo estremecer los pilares de la fortaleza.

—*Alba gu brath!*

LXIX

Primera parada, Sant Maloü.

La comitiva de Douglas se camufló a bordo de un carguero escocés. Un barco de identidad encubierta, para más seguridad. El capitán hizo ondear en el mástil la bandera de Inglaterra al cruzar el *English Channel*.

El canal marítimo que los franceses llamaban La Manche era un auténtico

polvorín plagado de barcos de guerra. Algo lógico, toda vez que separaba la isla de Gran Bretaña de las costas de Normandía. El núcleo mismo de la guerra más terrible. Invisible aún, pero guerra al fin.

Pasar desapercibidos era la única manera de evitar ser atacados por los corsarios ingleses que infestaban aquellas aguas.

Los catorce caballeros y el propio conde formaban aquel grupo de presuntos peregrinos en tránsito a Compostela. Douglas viajaba acompañado por su mayordomo y dos criados del castillo de Galloway. Sus escuderos, que se encargaban de la intendencia y del transporte de las armas, completaban el séquito sobre unos grandes mulos de carga.

La singladura fue más tranquila de lo esperado. Pese a todo, casi todos los caballeros sufrieron mareos severos. Tanto, que algunos se pasaron vomitando por la borda los cinco días que duró la travesía. Igual que casi todos los animales. Alguno de los pobres caballos llegó al continente más muerto que vivo. Toda una contrariedad, teniendo en cuenta lo que costaban.

—Lo único que alivia el mareo es sentir el aire fresco en la cara —les advirtió el capitán, consciente de que aquellos hombres de tierra adentro iban a acusar el inevitable vaivén del barco—. Los animales, al viajar amarrados, sufren el doble.

Pese a las penalidades, los caballeros se repusieron al poco de haber tocado tierra.

Su honrosa misión daba por fin comienzo. El orgullo herido les hacía ansiar el momento de empezar la búsqueda. Estaban decididos a rebuscar bajo las piedras. Lo que hiciera falta con tal de descubrir a los traidores que habían hecho posible la infamia. Su rey crecía en Windsor como un lacayo del monarca de Inglaterra. No podían consentirlo.

Abandonado el puerto, se dirigieron a la abadía de Saint Michel. Aquella había sido la primera parada del príncipe un año atrás. Por eso esperaban encontrar en aquel lugar las claves de la traición. Algo que explicara cómo los espías ingleses habían descubierto la huida secreta de James.

Breatainn Mhór quedaba atrás. Por delante, de momento, no había más que un horizonte lleno de incógnitas.

El abad Le Roy los recibió con todo tipo de honores. Tan nobles caballeros debían hospedarse en el monasterio. El hospital no era apropiado. No se trataba de unos simples peregrinos.

Nada más llegar, se reunieron con él.

—James Stewart estuvo aquí alojado, es cierto —les confirmó, pensativo—. Llegó acompañado por un séquito de grandes señores. Recuerdo que viajaba con él su primo Murdoch… Un muchacho espabilado, sin duda. Hijo del duque de Albany, creo recordar… ¿no es así?

Los caballeros escoceses cruzaron unas miradas cargadas de suspicacia. Ignorándolos, Galloway aparentó normalidad. Había que tirar del hilo.

—Monseñor, el príncipe fue asaltado en el trayecto que transcurre entre vuestra abadía y la capital. —Tuvo que esforzarse por no parecer demasiado incisivo—. A lo largo de su estancia aquí… ¿recordáis algo que hiciera prever semejante desgracia? Algún detalle que os llamara la atención… Cualquier cosa extraña que tuviera lugar en esos días, aunque en su momento se os antojara insignificante…

El abad hizo memoria entre miradas anhelantes. Los graznidos de las gaviotas resonaban en el exterior, pero dentro no corría ni la más leve brisa. Solo una mal contenida expectación. Los quince caballeros aguardaron sin respirar.

—Lo siento, señores míos —concluyó por fin Le Roy, tras un buen rato cavilando—. Nada raro sucedió en esta santa casa mientras él estuvo aquí. Nada que augurase tan fatal desenlace, al menos.

Los escoceses resoplaron.

—¿No os confió el príncipe alguna preocupación que lo asaltara? ¿Que desconfiara, tal vez, de algún miembro de su propia comitiva?

Impasible, el abad negó con la cabeza. Pese a la mirada consternada de sus ilustres huéspedes, se limitó a encogerse de hombros.

—No encontraréis en esta abadía cosa alguna que pueda verter luz sobre vuestras pesquisas, amigos. Doy fe de que la estancia del príncipe en Saint Michel fue tan plácida como el espejo cristalino que rodea hoy nuestro islote.

Archibald, circunspecto, se cruzó de brazos.

La decepción de los caballeros se hizo evidente. Habían planeado seguir las pistas que pudieran obtener en aquel lugar. Desde allí, sin más datos, el rastro era demasiado difuso. Solo sabían que James se había dirigido a París desde Saint Michel por el gran camino de Normandía. La calzada que pasaba por la ciudad de Saint-Lô, donde había sido asaltado en algún lugar indeterminado. Sin embargo, esa información era demasiado incierta. Y para más confusión, los hechos se remontaban un año en el tiempo. La misión empezaba torcida, desde luego. Tendrían que replantear el camino.

No tenían nada. Ningún indicio que les permitiese desenmascarar una operación secreta de tan alto nivel que había convertido en vulgar rehén a aquel que debería llevar ya años coronado como rey de Escocia. Confinado en Windsor como un vulgar bufón. Les hervía la sangre con solo pensarlo. Iban a necesitar algo a lo que agarrarse para no dar media vuelta. Lo que fuera, caviló Galloway. Era un inicio demasiado desesperanzador.

Decidieron quedarse unos días en la isla. Sobreponiéndose al desánimo, Douglas los organizó para tratar de hallar algún indicio por su cuenta. Algo que les proporcionara alguna pista. Ahora, se dijo, se trata de mantener viva la esperanza. No iban a rendirse tan pronto. Cualquier detalle podía ponerles sobre el rastro. Alguna anécdota, un testigo de algo extraño.

Estaban dispuestos a agarrarse al primer clavo ardiendo que encontrasen.

Visitaron a comerciantes y a artesanos. Se entrevistaron con los novicios de la abadía. Se citaron con todos aquellos que habían mantenido algún contacto con James Stewart. Hasta interrogaron a los barqueros que unían el continente y la isla cada pleamar. Removieron cielo y tierra, pero no lograron sacar nada en limpio.

Nada había alterado la estancia del príncipe James en Saint Michel. Una plácida normalidad, nada más. Incluso, llegó a pensar Douglas, *demasiada* normalidad. Y a pesar de ello, antes de que hubieran transcurrido tres días, había sido apresado por sus enemigos.

Definitivamente, demasiada normalidad.

Frustrados, pero decididos a no abandonar, los caballeros emprendieron el camino hacia París. Douglas, tratando de sacar algo en limpio, cabalgaba taciturno mientras hacía repaso una y otra vez de la información recabada en el islote. Sus acompañantes conversaban distraídos a su alrededor. Todos avanzaban despacio, siempre en dirección al este. Llegado un punto, el conde decidió apretar el paso para no escucharlos. Necesitaba concentrarse.

Tenía que haber algún detalle que se les estaba escapando.

En ocasiones, se repetía en soledad, somos incapaces de ver lo más evidente aun teniéndolo delante.

El conde de Galloway adelantó su caballo unos cientos de pasos. El camino, ancho y con buen firme, transcurría entre landas y alguna que otra zona arbolada. Con todo, a ambos lados predominaban los famosos prados verdes de Normandía.

Pronto se quedó solo. Los demás dejaron de ser un murmullo a sus espaldas.

Cabalgó en solitario, pero al cabo de un buen rato algo inesperado sucedió. Al salir de una curva vio algo en la lejanía. Un jinete estaba desmontando en ese mismo instante de un enorme caballo de batalla para ir al encuentro de un pequeño que, a juzgar por su tamaño, no tendría más de once o doce años.

Intrigado, siguió avanzando. Pronto percibió que el chiquillo esgrimía una espada. Para su sorpresa, además, parecía que sabía utilizarla. Viendo que el guerrero también desenfundaba su acero, el conde puso el caballo al trote. La escena había pasado de sospechosa a alarmante en tan solo un segundo. Tanto, al menos, como para no mantenerse al margen. Su pulso se aceleró.

La investigación sobre lo sucedido un año atrás acababa de quedar relegada a segundo plano. La misión que los había llevado a Normandía desapareció de repente. Tras volver la vista atrás, maldijo la lentitud de sus compañeros. Ni siquiera se veían a lo lejos.

Y por encima, aún le faltaba un buen trecho para llegar a la extraña pareja. Se puso al galope.

El hombre que acababa de descabalgar, un soldado adulto que exhibía las habilidades de todo un profesional, parecía estar a punto de entrar a matar.

Galloway espoleó con violencia su caballo al advertir que no iba a llegar a tiempo. Estaba demasiado lejos.

Angustiado, aferró las riendas.

Salvo que mediase un milagro, aquel chiquillo podía darse por muerto.

LXX

Galloway lanzó su caballo a un galope desbocado.

Si aquel soldado asesinaba al chiquillo, aunque este también estuviera armado, tendría que responder ante la justicia. Los cascos de su caballo desprendían chispas contra las piedras del camino.

Que el demonio se lleve esta condenada guerra, pensó, si simples niños tienen que presentar batalla ante hombres hechos y derechos.

Cuando se encontraba a unos cien pasos, supo que no llegaría a tiempo. El hombre, tras cruzar un par de palabras con el chiquillo, inició el ataque con una intención evidente.

Asesinarlo.

Ni desarmarlo ni apresarlo. Simplemente acabar con su vida así, a sangre fría. El conde espoleó al límite su montura, desesperado. Definitivamente, nada podía justificar una salvajada semejante. Daba igual lo que el niño hubiera hecho. Nadie ajusticiaba a un muchacho en mitad de un camino como si fuera una alimaña.

Estremecido, vio que el niño no hacía ademán de huir. Al contrario, le plantaba cara a su agresor con un temple asombroso. Mostrando un extraordinario dominio de la espada, logró detener los dos primeros lances que intentó su atacante. Después, con un movimiento lateral digno de un guerrero experto, esquivó el tercero justo cuando el acero entraba ya directo a su pecho.

Douglas no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Tras el primer intercambio de golpes, la posición de los espadachines se invirtió. El chiquillo quedó de cara al caballo que se acercaba a toda velocidad y el soldado pasó a darle la espalda a un Douglas que galopaba frenético.

Casi de inmediato, con el jinete ya casi encima, el soldado ejecutó el ataque definitivo. La violencia de sus golpes se redobló, y los brazos del niño no fueron capaces de resistir. La primera estocada le hizo perder el equilibrio. La segunda, ya aventajada, provocó que su arma se venciera hacia la derecha, dejando desprotegido su flanco izquierdo.

El pequeño mostraba una pericia excepcional, pero aquel hombre era un espadachín formidable. El tercer ataque fue directo al corazón del pequeño. El conde, desde atrás, apreció claramente la intención asesina de aquel golpe. El

niño, a la desesperada, ejecutó una última maniobra evasiva. Lo hizo pese a saber que ya no iba podía eludir más el acero de su atacante. La espada del guerrero, gracias a una acometida tan precisa como brutal, atravesó al pequeño de lado a lado.

Douglas estuvo a punto de caerse desde lo alto de su montura.

El soldado, no conforme, tiró del arma mientras el muchacho caía de rodillas y la sangre empezaba a brotar de la herida. Después alzó la espada de lado, con las dos manos, dispuesto a asestar el golpe definitivo.

Ahí, Dreng se detuvo.

Una imagen distante asaltó su memoria desde las profundidades recónditas de un bosque nevado. Con una sonrisa siniestra, aseguró el agarre de la empuñadura con ambas manos. A sus espaldas oía el caballo de Dagger, muy cerca. Todo había salido a pedir de boca. Ya solo quedaba separarle la cabeza del cuerpo al chiquillo y todo habría acabado.

Basta de burlas, rumió.

—Saludos a tu madre, pequeño. Nos vemos en el infierno.

LXXI

—Me voy, Louis. Regreso a Vannes.

Pese a la amplitud de aquella estancia recubierta de oro, Waroc'h habló en voz baja. Escuchándolo, hubiera podido parecer timorato. Sin embargo, su gesto reflejaba una convicción serena. Afligida, pero firme.

El duque de Orléans se quedó observándolo con gesto de pavor. Visto desde fuera, se diría que se hubiera congelado de golpe. Convertido súbitamente en estatua de sal. Waroc'h de Gwened era su principal aliado y ahora, justamente ahora, no se podía permitir perderlo. Su mera presencia era un aval. Su influencia, demasiado valiosa. Si él abandonaba, el trono de Francia caería.

Louis de Valois, el hermano del rey Demente, se quedó mudo.

No era para menos. Llevaba demasiado tiempo bailando en el filo de una navaja, y un mero soplo de viento podía dejar su gaznate al alcance de sus enemigos. Hasta ese momento, el conde de Vannes había logrado contener las ansias asesinas de los aspirantes al trono. Sin embargo, estos seguían afilando las espadas. Esperando una ocasión.

Su silencio incomodó a Waroc'h. Una eternidad vacía retorció el aire del salón hasta hacerlo irrespirable, y el conde acabó viéndose obligado a justificar

su decisión.

—Apenas tengo idea de qué está pasando en el señorío de mis ancestros —Apelar a la memoria de Patern tenía más de ruego que de firmeza, pero no encontró un argumento más contundente—. Traicionar así la memoria de mi padre tortura mi conciencia. Entendedlo.

El gran duque no respondió. Necesitaba pensar. No sabía cómo, pero tenía que afianzar la fidelidad de aquel hombre. Al verlo allí, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro, comprendió que no lo había cuidado como debiera. El señor de Gwened era la única persona honesta que había en la Corte. No podía perderlo.

Alarmado, caviló a marchas forzadas. Se sabía culpable. El distanciamiento entre ambos se debía a su relación con Isabeau, la reina consorte. La esposa, por tanto, de su pobre hermano Charles.

Todo se había torcido cuando aquel enredo había pasado a ser de dominio público. Pero si no había sido más que un juego, negó con la cabeza. Después se mordió el labio. Así había empezado, sí, pero la bola no había hecho más que crecer. De hecho, había acabado por arrastrarlo todo montaña abajo. Se maldijo a sí mismo y a la debilidad de su carne. Para la Corte entera, bien lo sabía, la soberana no era más que una pécora. Una extranjera desvergonzada que había convertido la casa del rey en un antro de vicio y perversión. Y él, a pesar de ello, había caído en su hechizo.

Louis ignoraba deliberadamente los comentarios venenosos que rodaban de alcoba en alcoba. Hacía como si no se enterase de las murmuraciones pese a haberse convertido en un auténtico clamor. Así pretendía evitar que aquello afectara a su Gobierno. Meter la cabeza en un agujero y huir hacia adelante. Como si aquel escándalo no fuera más que un asunto de faldas cualquiera. Cosa de todos los días.

No obstante, la verdad lo corroía por dentro.

En realidad, era incapaz de renunciar a los favores íntimos de la soberana. Nunca antes había sentido nada parecido a lo que Isabeau le hacía sentir. Ni con otras amantes ni con ninguna otra cosa.

Estaba enganchado a aquella mujer. Jamás lo admitiría, pero sí. Era cierto.

—Debéis comprenderme. —Waroc'h, ante aquel silencio, no sabía si marcharse o seguir justificándose.

Lo único que sí sabía era que aquel asunto había sobrepasado los límites de su paciencia. Hacía mucho tiempo que no conocía más que frustración y vergüenza. Solo su carácter abnegado y su patriotismo le habían hecho quedarse hasta entonces. Permanecer en palacio para defender aquella Corona que cada día era detentada más indignamente.

El sobrio sentido del deber heredado de Patern era lo único que había evitado que abandonase antes aquel Gobierno corrupto. Que no dejase atrás las miserias de aquel estercolero recubierto de piedras preciosas.

Eso, y algo más: una alegría secreta que tenía que ver con un pequeño compañero de juegos.

La mirada del duque le hizo volver en sí. Se le veía perdido. Qué había podido pasarle a Louis, su gran amigo de tantos años, por la cabeza. Definitivamente, no podía comprenderlo. Cómo había podido dejarse arrastrar así por aquella mujer.

Isabeau le provocaba una aversión incontrolable. No soportaba su acento extranjero ni sus ropajes ostentosos. Unos atuendos, era obvio, con los que lo único que pretendía era escandalizar a los cortesanos. Provocación, eso será. Una constante en el día a día de la soberana. Siempre había sido así, ya desde su llegada a París.

De los doce hijos de la mujer, la mitad varones, de los cuales solo quedaban tres con vida, ya había quien afirmaba que la mayor parte eran bastardos. Por suerte, los rumores aún no afectaban al heredero, Louis. Cosa bien distinta eran los casos de los hijos menores, Jean y Charles.

Pese a lo incómodo de la situación, Waroc'h suspiró. Pensar en el pequeño Charles siempre le provocaba una vaga sensación de desamparo. Él era su debilidad. Nadie lo sabía, pero era cierto. De hecho, si no había adoptado antes la decisión de abandonar al gran duque de Orléans, y de ese modo alejarse para siempre de aquel nido de víboras, había sido por aquel chiquillo.

No sabía por qué, pero había algo en él que despertaba un instinto en su interior. Algo así como el hijo que nunca había llegado a tener. O quizás, llegó a pensar, lo que pasaba era que le recordaba al hermano perdido. El niño que jamás había llegado a nacer por culpa del asesinato de su madre. En cualquier caso, el pequeño Charles era el único motivo de alegría que Waroc'h conservaba entre los muros de aquella cárcel dorada.

El principito, que solo contaba cuatro años de edad, había heredado el nombre de su padre y de dos hermanos mayores que habían fallecido antes de nacer él. Tal vez fuese una premonición o tal vez no, pero lo cierto es que nadie parecía prestarle atención. No era de extrañar, admitió Waroc'h. Sus hermanos mayores, sobre todo el heredero al trono, eran los que acaparaban el interés de los cortesanos. Allí, en principio, estaba el futuro de la Corona. A ellos, por lo tanto, se pegaban los nobles, dándose codazos por ganarse un sitio en primera fila. Buscando la amistad del próximo rey de Francia.

Para el señor de Gwened, sin embargo, el pequeño Charles era especial. Normalmente callado, pero con unos ojos muy abiertos que lo observaban todo con asombro, el niño era la viva imagen de la soledad. No hacía más que vagar con aire triste por las estancias vacías hasta que veía aparecer a Waroc'h. Entonces sonreía.

Al chiquillo le gustaba aquel hombre recio. El consejero de su tío era un señor serio, casi se podría decir que huraño, ante el que todos se inclinaban como si le tuvieran miedo. Sin embargo, a él siempre le dedicaba un guiño, o

le alborotaba el pelo. Era su amigo.

Así era. El hombre y el niño se habían encontrado en mitad de la catástrofe como dos náufragos a la deriva. Con el paso del tiempo, el chiquillo se acostumbró a pasar tardes enteras en la cámara del conde hablando de cosas sin importancia y jugando al ajedrez. Waroc'h incluso encargó una espada de juguete para su pequeño compañero. El chiquillo solo pensaba en ir a jugar a soldados con el único amigo que había conocido a lo largo de su corta vida. Para el hombre, perdidas la ilusión en su desempeño y la compañía del duque de Orléans, el niño se convirtió en lo único que le alegraba los días. Su único motivo para no marcharse sin mirar atrás.

Así siguieron, aunque a duras penas. Una especie de pequeño huérfano abandonado por todo el mundo y un caballero perdido en algún lugar entre la culpa y la vergüenza. Una extraña pareja que lograba mantenerse a flote por pura convergencia. Que sobrevivían juntos porque no tenían a nadie más.

No obstante, se dijo un día Waroc'h, todo tiene un límite. Ya era suficiente. Para la férrea moral del señor de Gwened la situación había acabado por hacerse insostenible. De ahí que hubiera llegado a aquel punto.

—Me voy, Louis —había dicho—. Regreso a Vannes.

Ante el silencio obstinado de su viejo amigo, Waroc'h volvió en sí de nuevo. Un gesto de dolor había aparecido en su rostro. Según parecía, la perplejidad inicial había derivado en ofensa. Sí, el duque de Orléans había cruzado los brazos sobre el pecho y sus ojos, ahora, desprendían llamaradas de indignación. En vista de su expresión, dedujo el conde, a la sorpresa inicial le había sucedido el sentimiento de agravio. De traición.

Cuando por fin logró reaccionar, su voz temblaba.

—Vuestro monarca está impedido, Waroc'h. El reino entero, amenazado por un invasor que pretende aprovechar nuestra debilidad para someternos. La familia real, asediada por ese miserable de Jean de Bourgogne… y vos hablando de abandonamos. ¿En serio? —La dureza con la que Louis pronunció estas palabras aceleró el corazón del señor de Gwened—. ¿Planeando dejarnos tirados justo en el peor momento?

Aquel reproche, más enojado que suplicante, descolocó definitivamente al conde. Esperaba más un chantaje emocional que una reprimenda despechada. Los motivos que lo habían llevado a adoptar aquella decisión provenían precisamente de la falta de ética de quien ahora osaba mostrarse ofendido. De todos modos, comprendía su reacción. La sombra alargada de Jean Sin Miedo era lo que llevaba a Louis, un lobo acorralado, a expresarse de aquella manera.

Su propia vida estaba en juego y a su mejor amigo parecía no importarle. Esa era su lectura en ese momento, estaba claro.

Su primo el duque de Bourgogne, caballero de audacia sin parangón en toda Francia, se había levantado en armas contra la calamitosa situación de la casa real con el pretexto de ponerle remedio a la vergonzante escena

propiciada por el adulterio de la reina.

—¡No podemos dejar que una furcia extranjera humille a nuestro pueblo! —proclamaba por las plazas, ante muchedumbres enardecidas.

Algo que Waroc'h se veía venir desde hacía mucho tiempo.

Aquel incesto infame derivaba de la incapacidad del rey. El pretexto perfecto, pues. Una torpeza mayúscula que el *Sans Peur* estaba dispuesto a aprovechar para hacerse con el control del reino. Siendo dueño de una inmensa parte del territorio, y por tanto uno de los hombres más poderosos de toda Europa, Jean, apodado el Sin Miedo con todo merecimiento, estaba ganándole terreno al duque de Orléans, que ya solo contaba con el poder real de su parte. Los escándalos de la Corte, unidos a la interminable guerra que se libraba en el norte, habían dejado huella en la conciencia de buena parte de la nobleza.

—Louis, debo partir —la voz de Waroc'h aún pretendía mostrar determinación, pero su mirada era suplicante—. El señorío de Gwened me necesita.

El regente alzó la vista con la mandíbula apretada. No iba a atender a razones, cada vez estaba más claro. Sabía perfectamente por qué Waroc'h, su mejor amigo de tantos años, pretendía abandonarlo. Simplemente, no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo en su alcoba. Quería partir porque no soportaba verse involucrado en aquella relación mal vista por todos pero a la que él, por mucho que su conciencia se lo ordenara, no era capaz de renunciar. Isabeau tenía algo que lo cautivaba. Un encantamiento en su comportamiento errático; una pócima de amor, venenosa pero dulce, en cada uno de sus arranques caprichosos.

Y un hechizo entre las piernas.

La mirada de Louis se endureció aún más. No podía permitirse perder a su principal apoyo, y mucho menos en ese preciso momento, cuando ese traidor de Jean de Bourgogne lo tenía cercado por los cuatro costados.

Estaba dispuesto a lo que fuera con tal de impedirlo.

—Conde de Gwened —el mentón erguido y la voz imperativa del regente de Francia no daban lugar a réplicas. No hablaba el amigo herido, sino el gobernante aferrado al frágil poder que aún conservaba—, permaneceréis en la Corte y seguiréis asumiendo las funciones que la Corona os encomiende. Es una orden.

Tras decir esto, Louis se giró para abandonar la estancia. Como una ráfaga de viento huracanado, el gran duque abandonó la cámara dejando tras de sí un escenario devastado.

Waroc'h lo vio salir con el alma encogida. Aturdido, al cabo de unos segundos cogió aire y tomó asiento. No podía hacer más. Áquel desplante se debía a un motivo muy claro. No simplemente a que Louis rechazara escuchar su réplica.

No. La auténtica razón era una bien distinta.

En realidad, lo dejaba plantado porque no era capaz de afrontar el daño que acababa de infligirle. Un golpe frío y despiadado en mitad del alma precisamente a él, su mejor amigo. Con el corazón roto, hundió la cabeza entre las manos. Por duro que fuese aceptarlo, lo cierto era que la pesadilla iba a continuar. No le quedaba más remedio que resignarse.

La vida tranquila en Vannes volvía a ser un sueño remoto. Inalcanzable. Tuvo que esforzarse para no salir corriendo. Después, respiró hondo y asintió. Se quedaría. Era su deber.

Al cabo de unos minutos de silencio apesadumbrado, un ruido familiar lo sacó del ensimismamiento. Unos pasitos que conocía bien se acercaban por el corredor.

—¡En guardia, soldado! —una voz infantil lo saludó desde la puerta.

El conde de Vannes, hasta ese momento hundido, se volvió hacia allí. Un pequeño de cuatro años corría hacia él, divertido.

Traía una espada de juguete en la mano. Esgrimiéndola con una sonrisa aviesa, el niñito lo desafiaba a un terrible combate a muerte. Waroc'h se levantó y avanzó hacia él con la sensación de que el cielo se había despejado de repente. Una vez más, el pequeño Charles había aparecido en el momento oportuno. Como una isla de paz en medio de aquel mar podrido, sin tan siquiera advertir los cadáveres que pasaban flotando a su lado.

Antes de ponerse en guardia, le guiñó un ojo.

A veces, una sonrisa despreocupada es lo único que puede rescatamos del naufragio.

LXXII

Cotentin se había convertido en un infierno húmedo.

Después de toda una noche ardiendo, el humo y la niebla se habían hecho indistinguibles. Una nube fantasmagórica flotaba ahora sobre el tremedal carbonizado.

Beadur aún yacía entre la hierba, siempre con dos flechas apuntándole al corazón. Pese a la bruma, había logrado atisbar algo en la distancia que le heló la sangre. Dreng tenía entre las manos la carta que él mismo había escrito unos días antes. La que había quedado en la biblioteca de Saint Michel a cargo de Jolivet.

La misiva dirigida a Ezra.

Allí tirado, se estremeció. Aquel era el mensaje que, para mayor seguridad, el bibliotecario debía llevar al puerto de Sant Maloü junto con el amuleto de

Alix. Habían acordado que allí le entregaría todo al chiquillo, justo en el momento de la partida. Una de las muchas precauciones que había adoptado en los últimos tiempos. Y aun así, no habían sido suficientes.

Al leer la carta, Dreng iba a descubrir el secreto mejor guardado. La identidad del niño iba a ser desvelada, y no ante cualquiera. Precisamente ante quien más peligro suponía.

Ante aquel que ya había tratado de asesinarlo antes de nacer.

Impotente, Beadur fue advirtiendo la sorpresa en los ojos del mercenario. Hasta pudo apreciar cómo empalidecía en el momento exacto de conocer la verdad. Se maldijo por no haber previsto que los ingleses pudieran tratar de infiltrarse en la abadía. Aquel maldito teatro. Sin embargo, ya no valía de nada lamentarse. Si él la hubiera llevado encima, la habrían encontrado incluso antes.

Como era de esperar, Dreng se quedó sin aliento. Era increíble, pero la muerte de Alix de Gwened no había sido suficiente para acabar con el dichoso niño de la profecía. Su trascendental misión de una década atrás, por lo tanto, había resultado ser un estrepitoso fracaso. De alguna forma inexplicable, el bebé que la condesa llevaba en su vientre había sobrevivido.

Y el niño, tal y como demostraba la carta, era *aquel* niño. Ahora lo comprendía todo. Tanto misterio, Cearbhall, la prisionera escocesa… por fin las piezas encajaban.

Sus dientes rechinaron de furia.

Beadur, aunque herido y maniatado, trató de adivinar sus pensamientos. Necesitaba anticipar sus intenciones.

—¡Atkin! Vos y los dos arqueros, como acordamos, a Vannes. ¡El resto, en marcha hacia el sur!

Dreng ponía en marcha a casi toda su patrulla para dar caza a Aydan. El gauta perdió el aliento al ver cómo se preparaban. El cielo se derrumbó sobre su cabeza al constatar que no pretendían capturarlo vivo.

Definitivamente, el panorama no podía ser más desolador. Tenía que liberarse. Necesitaba partir a la búsqueda del chiquillo antes deque aquellos asesinos dieran con él. De otro modo, todo estaría perdido sin remedio.

Sin embargo, era obvio que no iba a ser fácil. El lugarteniente de Dreng lo aseguró a la silla del caballo con toda minuciosidad mientras, a unos pasos, los arqueros no dejaban de apuntarle con sus flechas envenenadas. Sabían bien lo que hacían. Atkin le ató las manos por delante y los pies a los estribos. Después, aún se los ató por debajo del caballo, entre sí, para que le fuera imposible desatarse. Salvo un milagro, no había manera de huir. Además, el caballo del prisionero iría atado a la silla de Atkin. Los arqueros lo seguirían de cerca con las armas listas para disparar. Ellos cabalgarían a los lados, ligeramente retrasados. Así, siempre lo tendrían vigilado.

La cosa pintaba mal, pensó entonces. Sin embargo, no tenía más remedio

que resistir. Mantenerse alerta y no perder la fe. A lo largo de las cincuenta leguas que los separaban de Vannes podían suceder muchas cosas.

Al partir, miró atrás. Entre el humo, destruido por las llamas, se veía el refugio que había compartido con el chiquillo durante los dos últimos años. Algo se rompió en su pecho. Tanto esfuerzo, tantos sacrificios.

La comitiva se puso en marcha. La marisma quemada fue quedando atrás. Dreng los vio partir con gesto impasible. Antes de emprender la persecución, era mejor que Beadur desapareciera. No le iba a preguntar nada sobre la carta que Amery le había robado al tal Jolivet. Nada, desde luego, que lo llevara a deducir sus intenciones de asesinar a Aydan. Que creyese que solo quería capturarlo. Cuanta menos información tuviera, pensó, menos probabilidades habría de que emprendiera alguna acción a la desesperada. Respecto al Fantasma Gris, todas las precauciones eran pocas.

Los cuatro hombres partieron bajo las estrictas indicaciones de Atkin. Estaba claro que aquel hombre no iba a descuidar ni un solo detalle mientras lo custodiase. Aun así, Dreng arrugó la frente. No las tenía todas consigo. En silencio, contempló cómo los jinetes se perdían entre la maleza ennegrecida y rumió un mal fario al mirarlos desde atrás. Confiaba ciegamente en su segundo, pero no tanto en los demás.

—Arqueros… Podrían acertar en el ojo de una golondrina al vuelo, pero valen para nada más.

Apretó los dientes. Aquella solución le daba mala espina, pero no tenía opción. Necesitaba el resto de efectivos para batir el campo. El área a rastrear era inmensa, y ya había quedado claro que el chiquillo no era tonto. Definitivamente, Atkin tendría que hacerse cargo de Njöror.

En cuanto el paso acompasado de los caballos se perdió entre la espesura, Dreng se dirigió al resto de sus hombres. El pequeño fugitivo vagaba libre, había que atraparlo lo antes posible.

Su prestigio estaba en juego, calló después. Y no solo eso. Hasta podía llegar a estarlo su cabeza.

Enderezándose, trató de sacudirse los malos presagios. La montería empezaba por fin y ahora, convenía no olvidarlo, las piezas encajaban. Todo había cobrado sentido.

Destemplado pero decidido, Dreng se giró hacia sus soldados, que esperaban expectantes.

—¡Adelante, señores! ¡Nos vamos de caza!

LXXIII

Con la pleamar en calma, toda la bahía era un gran espejo de plata.

La abadía, solitaria, se reflejaba en el agua. Jolivet entró en la biblioteca con las primeras luces del amanecer. Nada más cerrar la puerta, se quedó inmóvil. Ya al primer vistazo, un escalofrío lo recorrió como un estallido.

Alguien había entrado allí en el transcurso de la madrugada.

Hacía día y medio que Beadur había partido en dirección al pantano. Un último trayecto para recoger a Aydan y emprender el camino definitivo a Sant Maloü. El plan del gauta dictaba que allí, en el muelle, él le entregaría sus pertenencias. Una última precaución. Por eso la carta para Ezra y el amuleto de Alix habían quedado custodiadas en la seguridad de la abadía.

Después, ya solo quedaría la singladura en dirección a Sevilla. Al gran puerto de Castilla, primero, y desde allí a Toledo. Entonces podrían respirar.

En la biblioteca no se apreciaba un desorden evidente, pero una simple ojeada fue suficiente para él. Alguien había entrado allí de madrugada. Las ideas relampaguearon en su cabeza. No podía haber sido otro fraile. A ningún otro miembro de la congregación se le hubiera ocurrido hacerlo sin su permiso. Además, él mismo había cerrado la puerta con tres vueltas antes de irse a dormir.

E igualmente cerrada acababa de encontrársela por la mañana.

El vértigo lo invadió. Conteniendo el aliento, miró hacia su mesa a raíz de un presentimiento funesto. La sangre se le heló al advertir que la carta que había dejado sobre el escritorio ya no estaba allí. Su vista se nubló, y por un instante hasta sintió que le fallaban las piernas.

Finalmente, las precauciones de Beadur, por mucho que le hubieran hecho sonreír, habían resultado insuficientes. Los perseguidores de Aydan habían cerrado el cepo sobre él hasta el punto de violar la abadía. Mil ideas lúgubres asaltaron entonces su mente. Si aquellos espías, quienquiera que fuesen, habían logrado marcar al mismísimo Beadur Njöror tan de cerca, era más que probable que ya hubieran caído sobre él.

Con el corazón cada vez más acelerado, incluso se imaginó la emboscada. El camino de vuelta a Cotentin era largo y sombrío, y aquellos hombres no podían ser unos simples esbirros. A raíz de aquello intuyó, con horror, que tanto el gauta como el niño debían de estar ya en poder de sus enemigos. De hecho, lo más probable era que los prisioneros estuvieran ya camino de Vannes. Atados, amordazados y posiblemente malheridos.

Directos a las garras de Cearbhall Pomichet.

De pronto, sintió la necesidad urgente de hacer algo. No podía quedarse allí parado, sin hacer nada. O se ponía en marcha o se volvería loco. Esto es lo que sucede, caviló angustiado, cuando la incertidumbre es peor que la peor de las certezas.

Sí, pero… ¿qué hacer? Pronto descartó la opción de enfrentarse a aquellos hombres en un combate abierto. No tenía ni idea de cuántos podían ser ni de

qué armas disponían. Además, hacía muchos años que él las había abandonado. Y de todos modos, si habían sido capaces de atrapar al Fantasma Gris y de introducirse como espectros en la biblioteca de Saint Michel, no podían ser unos aficionados. Vencerlos por esa vía iba a ser imposible. Necesitaría otro plan.

Calculó el itinerario que tendrían que seguir, así como el tiempo que tardarían en recorrerlo. Una vez apresado el gauta, pensó, tendrían que haberse dirigido al norte. A Cotentin. Allí estaba el chiquillo. Eso le daba cierto margen de maniobra. Tal vez aún estuviera a tiempo de atajarlos en su regreso hacia Vannes. Vislumbrando una débil esperanza, trató de recordar algún punto estratégico en el camino. Algún sitio donde tenderles una emboscada.

Pensó y pensó, pero nada. Del pantano normando al sur de Bretaña había muchos caminos. Era imposible prever cuál cogerían.

A punto de desesperar, recordó un punto exacto. Una imagen, súbita como un rayo, alumbró de repente la oscuridad. Sí, había un lugar, y no estaba lejos.

La noche iba muriendo poco a poco. El sol naciente difuminaba, muy despacio, la oscuridad. Miró por la ventana, taciturno y apremiado a la vez. A unas tres leguas tan solo de Saint Michel, recordó, había un sitio por el que los captores de Beadur y Aydan tendrían que pasar tomaran el camino que tomaran. Cualquier alternativa supondría un rodeo, y no parecía probable que tuvieran tiempo que perder. Evocó el lugar; un puente de piedra, largo y estrecho. Un paso obligado entre Normandía y Bretaña.

«Pontaubault».

Al momento, se incorporó como un resorte. Tenía que discurrir un plan y ponerlo en práctica antes de que aquellos mercenarios atravesasen La Sélune con sus prisioneros. Se puso en marcha. Ya pensaría algo. Llegar a aquel lugar iba a llevarle un par de horas. Mientras tanto, seguro que se le ocurría alguna manera de intentar liberarlos.

Las ideas emergían, súbitas, en su mente. Aquella palabra, prisioneros, le hizo evocar un recuerdo antiguo. Una vivencia lejana que le había dejado marcado.

La imagen de los hombres encerrados en el lazareto de Vathy apareció entonces ante él. Un lugar de pesadilla en la isla de Ítaca, cerca de Rodas. Allí había pasado años, cuando era apenas un muchacho, aprendiendo con los mejores escribanos de la cristiandad mientras observaba desde la distancia la penosa existencia de los leprosos. De los condenados que languidecían encerrados de por vida en aquella cárcel sin puertas.

Se vio a sí mismo con quince años contemplando a los malditos. Viendo cómo con cada día que pasaba se iban agotando sus frágiles esperanzas. La angustia le hizo recordar a los leprosos de Vathy, auténticos muertos en vida. Condenados al olvido y obligados a vagar en círculo, como almas en pena,

hasta el fin de sus días.

Al rato, volvió en sí. Mientras una ocurrencia difusa empezaba a tomar forma en su imaginación, salió de la biblioteca. Tendría que estar listo para la bajamar. Una idea, aún indefinida pero ya esbozada, acababa de aparecer entre la bruma.

Pasaría por el hospital de la abadía antes de partir. Allí cogería prestada una de las caperuzas grises que los boticarios empleaban para envolver a los leprosos. Para tapar su terrible enfermedad antes de declararlos proscritos en el mundo de los vivos y condenarlos a errar por los caminos sin posibilidad de contacto con sus semejantes. Todavía no sabía muy bien qué acabaría haciendo con aquellos ropajes, pero era lo único que tenía.

Ya concretaría el plan definitivo de camino a Pontaubault.

Salió al corredor con gesto serio. Liberar a los prisioneros de sus captores le parecía tan probable en ese momento como alcanzar la misma luna. No obstante, se dijo, había que intentarlo. Apretó el paso en dirección al hospital monástico, pero al bajar por la escalera de caracol su mirada se endureció. Acababa de imaginarse a Beadur encadenado y sometido a tortura.

A raíz de lo poco que sabía sobre los perseguidores de Aydan, se avecinaba una lucha contra lo imposible. Definitivamente, frunció el ceño, iba a necesitar que los astros se alinearan. Después tomó aire profundamente y sacudió la cabeza para espantar los malos augurios.

—Nada está perdido mientras estemos vivos —murmuró, frotándose los nudillos.

No quería pensar que, en realidad, iba a necesitar un auténtico milagro.

Sin embargo, trató de convencerse, a veces los milagros suceden.

LXXIV

Suposiciones vagas. Eso era cuanto tenía.

Es decir, apenas nada.

Sin embargo, algo en el interior de Jolivet lo apremiaba a salir al encuentro de aquellas sombras inciertas. Sí, se repitió una vez más. Trataría de interponerse en el camino de aquellos espectros que habían atravesado los muros de la abadía como por arte de magia. Tal vez fuese la última esperanza de Beadur.

«Y de Aydan».

Un paso rápido que a ratos derivaba en trote le permitió llegar en poco más de dos horas. Ni sabría decir cómo sus sandalias habían volado sobre las tres leguas que separaban Saint Michel del viejo puente sobre La Sélune.

Cuando aún mil tribulaciones daban vueltas en su frente arrugada, y antes siquiera de haberse dado cuenta, al fin se dio de bruces con el lugar.

Allí estaba. Pontaubault.

El paso que separaba Bretaña de Normandía.

Miró hacia arriba. El sol ya estaba alto. Rogó fervientemente que no hubieran pasado aún. Al no ver a nadie sobre el puente, se tranquilizó. Era casi imposible que aquello hubiera sucedido. Según sus cálculos aún debía de estar a tiempo de interceptarlos, pero por si acaso les dio otra vuelta. Contando con que hubieran capturado a Beadur mientras regresaba a Cotentin, y que esa misma madrugada hubieran atrapado al chiquillo, podrían haber pasado por allí la noche anterior si no se hubieran detenido a descansar ni un minuto. No parecía probable. Por muy rápidos que fueran, tendrían que haber acampado al menos una de las dos noches. Al fin y al cabo, eran humanos. Necesitarían descansar.

Tras un rato debatiéndose, al fin se convenció de nuevo. Por lógica, deberían cruzar el puente a lo largo de ese mismo día. Se dispuso a esperar.

Lo que él no sabía era que Beadur había logrado retrasar la marcha del grupo para facilitar la huida de Aydan. Tampoco que a esa misma hora el niño era perseguido por Dreng a través de las landas que bordeaban el camino de Saint-Lô.

La única previsión acertada de Jolivet tenía que ver con Atkin y los arqueros. Aquellos hombres sí se dirigían a Vannes en aquel mismo instante.

Fuera como fuese, el tiempo de las elucubraciones había quedado atrás.

Así pues, se dispuso a actuar. Si pasaban por allí, tendría que estar listo. Además, mientras esperaba necesitaba mantenerse ocupado. Si no, se iba a volver loco.

El lugar era tal y como él lo recordaba. Un puente largo y estrecho extendía sus diez arcos sobre un estero salobre en mitad de una campiña. Con la mañana ya bien avanzada, nada alteraba la placidez de sus aguas negras. Abrió el petate que había llevado consigo. Era la hora de ejecutar el plan que acababa de improvisar. El hospitalero de la congregación le había entregado sin chistar aquel pedido estrafalario. Con gesto de extrañeza, pero sin hacer preguntas.

Junto al puente, Jolivet reprimió la dentera al desenvolver el fardo. Allí estaba, siniestra e impasible, la indumentaria con la había que ataviar a cualquier enfermo de lepra que llegara a Saint Michel.

Primero, una capucha gris que tapaba la cara. Con aquello se envolvía la cabeza para ocultar las deformidades que provocaba la enfermedad en el rostro de los enfermos. Sacó el resto. Unos vendajes para envolver los miembros putrefactos y una carraca con la que los malditos debían advertir a la gente de su presencia. Finalmente, un sudario amplio que todo leproso debía vestir el resto de su vida para que los vivos pudieran identificarlos y mantenerse a

distancia.

Esa era la única manera de evitar que se propagase la enfermedad.

Las leproserías no abundaban, y las que había eran poco menos que cementerios para vivos. Cárceles donde los leprosos languidecían con una única perspectiva: morir poco a poco. Por eso la mayoría vagaba por los caminos, malviviendo de la caridad. Un nuevo escalofrío lo sacudió.

Entre todos los instintos que dominan al ser humano, pensó, tal vez el más irracional sea el de aferrarse a la vida.

Tuvo que tragarse una buena dosis de aversión. Sin embargo, siguió adelante. Su plan era desesperado, pero era todo cuanto tenía. Venciendo la impresión, se echó por encima aquella ropa tétrica. Todo por su viejo amigo, se repitió una y otra vez.

«Todo por el pequeño».

Robert Jolivet se disfrazó de leproso bajo el último arco de Pontaubault. Después oteó el camino. Ya solo faltaba esperar la llegada de una comitiva. Repasó el plan. Lo haría con un pequeño cuchillo camuflado entre los vendajes. Si sus previsiones eran acertadas, aún había esperanza.

Reprimiendo el nerviosismo que lo invadía, cerró los ojos. Las dudas volvieron a asaltarlo al cabo de un rato. Una vez más, rogó que sus cálculos no estuvieran errados. Que aquel comando de mercenarios, tal y como había deducido tras el robo de la carta, acabase pasando por allí. Al fin y al cabo, aquel era el camino más directo a Vannes.

Respiró hondo, tratando de convencerse. Aquella era la única deducción lógica, visto lo visto. Sin embargo, no logró tranquilizarse. Los remordimientos lo asaltaban una y otra vez, recordándole los temores de Beadur y su propia condescendencia. El cerco que se había estrechado en los últimos tiempos. El robo de la carta que tan despreocupadamente había dejado en la biblioteca. Apretó los dientes. Tranquilo, Robert. Tienen que estar a punto de atravesar este lugar.

Se imaginó el encuentro. No iba a ser fácil. Quienquiera que fuesen, aquellos esbirros cumplían órdenes directas del poderoso condado de Gwened. Desde luego, era imposible plantarles cara por las armas, y mucho menos denunciarlos ante la autoridad. Así pues, solo tenía una posibilidad remota de liberar a los prisioneros.

Aprovechando las estrecheces del puente, les tendería una emboscada. De ahí los ropajes de leproso. Para cuando lo viesen, ya no podrían evitarlo. Ese sería el momento de generar la mayor confusión posible. Los jinetes tratarían de apartarse, los caballos se pondrían nerviosos y, con suerte, el revuelo le permitiría deslizar el pequeño puñal al alcance de Beadur o de Aydan sin que sus captores se percatasen. Ellos sabrían qué hacer con él.

El resto de la mañana se le hizo eterna, allí escondido y con el corazón acelerado, aguardando la llegada de los soldados. No obstante, lo único que

vio pasar fue el exasperante fluir de la corriente a sus pies y el tránsito pausado de las nubes allá arriba, en el cielo. Como si el mundo entero se hubiera conjurado para desperezarse con una parsimonia desquiciante.

El paso de las horas fue minando su convicción, ya inicialmente precaria. Cuando el sol llegó a su punto álgido, empezó a cuestionarse si no habría ido demasiado lejos en sus suposiciones. Aquellos hombres le habían robado la carta, sí. Unos ladrones extraordinarios. No en vano habían logrado entrar en la biblioteca de alguna manera que no alcanzaba a imaginar.

De acuerdo, se dijo, pero todo lo demás eran castillos en el aire. Eso no implicaba necesariamente que el gran guerrero gauta, cuya fama traspasaba fronteras, hubiese caído en su poder. Tal vez hubiera logrado evadirlos, o ni siquiera se hubieran atrevido a intentar capturarlo. Incluso, caviló, era probable que en ese mismo momento el maestro y su pupilo estuvieran acabando de recoger sus pertenencias para partir hacia el puerto de Sant Maloü. En ese caso, frunció el ceño, no podía faltar a la cita.

Tenía que contarles lo sucedido. Además, el amuleto de Alix seguía estando en su poder.

La tarde fue cayendo tan gota a gota como la mañana. La ansiedad del bibliotecario fue creciendo con las sombras de los árboles, bajo las dudas de la incertidumbre. Ataviado con el disfraz de leproso, se mantuvo oculto en el extremo sur del gran puente, más invadido por la impaciencia con cada minuto que pasaba. Ya apenas esperaba que un número indeterminado de caballeros llegase a aparecer por la otra punta. Al caer el atardecer, sumido en un mar de dudas, decidió por fin regresar a la abadía. Al día siguiente partiría hacia la ciudad portuaria. Ya solo le quedaba esperar que Beadur y Aydan acudieran a la cita. Poco más podía hacer.

Una incerteza ácida lo corroía por dentro. Aquella incertidumbre se le antojó peor que cualquier noticia, por terrible que esta pudiera ser. Se dispuso a volver a Saint Michel. Inconscientemente, se mordió el labio inferior. Ni se dio cuenta, pero lo hizo con tanta fuerza que llegó a notar el sabor de la sangre. Súbitamente de vuelta, negó con la cabeza. No quedaba más remedio que rendirse a la evidencia. Todo lo que había deducido a raíz de la desaparición de la carta podía no haber sido más que la exageración de su imaginación atormentada.

Un exceso de celo derivado de la exagerada cautela del gauta.

Pensó en quitarse los ropajes, pero no tuvo ánimo. Aquella desazón le partía el alma. Solo restaban un par de horas de luz, el tiempo justo para recorrer el camino de vuelta a Saint Michel. Entonces echó un último vistazo al agua y resopló. Tocaba emprender el regreso a la abadía. Decidió que lo haría vestido de leproso. Eso lo aislaría más aun de quienes se cruzasen en su camino.

Una extraña sensación de derrota se apoderó de él cuando salió al camino

con los hombros hundidos y el puente a sus espaldas. La carraca repicó en su mano con un sonido lúgubre. No podía más. Se rendía.

Sin embargo, el ruido lejano de unos cascos le hizo mirar atrás.

Se quedó paralizado. La súbita aparición de cuatro jinetes en el otro extremo del puente lo puso en alerta. Ya había poca luz, pero desde la distancia le pareció vislumbrar que uno de los soldados, el que encabezaba la comitiva, guiaba la montura del que avanzaba en segundo lugar. La extraña postura de este y la actitud vigilante de los dos que cerraban el grupo suponían un cuadro extraño. El que cabalgaba en medio tenía que ser un prisionero. Los indicios eran claros. A medida que se acercaban, Jolivet pudo reconocer en él una silueta familiar. Entonces, sintió cómo se le desbocaba el corazón.

El rehén era Beadur.

Sin tiempo siquiera para preguntarse cómo tres hombres solos habían logrado prender al legendario Fantasma Gris, ni dónde rayos podía estar Aydan, retrocedió. Por suerte, no se había quitado el disfraz.

Muy despacio al principio, se dirigió a su encuentro, dispuesto a ejecutar el plan que había improvisado esa misma mañana. Los jinetes también se adentraron en el viaducto. Estaban tan concentrados en el prisionero que no advirtieron que en el otro extremo una figura siniestra los acechaba. El puente era largo, unos cien pasos, y bastante estrecho. Si dos carros se acercaban a la vez desde sus extremos, el último en llegar tenía que esperar a que el otro hubiera salido. Un paso angosto a media luz. Justo lo que Robert necesitaba.

Bajo la penumbra del atardecer, y oculto por los ropajes malditos, les salió al paso. Los jinetes ya habían recorrido un buen trecho directos a sus brazos. Jolivet empezó a tambalearse apoyado en el bastón, como hubiera hecho un auténtico leproso. Llevaba el pequeño cuchillo oculto entre los vendajes de las manos y el corazón a punto de explotar.

Los caballeros avanzaron sobre el puente con aire fatigado. Al acercarse, Jolivet empezó a temblar bajo la caperuza gris.

—Será un milagro que no nos maten, Beadur —murmuró, nervioso—. Cruza los dedos. Más que nunca, necesitamos que los astros decidan alinearse hoy sobre nuestras cabezas.

Pese a todo, siguió adelante.

En ocasiones, forzar un milagro es la única opción.

LXXV

Los jinetes no habían parado desde Cotentin.

La vigilancia del prisionero los obligaba a cabalgar despacio. Sabían que,

incluso atado, Njöror seguía siendo letal. Atkin insistió una y otra vez en que no le perdieran ojo en ningún momento. Los arqueros, con las armas siempre listas, llevaban los caballos al paso tras él. Era lo más seguro.

La ausencia de paradas les permitió recorrer una buena distancia al cabo del día. Abandonado el pantano, las monturas avanzaron sin descanso hacia el suroeste permitiéndose un trote suave cuando el camino transcurría en campo abierto. Sin quitarle ojo al rehén, eso sí. Primero, seguridad. Después, velocidad. Eso decía siempre el comandante.

Atkin llevaba tensa la cuerda que unía su silla con la de Beadur. Además, cada hora se detenía para revisar con minuciosidad sus ataduras. Los tres comprobaban con mil ojos que el prisionero siguiera estando inmovilizado, tanto de manos como de pies. Solo tras haberse cerciorado continuaban la marcha.

El gauta, por su parte, no dejó de retorcer los dedos y las muñecas ni por un instante. Si le permitiesen hacer aquello durante horas llegaría a abrir una holgura suficiente como para liberarse, estaba seguro. Era un esfuerzo inútil, porque cada poco tiempo volvían a apretarle las ligaduras, pero, a pesar de todo, no cejó en su empeño. La pasividad, y de esto sí que estaba seguro, no iba a servirle de nada.

Con la caída del atardecer los cuatro jinetes estaban exhaustos. Beadur llevaba ya dos noches sin dormir, tenía la cara amoratada por los golpes de Dreng y todo el cuerpo magullado. La sangre seca manchaba su barba y su ropa. Aun así, lo daba todo por bien empleado.

Modesta represalia, en cualquier caso, a cambio de la huida de Aydan.

Los arqueros se mantenían en guardia a duras penas. Se habían pasado los últimos días en un estado de tensión permanente, obligados a vigilar sin descanso al temible hospitalario del que hablaban las leyendas. Aquel tipo de misiones no estaban hechas para su pulso de acero. Además, la noche anterior apenas habían podido dormir un par de horas, atragantados con el humo y la neblina.

—Antes de acampar cruzaremos La Sélune —indicó Atkin, tras echar un vistazo al sol anaranjado que iba bajando sobre el horizonte—. No debe de faltar más de una legua. Será mejor pernoctar ya en tierras bretonas que en este maldito polvorín.

Los otros dos asintieron. Bajo la piel de Normandía se percibía el latido de la guerra. Mejor pasar la raya, sí. Conocían el lugar. El río, que desembocaba en la bahía de Saint Michel, se franqueaba a través de un puente alargado que llamaban de Pontaubault. En cuanto lo atravesaran estarían en Bretaña. Entonces podrían descansar. Buscarían un cobijo discreto en las profundidades de un bosque, encenderían una hoguera y atarían al prisionero a algún árbol con cien nudos si fuera preciso. Después se relevarían para dormir, haciendo guardia por turnos.

Pasara lo que pasara, lo prioritario era no perderlo de vista.

Al vislumbrar el puente, Atkin respiró con alivio. Salir de una vez por todas de tierras normandas suponía un gran paso para una misión tan delicada. Verse cerca del descanso reconfortó su ánimo.

—Ya casi estamos —anunció por lo bajo hacia sus espaldas.

Los arqueros cruzaron una mirada de satisfacción. Estaban agotados. Aun así, saberse a punto de acampar no alivió su hastío. Querían parar ya. Aquella cabalgada interminable, con tanta tensión añadida, había sido un infierno.

Entraron en el puente con aire fatigado. Las aguas negras se extendían a ambos lados, flanqueadas en las riberas por una sucesión interminable de juncos donde anidaban las avocetas. El sol empezaba a ocultarse, dejando un reguero de destellos anaranjados aguas abajo. Las sombras de los árboles se alargaban sobre la hierba. Avanzaron lentamente. El prisionero seguía centrando toda su atención.

Al rato, Atkin percibió un movimiento en la lejanía. Bajo la suave claridad del atardecer, una figura avanzaba hacia ellos desde el extremo contrario. Tal y como estipulaba el protocolo, el jinete colocó una mano sobre la empuñadura. En principio pensó que sería un campesino cualquiera, pero el paso vacilante y la extraña indumentaria no tardaron en llamar su atención.

En cualquier otra circunstancia hubiera ordenado retroceder, pero apenas podía verlo y estaba agotado. Además, en el peor de los casos, eran tres contra uno. Beadur también se alertó.

«En este oficio, nunca lo olvides, las casualidades no existen».

Atkin tardó en procesar lo que estaba a punto de suceder. La penumbra y la distancia le impedían ver con claridad, y para cuando quiso tomar una decisión ya no había margen de maniobra. Era demasiado tarde cuando un sonido espantoso le confirmó lo que se avecinaba. Para entonces, la figura de andar vacilante ya se les había echado encima.

Un castañeteo inconfundible les anunció que aquel hombre era un leproso. Uno de aquellos malditos errantes que vivían condenados a una agonía espantosa.

—Limosna para el mendigo… —oyeron que se lamentaba.

Su voz, a través de la caperuza, les erizó el vello. Por su forma de hablar, a aquel desgraciado ya posiblemente no le quedarían ni labios ni dientes. Su lengua, de hecho, no debía ser ya más que un pedazo de carne putrefacta.

Sobrecogidos por el espanto, se percataron de que no podían esquivarlo. Atkin quiso apartar su caballo, pero la angostura del paso se lo impidió. Aun así, los movimientos torpes del encapuchado le dejaron una salida, y gracias a un enérgico golpe de espuelas logró pasar a su lado sin apenas tocarlo.

—Noble señor… por piedad… —El leproso, al no llegar al jinete que encabezaba la comitiva, se acercó al segundo.

El prisionero, pese a llevar su caballo atado al primero, quedó a su alcance

durante un momento.

—¡Apartaos! —gritó uno de los arqueros, al ver que el mendigo se agarraba a la pierna de Beadur—. ¡No toquéis a ese hombre!

Los dos hombres tardaron menos de un segundo en estar prestos para disparar.

El leproso, acobardado, se echó hacia atrás. Intentó protegerse la cabeza con los brazos, pero no lo logró. De un arreón, Atkin tiró con fuerza del caballo de Beadur, trastabillándolo. Al ver el paso franco, el arquero más próximo espoleó a su montura. Tenían que salir de allí. Aquel muerto en vida era repulsivo.

Los cuatro jinetes salieron a galope, obligando al pordiosero a hacerse a un lado.

Sacando la bota del estribo, el último le propinó al pasar una patada en medio del pecho. El golpe fue tan brutal que lo lanzó hacia atrás, haciéndole tropezar con el pretil de piedra y precipitarse de espaldas al río allí donde el agua era más profunda.

Casi no oyeron el estrépito de la zambullida. Su ruido fue amortiguado por los cascos de las cuatro monturas atronando el suelo del puente. Sin necesidad de que Atkin diese consigna alguna, los caballeros salieron a galope por el extremo sur de Pontaubault como alma que lleva el diablo.

Bajo los últimos rayos de aquel atardecer sombrío, llegaron a suelo bretón. A pesar de aquel último sobresalto, habían concluido aquella jornada agotadora. Los prados arbolados de la vieja Bretaña se abrieron ante ellos como un remanso de paz. Aún horrorizados, abandonaron el camino principal en busca de un escondite donde pernoctar. Atkin, ahora sí, respiró aliviado. Una vez fuera de Normandía, podían considerar superada la parte más peligrosa de aquella maldita misión. El inesperado episodio con el leproso en Pontaubault había hecho saltar todas las alertas, pero lo habían salvado sin mayores consecuencias. Ahora podrían descansar. Estaban sanos y salvos.

Eso, al menos, creía él.

Mientras las primeras estrellas se reflejaban en las aguas negras de La Sélune, Jolivet nadaba hacia la orilla. Bajo la capucha gris, una sonrisa iluminaba su rostro. Tenía que ganar la ribera antes de emprender un apresurado regreso a Saint Michel. La caída desde lo alto del puente había sido aparatosa, pero por suerte estaba ileso.

Sin embargo, no era su buena fortuna la que provocaba aquella sonrisa. Cierto que había sido por poco, y que podía haberle costado la vida, pero había logrado su objetivo.

El pequeño cuchillo estaba ahora bajo la manga de Beadur.

Ya en el bosque, mientras un arquero le apuntaba al corazón con una flecha envenenada, el gauta se dejó desatar del caballo. Entre Atkin y el otro soldado, sin aflojar ni un ápice las ligaduras que le laceraban la piel, lo descabalgaron sin contemplaciones.

Con todo tipo de precauciones lo amarraron, con los brazos por detrás, al tronco de un árbol. Después, tras comprobar que había quedado bien asegurado, organizaron el campamento y se repartieron las guardias nocturnas.

—Yo haré la primera —indicó Atkin.

Era el Fantasma Gris. Quitarle los ojos de encima era un suicidio.

Después de la cena de campaña, frugal pero suficiente, los arqueros se quedaron dormidos en cuestión de segundos. Atkin los dejó allí, roncando a unos pasos de la hoguera, y se colocó ante el prisionero. Con un arco delante se sentó frente a Beadur. Para evitar que lo venciera el sueño se puso a afilar la espada.

El hospitalario, aparentando también que dormía, esperó pacientemente a que llegara su oportunidad. El supuesto leproso que les había salido al paso en Pontaubault había logrado introducirle, en una mínima fracción de segundo, un puñal de hoja corta bajo la manga de la camisa.

Bendito Jolivet, pensó con los ojos cerrados. Solo tú podías haber previsto esto.

Mientras esperaba a que Atkin fuera sustituido por un arquero, Beadur rumió la impaciencia que lo carcomía. No tenía más remedio que esperar. El siguiente vigía, a buen seguro, estaría adormilado cuando su jefe le diera el relevo. Había resultado cierto que el camino entre Cotentin y Vannes era muy largo. Tal y como él había previsto, durante un trayecto así podían pasar muchas cosas. Hasta la más impredecible, como acababa de quedar en evidencia.

Incluso, como había rogado el día anterior contra toda esperanza, un auténtico milagro. Esta vez, en forma de golpe audaz ejecutado con maestría por el gran Jolivet, figura principal de los caballeros de San Juan de Jerusalén en la jerarquía normanda. Tal vez vigilase Saint Michel desde la biblioteca, y no en un campo de batalla, pero sí. Él también era un hospitalario.

Beadur reprimió una sonrisa. Tal vez fuera cierto que los milagros existieran, o tal vez no.

Lo que sí se presentaba como irrebatible una vez más en aquella existencia de guerras e intrigas era la vieja verdad tantas veces repetida:

«En nuestro mundo, Aydan, las casualidades no existen».

LXXVI

Atkin no se dejó vencer por el agotamiento.

Durante horas, se mantuvo alerta frente a un Beadur que simulaba dormir atado al árbol. En el bosque no se movía una hoja. Los párpados le pesaban, pero logró resistir. Dreng no habría nombrado lugarteniente a cualquiera.

Las horas fueron cayendo, lentas, sobre su cabeza. Cuando ya apenas era capaz de mantenerse erguido, despertó al primero de los arqueros para que lo relevara. Pese al cansancio acumulado, el soldado se levantó al momento. Aquellos hombres estaban acostumbrados a dormir en estado de alerta. A despertarse en guardia cuando fuera necesario. Con todo, en cuanto Atkin se acostó junto al fuego y se puso a roncar, Beadur supo que allí estaba su oportunidad. Unos síntomas más que claros indicaban que su nuevo guardián estaba exhausto. El gauta simulaba dormir, pero en realidad lo estaba viendo todo por una rendija mínima abierta entre sus párpados.

Durante la primera hora el soldado se mantuvo inmóvil, con los ojos muy abiertos. Con cara de sueño y el pelo alborotado, se quedó mirando al suelo sin apenas moverse. Sin embargo, a partir de ahí su parpadeo se fue haciendo cada vez más lento. Por fin, Beadur apreció que empezaba a cabecear.

Los dos días y medio de tensión acumulada, más el par de noches que llevaba casi sin dormir le pasaban factura al fin. Además, estaba confiado. No tenía motivos para no estarlo. Al empezar la guardia se había vuelto a asegurar de que las ataduras del prisionero siguiesen bien apretadas. Claro que seguían firmes, asintió antes de sentarse. No había manera de que hubiera podido aflojarlas, y mucho menos huir.

El gauta parecía dormir como un bebé. Visto así, caviló, no parecía tan fiero.

Aprovechando los momentos en los que el soldado, aunque sentado, cerraba los ojos, Beadur fue deslizando el cuchillo que Jolivet le había metido bajo la manga en Pontaubault. Muy poco a poco, el arma que el guerrero había mantenido camuflada entre las arrugas de su camisa fue descendiendo hasta asomar a la altura de la muñeca.

A la luz de la hoguera que crepitaba alegremente bajo las ramas de los árboles, el centinela abrió los ojos de repente. Lo hizo sin previo aviso, justo cuando el puñal había llegado a los dedos de Beadur. El prisionero tuvo que reprimir una reacción de sobresalto para no provocar las sospechas del soldado. El arquero se quedó mirándolo con suspicacia, como si hubiera percibido alguna maniobra extraña. Algún movimiento sospechoso, por mínimo que fuese.

A Beadur se le paró el corazón cuando el soldado inició un movimiento oxidado para levantarse. Al parecer, había pensado que era mejor asegurarse de que las ligaduras seguían prietas. Ya con el cuchillo entre los dedos de la mano derecha, el prisionero se vio perdido. Si dejaba caer el puñal entre la hierba, al pie del árbol, ya no lo podría recuperar. Si lo mantenía en la mano, su

guardián lo hallaría en cuanto echara un vistazo para supervisar las cuerdas.

Sin otra alternativa, y como medida desesperada, empezó a roncar. Durante años de entrenamiento había aprendido a resistir el sueño. Hasta una semana entera le habían hecho pasar, allá en los desiertos de Oriente, sin pegar ojo. También a controlarlo. A dormir en cualquier momento del día, incluso de pie si era preciso. En aquel tiempo había adquirido otras habilidades semejantes. Era capaz de despertar al menor ruido, ya en guardia, y estaba seguro de no roncar jamás. Empero, en aquella ocasión tuvo que hacerlo. Y además, de una forma ruidosa y placentera, simulando que se encontraba en lo más profundo de un sueño reparador.

El arquero, ya medio incorporado, se detuvo. Dubitativo, se quedó mirándolo durante unos segundos interminables. Beadur siguió roncando, pero con el corazón a punto de salírsele por la boca. Era ahora o nunca. Consumar el milagro o sufrir un aparatoso fracaso.

Finalmente, vislumbró entre las pestañas cómo el arquero volvía a sentarse con un sonoro suspiro. La noche se le estaba haciendo eterna, era obvio. Tanto, que al cabo de unos minutos, acunado por los ronquidos del guerrero, empezó a cabecear de nuevo.

Beadur aprovechó el momento para cortar la cuerda que le ataba por detrás una mano a la otra. Muy despacio, y vigilando en todo momento las evoluciones del centinela, fue aserrando poco a poco las ligaduras que lo mantenían inmóvil. Sin perderle ojo al soldado, y ya con las manos libres, cortó también la cuerda que le ataba los pies. El arquero, con su arma posada en el suelo, seguía con los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho.

El gauta se puso en pie conteniendo el aliento. Sus opciones de éxito pasaban por actuar con máxima rapidez y sigilo absoluto. A pesar de la tensión de la huida, su máxima urgencia era regresar a Normandía. Aydan llevaba todo el día huyendo de los hombres de Dreng.

El tiempo para ayudarlo, si es que aún quedaba alguno, se agotaba. Ya estaba casi listo. Se preparó para huir.

Atkin y el otro arquero dormían plácidamente a unos pasos, al calor de las brasas que iluminaban el claro. Sin hacer ningún ruido que pudiera ponerlos sobre aviso, el guerrero empezó a alejarse. Sabía dónde habían dejado los caballos amarrados. En una situación así, nunca se desensillaban. Aquellas operaciones requerían de una disponibilidad inmediata.

Barajó la opción de asesinarlos a los tres, pero la descartó al momento. Era demasiado arriesgada. Contaba con el factor sorpresa, pero eran tres auténticos profesionales, no como los gañanes de Vannes que había liquidado en Quiberon. Además, pese a que confiaba en poder vencerlos, podía ser que lo hirieran en el trascurso de la batalla. En otras circunstancias no lo hubiera dudado, pero esta vez no podía arriesgarse. Aydan lo necesitaba.

Era mejor deslizarse como un fantasma hasta las cabalgaduras y salir a toda

prisa antes de que lograsen reaccionar. Montaría el caballo de Atkin, el más rápido, y se llevaría a los otros tres por la brida.

Sin monturas no podrían seguirlo. De hecho, iban a tener que quedarse allí hasta que llegara el amanecer. Y aun después su única opción sería tratar de conseguir tres nuevos caballos para regresar, derrotados, con su comandante. Para cuando llegasen, él ya habría hallado la forma de emboscar a Straw y huir con el pequeño.

El arquero de guardia seguía adormilado. Beadur se alejó poco a poco, como solo lo hubiera podido hacer el Fantasma Gris del que se hablaba en las tabernas fronterizas. No hizo ningún ruido, no pisó una hoja seca ni tocó una rama que alterara el silencio nocturno del bosque. Nada.

Aun así, algo sucedió.

Sin motivo aparente, tal y como había hecho unos minutos antes, el centinela abrió los ojos de pronto. Fue como una reacción instintiva. Una especie de espasmo provocado por un duermevela entre la tensión y el agotamiento. Beadur, petrificado, lo miró con los ojos muy abiertos. El hombre le devolvió una expresión aturdida, como si saliera directamente del otro mundo. Durante un relámpago, las miradas de los dos hombres se encontraron.

El mundo entero se detuvo en un segundo interminable.

Al momento, el arquero inició un movimiento rápido para coger su arma. La tenía en el suelo, al alcance de la mano. Sin embargo, no tuvo tiempo. El cuchillo de Jolivet, con el que Beadur acababa de cortar la cuerda, y que sostenía aún en la mano, salió disparado hacia él. Id pequeño puñal se clavó en su garganta, atravesándole la tráquea de lado a lado. Fue incapaz de emitir ni un grito de alarma. Lo único que alcanzó a hacer fue echarse las manos al cuello con un gesto de aterrorizada sorpresa en el rostro.

Beadur había acertado en el blanco. Con un arma tan pequeña, era impensable atravesar la coraza que protegía el pecho de aquellos hombres. El cuello, por tanto, era el punto más letal. El peligro, aun así, no había pasado. Pese a quedarse mudo, el herido trató de tapar con las manos el caudal de sangre que brotaba de su garganta y salpicaba la hierba a su alrededor. Presa del pánico, dio unos pasos vacilantes y acabó por caer aparatosamente sobre la hoguera.

El estrépito hizo que Atkin y el otro arquero se incorporaran de un salto.

Los dos se pusieron en guardia en un abrir y cerrar de ojos, pero solo tuvieron tiempo de ver como el gauta se internaba a toda velocidad entre el follaje. El tiempo que los dos soldados tardaron en hacerse cargo de la situación y retirar a su compañero del fuego le permitió a Beadur llegar a los caballos y desatar a toda prisa el primero que encontró.

Perdido el factor sorpresa, no había margen para soltarlos a todos. Huiría galopando al amparo de la oscuridad. Solo si no perdía un instante estaría

fuera del alcance de sus perseguidores antes de que lograran ponerse en marcha. Para cuando la luz del día les permitiera seguir su rastro, él ya estaría galopando de vuelta sobre las verdes praderas normandas.

Así lo hizo. La reacción de los ingleses fue rápida, pero no tanto como para atajar su huida. Cuando Atkin salió disparado tras él, Beadur ya arreaba el caballo con violencia entre la maleza. Sabiéndose casi a salvo partió a galope, alejándose como un rayo del fulgor anaranjado de las llamas.

—¡Dispárale! —El gauta escuchó gritar en inglés normando a sus espaldas y sonrió.

Para entonces ya se había internado en la oscuridad. Un par de segundos más y se habría hecho invisible entre la espesura. Arreando con fiereza al caballo, se adentró con decisión entre los árboles. Apenas veía nada, pero confiaba en que el animal sabría guiarse. La voz de Atkin aún resonaba bajo la bóveda arbolada cuando la noche se lo tragó. La euforia, entonces, le hizo volar.

El arquero ya no lo tenía a tiro.

A ciegas, la probabilidad de acierto de aquella flecha era prácticamente nula. Sus ojos brillaron de emoción, y su trenza rubia ondeó entre las ramas. Por delante, renacía la esperanza. Tal vez aún estuviera a tiempo de ayudar a Aydan.

La cuerda del arco resonó a su espalda, pero no le hizo caso. Para entonces, él ya había desaparecido en la oscuridad. Además de invisibilidad, el follaje le proporcionaría protección contra el dardo envenenado. Sonrió de nuevo al imaginarse al soldado disparando a la desesperada bajo las órdenes de su jefe. Galopó confiado, con una expresión de victoria en su rostro aún desfigurado por los golpes.

Sin embargo, a veces, los milagros existen.

De la forma más inesperada, su sonrisa se vio súbitamente truncada por un dolor atroz. Una punzada terrible lo paralizó mientras el caballo seguía galopando. Al mirar abajo comprendió en un instante, antes de desvanecerse. La punta de acero de una flecha envenenada asomaba a la altura de su corazón. Ya solo fue consciente de que caía al suelo, de lado sobre la hierba tierna.

Sintiendo cómo todo se difuminaba a su alrededor, aún tuvo tiempo de escuchar los gritos de Atkin.

—¡A los caballos, pronto! ¡Tras él!

Los dos soldados corrieron hasta el lugar donde habían dejado sus cabalgaduras la noche anterior. Lo habían perdido, lo único que les quedaba ya por hacer era partir a ciegas tras el prisionero. Sin embargo, no llegaron a montar. Cuando estaban a punto, el caballo que Beadur acababa de robar apareció de repente entre los árboles.

Venía de regreso, piafando nervioso y sin jinete.

Los dos hombres se miraron asombrados. Al parecer, el gauta había caído. Por señas, se dispusieron a buscarlo, y tras un buen rato de avance cauteloso entre la maleza, al fin lo encontraron.

El gran Njöror había sido abatido por una flecha lanzada al azar. Atkin, aún incrédulo, meneó la cabeza al verlo allí tirado.

Mientras ataba al prisionero como un fardo, dispuesto a seguir camino hacia Vannes, oteó el cielo entre el follaje. Hacia el levante, el horizonte empezaba a teñirse de un débil color violáceo. Aún estremecido por lo cerca que habían estado del desastre, montó. Que aquella flecha hubiera acertado entre las ramas era un auténtico milagro. Ató la cuerda a su silla. Les quedaba un largo camino por delante. A veces hasta lo más improbable sucede, caviló. Después arreó su caballo y la comitiva, con un hombre menos, se puso en marcha. Mientras lo hacía, le echó un vistazo rápido al moribundo que gemía débilmente tras su espalda.

Sí, Njöror. Para tu desgracia esta vez, pero sí.

En ocasiones, los milagros suceden.

LXXVII

Solo faltaba asestar el golpe definitivo.

Con el chiquillo arrodillado y herido, Dreng se dispuso a separarle la cabeza del cuerpo. Así acabaría con aquel asunto de una maldita vez.

La ciudad de Saint-Lô, como un espejismo, asomaba en la lejanía.

—Saludos a tu madre, pequeño —sonrió Dreng—. Nos vemos en el infierno.

El caballo de Dagger se acercaba a galope por su espalda. Todo había salido a la perfección. Mientras él recogía la cabeza del chiquillo y la envolvía en un trapo, el soldado haría un agujero a un lado del camino. Lo justo para enterrar el cuerpo decapitado de aquel pequeño incordio.

Estaba asombrado, eso sí. El niño era un digno discípulo del gran Njöror, sin duda. Pocos guerreros hechos y derechos habrían sido capaces de detener así su primer ataque. Pese a todo, llegado a aquel punto no había lugar para la vacilación. Tenía que rematar aquel trabajo de una vez por todas. Al fin y al cabo, la misión le había ido encomendada más de diez años atrás. Incluso antes de que Aydan hubiera nacido, recordó. El único fracaso en una carrera hasta entonces impecable.

Su orgullo, herido desde que había leído la carta robada en Saint Michel, necesitaba aquella reparación. Caer en semejante burla a lo largo de tantos años era imperdonable. Él, el infalible comandante Straw, el más implacable

asesino de toda Inglaterra, había sido engañado como un vulgar *medio hombre*. No había excusas, por mucho que su error fuera consecuencia de una proeza sobrehumana. Aunque proviniese de un milagro obrado por la única persona capaz de algo así: la druida de Morbihan.

Al menos, eso creía él.

Aquel remolino detuvo su brazo durante un instante. Pero ahora, volvió en sí de repente, todo eso ya daba igual. Entonces tensó todos los músculos de su cuerpo fibroso.

El niño llevaba ya un par de segundos arrodillado, pálido como la misma muerte y agarrándose el hombro herido con gesto de dolor. El acero lo había atravesado de lado a lado, y la sangre brotaba entre sus dedos, empapándole la ropa. Estaba malherido, pero se resistía a sucumbir.

Dreng inició el golpe final, pero en el último instante el chiquillo lo enfrentó. Sus miradas se cruzaron como dos latigazos de fuego y el inglés vaciló. Los ojos de Aydan desprendían una furia animal. No había ni rastro del pavor a la muerte que había visto tantas veces en la expresión última de sus víctimas. Al contrario, el chiquillo estiraba el cuello, como desafiando a su asesino a que acabase su trabajo de una vez. Retándolo, sin atisbo de temor. Era insólito. Aquel chiquillo no parecía temer a la muerte.

A su espalda, el ruido de cascos ya estaba sobre ellos. Ahora sí, sonrió. Definitivamente, inició el mandoble hacia la garganta del niño arrodillado.

Sin embargo, no pudo completar la acción. Sus dudas le dieron a Douglas el tiempo justo para irrumpir entre ellos como una avalancha de nieve. El caballo se interpuso con decisión, apartando a Dreng de un empellón.

Sorprendido, el inglés estuvo a punto de caer al suelo.

—¡La justicia de Francia determinará el castigo que le corresponde a este muchacho, caballero! —exclamó el conde de Galloway, obligándolo a retroceder—. No puede haber cometido delito alguno que justifique semejante ajusticiamiento. ¡Un hombre contra un niño así, a sangre fría!

El mercenario se quedó mirándolo atónito, sin comprender aún qué había pasado. Había dado por hecho que el jinete que se acercaba a su espalda era Dagger. Según lo acordado, deberían reunirse más o menos a aquella hora en algún lugar del camino de Saint-Lô. Sin embargo, el recién llegado era un desconocido que se interponía entre él y su presa con una convicción apabullante. Un caballero lujosamente ataviado que hablaba con autoridad en un francés bastante forzado.

De hecho, le pareció adivinar tras sus palabras algo así como un acento inglés.

Superada la confusión del primer momento, Dreng retrocedió. Recuperado el equilibrio, esgrimió su arma de nuevo y se dispuso a hablar. Aquel supuesto compatriota debía saber que, de inmiscuirse en sus asuntos, tendría problemas con el mismísimo Henry de Lancaster. Con el rey de

Inglaterra en persona. Ningún inglés, estaba seguro, querría verse en semejante trance.

En cuanto le hubiera explicado aquello, tendría que seguir su camino. Entonces remataría aquel condenado trabajo.

—Mi reino se encuentra al otro lado del mar, amigo. —Straw respondió en perfecto inglés, y con un tono amenazador que no se molestó en disimular. Quiso dejar claro que él también provenía de Inglaterra y que no iba a renunciar a su presa—. Y mi misión ha sido encomendada por nuestro monarca en persona. Bien seguro que no querréis enfrentaros a él, vuestro señor.

El sorprendido ahora, tras escuchar aquello, fue Douglas. Aquel hombre no solo era inglés, sino que afirmaba estar cumpliendo órdenes de su rey. Aquella rata de Lancaster, usurpador sin escrúpulos. Entonces empuñó su espada. Impedir la ejecución de aquel chiquillo desconocido había dejado de ser una cuestión de humanidad. De hecho, acababa de convertirse en un asunto personal.

—A decir verdad, caballero —la altiva respuesta de Galloway fue proferida en gaélico escocés. Tal y como esperaba, aquello acabó de desconcertar a Dreng—, los problemas que yo pueda tener con vuestro rey no son de vuestra incumbencia.

La sorpresa dejó mudo a Straw. No pudo más que aferrar la empuñadura, rabioso ante su propia imprudencia. Las cosas se habían complicado inexplicablemente en el momento más inoportuno.

Primero, había dado por hecho que quien se acercaba por detrás era su soldado. Una torpeza imperdonable. El jinete había resultado ser un desconocido con ganas de entrometerse en asuntos ajenos. Después, había interpretado erróneamente que aquel hombre era un compatriota. Otro error de principiante. El desastre se había completado al constatar finalmente que, en realidad, aquel hombre era escocés. Un enemigo, por tanto.

Agarró la espada con las dos manos. Aydan, también sorprendido por la irrupción del desconocido, se puso en pie a duras penas. La estocada del hombro le dolía terriblemente, pero la sangre ya no manaba con tanta profusión. Una vez más, la esperanza renacía cuando todo parecía perdido.

Los acantilados de Quiberon regresaron a su memoria. Justo a las puertas de la muerte, un desconocido aparecía de la nada para ayudarle. Revivió la súbita irrupción de Beadur entre la bruma, antes de liquidar a los soldados que lo habían acorralado contra el acantilado. Como en un sueño remoto, unas palabras lejanas resonaron dentro de su cabeza. La sabiduría del guerrero había resultado profética. Una vez más.

—«Por último, mi pequeño amigo, y ahí sí que no me preguntes el porqué, lo cierto es que una ayuda inesperada suele llegar justo en esos momentos límite».

Galloway, al ver que el inglés se ponía en guardia, desenfundó su acero. A pesar del terrible dolor que sentía, Aydan también se colocó en posición de combate. Tambaleándose y blanco como la cera, pero lo hizo. Agarrando la espada con la única mano útil que le quedaba, esperó con gesto de determinación.

—No interfiráis en mis asuntos, caballero —advirtió Dreng, con voz de hielo—. Mi compañero está a punto de llegar. Por muy bravo que os creáis, no sois rival para nosotros.

Douglas no respondió. Su posición sobre el caballo era ventajosa, y dudaba mucho que ese soldado inglés llegara antes que su comitiva. Al fin y al cabo, su pequeño escuadrón le pisaba los talones. Tenían que estar a punto de aparecer.

—Este chiquillo está recibiendo su merecido, eso es todo —aquello sonó a último aviso—. No os atañe lo que le pueda suceder.

Aydan, manteniéndose trabajosamente en pie, se colocó junto al caballo. Casi no podía sujetar la espada en alto, pero bajarla no era ni remotamente una opción.

Dreng cambió la guardia. Tendría que ejecutar un ataque disuasorio que obligara al jinete a defenderse. Una vez desestabilizados, podría asestarle un último mandoble mortal al chiquillo antes de huir a galope. Podría hacerlo antes de que el jinete reaccionara. Esta vez se aseguraría de no fallar.

El niño, herido y agotado, estaba casi indefenso. Dagger no acababa de llegar, pero un mal golpe bastaría para acabar con él de una vez. Sin embargo, justo cuando se disponía a atacar oyó un nuevo ruido de cascos tras de sí. Aprovechando su indecisión, Douglas colocó de nuevo el caballo entre el chiquillo y el inglés. Dreng se detuvo. Su soldado se acercaba por fin. Entre los dos acabarían enseguida. Una sonrisa tétrica se dibujó en su cara.

Solo tenía que esperar unos segundos. Todo estaba a punto de resolverse. Dagger se encargaría de aquel escocés entrometido y él remataría por fin el trabajo. Y lo haría con gusto, por descontado.

El pequeño ya estaba herido. Solo quedaba asestarle el golpe de gracia.

Sonrió, pero al mirar hacia atrás de soslayo su entusiasmo se desinfló. No daba crédito. Sus previsiones se venían abajo de nuevo con el estrépito de una estampida. Allá al fondo, a paso lento pero visiblemente alarmados por lo que estaban vislumbrando en la lejanía, se acercaban unos jinetes. Unos veinte, según estimó. Y ni rastro de Dagger.

—Si esperáis un poco, señor, puedo presentaros al resto de caballeros escoceses que me acompañan —observó Galloway, impertérrito, con la espada en la mano.

Dreng se puso rojo de ira.

Tras echarle una última mirada asesina a Aydan, corrió a su caballo. Ya no tenía nada que hacer allí. Furibundo, lo espoleó con furia y partió al galope,

internándose en el praderío que bordeaba la calzada. No se lo podía creer. Aquel maldito chiquillo se había librado otra vez. Era como si el mismo diablo estuviera de su parte.

No podía plantarle cara a aquella tropa él solo. Necesitaba su patrulla al completo.

Clavando salvajemente las espuelas en los flancos de su caballo de batalla, Dreng voló de nuevo sobre los campos normandos. Necesitaba reagrupar a sus soldados, no podía hacer otra cosa. Ya estudiarían después la manera de arrebatarle el chiquillo a aquel maldito escocés y a su pequeño ejército.

Y no iba a ser fácil, pensó mientras galopaba. Necesitarían sitiar Saint-Lô, y probablemente presentar batalla. Tendría que idear un buen plan. Una emboscada o algo parecido. No podía arriesgarse a un enfrentamiento abierto. Maldijo su mala suerte. No tenía ni idea de quiénes podían ser aquellos escoceses, y mucho menos de qué demonios hacían patrullando las calzadas de Normandía.

Deshizo el camino. No había tiempo que perder. Aquel asunto ya no era una simple misión frustrada. Era algo que comprometía seriamente su honor. Y mucho más, rumió.

Hasta su propia existencia estaba en juego.

Las cosas se habían torcido de una manera endiablada. Había que atajar aquella deriva impredecible antes de que fuera demasiado tarde. La caza del pequeño Robert de Gwened había pasado a ser, ahora sí, cuestión de vida o muerte. A pleno galope, los ojos de Dreng Straw relampaguearon al darse cuenta de la verdad última. A vida o muerte, sí. Ahora lo veía claro. No había más alternativas. Que uno viviese implicaba necesariamente que el otro cayese, antes o después. Esa era ya la única certeza.

Dreng Straw o Aydan Sneachd.

Solo podía quedar uno.

LXXVIII

Aydan llegó inconsciente a Saint-Lô.

Por suerte, despertó a tiempo de evitar que la sanadora del hospital le pusiera las manos encima. Tras ver cómo Dreng huía, se había desplomado. No le dio tiempo ni a ver cómo los caballeros escoceses llegaban a su altura. Obviamente, tampoco fue consciente de su gesto de perplejidad. Douglas les explicó lo sucedido a toda prisa. Después cargó el chiquillo sobre su caballo y partió a galope.

—Preguntad por mí en los hospitales de la ciudad.

Entretanto, Dreng volaba sobre los campos echando chispas por los ojos. No acababa de creerse la buena estrella de aquel mocoso.

—Solo sé que ese tipo es un asesino, y que es inglés —Douglas había rebatido de un plumazo las reticencias de sus compañeros—. Un buen escocés jamás permitiría que un niño muriese a manos de semejante escoria.

Aún sin haber acabado de hablar, lo sentó delante y salió como una exhalación. Ya de camino, examinó por encima el hombro del chiquillo. La herida era profunda, pero no parecía haber afectado a ningún órgano vital. La sangre ya no manaba apenas, y eso era buena señal. Sin embargo, la inconsciencia y la palidez del pequeño eran preocupantes.

Arreó su montura, estremecido. Aún no daba crédito a lo que acababa de ver. La bravura del chiquillo en aquella lucha cuerpo a cuerpo había sido asombrosa. Por no hablar de su maestría. Aun herido, se había mantenido a pie firme con la espada en la única mano útil. Aguantando en actitud desafiante hasta que aquel inglés sanguinario se batió en retirada. Lo nunca visto, desde luego. Tenía que salvarle la vida, aunque solo fuera por averiguar qué misterio ocultaba todo aquello.

Ya en la muralla de Saint-Lô, los guardias de la puerta le indicaron el hospital más cercano. Ni les dio las gracias. Tras haber instalado al chiquillo en la mejor alcoba, solicitó atención médica. No tardó en presentarse una curandera.

En todo Saint-Lô se respiraba un ambiente particular. Galloway advirtió al momento que allí la guerra vibraba con fuerza, aunque en un curioso piso inferior. La vieja Briovere, recordó entonces, siempre había dormido con una espada bajo la almohada.

La ciudad, fortificada desde tiempos inmemoriales, ya era territorio en conflicto antes de que las monarquías de Francia e Inglaterra se disputaran Normandía. Sus gentes nacían, vivían y morían en un permanente estado de sitio. Como si estar listos para la batalla hubiera llegado a ser su estado natural. La situación estratégica de la villa hacía de ella un bastión eternamente codiciado. Aquella era su cruz y su virtud. De ahí que sus habitantes se hubiesen acostumbrado a vivir, a lo largo de los siglos, en una alerta perpetua.

A pesar de eso, no tuvieron problemas para entrar. Los guardias comprendieron de un simple vistazo que el estado de aquel niño requería atención urgente. En un caso así, sobraban las preguntas Por eso no pusieron objecciones a la hora de franquearle el acceso a aquel caballero tan lujosamente ataviado. Por no hablar de su caballo, un ejemplar soberbio.

Ni le hizo falta decir que era escocés.

Los centinelas le habían reconocido como tal, y los hijos de Escocia eran considerados como hermanos por los bravos normandos. Los dos pueblos compartían un carácter firme, un profundo amor por su tierra y un odio

ancestral contra el mismo invasor. Inglaterra.

Pero este hombre, además, cargaba con un niño inconsciente sobre su montura. Moribundo, hasta se diría. No dudaron ni por un momento.

Aydan volvió en sí en la cama del hospital. Al abrir los ojos, una mujer de cabellos sucios y ropa enmohecida estaba a punto de aplicarle un remedio sobre la herida. Un ungüento hecho a base de ceniza, sangre de gallina y bosta de caballo estaba a punto de mezclarse con su sangre. Se apartó con tanto sobresalto que el propio Douglas, dándole por dormido, dio un respingo que casi le hizo caerse del camastro, donde estaba sentado. A pesar del dolor y la debilidad, el niño rechazó aquella pócima asquerosa de un manotazo.

La anciana le recordaba a Nolwenn Legoff; y el remedio que traía a aquellas curas sin lógica que, a juicio de Myrna, lo único que hacían era agravar los males que pretendían a curar.

—¡Apartad eso! —gritó Aydan.

La mujer, que ya estaba a punto de aplicarle la pasta en el hombro, se volvió hacia el conde con un mohín de enfado. Trataron de convencerlo, pero nada. El chiquillo mantuvo su negativa pese a las enérgicas protestas de la mujer. Antes de nada, se palpó el hombro dañado. El dolor era intenso. Entendió que la espada había llegado a asomar por la parte posterior del hombro. Sin embargo, percibió aliviado que no había ningún hueso roto. Tampoco ningún órgano vital afectado. El acero había pasado a escasa distancia del pulmón, pero no lo había tocado. Sabía perfectamente que lo primero era limpiar bien la herida. Después aplicaría algún remedio que ayudase a cerrarla sin suciedad en el interior. No era demasiado complicado si se hacían las cosas bien. Se lo había visto hacer a Breann y a Myrna cientos de veces.

En cualquiera caso, era mejor no hacer nada que dejar que dejar hurgar a aquella timadora.

—Tranquilo, amigo… esta buena mujer es la sanadora de este hospital —trató de calmarlo el conde, desconcertado—. No te preocupes por el dinero, yo le pagaré.

El niño, una vez más, se negó rotundamente. Pensando que lo hacía por miedo o que deliraba, el escocés se mantuvo firme, pero finalmente, cuando ya parecía que le iban aplicar el remedio por la fuerza, Aydan empezó a chillar y a patalear.

—¡Sacad a esta mujer de aquí! ¡Es una estafadora! ¡Yo sé cómo curar una herida! ¡Me crie con la mejor sanadora de toda la Armórica!

Al escuchar aquellos gritos, Douglas levantó las cejas. Volvió a escrutar al muchacho. Se le veía demasiado seguro como para despreciar su opinión. Se detuvo en seco.

—Esperad fuera, buena mujer. Descuidad, cobraréis por vuestro trabajo de todos modos.

La vieja salió de la alcoba jurando entre dientes. El chiquillo la miró salir, indignado. No iba a dar su brazo a torcer por mucho que se enfadase. Ya sabía que a ningún curandero le gusta que sus métodos fuesen puestos en entredicho. Le dolía el hombro terriblemente, pero no sabía si se sentía más asustado o aliviado con aquel despertar.

—Y bien, amigo. —El conde se quedó mirándolo, intrigado, en cuanto se quedaron solos—. ¿Cómo se cura, entonces, una estocada como esa?

La seguridad con la que el niño le respondió acabó de descolocarlo.

—Necesito una olla de agua hirviendo y paños de lino. También una botella de aguardiente, del más fuerte que se pueda encontrar por aquí. Y miel, un cesto de limones y un buen manojo de flores de lavanda.

Al salir del cuarto para transmitir su encargo, Galloway se encontró de frente con los demás. Su comitiva acababa de llegar. Los guardias de la muralla les habían indicado cómo encontrar el pequeño hospital.

Primero, le encargó a uno de los escuderos que fuera a comprar lo que Aydan le había pedido. Después aprovechó para mantener con los demás una rápida conversación. Los acontecimientos se habían precipitado sin control, lo sabía. Era lógico que se mostrasen perplejos.

—Recordad que acordamos contemplar cualquier cosa que se saliera de lo normal. Salimos de Saint Michel con una venda en los ojos. Por tanto, no hay nada que nos ate a ningún plan. Cualquier detalle podría darnos una pista sobre lo que sucedió hace un año. Podría ser este niño o cualquier otra cosa, quién sabe. Vamos, señores, ni que estuviéramos sobre una pista fiable… —Douglas se mantuvo firme ante las reticencias de algunos. No le veían sentido a abandonar el plan inicial para ayudar a aquel pequeño desconocido. Ante sus caras de circunstancias, decidió apelar a un motivo que no iban a poder rechazar—. Pero, sobre todo, no olvidéis que somos caballeros escoceses. Cualquier enemigo de los ingleses, principalmente de ese miserable de Lancaster, debe ser considerado un aliado por parte de un buen hijo de Escocia. Un amigo, incluso.

—¿Hasta un simple muchacho del que no sabemos nada? —El señor de Urquhart no acababa de verlo claro.

Douglas suspiró. Se hacía cargo de aquellos reparos, claro que sí. Era comprensible que se mostrasen reticentes. Ellos no habían visto la bravura con la que el niño se había enfrentado a aquel asesino en el camino. Un asesino inglés, remarcó. Ese dato era fundamental.

—En función de lo que yo he visto, creedme, *sobre todo* este simple muchacho —respondió.

Nadie rechistó. El criterio del conde no solía ser errático. Además, asintieron, llevaba razón. Ni que tuvieran algo mejor que hacer. Ahora, al menos, habían dejado de vagar sin rumbo.

Al poco, el escudero regresó con el encargo y el hospitalero le entregó la

olla de agua hirviendo. Douglas les dedicó una mirada de satisfacción.

—Ahora, disculpadme. Voy a comprobar si este niño es capaz, tal y como afirma, de curar semejante herida en su propio cuerpo.

Entró de nuevo con lo que Aydan le había pedido. Tras entregárselo, se separó unos pasos. Después presenció en silencio las evoluciones del chiquillo. Primero lo vio pasarse un buen rato limpiando la herida con los paños hervidos. Después, cómo se aplicaba el limón, gota a gota, varias veces. Finalmente, preparó un apósito con infusión de lavanda y miel, y lo aplicó antes de tapar la herida con lino limpio y seco.

—¿Y dices que has aprendido todo eso de la mejor sanadora de Armórica?

Su rostro se mostraba impasible. Prefería no dejar que aflorase la intriga que en realidad lo consumía por dentro.

—Me crie con Myrna Ménec, señor. Ella puede curar cualquier mal.

A Galloway le pareció que aquel nombre le resultaba vagamente familiar. Recordó algo así como una leyenda lejana que hablaba de una curandera mítica que vivía junto a unos menhires. De una mujer que, según decían las viejas historias, atesoraba el saber de los antiguos druidas.

De todos modos, era un recuerdo demasiado impreciso.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Las habilidades del chiquillo lo tenían intrigado, pero más aún el odio asesino que había visto en aquel inglés. Una curiosa historia debía esconderse detrás de tanto misterio. Sin embargo, fue la seguridad con la que curó la herida la que acabó de encender su curiosidad.

—Me llamo Aydan —respondió él, absorto en las curas—. Aydan Sneachd.

Ahí, Galloway casi se cae de espaldas. El chiquillo no hablaba con acento escocés, pero su nombre provenía inequívocamente de A'Ghàidhealtachd. Las Tierras Altas de Escocia.

Contuvo el aliento. Aquello era ya lo único que le faltaba a aquella historia. Un nombre escocés.

—¿De dónde proviene ese nombre tan hermoso? —preguntó, con la piel erizada pero aparentando no darle más importancia.

Aydan se quedó mirándolo de través. Con todo lo que había pasado, pensó, como para fiarse de nadie. Sin embargo, no podía olvidar que aquel hombre acababa de salvarlo de los captores de Beadur a fuerza de arriesgar su propia vida. Aunque solo fuera por gratitud, decidió mostrarse amistoso.

—Me lo puso mi… hermana —respondió, tras un instante de indecisión —. Ella también es escocesa, como vos. De *Inbhir* Nís, según me contó.

Douglas se quedó con la boca abierta. Llegados a ese punto, el impulso que lo había llevado a interceder por el chiquillo en el camino de Saint-Lô le parecía una auténtica bendición. Casi un milagro, pensó.

Gracias a eso había frustrado las siniestras intenciones de un mercenario

enviado por el mismísimo rey de Inglaterra. Algo que por sí solo ya justificaba su acción, desde luego. Pero aún había más. Había encontrado un pequeño compatriota, o algo semejante. No podía ser una mera coincidencia. Recordó sus propias palabras, tras salir cabizbajos de Saint Michel:

—Hasta el detalle más insignificante puede damos una pista, señores.

Quién sabe si aquel niño podría verter luz sobre el misterio que envolvía el secuestro de James Stewart, monarca de Escocia. En cualquier caso, ahora tenían algo. Unas horas atrás no eran más que vagabundos errantes por un camino que se perdía en la bruma. Así lo habían acordado y así se acabó de convencer en aquel hospital normando. Seguirían aquella pista. Jamás hubiera admitido que, en realidad, era la fascinación que sentía por aquel niño y por su historia lo que lo impelía a quedarse a su lado.

Al cabo de un rato, se asomó a la puerta ante la mirada confusa de Aydan. Tras haber cruzado unas palabras con uno de sus acompañantes en un idioma que le sonó familiar, regresó acompañado por otro caballero.

—Este es Ewan Chisholm, Aydan. —El conde se mostraba cordial, pero tenso—. Es el señor de Urquhart, una hermosa fortaleza que se levanta cerca de Inbhir Nis. Ese lugar de donde dices que proviene tu hermana. —Pretendía comprobar si lo que afirmaba el niño era cierto. Eso le daría fuerza ante los otros caballeros.

—¿Cómo se llama ella, pequeño? —preguntó el caballero. Al oírlo, a Aydan lo invadió una sensación agridulce. Su forma de hablar le recordó muchísimo al acento de Breann. Más intenso, pero sí. Era el mismo—. No conozco a todo el mundo en Inverness, pero algo sé de casi todas las familias que allí viven.

El dolor del hombro aún era intenso. Un calor febril y un ardor que se acentuaba con cada pequeño movimiento hacían sufrir a Aydan en el camastro, empapándolo en sudor e incrementando por momentos su palidez. Douglas lo miró preocupado. Tal vez deberían dejarlo descansar.

Empero, la voz del muchacho sonó firme al responder.

—Su nombre es Breann Airdsgainne. Su padre también es curandero allí. Por eso la envió a Morbihan hace años. Para que aprendiera las artes curativas de la mejor sanadora que jamás ha existido.

Chisholm, con una gran sonrisa y los ojos muy abiertos, se palmeó los muslos.

—¡Qué mal rayo me parta! —rio, sorprendido—. ¿Breann? ¿La hija del viejo Morvern? Pero si su padre me curó este brazo el invierno pasado. ¡Una mala caída, en plena batida de caza!

El pulso de Galloway se aceleró. Si la historia del chiquillo resultaba ser verídica, las dudas de los caballeros se disiparían definitivamente. Entonces podría acogerlo bajo su protección, ya sin reparos.

Justo lo que llevaba deseando desde que lo había visto plantarle cara a su

verdugo.

—Es cierto, la chiquilla se fue de casa siendo pequeña… —Chisholm se quedó mirando al techo, pensativo—. Algo me contaron entonces… sí, algo de que se iba a vivir a la Bretaña. Con una sanadora, o algo así…

La euforia hizo que Galloway apretase los puños. La buena estrella había puesto en su camino a un pequeño compatriota. Tal vez su irrupción pudiera verter luz sobre el rapto del rey James a manos del enemigo inglés, o tal vez no, pero volvían a tener algo a lo que agarrarse. La mera presencia de aquel chiquillo hacía que su aventura recobrara el sentido que había perdido en el Mont Saint Michel.

Y aún les faltaba averiguar, recordó, por qué el mismísimo rey de Inglaterra lo había mandado ejecutar. No era habitual que un monarca ordenase asesinar niños en un país ajeno. Alguna razón poderosa debía de tener. Y eso, por sí solo, ya suponía un motivo para cualquier buen escocés.

De todos modos, poco importaba ya. Independientemente de cual fuera la causa, para entonces Galloway ya había tomado una decisión. Ante la ausencia de pistas sobre lo sucedido con James Stewart, estaba resuelto a cumplir con un nuevo cometido.

Protegería a aquel chiquillo de los instintos asesinos de Henry de Lancaster. Al fin y al cabo, se trataba del mismo rey que había secuestrado al monarca legítimo de Escocia. Todo un villano que les había robado su soberanía y, junto con ella, la maltrecha dignidad de su gente. Frustrar sus intenciones de un modo u otro avalaba, claro que sí, aquella aventura.

Evitar que mataran a Aydan acababa de convertirse en su nueva misión. Sus ojos destellaron. Asumiría aquella empresa, claro que sí. Y lo haría, juró en silencio, en el nombre de su tierra.

La orgullosa nación de los guerreros de Alba.

LXXIX

Al anochecer del segundo día, Atkin llegó a Vannes.

Sobrecogido por lo cerca que habían estado del desastre, decidió no detenerse más hasta haber entregado al prisionero. Dos días enteros de cabalgada desde las proximidades de Pontaubault bastarían. Vannes, como el remedo de un sueño, apareció al fin entre la bruma.

Cearbhall los recibió en las cuadras. Allí estarían a salvo de miradas indiscretas.

—Ahí lo tenéis. Este es Beadur Njöror. El misterioso guerrero que destrozó aquella patrulla que enviasteis a Quiberon. —El mercenario,

demacrado, apenas se tenía en pie—. El fantasma que vuestros soldados no han logrado encontrar en todo este tiempo.

—¿Está… muerto? —Cearbhall se quedó clavado a unos pasos de distancia.

El prisionero estaba cargado sobre el caballo, con las manos y los pies atados entre sí bajo la barriga del animal. Un hilo de sangre goteaba desde una flecha que sobresalía junto a su escápula izquierda.

El regente tuvo que disimular las náuseas que lo asaltaban.

Atkin se encogió de hombros. Aquel joven, con sus ademanes timoratos, le provocaba un desprecio difícil de ocultar. No se habían detenido desde la huida frustrada en el bosque cerca de Pontaubault. Ni a comer ni a descansar. Nada. No estaba de humor, ni tenía tiempo para tonterías.

No se iba a fiar mientras tuvieran el guerrero a su cargo. La maestría de Njöror, ahora lo sabía bien, hacía honor a la fama que lo precedía. Lo habían comprobado en sus propias carnes. Aún no se explicaba cómo había podido desatarse y mucho menos asesinar al centinela que lo estaba vigilando, pero aquello era exactamente lo que había sucedido.

Habían perdido un magnífico arquero a manos de un hombre atado y desarmado. No iban correr más riesgos.

—¿Muerto? —su voz denotaba el cansancio de mil derrotas—. Ni lo sé ni me importa, caballero… Llevamos dos días y una noche cabalgando sin descanso. Sin parar siquiera para beber un trago de agua… Además, el trato era traéroslo, fuese vivo o muerto. —Cearbhall miró ahora con más desconfianza que asco al prisionero. Incluso así, moribundo, seguía pareciendo temible—. De todos modos, hace un rato lo oí quejarse, así que debe de seguir vivo. Por poco tiempo, supongo… Las flechas de nuestros hombres llevan las puntas empapadas en veneno de víbora. Tal vez una picadura no sea mortal, pero si la ponzoña penetra hasta lo más profundo de las entrañas de un hombre y no se le pone remedio, acaba por matarlo. Raro me parece que no haya muerto aún.

—¿Y el niño? —Cearbhall pareció volver en sí de repente.

La imagen del guerrero malherido le había hecho olvidar lo realmente importante. Mientras se apresuraba escaleras abajo un minuto antes, iba regocijándose. Han llegado los ingleses, acababan de anunciarle. Salió como un resorte. Al fin, se dijo, el dichoso chiquillo estaba en su poder. Una corriente lo recorrió desde la entrepierna hasta la punta de los cabellos. Una jovencita rubia iba a saber muy pronto que había llegado un regalo.

Al llegar a la cuadra, sin embargo, no había ni rastro del pequeño. Solo un hombre herido con pinta de fardo ensangrentado y dos soldados exhaustos. Hastío y malas caras. Nada más.

Los hombres bajaron a Beadur del caballo, pero la pregunta de Cearbhall se quedó flotando en el aire. Todos sabían cuál era el auténtico objetivo de

toda aquella operación.

—El comandante salía para darle caza cuando partimos —indicó por fin Atkin, antes de montar de nuevo como si estuviera hecho de madera—. Por culpa de este entrometido —Entonces señaló con la cabeza a Beadur, ya recostado sobre la paja del suelo—, ese chiquillo del demonio logró huir cuando ya casi lo teníamos. Nosotros dos nos volvemos ahora a Normandía. Estad tranquilo, seguro que a estas alturas el comandante ya se dirige hacia aquí con vuestro pequeño fugitivo a buen recaudo.

Cearbhall apenas logró contener el gesto de contrariedad.

Dreng había atrapado al guerrero, sí. Y, teniendo en cuenta las circunstancias, era previsible que pronto haría lo propio con Aydan. Sin embargo, pese a los indicios favorables, se quedó destemplado. Un malestar sombrío llevaba demasiado tiempo acechando sus pasos. Tanto, que el hecho de que una patrulla entera le pisara los talones a un muchachito de diez años, solo e indefenso, no lo tranquilizaba ya. El mismo desasosiego incómodo le provocó un sudor frío. Ya no se fiaba de nadie.

Sin embargo, calló. No tenía más remedio que esperar. Con los puños apretados, contempló cómo los dos jinetes se adentraban entre la neblina hasta desaparecer en la noche. Parecían estar a punto de desplomarse, pero una voluntad de hierro los mantenía en pie.

En cuanto se quedó solo, cogió aire. Ya falta menos, se dijo para darse ánimos. Necesitaba creer que pronto tendría al pequeño en su poder. Entonces, todas sus ansias se verían colmadas. Con Aydan en su mano, ya nada le impediría doblegar la voluntad de Breann. Todo encajaría, al fin, en aquel plan que se había enquistado tanto tiempo atrás.

Un quejido del prisionero le hizo volver en sí. Conteniendo la aprensión, se acercó para examinarlo de cerca. En efecto, estaba más muerto que vivo. Sopesó la situación. Tenía que decidir qué le convenía más:

Dejar que el veneno acabara de hacer su trabajo o hacer algo para salvarle la vida.

No tardó en decidirse. Contar con un rehén de semejante categoría siempre suponía una ventaja. Aunque no supiese quién era aquel hombre en realidad, ni para quién trabajaba, aquella era una pieza de caza mayor. Eso seguro.

Se rascó el mentón. Lo cierto es que tampoco sabía cuál había sido el motivo que lo había llevado a arriesgar su vida para salvar la de Aydan, ni por qué había decidido acogerlo durante más de dos años bajo su protección. Demasiadas incógnitas que, sin duda, iba a tener que resolver antes o después.

Y si moría, concluyó, ya nunca podría hacerlo.

Sí, tenía que evitar que aquel tal Njöror, como lo había llamado Atkin, muriera. O intentarlo, al menos. En vista del deplorable estado en que se encontraba, lograrlo parecía bastante improbable. La cosa pintaba mal, arrugó

el ceño. Sin embargo, al momento, una sonrisa siniestra apareció en su cara. Al fin y al cabo, recordó, la única persona capaz de salvarlo estaba en su poder.

Indómita e insolente, tal vez, pero en su poder al fin y al cabo. Breann Airdsgainne estaba encerrada allí mismo, en Gwened. Pronto se encontrarían de nuevo en aquel lugar, sonrió.

En la húmeda penumbra del calabozo de su castillo.

LXXX

El acecho estaba siendo largo y tedioso.

Como todos, caviló Dreng, con un mohín de fastidio.

Le escocía admitir que aquel lo era de un modo especial. Que arrastraba la desazón de una burla demasiado prolongada.

La patrulla llevaba más de una semana vigilando las puertas de Saint-Lô. Camuflados entre los setos del *bocage*, sus soldados controlaban desde la distancia todas las salidas de la ciudad. Sin descanso, día y noche. No podían hacer otra cosa. Atreverse a traspasar las murallas así, con aquel acento inglés que los delataba, hubiera equivalido a un suicidio. Cualquier súbdito de Henry sería acusado de traición y llevado a la picota si era identificado en la ciudad. Y eso, por no mentar que un pequeño ejército de caballeros escoceses estaría esperando su irrupción con las armas dispuestas.

Pero eso no era todo. Un relato más atemorizado que avergonzado había acabado de alterar a Dreng Straw cuando Atkin llegó, exhausto y contrito, para confesar lo que había pasado en el bosque de Pontaubault.

—Arqueros —rezongó el comandante, escupiendo a un lado—. Inútiles para cualquier tarea que no tenga que ver con flechas.

Su lugarteniente bajó aún más la cabeza. Por suerte, el castigo que tanto había previsto durante el largo trayecto nunca llegó.

—En fin —murmuró Dreng, al cabo de un silencio tenso como un obenque—. Tal vez sea mejor así. Ese entrometido de Njöror está mejor muerto que vivo.

Atkin respiró. Esta vez, al parecer, se había librado. No obstante, tuvo que afrontar las guardias más intempestivas en el sitio de Saint-Lô.

Los días pasaron lentamente sin que nada ocurriera. Todos advertían la impaciencia del comandante. Nunca lo habían visto así, retorciéndose los dedos sin parar. Se veía que aquel asunto le desesperaba, aunque no entendían el porqué de tanto resentimiento. Al cabo de unos días se dispusieron a actuar. La paciencia de Dreng se había convertido en una bombarda a punto de explotar.

Al fin, se decidieron. Algo tenían que hacer. Quedarse quietos los estaba matando.

Amery, el espectro capaz de atravesar puertas y paredes, entró en la ciudad disfrazado de mendigo. Era capaz de internarse en cualquier lugar, hasta en los más protegidos, como había demostrado en la biblioteca de Saint Michel. Tras alguna averiguación y un par de sobornos, regresó con gesto serio. La información que traía aplacó momentáneamente la ansiedad de su capitán.

—Me condujeron hasta una sanadora. Una vieja sucia, con pinta de loca. Me dijeron que había sido reclamada hace unos días por un gran señor escocés. —Dreng contuvo la respiración—. Estaba hecha una furia. Parece ser que el chiquillo, cuando estaba a punto de atenderlo, la rechazó. Me dijo que la había echado del cuarto como si fuera una apestada—. Los ojos del comandante relampaguearon—. Tiene que ser el mismo muchacho. La vieja me dijo que estaba herido en un hombro. Una estocada que lo había atravesado de lado a lado.

No había dudas. Un chiquillo con una herida así, llegado el mismo día a la ciudad sobre el caballo de un gran señor escocés. Sí, tenía que ser Aydan. El pequeño Robert de Gwened, más bien. El mismo que se había vuelto a librar de la muerte gracias a una increíble buena estrella.

—Por desgracia, el hospital es inexpugnable. —Amery nunca dejaba un cabo suelto—. Según me explicaron, además de estar cerrado a cal y canto, parece que el gran caballero escocés ha ordenado a sus hombres hacer guardia día y noche. Están en estado de guerra, se podría decir.

Dreng no daba crédito. Otro entrometido más acogía al chiquillo bajo su protección sin motivo aparente. Bien parecía que tuviera un ángel de la guarda cubriéndole la espalda.

Seguía con el cuerpo destemplado. El recuerdo de la vieja profecía volaba en círculos sobre él, sonriéndole con dientes mellados. Su corazón supersticioso se encogió aún más. No podía seguir así o enloquecería. Tenía que matarlo, sí. Y tenía que hacerlo ya.

Sin embargo, no tenían más remedio que esperar. Las informaciones de Amery indicaban que la herida del chiquillo era grave. Ante la imposibilidad de liquidarlo en el hospital, la única alternativa que les quedaba era tenderles una emboscada en cuanto salieran de Saint-Lô.

—Dicen estar peregrinando a Compostela. —Amery, en efecto, había indagado en profundidad—. Primero quieren llegar a París. Desde allí se dirigirán al sur. Por lo visto, así hacen los romeros que van a visitar al Señor Santiago.

Las jornadas de acecho continuaron sin novedad. Aquel tedio inacabable tenía a Dreng fuera de sí. Sus soldados lo miraban sin comprender y cuchicheaban; no alcanzaban ni a sospechar lejanamente lo que pasaba por su cabeza.

Por vez primera en su vida, aquel asesino implacable tenía que afrontar un fracaso estrepitoso. Una burla que le habían ocultado durante diez largos años como si fuera un simple aficionado. No soportaba verse así, embaucado como un bufón. Como un tonto que no había sospechado que todos se estaban riendo de su candidez. Aquella sensación lo ahogaba. La furia le hacia boquear como un pez fuera del agua.

La función había durado demasiado. Sin embargo, ahora que estaba a punto de zanjarla, el chiquillo se empeñaba en presentar una resistencia inusitada. Como una cucaracha insignificante que resiste el pie que quiere aplastarla.

Le faltaba el aire cada vez que clavaba la mirada en las murallas.

—No podréis esconderos para siempre jamás tras esos muros —murmuraba, una y otra vez.

Apenas dormía y no había quien le dirigiera la palabra. Sus hombres lo esquivaban, cada vez más preocupados. Estaba desquiciado. Menos mal que un día, aunque sin previo aviso, la espera terminó por fin.

Una mañana brumosa en la que la niebla ocultaba la ciudad, los escoceses atravesaron la puerta oriental de la muralla a lomos de sus caballos. El imponente séquito irrumpió como si nada entre los campesinos que entraban y salían de la villa. Los ingleses se pusieron alerta. Con los ojos muy abiertos, contaron catorce caballeros. Al fin, allí estaban.

Catorce jinetes soberbios, con porte de grandes guerreros, que lucían los estandartes de sus respectivos señoríos. Tras ellos iban un par de criados y varios escuderos que montaban mulos de carga. A la cabeza del grupo, cubierto por un yelmo y protegido por una coraza de cuero, cabalgaba el conde de Galloway. Así lo anunciaba el escudo que sostenía con el brazo izquierdo. Un blasón imponente que lucía las armas de su familia.

Tras el gran caballero, un pequeño jinete cabalgaba sobre uno de los mulos en una postura extraña. Su figura iba cubierta por una gran capucha que no dejaba ver su cara. El chiquillo montaba rígido e inclinado hacia delante, como si apenas estuviera en condiciones de moverse. Dreng rechinó los dientes. Al parecer, aún sentía su acero. Mejor así, pensó. Aquello facilitaría las cosas.

A una seña del comandante, los ingleses salieron discretamente en paralelo. Estaban listos para ponerse en marcha de inmediato desde el primer momento del acecho, tal y como él había ordenado. Caballos ensillados y equipaje cargado. Necesitaban adelantarse al trote de los escoceses para preparar una trampa.

Después de una cabalgada vertiginosa entre los campos, los ingleses llegaron a una zona arbolada. Allí sería. Con dos instrucciones fugaces, sus hombres aserraron parcialmente el primer árbol y el último de un pequeño bosque que flanqueaba la calzada a lo largo de unos cincuenta pasos. Después se apostaron entre la maleza.

Ese era el plan: en cuanto los escoceses estuvieran en el lugar previsto, uno de los álamos sería derribado delante de ellos, cortándoles el paso. El otro caería justo después, unos pasos más atrás. Los caballeros, atrapados entre el follaje, no podrían maniobrar durante un buen rato. Entonces, el arquero aprovecharía la confusión para ensartar una flecha envenenada en el ojo izquierdo del chiquillo.

—No lo olvidéis. Solo nos importa matar al niño. No tiene sentido correr riesgos añadidos, y menos exponernos a sufrir más bajas. No, cuando nuestro objetivo es tan claro.

Entendido, asintieron todos. La acción era simple, y aunque requería coordinación y rapidez, aquello era justo lo que mejor hacían aquellos hombres.

Cuando acabaron los preparativos, la voz de Dreng sonó más tensa que nunca.

—Recordad: una vez abatido el objetivo, reagrupamiento inmediato. Después, galope tendido hacia el norte. Aprovecharemos la sorpresa y la indecisión del momento. Los muy inútiles van cargados con todas sus armas y con las armaduras. No podrán atraparnos.

La espera fue incómoda. La ubicación de la celada, entre improvisada y apresurada, les provocaba inseguridad. Era como si el malestar del comandante fuese contagioso. Una sensación de urgencia flotaba en el ambiente. Estar a punto de enfrentarse a un ejército, pequeño pero temible, tampoco ayudaba. Los caballeros de Escocia siempre eran más peligrosos de lo que parecían.

Con la tensión a flor de piel, se mantuvieron firmes.

Al cabo de un tiempo que se les hizo eterno, los escoceses aparecieron en la lejanía. Entonces, los encargados de derribar los árboles tensaron los músculos. Los álamos caerían en cuanto dieran el primer tirón. Una vez derribados supondrían una barrera infranqueable. Aunque solo fuera por unos instantes, los caballeros quedarían atrapados. El tiempo imprescindible para soltar el flechazo.

El arquero, impasible, esperaba entre el follaje. Inmóvil y tranquilo, con el pulso inalterable. Al mirarlo, todo él parecía hecho de piedra. Listo para ensartar su mejor dardo en la cabeza del muchacho. Todos contuvieron la respiración.

Los jinetes avanzaban a un ritmo sosegado, dejando ir a sus caballos al paso. La pequeña figura encapuchada que sucedía al conde de Galloway seguía en una postura igual de forzada y rígida. Excepto la niebla, que se había difuminado, nada había cambiado desde que los habían visto salir de Saint-Lô. Viendo su forma de montar, se diría que al chiquillo lo torturase un dolor intenso.

—Descuida, pequeño —al ver cómo se acercaban, Dreng siseó entre

dientes—. Pronto aliviaremos tu sufrimiento.

La comitiva se fue acercando con su paso tranquilo, ajena a la trampa que les esperaba. Impasibles, se adentraron en el tramo de calzada delimitado por los árboles a medio serrar.

Entonces, un alarido rompió el aire.

—¡Ahora! —bramó Dreng.

Dos violentos tirones al unísono dieron con los árboles en el suelo. Galloway logró detener su caballo en el último momento. El animal, espantado al ver el árbol que se le venía encima, se encabritó y estuvo a punto de tirar al suelo a su jinete. Un súbito desconcierto provocó el caos entre los caballeros. Todos se revolvieron entre gritos, rompiendo la formación. El mulo que montaba el chiquillo se quedó inmóvil.

Entonces, la cuerda de un arco chasqueó junto al camino.

Una flecha salió silbando desde la maleza antes de que nadie lograra reaccionar, y atravesó la cabeza del pequeño encapuchado que unos segundos antes cabalgaba tras el conde de Galloway.

Dreng contuvo un grito de triunfo. El plan, aunque improvisado, había salido a la perfección.

Ya solo faltaba huir.

LXXXI

El chirriar del portón anunciaba las comidas.

Siempre a la misma hora. Siempre el mismo pan duro y el agua turbia que le daban por todo alimento. Sin embargo, Breann nunca supo qué hora podía ser. Para ella solo existía el vacío de un tormento acompasado por aquel metrónomo oxidado. La única señal que confirmaba que el universo seguía girando afuera.

El quejido herrumbroso de la puerta de hierro.

No lograba distinguir la causa, pero Cearbhall se lo había dejado claro: estaba obsesionado por atrapar a Aydan. Desde entonces, la desesperanza se había convertido en pánico. Cada día que pasaba sin que nada sucediera era una buena noticia, pero el sufrimiento no remitía. Con cada despertar, el terror le rasgaba el alma con uñas de acero.

Unos hombres terribles olfateaban el rastro de su pequeño. Una cacería implacable que ningún niño podría resistir eternamente. Ya solo era cuestión de tiempo que acabara encerrado en aquel mismo calabozo. No quería ni imaginarse lo que vendría después.

Había días enteros en los que no lograba dejar de llorar. Eso sí, se

aseguraba de que sus carceleros no lo notasen. No estaba dispuesta a otorgarles tal ventaja. Su resistencia no se sustentaba solo en su carácter indómito, sino también en la seguridad de una idea. Una convicción a la que se había aferrado desde el primer momento: cuanto más fuerte se mostrara, menos poder tendrían sobre ella.

La cancela, esta vez, chirrió a deshora. Al oírla, su pulso se disparó. Si traían a Aydan, todo estaría perdido. El pánico la invadió con solo pensarlo. Escuchó con atención. Alguien estaba adentrándose en el calabozo, sí. Sin embargo, esta vez no era una persona sola. Se trataba de varios hombres que parecían, además, tener mucha prisa.

Se levantó de un salto cuando cuatro soldados aparecieron tras los barrotes. Cargaban a un hombre que parecía inconsciente.

Tras ellos, con las manos entrelazadas a la espalda y gesto circunspecto, vio llegar a Cearbhall. Caminaba despacio, disfrutando del terror que esperaba ver reflejado en los ojos de su prisionera. Sin embargo, al enfrentarla, su mirada se endureció. Breann lo miraba con el mentón erguido, como siempre, y parecía más confusa que atemorizada. Desafiante, en cualquier caso.

El joven se aclaró la garganta, disimulando la frustración. Ante la manifiesta insolencia de la muchachita, los soldados se quedaron observándolo con curiosidad. Él hizo una indicación con la cabeza. No había un segundo que perder. Aquel hombre, fuera quien fuera, valía más vivo que muerto.

Al fin y al cabo, era un guerrero temible. Un espectro capaz de masacrar una patrulla completa de soldados y perros de presa. Un asesino letal que, por alguna razón, había decidido arriesgar su propia vida por aquel niño del demonio. Tenía que tratar de salvarlo para averiguar qué lo había impulsado a jugarse la piel por semejante mequetrefe. Esa era la clave de todo. Un hombre como aquel, empeñado en proteger a Aydan hasta las últimas consecuencias… Por muchas vueltas que le daba, solo podía encontrar una explicación lógica.

El guerrero de la trenza rubia tenía que saber que el chiquillo era en realidad el elegido. Que la profecía perdida de Kermario se refería a él. Aquello tenía que ser, qué, si no. Menos mal, pensó, que Dreng debía de estar ya a punto de atraparlo. Así se lo había confirmado aquel soldado suyo, Atkin.

A través de los barrotes, Cearbhall encaró la insolencia de Breann con una frialdad burlona.

—Aquí tenéis —saludó tranquilamente, mientras un soldado desatrancaba ruidosamente la puerta del calabozo—. Creo que este hombre se encuentra a las puertas de la muerte. No es que me importe mucho, pero… En fin, si hay alguien que puede salvarlo, supongo que sois vos.

Ella no respondió. No estaba dispuesta a mostrarse sumisa. Aquel intrigante la mantenía allí presa de un modo injustificable, no esperaría que por encima le pusiera buena cara. Pese a todo, contempló al herido con interés. Cearbhall sonrió. Breann Airdsgainne nunca se negaría a salvar una

vida. Eso era algo que todos sabían.

—La flecha que tiene clavada en el pecho lleva ahí día y medio. Según me dijeron, inoculándole veneno. Decidme qué necesitáis y os lo traeremos enseguida.

El estado de semiinconsciencia, la sangre cuajada, aquel temblor febril. Breann ya tenía un primer diagnóstico. Veneno de serpiente, claro que sí. Previo que pronto aparecerían convulsiones delirantes. O eso, o que moriría antes de que pudiera hacer nada.

Tras tanto tiempo encerrada en aquella oscuridad, su instinto de sanadora se reactivó ante la visión de aquel moribundo. Una luz que ya había olvidado, y que nacía en las profundidades más antiguas de sus entrañas. Una ráfaga de imágenes acompañó a la voz de Myrna en su memoria. De golpe, se sintió viva otra vez.

—Agua hirviendo, hojas de tejo, paños de lino —respondió, de forma automática, mientras un calor familiar acariciaba su pecho desde dentro—. Y necesitaré también que alguien vaya hasta Karnag, a mi casa, a buscar algunas cosas más.

Un rayo de codicia destelleó entonces en los ojos de Cearbhall. La casita de la vieja ya había sido registrada con minuciosidad en su día. Sin embargo, sus hombres no habían encontrado más que trebejos de bruja. Así lo habían relatado al volver. Cearbhall se había lamentado de no contar con alguien de confianza capaz de entender lo que allí se guardaba. Sin embargo, ahora se le presentaba la ocasión de volver, pero ya con criterio. Se relamió. Aquella casa tenía que contener auténticos tesoros. Solo hacía falta comprender su valor.

Esta vez, los vientos eran favorables. Según parecía, la joven estaba dispuesta a dejar sus secretos al descubierto con tal de poder emplear sus artes. Como buenamente pudo, trató de disimular la codicia. Miró a un lado y reprimió una sonrisa victoriosa. Sin preverlo, y de un solo golpe, no solo podía rescatar de las puertas de la muerte a su valioso rehén, sino también desvelar los secretos más íntimos de las sanadoras de Morbihan.

Aun así, la sensación de triunfo solo duró unos instantes. El tiempo que tardó Breann, después de una primera exploración, en hablar de nuevo.

—Solo aceptaré que una persona remueva entre mis pertenencias —apenas le quedaban fuerzas, pero fue tajante.

Sus palabras fueron acompañadas de una mirada tan dura que hizo que el joven se echara hacia atrás.

Él se ruborizó al notar las miradas de los soldados, asombrados por el tono imperativo de la muchacha. Era como si no le importara estar dirigiéndose al todopoderoso regente de la casa de Gwened. Como si no fuera una prisionera indefensa, sino una gran dama que tuviera la situación bajo control. El gesto de Cearbhall se endureció. Notaba la burla en las miradas de los centinelas, pero apretó los dientes. No podía oponerse a sus exigencias. No, si quería que

su valioso prisionero sobreviviera.

Con actitud desafiante, Breann se acercó a los barrotes. Lo hizo manteniéndole la mirada. Pálida como un fantasma, pero firme. Él bajó más la cabeza. Aún colorado, asintió. La voz de ella, entonces, resonó contra las bóvedas.

—Esa persona solo puede ser Eusébe Loudéac.

LXXXII

El caos cundió en el camino.

Con la caída de los árboles, la formación de los escoceses se deshizo. El caballo de Galloway, levantando otra vez las manos, dio finalmente con su jinete en el suelo. Al ver el yelmo del caballero rodando por la calzada hacia él, el mulo que lo sucedía también se encabritó.

La cabeza del chiquillo que lo montaba acababa de ser atravesada por una flecha, y los gritos advirtiendo del ataque provocaron que el animal se espantara. Asustado, el mulo empezó a dar unos saltos frenéticos que acabaron por tirar también de la silla a su pequeño jinete.

Dreng sonrió al ver la precisión con que sus hombres habían ejecutado un plan urdido con tan poco tiempo. Aun así, su sonrisa se borró de inmediato al constatar lo que en verdad acababa de suceder.

De nuevo, todo había resultado ser una burla.

El bulto cubierto por la caperuza, al rodar por el suelo, no resultó ser Aydan Sneachd. Lo que quedó a la vista fue una especie de espantapájaros. Un muñeco hecho a base de una armazón de madera y sacos rellenos de paja prensada. La flecha, atravesada en el heno que daba forma a la cabeza, mantuvo la capa sujeta al muñeco al caer al suelo.

Sobreponiéndose como pudo, Straw ordenó huir a toda velocidad.

Su orgullo, ya tocado de antemano, acababa de ser pisoteado. Aun así, no podía hacer otra cosa. No era cuestión de fiarse de aquel aparente jaleo de monturas espantadas y hombres confundidos. Aquel escuadrón seguía constituyendo un enemigo temible, convenía no olvidarlo.

—¡Retirada! —vociferó, rojo de furia.

Aún tuvo tiempo de apreciar que el jinete del yelmo, el que iba en cabeza simulando ser el conde de Galloway, tampoco era el hombre que lo había desafiado en el camino unos días atrás.

Como una bandada de estorninos, los ingleses emprendieron la huida hacia el norte. La acción evasiva fue tan rápida e impecable como el ataque que acababan de ejecutar. Sin embargo, los ojos de Dreng desprendían

llamaradas de indignación. Aquello ya era demasiado. Los escoceses habían discurrido una burda pantomima y él había caído como un principiante.

Douglas había burlado su vigilancia, sí. Y no había tenido más que idear una tosca maniobra para lograrlo. El comandante Straw sintió en la nuca las miradas acusadoras de los soldados que galopaban tras él.

—¡Volvemos a Saint-Lô! —gritó, debatiéndose entre la ira y la vergüenza—. ¡Tenemos un rastro que recuperar!

En cuanto los atacantes desaparecieron, los escoceses maniobraron para recomponer las filas.

—¿Estáis todos bien? —El señor de Urquhart, pese a cabalgar tras el mulo que portaba el espantapájaros, era quien estaba al mando de la comitiva.

—Estoy bien, estoy bien —respondió al incorporarse el mayordomo de la casa de Galloway.

Él había asumido el papel más arriesgado. Encabezar el séquito haciéndose pasar por el conde lo convertía en el objetivo más expuesto al ataque. A una peligrosa emboscada que antes o después se iba a producir, bien lo sabían. Al fin y al cabo, esa había sido su intención desde el principio. Los ingleses, tal y como había previsto Douglas, habían picado el anzuelo. Habían caído en su propia trampa, de hecho.

Por suerte, habían decidido dispararle solamente a su objetivo y no a más miembros de la comitiva.

—Esos ingleses son unos buenos asesinos, sin duda. —Chisholm se quedó contemplando la flecha que atravesaba la cabeza del muñeco—. Y no van a abandonar su objetivo sin más, está claro. Ahora tratarán de dar con su pista. Y a fe mía que más nos vale que no lo consigan.

El paréntesis estaba cerrado. Volvían al objetivo inicial. Todavía no habían encontrado una pista que les aclarara cómo diablos había ido a caer su príncipe en las garras del rey de Inglaterra. Urquhart meneó la cabeza con pesar. Douglas era su mejor amigo. Que arriesgara su propia vida por salvar la del chiquillo seguía pareciéndole una locura.

—Suerte, Archie —murmuró, mirando atrás. Después se reincorporó al camino para continuar la marcha, cabizbajo y en la cola del grupo—. Con esos lobos sobre tu rastro la vas a necesitar.

El pensamiento de Chisholm se dirigió al sur. Su ceño ensombrecido denotaba una ausencia. Ya no pensaba en el rey de Escocia ni en sus carceleros. Solo podía pensar en una extraña pareja. Un hombre y un niño que en ese mismo instante cruzaban los campos disfrazados de mendigos.

Atravesar Francia de arriba abajo era un camino largo y peligroso, y sin embargo, eso se habían propuesto hacer. Llegar a la frontera con el reino de Castilla y, más allá, a una ciudad mítica. Aquella que llamaban de las tres

culturas. La que un día había sido considerada guardiana de los saberes más excelsos de la humanidad.

Aquel era su destino. La milenaria ciudad de Toledo. Y seguro que llegar a ella no iba a ser un camino de rosas.

—Suerte también a tu pequeño acompañante. Él la va a necesitar aún más.

LXXXIII

CHÂTILLON-SUR-SEINE, JUNIO DE 1407

—¡Una puta! ¡Una auténtica ramera!

Hacía tiempo que el duque de Bourgogne había abandonado toda prudencia.

—¡No hay otra palabra! ¡Eso es esa mujer! ¡Una pécora podrida de vicio y perversión! No conforme con humillar a nuestro rey pariendo un bastardo tras otro, se dedica a joder sin ningún reparo con el hermano de su esposo. ¡Con su propio cuñado, señores! ¿Es o no un escándalo? Como noble más poderoso de toda Francia, Jean había decidido coger las riendas del reino. Según él, era su deber. La incapacidad del legítimo soberano lo avalaba. Y sobre todo, proclamaba, lo obligaba el comportamiento indecente del hermano del rey. No dejaba de airear a los cuatro vientos la indignidad del regente, Louis de Valois. El hombre enredado en una relación incestuosa con la reina consorte, Isabeau de Bavaria. Con la propia esposa de su pobre hermano, el rey Demente. No se podía consentir, vociferaba. El honor de su patria estaba en juego, y el enemigo afilaba sus aceros entre las sombras. El rey de Inglaterra esperaba la ocasión propicia, dispuesto a aprovecharse de la debilidad del Gobierno.

Francia era un reino descabezado, corrompido y sin rumbo. Por tanto, vulnerable. Esos eran sus argumentos. La bandera que con tanta vehemencia ondeaba para asaltar el trono.

Pero aún había más, aunque se lo guardase para sí. Aparte del cacareado sentido de la responsabilidad que lo impelía, una ambiciosa aura de gloria impulsaba a Jean Sin Miedo a hacerse con el control del reino. A convertirse, a efectos prácticos, en rey de Francia. Algo que jamás hubiera podido soñar en condiciones normales, pero que ahora tenía al alcance de la mano.

—¡Y qué decir de Charles, nuestro pobre rey, a quien más le valdría enloquecer por completo! Al menos, así no se daría cuenta del antro en el que han transformado su Corte. —La audiencia que Jean *Sans Peur* había

congregado iba pasando por momentos del rubor al convencimiento. La enérgica convicción que transmitía era contagiosa—. ¡Y Louis, su hermano! Ese que un día fue respetable duque de Orléans y que no es hoy más que un títere en manos de esa mujer… ¡Qué mal rayo la parta!

Un puñetazo sobre la mesa hizo retumbar las paredes y los corazones. Su voz atronadora era como un martillo cincelando conciencias.

El apodo de Sin Miedo se lo habían atribuido en la cruzada de Nikópolis, diez años atrás, pero bien se lo podrían haber adjudicado en aquella campaña. Ciertamente, Jean no parecía conocer el temor en ningún campo de batalla, fuera bélico o político. El modo en que se atrevía a difamar a los más altos estamentos del reino daba buena fe de ello.

Por eso había decidido lanzarse a aquella operación, tan agresiva como temeraria. Los desatinos de Isabeau y la demencia de su marido le estaban allanando el camino. Unos y otros habían llevado a la Corona a una deshonrosa decadencia, era cierto. Y aquel era terreno abonado para el anhelo último del duque de Bourgogne. Sus palabras calaban en los espíritus descontentos de los hidalgos en cada villa y en cada ciudad y así, poco a poco, su legión de prosélitos iba creciendo. Un ejército de partidarios que algún día acabaría por facilitarle el asalto al trono. De eso se trataba, al fin y al cabo. Y cada vez estaba cerca.

Ya solo tenía que derrocar al regente, Louis. El máximo dirigente del reino, cuyo único mérito consistía en ser hermano del rey. Ante su comportamiento vergonzante, no podía considerarse digno de ostentar tan alto honor.

—Yo llamo a la prudencia, mi señor. —Pese al entusiasmo que crecía en el salón donde Jean había reunido a los nobles principales de Chátillon, el más anciano lo interrumpió con voz calmada. Ya había vivido más de una sublevación parecida y sabía que la euforia inicial no suele ser buena consejera.

Todas las cabezas se giraron hacia él. La tranquila contundencia con la que se había atrevido a contravenir al gran duque era una auténtica osadía. Sin embargo, su voz sonó de nuevo, más queda incluso que antes. El entusiasmo que poco antes vibraba en el ambiente se vio cercenado de repente por su hablar pausado.

—El pueblo de Francia difícilmente podría soportar más guerra, mi señor duque… El conflicto con Inglaterra por los territorios del norte lleva desangrando a nuestra nación desde que yo, un anciano como veis, no era más que un niño… Lo que en verdad necesitamos es estabilidad. Creo que deberíamos apoyar a la Corona en vez de pretender un golpe de Estado. Eso acabaría de debilitarnos ante el invasor.

Sus palabras cayeron sobre la audiencia como un jarro de agua helada. El brillo revolucionario que relampagueaba en los ojos de los nobles locales se apagó de golpe. Los pechos, inflamados hasta entonces con el fervor patriótico

que reclamaba el Sin Miedo, se deshincharon como una vela floja al rolar el viento.

—Caballero… —Jean, disimulando el desagrado, lo invitó mediante señas a que le revelara su nombre.

Aquel viejo acababa de apagar un incendio en el corazón de sus pretendidos aliados. Acababa de convertirse, por tanto, en enemigo de su causa.

El hidalgo se revolvió incómodo. Aquel requerimiento, aparentemente inocente, conllevaba una amenaza clara, aunque velada. Otro truco del Sin Miedo.

—Ronchamp —Aunque sentía todas las miradas clavadas en él, el hombre alzó el mentón—. Conrad de Ronchamp.

Se mantuvo firme. Sabía que su opinión era respetada en aquel foro. La sensatez de su punto de vista siempre era bien acogida allí. No obstante, en aquella ocasión todos lo miraron como si no fuera más que un cobarde. La sombra de la sospecha lo sobrevoló de repente.

—Señor de Ronchamp —la voz del duque de Bourgogne sonó más convencida que nunca, pero al mismo tiempo tranquila—, precisamente de eso se trata. Es para el pueblo de Francia para quien exigimos respeto.

Fue subiendo el tono de forma progresiva. No convenía un contraste brusco que lo hubiera dejado como un histérico ante la sensatez de un anciano sabio. La interrupción del caballero, bien contestada, podía acabar de darle la razón. Ya se había encontrado otras veces con reticencias similares. Una opinión contraria puede resaltar la fuerza de la propia, lo sabía bien. Solo hay que emplearla convenientemente.

—No podemos seguir arrodillados, amigo Ronchamp… No, mientras nuestros gobernantes se entregan a una lujuria enfermiza. ¿No es cierto, caballeros? ¡Al fornicio y a la perversión! ¡A un vicio vergonzante, impasibles ante las penurias que asolan a su gente!

El brillo regresó entonces a los ojos de los nobles. Los corazones se aceleraron de nuevo al ritmo de las palabras del duque. La supuesta llamada a la cordura de Ronchamp quedaba definitivamente retratada como la postura de los pusilánimes. El deshonor de los timoratos. De los indignos.

—¡Alcémonos, señores! —El duque de Bourgogne, que hablaba en pie, invitó a todos a incorporarse—. ¡Ha llegado la hora de acabar con esta humillación! ¡Unidos podemos plantarle cara de una vez por todas a Inglaterra! ¡Es nuestro deber! ¡Por Francia!

Los nobles, ante la perspectiva del fin de la opresión, se levantaron eufóricos. Louis, Isabeau y su relación incestuosa acababan de convertirse en el centro de sus iras. En la causa de todos sus males.

—¡Por Francia! ¡Abajo los extranjeros!

El duque sonrió para sus adentros. Clamar contra todo lo foráneo

conllevaba un mensaje implícito contra la reina. Una munición silenciosa iba cargando poco a poco el arcabuz que apuntaba a su voluptuoso pecho. Inspiró. Había llegado el momento de dar el golpe de gracia. De afianzar la idea definitiva en las mentes de aquellos hombres.

—¡Abajo los tiranos! —su voz retumbó de nuevo entre el revuelo, disparando el entusiasmo de los asistentes, que no tardaron en corear su consigna. Pese a la mirada severa de Ronchamp, el Sin Miedo no dudó en elevar la apuesta a sus últimas consecuencias—. ¡Muerte a los indignos!

Sus ojos se cruzaron fugazmente con los del viejo caballero y un remordimiento frío le estremeció la conciencia. A partir de aquel umbral no había vuelta atrás.

Sin embargo, el vértigo fue solo cosa de un instante. Los gritos entusiasmados de los caballeros derivaron en un fervor desbocado. «¡A las armas!», vociferaban. Contemplar aquel ardor le hizo apretar los puños. Una sonrisa atravesada apareció en su cara.

Nada es más contagioso que la euforia justiciera. Nada apaga más eficazmente la serenidad de la conciencia.

El salón entero se incendió con un ardor revolucionario. Entonces, el Sin Miedo levantó una mano. Tras la algazara inicial, los caballeros se quedaron mirándolo en silencio, expectantes.

Entonces, el gran duque soltó la última consigna.

—¡Muerte a Louis de Valois!

Desatadas, todas las voces atronaron en respuesta como una sola.

—¡Muerte!

Ronchamp, en su silla, cerró los ojos. Aquel era, en efecto, el horizonte inevitable hacia el que galopaba Francia. Sus propios vecinos, antes sensatos y afables, parecían haber enloquecido. Ya podía percibir el olor de la sangre.

—¡Muerte al duque de Orléans!

No le hizo falta esperar. Un último grito hizo temblar los cimientos del salón, y, con ellos, su conciencia.

—¡Muerte!

LXXXIV

El plan había resultado un éxito.

Los ingleses habían salido en estampida al ver cómo el pequeño ejército escocés atravesaba las puertas de Saint-Lô. Galloway y Aydan, como dos sombras errantes, se alejaban ya de la ciudad. El conde solo esperaba que sus valerosos compatriotas no sufrieran ningún flechazo además del destinado al

chiquillo. Las armaduras ayudarían, y, de todos modos, habían asumido el riesgo.

Ellos ya no podían hacer más que seguir caminando. Toledo estaba en la otra punta del continente.

Al otear los campos desiertos, sonrió. Allí al fondo, en mitad de una huerta, un espantapájaros parecía decirles adiós. Entonces recordó cómo había perpetrado el engaño.

Fue en mitad de una tarde gris. Llevaban ya tres días en Saint-Lô. Aunque no se había levantado todavía de la cama, Aydan mejoraba a pasos agigantados. El descanso le sentaba bien, y mejor aun aquellas artes curativas suyas. Después de haber presenciado la estocada que lo había atravesado de parte a parte, la rapidez de aquella sanación le parecía una especie de milagro. Estaba claro que el chiquillo sabía lo que hacía. El color había vuelto a iluminar su rostro, y ya hablaba y sonreía tranquilo, incluso cuando tenía que retorcerse para hacerse las curas en el hombro herido.

Galloway había ordenado montar guardia las veinticuatro horas del día. Que no hubiera un momento de relajación y que se aseguraran todos los accesos. La consigna era clara. Había que impedir a toda costa que alguien entrara en el hospital.

—Tranquilo, Archie. Nadie violará este edificio mientras esté custodiado por guerreros escoceses.

Todos, muy serios, corroboraron las palabras de Urquhart. Por supuesto que no, decían sus ojos.

Ninguna escoria inglesa podría entrar. El niño estaba bajo la protección del reino de Escocia, visto el inusitado interés que suscitaba en esa rata inmunda de Henry de Lancaster. Con todas las puertas y ventanas custodiadas por sus hombres, el conde de Galloway se pasaba las horas sentado junto al camastro. Estaba desconcertado, pero también extrañamente ilusionado. Aunque no tuviera nada que ver con su misión original, se alegraba de haberse topado con Aydan. Intuía que aquella casualidad podía esconder algo grande.

Al hablar con él, siempre aparecía algo nuevo. En cada dato que aportaba, en cada conversación. Algo que reforzaba aquella impresión y que no sabría explicar.

—Y dices que no sabes qué ha sido de esa joven escocesa con la que te criaste, ni de su maestra…

Aquella tarde, Douglas miraba distraído a través del ventanuco que daba luz a la alcoba.

Al otro lado del tragaluz, un cuervo acechaba la pequeña huerta de la hospedería sin atreverse a bajar al suelo. Un espantapájaros hecho con dos palos entrecruzados, una camisa vieja y un sombrero roto, lo mantenía a raya.

—Solo sé que los señores de Vannes las hicieron prisioneras un día. —Aydan se limpiaba cuidadosamente la herida con un paño de lino empapado en el aguardiente destilado dos veces que había traído, tras muchas pesquisas, uno de los caballeros—. De eso hace ya más de dos años. Desde entonces he vivido con mi maestro, tal y como os conté, ocultándonos de los soldados. Así fue, de hecho, hasta el mismo momento en el que aparecisteis vos.

Galloway seguía observando al cuervo con la mirada perdida. La historia del chiquillo era muy extraña. Prácticamente inexplicable. Un rompecabezas compuesto por demasiadas piezas; y demasiado estrafalarias. Algo faltaba. Algo importante, sin duda.

Primero, aquellas dos mujeres que habían sido encarceladas de una manera súbita e injustificable. Acusadas de brujería de la noche al día después de haber ejercido la noble profesión de sanadoras durante años sin que nada les pasara. Pero más raro aún era lo que había venido después. El pequeño, con la ayuda de un misterioso guerrero, había logrado evadir durante dos largos años la persecución de los soldados de Vannes. Un hombre, además, que ni sabía de dónde podía haber salido ni por qué se dedicaba al espionaje.

Y ahora, por puro azar, se había salvado de unos asesinos gracias a la aparición fortuita del propio conde y de su comitiva. Inaudito, desde luego. Y aún había algo más: sobre todo lo demás destacaba un dato extraordinario.

Matar a aquel niño parecía ser una misión prioritaria para el propio rey de Inglaterra.

Frunció el ceño. ¿Qué misterio ocultas, «pequeño fuego entre la nieve»?

En cualquier caso, esto último bastaba por sí solo para que él, Archibald Douglas, hubiera asumido la protección del chiquillo como un reto personal. Él y sus hombres, de hecho. Si había algo importante para el rey Henry que ellos pudieran frustrar, a buen seguro que lo intentarían. A esas alturas, la misión originaria que los había llevado a Normandía se había difuminado. Además, habida cuenta la carencia de indicios sobre la desaparición del nunca coronado monarca escocés, arrebatarle una pieza de caza a Lancaster bastaba para calmar, al menos de momento, la desazón que los carcomía.

Por añadidura, caviló, también estaba el nombre del pequeño. El hermoso nombre escocés que le había puesto la hija del curandero de Inverness, por estrambótico que todo aquello resultara. Por lo que a él respectaba, el chiquillo era un compatriota de pleno derecho. Y un caballero escocés nunca dejaría a un hermano a expensas del enemigo.

Las cavilaciones de Archibald, mientras miraba distraído por la ventana, fueron serpenteando con voluntad propia. Poco a poco, su pensamiento fue llegando al punto central de todo aquel asunto. Aunque jamás lo hubiera reconocido públicamente, lo cierto era que había un motivo mucho más fuerte que todo lo demás. Algo que lo impulsaba desde lo más profundo del corazón.

Desde que había visto la bravura con la que el niño se había defendido de

todo un soldado adulto en el camino de Saint-Lô, una inquietud había despertado en el fondo de su alma. Aquel no era un niño más. Tenía algo que no podía explicar, pero que se sentía latir bajo la piel. Algo instintivo, que lo arrastraba. Era como un pequeño fuego, sí, que ardía con fuerza. Que ni la nieve hubiera podido apagar.

El cuervo batió las alas al otro lado de la ventana, sacándolo bruscamente de su ensoñación.

—Y dices que te encaminabas a Compostela, al encuentro de ese amigo de tu maestro…

Aydan seguía concentrado en las curas.

—Se llama Ezra ibn Levy y vive en Toledo. Eso es cuanto sé. Yo iba hacia París porque tengo entendido que allí se reúnen comitivas de peregrinos para encaminarse al reino de Castilla. Pensé que podría pasar desapercibido entre ellos y conseguir cama y comida con mayor facilidad.

El conde resopló. La perspectiva de un niño solo recorriendo el mundo de una a otra punta era insólita. Y no solo eso. Al parecer, no había hecho más que huir a lo largo de su vida. Sin embargo, su entereza se mantenía intacta. Y eso que ni siquiera sabía de qué huía. Aquello acabó de decidirlo. Acompañaría al chiquillo. Que los demás siguieran buscando pistas sobre la desaparición del rey de Escocia si querían. Él no abandonaría a Aydan a su suerte.

Los ingleses tenían vigiladas las salidas de Saint-Lô, bien lo sabían. Lo matarían sin dudar en cuanto pusiera un pie fuera de la muralla. De hecho, aun contando con su ayuda, la perspectiva que tenía por delante era sombría. Negra como el plumaje de aquel pájaro que seguía observando temeroso al espantapájaros sin decidirse a desafiar su vigilancia. Ellos también se encontraban bajo un asedio asesino, como el del ave que no se atrevía a bajar al suelo. Y, fuera de aquel pequeño hospital, no había nada que los protegiera.

De pronto, una idea lo asaltó como un rayo. Una sombra imprecisa al principio, pero que en un instante empezó a adoptar la forma de un plan de huida. Tras su espalda, Aydan acababa de vendarse la herida. Se volvió hacia él. La huella del acero inglés de Straw endureció su mirar.

—Los mismos cuervos que anidan en la Torre de Londres vienen hoy en nuestra ayuda, Aydan. Extrañamente, pero sí. —El chiquillo se quedó mirándolo sin comprender. Douglas se volvió de nuevo hacia el exterior, y habló como para sí—. Ellos nos ayudarán a burlar a esos ingleses.

Su expresión pensativa se tomó resuelta. Le echó un último vistazo al espantapájaros que se alzaba, con su postura grotesca, en mitad del patio de la hospedería. Después se giró sonriendo hacia el chiquillo. Dos palos cruzados, balas de paja y una capa. Del resto del disfraz se encargarían sus hombres. Solo quedaba esperar un amanecer brumoso.

Con eso y buena suerte, bastaría.

LXXXV

Eusébe cabalgó despacio.

Aquel era un encargo demasiado extraño. El caballo, como si percibiera su tribulación, avanzaba con aire pensativo. Una estampa curiosa entre los árboles que bordeaban el camino.

Muy pausado, casi sin darse cuenta, fue llegando a Karnag. Arrastraba un pesar que venía de muy atrás y que aquel encargo había reavivado como una ascua moribunda. Un fuego que nunca había llegado a extinguirse del todo.

El señor de Loudéac nunca había dejado de ejercer como mayordomo de la casa de Gwened. Sin embargo, había sido relegado a un sonrojante ostracismo. El régimen de terror instaurado por Cearbhall lo había relevado a una mera función decorativa. A él, que durante tantos años había sido la mano derecha del gran Patern. Los sirvientes del castillo, los mismos que antes se plegaban a su autoridad con un simple ademán, Solo obedecían ahora al señor de Pornichet. Y algunos de ellos, recordó amargamente, lo hacían con agrado. Hasta con entusiasmo. Pasarse a su bando les había hecho sentirse importantes. Era una de las virtudes de aquel intrigante. Así cosechaba fidelidades.

Aunque la mayoría, recordó, lo hiciese por miedo.

Un pavor frío flotaba entre los habitantes de la fortaleza desde el ascenso de Cearbhall. Quien manifestara desagrado, o no cumpliera sus mandatos con prontitud, no tardaba en ser relegado a un trabajo más duro. Sin motivo aparente. Como por azar. Después, eso sí, empezaba a caer sobre él una presión creciente con disfraz de casualidad. Encargos extraños de aspecto inocente, que se iban haciendo asfixiantes primero e insoportables después. Así, hasta que el disidente cometía algún fallo. Entonces, era castigado.

Un simple gesto torcido podía hacer saltar la liebre. Ahí empezaban las represalias. El resultado final siempre era parecido. Algunos habían sido despedidos y otros, los más contestatarios, denunciados ante la Justicia. Varios habían llegado incluso a ser encarcelados. Y todo, sin que la opinión del mayordomo contara para nada. A Eusébe, lo único que le permitían hacer ya era supervisar el protocolo y ejercer el control, totalmente innecesario, del personal de cocina y de limpieza del castillo. Unas ocupaciones que solo buscaban justificar su presencia y mantenerlo ocupado. Ya que prescindir de él iba más allá del poder de Cearbhall, le daban algo que hacer. Así no podría protestar. Y que no osara ni suspirar, decían además las miradas.

Ya a las puertas de Karnag, su gesto se endureció al recordar el desastre. Aún no se explicaba cómo había sido, pero todo se había torcido definitivamente tras su conversación frustrada con Waroc'h. El nuevo conde, desde aquel día, no había vuelto a dar señales de vida ni a interesarse por la

hacienda que había heredado de su padre, el pobre Patern. El primogénito parecía haber borrado Vannes de su memoria. Tanto, que por momentos parecía que el único señor de Gwened fuese aquel insaciable advenedizo de Cearbhall. Todas las funciones que le correspondían a él le habían sido arrebatadas de un plumazo. Todas. El mando militar de la guarnición, la gestión económica y la asistencia personal del nuevo conde. Así, sin más.

El otrora hombre fuerte del castillo se había transformado en un servidor gris, permanentemente ignorado, que vagaba como un alma en pena por los corredores en penumbra. Solo sus pasos apesadumbrados rompían el silencio en los salones desiertos.

De ahí la sorpresa que tanto le estaba dando que pensar mientras cabalgaba. Y no hacia cualquier sitio, inspiró profundamente. No. Nada menos que hacia la casa abandonada de Myrna Ménec.

Tras dos años sin haber recibido ni un solo encargo, Cearbhall lo había reclamado esa misma mañana en su cámara. Y lo había hecho con toda urgencia. Al recordarlo, su pecho aún acusaba el sobresalto.

—Necesito que cumpláis un encargo sencillo —le había dicho sin siquiera mirarle a la cara—. Tenéis que ir a Karnag y traerme unas cosas. Unos cachivaches de la bruja aquella que colgamos hace un par de años.

El mayordomo se quedó atónito. Turbios presentimientos lo habían asaltado mientras iba al encuentro de Cearbhall, pero ni por asomo había llegado a suponer que ese podía ser el motivo de la convocatoria. Profanar la casa de la sanadora iba más allá de lo imaginable.

—Por lo visto, aún guardan allí sustancias prohibidas. Chismes del diablo que nos requieren desde el tribunal eclesiástico —mintió Cearbhall, sin alterar un solo músculo—. Por eso necesito un hombre de mi máxima confianza. Tomad el listado. Va también una descripción y el lugar exacto donde está cada cosa.

Eusébe disimuló su asombro. Las sospechas que seguían rondándole eran acertadas. Ya no había dudas.

La muchachita escocesa seguía viva.

Ya por aquel entonces, recordó, todo había sido extraño. Todo muy confuso, y como a propio intento. Algún secreto tan comprometedor que no se pudiera dejar salir a la luz. Él nunca había dejado de preguntarse qué habrían hecho con aquella chiquilla. Todo cuanto sabía era que la habían atrapado. Después, el silencio absoluto. Y también estaba aquel pequeño del que nunca había vuelto a tener noticias. El niño por el que Beadur se había mostrado tan interesado en aquel atardecer sombrío. Demasiadas incógnitas. Dudas terribles que nunca dejaron de revolotear en el horizonte.

—¿Qué fue de ti, Breann Airdsgainne? ¿Qué fue de aquel niño?

Lo último que sabía era que había sido encerrada en los calabozos de la fortaleza, pero desde aquel entonces habían pasado años. Era inverosímil que después de tanto tiempo Cearbhall la mantuviera allí, y más aún que siguiera viva. Sin embargo, una evidencia clamorosa saltaba ahora ante sus ojos. La lista que tenía en la mano tenía que haber sido elaborada por ella.

Nadie más podría haberlo hecho con tanta exactitud.

De repente, volvió en sí. A la salida de una curva, ante sus ojos apareció la casita que tantas veces había visitado. Recordó los tiempos felices en los que el conde y la druida de Morbihan mantenían aquella amistad secreta. Sincera y franca, aunque oculta a los ojos de la gente.

Observó la casa con detenimiento. Se veía desocupada, pero no acusaba el avance de la maleza ni los embates del clima. Dedujo que los vecinos, agradecidos a Myrna y para conservar su memoria, seguían cuidando de su casa. Ya ante la puerta, sacó la llave que Cearbhall le había entregado junto con el listado. Al abrir, contuvo la respiración.

En el dintel, Eusébe se detuvo con el vello erizado.

Entrar allí era como violar un recinto sagrado.

Dos horas más tarde Breann recibió los enseres que había pedido para atender al herido. Los recogió de las manos de Cearbhall sin siquiera mirarlo a los ojos.

—Tal y como indicasteis, señora, solo el señor de Loudéac entró en vuestra casa. —Él sí la miró directamente a la cara.

Ella asintió. No había mentira en aquella mirada. Estaba claro que había decidido respetar su voluntad. Mejor enviar a Eusébe que arriesgarse a que ella sospechara que le estaba mintiendo y se negara a cooperar. Al parecer, había mucho en juego para él. Estaba bien saberlo.

Cogió los frascos con cuidado y se acercó al moribundo. El hombre estaba acostado sobre la paja, en el suelo de la celda. Deliraba entre sueños febriles, y sus labios azulados no dejaban de temblar. Breann oyó que la puerta metálica se cerraba a su espalda. Cearbhall los había dejado solos.

Al escuchar el chirrido, dejó aflorar una sonrisa triunfal. El preparado de hojas de tejo suministrado unas horas antes había neutralizado el veneno. Ya podía paliar los efectos del flechazo gracias al líquido dorado y al resto de pócimas. Les quedaba un largo camino por delante, pero ahora estaba casi segura: el guerrero de la trenza rubia sobreviviría.

Una euforia extraña invadió su cuerpo menudo, como si toda su sangre se hubiera transformado en miel tibia. No llegó a comprender aquel sentimiento desconocido. Tampoco le importó. Casi nada importaba ya. Aún sonriendo, apartó los cabellos de la frente del guerrero, empapada en sudor.

Mordiéndose inconscientemente el labio inferior, la joven colocó con

delicadeza la larga trenza sobre el pecho del hombre.

Poco a poco, él fue dejando de temblar.

Un rayo de sol había penetrado hasta la profundidad sombría de aquel calabozo. Una luminosidad dorada rompía la oscuridad por primera vez en años. Una lanzada dulce atemperó el pecho de Breann, trayendo calor a un corazón que llevaba dos años sumido en una oscuridad heladora.

Ni llegó a preguntarse qué podía ser aquello.

Nadie lo hace, en realidad. Curiosa virtud, esa del amor.

Invade, hasta desborda, sin que uno se dé cuenta.

LXXXVI

Las fuerzas escaseaban, pero había que seguir adelante. Ya faltaba poco.

Tres semanas después de haberse escabullido entre la niebla, Aydan y el señor de Galloway estaban llegando a la frontera de Navarra. Habían recorrido Francia de norte a sur, viendo cómo el color de los campos se había ido tomando más apagado cada día. Allá, al frente, se alzaban ahora unas montañas inmensas.

El reino de Castilla se adivinaba más allá del horizonte.

Aydan, taciturno, se preguntaba qué habría sido de los demás. En cuanto los hombres de Galloway atravesaron la muralla de Saint-Lô entre la bruma, ambos iniciaron una huida silenciosa en dirección contraria. Unas capas decrépitas cogidas en el hospital los ocultaron de miradas indiscretas.

El espantapájaros que cabalgaba entre las filas escocesas hizo el resto.

—No podemos ir a caballo. —La noche previa, todos habían concretado el plan a la luz de las velas. Douglas dictó las últimas instrucciones entre susurros y les deseó suerte—. En velocidad nunca podríamos ganarles, pese a la ventaja inicial. Además, tendríamos que transitar por caminos principales, y eso nos impediría pasar desapercibidos. Nuestro rastro sería mucho más visible… Y ya sabemos a quién nos enfrentamos.

Estaba decidido. Pese a la opinión contraria de varios compañeros, que se resistían a que su líder abandonara la misión, él fue tajante.

No iba a abandonar a aquel pequeño compatriota. No había más que hablar.

Transitarían por caminos secundarios, le confió a Chisholm. Caminarían protegidos por la espesura y no se acercarían a núcleos habitados. Tratarían por todos los medios de que nadie los viese. Aquel era el único modo de

protegerse de los ingleses hasta llegar a Toledo.

El éxito inicial les dio alas. La maniobra de distracción era arriesgada, pero les otorgó la ventaja prevista. Antes de que se percatasen del engaño, los dos fugitivos ya se habían hecho invisibles entre el *bocage*. Los setos y las bardizas que delimitaban el praderío los ocultarían. Aquellas lindes infinitas serían su camino hacia el sur.

Para los ingleses, fue como si se hubieran desvanecido en el aire.

De nada sirvieron los sobornos de Dreng al volver a Saint-Lô, ni las averiguaciones clandestinas de sus hombres. No lograron sacar nada en limpio acerca de la partida, esa misma mañana, de un noble escocés acompañado por un chiquillo de unos diez u once años.

—Mucha gente entra y sale de la ciudad. —El centinela había sonreído con displicencia, señalando al gentío que abarrotaba en ese mismo momento la puerta de la muralla—. No pretenderéis que recordemos la cara de cada persona que pasa por aquí.

Dreng estaba furioso. Habían tenido que camuflarse para pasar desapercibidos, y estaban perdiendo el tiempo. Pronto se percató de que las pesquisas en la ciudad no les iban a reportar nada en limpio. Se la habían jugado bien, estaba claro.

En efecto, el plan de Douglas había previsto el modo de desaparecer sin dejar rastro. Para mayor precaución, los fugitivos se separaron en el momento de la huida. Galloway atravesó las puertas de la ciudad cinco minutos después de que Aydan, siguiendo sus órdenes, lo hubiera hecho tras un carro de bueyes. El chiquillo aparentó ir acompañando al arriero al salir de la villa y el conde, amparado por su disfraz, simuló ser uno de los muchos aldeanos que salían a los caminos de buena mañana.

Los ingleses buscaron una pista de forma frenética. Nadie había logrado burlarlos jamás, y menos de un modo tan humillante.

Dreng podía sentir a cada paso las miradas acusadoras de sus hombres. Él, que jamás había fallado; que nunca consentía un error, había permitido que un niño se le escurriese entre los dedos. Mientras esperaba a que sus hombres acabasen las averiguaciones en Saint-Lô, puso su mente a trabajar. Trató de deducir cuál podía haber sido el camino tomado por los fugitivos: si habrían tratado de volver a Escocia, a la seguridad del castillo de Galloway, o si habrían regresado a Saint Michel.

Contempló todas las opciones. Durante horas, anduvo en círculos. Su cabeza hervía, pero ningún camino parecía llevar a una conclusión fiable. Se pasó así una eternidad hasta que, de pronto, al meter una mano en el bolsillo, dio con un papel doblado. Sorprendido, lo sacó. El frenesí le había hecho olvidarlo: allí estaba la carta que Amery había robado en la biblioteca de la

abadía dirigida a Ezra.

Perdido en un mar de dudas, decidió leerla una vez más. Todas las posibilidades que había explorado hasta entonces eran poco convincentes, y tampoco tenía nada mejor que hacer. Tal vez, pensó, encontrase algo allí que le proporcionase algo de luz. Si no, cazar el chiquillo iba a ser como perseguir una pulga a tientas. Tras una primera lectura, una idea lejana asomó por un resquicio. Al repasar las palabras escritas por el gran Njöror, una llama tímida se prendió en su mente. Entonces, contuvo la respiración.

Sí, se dijo. Con Beadur fuera de combate, y sabiendo que Saint Michel ya no era un lugar seguro, al chiquillo solo parecía quedarle una única alternativa. Aquella que su maestro había barajado como su evasión definitiva. Se trataba de alejarlo de los peligros que lo cercaban allí, en el convulso norte.

Eso era, asintió. Refugiarse en Toledo. Buscar la protección de Ezra.

Al fin, lo vio claro. Huir de vuelta a Escocia no era una opción lógica. Los puertos de Normandía y el propio *English Channel* estaban controlados por la armada inglesa. Además, el resto de caballeros había continuado viaje en dirección a París. Eso también indicaba que Galloway no tenía intención de volver a casa, así, sin más. Y el propio niño había ido a aquella ciudad buscando un grupo de peregrinos en el que integrarse.

Dreng fue despejando la confusión a medida que la niebla se iba difuminando en torno a Saint-Lô. Cuantas más vueltas le daba, más claro lo veía. Alzó la vista. Ya estaba casi seguro de lo que había sucedido. Aquella carta había encendido la luz. En cuanto se reuniesen sus hombres, comenzaría la persecución. Esta vez, tras dos fugitivos que huían en dirección al sur. Podía parecer una apuesta a ciegas, pero era la única deducción lógica. Tras haber barajado todos los datos una y otra vez, no había otra posible. Toda una vida de espionaje era el único aval que necesitaba. Eso, apretó la mandíbula, y su instinto.

El que nunca hasta entonces le había fallado.

Poco a poco, sus hombres fueron regresando, resignados. Nada, decían sus caras. Sin embargo, se sorprendieron al encontrar una convicción firme en los ojos del comandante.

Así empezó una nueva cacería.

Pasaron varias jornadas hasta que descartaron que los fugitivos llevaran monturas. Durante días, los hombres de Dreng galoparon por los caminos adelante y atrás, interrogando a los aldeanos y oteando los campos. Les preguntaron a cuantos se fueron encontrando si habían visto pasar a dos jinetes, un hombre y un niño. Una pareja así suponía una estampa curiosa. Tanto, al menos, como para que alguien se acordase. Al cabo de unos días la conclusión era inequívoca: Aydan y su protector, tal y como Dreng había

sospechado desde el principio, iban a pie.

Sobre esa certeza, ahora tocaba calcular las distancias. Una vez estimadas la trayectoria y la posición aproximada, el protocolo ordenaba una batida, larga y exhaustiva, que no dejara camino ni una aldea por revisar. Pese a un trabajo sistemático, al cabo de otra semana aun no habían recabado pista alguna. Para entonces, Dreng ya tenía claro que los fugitivos habían tenido que avanzar entre la maleza para no ser vistos. Evitando acercarse a casas o aldeas. Habrían caminado de día, pues necesitarían orientarse, pero lo habrían hecho camuflados entre el paisaje. Escondidos entre los zarzales, para que nadie advirtiera su presencia. Y de momento lo habían logrado. No había ni rastro de ellos.

De cualquier manera, había que seguir. El terreno no les iba a permitir caminar siempre al amparo de la maleza. Más adelante lo único que se iban a encontrar eran unas praderas interminables. Alguna que otra mata aislada, a partir de ahí, sería su única protección. Encomendó a sus hombres que interrogaran a cuanto campesino se encontraran. Decidieron batir también los caminos secundarios, incluso las tierras de labor. No podían dejarse ni un palmo de tierra. Los días pasaban y el tiempo se agotaba. Si los fugitivos cruzaban la frontera, podían darlos por perdidos. Frenéticos, otearon el paisaje sin lugar para el cansancio durante unas jornadas interminables.

Y así, por fin, algo pasó.

Entre todos habían galopado cientos de leguas a ambos lados del camino, incansables, de sol a sol. Así fue que encontraron una pista. Fue justo cuando empezaban a creer que tal vez sus suposiciones estuvieran erradas, tras veinte días de búsqueda infructuosa. Para alivio de Dreng, el viento cambió de repente. Dagger, sudoroso, regresó jadeando una tarde con una noticia esperanzadora.

Casi llegando a los Pirineos, ya solo la disciplina los mantenía en alerta. Habían rastreado Francia de punta a punta sin encontrar el más mínimo indicio. Sin embargo, la poca fe que les quedaba se reavivó con un soplido.

—Ayer, al atardecer. Un viejo estaba recogiendo sus ovejas. —Tras frenar bruscamente su montura, el soldado empezó a hablar sin saludar siquiera—. Según dice, pudo entrever a lo lejos a un hombre y a un niño. Los dos cubiertos con capas. Caminaban hacia el sur.

La expectación que había suscitado su impetuosa irrupción se desinfló al momento. Aquella información bien podría haberla dado un arquero ciego. Sus consecuencias eran tan impredecibles como el vuelo de un vencejo.

—¿Y ya está? —Dreng levantó las cejas—. A juzgar por esa descripción, podría tratarse de cualquiera.

Dagger trataba de recobrar el aliento ante la mirada ansiosa de sus compañeros. Todos esperaron, nuevamente expectantes, al ver cómo negaba con la cabeza. Tenía que haber algo más.

—Dijo que caminaban por entre los prados, arrimándose a los setos como si quisieran esconderse de algo. Que no dejaban de mirar alrededor, como con miedo a ser descubiertos —continuó el jinete. Los hombres levantaron la mirada con interés renovado—. Y una cosa más: en cuanto se dieron cuenta de que los habían visto, echaron a correr. Y no pararon hasta perderse de vista.

Dreng se quedó pensativo. Al cabo de unos instantes, un relámpago atravesó su mirada. Aquella descripción era demasiado sospechosa como para descartarla alegremente. Además, sus cálculos sobre la distancia recorrida por los fugitivos coincidían con la posición de aquella extraña pareja. Dos forasteros que transitaban hacia el sur por entre el labradío. Era curioso, desde luego. En lugar de hacerlo, como haría cualquiera, por los caminos principales. Esa era la clave.

Decidió reorganizar la estrategia. Cambiarían el plan de persecución con la caída del atardecer, pues el área de búsqueda se había reducido considerablemente. Junto a él, y con el objetivo de batir la ubicación más probable, cabalgarían Amery, Dagger y Atkin. Sus mejores hombres. El encuentro, en función de aquella información, podía ser inminente.

Tras dar las órdenes pertinentes, se giró hacia las cumbres azuladas que se alzaban en el sur.

—Mañana nos veremos de nuevo, escocés —murmuró—. Estas montañas serán testigos de nuestro reencuentro… Es curioso. Al final, ese mocoso va a tener compañía en su viaje al infierno.

Mientras Dreng rediseñaba los detalles de la cacería, Galloway y Aydan cenaban una ardilla, no muy lejos de allí.

El chiquillo la había cazado esa misma tarde gracias a un certero lanzamiento de cuchillo. El animalito fue asado en una pequeña hoguera de la que ya solo quedaban unas brasas. A pesar de la comida caliente, toda una novedad, el gesto del pequeño era sombrío. Durante un viaje interminable, habían recorrido el país entero sin que nadie advirtiera su presencia. Y, sin embargo, el día anterior, justo al final, alguien los había vislumbrado en la lejanía. No podía creerse su mala suerte. Y menos, tras tantas precauciones.

—Desde luego, fue un gran infortunio que aquel pastor nos distinguiese. —El conde percibió su preocupación—. Pero no nos podemos quejar, Aydan… Llevamos tres semanas de camino y esa es la primera persona que nos ha visto. La única.

Douglas trataba de restarle importancia, pero Aydan notó que él tampoco estaba tranquilo. Los dos sabían qué tipo de profesionales eran los que andaban tras ellos. Cualquier detalle, por insignificante que pareciera, podía a mandarlo todo al traste.

—De todas formas, estos montes que hoy se levantan ante nosotros —

trató de animarlo. No podían sucumbir a la desesperanza justo ahora— son ya la frontera entre Francia y Navarra. Una vez hayamos superado esas cumbres, que un día atestiguaron la derrota del legendario Roland, nos hallaremos en tierras navarras. Un nuevo reino y un paisaje más quebrado. Un territorio que, pese a estar también en conflicto, ocultará mejor nuestro avance.

El niño ni siquiera escuchó esto último. Al oír el nombre del legendario caballero, abrió mucho los ojos. Durante su estancia en la biblioteca de Saint Michel había leído la *Chanson de Roland*. Aquel era uno de los libros favoritos de Jolivet. La historia que narraba era pura épica. Con nostalgia, revivió las tardes enteras que se había pasado comentando aquellas hazañas con el bibliotecario.

—¿Están en esas alturas los campos de Roncevaux? —preguntó, súbitamente entusiasmado.

De repente, sus tribulaciones habían pasado a segundo plano. La caída del insigne sobrino de Carlomagno le había marcado a fuego. Por vez primera, una gran historia se refería a un compatriota insigne. Roland había sido, según la leyenda, el prefecto de la Marca de Bretaña. Su historia siempre lo transportaba a Karnag.

A casa.

Entonces fue Galloway quien se quedó con la boca abierta. La impresión inicial, que se había fortalecido con cada episodio a su lado, se confirmaba definitivamente: aquel no era un muchacho corriente. A sus excepcionales habilidades con la espada, había que sumarle los conocimientos sobre artes curativas que le había visto poner en práctica. Por no hablar de aquel inaudito dominio de varias lenguas extranjeras. Idiomas en los que, además, sabía leer y escribir. A aquella asombrosa fortaleza física, casi sobrenatural, que hacía que ya casi ni sintiera más que molestias en el hombro que una espada había atravesado apenas un mes antes, se sumaba ahora el conocimiento de textos complejos. Tanto como el que relataba la mítica batalla de Roncesvalles. Una sorpresa continua que no parecía tener fondo.

Cuestiones como aquella lo afianzaban en su convencimiento. No importaba lo que pensaran los demás. Jamás podría haber consentido que un chiquillo así fuera liquidado como un proscrito por unos vulgares asesinos, fueran o no ingleses.

—Veo que los libros antiguos te han acompañado en algún momento, ya que las grandes gestas te resultan familiares…

—Protagonizar una batalla tan gloriosa convierte a un hombre en héroe —respondió Aydan, mientras roía uno de los muslos de la ardilla y recordaba las palabras de Jolivet—. Al hacer algo así, uno pasa a formar parte de la Historia para toda la eternidad.

Galloway sonrió. En el único bolsillo de la capa que no estaba agujereado había ido metiendo esa misma tarde unas cuantas cerezas. Había conseguido

recogerlas, aún verdes, a medida que iban caminando. Sacó un puñado y se las ofreció al chiquillo, que trataba de sacar de los huesos del animal una carne que ya no quedaba. Al entregárselas, le sonrió con gesto pícaro.

—Si el viento soplara con fuerza aquí, en medio del bosque, pero no hubiera nadie cerca… ¿crees que haría ruido?

Aydan se quedó pensando. Vaya pregunta más absurda, decía su gesto. No tenía nada que ver con lo que estaban hablando.

Comió una cereza. Estaba ácida, pero el hambre lo impulsó a seguir con otra. Tragó antes de hablar. Menuda tontería, pensó. Como si el ruido del viento entre el follaje dependiera de que hubiera alguien para escucharlo.

—Claro que sí… —Su impetuosa respuesta se vio cortada de raíz.

La sonrisa astuta de Douglas hizo brotar una duda en su mente. Su mirada se clavó entonces en el fuego, ya casi apagado. Las brasas aún mostraban un débil fulgor rojizo. Se quedó cavilando un buen rato, con gesto pensativo. Allí había algo más profundo.

—Más bien, lo que se necesita en un caso así —El conde le dejó pensar, pero al cabo de un tiempo se decidió a continuar— es un testigo dispuesto a narrar las proezas de ese supuesto héroe, ¿no crees? Una persona que deje constancia de lo sucedido.

Nada alteraba el silencio bajo la cúpula arbolada. El cielo estrellado se distinguía entre las hojas de forma intermitente, en función de la brisa. Con la mirada clavada en las brasas, Aydan susurró unas palabras como para sí.

—Alguien que te convierta en un ser inmortal.

Se veía a través de sus ojos cómo las ideas se desataban dentro de su cabeza. La sonrisa de Douglas se acentuó. La perspectiva del chiquillo respecto a la *Chanson de Roland*, y respecto a todos los relatos épicos, acababa de cambiar para siempre.

—He ahí uno de los muchos poderes mágicos de los libros, mi pequeño amigo —sentenció el conde, envolviéndose en la capa para dormir—. Te despierto en unas horas. El paso de los Pirineos no es una etapa normal; será mejor afrontarlo antes del amanecer. Con suerte, nos toparemos con algún grupo de peregrinos. Entre sus filas pasaremos desapercibidos.

El chiquillo también se acostó sobre el musgo seco, pero sus ojos abiertos se clavaron en el firmamento. Las estrellas titilaban entre el follaje. No dejaba de darle vueltas a la sonrisa del caballero. De repente, Jolivet había adquirido a sus ojos la talla de un gigante. Y no solo él. Su biblioteca acababa de convertirse en un tesoro de proporciones inimaginables.

Desde las estrellas, Myrna lo observaba sonriente. Aydan cerró los ojos y el viento le trajo su voz. Las palabras que tantas veces le había repetido resonaron dentro de su cabeza.

Hasta pudo sentir cómo su mano le revolvía el cabello.

—Lo sé, mi pequeño. Esa lógica inabarcable que rige la eternidad.

LXXXVII

La compañía de los peregrinos les devolvió la sonrisa.

Habían sido tres semanas de aislamiento absoluto. Arrimados a la maleza y sin contacto con nadie. Siempre escondidos, siempre con miedo a ser descubiertos. Asaltados por la incertidumbre a cada paso. Esperando una emboscada en cualquier momento.

Dejaron atrás el campamento, aún en la oscuridad, y caminaron en paralelo al camino por entre los árboles, con todos los sentidos alerta. Al amanecer oyeron cómo se acercaba por el camino principal un grupo de romeros. Algunos hablaban en idioma alsaciano, y otros en francés pero con un marcado acento del nordeste. Esperaron entre el follaje.

Entonces entrecruzaron una mirada rápida y asintieron. Había llegado la hora.

Al verlos aparecer, a Aydan se le iluminó la cara. La gente del camino tenía algo especial. Una energía contagiosa. Una alegría que no sucumbía al desánimo. No había más que escucharlos. Siguiendo el plan inicial, salieron al camino con prudencia. Avanzaron despacio hasta dejarse alcanzar por la ruidosa comitiva.

—*Ultreia.*

—*Et suseia*, hermanos.

El saludo peregrino, acompañado de unas sonrisas amistosas, equivalía a ser recibidos con los brazos abiertos. Los romeros, según se iban encontrando en el camino, formaban grupos de forma natural. Así se protegían mutuamente. Galloway le dirigió a Aydan una seña imperceptible. Ya había pasado lo peor. Trataron de integrarse en el grupo de alsacianos como si vinieran con ellos desde el principio. Sin darle más importancia, se sumaron a la conversación que traían entre exclamaciones y carcajadas. Iban rompiendo alegremente el silencio del amanecer por las profundidades del bosque. Un bullicio festivo anticipaba su llegada.

Aydan empezó a hablar con una mujer pelirroja. A la peregrina le hizo gracia la familiaridad de aquel pequeño desconocido que hablaba con aquel acento bretón tan peculiar. Sus ocurrencias le hicieron reír en más de una ocasión. Cando se ofreció a llevarle el zurrón si el camino se hacía muy pendiente, lo miró con ternura y le sonrió abiertamente. Para cuando llegaron a las primeras rampas del puerto, ya era como si se conocieran de toda la vida. Como una madre y su hijo, para cualquiera que los viese.

Los caminantes afrontaron con ánimo las laderas. El conde prefirió acompañar a los hombres de la retaguardia. Con la capucha tapándole la *cara*, se limitaba a responder a sus preguntas con monosílabos para no perder detalle de lo que estaba sucediendo más adelante. Nadie se percató, pero vigilaba el

camino sin cesar. No podía olvidar que un pastor los había distinguido dos días atrás, ni que el capitán de los asesinos había llegado a verle la cara de cerca allá, en el camino de Saint-Lô.

La jornada fue agotadora para todos excepto para Aydan. El puerto era duro, pero la belleza del paisaje y la alegría de estar de nuevo con más gente hicieron que el muchacho flotase sobre el camino sin acusar el cansancio. Treparon durante horas hasta unas cumbres peladas. Entonces, el que parecía estar al mando del grupo anunció que estaban a punto de internarse en tierras navarras.

Los peregrinos empezaron entonces a cruzar abrazos con lágrimas en los ojos. Después miraron atrás, a la inmensa llanura que se extendía hasta el horizonte. Una línea recta se confundía con el cielo a lo lejos, en el norte. Aydan los comprendió. Haber conquistado aquel paso de montaña era como tener toda la tierra a sus pies.

No importaba que les quedara un mes de camino. Francia ya quedaba atrás. Y era todo un mundo.

Por delante, ya solo faltaban Navarra y Castilla, siempre hacia el atardecer. Al final, caminarían entre las lomas verdes de Galicia hasta llegar a la ciudad sagrada. Compostela.

Los dos fugitivos compartieron el alborozo en aquel paso fronterizo. Participaron de los abrazos y se dieron la enhorabuena por haber llegado tan lejos. En aquel momento, parecían dos caminantes más. Sin embargo, recordó Aydan, no lo eran. Eran dos escapados tratando de esquivar a la muerte. Miró en derredor. Las caras de los romeros se giraban ilusionadas hacia el oeste. Sin embargo, los ojos del conde, inquietos, solo miraban al sur.

Supo por qué. Tras aquellas lomas pardas y otro desierto más tenía que estar Toledo. Ya casi podía ver las tierras castellanas. Apretó los puños. Por primera vez desde Saint-Lô, sintió que llegar era posible. Que ya faltaba poco.

Su mirada se cruzó por un momento con la de Douglas. Aunque con arrugas en torno a los ojos, los dos sonrieron. Conquistado el puerto de montaña, comenzaba el descenso. Un merecido descanso los esperaba más abajo, en el gran hospital de las montañas. Reanudaron la marcha con el corazón reconfortado.

Al caer la tarde, el grupo llegó a Roncesvalles. Sudorosos y exhaustos, pero sonrientes.

Nada más entrar en el enclave, contemplaron la fachada del hospital de peregrinos. El inmenso edificio sobresalía entre los árboles más altos. A su lado había una colegiata y varias capillas de fábrica menor, todo alrededor de una gran plaza. El lugar, como apreció Galloway de un simple vistazo, era un inmenso complejo de ayuda a la peregrinación. Pudo comprender que allí se reuniesen cientos de caminantes cada día.

De hecho, en ese mismo instante la plaza estaba atestada de romeros.

Hombres y mujeres conversaban, con aire fatigado pero sonrientes, mientras hacían cola. A pesar del cansancio, todos esperaban con jovialidad. Unos sentados sobre la hierba, otros examinándose los pies. Algunos, incluso, cantando en pequeños grupos. Iban a ser acogidos por la hospitalidad monástica. Habían vencido a las montañas.

Douglas analizó el lugar con discreción. No le gustaba nada aquello de esperar. Estaban bien camuflados entre la muchedumbre, pero también muy expuestos en aquel lugar abierto. No vio ni rastro de los mercenarios ingleses, pero eso no bastaba. Era mejor mantener las precauciones. Cruzar la cordillera sin que nadie los viera era imposible, eso ya lo había descartado, pero otra cosa era salir a pecho descubierto. Aunque desconfiado, decidió que seguirían con el grupo de alsacianos, al menos hasta esa noche. No tenían muchas más opciones, y así el niño podría descansar en una cama. Después volverían a perderse en los campos, ya en Navarra. Cruzó los dedos y se puso a la cola. Ya que habían dejado de ser invisibles, tratarían de pasar desapercibidos.

Antes del amanecer saldrían de nuevo al camino, esta vez en solitario. Confiaba en que la oscuridad los ocultase. Más adelante dejarían el camino de Compostela por la izquierda, en dirección a Toledo. Hasta entonces, diluirse en el grupo era cuanto podían hacer para protegerse de miradas indiscretas. Observó a Aydan, unos pasos más adelante, y lo que vio le hizo sonreír. Allí, hablando animadamente con la mujer pelirroja, parecían dos romeros más.

Tranquilo, se dijo entre dientes. Ya casi estamos.

No sospechaba que el viento estaba a punto de rolar.

Desde el campanario de la colegiata, alguien llevaba un buen rato vigilándolos. Un hombre enjuto y moreno que se cubría la cabeza con una capucha negra clavaba la mirada, como un halcón, en Aydan Sneachd. Su observatorio le permitía verlo todo y, al mismo tiempo, permanecer oculto. Tenía la plaza entera bajo control. Esa era la parte buena, porque había detectado algo más. Algo que le hacía fruncir el ceño con preocupación.

Se había dado cuenta de que él no era el único que estaba al acecho.

De hecho, si el encapuchado había concentrado su atención en el chiquillo había sido al seguir las miradas de cuatro hombres que habían llegado esa misma mañana infiltrados en otro grupo de peregrinos. Desde entonces habían estado vigilando con disimulo la llegada de nuevos romeros, camuflados entre la multitud. El mismo disimulo con el que los vio intercambiar señas en cuanto el grupo de alsacianos apareció en la plaza.

El hombre del campanario llevaba ya más de una semana apostado en Roncesvalles. Estaba solo, pero conocía bien a aquellos hombres. Sobre todo a Dreng Straw. No olvidaba que habían llegado a trabajar juntos, aunque hubieran transcurrido muchos años desde entonces. Habían sido tiempos

oscuros de citas secretas y tabernas sombrías.

Los años de Normandía.

Al recordarlo, el encapuchado arrugó la frente. Desde esa mañana, todo eran malas noticias. Los mercenarios habían llegado al fin a Roncesvalles, justo antes del mediodía, y si bien solo gracias a ellos acabaría por encontrar lo que estaba buscando, eso no era bueno. Aquellos asesinos tenían un objetivo inequívoco, él lo sabía. Estaban allí a la caza y captura del chiquillo. Como él, pero de un modo distinto.

Apretó los dientes. Visto lo visto, no había vuelta atrás. Los espías ingleses habían detectado al niño entre aquellos alsacianos. La situación solo podía acabar en un choque a vida o muerte. Su olfato nunca se equivocaba. No en vano lo había curtido a lo largo de décadas de guerras y ocultación. Al ver desde el campanario cómo los ingleses tomaban posiciones, todo su cuerpo se puso en tensión.

Aquel atardecer, cuchillos siniestros brillaban con destellos de muerte en el bucólico enclave de Roncesvalles. A pesar de los árboles en flor y de los alegres cánticos de los peregrinos, el encapuchado del campanario arrugó la nariz.

La noche se acercaba con olor a sangre.

LXXXVIII

Ellos eran cuatro. Suficiente, pensó Dreng.

El escocés era todo un guerrero, pero estaba solo. No tenía nada que hacer contra ellos si lo emboscaban entre la espesura. Eso sí, no podía contar con los demás. Los ocho jinetes restantes de su patrulla estaban rastreando los caminos, tal y como él les había ordenado.

—De acuerdo, entonces. Será al amanecer. Tanto si siguen con esos gañanes alsacianos como si deciden salir solos del hospital, dejaremos que se internen en el bosque. Después iremos a por ellos.

Dreng improvisó un plan sencillo. Sus tres hombres escuchaban los pormenores en plena madrugada. Los susurros del comandante apenas rompían el silencio de la noche en Roncesvalles.

La gran plaza, bulliciosa unas horas antes, estaba ahora desierta.

—Atkin, atento. Si siguen con el grupo, cargaréis por sorpresa. Primero necesitaremos que disperséis a los otros. Embestidlos con vuestro caballo como sabéis. Cuando estén desperdigados y confusos, nosotros tres galoparemos directos a por el chiquillo. Y a por su amiguita escocés, si decide interponerse.

El mercenario escupió a un lado. Desde la burla del espantapájaros sus

hombres lo miraban de forma distinta. Tenía la sensación de que había dejado de ser a sus ojos el líder infalible de antes. Como si el respeto ganado durante años se hubiera transformado de repente en una sospecha incómoda. El ocaso llamaba a la puerta del asesino letal, haciéndole sentir un gran lobo destronado.

Los fracasos, algo insólito en su historial, se habían acumulado en los últimos tiempos. Y todos ellos, sin excepción, derivaban de aquel mocoso. Para alguien con un expediente inmaculado aquello era una vergüenza inaceptable. Era indigno del hombre de máxima confianza del rey de Inglaterra fallar una y otra vez en un cometido tan simple. Había sido burlado como un aprendiz durante diez años. Por suerte, eso nadie lo sabía aún. Sin embargo, una sombra había anidado en su cabeza. Llegó a pensar que sus hombres sospechaban la verdad. Necesitaba zanjar la situación de una vez por todas. Vivía en vilo desde que aquella maldita carta le había abierto los ojos junto al pantano en llamas.

Tenía que liquidar a aquel niño del demonio antes de que nadie averiguase lo que realmente había sucedido. Si alguien más llegaba a deducir su identidad, su reputación se vendría abajo como un castillo de naipes ante el soplido de un chiquillo. Nunca mejor dicho.

—De todas formas, como no sospechan que nos tienen encima —Amery, hasta ese momento a la escucha, tomó la palabra— supongo que saldrán solos. Se ha confirmado que se dirigen a Toledo; no creo que sigan caminando en dirección a occidente. Tendrán que abandonar el camino de Compostela antes o después. Ese escocés prefiere la soledad de los bosques antes que la compañía de los peregrinos, no lo olvidéis.

La emboscada, tras cientos de leguas dando palos de ciego, fue planificada en apenas unos minutos. El resto de la patrulla seguía controlando los otros pasos que cruzaban la cordillera. Los ocho soldados restantes aún desconocían los progresos de sus compañeros en Roncesvalles. Como no podía ser de otro modo, seguían cumpliendo con el plan previsto.

Dreng repasó la estrategia una y otra vez. No le gustaba ver a su comando dividido, pero no deberían tener problemas. Cuatro soldados contra un niño, por mucho que estuviera acompañado por un caballero armado, no podían fallar. Aun así, la noche se le hizo larga.

Siempre es así cuando el amanecer augura muerte.

En lo más profundo de la madrugada, cuando aún no se oía ni un ruido en todo el hospital, Aydan sintió que una mano le sacudía con decisión. Llevaba mucho tiempo sin dormir en una cama, tal vez por eso el jergón gastado de los frailes le pareció un colchón de plumas. Al atardecer había caído rendido, como si en lugar de un enorme dormitorio común estuviera en la alcoba de

una princesa, y aún dormía como un bebé cuando el sobresalto lo despertó. Al primer tacto de Douglas, eso sí, se levantó de un salto.

Ese gauta debe de ser un maestro inmisericorde, sonrió el hombre al verlo ponerse en guardia con los cabellos alborotados.

—Vamos, Aydan —le susurró—. Si partimos ahora, nadie nos verá marchar.

El pequeño se preparó en segundos. Saldrían antes que nadie, tal y como habían acordado. Así no despertarían sospechas al apartarse del camino, un poco más adelante. En cuanto atravesaron el portón del hospital, alumbrados por la tenue claridad del cielo estrellado, cuatro hombres se pusieron alerta desde las esquinas de la gran plaza. Invisibles entre las sombras, se habían pasado toda la noche apostados. Al acecho, sin descanso, desde el ocaso.

Dreng, Amery, Atkin y Dagger se miraron en silencio y asintieron. Los fugitivos habían decidido abandonar el lugar en solitario. Esto facilitaría las cosas, aunque los obligase a dejar sus caballos allí. Si montaban, el ruido de los cascos propiciaría que los fugitivos se perdieran entre la espesura antes de poder atraparlos. Tal y como habían planeado, se quedaron quietos. Era mejor no salir tras ellos de inmediato.

Aquel era uno de los escenarios previstos. Primero les darían algo de ventaja. No se iban a arriesgar a que los viesen y dieran la voz de alarma en aquel lugar. Pese a estar durmiendo, Roncesvalles estaba atestado de romeros y frailes. Un revuelo inoportuno los hubiera metido en problemas graves.

Dreng los vio marchar con la mandíbula apretada. Que fueran yendo, asintió. No iban a llegar muy lejos.

La situación se ponía de cara: el muchacho de las brujas y su inesperado protector se iban a meter en la boca del lobo ellos solitos. Ya solo tenían que seguirlos a una distancia prudencial. En cuanto despuntase el día, los asaltarían a punta de espada. De hacerlo antes, corrían el peligro de que se desvanecieran entre la maleza aprovechando la oscuridad. Inconscientemente, aferró la empuñadura de su espada. Sería al amanecer. Ya faltaba poco.

Entonces acabaría de una maldita vez aquella historia.

Lo que el comandante Straw no sabía era que a aquella misma fiesta había acudido un invitado al que nadie esperaba.

Desde lo alto del campanario, el encapuchado observó en silencio las maniobras silenciosas de unos y otros en la plaza. En cuanto el hombre y el niño se internaron en el bosque, contuvo la respiración. Era un momento crítico. Por suerte, no los atacaron allí mismo. Claro, se dijo. Un barullo en aquel lugar hubiera sido muy inconveniente. Esperó hasta que los perseguidores partieron tras ellos.

Después, se puso en marcha.

Bajó de las alturas en dos segundos, descolgándose por la enorme fachada de la colegiata. Al llegar al suelo amortiguando el ruido como un gato, se ajustó el armamento. Después, salió de puntillas tras los mercenarios.

Galloway, animado por haber dejado atrás Francia sin mayores contratiempos, caminaba ligero. Aydan, confiado, iba a su lado. El incidente del pastor que los había vislumbrado en la lejanía unos días antes había dejado de tener importancia. Quedaba poco para la frontera de Castilla. Ya casi estaban a salvo.

Contra todo pronóstico, el plan desesperado que habían urdido en Saint-Lô había funcionado.

Avanzaron con rapidez. No se escuchaba un solo ruido en el bosque, ni por delante ni por detrás. Solo el rumor del follaje mecido por la brisa fresca de la madrugada y el canto lejano de alguna lechuza. Subieron y bajaron unas lomas suaves durante las primeras horas, y cuando ya el sol asomaba entre las cumbres arboladas que se alzaban al este, se detuvieron junto a una fuente donde los romeros aprovechaban para descansar las piernas. El conde miró alrededor. Todo en orden, respiró. Se deshizo del zurrón. Comerían algo y aprovecharían para beber un trago de agua fresca.

—Pronto abandonaremos esta calzada, Aydan. Y lo haremos por su margen izquierda, hacia el sur. —Douglas se secó con la manga el sudor de la frente—. Al pasar estos montes, el Camino Real vira hacia el oeste. Nosotros nos internaremos entre las tierras de labor y nos haremos invisibles de nuevo. Avanzaremos entre los viñedos hasta llegar a Castilla. Ya no queda tanto para Toledo.

El chiquillo, sentado en el borde del chafariz, observó pensativo el camino que venía de Roncesvalles. Haber dejado atrás la frontera seguía levantándole el ánimo. Era como si el destino final de aquel viaje se pudiera tocar ya con las puntas de los dedos. Lo que en principio le había parecido inalcanzable empezaba a ser posible. Sonrió. Encontrarse con Galloway había sido un auténtico milagro.

Sin embargo, en cuestión de un instante, todo se torció.

La sonrisa se congeló en su rostro y las buenas expectativas se tornaron en pánico.

Entre las sombras, apareciendo de la nada por los cuatro puntos cardinales, unos soldados irrumpieron en el claro. Los hombres rodearon la fuente, esgrimiendo sus espadas con gesto serio. Al principio, Douglas ni se enteró. Tan silenciosa fue su irrupción que, por un momento, al pequeño le parecieron apariciones. Sin embargo, no lo eran. Eran algo mucho peor.

Comprendió que hubieran sido capaces de atrapar a Beadur.

—Ni os mováis, conde. —Dreng se quedó parado en cuanto el caballero, sobresaltado, echó mano a la empuñadura—. No seré tan magnánimo como la última vez.

Haciendo caso omiso a la amenaza, Aydan y Douglas desenfundaron al unísono. No tenían escapatoria. Se colocaron espalda con espalda, dispuestos a defenderse.

La imagen del pastor vislumbrándolos desde la lejanía con gesto extrañado los asaltó como un fogonazo. La huida que había empezado en Saint-Lô se había truncado por culpa de un mínimo detalle. Por un encuentro desafortunado entre las últimas praderas de Francia, cuando estaban a punto de llegar a Castilla.

—No hagáis ninguna tontería. —La sonrisa siniestra de Straw anunciaba un placer sádico—. Ya sabéis que el resultado final va a ser el mismo, de una forma u otra. Lo único que conseguiréis así es enfadar a mis compañeros… y cuando se enfadan, les da por prenderle fuego a todo.

La amenaza era obvia. O rendían las armas o serían quemados vivos. Aquello disparó el pulso del conde. Tanto, que llegó a vacilar por un instante. Sin embargo, la resistencia que advirtió en el chiquillo, desafiante e inmóvil a su espalda, le hizo apretar los dientes. Sin responder siquiera, se mantuvieron con las espadas en alto.

Tal vez estuvieran perdidos, pero no se iban a rendir sin presentar batalla. Y mucho menos ante unos cobardes que no se atrevían a luchar en igualdad de condiciones. Unos malnacidos ingleses que asesinaban por encargo.

Dreng se encogió de hombros sin dejar de sonreír, y sus soldados prepararon el ataque. Douglas analizó su formación. Le pareció advertir que el jefe pretendía encargarse del chiquillo. Mientras, los otros tres se lanzarían a por él.

—Resiste, Aydan —murmuró—. Sé que puedes plantarle cara.

La primera embestida fue brutal. A pesar de todo, tras repelerla, Douglas advirtió con un estremecimiento que solo había sido de desgaste. Claro. No necesitaban entrar a matar de primeras, y lo sabían. Irían acosando a su presa poco a poco, como hacen los lobos en el bosque. Aprovecharían su superioridad sin correr riesgos, agotándolos golpe tras golpe. Pacientemente, hasta que cometieran algún error.

Galloway recobró la posición. Aquella frialdad era digna de unos asesinos despiadados. Un nuevo escalofrío recorrió su espalda. Aquel niño extraordinario iba a encontrar una muerte atroz a manos de unos desalmados. Unos cobardes que, desde luego, no eran dignos de tal hazaña.

La segunda acometida ya casi lo desarmó. Aquellos hombres sabían manejar sus espadas, estaba claro. Si logró parar el ataque fue solo gracias al carácter conservador de sus estocadas. Por un instante, el desánimo aflojó sus brazos. Eran como dos conejos. Como simples juguetes entre las garras de un león. Pese a todo, la bravura con que Aydan se defendía lo animó a resistir. Recuperó la posición una vez más. Aguantarían hasta el fin. Era lo mínimo que su pequeño compañero merecía.

Nunca hubiera esperado que pudiera albergarse tanta valentía en un cuerpo tan menudo.

—Estáis empezando a agotar nuestra paciencia —la voz de Dreng, tras la segunda ofensiva, sonó fría como el acero.

Volvió a enseñar sus dientes mellados con aquella sonrisa siniestra, pero Aydan permaneció en guardia sin inmutarse. El conde también levantó el mentón. Que les quedara bien claro que no se iban a rendir.

Entonces, Straw se puso serio. Galloway aferró su empuñadura. Parecía que el ataque definitivo era inminente. Una brisa fresca del nordeste refrescó momentáneamente sus sienes sudorosas. Sujetando la espada con firmeza, se preparó. Solo les quedaba infligir el máximo daño posible antes de sucumbir.

Vender cara su piel.

Se preparó para morir, pero en el último momento, una idea destelló en su mente. En un intento desesperado, trataría de herir a sus atacantes. Si le salía bien, aunque él cayera, tal vez pudiera propiciar la huida del chiquillo.

Solo el rumor del follaje mecido por la brisa acompañaba al sonido del agua al caer. El escocés esgrimió su acero con las dos manos y tomó aire profundamente. Venid a por mí, decían sus ojos. Los ingleses iniciaron el movimiento definitivo.

Sin embargo, justo en aquel instante una voz desconocida rompió el silencio.

Los seis luchadores dieron un respingo.

—La paciencia nunca fue vuestra mejor virtud, Dreng —dijo la voz, en un impecable anglonormando.

Tenía un acento extraño que Aydan no consiguió identificar.

Tras el sobresalto todos se quedaron petrificados, y durante un momento la escena se congeló en el claro de la fuente. Después, los contendientes reaccionaron al unísono. Los soldados ingleses se reagruparon, y los dos fugitivos orientaron hacia ellos su posición. Acababa de entrar en escena un nuevo actor que lo cambiaba todo.

Su rostro estaba cubierto por una capucha negra, pero Dreng lo identificó de inmediato. Con el pulso desbocado, maldijo mil veces su mala suerte.

Aquel deje sefardí. Aquel acento toledano.

Aquella figura inconfundible. Llevaba años sin verlo, pero lo conocía bien.

—Esto no es asunto vuestro, Ezra. —Para sorpresa de Galloway, la voz del inglés denotaba más temor que convicción—. En nombre de la amistad que un día nos unió, seguid vuestro camino. Dejadnos acabar nuestro trabajo. Sabéis que nunca nos entrometeremos en el vuestro.

Aydan y Douglas, enfrentados a los soldados y con el recién llegado tras ellos, se quedaron clavados. Al escuchar a Dreng cruzaron una mirada fugaz, con el corazón dando brincos.

«Ezra».

—Seré yo quien determine lo que es o no asunto mío, comandante Straw. —Entonces, como un látigo, el encapuchado se deshizo de la capa y desenvainó una espada que refulgía como el mismo sol. Todo su cuerpo estaba cubierto por un ropaje grueso de cuero negro, y su coraza estaba ribeteada con extraños símbolos que Douglas no supo interpretar. Anticipando un posible ataque de los ingleses, el sefardí se colocó a la izquierda del chiquillo. Aydan, de esa manera, quedaba flanqueado por los dos guerreros—. Además, ya que habláis de amistad… tal vez conozcáis a un *verdadero* amigo mío. Un tipo raro, con una larga trenza que le llega a la cintura. Beadur Njöror, le llaman por allá. ¿Me equivoco, o es cierto que últimamente habéis tenido noticias de él?

El mensaje era inequívoco. Dreng comprendió que la batalla sería a muerte.

De alguna manera, el sefardí estaba al tanto de todo. No tenía ni idea de cómo podía haberse enterado de lo sucedido, pero estaba claro. Volvió a maldecir a su mal fario. Entonces, una voz que creía olvidada resonó entre sus sienes: «Nunca subestimes a los hospitalarios de Rodas. Nunca. Ni encerrados, ni maniatados».

Ni siquiera muertos.

La aparición de Ezra ibn Levy, lejos de ser casual, obedecía a un motivo. Alguien le había encomendado desde la distancia que cumpliese un cometido. Le habían encargado salvar al niño, y allí estaba. Era inexplicable cómo había podido encontrarlos, y también quién lo habría informado de lo sucedido con Njöror, si nadie lo sabía. No obstante, era un hecho. Estaba allí y, como era obvio, de vuelta de todo. Dreng echó en falta al resto de su comando. Si estuvieran los doce, pensó, otro gallo cantaría. Sin embargo, tendrían que arreglárselas. Al fin y al cabo, seguían siendo cuatro contra tres.

A una seña suya, sus hombres se desplegaron en abanico. Si el combate iba a ser a muerte, tendrían que recurrir a toda su pericia. Nuevamente, se pusieron en guardia.

El destino había puesto junto al chiquillo al mejor guerrero del mundo, pero no iba a renunciar a su empeño.

Tras inspirar profundamente, empuñó con las dos manos. Un gran pájaro negro, tras un buen rato volando en círculos sobre sus cabezas, se posó con mirada burlona sobre la fuente. El rumor de la brisa fue lo único que no se detuvo en aquel instante.

Sus hombres se miraron y asintieron. Al verlos así, decididos, los ojos de Dreng relampaguearon. El agua de la fuente, ahora transparente, pronto estaría teñida de rojo.

Igual que la nieve inmaculada diez años atrás, recordó.

En el rincón más profundo del bosque de Karnag.

LXXXIX

Ante una urgencia así, la Orden siempre respondía.

Daba igual lo difícil que se pusieran las cosas en el Mediterráneo o la escasez de efectivos en el frente de batalla. Un hospitalario en situación crítica nunca era abandonado por sus hermanos.

Jamás.

Ese era el gran valor de la organización. Lo que garantizaba, lo sabían bien, la fidelidad inquebrantable de sus miembros. Hasta en las situaciones más extremas.

Jolivet había logrado que su carta fuera transportada a Toledo con una rapidez musitada. El correo que la Orden ponía a disposición de sus miembros recogió la misiva sin hacer preguntas. Un jinete callado abandonó Saint Michel como una exhalación en cuanto tuvo el cartucho de cuero en la mano. Según indicaba el reglamento interno de la organización, el servicio podía ser reclamado en caso de que la situación presentara una gravedad extrema.

Solo en ese caso, advertía. Solo si era cuestión de vida o muerte.

Los jinetes con los caballos más veloces aguardaban en secreto a lo largo y ancho del continente, siempre prestos. Un correo preparado para recorrer el mundo entero, si fuera necesario, a una velocidad imposible. Claro que no se podía echar mano de él a la ligera. Pese a ello, el bibliotecario no dudó ni un segundo. En ese momento le daba igual comprometer su prestigio ante el Gran Maestre.

La situación era desesperada.

El correo será demandado exclusivamente cuando no exista ninguna otra opción, advertían las normas.

Ante las puertas de la abadía, Jolivet le entregó la carta al mensajero con el corazón en un puño. Lo vio esfumarse calle abajo y asintió en silencio. Nunca había estado tan seguro de algo.

Claro que sí, musitó angustiado, recordando a Aydan.

Desgraciadamente, era cuestión de vida o muerte.

Mont Saint Michel, junio de 1407

Estimado Ezra:

Envío hoy esta carta como último resquicio de esperanza, pues mucho me temo que las cosas se hayan torcido sin remedio para nuestro hermano gauta y su protegido.

Ayer al amanecer me di cuenta al entrar de que la biblioteca había sido profanada durante la noche. En mi escritorio faltaba la misiva que Beadur redactó para que el chiquillo te la entregara, como mentor suyo, a su llegada

a Toledo.

A partir de ahí mis suposiciones, como puedes imaginar, me llevaron a deducir una conclusión inevitable. Si los perseguidores del pequeño Aydan habían logrado cercarlo hasta tal límite, consideré más que probable que ya les hubieran tendido una emboscada. Esta biblioteca, como bien sabes, nunca antes había sido violada. Esos mercenarios, quienquiera que sean, saben bien lo que hacen.

Di por hecho que los dos, maestro y discípulo, estarían ya en su poder; y muy a mi pesar, estaba en lo cierto. En parte, al menos.

Mi intuición me llevó a esperar el paso de los prisioneros en Pontaubault. Tampoco tenía más opciones, bien es cierto. Iba a ciegas, pero aún tuve tiempo de emprender una última tentativa, desesperada por cierto, para liberarlos. Disfrazado de leproso, esperé durante todo un día el paso de la comitiva por el puente. Contra todo pronóstico, tuve éxito.

Ya al anochecer, gracias a una maniobra casi suicida, logré deslizar un puñal bajo la manga de Beadur.

Eso fue todo. Al no tener más noticias de él, debo deducir que mi ayuda fue insuficiente y que, muy a mi pesar, nuestro hermano debe de estar a estas horas camino de los calabozos de Vannes. Así pues, poco podemos hacer de momento por él.

No así, espero, por el chiquillo.

El hecho de no ver a Aydan preso junto a Beadur me ha llevado a deducir que tal vez lograra escapar. En el caso improbable de que apareciera por esta abadía, yo mismo retomaría la opción de enviarlo a Toledo. Digo que es improbable porque lo conozco bien. En vista de lo sucedido, supongo que habrá dejado de considerar a Saint Michel como un lugar seguro.

Pero rendirse tampoco es una opción para él, lo sé bien. Si ha logrado huir, tratará de llegar a ti por sus propios medios. Que lo consiga ya es otro cantar, desde luego.

La simple opción se antoja disparatada, soy consciente. Un niño tan pequeño, perseguido por los mismos hombres que fueron capaces de apresar al mismísimo Beadur Njöror, no tendría ninguna probabilidad de éxito en una huida así.

Y, sin embargo, Ezra, me resisto a perder la esperanza. Créeme si te digo que este niño es completamente excepcional.

Por esto mismo, aunque sé que no tengo derecho a hacerlo, te ruego que hagas cuanto puedas por anticipar los movimientos de Aydan. Si por algún milagro consiguiera llegar a Castilla, es más que probable que pueda necesitar tu ayuda.

Tras haberle dado muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que probablemente trate de camuflarse entre alguno de los grupos de peregrinos que se dirigen a la ciudad sagrada de Santiago. A lo largo de su estancia en

Saint Michel comentamos más de una vez que esas comitivas podrían proporcionar el amparo necesario para quien necesitase desplazarse de un lugar a otro pasando desapercibido.

Sé que todo esto te parecerá una locura, pero debes comprender mi desesperación. Te lo ruego, Ezra: haz lo que puedas. Si finalmente llega a ti, no te arrepentirás. Lo juro.

Siempre tuyo,

Ezra despidió al correo en la puerta de su casa. En la aljama de Toledo, las callejuelas oscuras se habían quedado ya desiertas. El jinete desapareció en un instante, como había llegado. Igual que una racha de viento.

Aún en plena calle, el guerrero leyó la carta con el ceño fruncido.

El calor del hogar y la compañía del pequeño Yehuda eran lo único que ansiaba. Sin embargo, las líneas remitidas por el bibliotecario de Saint Michel acababan de alterar la paz de los últimos tiempos. El Custodio arrugó la frente.

Primero Beadur y ahora Jolivet. Los dos estaban empeñados en convencerlo del carácter extraordinario, casi se diría sobrenatural, de aquel chiquillo criado por la sanadora de Karnag. Y no solo eso. No contentos con encomendarle su protección y con pedirle que lo formara como guerrero, ahora lo comprometían con un encargo tan impreciso como ilógico.

Lo que Robert le estaba pidiendo era tanto como ponerse a buscar una gota de agua en mitad del océano. Como acertarle a una mosca en pleno vuelo con los ojos vendados. Y no solo eso, negó. Para echarse a los caminos en busca del chiquillo iba a tener que abandonar, aunque fuera temporalmente, su auténtica misión.

Él era el Custodio del Legado, por mucho que Jolivet hubiera obviado aquel dato con tanta ligereza. No podía abandonar aquella casa así como así, por mucho que se tratara de una auténtica fortaleza de aspecto inocente. No importaba que fuera inexpugnable, ni que estuviera magistralmente disimulada entre las otras viviendas de la judería toledana. Allí se guardaba el tesoro más valioso de cuantos jamás habían existido, y él era el único responsable de su protección.

Una labor demasiado importante como para descuidarla a las primeras de cambio.

Contrariado, tomó aire. La madrugada toledana, con su brisa cálida y su aroma a especias, parecía reír con socarronería. Pero claro, se dijo ahora, lo cierto es que Beadur y Robert eran dos grandes hombres. De los mejores que jamás había conocido. Eso lo complicaba todo. Si los dos estaban tan seguros de que el tal Aydan era un chiquillo fuera de lo común, no podía ignorarlos.

Además, caviló, el pequeño Yehuda debía ir asumiendo poco a poco la responsabilidad que algún día tendría que afrontar en solitario.

Suspiró sonoramente y se guardó la carta. Después entró con la cabeza gacha. Necesitaba tiempo para pensar.

Atormentado por las dudas, se encerró en su alcoba, y durante unos días febriles barajó pros y contras. Por un lado, la seguridad del Legado. Por el otro, razones poderosas que alteraban su ánimo. Su honor de guerrero. El

compromiso adquirido con sus hermanos hospitalarios. La admiración que sentía por Njöror y Jolivet. El afecto de tantos años.

Y después, aquella incógnita difusa que llevaba tiempo rondándole. El misterioso talento de aquel pequeño desconocido. Ese fue el factor clave, al final. Cerraría los ojos y cruzaría los dedos. Solo unos días, se dijo.

Sí. Partiría en busca de Aydan.

Aunque fuese un salto a ciegas y todo estuviera en contra, tenía que intentarlo. Negándose a pensar, inició los preparativos. Tenía que ponerse en marcha lo antes posible. En sus cálculos había previsto todas las variables. Los rangos de tiempo y espacio que había contemplado confluían en un mismo punto. El destino, eso sí, estaba claro. Todo lo demás eran meras suposiciones, pero no el lugar donde esperar.

Al día siguiente partiría hacia Roncesvalles. Así como Pontaubault, paso obligado entre Bretaña y Normandía, había sido bien escogido por Jolivet para su audaz intervención, el paso de los Pirineos era el punto clave de la suya. Por allí debía pasar todo peregrino que se dirigiera a Compostela desde las tierras de la Armórica. Si las suposiciones de Jolivet eran acertadas y el niño había sido capaz de cruzar toda Francia con unos asesinos pisándole los talones, el gran hospital de los caminantes era el lugar. Las posibilidades de encontrarlo eran remotas, sin duda. Sin embargo, si había alguna, estaba allí. Además, se encogió de hombros, no podía quedarse sin hacer nada.

Aunque atormentado por los remordimientos, perdido en un mar de dudas y asaltado por pesadillas donde su tesoro milenario era reducido a cenizas, Ezra partió hacia el norte. Toledo, su familia y la misión de su vida quedaban relegados temporalmente. Por delante no tenía más que suposiciones erráticas, cálculos mil veces repetidos y una llama débil que amenazaba con apagarse al primer soplido. Y sin embargo, tenía que intentarlo.

—Bien ligero ha galopado ese jinete, amigo Jolivet, para la pesada carga que ha dejado caer sobre mis hombros —musitó al partir.

Cinco días más tarde Ezra llegó a Roncesvalles, camuflado bajo una capucha y simulando ser un peregrino de vuelta a casa. Tras explorar el terreno, no tardó en darse cuenta de que nadie subía a la torre de la colegiata. Perfecto. Establecería el puesto de observación en el campanario. Era el lugar idóneo.

Empezó a vigilar la plaza con mirada experta. Cada movimiento extraño. Cada grupo de romeros donde sonase algo así como un acento normando. Cada chiquillo que apareciese entre los peregrinos.

Pero nada. Al cabo de tres días empezó a impacientarse. Hasta llegó a calibrar la opción de cambiar de estrategia. Aquello era como quedarse dormitando en un pajar a la espera de que llegase una aguja huidiza. La desesperanza lo asaltaba cada poco. Qué diablos estoy haciendo aquí, llegó a preguntarse, si todo cuanto me importa está en Toledo.

Empezó a verlo todo negro. Lo más probable era que Jolivet estuviera equivocado. Podía ser que sí hubieran atrapado al chiquillo, o que lo hubieran matado sin que el bibliotecario pudiera ni sospecharlo. O tal vez simplemente prefirieran no llevarlo con Beadur para que no mantuvieran ningún tipo de contacto durante el trayecto. Había mil explicaciones posibles para aquel misterio. Más verosímiles que aquella, de hecho.

Las probabilidades de que todo aquello no tuviera ningún sentido eran demasiadas. Frustrado, se dio un ultimátum. Había cumplido con Jolivet, no tenía sentido prolongar aquel desvarío. Vigilaría aquella mañana, y ya. Después, abandonaría el lugar y olvidaría aquel extraño asunto para siempre. Lo sentía por Beadur y por el chiquillo, pero no podía hacer nada más.

Si no pasaba nada, y ya nada esperaba, dejaría Roncesvalles a mediodía. En unos días estaría de vuelta en casa con Yehuda, y aquello no habría sido más que un mal sueño.

Sin embargo, en solo un instante todo cobró sentido.

La presencia de una cara conocida entre el gentío hizo que todos sus sentidos se pusieran en guardia. Con la piel erizada, empezó a buscar más indicios. No tardó en encontrar a otros tres hombres que pululaban por el lugar con aspecto despistado. Se percató de que, en realidad, no perdían detalle de nada.

Bendito seas, Jolivet, y bendita sea tu intuición. Al momento, el Fantasma Gris también apareció en su memoria. Él, y su dicho favorito, se elevaron sobre la gran plaza como una premonición:

—«Recuérdalo siempre, amigo. En nuestro mundo, las casualidades no existen».

Desde el campanario, Ezra pudo ver cómo Dreng Straw indagaba discretamente entre la multitud. Contra todo pronóstico, una intuición lejana había resultado certera.

Las piezas del rompecabezas más improbable acababan de encajar.

XC

Waroc'h, devastado, era incapaz de reaccionar.

Louis de Valois había sido asesinado. Su gran amigo, casi un hermano. El que lo había elevado a lo más alto para después romperle el corazón. Aunque eso, se dijo, ya no importaba.

Ya nada importaba, de hecho.

Los detalles eran tan crueles que resultaban difíciles de creer. Sin embargo, las fuentes eran fiables. La porfía con su primo Jean de Bourgogne había

resultado fatal. El regente había sido asaltado a traición en una calle de París y destrozado sin piedad, y las callejuelas del Marais habían quedado regadas con su sangre. Así había sido.

Los mercenarios del Sin Miedo empezaron por seccionarle los brazos. Después, con una crueldad difícil de concebir, se dedicaron a martirizarlo. Se burlaron y bailaron a su alrededor como si fuera un muñeco de trapo. Una tortura que se hizo eterna a pesar de que solo duró unos minutos. El desgraciado hermano del rey Demente sufrió el escarnio de aquel macabro espectáculo mientras se desangraba.

Hasta aquel extremo había llegado la lucha por el poder. Un rey incapacitado y unos aspirantes al trono sumidos en una guerra interna plagada de ambiciones e inmoralidades. Al igual que el gran duque de Orléans sobre los sucios adoquines de aquel callejón, se dolió Waroc'h, Francia también se desangraba.

Los intentos pacificadores de sus consejeros habían quedado en nada. También el acuerdo que los dos grandes señores habían firmado tres días antes para mayor gloria del reino. Todo había sido planeado por sus enemigos. Ahora lo veía claro.

El duque de Bourgogne llevaba años asediando el trono. Sometiendo a la Corona a una presión que ni el soberano ni su valido parecían ser capaces de soportar, y conquistando importantes parcelas de poder. Parciales, sí, pero significativas. Hasta había llegado a ser nombrado custodio del delfín en repetidas ocasiones. Proclamado, irónicamente, protector de los hijos del rey. Pese a ser, precisamente él, la mayor amenaza para la propia supervivencia de los príncipes.

Pero eso, negó Waroc'h, tampoco importaba ya.

Todo había sido en vano. La ambición de Jean *Sans Peur* había resultado no tener límites. Lo único que siempre había buscado era tener la corona sobre su cabeza, y ahora, por fin, tenía el objetivo al alcance de la mano. El principal impedimento acababa de sucumbir. Del modo más ruin y traicionero, sí, pero a nadie le iba a importar. En aquella Francia que se derrumbaba por momentos, la ética no parecía ser más que un lujo superfluo. A eso había quedado reducida la moral. A un adorno irrelevante al que se podía renunciar sin temor a las consecuencias.

El señor de Gwened recogió sus pertenencias con el alma destrozada. Louis, a pesar de la debacle de los últimos tiempos, había sido su único amigo a lo largo de todos aquellos años en palacio. Sin él, ya nada tenía sentido.

La amenaza borgoñona rondaba ya el salón del trono. Una espada afilada pendía sobre la cabeza del pequeño Louis, el delfín. Y lo peor no era aquello. Por si fuera poco, ya solo quedaba una persona para asumir la regencia. La reina Isabeau. La culpable de todo.

Aquel era el panorama. Visto lo visto, ya solo quedaba regresar a

Morbihan. Waroc'h fue llenando sus baúles en silencio. Por momentos las lágrimas nublaban su vista, pero siguió recogiendo sus cosas. Ya nada lo ataba a aquel lugar.

Volvería a Vannes. Recuperaría el control sobre el señorío que Patern le había dejado en herencia y que tanto había ignorado en los últimos años. Sí, se convenció. Viviría tranquilo en su villa natal, en el Penn ar Bed, por el resto de sus días. El fin del mundo era, en aquella hora oscura, un remanso soñado. El único reducto posible donde calmar su espíritu atormentado, por mucho que regresar a Vannes supusiera también afrontar asuntos pendientes.

Al recordarlo, un deber mil veces aplazado empezó a desperezarse en su cabeza. Un compromiso ineludible que no había sido capaz de afrontar en su momento. Abrumado por la inoportuna carga que suponía asumir el mando del señorío y por la situación crítica que vivía la Corona, Waroc'h había huido de la realidad tras la muerte de Patern. Había incumplido sus deberes, metiendo la cabeza en un agujero. Cerrando los ojos a propio intento durante todo aquel tiempo.

No obstante, había llegado la hora de volver. Ya no quedaba ningún aplazamiento posible. Debía comprobar si aquella información era verídica. Averiguar si los métodos empleados por el hombre que había puesto al frente del condado eran tan inadecuados como le habían insinuado.

Desde aquel día lejano en el que Eusébe había pretendido advertirlo, Waroc'h sospechaba que algo turbio se estaba cocinando en su casa. Cearbhall había disfrutado de la plena confianza de Patern, pero algo tenía que estar pasando. Fuentes muy distantes entre sí le habían dejado caer alguna que otra pincelada, más bien incómoda, a lo largo de los años. Insinuaciones que siempre giraban en tomo a una idea: el despotismo impune con que aquel joven gobernaba su señorío.

Sentado ante su escritorio, Waroc'h asintió, convencido. Sí. Había llegado, definitivamente, el momento de regresar. Tenía que poner orden en su castillo, la memoria de sus ancestros lo obligaba. Ya solo le quedaba recoger todo y partir. Calculó que sería en unos días.

Sin embargo, cuando el destino dispone otro camino, la mera convicción no basta.

El día de la partida, sus ayudantes estaban acabando de empaquetar la documentación. Su alcoba ya estaba recogida, y los cofres de viaje cerrados y listos para cargar. Waroc'h observaba con gesto ausente los últimos preparativos. Los buenos momentos vividos junto a Louis en aquella misma estancia volvían a pasar, con un eco agridulce, ante sus ojos.

Tardes de trabajo intenso. Reformas legales dignas de acróbatas, soluciones de prestidigitador que lograban enderezar problemas irresolubles. Ahí se había forjado su fama. En aquellas jornadas agotadoras, codo con codo. Recordó las sonrisas de satisfacción cómplice cuando las cosas por fin salían.

Días felices que ya nunca iban a volver.

Al volver en sí contempló la cámara vacía. Ahora, aquella estancia dorada parecía un páramo inhóspito. Suspiró. Ya nada le quedaba allí. En unos minutos emprendería el camino de Vannes para nunca regresar. Sin embargo, en ese mismo momento, la puerta se abrió despacio.

Todos se giraron hacia ella, extrañados. No esperaban a nadie. Aun así, en un instante la curiosidad dio paso a la estupefacción. A quien menos esperaban era precisamente a la persona que se asomaba con aspecto indeciso.

Isabeau, llorosa, miraba al conde desde la entrada.

La reina, acompañada por los tres hijos varones que le quedaban, se presentaba por vez primera en las dependencias personales de Waroc'h. El mismo hombre al que había ignorado deliberadamente durante años, consciente de la repulsión que suscitaba en su ánimo.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. La mujer se quedó allí plantada, obviando la desfachatez que eso mismo suponía. Ante el gran señor de Bretaña, precisamente. La mano derecha de Louis de Valois, su cuñado asesinado. Su amante, pensaron todos.

El conde de Vannes se revolvió, incómodo. Los ayudas de cámara volvieron a sus quehaceres, deseando que se los tragara la tierra. En un momento así, cualquier pretexto era un refugio.

—Señor de Gwened. —El acento extranjero de la mujer reverberó contra las paredes desnudas. Los tres chiquillos miraban alrededor, confundidos. Estaba claro que no sabían qué estaban haciendo allí—. No podéis abandonarnos en esta hora terrible, ante la barbarie de los borgoñones que amenazan la vida de mis hijos cada vez con más encono. Ya podemos sentir su aliento en nuestra nuca.

Waroc'h contuvo la respiración.

La sorpresa le había dejado mudo. Odiaba a aquella mujer y ella lo sabía. Odiaba su forma de hablar y de vestir, y el nulo decoro de su comportamiento. No soportaba que hubiera descuidado por completo a sus propios hijos, y aún le estremecía la escandalosa conducta con la que había humillado a ojos de todo el mundo, durante años, a su pobre esposo incapacitado.

Pero sobre todo, por encima de todas las cosas, el conde de Vannes odiaba lo que Isabeau le había hecho a Louis. Aquella vida de lujuria y decadencia a la que lo había arrastrado. Aquel hechizo repugnante que había dado como resultado el vil asesinato, tan solo unos días antes, del único amigo verdadero que había tenido.

Los sirvientes del conde, discretos, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. La reina y los príncipes se quedaron allí plantados, en el umbral, cerrándole la salida. O intentándolo al menos.

Waroc'h calló, pero Isabeau no iba a aceptar el silencio por respuesta.

—Majestad, mi tiempo aquí se ha agotado —aún se resistió el señor de

Vannes—. Mis funciones estaban supeditadas al regente. Si él ya no está —aquí, su voz se quebró por un instante—, no tiene sentido que yo continúe.

La reina amagó un sollozo, pero él la miró de soslayo. Sus ademanes eran demasiado afectados. La sinceridad no era, desde luego, su punto fuerte. Y Waroc'h llevaba muchos años a remojo.

—Yo soy la regente ahora —suplicó ella, entre suspiros—. Y os pido que sigáis ejerciendo las mismas funciones por mí.

Él empalideció. Era un argumento contundente, sin duda. Las leyes del reino amparaban tal encargo. Se vio como una mosca que se da cuenta demasiado tarde de que está rodeada por una tela de araña. Por una trampa que siempre había sido invisible, pero que se revela ahora imposible de eludir. No halló respuesta.

—Ese asesino va a ir a por mí. —La reina no mostraba reparos en apelar a su conciencia pese a haberlo ninguneado deliberadamente durante años—. Si nos abandonáis, ya nada impedirá que pueda atacamos. Estaremos a su merced sin remedio. Os lo ruego, conde…

Tratando de mantenerse impasible, él caminó hacia la puerta. Tuvo que pegarse a la pared para sortear a la mujer y a los niños, que se mantuvieron firmes, sin moverse.

—Mi señorío me necesita —fue cuanto logró decir, entre dientes, al pasar a su lado.

Después, abandonó la estancia y avanzó por el corredor. Vannes, se dijo, aguardaba al fondo. Se obligó a concentrarse en esa idea.

Al verlo marchar, Isabeau dejó de lloriquear y soltó a los chiquillos. Aquel alfeñique se atrevía a darle la espalda a ella, la reina. La furia asomó a su rostro de pronto.

El tiempo de dar pena había finalizado.

—¡Es una orden! —le vociferó a la espalda—. ¡La regente de Francia os ordena manteneros en vuestro puesto, cobarde! ¡Si os negáis, seréis acusado de alta traición!

Estaba roja de cólera. Waroc'h, sin dejar de andar, cerró los ojos. La desesperación empezaba a manifestarse. El pánico se apoderaba de ella por momentos. Si los escasos aliados que le quedaban a Louis la abandonaban, ella sería la próxima en caer. Estaba acorralada, y su plan no estaba surtiendo el efecto esperado. No le había servido de nada hacerse acompañar del delfín, el muchachito de diez años que llevaba el mismo nombre que su tío asesinado: Louis de Valois. Tampoco le sirvió llevarse al siguiente de sus hijos, Jean. El niño que llevaba el nombre, precisamente, del ejecutor del gran duque.

Ni siquiera tuvo efecto alguno que llevara consigo al pequeño Charles. La única debilidad de Waroc'h.

El señor de Gwened no hizo caso de sus gritos. Las amenazas ya no tenían poder sobre él. Estaba decidido a abandonar el barco de Isabeau. Aquel navío

de la vergüenza que, gracias a sus méritos, ella sola había llevado al borde del naufragio.

Por mucho que el usurpador borgoñón se fuera a hacer con el poder absoluto de una manera ruin e ilegítima, Waroc'h siguió alejándose. Lo que pudiera pasar con el trono ya no era asunto suyo. A aquellas alturas ya le tenía sin cuidado que Inglaterra acabara por conquistar el reino entero. Lo único que le importaba ya era el condado de Vannes.

Sin embargo, algo que no esperaba detuvo su marcha. Cuando aún no había recorrido medio pasillo, se vio incapaz de continuar. Al mirar abajo, vio cómo un niñito se agarraba con desesperación a su pierna. El pequeño príncipe, Charles, con unos lagrimones enormes rodando por sus mejillas, también se negaba a dejarlo partir. Las razones que él esgrimía, sin embargo, eran muy distintas a las de su madre.

Estas eran silenciosas, sinceras y desinteresadas.

El niño lo miró desde abajo sin decir nada. Eres mi amigo, parecían decir sus ojos. Mi único amigo. Waroc'h trató de deshacerse del pequeño, pero no lo logró. Al agarrar su cuerpo menudo y sentir la humedad de sus lágrimas en las manos, sintió que algo se desgarraba dentro de él. Desde el mismo momento de su nacimiento, el chiquillo no había conocido más compañía que la del señor de Gwened. Ni más sonrisas, ni más cariño. Nada.

Supo que iba a tener que rendirse. No podía abandonar a Charles a su suerte. A pesar de no ser el heredero, el pequeño era un objetivo prioritario para el Sin Miedo.

Entonces, se arrodilló y lo apretó contra el pecho.

La reina, desde la distancia, respiró aliviada. Vannes tendría que esperar. De un modo distinto al que había previsto, pero lo había logrado. El señor de Gwened iba a seguir a su lado.

Aún había esperanza.

XCI

El milagro se consumó al cuarto día.

Sucedió sin previo aviso. Aunque que con los ojos inyectados en sangre y los labios reventados por la fiebre, Beadur recuperó la consciencia. Su instinto de espía se activó al momento, y su mirada perdida buscó una referencia. Algo que le ayudara a orientarse. A saber dónde se encontraba.

Sin embargo, lo único que vislumbró fue una celda revestida de ladrillos húmedos y cercada por barrotes. Un lugar desconocido, iluminado tan solo por la tenue luz de una antorcha que ardía al fondo del corredor. Aún

desorientado, trató de incorporarse. Lo intentó, pero no pudo.

Un dolor lacerante le atravesó el pecho en cuanto hizo el primer movimiento.

A unos pasos, una mujer estaba recostada con la espalda contra la pared. Al escuchar su quejido, se incorporó de un salto. Súbitamente alarmada, Breann se acercó al montón de paja y se inclinó sobre el herido.

—No os mováis. —El hombre oyó, como en sueños, un suave acento extranjero—. Calmaos, caballero. Os recuperaréis.

Aquella voz le trajo recuerdos distantes. Reminiscencias dulces que no encajaban con aquel calabozo en penumbra. El rostro de una mujer joven apareció entre árboles verdes y chimeneas humeantes. Una tonalidad única lo transportó a los años vividos en Bretaña. Sí, tenía que ser ella. Aquel acento la hacía inconfundible. Aquella voz que había escuchado tantas veces, oculto entre la maleza.

Beadur se mantuvo inmóvil durante unos segundos, pero pronto una tormenta se desató dentro de su cabeza. Nada parecía encajar en aquel cuadro. Intentó deducir qué era lo que estaba pasando. No tenía ni idea de cuál podía ser aquel extraño lugar en el que acababa de despertar, ni por qué lo atenazaba aquel dolor terrible.

Trató de hacer memoria, pero fue en vano. Pese a devanarse los sesos durante un buen rato, no logró recordar nada. Abrió los ojos. Tenía que averiguar por qué se encontraba allí encerrado. Tampoco recordaba quién había conseguido atraparlo, ni cuándo había sido herido. Nada. Pero, sobre todo, no tenía ni idea de cómo había llegado hasta Breann Airdsgainne. Haber recuperado la consciencia junto a la muchachita escocesa era lo más sorprendente de todo.

La discípula de Myrna Ménec. Muchas veces la había recordado en Cotentin, pero hacía tiempo ya que la había dado por perdida. Bajo la crueldad de Cearbhall, cualquier esperanza se desmoronaba.

—Lo más importante ahora es que os calméis, mi señor —Breann, advirtiendo su preocupación, trató de tranquilizarlo de nuevo.

No obstante, pese a la confusión, aquella voz acabó de desatar un torrente de sensaciones en el interior del guerrero. Al rato, se quedó helado. La presunta hermana de Aydan.

Aydan. Claro.

Un remolino de imágenes se desató en tropel dentro de su cabeza. Unos recuerdos confusos se fueron haciendo nítidos a medida que relampagueaban entre las tinieblas. La marisma ardiendo, los hombres de Dreng Straw buscando entre la maleza. Antorchas prendidas, humo, niebla…

Un chiquillo dejándose caer de un árbol.

El sobresalto le hizo abrir los ojos desmesuradamente. Breann, alarmada, le agarró una mano.

Aydan desapareciendo en la noche, entre la ciénaga traicionera. Y después, la nada. Volvió a cerrar los ojos, y nuevos recuerdos se sucedieron como fogonazos. Los golpes de Dreng Straw, una larga travesía atado a un caballo. Pontaubault. El paso tambaleante de Jolivet, vestido de leproso. Un cuchillo introducido en un descuido bajo su manga.

Entonces recordó.

Trató de incorporarse, de nuevo con los ojos muy abiertos. Ni la sacudida de dolor lo pudo detener esta vez, ni la resistencia de la joven sanadora. El recuerdo de Aydan perseguido por los asesinos era más fuerte.

Ya sentado, se quedó mirando a la pared con gesto de pánico.

Por un momento, esperó que ella pudiera explicarle lo sucedido. Al mirarla, sin embargo, descartó la idea. La cara de la jovencita solo reflejaba desconcierto. Volvió a sus recuerdos. Una intensa sensación de urgencia era lo último que había sentido.

Milagrosamente, recordó entonces, había logrado desatarse. Tras liquidar al centinela se había internado en el bosque a toda prisa. Los otros lo habían descubierto, pero había logrado robar un caballo y salir al galope. Volar en ayuda de Aydan antes de que Dreng lo cazara. Eso, recordó, ocupaba todo su pensamiento cuando la flecha lo derribó.

—No os mováis. —Breann, creyendo que deliraba, trato de recostarlo sobre la paja con delicadeza.

Él se dejó hacer. De momento no tenía más opción.

Se dio cuenta de que ella no sabía nada. Desde luego, era mejor así.

Claro, ella nunca había sido consciente de su presencia entre las sombras, vigilándolos. Jamás había llegado a sospechar que él había podido ver cómo extraía al chiquillo del vientre de su madre decapitada, ni había advertido que rondaba su casa en secreto. Y, sobre todo, Breann no tenía ni idea de que Aydan se había pasado los últimos dos años con él, escondido en un pantano remoto. Convirtiéndose poco a poco en un auténtico guerrero.

Se recostó de nuevo, dejándose hacer. A pesar de la premura que aceleraba su pulso, no podía hacer más nada.

—¿Dónde estoy? —su propia voz le sonó como una campana rota.

Era una pregunta intrascendente, pero serviría para salir del paso. Lo importante ahora era evitar que la muchacha adivinara sus pensamientos.

Para entonces ya sabía que lo habían llevado preso a Vannes. Un prisionero más de Cearbhall Pornichet, al igual que Breann desde aquel día lejano en el que habían ejecutado a Myrna.

Un amanecer gris. La rompiente de Quiberon.

Recuerdos lejanos lo asaltaban, como salidos de un sueño ajeno. Un chiquillo, como una pequeña aparición negra, acorralado contra los acantilados. Los soldados y sus perros de presa.

—Os encontráis en el castillo de Gwened —respondió ella—. Pero eso no

importa ahora. Lo único que os debe preocupar es recuperaros. Y para eso necesitáis descansar.

Él asintió, con los ojos clavados en el techo. Una impaciencia agónica le corroía el alma, pero ella tenía razón. Tenía que recuperarse y conseguir toda la información que pudiera. Después idearía un plan de huida. Un hospitalario no se rinde nunca. Ni en el agujero más negro de la prisión más inexpugnable. Jamás, se dijo.

Ni atrapado en el mismo infierno.

Los dos se quedaron en silencio; él acostado y ella arrodillada a su lado. Ella, cálidamente agradecida por aquella compañía que había llegado para iluminar su desesperanza. Él, anhelando que llegase el momento de poder salir de allí.

No sospechaban que no eran los únicos habitantes del castillo apremiados por la urgencia.

Tres pisos más arriba, Eusébe Loudéac escribía una carta en secreto. El fugaz viaje a Karnag le había hecho atar cabos. Tenía que intervenir lo antes posible, ahora estaba seguro.

Dos años de oscuridad eran una eternidad. Waroc'h tendría que zanjar de una vez por todas los asuntos que lo retenían en la Corte, por importantes que fueran. Iba a tener que regresar, sí, y coger con mano firme las riendas de su hacienda. Solo de ese modo se acabaría el régimen de terror que imperaba en su señorío. En la que un día había sido gloriosa casa de Gwened.

Para acabar de convencerlo, decidió emplear la información que le habían proporcionado los últimos acontecimientos. Ahora estaba casi seguro de que Cearbhall mantenía cómo rehén a la joven escocesa, y de que algún otro prisionero malherido había debido ingresar en el calabozo. Alguien que valía más vivo que muerto. Por eso lo habían enviado a Karnag.

Eso tenía que ser: la sanadora había solicitado aquellos instrumentos para curar a un nuevo prisionero. Alguien valioso para aquel intrigante, seguro. De otro modo, no se hubiera tomado tantas molestias. Indicios extraños. Tan estrafalarios, diría, como indignos de la nobleza que siempre había caracterizado al condado de Vannes. Sí, Waroc'h debía ser informado de todo, asintió Eusébe. La vergüenza y el miedo no podían seguir dirigiendo sus pasos. Sus ojos relucieron al imaginarse el regreso, ávido de justicia, del gran señor de Bretaña.

No sospechaba el peligro que se cernía sobre su cabeza.

Unos ojos indiscretos, generosamente pagados por Cearbhall, vigilaban estrechamente todo lo que hacía. Día y noche, sin descanso. Incluso en la supuesta intimidad de su alcoba.

A dónde iba, en qué se ocupaba, con quién hablaba. Todo.

Hasta unas líneas de aspecto inocente trazadas sobre un papel en blanco.

XCII

La fuente de Roncesvalles, antes plácida, era ahora un campo de batalla.

Dreng se preparó para una lucha a muerte. Ninguno de sus hombres por separado, lo sabía bien, tenía la más mínima posibilidad de vencer a aquel guerrero legendario. De hecho, era más que improbable que incluso los cuatro al unísono pudieran hacerlo.

Mas en esta ocasión no se trataba de ganar un duelo. Lo único que importaba ya era matar al chiquillo. Todos los caminos estaban cortados. Solo restaba morir o matar.

Ezra percibió una determinación suicida en los ojos de Dreng. Con la piel erizada, agarró la espada con las dos manos. Acababa de recordar una máxima hospitalaria.

«Nada es más peligroso que un hombre que ya no espera un nuevo amanecer».

Los ingleses organizaron el ataque con concisión predadora. Sin necesidad de hablar, como si fueran un solo luchador. El más corpulento se encaró con el caballero escocés. Los otros dos se dirigieron a Ezra, dispuestos a atacarlo al unísono. El jefe del grupo, sin embargo, no tenía ojos más que para Aydan. Sus intenciones eran transparentes, pero no parecía importarle lo más mínimo. El sefardí era el escollo que tenían que esquivar. Solo eso. Si lo lograban, una mínima fracción de segundo bastaría.

A un gesto de Dreng, Dagger y Amery se abalanzaron. Ellos intentarían mantener ocupado al toledano durante el máximo tiempo posible. Así, y con Galloway ocupado en repeler a Atkin, el capitán podría hallar el camino expedito para llegar al niño. De eso se trataba.

Ezra quiso colocarse entre Dreng y Aydan, pero el asedio de sus atacantes lo obligó a cubrir el flanco. Frunciendo el ceño, se percató de su estrategia. Sabían lo que hacían, desde luego. Mientras él no lograra deshacerse de aquellos dos, el chiquillo iba a tener que resistir por sus propios medios.

Y eso, con un asesino como Straw enfrente, era mucho esperar. No era más que un niño.

Sin embargo, al momento comprobó que tal vez hubiera opción. Aliviado, apreció de un vistazo rápido que los elogios de Beadur parecían estar justificados. Tanto su ubicación dentro de la formación como su postura en guardia eran asombrosamente correctas. Con esperanzas renovadas, se centró en repeler el primer ataque.

En cuestión de un instante, los ingleses descargaron una ofensiva brutal. Todos a la vez, por supuesto. Douglas, más preocupado de cubrir a Aydan que de protegerse a sí mismo, acusó el ataque de Atkin. Casi desarmado ya al primer golpe, no pudo evitar perder el equilibrio.

Ezra rechazó con facilidad el ataque combinado de sus dos contrincantes, pero Amery y Dagger se repusieron al momento. Retrocediendo dos pasos, en un instante estaban de nuevo listos para contraatacar. La estrategia se confirmaba. Tratarían de no dejarle un solo instante de tregua. Ese era su cometido, aunque les costara la vida.

Aprovechando el trabajo de sus hombres, Straw se lanzó a por Aydan. Al cabo de unas estocadas, solo la reacción de Galloway fue lo único que evitó que lo atravesara de lado a lado. Y en mitad del pecho, esta vez. No como en el camino de Saint-Lô.

Gracias a que la respuesta de Atkin no fue tan rápida como debiera, Douglas logró interponerse ante el pequeño guerrero. El caballero llegó justo a tiempo para desviar el golpe terrible que ya volaba directo al corazón del pequeño. Dreng se retiró farfullando maldiciones, pero su furia duró solo un instante. La mirada de odio que le dedicó al conde relampagueó de júbilo. El escocés intuyó que algo terrible se cernía sobre su espalda y trató de girarse de inmediato, pero ya era tarde.

Aprovechando la ventaja, Atkin lo atacó por detrás. Una estocada letal buscó atravesarle las costillas mientras su comandante retrocedía para atacar de nuevo al niño. Ezra, viéndolo todo desde unos pasos de distancia, supo que la situación era a todo o nada e inició una ofensiva definitiva contra sus dos atacantes. No quedaba margen de maniobra.

En medio de aquel caos, el tiempo se detuvo. Ahí fue cuando Galloway se supo perdido. El guerrero que había ido a por él desde el principio estaba descargando un ataque mortal que no iba a poder evitar. Por un instante, se vio muerto.

Sin embargo, un golpe con el que nadie contaba apareció en el último momento entre aquel amasijo de brazos y espadas. De abajo arriba, una pequeña hoja apareció de la nada para desviar la trayectoria del golpe. Así, la estocada se clavó en el brazo izquierdo de Douglas en lugar de perforarle de lado a lado la caja torácica. Aunque con gesto de dolor, el escocés logró mantenerse en pie. Su capa empezó a teñirse de rojo. Estaba herido, pero aún vivo.

Momentáneamente liberado del ataque de Dreng, Aydan había percibido de soslayo la ofensiva a traición sobre Douglas. El conde, rehaciéndose, le dedicó una mirada de sorprendido agradecimiento. Sin embargo, no había tiempo para cortesías. Necesitaban recomponer la defensa, aunque fuera a duras penas.

Ezra se quedó lívido. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no podría

creerlo. Aquel caballero desconocido que acompañaba a Aydan estaba vivo de milagro. El pequeño acababa de salvarlo de una forma inverosímil.

La sangre manchaba ya la hierba, y el aroma de la muerte se extendió por el claro donde vertía, transparente e impasible, la fuente de los peregrinos.

Dreng se preparó para caer de nuevo sobre Aydan, tras ver que Ezra acababa de atravesar el abdomen de Amery y se giraba ya hacia Dagger con mirada de hielo, dispuesto a liquidarlo. El escocés había retrocedido, herido, tratando torpemente de enarbolar de nuevo la espada con su único brazo ileso. Por eso se decidió. No iba a tener más oportunidades. Uno de sus hombres estaba fuera de combate y el otro trataba de recuperar el equilibrio tras haber desclavado su acero del brazo del caballero.

Había llegado el momento. Al fin tenía frente a frente a aquel chiquillo del diablo. Durante un instante ya nadie podía interponerse entre ellos. Sería suficiente. Se lanzó a por él echando espuma por la boca.

Ezra advirtió que el peligro era extremo. El flanco que cubría Galloway había quedado desprotegido, y él estaba a varios pasos de distancia. Además, el atacante del conde había vuelto a caer sobre él aprovechando su superioridad. Solo sería durante un par de segundos, pero Dreng tenía el camino libre para llegar a Aydan. Necesitaba liquidar a Dagger ya, y aun así no creía poder llegar a tiempo.

Un ataque ejecutado a la velocidad de un rayo le permitió acabar con él de un solo golpe. En un momento el antebrazo de Dagger, seccionado, rebotó contra el suelo y su propietario, blanco como la nieve, se desplomó sobre la hierba teñida de rojo. No profirió ni un grito. Entonces, el sefardí se giró. Al hacerlo, vio que Aydan estaba a punto de ser asesinado.

El tiempo que le había costado completar su acción fue el mismo que tardó Dreng en ejecutar su ofensiva definitiva.

Tres estocadas brutales socavaron la defensa del chiquillo, que aun resistiendo milagrosamente en pie, no pudo evitar quedarse casi desarmado. Desequilibrado por la fuerza de los golpes, y con la espada a un lado, Aydan quedó al fin a merced de su atacante.

Ahí, el tiempo se hizo pastoso como la miel vieja.

Tras acabar con Dagger, Ezra se giró justo cuando el tercer golpe de Dreng caía, sólido y demoledor como la maza de un gigante. Con el niño desprotegido, el inglés alzó de nuevo la espada sobre la cabeza, anunciando muerte.

A unos pasos de distancia Galloway, malherido, resistía a duras penas el asedio. Atkin, que apreció de refilón cómo su jefe estaba a punto de acabar aquel maldito encargo de una vez por todas, esbozó una sonrisa triunfal. Con Dagger y Amery fuera de combate, ya solo les quedaba una cosa por hacer. Matar al muchacho y escabullirse entre los árboles. Sus defensores tendrían que socorrerlo, y ellos podrían huir.

Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Una contienda terrible había empezado apenas unos segundos atrás en el claro de la fuente del bosque de Roncesvalles. Sin embargo, todo estaba ya a punto de acabar.

Cuando el destino está resuelto a propagar la muerte todo transcurre con fugacidad.

Dreng inició el golpe de arriba abajo. Aydan alzó su arma, tratando de desviar el golpe. Un recurso desesperado, nada más. Era consciente de que no iba a ser suficiente. Galloway logró repeler el asedio de Atkin durante un instante, pensando más en socorrer al pequeño que en su propia vida. Ezra se hizo cargo de la situación con un solo vistazo. Apenas había esperanza. Ya nada podría librar el chiquillo de recibir el golpe de Straw. Salvo milagro, podía darse por muerto.

Entonces, en el último instante, surgió en su cabeza una idea desesperada. Lo único que le quedaba ya era jugarse el todo por el todo. Arrojar la espada desde la distancia.

Casi como un acto reflejo, Ezra lanzó su acero justo cuando la hoja de Dreng iba directa hacia el corazón de Aydan. Nada se interponía ya en su camino.

Para cualquier luchador medianamente sensato, aquella acción suponía prácticamente un suicidio. La probabilidad de acertar desde varios pasos de distancia era casi nula. En caso de fallar, la situación resultante sería desastrosa. El chiquillo habría caído muerto sin remedio y el sefardí quedaría desarmado y a merced de su enemigo. Sin embargo, lo hizo.

Dreng, con un brillo de odio en los ojos, entró a matar.

Aydan sintió el frío de su acero por segunda vez, aunque no en el hombro, como en el camino de Saint-Lô. Esta vez, un dolor helado y terrible le atravesó el abdomen. El pequeño cayó al suelo, malherido. Sin embargo, antes de desvanecerse, una percepción súbita le hizo esbozar un gesto de aliviada extrañeza. Al fin y al cabo, había tenido suerte.

La acción desesperada de Ezra había evitado que le atravesasen el corazón. Por eso seguía vivo. Al menos de momento, pensó mientras se desplomaba, inconsciente. Dreng no había acertado con su ataque, y había sido gracias al sefardí. Él había logrado evitar, con su milagrosa acción, que el inglés atravesara el pecho del chiquillo. La espada del toledano, perforándole las costillas desde la distancia, había atravesado el pecho de Dreng con una fuerza titánica. Tanto, que lo había lanzado hacia atrás, ensartado, haciéndole caer de espaldas a varios pasos de distancia. Su ataque letal, por suerte, se había quedado a medias.

En el claro del bosque, sobre la hierba ensangrentada, ya solo quedaban cuatro personas vivas. Un caballero que sangraba por un brazo, un niño desvanecido que se agarraba el vientre con las manos y dos luchadores ilesos.

Ya solo se oía el rumor del agua al caer y el susurro de las hojas mecidas

por la brisa.

Ezra dio un salto prodigioso, ignorando al chiquillo inconsciente. En una mínima fracción arrancó su espada del cuerpo de Dreng, que agonizaba entre estertores, y atacó a Atkin sin contemplaciones. El último soldado inglés, ya sin opciones, amagó un intento de huida. Era cuanto le quedaba. Habían fracasado. No obstante, no tuvo tiempo.

Una embestida inmisericorde de Ezra lo dejó tirado con el cuello a medio seccionar.

El suelo embarrado que rodeaba la fuente era ahora de un rojo intenso. El agua cristalina seguía cayendo sobre las piedras con su ritmo sosegado, y el claro de la fuente se quedó de nuevo en silencio, ajeno a la terrible masacre que acababa de concluir. El remanso sombrío, aunque sembrado de cadáveres, recuperó al punto su tranquilidad bajo la luz pálida del sol naciente.

La muerte había extendido su manto en apenas segundos.

La vida, con su lógica inabarcable, podía continuar.

Cuando Ezra regresó junto al chiquillo, el caballero escocés, más alarmado por él que por su brazo malherido, ya estaba arrodillado a su lado, tapando como podía con las manos la sangre que brotaba a un lado del ombligo del pequeño.

No hubo tiempo para presentaciones. Ezra silbó en dirección al bosque. El eco resonó por entre las copas y al rato irrumpió en el claro un caballo árabe, ligero y esbelto. En un momento, el sefardí aplicó sobre la herida un vendaje de urgencia hecho con un trozo de tela cortado de su capa. Después partió al galope con Aydan, pálido e inconsciente, sentado delante de él.

La única esperanza de salvarlo pasaba por volar cuanto antes al lejano sur.

—Quedas en buenas manos, pequeño fuego entre la nieve —mientras montaban, Douglas se despidió, hablando más para Ezra que para el chiquillo. No obtuvo respuesta—. En cuanto te recuperes, allá en Toledo, házmelo saber. Dirige tus cartas al castillo de Galloway, en Escocia.

Después, con la vista empañada, se quedó mirando cómo el caballo se perdía entre la maleza.

—Allá va un pequeño hijo de la gloriosa nación de Alba.

Se volvió. Los sucios ingleses que habían tratado de asesinarlo se quedarían para siempre en los bosques de Roncesvalles. La legendaria maestría de Ezra ibn Levy había acabado con ellos. Miró alrededor. Sus cadáveres quedarían allí, en aquel lugar plácido del camino a Compostela.

Tomó aire profundamente. No podía decir que hubiera sido fácil, ni que todo hubiera salido a pedir de boca, pero lo cierto era que había logrado protegerlo hasta llegar allí. Lo que se había propuesto en aquel viejo hospital, mientras observaba un cuervo por el ventanuco. Ahora deseó con todas sus fuerzas que Toledo culminase el milagro. Sin embargo, la herida era muy fea. Meneando la cabeza, las lágrimas volvieron a aflorar. Dudaba mucho que el

pequeño lograse sobrevivir.

De todos modos, ya nada podía hacer. Regresaría con sus compañeros, y seguirían investigando la desaparición de James Stewart. A eso habían resuelto dedicar sus vidas. Sin embargo, ahora veía que aquella cruzada había sido más fruto de la pasión que de la sensatez. Tal vez fuese el ejemplo de Aydan, tal vez la herida del brazo que no dejaba de sangrar, pero sintió que más pronto que tarde iban a tener que volver a casa. No podían dejar su patria sin gobierno y desprotegida por mucho tiempo. Que el auténtico rey estuviera en poder del enemigo, precisamente, era lo que iba a acabar por obligarlos a regresar.

Herido y solo, dirigió sus pasos de vuelta a Roncesvalles. El brazo atravesado le escocía como si lo hubiera sumergido en vinagre y sal, pero no le importó. Con todo, a medida que fue recuperando la calma su rostro se ensombreció. Le quedaban un par de horas de camino para llegar al hospital monástico y estaba perdiendo mucha sangre. Su ánimo se fue enfriando poco a poco. Tenía que apresurarse.

Tras algo más de una hora, al coronar una loma, se volvió hacia el sur. Cada vez tenía el corazón más oprimido. Oteó el horizonte sabiendo que nada podría ver a través de aquel bosque infinito, y haciendo un gran esfuerzo se puso en marcha de nuevo. Tenía que llegar al hospital de los monjes cuanto antes. Empezaba a sentir un frío mortal en los huesos.

Cabizbajo, regresó sobre sus pasos.

—Adiós, pequeño —musitó—. Ya solo pido que volvamos a vernos.

Allá en la lejanía, fuera del alcance de su vista, un jinete clavaba las espuelas en un fino alazán. Su gesto serio y su mirada grave presagiaban una cabalgada a vida o muerte. Mientras galopaba a toda velocidad, Ezra trataba de contener la hemorragia que manaba del vientre del chiquillo. La urgencia apremiaba su galope desbocado.

La única opción pasaba por llegar lo antes posible a Toledo. El mejor sanador del mundo aún vivía, pese a los tiempos adversos, en la ciudad de las tres culturas. Sin embargo, no era eso lo que atribulaba al legendario guerrero. La situación era a vida o muerte, pero en ese justo momento no era la herida de Aydan lo que ocupaba su pensamiento.

El asombro era aún mayor.

La voz de Beadur retumbaba en su cabeza como una campana de bronce, derribando su propio escepticismo. Lo que acababa de presenciar junto a la fuente golpeaba su conciencia. Aquella batalla había sacado a la luz ante sus propios ojos algo imposible de creer. Jamás hubiera imaginado que algo así pudiera ser posible. Ni remotamente.

Aquel niño acababa de exhibir una resistencia inusitada en un combate a

muerte. Más bravura de la que él, Ezra ibn Levy, el Custodio del Legado de Rodas, jamás habría podido concebir. Y eso no era todo. El chiquillo había desplegado más destreza que cualquier luchador adulto que él hubiera visto en toda su vida. Conteniendo el aliento, lo miró desde atrás. Allí lo tenía, desfallecido entre sus brazos. Un guerrero como nunca habría podido imaginar, pero con solo diez años. Apretó la mandíbula.

—Aguanta, pequeño.

Los cascos de su caballo levantaban chispas de las piedras del camino.

—Aguanta. Llegaremos a tiempo.

XCIII

Allí estaban de nuevo las prisas de la muerte, aunque esta vez en otra versión.

Galloway disimuló entre la muchedumbre al verlos pasar, mientras todos en la plaza se giraban al estruendo de los cascos contra el enlosado. Ocho jinetes volaron hacia el lejano norte ante el hospital de Roncesvalles. Al recordar a Aydan, el caballero tuvo una sensación fría y cálida a la vez. Aquello era todo lo que quedaba del escuadrón de Dreng Straw. Los mercenarios más letales de toda Inglaterra.

Destemplado, se quedó mirando la esquina por la que acababan de desaparecer. Su pensamiento, más si cabe, voló de nuevo al camino del sur. Allí, un jinete estaría galopando sin descanso. Rogó que llegase a tiempo.

Después se volvió hacia la gran plaza. Roncesvalles era un hervidero.

Una noticia terrible se había extendido por toda la cordillera en cuestión de horas. Un grupo de horrorizados peregrinos se había encontrado a cuatro hombres masacrados junto a una fuente del camino. Según narraron, aterrorizados, el claro entero se había convertido en un baño de sangre.

Los hombres de Dreng, al saberlo, habían galopado hasta el lugar. Necesitaban comprobar con sus propios ojos qué era lo que había sucedido. Tras corroborar el terrible desenlace, aún sin dar crédito, habían decidido regresar a Inglaterra a toda velocidad. Sin su comandante, estaban descabezados.

Los ocho jinetes deshicieron el camino en silencio, entre estupefactos y aterrados. Solo se les ocurría una explicación posible para aquel suceso insólito. Que un niño de diez años, por mucho que contara con la compañía de un caballero escocés, hubiera acabado de aquella manera con los cuatro mejores luchadores del grupo, no admitía otra lógica.

Mientras los cascos de sus monturas atronaban entre las cumbres, una sombra fría se extendía sobre sus cabezas. Un estremecedor convencimiento se

había apoderado de sus corazones. Aquel niño del diablo, al fin y al cabo criado entre brujas, tenía que atesorar algún tipo de poder sobrenatural. Una especie de maldición druídica lo protegía de sus enemigos, de uno u otro modo.

Para ellos, no había más que una conclusión posible.

El mismo demonio tenía que estar de su lado.

A la misma hora que Galloway disimulaba bajo la capucha en Roncesvalles, una criada pedía auxilio a gritos en el castillo de Vannes. Tras ella, tirado en el suelo de su cuarto, yacía Eusébe Loudéac.

Un físico contratado por Cearbhall certificaría más tarde que había muerto por causas naturales.

La misiva enviada a Waroc'h había sido interceptada. La estrecha vigilancia a la que el alcaide había sido sometido daba sus frutos. Los hombres de confianza del señor de Pornichet habían cumplido con eficacia esta vez.

Y menos mal, había pensado él al releer las líneas escritas por el mayordomo. Eusébe lo acusaba de cometer todo tipo de atrocidades. De haber llegado a su destinatario, las cosas se hubieran puesto feas de verdad.

Pálido, y con el vello erizado, Cearbhall tomó una decisión. Llevaba demasiado tiempo viviendo al borde del precipicio. Ya era hora de librarse de una vez por todas de semejante estorbo. No podía permitirse dejar vivo a un enemigo tan peligroso, y menos dentro de su propia casa. No fuera que el conde decidiera regresar. La gestión que se estaba llevando a cabo era impecable. No hacía falta que Waroc'h supervisara nada. Más bien, era imprescindible que no lo hiciera.

La sustancia idónea disuelta en su vino favorito borraría aquel problema llamado Eusébe de la sólida ecuación que sostenía los muros de la casa de Gwened. Esta vez sí, los cálculos de Cearbhall fueron acertados.

El conde de Vannes se mostró una vez más abrumado por las obligaciones que lo retenían en la Corte. Desde la distancia, se limitó a enviar sus condolencias y a expresar el deseo de que se organizara un gran funeral en honor del señor de Loudéac. Una ceremonia que estuviera a la altura de quien había servido tan fielmente a su familia durante años.

Cearbhall cumplió escrupulosamente los deseos del conde. Las exequias del mayordomo fueron dignas de un gran señor. Todo el personal del castillo, desde el sirviente más humilde hasta el capitán de la guarnición, le rindieron homenaje. Y casi todos de forma sincera, aunque en realidad los moviese más el temor que la reverencia. Harían cualquier cosa que el joven señor hubiera propuesto. No querían ser los siguientes en pagar la ira de quien gobernaba con puño de hierro el señorío de Vannes.

Precisamente él, el señor de Pornichet, se mostró muy afectado por el

fallecimiento del caballero de Loudéac. Durante semanas, su ánimo se mostró sombrío e irascible. Lo vieron vagar por los salones sumido en un lóbrego ensimismamiento, como si en verdad hubiera perdido a alguien muy estimado. Tanto fue así, que algunos llegaron a dudar si realmente habría acusado la muerte del alcaide.

El desconcierto cundió entonces en el castillo. Era un secreto a voces, aunque también una verdad indemostrable, que el fallecimiento de Eusébe no podía haber sido un simple antojo del destino. No podían sospechar que el pesar de Cearbhall se debía, en realidad, a otra causa. A un motivo completamente distinto, aunque íntimamente relacionado con la muerte de Eusébe.

No había vuelto a tener noticias de Dreng. Esa era la causa de su decaimiento.

El mercenario al que le había pagado una auténtica fortuna para que apresara vivo a Aydan Sneachd se había desvanecido como el humo entre la niebla. Y eso no era lo peor, desde luego.

Lo terrible era que el pequeño fuego entre la nieve había desaparecido con él.

No había rastro del pequeño Robert de Gwened, vértice culminante de todos sus anhelos. El centro mismo de su plan se había desbaratado, quitándole el sentido a todo lo demás. Aquello que determinaría el éxito definitivo o una caída aparatosa estaba más fuera de su alcance que nunca. Su vida estaba en juego.

Aquello era lo que en realidad alteraba el ánimo del regente, aunque nadie pudiera ni imaginarlo siquiera.

Atrapar al chiquillo era la única idea que ocupaba ya su mente. Día y noche, no dejaba de darle vueltas de forma obsesiva. Sin comer, sin apenas dormir. No era para menos. Si lograba capturarlo, sería juez de los designios futuros del elegido. Dueño del destino de aquel supuesto Guerrero de la Luz de la profecía perdida. El condado de Vannes, cuando el niño cayera en su poder, estaría en sus manos para siempre. La victoria definitiva pasaba, por tanto, por darle caza.

Y aún había algo más.

Un deseo más profundo y oscuro se retorcía en su interior, torturándolo. Algo más instintivo que el ansia de riqueza y poder, como una masa húmeda y viscosa que latía. Que crecía dentro de su cuerpo con vida propia. Que no le dejaba respirar.

Con el muchacho como rehén, Cearbhall dominaría la voluntad de Breann. Pese a todo, todavía no había logrado doblegarla. Y eso, muy a su pesar, no hacía sino incrementar su deseo. Aquella mujer menuda protagonizaba, como una obsesión malsana, las ensoñaciones inconfesables que humedecían sus sábanas.

Breann Airdsgainne, sí. Entonces tendría que plegarse por fin a sus deseos. Arrugó la frente. Jamás lo admitiría, pero el anhelo de poseerla era más intenso incluso que el de gobernar el condado.

Todo, por tanto, giraba en torno a un punto central: ese dichoso niño llamado Aydan.

Pero ahora Dreng había desaparecido, junto con todos sus hombres, como por arte de encantamiento. A Cearbhall, aquel silencio acabó por abrirle los ojos. No le quedó más remedio que admitir que tenía que haber sido traicionado. Tras mil tribulaciones, supuso que el inglés había decidido mantenerse fiel a su rey.

Eso tenía que ser. El pequeño sería a esas alturas otro prisionero más de la Torre de Londres. O eso, o tal vez lo hubieran asesinado los mismos soldados a los que se les había encomendado diez años antes que no llegara a nacer. Nada tenía en la mano, solo incógnitas.

Aquellos hombres, hasta donde a él le constaba, no habían llegado a ser conscientes, una década después, de la auténtica identidad del niño. Sin embargo, el devenir de los sucesos desde que le habían traído al gauta moribundo lo fue conduciendo hacia una conclusión irrefutable. Lo que había empezado siendo una duda difusa fue tomando forma a medida que pasaba el tiempo. No había una explicación lógica si no habían averiguado nada nuevo.

¿Qué había hecho desaparecer así, sin dejar rastro, al mercenario del rey Henry? ¿Qué lo había llevado a renunciar al resto del oro que él le había ofrecido?

Solo había un motivo que justificara tan inexplicable comportamiento. El comandante Straw había tenido que descubrir de alguna manera la auténtica identidad del chiquillo. No había otra opción.

Al fin y al cabo, acabó por concluir, aquellos hombres eran unos espías excepcionales. Capaces de obtener cualquier tipo de información, por imposible que pareciera.

La sombra que había nacido con la muerte de Eusébe se fue haciendo más grande y más oscura. Más palpable y amenazadora, en los corredores del castillo y en cada alcoba. Con la desaparición de Dreng empezó una época aún más sombría.

El sol dejó de entrar en la casa de Gwened.

Cearbhall, abrumado por una incertidumbre insondable, se convirtió en un espectro. El abismo que se abría a sus pies le provocaba un vértigo devastador.

Al menos, pensaba a veces, el gran guerrero del norte estaba en su poder. Débil consuelo, se decía después. Aquello tenía más de clavo ardiendo que de anclaje sólido. Sin embargo, era todo cuanto le quedaba.

Lo único a lo que podía agarrarse ya.

En el calabozo de Gwened yacía Beadur Njöror.

El gauta ya estaba bastante recuperado del flechazo que casi le había atravesado el corazón. Gracias a los cuidados de Breann, había ido recuperando las fuerzas poco a poco pero con firmeza.

Ante la evolución del herido, Cearbhall ordenó a los centinelas que redoblasen la vigilancia. Así lo hicieron, aunque nunca hubieran apreciado nada extraño. Las órdenes del señor eran claras: ante todo, había que evitar a toda costa que los prisioneros compartieran información. Ella debía cuidarlo para que se recuperase, pues era un valioso rehén, pero había que impedir que hablasen o se comunicasen de ningún modo.

Así se hizo. Bajo la mirada severa de sus carceleros, entre los prisioneros nunca llegó a haber nada sospechoso. Nada más allá de lo normal entre una curandera y su paciente, un hombre gravemente herido. Hubiera sido imposible que percibieran lo que realmente estaba sucediendo.

Al fin y al cabo, ni ellos mismos se dieron cuenta.

Cuando a él le subía tanto la fiebre que empezaba a delirar, ella le pasaba la mano por los cabellos hasta que se calmaba. Estaban vigilados de cerca, pero solos en la celda. Nunca hubo palabras ni razones. Solo caricias.

Las manos hacían brillar el sol en las profundidades de aquel sótano lóbrego. A ojos de los centinelas, no había más que las atenciones normales. No podían percibir la intensidad en la mirada de ella, ni su gesto al secarle las sienes sudorosas.

Algún día despertarás del todo, guerrero. Y podrás hablarme. Algo me dice que entonces todo cambiará. O mucho me equivoco, o creo que sabes algo de mi pequeño fuego entre la nieve…

La esperanza renacida de Breann resistía, extrañamente viva, en el fondo de su pecho. Sin embargo, mientras aguardaba, todo seguía siendo un gran interrogante. Así tenía que ser, por otra parte.

Cómo podría haber intuido que justo en ese momento el niño yacía en una cama lujosa y distante.

Muy distante.

En Toledo, la casa de Yasser ibn Sadiq tenía las ventanas abiertas. Solo así lograban que corriera el fresco desde el patio atestado de geranios. El hermoso claustro de mármol blanco donde siempre era primavera atemperaba el hogar del gran médico. Las flores, regadas por el agua que brotaba de una fuente con forma de león, perfumaban la brisa.

Un jinete exhausto acababa de depositar en la cámara personal del sabio árabe a un niño inconsciente. La gran cama del médico, cubierta de seda, acogía por vez primera a un pequeño guerrero de las tierras del norte. Un chiquillo pálido como la cera, manchado de sangre seca y polvo del camino.

Ezra miró alrededor, impaciente. El anfitrión ya estaba avisado, le dijeron. Llegaría en unos momentos. En las estanterías de la estancia se amontonaban docenas de libros gastados por el uso.

Antiguos manuscritos de nombres extraños, escritos en un alfabeto exótico.

Los catorce tomos del *Kitab Al-Qanúnfi Al-Tibb* de Ibn Sina, o *Canon* de Avicena, en posición preeminente, estaban flanqueados por obras de Rhazes, Albucasis o Avenzoar. En otras estanterías Maimónides, Al-Baytar y Usaybia compartían espacio con Averroes y Aristóteles.

—¿Podrás salvarlo? —La irrupción del físico en el cuarto iluminó por un instante la exasperación del sefardí.

El guerrero, agotado, apenas se había detenido un par de veces desde los montes de Roncesvalles. No había tenido más opción, a juzgar por el aspecto del chiquillo. El paciente, blanco e inerte, parecía tener pie y medio en el otro mundo.

El galeno, un anciano de barba blanca y turbante, examinó al niño con ojos expertos. Tras un primer vistazo, su gesto reflejaba una honda preocupación. La herida era fea. Una incisión abdominal provocada, sin duda alguna, por una espada.

Ezra se mordió el labio. Ya tendría tiempo de explicarle lo sucedido. Esperó, cada vez más ansioso. El gesto circunspecto del médico no auguraba buenas noticias. Aquella estocada, que parecía profunda, llevaba días vertiendo sangre sin parar.

Los ayudantes del anciano bullían alrededor de la cama. La actividad era frenética, pero silenciosa y ordenada. Todos se movían como en una coreografía estudiada, entrando y saliendo del cuarto con los encargos que el maestro les iba haciendo entre dientes. Al cabo de unos minutos que a Ezra le parecieron horas, Yasser levantó la vista y negó con la cabeza.

—No te voy a engañar, amigo mío. —Su expresión seria corroboraba la impresión inicial—. Esta herida es mortal de necesidad. Nunca he visto que nadie saliera vivo de un trance semejante.

Con los ojos clavados en Aydan, el sefardí se mordió el labio con más fuerza aún. El chiquillo estaba empapado en sudor. Unos lamentos frágiles escapaban de su boca de rato en rato.

Una desazón fría lo invadió. La galopada desde los Pirineos había sido vertiginosa. Tanto, que aún le parecía un milagro que su caballo hubiera sobrevivido al esfuerzo. Solo se había permitido el descanso imprescindible para proporcionarle al chiquillo unas atenciones básicas. Para evitar que muriera en sus brazos.

Y ahora, pese a aquel sacrificio, parecía que todo había sido en vano. Eso sostenía, al menos, el galeno más reputado de toda Castilla.

—¿Estás seguro, *muealam*? —Aun así, no podía darse por vencido.

Se resistía a aceptar que todos los esfuerzos de Beadur y de Jolivet, y también los suyos, no fueran a servir al fin para nada.

El anciano le tomó de nuevo el pulso al chiquillo.

—Sería necesaria la fortaleza de un titán para salir de esto —su voz sonó rotunda tras un silencio tenso. Le dolía dar malas noticias a un amigo tan querido, pero él nunca mentía—. Un auténtico milagro, Ezra. Lo siento.

El guerrero apretó los puños.

Su mirada se clavó entonces en el vendaje que aún cubría el hombro del chiquillo. Por un momento su ánimo se ensombreció, y estuvo a punto de rendirse a la evidencia. La desolación del diagnóstico y el agotamiento que sentía invitaban a abandonar toda esperanza.

Sin embargo, justo entonces sucedió algo. Aydan emitió un suspiro profundo y pareció quedar en calma.

Por algún motivo, aquello repuso el ánimo del hospitalario. Unas imágenes aún frescas, que no dejaban de dar vueltas dentro de su cabeza, hicieron que en su pecho cobrase vida un ímpetu renovado.

La bravura con la que un muchachito de diez años se había enfrentado a sus asesinos en una batalla desigual volvió a su memoria. Y mucho más, recordó después. También estaba todo lo que le habían contado sobre aquel niño dos de los mejores caballeros de la Orden.

Aquel suspiro trajo una luz de esperanza a su alma asolada.

La situación era crítica, sí. El médico afirmaba que solo un milagro podría salvarlo. Todo parecía estar en contra de aquel niño que yacía allí, inconsciente y pálido como la misma muerte. Sin embargo, había vida. Por lo tanto, había esperanza. Ezra eligió aferrarse a lo que sus propios ojos habían visto en el claro de la fuente. Al prodigio insospechado que él mismo había podido presenciar en las profundidades del bosque de los peregrinos.

Aquello podría parecer un milagro. Y sin embargo, pensó, no había sido más que un nuevo amanecer en el mundo de los hombres.

Con los puños apretados, se quedó observándolo en silencio.

Esta vez no se trataba tan solo de que la llama es lo único que se conserva hasta el final. Esta vez, se dijo, había algo más. Algo que no sabría explicar. Una sensación desconocida. Una convicción que crecía dentro de su pecho, brotando como un torrente desde lugares inexplorados.

Algo que le gritaba con fuerza que debía tener fe.

Que también, en ocasiones, los milagros suceden.

5
ENTRE LA LUZ Y LAS TINIEBLAS

… vivimos en un mundo permanentemente amenazado por la oscuridad.
Un mundo donde la razón,
la lógica,
la sabiduría humana, en definitiva,
nunca podrá dejar de librar esta guerra interminable
contra la barbarie.

XCIV

TOLEDO, JULIO DE 1410

Un sol vertical hacía arder las calles.

Las casas de la ciudad, con todas sus ventanas abiertas de par en par, estaban sumidas en un silencio sofocante. Sus ocupantes descansaban en el interior, tratando en vano de refrescarse. Una brisa asfixiante se colaba en las alcobas desde los patios y el agua fresca de los manantiales apenas templaba el calor.

Las cigarras emitían su zumbido adormecedor desde las ramas de los naranjos.

Sin embargo, la morada del insigne médico árabe Yasser ibn Sadiq nunca se cerraba. No importaba el calor, tampoco el frío del invierno. Día y noche, su puerta principal parecía esperar visitantes como una boca permanentemente sorprendida. Tampoco importaba que Toledo estuviera inmersa en una época convulsa. La casa siempre estaba abierta. Siempre a disposición de sus gentes.

La agitación, de todos modos, había dejado de ser percibida como algo estacional. De hecho, parecía haber sido asumida como forma de vida. Una

realidad inevitable, como la sucesión de los días y las noches. Ajena a la voluntad de sus habitantes. Ya lo decía el propio Yasser, tras tantos años:

—«Si halla un temblor de tierra cada uno de tus pasos, el suelo inmóvil se convertirá en fuente de desasosiego».

Esa era una de las causas que hacían que la casa del gran médico siguiese alzándose, acogedora, en medio de la ciudad.

Si un vecino necesitaba atención médica, sabía de antemano que sus criados lo recibirían a cualquier hora. Y lo más importante, todos en Toledo tenían la seguridad de que el galeno en persona se prestaría a atenderlos enseguida. Eso era lo fundamental. Ante cualquier urgencia, allí se presentaba el necesitado, fuera cual fuese su raza, con el convencimiento de ser bien recibido. Los hospitales de la ciudad podían atender casos leves, pero todo el mundo sabía que ante uno grave había que acudir al *muealam* Yasser. Un refugio seguro y tranquilo para todo el que lo necesitara.

Al menos, así era habitualmente.

No así aquel día, sin embargo. En aquella tarde infernal no se respiraba el habitual ambiente de acogida en la casa del médico. Y no a causa de ninguna urgencia médica, precisamente. En el salón principal, el anfitrión, normalmente tranquilo, se retorcía las manos. A su lado también aguardaba algo, con cara de circunstancias, su vecino más querido. El caballero sefardí Ezra ibn Levy.

Lo que los dos esperaban con gesto serio era el regreso de un joven guerrero. Un muchacho que había partido medio año atrás hacia el frente de combate más aterrador del mundo entero. Un chiquillo de casi trece años, que había vivido allí los últimos tres. En realidad, dos años y medio. Hasta el momento de alistarse, en concreto. Desde entonces, habían pasado seis meses.

Toda una eternidad sin verlo. Sin apenas saber nada de él.

Aydan se había pasado todo aquel tiempo embarcado en un navío de guerra. En una fragata de Rodas que patrullaba por un Mediterráneo oriental sumido en el caos. El muchacho buscaba de ese modo completar su formación para convertirse en caballero hospitalario, como Ezra.

El silencio en el salón solo se veía alterado por el rumor del agua que caía en el patio. Un soniquete que, a pesar de a su efecto balsámico, no era suficiente para apaciguar las mentes de los dos hombres. Hacía falta mucho más que aquello para calmar la ansiedad que asfixiaba a Ezra y al viejo Yasser. Una incertidumbre enquistada los atormentaba, disparando su impaciencia. Casi no habían recibido noticias del muchacho en todo aquel tiempo.

El sangriento conflicto abierto entre las naciones cristianas y el pujante imperio otomano prácticamente imposibilitaba las comunicaciones. Toledo estaba muy lejos de Rodas, y el camino hasta allí era un auténtico polvorín.

Una guerra encarnizada hacía arder el Mediterráneo.

Ser conscientes de ello, obviamente, no suavizaba su agonía. Aquel medio

año había sido una prueba demasiado dura para el exigido aguante de los dos caballeros.

Habían visto crecer al pequeño bretón tras una recuperación milagrosa. Los cuidados de Yasser, y algo más, lo habían traído de vuelta desde el umbral de la muerte. La herida de Roncesvalles era ya un recuerdo lejano. Desde aquel entonces, habían pasado muchas cosas.

Dos años y medio al lado de Aydan Sneachd eran toda una vida.

Por eso apretaban los dientes en aquella tarde sofocante de canícula. Lo habían criado como a un hijo. Habían reído y soñado junto a él para finalmente verlo partir hacia una muerte casi segura sin poder evitarlo. Eso era algo que el galeno nunca le había llegado a perdonar a Ezra. Los reproches se habían sucedido cada día desde el mismo momento de la partida del muchacho. Así había sido hasta que, para alivio del guerrero, llegó la carta.

Una semana antes habían recibido una misiva inesperada. En ella, Aydan anunciaba por fin su regreso. Yasser sintió entonces que el peso de cien montañas liberaba sus hombros. Había sido medio año de tortura invisible. De monstruos burlones que acechaban, cuchicheando de forma siniestra, desde las esquinas más sombrías. Pero la sorpresa no quedaba ahí. Para asombro del serfardí, el pequeño guerrero relataba también que regresaba a casa convertido en caballero hospitalario. En miembro de la Orden de Rodas. Una dignidad que solo se alcanzaba tras años de durísimo entrenamiento en los desiertos de Oriente.

O eso, caviló entonces, o tras haber llevado a cabo alguna hazaña extraordinaria.

—Ya tendría que estar aquí. —El médico tenía el ceño arrugado, y el tono de reproche había regresado. La carta se le antojaba ahora un espejismo huidizo. Un oasis que les había puesto la miel en los labios, pero que parecía haberse desvanecido como un sueño al amanecer—. Te dije que era demasiado joven para marcharse a la guerra.

Ezra se revolvió, incómodo. Llevaba seis meses escuchando aquella cantinela sobre su cabeza, como una granizada sobre un tejado de papel.

Como si para él hubiera sido fácil, pensó. Dejar que Aydan se marchase a Rodas le había costado meses de tormentosa indecisión. Sin embargo, la insistencia del chiquillo había acabado por vencer sus reticencias. No le había quedado más remedio. Los resultados del entrenamiento al que lo había sometido y los argumentos que había esgrimido no le habían dejado más opción.

Una promesa es una promesa, tuvo que repetirse una vez más.

Aun así, no había dejado de arrepentirse ni un solo día de haber accedido a aquel trato. La guerra contra los otomanos era una sucesión de masacres. Las probabilidades de que Aydan no lograra regresar resultaban abrumadoras.

—No podemos protegerlo eternamente —la voz de Ezra sonó apagada, sin

apenas convicción—. Sabes que me opuse durante años a que partiera, Yasser. Y también que su obstinación fue más fuerte que mi resistencia. ¿Qué podría haber hecho? Tú también sufriste cada día su obsesión por volver a Vannes. Por convertirse cuanto antes en un guerrero, como él mismo decía, y regresar a su tierra. Esa idea de rescatar a las mujeres que lo criaron…

Sus palabras se apagaron sin réplica.

Él también calló. Pese a no haberle quedado más opción, era cierto que no tenía la conciencia tranquila. Se había negado una y otra vez ante las súplicas del chiquillo, pero al final se había dejado coger con el paso cambiado. Y claro, no le había quedado más remedio que ceder.

Los argumentos de Aydan había acabado por hacerse incontestables.

—«En cuanto vuelvas —en el momento de la partida, Ezra, arrinconado, buscó una última forma de hacerlo volver— yo mismo iré contigo a Vannes».

No había encontrado una mejor forma de calmar el desasosiego. Llegado a aquel punto, ya solo le importaba que regresara de una pieza. Hubiera prometido cualquier cosa con tal de que volviera sano y salvo.

—«Si es cierto que los señores de la ciudad mantienen preso a Beadur, intervendremos en Bretaña. —Su mano en el hombro del muchacho descansaba de una forma un tanto forzada. No se le daban bien las despedidas—. Y a las sanadoras, por supuesto. Vuelve, Aydan. Pondremos las cosas en su sitio».

Todo le parecía poco para que no se lanzara a una misión suicida a las primeras de cambio. Tenía que mantener viva la llama, y eso pasaba por el recuerdo del hogar. Se trataba de que no sucumbiera a la desesperanza por mucho que lo rodeara el caos de la guerra. En aquellas aguas lejanas que hervían de sangre y fuego, la vida perdía todo su valor con demasiada facilidad. Lo sabía bien. Había estado allí.

Evocar Vannes había sido su último recurso. Tal vez así recapacitara. Sin embargo, se había producido el efecto contrario. Aquellas palabras fueron el empuje definitivo para Aydan. La decisión de partir al frente estaba tomada, no había vuelta atrás. El muchacho, un pequeño guerrero dotado de una asombrosa capacidad en combate, habida cuenta su edad y tamaño, había partido sin un atisbo de duda. Más seguro que nunca. Sobrevivir a las sangrientas batallas de los confines orientales del mundo sería la prueba definitiva. Si la superaba, estaría listo para volver.

Entonces, Ezra lo acompañaría a Bretaña. Eso reforzó su convicción Ya nada podría evitar que se hiciera justicia. Ahora sí, se dijo. Ahora nadie podría detenerlo. Al fin había un camino. Su razón de existir, que hasta entonces no había sido más que una sombra esquiva en el horizonte, era ahora una promesa firme.

Myrna, Breann y el maestro. Bastaba de infamias. Los señores de Gwened tendrían que rendir cuentas.

Una última mirada fue toda la despedida que necesitaba. No se permitió ni un ápice de vacilación. Simplemente cerró los ojos y se concentró en la otra promesa de Ezra mientras se giraba. Acompañarlo a Vannes no era lo único que le había ofrecido si regresaba sano y salvo del mar de Rodas.

El sefardí se había comprometido, ya incluso antes, a revelarle su secreto. A confesarle de una vez por todas cuál era ese enigmático tesoro que él custodiaba allí mismo, en la ciudad. Aquello que los caballeros hospitalarios denominaban tan misteriosamente el Legado. Su secreto mejor guardado. Tanto, que no había podido ni siquiera intuir de qué se trataba pese a llevar más de dos años con Ezra.

Eso le había prometido, para su sorpresa. Ahí comprendió que su nuevo maestro hubiera hecho cualquier cosa con tal de que él regresase. De que nunca llegase a partir, más bien. Así había sido. Después, sin más, Aydan había abandonado la casa con una nueva promesa resonando en los oídos.

Iré contigo a Vannes. Pondremos las cosas en su sitio.

Sus primeros pasos le parecieron pesados, como si llevase las botas cargadas de barro. Sentía arder los ojos de Ezra en la nuca.

No se detuvo. No podía hacerlo.

Sabía que si lo hacía jamás saldría de Toledo.

Con lágrimas en los ojos, el pequeño atravesó la puerta de la muralla.

La ciudad, a su espalda, ni se inmutó.

El destino lo había puesto en camino. Rodas esperaba ahora. Aquello era lo que tenía que hacer.

Ya afuera, se encogió de hombros. Si, tal y como semejaba más probable, no lograba regresar, no tendría de qué arrepentirse. Ya no habría nunca más una obsesión dando vueltas en su cabeza cada día. Cada hora, sin tregua. Por fin habría desaparecido aquella fijación incombustible que lo torturaba. Que le robaba el aliento desde aquel día funesto en el que los soldados habían atrapado a Myrna.

El viento glacial entre las piedras hitas de Karnag le pareció una ensoñación propia de otra vida, en otro mundo. No reconocía a aquel niño aterrado, observando escondido tras el menhir.

Una eternidad distinta a aquella. Eso tenía que ser.

Y sin embargo, recordó, aquel había sido el primer paso de aquella carrera enloquecida que ahora continuaba hacia un horizonte de humo y sables. Inspiró profundamente. Sí, estaba seguro. Partir ahora era la única salida. De uno u otro modo, fuera cual fuese el desenlace, al fin podría descansar.

Subió a su montura con los dientes apretados. Cabalgaría hasta Sevilla.

Allí se embarcaría hacia un destino incierto. La voz de Myrna sonó entonces dentro de su cabeza, como siempre hacía.

Sin previo aviso.

—«Siempre es sombría, Aydan, la senda que empieza o acaba en la desesperanza».

Sonrió tristemente. Y pese a todo, asintió, al final veía una luz. Débil y esquiva, tal vez, pero luz al fin y al cabo. Sí, ahora al menos había un punto en la lejanía. No como hasta entonces, que no había tenido nada. Solo dolor y confusión. Con un golpe suave de talón, arreó su caballo. En ese instante se dio cuenta, una vez más, de que jamás había llegado a saber qué había desencadenado tal sucesión de fatalidades en su corta vida.

Cuál era la causa última que le había hecho perder todo lo que había tenido. Las personas que lo querían, su vida tranquila, el hogar.

Bajo la umbría de una nueva partida meneó la cabeza, ajeno al traqueteo de los cascos sobre la calzada.

Era estremecedor, pero cierto. Y seguía sin saberlo.

Así había abandonado Toledo Aydan Sneachd medio año atrás. Entre dudas y dolor, pero guiado al fin por una luz. Una estrella, aún pálida, que titilaba tímidamente en el horizonte.

Ezra volvió en sí en el salón de Yasser.

No se me dan bien las despedidas, pensó.

Tenía la sensación de haber envejecido cien años, y sin embargo solo habían pasado seis meses. En aquella tarde abrasadora, aquellos viejos desvelos se le antojaron remotos.

Casi recuerdos de otra vida.

A su lado, la voz del viejo galeno lo sobresaltó.

—Un muchachito de apenas doce años nunca debería haber luchado en esa guerra infernal. —La ansiedad crecía con el paso de las horas, y cuando eso sucede, hace brotar reproches injustos—. Debiste negarte.

—Ese muchachito tendrá casi trece años si regresa —el gesto de enojada perplejidad del anciano atragantó las palabras en la boca del guerrero—. Quiero decir… tiene que estar a punto de llegar, y… —Al borde de la rendición, Ezra suspiró—. Debemos confiar, Yasser. Él mismo avisó de su llegada, y de eso hace solo unos días. Calma, Aydan sabe cuidarse solo. No olvides que cuando partió ya era el mejor guerrero de la ciudad.

Ezra quiso mostrarse convincente, pero también estaba empezando a temerse lo peor. Según les había anunciado, Aydan debería haber llegado ese mismo mediodía. Sin embargo, lo cierto era que la tarde ya iba llegando a su final.

La sombra de la duda hacía aún más asfixiante el silencio.

El médico se había ido hundiendo poco a poco en el diván, y un humo funesto parecía emanar de su sesera. El guerrero lo observó con disimulo, comprensivo. No hubiera podido evitarlo. Desde aquel lejano día en que había aparecido con el chiquillo malherido, la vida del sabio árabe se había vuelto del revés.

Casi le pareció vislumbrar las imágenes que daban vueltas en su cabeza.

Yasser, en efecto, recordaba la época convulsa que sucedió a la llegada del muchacho.

Tras la galopada desde Roncesvalles se desató un huracán.

Los días insulsos del anciano se transformaron de pronto en un remolino de sensaciones desconocidas. La rutina de tantos años saltó por los aires en cuanto se hizo cargo del pequeño. Constatar la fortaleza sobrehumana de aquel niño de diez años había sido una revelación inesperada. Aunque herido por una cuchillada mortal, había acabado por reponerse. Aún no se explicaba cómo podía haber sido, pero era un hecho. Desde entonces, aquellos días volvían una y otra vez a su memoria. Aydan se había debatido entre la vida y la muerte durante casi dos meses.

Ese había sido el primer relámpago.

El muchacho había logrado sobrevivir. Un auténtico milagro, de esos que abren los ojos a una nueva realidad. Tanto, que el propio médico había convencido a Ezra para que le dejara quedarse en su casa hasta que se recuperara totalmente.

Entonces había venido el segundo estremecimiento, tan inesperado como el primero. Aquel niño sabía ejecutar con maestría unas sanaciones que él, ilustre heredero de la secular medicina árabe, jamás había imaginado que podrían existir.

—Es un milagro que lograra salir de semejante trance —había indicado Yasser con gesto serio, a las pocas semanas, simulando no albergar un interés especial por el niño—. Deberías dejarlo aquí hasta que estemos seguros de que no va a recaer.

Ezra había reprimido una sonrisilla sarcástica.

Otro más que caía. El sabio trataba de ocultar la fascinación que sentía hacia aquel pequeño extranjero, pero era en vano. De acuerdo, *muealam*, asintió. Todo tuyo. El guerrero también se encogió de hombros, sin expresión en el rostro. Que se quedara en casa del médico, pues. Al fin y al cabo, allí estaría más seguro.

Recuperada la consciencia, Aydan estuvo de acuerdo en quedarse con el viejo galeno. A él también le interesaban los remedios de Yasser. De algún modo, le recordaba a Myrna. Pronto empezó a hacer observaciones acerca de su propia curación. Entonces, el interés del anciano se disparó. El niño proponía intervenciones desconocidas para él, pero sorprendentemente eficaces. Entusiasmado, empezó a pedirle opinión sobre los tratamientos que

debía aplicarles a los pacientes que llamaban a su puerta.

La sapiencia antigua de los gaeles irrumpió entonces para desarmar al médico. Aquella sabiduría heredada de una druida le trajo una revolución inesperada cuando ya no esperaba nada nuevo. Qué descomunal sanadora, se asombró una y otra vez. Si un niño había alcanzado aquel nivel con solo vivir a su lado, cuál no habría sido su talla como *tabib*.

El anciano no lograba salir de su asombro. Cada descubrimiento que le revelaba Aydan sin inmutarse era una auténtica explosión. Sus métodos provenían de la tradición árabe y de los tratados clásicos. Nunca hasta entonces había sabido nada de los hijos de Gael.

Y sin embargo, aquella ciencia ancestral superaba con creces al más excelso manual de medicina. Tanto fue así, que empezó a redactar una compilación de los tratamientos que Aydan proponía. El niño protestaba, insistiendo en que su conocimiento no era más que superficial. Nada que se pudiera comparar con el de Myrna, o con el de Breann. Aun así, Yasser se empeñó en poner aquellos remedios por escrito. No se podía dejar que aquella sabiduría se perdiera así, sin más.

En esas pasaron los primeros meses. Al fin, Ezra se percató de que lo mejor sería que el niño viviera de forma permanente en casa del médico. Lo haría en calidad de pequeño aprendiz llegado, según les explicaron a los vecinos, de algún remoto confín del continente. Su acento, inidentificable para ellos, avalaba aquella versión. Sí, aquello era lo mejor. Aunque la casa en la que vivía era una auténtica fortaleza camuflada, el sefardí no se hubiera sentido tranquilo teniendo al chiquillo consigo. La vivienda podía considerarse inexpugnable, sí. No en vano custodiaba en secreto el legendario *Legado* de Rodas. Sin embargo, toda vez que era el mismísimo rey de Inglaterra quien andaba a la caza y captura del muchacho, toda precaución le parecía poca.

El propio Dreng Straw, recordó, había atravesado el continente con el único fin de asesinarlo. Lo más seguro, como sucedía con el propio Legado, era que el pequeño pasase desapercibido. Diluirlo en la vida de la ciudad disfrazándolo de normalidad. Que nadie llegara a advertir nada extraño en su presencia. Por eso había decidido prorrogar indefinidamente la propuesta del médico.

Así, Aydan Sneachd fue presentado a los vecinos como el *mutaealim* Abü. El nuevo aprendiz, uno de tantos, del ilustre médico de Toledo. Eso sería a ojos de la gente. Un discípulo más de Yasser ibn Sadiq, heredero de la medicina de los pueblos árabes. Ezra sonrió al advertir que el galeno había hecho un juego de palabras con el nombre del gran Avicena, *Abü 'Alt al-Husayn ibn 'Abd Allah ibn Sina*, para mantener en secreto la identidad del chiquillo.

Al poco tiempo ya solo Yehuda, el hijo de Ezra, le llamaba Aydan.

Gracias a ese disfraz, calcularon, nadie asociaría a aquel pequeño

desconocido con el muchacho bretón que se había esfumado meses atrás entre la espesura. Las cumbres de Roncesvalles y su fuente para peregrinos guardarían el secreto. Nadie había llegado a ver a Ezra ibn Levy por allí. Cuatro mercenarios asesinados eran todo el rastro que habían dejado tras de sí. Una inexplicable masacre, por otra parte, que jamás se llegó a resolver. Y más atrás, sus pasos se perdían en la lejana Saint-Lô. Sin embargo, se dijo una vez más, toda precaución era poca. Mejor que viviera con Yasser. Las conexiones entre el pequeño aprendiz y el elegido de Kermario se perderían entre la niebla para siempre. Esa era la mejor garantía.

Ni los mejores espías del rey de Inglaterra podrían dar con él en casa del médico toledano.

Dicho y hecho. Con el paso de los meses, Abü fue adquiriendo un conocimiento metódico. Con Yasser tuvo ocasión de conocer los escritos que los mayores sabios de las artes curativas habían forjado a lo largo de los siglos. Tratados provenientes de lugares míticos que evocaban épocas remotas. Urbes legendarias, algunas ya desaparecidas, que se comunicaban entre sí a través del Mediterráneo.

Países transitados por viajeros de todas las partes del mundo.

Aydan leía y releía sin dejar de asombrarse. Ni se daba cuenta, pero aquel saber complementaba al que había adquirido a lo largo de los años junto a la druida de Morbihan.

De aquel modo, vivir en Toledo era un sueño. Cómo no serlo, con lo que aprendía de aquellos dos caballeros cada día. Tras años de huida y ocultación, por fin había llegado a un lugar seguro. Con cada amanecer empezaba una nueva aventura, siempre más apasionante que la anterior. Primero, entrenaba durante horas con el sefardí. Sus habilidades como guerrero fueron creciendo de forma exponencial. Pronto se dio cuenta de que todo lo que Beadur le había enseñado empalidecía al lado del aprendizaje junto a Ezra. Aquello eran técnicas de supervivencia propias de un espía. Esto, transformarse en una máquina perfecta en el arte de difundir la muerte. Después volvía a la casa y acompañaba a Yasser en sus consultas.

La sabiduría del médico siempre era fascinante.

Así, recordó el árabe, habían transcurrido aquellos dos años y medio.

Y así lo recordaba también el muchacho. Sí, eso había sido Toledo para Aydan.

Y sin embargo, aquello era solo una parte. Era un sueño, sí, pero incompleto. Pese a aquella acción trepidante, su alma no encontraba sosiego. A pesar de aquella nueva vida junto a dos figuras magistrales de talla mundial, los recuerdos seguían torturándolo. E iban a más.

Su alma herida no lograba olvidar lo que había quedado atrás.

Myrna. Breann. Beadur.

Las tres personas que más quería. Las que habían sido encarceladas por protegerlo a él. O eso suponía. Ni siquiera había logrado averiguar de qué lo estaban protegiendo.

Por eso, con el tiempo, empezaron los apremios. Todo le recordaba que tenía cuentas pendientes en Vannes. Empezó a urgir a Ezra. Necesitaba que lo convirtiera en un guerrero poderoso. Solo así podría satisfacer aquel anhelo que no dejaba de crecer. La obsesión que lo torturaba más a cada paso. Se quedaba pensativo durante horas. Qué habría sido de ellos, rumiaba, tanto tiempo después. Tal vez estuvieran encadenados, o torturados. Tal vez no quedase ya nada por lo que luchar. Sí, se decidió un día. Necesitaba volver.

Sin embargo, Ezra se negaba una y otra vez. Temía que el regreso a Vannes fuera, por uno u otro motivo, demoledor para él. Por eso siempre encontraba algún impedimento. Así pasaron los meses, desesperantemente lentos, y el regreso se fue aplazando.

La cuerda se estiró hasta que un día, angustiado, el chiquillo le planteó un ultimátum.

Ya llevaban más de dos años de entrenamiento brutal. De sudor y sufrimiento sin una queja. Sin un mal gesto. Hambre, dolor, agotamiento. Sin lamentarse. Heridas, cardenales. Apretando los dientes. Pidiendo más.

—Estoy decidido, maestro —le espetó una mañana, sin previo aviso. Llevaban tiempo entrenando más de diez horas al día. Había llegado la hora de avanzar—. Me voy a Rodas. No volveré hasta haber alcanzado la dignidad de caballero hospitalario. Entonces no podréis seguir negándoos a que regrese a Bretaña.

Aquel había sido el punto de inflexión. Ya que no podía convencerlo con argumentos, lo haría con hechos. Ezra, conteniendo el aliento, se había quedado mirándolo, mudo. Vio que la convicción en sus ojos era de fuego, y renunció a tratar de convencerlo una vez más. Supo que había llegado la hora.

Que no había vuelta atrás.

Ezra recordaba bien aquel momento.

El muchachito plantado ante él, sudoroso y jadeante pero hablándole con serenidad. Aún podía ver la determinación que desprendía su mirada. Ni siquiera había tratado de oponerse. Era obvio que no hubiera servido de nada. Ora bien, eso no atenuaba sus remordimientos. Ahora, más de seis meses después, no lograba desterrar aquella conversación de su mente. Claro que tenía que haberse negado, se repetía.

Claro que no hubieras podido, le respondía una voz en su conciencia.

La mirada acusadora de Yasser seguía horadando su ánimo. De repente, sintió que le faltaba el aire. Y no, el calor de aquella tarde toledana, por

asfixiante que fuera, no era la causa. Con cada minuto que pasaba, el presentimiento de que el chiquillo había podido caer justo en el último momento se hacía más presente. Su ausencia retumbaba con fuerza en el salón.

El mediodía soñado parecía haber quedado muy atrás.

La tarde caía. Las sombras de los edificios se alargaban en las calles empedradas. Entonces se rindió. Hacía más de media hora que Yasser no abría la boca. Conteniendo a duras penas el impulso de salir al camino, se dispuso a volver a casa.

Al ver que se levantaba, el anfitrión le dedicó una mirada de reprobación.

—Quién sabe, Yasser —Ezra se despidió entre dientes—, tal vez se haya retrasado por cualquier imprevisto…

El médico lo observó con gesto alterado, pero no se movió. Tan solo se quedó así, mirándolo desde el diván donde había acabado por derrumbarse tras ir viendo crecer su ansiedad durante horas. Menudo sinsentido, decían sus ojos. El pequeño Abü no se retrasaba nunca.

Ezra se encaminó a la puerta con la cabeza hundida entre los hombros. Lo último que necesitaba escuchar ahora era una reprimenda. Justo lo que intuía a punto de caer sobre su cabeza. Ya estaba llegando al umbral cuando un ayudante entró en la sala con evidente agitación.

—¡Por el fondo de la calle, mi señor! —anunció el hombre, entusiasmado—. ¡Está hecho un hombre! ¡Su caballo! ¡Los niños le han salido al encuentro! ¡El pequeño Yehuda está entre ellos!

Yasser y Ezra se apresuraron a salir. Ya en la calle, miraron hacia abajo. Allá, al final del callejón, un caballero reía con los chiquillos que lo rodeaban. Como un enjambre, todos le pedían a la vez que los subiera en su caballo y que les dejara empuñar la espada.

Al percatarse de que dos hombres lo estaban observando desde la distancia, Aydan se deshizo con suavidad de la algarabía. Después, sonriendo, se encaminó despacio hacia ellos. Llegaba tarde, pero llegaba.

Yasser no pudo esperar, y adelantándose unos pasos le dio un abrazo exultante. El muchacho pudo advertir el temblor que sacudía el pecho del viejo galeno.

—Gracias, *muealam* —musitó, antes de separarse de él y cruzar una mirada rápida con Ezra.

El guerrero se mantenía impasible junto a la puerta. Tenía el gesto serio, pero sus ojos sonreían. No hacía falta hablar. Aquella mirada decía más que mil conversaciones.

El joven, curtido por la brisa marina y vistiendo una coraza marrón con la cruz de Rodas, se acercó despacio al gran guerrero.

—El *maitre* Naillac tuvo a bien investirme caballero de la Orden —saludó con indiferencia, como si se hubieran visto esa misma mañana.

Ezra asintió en silencio.

El nombramiento como miembro de los hospitalarios de Rodas era algo totalmente insólito para un joven de doce años. De hecho, se trataba de una dignidad que muy pocos hombres lograban alcanzar a lo largo de toda una vida de esfuerzo y sacrificio.

No obstante, él no dijo nada. A esas alturas, ya no había nada en aquel chiquillo que pudiera sorprenderlo.

Al observarlo de arriba abajo, sin embargo, frunció el ceño de nuevo. La indumentaria del pequeño le recordaba, como un contrato firmado, el compromiso que había adquirido con él en el momento de su partida. Allí estaba, convertido en caballero. Aquello conllevaba unas consecuencias que aún no había logrado asumir. Y sin embargo, así era. La sonrisa de Aydan le hizo anticipar las siguientes palabras. Su ánimo se encogió al verlo venir, pero ya no podía hacer nada.

Una promesa es una promesa, vio relucir en sus ojos.

Y un hospitalario nunca falta a su palabra.

Aydan destilaba seguridad. Más alto y esbelto, con el pelo largo y la piel dorada por el salitre, no parecía haber nada en el mundo capaz de contener su ímpetu.

—Ahora, maestro, ya nada podrá impedirme regresar a Vannes. —La mirada de Ezra se ensombreció. Al mismo tiempo, la de Aydan refulgía de impaciencia.

En los ojos del chiquillo brillaba una nueva expectación. Sí, y aún hay más, recordó Ezra.

Claro que sí. Volver a Bretaña no lo era todo. Antes había que zanjar otro compromiso, y no menos espinoso. El sefardí apretó los dientes. Antes de nada, iba a tener que desvelarle el secreto que encerraba el tesoro de la Orden. Así se lo había prometido antes de su partida.

El Legado iba a serle revelado a Aydan Sneachd, sí. Se lo había ganado a pulso.

A Yasser también se le borró la sonrisa. No podía creer lo que estaba escuchando. El chiquillo apenas acababa de huir de las garras de la muerte y ya estaba planeando partir a otra guerra.

Aydan, sonriendo, ignoró deliberadamente el gesto serio de los caballeros.

Ellos lo miraban afligidos, pero él no parecía preocupado. Sin darle más importancia, esbozó un ligero ademán con los hombros. Tampoco era para tanto, decían sus ojos. Una vez más, Ezra anticipó sus palabras.

—Va siendo hora de hacer justicia.

XCV

Un solo día sin luz se hace eterno para el alma atormentada.

Sin embargo, para Breann la oscuridad duraba ya un lustro.

A veces trataba de calcular cuánto tiempo llevaba en aquel agujero. Estimaba que habría cumplido ya veinticinco años, pero era imposible estar segura. No había más que oscuridad desde aquel día fatídico en que la vida se había reducido a una tétrica función de sombras. Los recuerdos se habían convertido en espejismos difusos. Una última imagen, eso sí, nunca dejaba de acompañarla. Aquella escena había quedado atrapada, como un tesoro, en la humedad de ese espacio íntimo que existe entre los ojos y los párpados.

Bajo un cielo metálico que amenazaba lluvia, una anciana y un chiquillo se alejaban a paso lento. Un viento gélido hacía ondear las ramas y les alborotaba los cabellos. Desde la puerta de casa, la Breann de otra vida sonreía con ternura al verlos marchar.

Le costaba reconocer a aquella jovencita. Desde los fragmentos pisoteados de su alma rota la veía como a una hija perdida. Una pobre niña, incauta y confiada, que aún no había conocido la crueldad humana. Esa era la escena congelada que la mantenía en pie.

Después, no había más que silencio.

El vacío, y una lucha desesperanzada por volver a creer. Recordaba los primeros tiempos. Meses, tal vez años, bajo la presión pegajosa de Cearbhall. Un asedio húmedo que le repugnaba, pero que nunca llegó a minar su resistencia. No, el terror que la había atenazado todo aquel tiempo provenía de otro lugar.

Aydan. Su pequeño, solo e indefenso, con los lobos de la Albión olfateando su rastro. Tanto la obsesionaba aquella idea que había olvidado su propia seguridad. Además, sorprendentemente, su carcelero nunca se había atrevido a sobrepasarse. Y eso que durante el asedio había llegado a esperarlo como algo inevitable. Había sido en los tiempos de aquel cortejo grimoso, cuando su mirada la lamía de arriba abajo cada vez que bajaba al calabozo.

No concebía más respuesta que mantenerse fría como el hielo. Mostrar una actitud insolente había llegado a antojársele la única forma de resistir. Y sí, parecía que así lo intimidaba. Tanto, por lo menos, como para no atreverse a ir más allá.

Sin embargo, un día había caído de repente en una siniestra verdad. Constatarlo la había dejado petrificada, pero así era: Cearbhall estaba esperando algo que le permitiese someterla. Algo que la dejaría totalmente indefensa ante él. Se horrorizó al pensarlo, pero lo que aquella rata estaba esperando era evidente.

Apresar a Aydan. Eso era. Tener al niño en su poder.

Entonces podría amenazar con torturarlo. Con matarlo, si fuera preciso.

Ahí, su voluntad se doblegaría como una columna de nieve bajo el sol de mediodía. Al darse cuenta, el pánico la dejó sin aliento. Un horror helado se instaló en su pecho, dispuesto a hibernar allí eternamente. Una sensación que el paso del tiempo nunca había llegado a diluir. El terror la atenazaba cada vez que se imaginaba sometida a los deseos de aquel jovenzuelo pálido y melindroso.

El día a día empezó a suponer un reto por mantenerse viva. El desafío permanente de no sucumbir al miedo, a la oscuridad, a la desesperanza. Ya solo eso la impulsaba. Resistir, para no acabar accediendo por pura desesperación. Su realidad se transformó en un infierno sórdido y helado donde un simple eco preludiaba pánico. Bajo aquella amenaza, esperar la llegada de Aydan la redujo a simple objeto. Hubiera preferido la muerte, pero se obligó a seguir respirando. Su pequeño podía necesitarla algún día.

Además, Myrna estaba con ella.

Como siempre decía la maestra, hasta el peor golpe trae algo bueno consigo si logras mantener los ojos abiertos. Entre tanta oscuridad, a Breann le sorprendió su propia fortaleza. Rebuscando en las profundidades de su memoria se preguntó de dónde provendría aquella resistencia. Al principio pensó que podía venir de los primeros años en las Highlands, pero no tardó en darse cuenta de que los inviernos de Inbhir Nis no eran el origen que buscaba. La casa de Morvern siempre había sido un cobijo cálido. Un refugio seguro, lleno de sonrisas y cariños.

No, no había sido allí donde se había forjado aquel temperamento indómito.

Buscó y buscó, revolviendo entre recuerdos lejanos. Sin embargo, no encontró más que complacencia y sobreprotección. Nada más que calor hasta el día en que, siendo apenas una niña, había decidido dejarlo todo por un sueño. Vio a aquella pequeña partir a tierras lejanas. Hacer un hatillo con sus cosas y despedirse de sus padres. De su calle y sus amigos. De todo cuanto conocía.

Ahí, al fin, lo comprendió.

Las piezas encajaron de golpe. Todo había obedecido a un plan minuciosamente trazado. Claro, asintió, con la piel erizada. Su carácter había sido modelado por Myrna durante años. Ella la había hecho dura como el pedernal. La sinrazón. El vacío. Los gritos. Cada arranque de locura era una prueba más.

Cada improperio. Cada día en que la mujer había ignorado a propósito a aquella pequeña extranjera. Cada vez que la chiquilla había echado de menos el regazo de su padre y la compañía de sus amigas.

Todo obedecía a un plan bien estudiado.

La sanadora, de algún modo, había anticipado que algún día aquella niña iba a necesitar una voluntad de acero. Fuera cual fuese la vida que la esperaba,

no iba a ser fácil, eso seguro. Tenía que prepararla bien o el tormento la doblegaría. Al fin, lo comprendió. Así se había forjado una resistencia extraordinaria. No había más secreto.

Myrna, una vez más. Ella era la clave de todo. Lo que le permitió resistir, aunque por momentos llegase a creer que no podía más. Que acabaría por sucumbir al asedio de Cearbhall.

Sin embargo, aunque sentía que los años no pasaban en balde, lo cierto es que aún seguía en pie. Un solo día sin luz es una eternidad para el alma atormentada, decía siempre la vieja sanadora; y ella llevaba allí, enterrada en vida, mil primaveras. Por momentos había llegado a pensar que se derrumbaría. Que acabaría por dejarse ir.

Pero no. Algo había sucedido en el momento justo. Cuando su voluntad carcomida empezaba a tambalearse peligrosamente, la puerta se había abierto a deshora. Cuando ya parecía que el tiempo iba a dar con su corazón en el suelo, un rayo de sol había entrado de la forma más inesperada para acariciarle la cara con su calidez dorada.

La llegada de un guerrero. Un último soplo de vida.

La curación, primero, le había devuelto su esencia de sanadora. El fuego de la vida, a punto de languidecer en sus entrañas, se había reavivado con fuerza. La luz renació en sus ojos, casi apagados ya. Con el latido de un corazón resucitado, todo había cambiado. Pero había más. Mucho más, sonreía al pensarlo. Sin saber cómo, los ojos claros del gauta le habían traído un deshielo inesperado.

Mientras el herido deliraba entre sueños atormentados, Breann le colocaba la trenza, y le bajaba la fiebre, más con caricias que con paños húmedos. También le ponía la mano en el pecho para acompasar su respiración entrecortada.

Entonces, aunque sin ser consciente, fue cuando recuperó la libertad. El espíritu de la joven voló de nuevo sobre los regatos cantarines y los campos en flor de la vieja Armórica, y volvió a sonreír.

La oscuridad había dejado de reinar allí abajo.

La vida que desbordaba por todos los rincones de aquella tierra volvió a brillar en sus ojos, y su memoria hizo el resto. Los días templados de lluvia y las noches de luna llena le hicieron soñar con los caminos verdes que podrían recorrer juntos cuando todo hubiera acabado.

Desde el polvo estéril de la desesperanza, Breann Airdsgainne volvió a la vida. Regresó, sí, aunque por poco tiempo. Aquella ilusión, después lo vio claro, había nacido condenada a ser efímera. Como el fulgor que asoma fugaz entre la tempestad. Como la sonrisa que se ve truncada por la peor de las noticias. Así acabó. Más abruptamente, incluso, que como había empezado.

Cearbhall no iba a consentir ningún amanecer bajo su puño. En cuanto consideró que Beadur estaba fuera de peligro, ordenó que los prisioneros

fueran separados. No podía permitir que aquellos dos intercambiasen información, no fueran a empezar a atar cabos y acabasen por hablar del chiquillo. Recuperada la consciencia por parte del guerrero, el peligro se disparaba.

Tenía que atajarlo.

Un día, sin previo aviso, el joven se presentó con su guardia personal ante los barrotes. Breann protestó y suplicó, argumentando que el herido aún estaba muy débil. Que seguía necesitando cuidados, por mucho que a ratos empezara a estar consciente.

Por un momento Cearbhall dudó, desconcertado ante tanta insistencia. La única explicación que halló entonces fue la sólida vocación de sanadora de aquella mujer. Hasta llegó a encogerse de hombros ante la mirada estupefacta de sus soldados. Que se quedara, pues. Lo cierto es que el guerrero era demasiado valioso como para arriesgarse a perderlo. Aunque confuso, aceptó mantenerlos en la misma celda unos días más. Que dos soldados los vigilasen desde el otro lado. Con eso bastaría.

—No los perdáis de vista ni un momento. Que no hablen. Solo las atenciones necesarias para que se recupere —ordenó entre dientes, al salir—. Repito: ni una palabra.

Los centinelas asintieron.

El joven regresó a sus aposentos con la frente arrugada. Tenía la situación bajo control. Sin embargo, un malestar incómodo hormigueaba en sus sienes. Se quedó inmóvil un buen rato, con la mirada fija en la pared. O mucho se equivocaba, o allí había algo más que el celo profesional de una curandera. Una duda ácida fue creciendo en su pecho. Las atenciones que estaba recibiendo el gauta… ¿no serían más cariñosas de lo estrictamente necesario?

Una oleada de sangre envenenada recorrió su cuerpo con aquella intuición. No podía consentir aquella burla. Los celos crisparon su ánimo al constatar lo evidente. La prisionera, fría como un témpano cada vez que él le hablaba, era pura ternura al atender al herido. Su mirada paseó por las paredes hasta detenerse en el espejo de plata de su cuarto. Entonces se quedó clavado.

Al verse allí, reflejado, sus ojos desprendían fuego.

Al verlo salir por fin, Breann suspiró. Aún no se explicaba cómo, pero lo había logrado. Sí que debía de ser importante para él mantener con vida al guerrero. Había ganado tiempo, y el tiempo, allí, lo era todo. Se volvió hacia el herido con una sonrisa tímida. Podía seguir cuidándolo. Mirándolo en silencio. Viendo cómo recuperaba el color poco a poco. Con eso le bastaba.

Podía seguir volando.

Beadur, aunque disimulaba, ya había recuperado la consciencia. Sin decir una sola palabra, la joven y el guerrero empezaron a comunicarse en silencio. El soldado que los vigilaba tenía orden de separarlos a palos ante cualquier tentativa de conversación, ya lo sabían. Daba igual. Ellos se entendían sin palabras. Miradas en la oscuridad y gestos imperceptibles. Con eso bastaba.

Al principio, Breann se sorprendió al constatar todo lo que eran capaces de intercambiar. No tenía más que revisar la herida o tomarle la temperatura para que todo se desatase. Entonces, su corazón se aceleraba. Aunque sin voz, había conversaciones. Si ella le cogía la mano cuando él simulaba estar inconsciente, un ligero apretón le hacía entender.

Gracias por salvarme la vida, le dijeron sus ojos. Ella, sintiéndose tonta, se ruborizó.

Te conozco de antes, le dijo también, aunque ella no recordara haberlo visto delante en su vida. Negó levemente, desconcertada, pero él insistió. Insistió hasta convencerla de que se conocían, sí. Y mucho. Tenía que creerlo.

Por fin, ella cayó en la cuenta.

Una intuición etérea ya se lo había anticipado, pero ahora estaba segura. No sabía cómo ni por qué, pero aquel hombre tenía que conocer a Aydan. Entonces, él vio un terror incontrolable en la mirada.

Tranquila, le respondió entonces su parpadeo.

Trató de hacerle entender sin palabras que el chiquillo estaba a salvo. En esa ocasión, sin embargo, sus intentos fueron vanos. No logró tranquilizarla, tal vez fuese porque él mismo no estaba seguro. De algún modo, aquello llamó la atención de la guardia. Un centinela, escamado ante tanto ademán extraño, advirtió que algo raro estaba pasando. No entendía qué era, pero algo había.

Al centrar su atención, lo percibió. Pese a no cruzar ni una sola palabra, aquellos dos estaban hablando. Se decidió a dar la voz de alarma. Llevaba unos días sospechando que aquellos gestos y caricias escondían algo más. Sin decir nada, se fue arriba.

Al oír su explicación, la furia de Cearbhall se desató.

Ardiendo en cólera, el regente irrumpió en los calabozos. Acompañado por su guardia personal, entró montando un estrépito furioso. Al oírlo llegar, Beadur se decidió. Supo que no tenía nada que perder. Haciendo caso omiso de los gritos amenazantes que llegaban desde el otro lado de los barrotes, empezó a hablar atropelladamente. El corazón de Breann dio un brinco.

—Tranquila. Si aún no lo han traído aquí es porque no han logrado atraparlo —le indicó el gauta, sereno pero a toda prisa. Ella lo miró, paralizada, mientras Cearbhall le vociferaba desde fuera que cerrara la boca—. No pierdas la esperanza, sabe cuidar de sí mismo. Ahora estoy seguro. Ha tenido que encontrar algún tipo de ayuda.

La puerta se abrió con el ímpetu de una estampida.

Tres guardias llegaron de un salto al montón de paja donde el gauta seguía

tumbado, pálido aún y con un dolor terrible atravesándole el pecho. Se lo llevaron a rastras tratando de evitar, sin conseguirlo, que siguiera hablando.

—Yo cuidé de él estos dos años —aún logró decir Beadur, sobreponiéndose al dolor—. Sé que logró escapar cuando me capturaron. No pierdas la fe. ¡No podrán con él!

La puerta se cerró. Las últimas palabras del guerrero se quedaron reverberando contra las paredes desnudas. Tras el mismo ruido metálico de siempre, un silencio de caverna milenaria cayó sobre el calabozo. Breann, conmocionada, se quedó inmóvil durante horas.

No pierdas la fe, había gritado él.

El eco daba vueltas en torno a ella. Contempló los ladrillos húmedos que la rodeaban con la mirada perdida, preguntándose por momentos si en el exterior sería de día o de noche. Su vida se tomaba negra de nuevo, ante la ausencia del guerrero.

Y sin embargo, sonrió, ya nada sería igual.

Ya no podría colocar la mano sobre su pecho tembloroso, ni acariciarle los cabellos rubios que le caían sobre las sienes. Ya no podría calmarlo cuando la fiebre le hiciera delirar, ni hundirse en aquellos ojos verdigrises que la atravesaban, desorientados. Ya no habría nada de aquello, pero todo había cambiado.

Ahora había luz.

Un resplandor distinto iluminaba ahora la desolación de aquel agujero. Porque ahora sabía, por fin, que aún había esperanza. Aydan no había sido encerrado en aquel sótano inmundo. Por tanto, tal y como el guerrero había deducido, no habían logrado apresarlo.

Aydan se había pasado aquellos años con el guerrero del norte. Él lo había protegido y lo había ocultado. Él le había enseñado a sobrevivir. A valerse por sí mismo.

Se aferró a la posibilidad de que su pequeño pudiera estar a salvo. Por primera vez, tenía algo a lo que agarrarse. Aunque fuera la luminosidad trémula de una vela en medio de un vendaval, había una posibilidad real. Aún conmocionada, sonrió.

Sonrió, porque eso no lo era todo.

Al fin se había dado cuenta, sí. Su corazón latía por vez primera a un ritmo desconocido. Un compás que se aceleraba al pensar en las palabras del guerrero. Nuevas sensaciones afloraban por cada uno de sus dedos. Por sus codos, sus nudillos. Por los poros de su piel.

La voz de él. Palabras que atronaban, dulces, como tañidos dentro de su cabeza. Que desbarataban sus ideas, que sentía bullir en carne viva como nunca en años. Una música extraña y desconcertante inundó de sueños e ilusión aquel lugar lóbrego y desolado. Volvía a sentir algo que el encierro había soterrado muy profundo.

No podrán con él, reverberaba el eco.

Al fin, la ausencia del pequeño cobraba sentido. El vacío. Aquella incógnita suspendida.

Ahora tenía algo.

Había nacido una nueva esperanza.

XCVI

PARÍS, FINALES DE JULIO DE 1410

La vida en la Corte se convirtió en una losa.

El sosiego había pasado a ser tierra extraña para Waroc'h. Todos los amaneceres se presentaban en algún modo turbios, y cada atardecer anunciaba el horror de otra madrugada febril. Al final siempre acababa por caer rendido, pero no había tregua.

El asesinato de Louis volvía cada noche en forma de pesadilla.

No hubo un solo día en el que Waroc'h no se arrepintiera de haberse quedado en París. Ni un día tan solo en que no se avergonzase por haber caído en una trampa tan burda como la que le había tendido la reina, maldita fuera mil veces su propia debilidad.

Isabeau había jugado con su voluntad como antes había jugado con la de Louis. Lo había manipulado a su antojo. Y lo que era peor, él había aceptado la derrota pese a ser consciente de sus intenciones. Quería creer que había sido el pequeño Charles quien había acabado de convencerlo, pero en el fondo de su corazón era consciente de la verdad. Por eso no hacía más que rumiar su vergüenza una y otra vez.

La reina no se había llevado sus hijos consigo por casualidad. La trampa iría directa al corazón del señor de Gwened tal y como ella había previsto. Mediante un simple chantaje emocional había vencido la voluntad de aquel que era considerado como el hombre más cabal de palacio.

Ahora, él podía imaginarse su sonrisa de triunfo tras haberse quedado sola. Habría dejado a los niños con las amas, como siempre. Al fin y al cabo, se pasaba semanas sin hacerles caso. Sin verlos siquiera. Sin preocuparse por ellos. Eso habría hecho, y después se habría mirado burlona al espejo.

Waroc'h se ruborizaba con solo pensarlo. Entonces, sacudía la cabeza y se obligaba a mirar adelante. A centrarse en mantener la Corona en pie. Afianzar alianzas. Ofrecer prebendas. Sellar pactos. Lo que fuera, con tal de conservar

los escasos apoyos que les quedaban. Después salía al jardín con el pequeño Charles. Solo eso atenuaba aquellos remordimientos amargos.

Oasis efímeros en su desierto particular, bien lo sabía. La política del reino, un castillo de arena, se desmoronaba por momentos. Y él no tenía brazos suficientes para apuntalarlo contra los embates de la marea.

Jean de Bourgogne, el cada vez más apropiadamente apodado Sin Miedo, parecía invencible. Desde que se había librado de Louis, sus fuerzas no habían dejado de crecer. Waroc'h ya no sabría decir si a pesar de hacerlo de una forma tan atroz o si precisamente gracias a ello.

Sus estrategias seguían funcionando a la perfección. Primero, había difundido por todo el reino que aquel pelele no había recibido más que su merecido. A fuerza de repetirla mil veces, aquella afirmación se había convertido en una verdad que ya casi nadie ponía en entredicho. Se había dejado enredar por una zorra extranjera. Qué clase de rey de Francia habría sido, pues. El sólito se lo había buscado.

No importaba que hubiera sido él quien ordenara cortarle las extremidades; había logrado transmitir que había sido la justicia divina. Así era el *Sans Peur*. No era de extrañar que sus seguidores fueran legión.

Y ahora, se lamentaba Waroc'h, tenía su objetivo último al alcance de la mano. Finalmente, aquella relación lujuriosa le había proporcionado el pretexto perfecto. El duque de Orléans ya había recibido su castigo, y la esposa de su hermano, el rey Demente era la siguiente en la lista. Isabeau, aquella pécora indigna, estaba en el punto de mira. Ya solo era cuestión de tiempo.

Eso había logrado instaurar Bourgogne en el ideario colectivo. Para el pueblo de Francia, aquel adulterio sórdido era más grave que el asesinato del regente. Tanto, de hecho, que servía para justificarlo. Louis de Valois había pecado gravemente y había sido ejecutado con todo merecimiento. Una furia justiciera aplicada por el único hombre que podía salvar a Francia de un desastre así. Así era la verdad que había logrado instalar en las mentes de medio reino.

Jean Sin Miedo había aprovechado los vientos favorables que la torpeza de sus enemigos había ido propiciando, y ahora Isabeau de Bavaria estaba prácticamente desahuciada. Esa puta extranjera, vociferaban. Para una nación en permanente estado de guerra, aquello era más grave incluso que la locura del rey.

Sin embargo, las cosas aún podían ir a peor.

Para horror de Waroc'h y satisfacción de Jean de Bourgogne, Isabeau no corrigió su comportamiento. La muerte de su amante a manos de los borgoñones no pareció afectarle más que un contratiempo pasajero. Lejos de cambiar de vida, se diría que su desenfreno incluso hubiera acabado de desbocarse. Asegurarles a sus hijos la herencia que les correspondía no parecía importarle lo más mínimo. La corona que su marido jamás iba a poder

recuperar, tampoco. Nada, de hecho, más allá de un presente de ostentación y frivolidad que parecía empeñada en prorrogar indefinidamente.

Aquello escandalizó aún más a un reino que ya llevaba décadas sufriendo.

El conflicto enquistado con Inglaterra había pasado a segundo plano. Increíble, pero cierto. La guerra civil que enfrentaba ahora a los grandes nobles por el trono de Francia era, a ojos de la gente, aún más sangrante. Y su reina, de fiesta en fiesta.

De cama en cama, como resaltaban sus enemigos en cuanto tenían ocasión.

—«¡Esa arpía indecente! ¡Vergüenza de nuestro pueblo! ¡Ella es la causante de toda nuestra penuria!». —Bourgogne ya podía tocar la victoria con los dedos.

Así estaban las cosas para Waroc'h.

Y ese era su trabajo: defender lo indefendible. Algo en lo que ni él creía ya. Sus esfuerzos se centraban en preservar la escasa dignidad que le quedaba a la familia real. Y, sin embargo, tenía que hacerlo. Era lo justo. El delfín Louis, aquel muchachito enfermizo de apenas trece años, era el legítimo sucesor. No podía dejar paso libre a los usurpadores.

Patern se retorcería en su tumba si él lo consintiese.

Tenía que aguantar. El delfín aún no estaba en condiciones de suceder a su padre. Por eso aceptó que la regencia temporal fuese ocupada por un hijo del fallecido Louis si todos estaban de acuerdo.

Así se hizo. Charles de Valois, nuevo duque de Orléans, asumió al momento la regencia. Era un joven fuerte de dieciséis años, primo del delfín. La cara y la cruz. Cuando estaban juntos, uno al lado del otro, parecían un titán y un pordiosero.

Al verlos, Waroc'h tenía que hacer de tripas corazón. Sí, se repetía, aunque fuese sonrojante, tratarían de sacarle partido.

Tocaba aparentar que aquel era ahora su mejor aliado. Era creíble; al fin y al cabo, el joven era enemigo mortal de Bourgogne. Del hombre que había ordenado descuartizar a su padre, como él mismo recalcaba siempre. El que había vertido a traición la sangre del regente Louis sobre los adoquines del Marais en una auténtica carnicería.

Aquel, fruncía el ceño el señor de Gwened, a quien el sobrenombre de Sin Miedo empezaba a quedarle pequeño.

El rencor del nuevo señor de Orléans, como no podía ser menos, no tenía límites. Sin embargo, tampoco parecía que aquello pudiera parar al de Bourgogne.

—«El odio de las ardillas hacia el fuego no ha detenido jamás el avance de un incendio». —Las palabras de Patern resonaban a veces en su cabeza, sin motivo aparente.

Nunca llegó a saber que, en realidad, era la sabiduría de Myrna Ménec la

que estaba detrás de aquellas sentencias.

La vida en palacio, ya antes oscura, se convirtió en un infierno. No anhelaba ya más que regresar a la tranquilidad soñada de Bretaña. Ante el panorama desolador que tenía que enfrentar a diario, su mirada se dirigía cada vez con más frecuencia hacia el horizonte ondulado sobre el que caía el atardecer.

En dirección a los bosques azules que, según recordaba vagamente, se vislumbraban desde las torres más altas de Vannes. Empezó a perderse en ensoñaciones. A recrear una y otra vez el pequeño mar de Morbihan. A evocar las nubes blancas que corrían en primavera por un cielo tan limpio como jamás había vuelto a ver, y la luna color ceniza en las madrugadas de enero. Entonces, la misma voz volvía a sonar en su memoria:

—«La paleta de colores que dibuja los sueños es de otra naturaleza, Waroc'h».

En comparación con aquellas imágenes, París le parecía una pesadilla. Y el palacio real, un nido de víboras. Sin embargo, la fidelidad lo obligaba. O eso, al menos, intentaba creer. El recuerdo de Louis también empezó a aparecer distorsionado. Supuso que aquello se debía al curioso efecto que provoca la combinación de dos factores: el paso inevitable del tiempo y ese amor extrañamente selectivo que sobreviene a la muerte.

Su amigo, ahora, le parecía una víctima. Y cuando no, cerraba mucho los ojos y se negaba a pensar. La verdad puede ser tozudamente rígida, pero la necesidad de un hombre de quedarse con lo bueno la convierte en maleable.

Y él necesitaba recordarlo así tanto como respirar.

Todo era culpa de Isabeau, sí. Aquella mujer diabólica lo había engañado de la manera más rastrera. Por eso, trataba de convencerse Waroc'h, en realidad su lealtad era legítima. Lo único que estaba haciendo era permanecer fiel a la memoria de su amigo. Un bonachón inmolado por la perfidia.

Allí seguiría, sí. Siempre fiel a la Corona de Francia. A la ley. A la justicia. Era una cuestión de honor. La memoria de su amigo lo obligaba.

Al menos, esto era lo que él se repetía una y otra vez. Lo que fuera, antes de aceptar que el verdadero motivo que lo ataba a aquel lugar era otro. Una debilidad indigna, la vergüenza más inconfesable del gran señor de la Bretaña. Jamás lo hubiera admitido, aunque allá, en lo más profundo de su conciencia, la verdad se burlase a carcajadas de su solemnidad.

Sí. Lo que realmente le impedía abandonarlo todo era, en realidad, un niño.

Un niño que cada día, sin faltar nunca a su cita, pasaba a visitarlo. Que se dejaba caer puntual por su cámara, siempre atestada de papeles pendientes, para iluminarla con su tímida sonrisa. El pequeño príncipe abandonado por todos. El hermano menor del delfín y, en consecuencia, el último eslabón de una cadena en la que ya nadie creía.

Charles contaba ya siete años, y era el único amigo que le quedaba a Waroc'h en aquel lugar. Quizás, visto lo visto, incluso el único que jamás había tenido. Por eso siempre encontraba tiempo para él.

Un día de verano, los dos estaban jugando al ajedrez.

Sin previo aviso, el ayuda de cámara de Waroc'h entró en la alcoba con gesto de desconcierto. La expresión que el hombre traía y su extraña agitación, le pusieron en alerta.

—Una carta a deshora. —El hombre negaba con la cabeza, alterado—. El correo era un monje. Una especie de caballero de alguna orden militar… creo que un hospitalario.

El señor de Gwened se puso rígido. Con el gesto muy serio, rompió el sello lacrado. En efecto, aquello era inaudito. La correspondencia, allí, nunca era entregada de aquella manera. Los correos no tenían acceso al interior de la Corte. En la entrada los recibía el encargado de distribuirla en el interior de palacio. Si aquel monje había llegado hasta su puerta tan fácilmente, pensó, a buen seguro que debía tener contactos poderosos.

Leyó rápido. No eran más que unas líneas.

Suficientes, sin embargo, para dejarlo sin aliento:

> *Es hora de regresar al Penn ar Bed. La memoria de Patern lo exige. Su último legado ya está en camino. El elegido de Kermario, el Guerrero de la Luz, va camino de Vannes dispuesto a reivindicar lo que le corresponde. Abandonad ese antro de inmoralidad y volved a Gwened. Los tiempos son llegados.*

El conde releyó la carta varias veces, atónito. Una y otra vez le dio la vuelta al papel con la frente arrugada. No había remitente, pero sí origen. El nombre de un lugar que conocía bien: Mons Sancti Michaeli in Periculo Maris, leyó. Entonces, pálido, entornó los ojos.

Aquella misiva provenía del Mont Saint Michel.

Tras un largo silencio, volvió en sí ante la insistencia del pequeño Charles. El chiquillo lo conminaba, impaciente, a que moviera ficha de una vez. Él se quedó contemplándolo sin decir nada, incapaz de reaccionar. La carta le había dejado aturdido. Al final, apremiado por tanta insistencia, volvió en sí y miró de nuevo el tablero. El chiquillo había dejado la dama blanca al alcance de un peón negro. El mate al rey era inevitable en el siguiente movimiento.

Suspiró profundamente al ver aquello. El desenlace de la partida, profético y siniestro, le erizó la piel. Una aterradora premonición atravesó su pecho como una guadaña de hielo.

«Los tiempos son llegados».

Aún destemplado, frunció el ceño. Charles lo miraba, impaciente, esperando que moviese. Esta vez fue incapaz de sonreírle. Al contrario, no pudo más que quedarse observándolo con una expresión indescifrable.

Entre todo lo que estaba a punto de dejar atrás, aquel niño era lo único que iba a echar en falta.

XCVII

Toledo, agosto de 1410

Mi muy querido Jolivet:

Te aliviará saber que el muchacho ha regresado de una pieza.

La verdad es que está hecho todo un guerrero. Llegué a creer que no volvería, habida cuenta lo que está sucediendo en Rodas, pero parece que los dos años largos que ha pasado a mi lado le han servido para resistir. En fin, tú conoces bien la exigencia de mi entrenamiento. Menos mal que es duro como un trozo de hierro. Ni esos condenados otomanos han podido con él.

La situación por allá, según me ha confirmado él mismo, está cada vez peor. El ejército invasor, si bien debilitado tras la derrota en Angora, sigue suponiendo una amenaza temible. Tanto, que si nada los detiene arrasarán con nuestra civilización. Nadie acaba de creérselo, pero es así. Te lo juro.

Hasta el corazón mismo de la cristiandad empieza a tambalearse ante su empuje. Sé que parece imposible, y que sus muros resisten desde hace mil años, pero nuestra amada Constantinopla puede llegar a caer si esto no cambia radicalmente. Y no parece que eso vaya a suceder.

Esperemos que, al igual que viene sucediendo con los ingleses, las luchas internas que los dividen nos permitan resistir. Porque el día que luchen unidos, créeme, no habrá nada que pueda salvarnos. Solo podría hacerlo una gran alianza de naciones cristianas, pero eso es mucho esperar en este tiempo de guerras fratricidas. Ya sabes, el único bastión que se opone a su avance somos los locos de siempre.

Los hospitalarios de Rodas.

Pero en fin, como supondrás, no te escribo solo para hablarte de las tempestades que sacuden el Mediterráneo. Aunque estas cosas suenan lejanas ahí, en el remoto norte, al fin y al cabo eso es algo que tú también conoces.

El caso es que Aydan ha regresado, como te decía. Y convertido en caballero, aunque no tenga más que trece años. El problema es que no está dispuesto a permanecer en Toledo. Esa es la cuestión que me preocupa, como te imaginarás. Por eso te necesito. Se ha pasado años pretendiendo volver a

casa. Sostiene que sus asuntos pendientes no pueden esperar. Tanto así, que un día acabé por ceder a su insistencia y acepté acompañarlo a Bretaña. Sería cuando volviera convertido en caballero de la Orden, eso sí. Craso error por mi parte. Nunca pensé que lo fuera a conseguir en menos de seis meses.

El cree estar preparado para regresar a Vannes. Pretende liberar a nuestro hermano y a las mujeres que lo criaron, quienes según dice se hallan en poder de la casa de Gwened. Parece que los tres llevan años encarcelados sin motivo. Así, por lo menos, lo afirma él.

No sé cómo lo ha logrado, pero Aydan es ahora el protegido del Gran Maestre. Y entre una cosa y otra, como puedes deducir, no tengo ya manera de seguir aplazando su regreso. Maldigo el día en el que asumí tal compromiso, pero no faltaré a mi palabra.

Él ha cumplido, por tanto, también yo cumpliré. No me queda más opción, aunque el mero hecho de pensarlo me oprima el alma. Ya ves, pensé que pasarían años antes de que lograse alcanzar tan alto honor. Phillibert de Naillac no otorga un título como ese a la ligera. Algo habrá visto en él, al margen de su valor en combate, para adoptar tan insólita decisión. De hecho, jamás había sucedido algo así.

Pronto viajaremos, pues, a la verde Armórica. No dispongo ya de argumentos para seguir aplazando lo inevitable. Además, creo que la verdad que tú y yo conocemos no puede seguir siendo ignorada. Su auténtica identidad, ya sabes. Tranquilo, él no sabe nada aún. Nunca he llegado a confesarle que es en realidad el último hijo de Patern. No, no me congratules por ello.

Siempre he temido que en cuanto lo supiera me abandonaría.

Sin embargo, ahora que va a volver a Morbihan ya no tiene sentido seguir ocultándole su auténtico origen. De hecho, empiezo a pensar que es mejor que conozca la verdad antes de llegar a Vannes. Si vamos a irrumpir en la casa de su padre con las espadas en la mano, será mejor que sepa que él pertenece a la vieja estirpe de Gwened. Que aquella es, en realidad, su casa.

Por eso he decidido confesarle todo durante el viaje. Pronto partiremos; ese será el momento. Una revelación así enfriará ese ímpetu vengativo que le nubla la razón. Además, quiero estar a su lado cuando reciba el impacto. La reacción de un hombre ante una verdad trascendental siempre es impredecible.

Por último, Waroc'h y sus hermanos deben saber de una vez por todas lo que ha pasado en estos trece años. Tienen que conocer que el nonato que los asesinos arrancaron de las entrañas de Alix está vivo, y que se dirige con fuego en los ojos hacia el castillo de sus ancestros. Hay que prever lo que pueda suceder después, eso sí. Aydan lleva demasiado tiempo poseído por un ansia de venganza que ningún muro podría contener.

En mi próxima carta te informaré acerca de las fechas en las que arribaremos a Vannes. Cuento con tu testimonio ante los señores de la ciudad. Al fin y al cabo, tú eres una de las pocas personas que pueden avalar con pruebas la verdadera identidad de Aydan Sneachd.

Demostrar que él es Robert de Gwened, decimotercer caballero de la casa de Vannes.

Debemos contar también con la reacción de esa gente. Ya sabes lo que dicen esos cuentos de viejas que tanto les gustan. Para sus mentes supersticiosas, nuestro muchacho sería el supuesto Guerrero de la Luz que va a liberar a su pueblo de los opresores. Así fue grabado en la piedra de Kermario, y no olvidemos que eso, para ellos, es ley. Por mucho que no sea más que una leyenda, y que las leyendas no sean más que ilusiones vanas que disfrazan de verdad lo incomprensible.

En fin, hermano, pronto nos veremos. Confío en que podrás convencer de todo esto al gran señor Waroc'h. Como es lógico, su intervención se hace imprescindible para nuestros intereses.

Te ruego que lo prepares todo para nuestra llegada a Bretaña, Jolivet. Mucho me temo que vamos a necesitar de toda la ayuda que sea posible.

Siempre tuyo,

XCVIII

RODAS, JUNIO DE 1410

Para una misión sin esperanza, una determinación sin límites.

Esa era la única fórmula posible.

Aydan partió desde Toledo al frente de batalla. A un combate por el confín más oriental del Mediterráneo. Así debía ser. Jugarse la vida entre las líneas de la armada otomana era la única opción que le quedaba. Si había suerte, su valía en combate le haría alcanzar el reconocimiento que había ido a buscar. Cuanto antes lograra convertirse en caballero hospitalario, antes podría regresar. Entonces no solo podría volver a Vannes, sino que el maestro en persona iría con él. Ese era el compromiso. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que más que suerte iba a necesitar un milagro.

Tras haber participado en un par de batallas, comprendió que destacar iba a ser casi imposible. Los hombres luchaban allí sin darse importancia, como si aquello fuera lo normal en aquellas aguas. Igual que reparar tejados o labrar las tierras. Aquel era su oficio.

Un desempeño al borde de la muerte, pero un trabajo al fin.

Para su sorpresa, nada más llegar lo alistaron en la Akoúrasta. Aquella era la galera más imponente de todo Rodas. Pese a ello, las condiciones a bordo eran terribles. Por suerte, llevaba consigo todos los recursos adquiridos con Beadur.

El primero de ellos, cazar las ratas que corrían por los pañoles para tener siempre una reserva de comida a buen recaudo. Un remanente de carne que él comía a escondidas, aunque cruda y pestilente, cuando ya solo quedaba aquel bizcocho agrio y lleno de gusanos en la bodega. Así, mientras que los otros soldados llegaban a parecer cadáveres andantes, él se conservaba razonablemente fuerte.

También podía mantenerse despierto durante días. Hasta una semana, si hubiera sido preciso. No necesitaba más que un par de minutos de sueño por hora, tal y como le había enseñado el maestro:

—«Solo cuando tu vida esté en peligro, Aydan. No juegues con eso».

Allá, en Cotentin, no hubiera sospechado que aquello acabaría por salvarle la vida en las costas de Rodas. Y pese a todo, así fue. Una vez más, el gauta había previsto que hasta lo más improbable podía suceder. Solo aquel dominio sobre su propio cansancio le permitió sobrevivir al abordaje que sufrió la Akoúrasta. Todo sucedió en una noche de encalmada.

Ningún vigía advirtió que una nave corsaria acechaba entre las sombras.

En aquellas aguas había que ser invisibles. Por eso navegaban con los fanales apagados frente a la isla de Samos. Por eso, también, la marinería dormía abajo, apoyada en los mamparos. Había que evitar cualquier ruido que los delatase en plena noche, hasta un simple ronquido. El navío avanzaba en silencio por aquel mar infestado de enemigos. No se oía ni el rumor del agua contra las amuras.

Tanto era su sigilo, pensó Aydan con los ojos muy abiertos, que en Morbihan lo hubieran tomado por una embarcación fantasma.

Mientras el resto de la tripulación dormía, incluyendo a alguno de los centinelas, los piratas otomanos arriaron los cuatro botes de su bajel. Después se deslizaron en silencio sobre el agua negra y treparon a la borda de la Akoúrasta, silenciosos como espectros. Antes de que nadie se hubiera dado cuenta, los asaltantes ya habían pasado a cuchillo a los adormilados vigías. También cayó el piloto que escrutaba el horizonte, en plena oscuridad, en busca de alguna luz en la costa que le permitiera afianzar la derrota.

Al sentir un leve ruido en cubierta, Aydan se puso en alerta. Había sonado tan amortiguado que bien pudiera haber sido una gaviota al posarse. Sin embargo, a él le hizo abrir bien los ojos. Antes de hacer nada, miró alrededor. Se vio rodeado por rudos soldados que dormían amontonados sobre las tablas. Lo de siempre.

Se incorporó con cuidado y esgrimió la espada tras desenvainar con cuidado. Eso lo había aprendido de Ezra.

—«El arma no se suelta ni para dormir, Aydan».

Salió al exterior a través por la abertura más cercana y trepó por el costado del navío hasta la cubierta. Si el barco estaba siendo atacado, tal y como empezaba a sospechar, daría la voz de alarma. Después habría que presentar batalla. En caso de que todo fuera una falsa alarma, regresaría a su puesto si nada hubiera ocurrido y aguardaría en duermevela, como cada noche, a que llegara el amanecer.

Escalando la amura, la mirada severa de Myrna se le apareció en la oscuridad. Su voz sonó queda y lejana.

—«No siempre es piensa mal y acertarás. Pero tú, si tu piel se rebela, piensa mal».

En cuanto asomó la cabeza sobre la borda, se confirmaron los peores presagios. Bajo la luz suave de la luna creciente, Aydan logró vislumbrar cómo los piratas se disponían ya a regresar a sus botes. Espantado, vio que sobre la

cubierta ensangrentada yacían sus compañeros, asesinados antes de poder dar la voz de alarma. Culminado el asalto, los corsarios se retiraban. Esbozó un gesto de extrañeza. Estaban renunciando a un gran botín que ya tenían al alcance de la mano.

No tardó en comprenderlo.

Estremecido, percibió que un reguero de pólvora siseaba sobre las tablas, directo al pañol donde se almacenaba la pólvora. Un silbido macabro atravesaba la cubierta a toda velocidad, discreto y mortal como un ave rapaz.

Recordó con un escalofrío la montaña de explosivos que se guardaba en aquel compartimento. La cerradura, de la que solo el capitán tenía la llave, había sido reventada con todo sigilo. El mismo con el que una llamita corría fugaz sobre la pólvora encendida mientras los asaltantes huían. Su pulso se desbocó. Si nada la detenía, la detonación haría volar la galera por los aires.

Saltó a cubierta. Apenas quedaba tiempo.

—¡Alerta! ¡Nos atacan! —gritó, con todas sus fuerzas.

Tenía que llegar a la mecha. Bajo los parapetos de babor y estribor se oyeron los primeros golpes alarmados. Los gritos de Aydan habían despertado a toda la tripulación de la Akoúrasta y los soldados se incorporaban, aún ajenos a la inminencia de la explosión.

Por un momento creyó que podría llegar, pero no tuvo tiempo. Justo cuando corría en un intento desesperado por frustrar la explosión, un monumental estallido lo lanzó por los aires. Entonces perdió la noción de la realidad.

Todo cuanto sintió fue una fuerza cálida y brutal que lo proyectó de espaldas. Después del fogonazo llegó un remolino de silencio y negrura. Solo pasaron unos instantes, pero para él fue una eternidad de calma veloz. Una caída interminable que anticipaba algo más.

Finalmente, todo acabó con un impacto brutal contra una pared líquida.

La inmersión brusca en una oscuridad fría le hizo volver en sí de repente. Al salir de nuevo a la superficie, fue recibido por un caos de fuego y destrucción.

Los fragmentos del que había sido un imponente navío de guerra iban cayendo a su alrededor, la mayoría en llamas. La galera, destrozada, se hundió como si fuera de plomo en las aguas negras del Egeo. A la luz del incendio, Aydan la vio llevarse al abismo a todos sus tripulantes, todavía atrapados en su interior. Le pitaban los oídos, le dolía todo el cuerpo y le ardía la cara. De hecho, pensó que no tardaría en acompañarlos. Apenas lograba mantenerse a flote.

Bajo el resplandor que emitían los restos de la Akoúrasta, Aydan pudo apreciar cómo la nave otomana recogía sus cuatro botes e izaba la mayor. Casi incapaz de moverse, cerró los ojos, dispuesto a dejarse ir, pero entonces algo tocó su brazo.

Apenas consciente, el muchacho se aferró a la gran tabla que flotaba a su lado con un intenso olor a pólvora quemada. Llegó a escuchar los gritos de euforia de los piratas resonando en la distancia.

No era para menos. El abordaje había sido impecable.

Durante cuatro noches, con sus correspondientes días, el único superviviente de la galera hospitalaria se mantuvo a flote como pudo. Tumbado sobre aquel tablón carbonizado, se dejó llevar por las corrientes. De vez en cuando trataba de vislumbrar en el horizonte una línea de costa. Un puerto, una isla desde la que emprender el regreso a Rodas. Nada.

El hambre, la sed y el agotamiento estuvieron a punto de enviarlo al fondo en varias ocasiones. Tenía el pelo chamuscado y el cuerpo machacado. Los labios le ardían, y era como si tuviera arena entre los ojos y los párpados. Sentía la piel de la cara abrasada por el sol, y la sed lo torturaba. Además, su garganta era ahora un nudo de hierro oxidado. Sin embargo, se obligó a resistir.

También había resistido sin quejarse en el pantano de Cotentin, con la única compañía de las serpientes. También había logrado soportar el cruel entrenamiento de Ezra durante dos largos años. Y la huida con Galloway.

«Y la ausencia de Breann».

No había lugar para la flaqueza. Rendirse, desde luego, no era una opción.

Al amanecer del cuarto día, un viejo pescador acercó su bote con cautela a lo que parecía ser un cadáver flotando sobre un tablón. El muchacho, inconsciente, no se dio cuenta de que el hombre lo izaba a bordo. La frente arrugada del hombre, al examinarlo, reflejaba desconcierto. El supuesto náufrago que había vislumbrado en la lejanía no era más que un niño.

Un muchachito que, además, vestía los ropajes de los cruzados. Tratando de no ser visto por ningún barco, y tras darle de beber toda el agua que llevaba para la que debiera haber sido una larga jornada de pesca, se lo llevó consigo al pequeño puerto de Agathonisi. Allí lo ayudó a desembarcar y lo acostó en su propio camastro, dentro de su casita de tablas, justo en la ribera.

Gracias al precario griego que había aprendido a bordo de la Akoúrasta, Aydan le explicó que necesitaba volver inmediatamente a la sede central de la Orden. El anciano le indicó que Rodas no estaba lejos, pero que tratar de alcanzarla era poco menos que un suicidio. Aquellas aguas eran una trampa mortal.

El Egeo era un hervidero de corsarios y buques de guerra otomanos. No podían arriesgarse a ser apresados dirigiéndose a la isla de los hospitalarios. Si eso llegaba a suceder, serían torturados hasta la muerte.

Esa misma noche, aún magullado pero ya dispuesto, el chiquillo salió de la casita para preguntarle al pescador si había por allí alguna embarcación abandonada que él pudiera utilizar. El hombre, tras mirarlo de arriba abajo como si estuviera completamente loco, se encogió de hombros. En silencio, lo

condujo hasta una cala en la que languidecía una pequeña barca a la que le faltaban varias tablas y un par de cuadernas.

Con la ayuda del pescador, el chiquillo se pasó buena parte de la noche arreglando la chalana. Lo justo como para que se mantuviera a flote. Al amanecer, bogando con dos remos medio rotos que encontró abandonados en la playa, Aydan abandonó Agathonisi.

Partió con rumbo sur-sureste hacia el punto del horizonte donde el pescador le había indicado que encontraría, al cabo de ocho o diez horas, un estrecho de tierra. Cuando lo superase, le explicó, y ya con rumbo suroeste, tardaría eso mismo, si la fortuna lo acompañaba, en llegar a la isla de Rodas.

Al mencionar la fortuna, su cara lo decía todo. Aydan comprendió al momento: más que buena suerte iba a necesitar un milagro. Se encogió de hombros. No había más opción.

El hombre observó impávido cómo el bote se alejaba de su pequeña isla. Con los dientes apretados, negó con la cabeza. Allá se iba aquel pequeño caballero, solo e indefenso, a atravesar aquellas aguas patrulladas día y noche por el enemigo.

Deseó que lograra arribar a Rodas sano y salvo, pero aquello era poco menos que imposible. Aunque la barca lograra mantenerse a flote, algo ya de por sí improbable, mil ojos acechaban. Además, hacía apenas veinticuatro horas que lo había rescatado, más muerto que vivo. Meneó la cabeza de nuevo. Suerte, chiquillo, musitó. La vas a necesitar. Entonces se metió en la casucha. Tenía redes por reparar.

El viento y las corrientes fueron favorables a la navegación de Aydan. Pese a tener que dejar de remar cada hora para achicar el agua que entraba por los boquetes mal sellados, la chalana aguantó.

Al atardecer del segundo día vislumbró la silueta inconfundible de una gran isla. Al acercarse un poco más confirmó la primera impresión. Sí, las indicaciones del viejo pescador habían sido precisas. Allí estaba, a tan solo unas horas de distancia, la sede principal de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

La isla de Rodas.

Sin embargo, llevaba dos días y una noche remando sin parar, y los brazos se le dormían por momentos. Tenía calambres por todo el cuerpo y ya había agotado el agua que llevaba. Se miró las manos. Sangraban. Además, aun le pitaban los oídos y era como si todo él estuviera descoyuntado por dentro. Aun así, redobló los esfuerzos. Ya faltaba menos.

Al cabo de otras dos horas se vio a menos de dos millas del puerto, tan cerca que ya podía distinguir bajo las últimas luces del ocaso las poderosas defensas que guardaban la ciudad. Un poco más y habría tocado costa.

Pero entonces, la barca dijo basta. Una de las tablas, podrida por la intemperie, acabó por soltarse, y la vía de agua se hizo demasiado grande

como para poder achicarla. Aydan, a punto de desfallecer, abandonó la chalana. Lo único que le quedaba por hacer era nadar.

El bote se hundió a su espalda plácidamente, como quien se retira a descansar tras una jornada agotadora.

Con el tiempo, vio caer la noche sobre su cabeza como en sueños. La oscuridad se fue cerniendo poco a poco sobre el puerto fortificado de los monjes guerreros. Allí estaba él otra vez, en el agua oscura, casi sin fuerzas. La sal hacía arder sus labios y las heridas de sus manos, y esta vez no había ningún tablón al que agarrarse.

La travesía a nado se le hizo eterna. Cien veces llegó a creer que sus energías se iban a extinguir de un momento a otro. Que nunca lograría alcanzar la orilla. Cuando no podía más, cogía aire y se dejaba flotar de espaldas. Entonces contemplaba las estrellas, recuperaba el aliento y volvía a impulsarse. Avanzó despacio, sintiendo el abismo bajo su cuerpo con cada brazada.

Al cabo de otra hora y media, Aydan tocó tierra junto a las murallas de Rodas.

El pequeño náufrago se volvió boca arriba bajo un cielo estrellado en el que asomaba tímidamente una luna creciente. Así se quedó, sobre la dársena de piedra, incapaz de moverse y con la mirada perdida.

Exhausto, abrasado y famélico, pero vivo.

Los centinelas que vigilaban desde el adarve percibieron un movimiento a los pies de la muralla y dieron la voz de alarma. La patrulla que corrió a investigar lo que estaba ocurriendo allí abajo, iluminando la costa con antorchas encendidas, se encontró a un joven empapado y medio muerto.

Lo examinaron. Debía de ser un náufrago, pero era de los suyos. El joven soldado trataba en vano de incorporarse mientras farfullaba, como delirando. A duras penas, el capitán entendió que la poderosa Akoúrasta había sido hundida seis días antes frente a las costas de Samos. El hombre arqueó las cejas. Si lo que contaba aquel muchacho era cierto, su proeza era asombrosa.

A una seña suya, los vigías dejaron de apuntarle con las alabardas.

Pese al deplorable estado del muchacho, el capitán siguió preguntando. Antes de nada necesitaba comprobar que aquella historia tenía fundamento. El pequeño soldado, con un marcado acento extranjero, le narró con frases entrecortadas la tragedia de la fragata hundida.

Las lágrimas afloraban a sus ojos, pero siguió. Reprimiendo los sollozos, Aydan le explicó que el resto de tripulantes, valerosos guerreros al servicio de la Orden, yacían ahora en el fondo del Egeo. La orgullosa Akoúrasta había caído, sí, y con ella todos sus tripulantes, víctimas de la infamia perpetrada por los bárbaros. Un ataque a traición se había llevado a las profundidades a los únicos compañeros que había conocido en el destierro de aquella guerra desesperanzada.

Después, perdió la consciencia.

El capitán se puso firme. No sabía quién podía ser aquel pequeño extranjero ataviado con ropajes de la Orden, pero una cosa estaba clara: era un auténtico héroe.

—Llevadlo al hospital.

Pensativo, observó cómo sus hombres alzaban con cuidado aquel despojo humano. Tras verlos partir, se giró hacia el palacio que se recortaba contra el cielo estrellado. Entonces, sin perder más tiempo, se puso en camino.

El Gran Maestre tenía que conocer aquella historia de inmediato.

XCIX

La noticia arrasó la isla como lo hubiera hecho un ciclón.

Primero entre los centinelas, que cuchicheaban asombrados. Desde los adarves, la historia del pequeño náufrago se extendió a las tabernas del muelle como el reguero de pólvora que había hecho volar por los aires la mítica galera. Finalmente, acabó por entrar hasta la cocina de cada casa. Para cuando despuntó el día, en Rodas ya no se hablaba de otra cosa. La ciudad entera ardía de curiosidad.

Fue como si la heroicidad de aquel pequeño extranjero hubiera reavivado unas ascuas moribundas. El fuego de la esperanza, ya casi apagado en el último bastión de los hospitalarios, renació con fuerza.

No era para menos, brindaban sus habitantes, emocionados. Aquello era un auténtico milagro.

Todos conocían la Akoúrasta. El imponente navío patrullaba las aguas del Egeo sin descanso. Solo paraba en puerto las horas justas para aprovisionarse, y a veces ni eso.

Aquella embarcación era el orgullo de su armada. Ella sola había apresado una decena de navíos enemigos en el último año. Por eso mismo, todos se encogieron al saber que había sido hundida. Sin embargo, con aquella terrible noticia llegó un rayo de luz que les hizo alzar la frente. Por increíble que pareciera, uno de sus tripulantes había llegado nadando en plena noche al muelle.

Nadando, sí. Desde Samos.

De ahí que, ya antes del amanecer, no quedase nadie entre las murallas que no conociera la hazaña del pequeño héroe. Con las primeras luces del alba, el gentío empezó a amontonarse ante el hospital portuario.

Las noticias rescataron al Gran Maestre de un ensimismamiento lóbrego. Según su asombrado informador, el náufrago era un niño de no más que doce

o trece años. Justo cuando todo parecía perdido, llegaba aquel milagro.

—Lo mandé al hospital, mi señor —le dijo el capitán, con voz vibrante—. Estaba al límite de sus fuerzas, pero descuidad: su vida no parecía peligrar. Sobrevivirá, estoy seguro.

Naillac apretó la mandíbula. El hundimiento de la galera, junto con la muerte de toda su tripulación, era un golpe terrible. Tal vez definitivo, renegó por un instante.

En los últimos tiempos, la Orden resistía el ímpetu del invasor a duras penas. Perdido el dominio sobre el mar y las posesiones de Tierra Santa, ya solo importaba salvar Constantinopla. El sueño se escapaba entre sus dedos como el humo de una hoguera diminuta. Iba a necesitar una buena dosis de ánimo para que la ciudad no sucumbiera definitivamente a la desesperanza. No en vano, la Akoúrasta era el último símbolo de su poderío militar. Hacía tiempo que resistencia y estado de ánimo se habían fundido en un mismo concepto indisoluble.

Si el pesimismo cundía, la ciudad caería. Lo sabía bien.

Viéndose al borde del desastre, meneó la cabeza.

«Las murallas más infranqueables se convierten en papel si no guardan más que desánimo»…

Sin embargo, caviló tras haber escuchado al capitán, ahora estaban aquel muchacho y su gesta inverosímil. Miles de ideas empezaron a restallar en su cabeza. Su talento político lo había llevado a ocupar uno de los cargos más relevantes de toda la cristiandad; lógico, pues, que cazase al vuelo la inesperada oportunidad que el destino le estaba regalando.

El hundimiento de la fragata podía ser el golpe de gracia para Rodas, pero también podía ser todo lo contrario. De su gestión dependía. La historia de aquel pequeño extranjero podía darle la vuelta a la inercia decadente de los últimos tiempos. Sus ojos relampaguearon. Bien gestionado, se dijo, en el mismo problema podía estar la solución.

—Que no se mueva de allí. En cuanto llegue el amanecer, lo visitaré en el hospital.

Y allí estaba Aydan al cabo de unas horas, en el hospital del puerto.

Aún aturdido en pleno amanecer, pero a punto de atender al Gran Maestre. Seguía atontado por el revuelo y el cansancio, y sin embargo se había levantado como un resorte. Su mirada confundida paseó sobre la muchedumbre desde su ventanuco. El lugar al que lo habían llevado, en el mismo embarcadero al que había arribado en plena noche, estaba totalmente rodeado. La gente quería ver al pequeño héroe.

Él, sin embargo, no entendía nada. Su primera idea era presentarse lo antes posible ante sus superiores. Narrar lo sucedido y solicitar que lo

enrolaran en otro barco lo antes posible; ese era su anhelo. No olvidaba ni por un segundo que tenía una misión que cumplir.

No obstante, los centinelas apostados ante la hospedería fueron rotundos.

—Ya te lo he dicho, son órdenes directas del Gran Maestre. —El guardia era como un trozo de roca—. No puedes moverte de aquí.

El Gran Maestre. Seguía sin explicarse qué interés podía sentir el mítico Naillac por alguien como él. Ajeno al rumor que bullía en toda la ciudad, se rascó la barbilla.

«¿Y desde cuándo sabe que existo?».

Aún estaba entumecido, tenía la piel chamuscada y le costaba respirar sin toser. No estaba en condiciones de recibir al gran señor. Y sobre todo, ardía por reintegrarse a la armada lo antes posible. Necesitaba alcanzar cuanto antes el objetivo que lo había llevado hasta allí. Convertirse en caballero de la Orden. Solo así podría exigirle a Ezra que cumpliera su palabra.

Aún sin comprender tanta expectación, oyó cómo la algarabía crecía junto a la entrada. Al asomarse, se quedó boquiabierto. Allí estaba el Maestre, en efecto. El guardia no había mentido.

Boquiabierto, se quedó observándolo. El hombre, sonriendo, saludaba a la multitud. Sus ropajes eran dignos de un rey.

Consternado, Aydan se miró después de arriba abajo. Intentó sacudirse la ropa, pero no sirvió de nada. Estaba hecho un desastre. Casi deseó que se lo tragara la tierra.

Escoltado por su guardia personal, Phillibert de Naillac, Gran Maestre de los caballeros hospitalarios de Rodas y, por tanto, uno de los hombres más importantes de la cristiandad, entró sin perder la sonrisa en el pequeño hospital.

Aydan se enderezó, y se pasó de nuevo los dedos por los cabellos. Sintió la aspereza de la sal endurecida y oyó como la arena caía en el suelo. No pudo evitar sonrojarse. Debía de estar hecho un desastre.

Sin embargo, Naillac hizo una reverencia como si en lugar de un náufrago desastrado se hallase ante un héroe de leyenda.

—Parece que la última marea ha sido provechosa para la Orden —saludó el caballero.

Hablaba en un perfecto francés que transportó a Aydan a los verdes campos de Morbihan. El joven, tieso como un palo, no supo qué responder. Al verlo así, inmóvil, Naillac, sin dejar de sonreír, se plantó frente a él. Sus ojos picaros traslucían que estaba de vuelta de muchas cosas.

—Aunque sea con retraso, Aydan Sneachd, bienvenido a Rodas.

Aún más confundido, el muchacho solo acertó a inclinar la cabeza. Al parecer, aquel hombre sí lo conocía, y no solo por ser el náufrago de la Akoúrasta.

El Maestre, complacido, lo escrutó de arriba abajo.

—Veo que el Custodio del Legado no mentía.

C

Esa misma tarde, Aydan fue investido caballero.

Se dejó hacer, aunque una angustia árida oprimía su tráquea. Seguía sobrecogido por la pérdida de tantas vidas, y no comprendía los razonamientos del gran señor.

Él no sabía nada de política.

Para Naillac, sin embargo, la cosa estaba clara. Ya nada podían hacer por la galera perdida, pero podían sacarle partido a tan terrible suceso. Considerarían que aquel era el último servicio de sus bravos tripulantes. Mejor verlo así, se dijo; su gente necesitaba una nueva esperanza. El asedio del enemigo no cejaba, y la ciudad se había visto condenada a un exterminio salvaje hasta la llegada del pequeño náufrago. Ahora, para sus habitantes había una nueva luz.

Transformar una derrota en triunfo. La mayor virtud de un estadista.

Tras el acto, los dos se quedaron solos. Entonces Aydan le preguntó, aún sin comprender.

—¿Por qué yo, mi señor?

Naillac se quedó mirándolo con una expresión indescifrable durante unos segundos eternos. Al verse atravesado por aquella mirada, el muchacho se sintió ridículamente cándido. El hombre intuyó su malestar y miró al horizonte. Después sonrió. Tenía que hacerle entender.

Con solo un par de frases, Aydan empezó a atar cabos. El maestre, al apreciar un brillo de comprensión en su mirada, siguió explicando el razonamiento.

—… Y esa esperanza perdida, hoy, la encarna en esta isla un muchacho que ha sobrevivido a una tragedia terrible —continuó, mientras los dos contemplaban el mar desde la terraza—. A pesar del terrible dolor por la caída de tantos hermanos, la proeza sobrehumana de un muchachito imberbe supone hoy el último asidero de las gentes de Rodas. Un chiquillo que ha sido capaz de salvar a nado tan inmensa distancia tras sobrevivir a semejante ataque… Un auténtico milagro, sí. Ese es ahora nuestro clavo ardiente. Lo único que nos afianza ya en la defensa de nuestros ideales. Sí, Aydan, que tú hayas logrado lo imposible les hace creer que aún podemos resistir. ¿Comprendes?

El muchacho asintió, aunque con gesto de incredulidad. Tal vez tuviese razón. Naillac le sonrió y él respondió con otra sonrisa. Aquel insigne

compatriota, aunque lo acababa de conocer, le inspiraba confianza. De alguna extraña manera, pero sí. Aunque no podía dejar de preguntarse si su perspectiva no sería demasiado optimista.

Naillac adivinó la duda tras aquellos ojos que se movían intranquilos.

—Todos ven en ti una luz de esperanza, mi pequeño amigo. Eres el héroe que les ha devuelto la fe en el último momento. Les has hecho creer que la victoria aún es posible. Y justamente ahora, cuando todo parecía perdido.

—Mi señor, lo único que hice fue aquello a lo que me vi obligado. —Aún le dolía todo el cuerpo—. Eso no es ninguna heroicidad… No sé, afán de supervivencia, si acaso.

El Gran Maestre le dedicó una nueva mirada de comprensión. Ya se lo había advertido Ezra en la carta que Aydan había traído consigo como aval. El muchacho se la había entregado a su encargado al llegar. Después, no había sabido más nada. Sin embargo, ahora lo veía, el gran señor no iba a obviar un mensaje del mismísimo Custodio del Legado. No en vano era el segundo cargo más importante de la organización, tras el suyo propio.

Para muchos hospitalarios, incluso el primero. Tal vez hasta para el propio Naillac.

Phillibert había leído la misiva con atención. En ella, Ezra se pronunciaba con una inusitada rotundidad. Bajo aquella apariencia de joven guerrero se escondía, en realidad, un corazón que rebosaba inocencia. Perfecto, pensó entonces el gran señor. Trataría de protegerlo. El pupilo de Ezra ibn Levy sería enrolado en el mejor navío de la Orden. A la Akoúrasta, sí. No podía garantizar que fuera a estar a salvo en ningún lugar en mil millas a la redonda, pero aquella galera era la más imponente de sus embarcaciones. Y él no hubiera aceptado quedarse en tierra, advertía el sefardí.

La primera línea de fuego. Ahí quería estar.

Naillac se puso serio por un instante. Lo cierto es que el muchacho estaba vivo de milagro. Pero claro, cómo podría haber previsto que su mejor buque acabaría en el fondo del mar.

—Llevas ya cuatro meses batallando en estas aguas. —Las objeciones del joven caballero confirmaban ahora la descripción de su maestro—. Jugándote la vida por nuestra organización. Dime, Aydan… ¿Por qué alguien como tú, un joven sano y fuerte que tiene toda la vida por delante, dejaría la comodidad de una vida plácida en Toledo a cambio de esta guerra? ¿Qué fue lo que te trajo a batallar, pasando todo tipo de penurias, a bordo de nuestros barcos?

El muchacho se quedó mirando al mar en silencio. Por un par de veces abrió la boca para contestar, pero al momento se arrepintió. Tenía mil respuestas que dar, pero en ese momento ninguna le pareció convincente.

—¿Te alistaste en nuestras filas por amor a nuestros ideales? —siguió Phillibert, en vista de sus dudas—. ¿O son de otra índole los motivos que te trajeron aquí?

Aydan se mordió el labio. El ejército de la Orden estaba compuesto por grandes caballeros. Nobles señores que eran monjes y guerreros al mismo tiempo. Hombres de honor, que se jugaban la vida por un ideal.

Un glorioso colectivo, sin duda. Era un privilegio contarse entre ellos.

Sin embargo, también había entre sus filas mercenarios de fortuna. Hombres de toda condición, incluso piratas y delincuentes, que simplemente luchaban a cambio de riquezas. Muy a su pesar, sintió que tenía más en común con estos últimos.

Cogió aire, dubitativo. Por suerte, las enseñanzas de Myrna siempre lo acompañaban. De ahí que contestase algo que nadie osaría afirmar ante el máximo dirigente de una organización religiosa.

Sobre todo, de aquella orden. La más poderosa del mundo entero.

—Yo… disculpad, mi señor, pero yo no creo… en un Dios así.

Entonces, la mirada de Phillibert lo atravesó de lado a lado.

Justo al acabar de hablar, Aydan deseó haberse tragado sus palabras. Intimidado al principio, estuvo a punto de suavizar aquella opinión. En un lugar así podía ser tachada, siendo benévolos, de herética. No obstante, aguantó. Levantó la frente y sostuvo la mirada penetrante del gran señor de Rodas. La dignidad de Myrna, pensó, no merecía bajar la cabeza. Se preparó para una reacción furiosa, dispuesto a defender sus argumentos. Sin embargo, nada de lo que esperaba sucedió.

Hubo un largo silencio en el que los dos se miraron. Al rato, le pareció que el gesto del Maestre solo desprendía curiosidad. Sorprendentemente, no había rastro de indignación en su mirada.

—Quiero decir —continuó Aydan, ya más confiado—, que no concibo que un Dios misericordioso haga que los hombres se maten entre sí. Guerra de religión es un concepto, mi señor, que no se puede sostener bajo ningún tipo de lógica.

De nuevo, escrutó la expresión de Naillac, que volvía a mirar el mar con gesto serio. La afirmación del chiquillo bien podría ser considerada sacrilegio. Algo que podría comportar no solo la expulsión de la Orden en la que acababa de ingresar, sino incluso pena de excomunión. Y hasta cosas peores, recordó. Contuvo el aliento.

No obstante, pronto le quedó claro que nada de eso iba a suceder. Sus palabras no habían supuesto ningún agravio para la conciencia de aquel hombre. Es más, en realidad parecía gratamente sorprendido.

El atardecer ya teñía de azul oscuro el firmamento. Las primeras estrellas empezaban a brillar.

La vista desde el balcón era espléndida.

—Justo ahí abajo, en el muelle —la voz de Phillibert, en aquel francés tan familiar, sonó especialmente tranquila—, se alzaba, hace mucho tiempo, el más maravilloso faro que jamás haya iluminado los mares del mundo entero.

Al menos, eso afirman las leyendas antiguas de esta tierra.

Aydan, sorprendido por un giro tan inesperado, miró hacia el puerto. Ya no quedaba nada de aquel prodigio, pero sus ojos de niño dieron en imaginarlo bajo la luz rosada de aquel atardecer.

—Le llamaron el *Kolossós*. —En el muelle, ahora silencioso, se mecían solitarios los barcos de guerra—. Era una inmensa figura, como nunca hubo otra igual. Una estatua que representaba un hombre erguido con una antorcha en la mano. La luz que emitía podía ser vista a muchas millas mar adentro. Bajo su protección se salvaron, a lo largo de los años, miles de vidas humanas. Existencias que se hubieran perdido en trágicos naufragios de no contar con su guía. —Aydan se estremeció con solo pensarlo. Ahora, muy a su pesar, sabía de primera mano lo que era un hundimiento—. La referencia luminosa que el gran faro les proporcionaba era lo único que podía salvarlos de las tinieblas. Una luz para guiarlos justo cuando estaban perdidos en la oscuridad. Y así fue durante siglos.

Naillac se volvió ahora para mirar al muchacho.

—Nuestra Orden no habita en Rodas por casualidad. —Aydan, aliviado al principio por la suave reacción del hombre, contuvo de nuevo el aliento.

Una lucecita de comprensión se encendió tímidamente en su interior. La inesperada realidad que empezaba a intuir le dio un giro inesperado a su decisión de alistarse. Algo que había surgido de la desesperación, un arranque casi irracional, estaba a punto de cobrar sentido.

—Caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén es nuestro nombre originario, Aydan. Tras siglos de lucha, tras miles de avatares que no podrías ni imaginar, fuimos cambiando nuestro nombre y nuestra apariencia para acomodarnos a las circunstancias. Nuestros ideales siguen siendo los mismos que en los inicios, pero lo cierto es que ya solo algunos los recordamos. Solo los grandes caballeros de nuestra jerarquía, unos pocos elegidos, sabemos esto. Un puñado de hombres entre los que se encuentra, por ejemplo, tu maestro. Él es el Custodio del Legado, como bien sabes.

Una sonrisa cómplice acompañaba a sus palabras.

Aydan, sin embargo, se sintió ciego y sordo en medio de un laberinto. Él ni siquiera sabía aún en qué consistía ese famoso Legado. Se dejó llevar. Tal vez esa luz, que titilaba aún débil, fuera cogiendo fuerza.

—La mayoría de la gente, incluso dentro de la Orden, cree que la razón de ser de nuestra lucha es acabar con los enemigos de Cristo. Tú también piensas eso, ¿no es cierto? Que eso es por lo que luchamos. Por lo que tratamos de reconquistar los dominios de Tierra Santa, y también las rutas navales del Mediterráneo. Y todo contra los infieles.

Aydan asintió en silencio. Eso era, en efecto, lo que él había considerado durante toda su vida. Algo que siempre le había parecido obvio. Siempre, desde el momento en que había conocido la existencia de la Orden, allá en el

lejano norte, y hasta ese mismo instante. Un nuevo silencio intencionado de Naillac provocó que otras ideas cobrasen vida dentro de la cabeza del muchacho. Estaba claro que aquel hombre sabía encender fuegos.

Por un instante, Aydan llegó a verlo como un *Kolossós* recortado contra aquel mar ya casi negro.

—Veo que la verdad lucha por abrirse paso en tu mente, mi joven amigo. —El muchacho comprendió que el gran señor estaba dándole tiempo. Quería que fuera intuyendo por sí mismo que sus prejuicios estaban errados.

Ante el gesto desconcertado de Aydan, Phillibert sonrió de nuevo. Una vez más, Ezra tenía razón. Aquel muchachito era alguien especial. Y no solo eso, caviló; ahora se había convertido en el activo más importante de su política. Era el momento de desvelarle, pues, la auténtica razón de ser de su organización. Del imponente ejército al que presidía desde aquel palacio remoto, última defensa de la cristiandad ante el avance otomano.

—No, mi joven amigo. La Orden de Rodas, en realidad, no libra sus batallas contra el infiel.

El pulso del chiquillo se aceleró. Las palabras del Gran Maestre venían a confirmar lo que llevaba un rato intuyendo. Sin embargo, aún estaba perdido en la oscuridad. Necesitaba más luz.

—La única verdad es que la Orden se dedica a combatir a los enemigos de la razón humana. A luchar contra esa barbarie empeñada en extender tinieblas sobre el mundo de los hombres. Una oscuridad que siempre está cimentada sobre la ignorancia, Aydan. Sobre el fanatismo y el dogmatismo que algunos, movidos por intereses oscuros, se empeñan en perpetuar. Nosotros luchamos contra eso. Nada más.

En ese instante, Aydan sintió cómo se le erizaba la piel.

Aquella revelación lo cambiaba todo. Recordó a Beadur y a Ezra. Claro, se dijo, sintiéndose más estúpido que nunca antes. ¿Cómo no lo había visto?

Los dos guerreros, lejos de dedicar su vida a la imposición de ningún axioma, en realidad no hacían más que propagar la tolerancia. Uno era gauta, el otro sefardí. Convivían en armonía con gentes de toda etnia y condición. No había en su comportamiento nada más que respeto por los que eran diferentes a ellos. Recordó también a Jolivet, que guardaba la biblioteca de Sant Michel como si cada libro que allí se almacenaba, independientemente de su origen, fuera un auténtico tesoro.

Por fin cayó en la cuenta. Esa era la auténtica Orden de Rodas.

Phillibert pudo ver su asombro, súbito e inmenso, reflejado en sus ojos. A pesar de eso, una sombra de duda cubría aún su ceño. De nuevo, sonrió. Es normal, mi pequeño amigo. Aún quedaban cuestiones pendientes. Cuentas que no encajaban en la lógica.

—Pero mi señor, la Iglesia de Roma…

El Gran Maestre esbozó ahora una sonrisa triste. Tendría que afrontar la

verdad más amarga, sí. No era la primera vez.

—Sí, ya sé… No creas que no estoy de acuerdo contigo, Aydan, pero… —el tono de su voz se tomó duro—. Mira, integramos en la Iglesia era nuestra única opción de sobrevivir. Ya sé que es una organización cruel y que impone una verdad dogmática. Que se basa en verdades absolutas y que se opone a la lógica y a la razón. Y que lo hace a sangre y fuego, además. Hasta te podría decir que gran parte de los que luchan con la cruz de Rodas bordada en la ropa comulgan a ciegas con esos principios. Y lo hacen de una manera que para nosotros es vergonzantemente irracional. Pero —en su voz se adivinaba dolor, pero también convicción— el fin último justifica esas incongruencias. Hace buenas hasta estas tristes circunstancias que nos vemos obligados a aceptar, ¿no crees?

Aydan percibió una sombra sobre el ánimo del Gran Maestre, pero también un brillo de decisión que resistía con firmeza en el fondo de sus pupilas. Sin dudar. Como la estrella más luminosa que guía a los navíos de madrugada.

Empezó a entender.

Tal y como había hecho el *Kolossós* durante cientos de años, la Orden de Rodas luchaba por extender luz sobre la irracionalidad. Por erradicar la obediencia a ciegas que identifica al dogmatismo. Esa era su auténtica misión.

Los hospitalarios habían asumido como fin último defender la razón humana. Difundirla. Su lucha no era más que una guía luminosa. Una hoguera brillante, que mantenían encendida para orientar a todos aquellos que se encontraban perdidos en la oscuridad. Un faro para guiar a la humanidad en su vagar errático por las tinieblas. Eso eran.

La custodia de Tierra Santa y las cruzadas militares no eran más que pretextos. Excusas que escondían, en verdad, una misión que tenía como auténtico objetivo defender la racionalidad contra la barbarie. Contra la devastación que pretendían extender los fanáticos de cualquier raza o credo.

Aydan comprendió la pesadumbre de Naillac. Al fin y al cabo, no le quedaba más remedio que camuflarse entre otros fanáticos del dogmatismo para alcanzar sus fines. Unos intolerantes exaltados. Tal vez, de hecho, los peores.

Inspiró, sobrecogido. Después, al mirar de nuevo al mar, resopló. Acababa de darse cuenta de que se sentía en paz por vez primera en mucho tiempo. Por fin, desde que había decidido luchar por la causa de los caballeros hospitalarios, le encontraba un sentido a sus decisiones. Por fin veía más allá de la venganza.

Todo había sucedido aquel día vertiginoso en el que había despertado, vivo de milagro, en el camastro desastrado de un hospital portuario. Justo cuando, tras sortear la muerte de forma milagrosa, había alcanzado el objetivo que le había hecho enrolarse en aquella guerra lejana.

Con las ideas aún revoloteando, se quedó contemplando el mar. De nuevo, tomó aire profundamente. Aún no podía creer que hubiera alcanzado la dignidad de caballero de la Orden.

Pero aquello, se sorprendió, ya no era lo principal. Lo que había ido a buscar tan lejos, en vista de lo que acababa de desplegarse ante sus ojos, adquiría una nueva dimensión.

Hasta entonces, solo había sido un trámite.

Ahora, sin embargo, le daba sentido a todo.

CI

De repente, regresar dejó de ser una obsesión.

«—Cuidado con lo que anhelas, mi niño. Podría convertirse en realidad».

Como siempre, la voz de Myrna regresaba para acariciar sus sueños.

Con mirada ausente, Aydan contemplaba los barcos de guerra amarrados en el puerto desde las alturas. Allí, en el palacio del Gran Maestre, nadie diría que aquella misma madrugada plácida la muerte extendía su guadaña sobre aquel mar en calma de aspecto inocente.

Naillac había descargado un relámpago sobre sus ojos vendados. Un fogonazo de luz dónde no había habido más que ceguera. Los sentimientos de Aydan rolaron como el viento antes de la tempestad, haciendo bailar las veletas de todos los tejados. Sobre el ansia vengativa e irracional que lo había arrastrado hasta allí empezó a prevalecer un sentido de la responsabilidad aún difuso.

Un conflicto se había desatado en su interior. Y con la violencia de un vendaval, además.

No es que no hubiera encontrado respuestas, se percató. Es que ni siquiera se le había ocurrido plantear las preguntas correctas.

Día tras día, el joven caballero viajaba de vuelta a unos episodios que ahora percibía tan remotos como vertiginosos. Por primera vez en su vida era capaz de mirar atrás y apreciar alguna que otra silueta con una cierta claridad. Hasta entonces, todo había sido correr. Nada más que huir, y sin siquiera saber por qué. Peor aún. Sin saber de qué.

Así había sido su vida desde el día gris en que los soldados se llevaron a Myrna.

Una lucha frenética contra la clepsidra por aprenderlo todo lo antes posible. Por convertirse en un guerrero de verdad. Solo así podría volver a Vannes, se repetía una y otra vez, y rescatar al maestro. Y a Breann después; y a la pobre Myrna, encarcelada sin motivo por los crueles señores de Gwened.

Eso había sido su existencia, sí. Una carrera desbocada con anteojeras. Un frenesí descabezado que le había llevado, con tan solo trece años, a enrolarse en aquella misión suicida por pura desesperación.

Sin embargo, de repente todo había cambiado.

Naillac le había dado un nuevo sentido a todo. Ahora sentía la necesidad de frenar. Ya no era aquel niño desamparado. Las murallas a su espalda ya no amenazaban ruina. Ahora era un caballero, y por vez primera tenía fuerzas para darse la vuelta.

Para plantarle cara a aquella sombra siniestra que siempre lo había atemorizado.

Sí, las palabras de Naillac le permitieron tomar distancia. El gran señor le había proporcionado justamente eso, una perspectiva lejana. La copa de un árbol alto desde la que contemplar el bosque.

Desde aquel mirador libre de bruma se podía otear el horizonte en busca de algún sentido para su existencia. Un significado, en vista de lo vivido, difícil de encontrar.

Y todo ello, frunció el ceño, pese a que Phillibert también había evitado implicarse. Al igual que Beadur o Ezra, el señor de Rodas tampoco había querido aclararle las grandes incógnitas que lo perseguían desde pequeño. O tal vez no tuviera las respuestas, dudó. Daba igual. Como tantas otras veces, se encogió de hombros. Eso iba a tener que averigualo por sí mismo.

Todo lo demás, sin embargo, había cambiado.

Ahora, consciente de la auténtica misión de los caballeros de Rodas, un camino indeleble había aparecido ante él. La niebla que siempre había dificultado su avance, que le había obligado a correr a ciegas, se iba difuminando aquí y allá. Podía ver aquella senda luminosa, como el camino de estrellas que se extendía sobre su cabeza transportando sus sueños hasta Karnag en las noches sin luna.

Ataviado con sus ropajes de hospitalario, empezó a ver las cosas de otro modo. Aquella cruz de ocho puntas que ahora adornaba su pecho era como la luz del *Kolossós*. Formar parte de la Orden le había dado sentido a una vida que hasta entonces solo había conocido dos motivaciones. Dos instintos tan antiguos como la propia tierra.

El afán irreductible de sobrevivir y un ansia ciega por alcanzar la venganza.

Ahora detectaba verdades que hasta entonces habían pasado desapercibidas. Sí, ahora veía que los hospitalarios de Rodas siempre habían estado ahí. Protegiéndolo, por alguna razón que tampoco llegaba a descifrar. Guardándolo de sus enemigos.

Había sido la Orden la que lo había salvado en los acantilados de Quiberon. A través de un guerrero de larga trenza rubia, pero sí. También la que lo había arrancado de las garras de la muerte en Roncesvalles. Al fin y al cabo, había sido el custodio del Legado, como le llamaban allí, quien lo había

salvado de Dreng Straw. Y entremedias, no menos importante, otro caballero de Rodas.

Jolivet. Él le había proporcionado una primera inmersión en el conocimiento profundo durante su estancia en la biblioteca de Saint Michel.

Comenzó a barajar que tal vez la Orden fuera su lugar en el mundo. Que esa vida huyendo sin control tal vez hubiera hallado un sentido, al fin. Sin embargo, no podía olvidar las cuentas pendientes que había dejado atrás. Lo sentía por Naillac, pero ahora tocaba mirar sobre el hombro.

Tenía que regresar a Toledo. Era su deber.

Una increíble buena fortuna lo había llevado no solo a ser investido caballero, sino a convertirse de la noche al día en el protegido del todopoderoso señor. De hecho, advirtió un día con asombro, era el propio Maestre quien se consideraba honrado por su presencia. La aureola de héroe que le atribuían los habitantes de la isla fortificada, allí, en los confines más apartados de la cristiandad, no dejaba de crecer día tras día. Según iba saltando de boca en boca, su historia iba adquiriendo tintes míticos.

Plantar cara a los corsarios. Sobrevivir a la explosión. Nadar durante cientos de millas. Una auténtica epopeya. Tanto, que ya solo su presencia parecía mantener a flote la otrora inquebrantable fe de las gentes de Rodas. Phillibert no se había equivocado en sus cálculos.

Una jugada maestra, al alcance tan solo de un talento extraordinario.

El derrotismo y la desesperanza habían sido frenados en seco, y todo gracias a la hazaña del pequeño superviviente de la Akoúrasta. Ese era el sueño que vivía Aydan. Pero los sueños, lo sabía bien, no son de fiar.

—«Cuida más los despertares —le repetía Myrna, desde las alturas—. No puedes controlar tus sueños, pero sí la vuelta a la realidad. Al fin y al cabo, la primera posesión que nos regala cada día es el modo en que decidimos levantamos. La primera y también una de las más valiosas».

Y un nuevo despertar, con una paciencia fría pero imparable, se había ido instalando poco a poco en su voluntad. Pese al brillo del oro, Aydan empezó a evocar todo lo que había dejado atrás. El regreso se presentaba duro, pero inevitable.

Para convencerse, hacía memoria. Ahora que había alcanzado lo que había ido a buscar, tocaba continuar. Además, por primera vez su vista llegaba más allá. El futuro ya no acababa en una furia ciega. Ahora había algo más. Tal vez nunca pudiera alcanzarlo, pero ahí estaba.

Ezra, Beadur, Jolivet, Phillibert. Los oficiales del navío. Los mejores hombres que había conocido entregaban su existencia a una lucha oculta, dejando sus vidas atrás sin dudar. Que lo hacían para afrontar los entrenamientos más duros y las penurias más extremas. Y todo con un solo objetivo, recordó.

Presentar batalla a la barbarie.

Acabar con el fanatismo. Mantener a raya la oscuridad por defender la razón. Detener al dogmatismo. Rebelarse ante los axiomas que ahogan el progreso del ser humano.

Extender la luz. Eso hacían, sí.

Y no podía imaginar un fin más glorioso.

Aydan respiró profundamente el aire fresco de la madrugada. Con el puerto de Rodas a sus pies, levantó la vista hacia el cielo. Se acababa el tiempo.

Allí estaba. El camino de estrellas que conduce a occidente. Toledo, Vannes. Todo lo que no podía dejar atrás. Al menos, de momento. Con un brillo de acero en la mirada, asintió con convicción. Definitivamente, aquella era su senda ahora.

Aquel era su lugar.

CII

—«En ocasiones, la acción es lo único que nos ancla a la vida».

De nuevo, una conversación lejana. De nuevo, aquellos ecos cálidos de Karnag.

Aydan sonreía al contemplar el torbellino que se desataba cada día en la cámara de Naillac. En su agenda no había un segundo de sosiego. Entre el trasiego constante de sus navíos y las misiones secretas que la Orden ejecutaba por medio mundo, mil asuntos reclamaban su atención a la vez. No obstante, él nunca perdía la calma. Ni la sonrisa.

Los altos funcionarios zumbaban a su alrededor como libélulas en torno a una dedalera en flor.

Generales y almirantes concretaban con él operaciones militares de máximo riesgo, y los alcaides de la ciudadela lo informaban sobre la intendencia del puerto y de la ciudad. Entre libro y libro de la biblioteca, Aydan se dejaba caer por sus aposentos de vez en cuando y esperaba, fascinado por aquel enjambre burocrático. En eso consistía la guerra, al parecer.

Un remolino interminable de nombres, fechas y lugares. Una decisión a vida o muerte cada minuto.

El muchacho esperaba pacientemente a que llegara algún ojo de huracán. Un momento de calma. Aunque pareciera imposible, siempre aparecía alguno. Entonces, Naillac se levantaba sonriendo para charlar con él y miraban el puerto desde las alturas. Aunque no fuera más que por un par de minutos, valía la pena.

Siempre valía la pena.

Nada de todo aquello era casual. Aydan se dio cuenta de que sus

encuentros escondían una intención concreta. No se trataba de conversaciones intrascendentes, ni del placer de charlar con alguien en su lengua materna. Había mucho más. Aunque lo pareciera, nada era fortuito en la vida del Gran Maestre.

La esperanza había renacido entre las filas del ejército asediado. Eso era Aydan para olios; un fuego que se había reavivado cuando ya languidecía. El Maestre había sido capaz de anticiparlo con claridad y ahora se beneficiaba del aura que lo acompañaba.

Aunque a veces tuviera que rebatir las reticencias del pequeño caballero.

—A ojos de la multitud, la heroicidad es contagiosa. —Su sonrisa y la firmeza de su voz, en un extraño contraste, enmarcaban una certidumbre arrolladora. Aydan seguía sin ver ningún mérito en algo que consideraba pura supervivencia, pero callaba—. Mas hay que ser cuidadoso al seguir la estela de alguien, mi joven amigo, pues también lo es la infamia.

Una mañana, Phillibert lo reclamó en su cámara sin motivo aparente. Sorprendido, Aydan se apresuró a enfundar la espada. Las enseñanzas de Ezra ibn Levy siempre lo acompañaban; de ahí las horas de entrenamiento diario que jamás esquivaba. Esta vez, sin embargo, lo hizo.

Un requerimiento de Naillac tenía que ser atendido de inmediato.

Al entrar, unos capitanes de navío lo saludaron con familiaridad. Acababan de reunirse con el gran señor y ya partían rumbo a una nueva misión. Incómodo, respondió al saludo con un ademán. Los altos mandos de la Orden ya se habían acostumbrado a verlo rondar por aquel lugar, pero él no acababa de aceptar aquella aureola de héroe que no creía merecer.

—No hay tregua posible en esta guerra, amigo mío. —Al verlo llegar, Naillac levantó la vista de la montaña de papeles que tenía delante. Después, con un ademán entumecido, se levantó de su escritorio para salir a su encuentro.

—Supongo que en ninguna la hay. —Aydan recordó el ambiente enrarecido que tanto lo había conmocionado al llegar a Normandía.

Phillibert sonrió. Nada con aquel muchacho era previsible.

—A veces olvido que hay otros lugares en los que la paz es un bien escaso. Tanto, seguramente, como aquí. —El gran señor se puso serio por un momento—. Aunque uno de esos lugares sea precisamente mi propia tierra. Nuestra tierra.

El muchacho lo acompañó al exterior con un nudo en la garganta. Llevaba días dándole vueltas a una idea que había ido creciendo sin parar. Había tratado de esconderla bajo el colchón, pero no le había quedado más remedio que reconocer que había llegado la hora.

Por mucho que le costara, tenía que regresar a Toledo. Por eso, en cuanto le comunicaron la llamada de Naillac, se decidió. No podía aplazarlo más. Aprovecharía esa reunión inesperada para pedirle que le dejase partir.

—No te descubro nada nuevo si te digo que la guerra es algo terrible, Aydan —esta vez, el Maestre le habló con voz cansada, y su mirada taciturna paseó muy despacio por el horizonte. Al oírlo, el muchacho arqueó las cejas. Aquel aparente desánimo era insólito en un hombre normalmente desbordante de energía—. Terrible, sí, mi joven amigo… Pero quizás también inevitable.

Aydan no supo qué contestar. No empezaba aquel encuentro como él había planeado. Esperó. Era como si Naillac, con aquella vista apagada recorriendo la inmensidad del mar, estuviera hablando en realidad consigo mismo.

—Tal vez sea, Aydan, que luchar es tan inherente a la naturaleza humana como respirar. Como dormir, o soñar. Como el latir del corazón.

El muchacho calló. No estaba de acuerdo, pero prefirió no llevarle la contraria. Y no solo por deferencia hacia aquella actitud apesadumbrada.

Siempre, recordó, valía la pena escuchar los argumentos de Naillac.

—Los que asumimos los ideales de la Orden conocemos una verdad inmensa, mi joven amigo. Sí, somos conscientes de algo hermoso y terrible a la vez.

El muchacho contuvo el aliento. Fue como si todo se hubiera detenido a su alrededor. El vaivén de los barcos, el aleteo de los pájaros. Como si algo trascendental estuviera a punto de suceder.

No se equivocaba.

—Llega un día en el que comprendemos que jamás podremos vencer. En el que aceptamos que nuestra lucha, necesariamente, ha de ser eterna. Que se extenderá indefinidamente, por los siglos de los siglos. No es fácil admitir que lo que nos espera en la vida no es más que una guerra interminable, pero así es —Naillac tenía el gesto serio, Aydan se sorprendió al ver que había más calma que resignación en sus palabras—. Una lucha en la que solo podemos aspirar a no sucumbir. A no ser derrotados definitivamente.

Entonces, el Maestre se giró para mirarlo a los ojos. El joven guerrero contuvo la respiración. Aquellas pupilas lo atravesaban como flechas.

—La victoria, por tanto, no es una opción para nosotros.

El muchacho sintió ahora un escalofrío. El Maestre lo incitaba a aceptar que la luz nunca podría derrotar a las tinieblas. Que aquella lucha a la que había decidido dedicar su vida entera solo podía aspirar, como máximo, a resistir. Frunció el ceño. No entendía a qué venía tanto pesimismo así, de repente.

—Es duro aceptar esto al principio, lo sé. Sin embargo, es necesario que lo hagas lo antes posible.

Se miraron. Uno, serio pero convencido. El otro, pasando del desconcierto a la rebeldía. Una brisa suave hizo ondear las banderas. Aydan sopesó la aseveración de Naillac. Le costaba seguir aquel razonamiento. Si era cierto que

aquella guerra no se podía ganar, no parecía lógico librarla. Nada tendría sentido, entonces.

Phillibert escrutó su gesto de extrañeza. Ya había previsto que aquella sería su reacción. Asintió. Claro que costaba aceptar aquella verdad; él también había sufrido aquel mismo impacto siendo poco más que un chiquillo.

Tras un silencio sobrecogido, el señor de Rodas decidió continuar.

—Conoces desde siempre la guerra que enfrenta a nuestra patria con Inglaterra, lo sé bien. Y ahora, también esta. —Aydan asintió, indeciso—. Pues bien, aunque pueda parecer lo contrario, esas dos guerras son la misma. De hecho, cualquier conflicto bélico sobre la faz de la tierra lo es. Todas son la misma, créeme. —El muchacho estaba cada vez más confundido. No alcanzaba a atisbar la salida de aquel laberinto—. En realidad, esta guerra interminable es la que libra el ser humano contra su propia naturaleza. Hay algo oscuro en todos nosotros. Algo innato. Un instinto que nos impulsa a imponer nuestra voluntad sobre los demás, sea a la hora de conquistar un territorio o de determinar lo que está bien y lo que está mal. Esa sombra que crece dentro de nosotros, aunque no en todos por igual, solo puede mantenerla a raya la razón. Nuestro entendimiento es lo único que puede traer paz, tanto entre las personas como entre los pueblos. Hacernos comprender que el futuro puede ser luminoso. Que no tiene por qué seguir invadido por esa oscuridad que nos ha llevado a matarnos entre nosotros desde el principio de los tiempos.

El joven caballero contempló el mar en calma. Tenía la piel erizada. La voz grave de Naillac se había quedado flotando en el aire, pero no era solo eso. Una vez más, los recuerdos se agolpaban en su interior como un remolino, amenazando con provocar un nuevo cataclismo en sus creencias, tan precariamente amontonadas. Aquel discurso era una nueva versión de uno que ya conocía. Uno que se refería a la auténtica razón de ser de la Orden. Las dudas lo asaltaron.

—Pero… ¿por qué decís que no podemos ganar esta guerra? —Aquella afirmación seguía ocupándolo todo. Allí radicaba el vértice de su incerteza.

Él, desde luego, estaba dispuesto a librar combate hasta las últimas consecuencias. Hasta que la luz se impusiera sobre las tinieblas milenarias que asolaban a la humanidad. No iba a rendirse antes incluso de haber empezado. Naillac cogió aire.

—Esa tendencia a la oscuridad es innata en cada persona, mi impetuoso amigo. En cada uno de nosotros. Aunque es cierto, como te decía, que no con la misma intensidad. La mayor parte de nuestros semejantes son capaces de mantener ese impulso natural bajo control. Eso es lo que llamamos comúnmente ser buena gente. —Aquella aclaración le hizo gracia, pero la mirada seria del Maestre borró la sonrisa que afloraba a sus labios—. Pero sucede algo curioso. Pese a que este tipo de personas es en realidad una

inmensa mayoría, su transcendencia en la Historia suele ser mínima. Cuando no nula.

El joven siguió observando el horizonte con aire pensativo. Empezaba a intuir un sentido lejano en aquellas palabras. Era cierto, pensó, que para ostentar un cargo relevante en la cúpula militar, o de la Iglesia, o en cualquiera otro ámbito, no se podía ser «buena gente». Eso era obvio, y no porque lo dijera Naillac.

—Veo en tu gesto que empiezas a comprender. —Ahora el que sonreía era Phillibert—. Pues bien, Aydan, te digo que nunca venceremos en esta guerra porque jamás podremos erradicar ese instinto oscuro del interior de las personas. Las tinieblas seguirán acechando mientras los hombres sean hombres. Lo único que pueden hacer los guerreros de la luz es librar un combate eterno. Una contienda sin fin en la que solo optamos a evitar que la barbarie se imponga. A resistir. Nada más.

Aydan acusó el impacto de aquellas palabras. Una deflagración gélida recorrió su cuerpo como el embate de una ola glacial. Una vez más, el Maestre le abría los ojos a base de cañonazos.

De nuevo, el silencio.

—Cuento contigo para librar esta guerra desesperanzada —concluyó al fin Naillac, clavando otra vez en sus ojos una mirada penetrante—. Te he hecho llamar porque sé que anhelas volver con tu maestro. Ezra te estará esperando ansioso, ¿verdad?

El muchacho contuvo la respiración. Así que lo había hecho llamar por eso. Por un instante, había temido que Phillibert le exigiera quedarse con él en el frente de batalla.

En un destello, Myrna, Breann y Beadur se hicieron visibles ante sus ojos. Sí, le confirmó una voz desde lo más profundo de sus entrañas. Tenía que regresar ya.

Su corazón se desbocó.

—Vuelve con el Custodio, joven guerrero —Una vez más, Naillac había adivinado sus pensamientos. El muchacho respiró de alivio. Su intuición había errado esta vez—, y salda esas cuentas pendientes que no te dejan avanzar. Solo recuerda una cosa: cada persona va construyendo de manera inconsciente una jaula que acaba por encerrar su alma. Así somos, sí. Los barrotes que hoy te impiden ser libre son tan antiguos y tan tuyos como lo es tu memoria. No puedo esperar más de ti mientras no derribes esos muros.

Aydan no supo qué contestar. Estaba aturdido. Creía vislumbrar el significado de aquellas palabras, pero la inminencia del regreso había alterado su entendimiento. El caballero sonrió ante su gesto de desconcierto.

Aquello era una despedida, sí.

—Vayas donde vayas, sea cual sea el cometido que la vida te depare, jamás olvides este lugar. Que los preceptos de los hospitalarios guíen siempre tus

actos.

El muchacho apretó las mandíbulas. Volver, al fin. La vieja Gwened, y todo lo que había dejado atrás. Las sonrisas sudorosas junto a Beadur. El aroma a hierbabuena que siempre acompañaba a Myrna. El calor de un hogar que no había vuelto a sentir.

Las caricias descuidadas de Breann, a deshora y sin porqué.

—Nunca dejes de luchar contra la oscuridad —le dijo entonces el Gran Maestre, ya desde un lugar lejano.

Para entonces, Aydan ya había partido. Cien horizontes habían quedado atrás. Karnag, Morbihan, Bretaña. Su pensamiento ya galopaba sobre las verdes arboledas del Penn ar Bed. Toledo primero, y Vannes después. El pequeño fugitivo regresaba, y lo hacía convertido en caballero.

Y no solo eso. Su destino estaba ya marcado para siempre.

Las últimas palabras de Naillac no fueron más que un eco lejano. Más que escucharlas, el joven guerrero las sintió reverberar contra sus huesos.

«Jamás, Aydan. Jamás dejes de extender luz sobre las tinieblas».

CIII

Breann cayó en la cuenta al fin.

Antes, siempre había reinado la noche. Ahora, sin embargo, era siempre de día.

Seguía rodeada por la misma penumbra y por los mismos ladrillos húmedos. El chasquido diario de la puerta de hierro seguía marcando el compás lento de los días. Los barrotes la miraban como siempre, impasibles. Y sentía su cuerpo cada vez más entumecido. Menos vivo.

No obstante, ahora había luz.

Los recuerdos borrosos ya no eran su único asidero. El regazo de Morvern, las horas con Myrna, una carrera entre la nieve con un bebé apretado contra el pecho. Todo eso había dejado de ser el único anclaje, débil y descolorido, que apenas le daba fuerzas para seguir respirando.

Porque ahora había futuro. Y tenía formas, y colores. Hasta aromas. Y tacto.

Los sueños habían oscilado de golpe desde un pasado triste hacia unas expectativas brillantes. Aún difusas, pero poderosas. Ya no la mantenía en pie una vela trémula que oscilaba peligrosamente al menor soplo de aire. Ahora lo hacía un sol de mayo que veía despuntar con fuerza sobre el horizonte. Un sol del mismo color que una trenza que aún podía sentir entre sus manos.

Contagiada de esa nueva luz, Breann empezó a tararear las viejas melodías

de Inbhir Nis contra la pared de ladrillos. Muy bajito, como cuando uno canta para sí haciendo del paladar una cámara de resonancia. Él tenía que estar allí, en algún sitio. Encerrado en el mismo castillo. Quiso pensar que las paredes que los separaban también los unían, en cierta manera.

Como hacía la mar océana con los hijos de Gael.

Quiso creer, también, que su voz podía viajar por aquellos muros como la savia por los troncos en primavera. Por eso empezó a cantar. Tal vez él pudiera sentirlo, de algún modo, y eso le hiciera seguir en pie. Porque la vida, afuera, volvía a tener sentido.

Y porque él le había traído, además, otra esperanza.

Sí, sonreía al recordarlo, Aydan seguía resistiendo. Él le había enseñado a sobrevivir. A ocultarse de la sombra que husmeaba tras sus huellas. Le había dado las fuerzas precisas para aguantar y la fe necesaria para creer que algún día podría regresar.

Aunque cada vez más pálida, Breann dejó de mirar atrás con los ojos húmedos. Lo único que importaba ya, al fin lo veía claro, era lo que estaba por venir. Los campos volverían a florecer en la vieja Bretaña, y el humo volvería a brotar desde la chimenea de una casita situada junto al bosque.

En aquellas imágenes, dejó de ver cómo se alejaban una anciana y un niño bajo un cielo plomizo.

Ahora, la escena era bien distinta. Dos guerreros regresaban a casa bajo el sol radiante.

Uno era rubio y fuerte, y sus músculos eran de hierro.

El otro era un pequeño sonriente y tranquilo, de mirada traviesa. Su pequeño fuego entre la nieve.

La luz que evocaba Breann luchaba por resistir en otro lugar del castillo.

En lo alto de un torreón, un prisionero cargado de cadenas trataba de sobrevivir. Los grilletes apenas le dejaban moverse, y no podía ni defenderse de las ratas que corrían por el suelo polvoriento. Semejante tortura ya habría acabado con cualquiera mucho tiempo atrás. Sin embargo, Beadur no era cualquiera. Él había sido entrenado para resistir las condiciones más atroces que una mente humana fuera capaz de concebir.

Aunque eso, en verdad, no hubiera sido suficiente. Por suerte, ahora había algo más.

De un tiempo a esta parte, una sensación cálida llegaba de vez en cuando a su espalda, recostada contra la piedra áspera de la pared. Era una vibración extrañamente dulce que le acariciaba la piel; que se extendía poco a poco por sus huesos y le traía calma.

Entonces su ceño se relajaba y podía dejar de lado las rutinas que había aprendido en los desiertos de Oriente. Las que le habían permitido aguantar

gracias a su voluntad, forjada en acero.

Porque en esos momentos ya no eran necesarias. Su mente volaba libre hacia unos recuerdos que habían llegado a parecerle sueños, pero que veía ahora renacer con la nitidez de una nueva mañana.

Unas manos sabias le secaban las sienes sudorosas y apartaban el pelo de su cara con suavidad. Calmaban sus espasmos cuando la fiebre le hacía delirar. Lo acariciaban.

La resistencia del Fantasma Gris dejó poco a poco de cimentarse en las técnicas adquiridas de los maestros hospitalarios. Su fortaleza, ahora, residía principalmente en esa sensación. Un deshielo suave fue infundiendo nuevas energías a su resistencia. Porque ahora ya no se trataba de aguantar como fuese, a duras penas.

Ahora ya solo tenía que dejarse mecer por lo que esa voz susurraba.

Que tuviese fe, le decía muy bajito.

Que aún había esperanza.

CIV

El caballo se adentró en los callejones adoquinados.

Aydan llevaba siete meses fuera de Toledo, y los olores de la ciudad hicieron emerger mil emociones de golpe. Desde los rincones más recónditos de su memoria afloró un torrente de imágenes. Un huracán que el frenesí de la guerra había mantenido bajo una losa.

Era como si hubiera transcurrido una eternidad.

Se vio entonces, como un niño que partía con una misión entre ceja y ceja. Sin más empeño que obligar a Ezra a cumplir lo prometido. Un norte tan nítido que allanaba todos los caminos ante sus pies. Seguían siendo peligrosos, y llenos de trampas, pero estaban bien marcados.

Medio año después, sin embargo, regresaba inmerso en un mar de confusión.

«Esa es la gran paradoja, Aydan. Los sabios están abrumados por las dudas, y los necios, seguros de todo».

Las palabras de Myrna sonando en su cabeza le recordaron lo inminente. Había sido mucho tiempo atrás, en uno de sus paseos por el bosque.

Myrna. El mismo dolor sordo. La misma sombra helada, aunque ahora todo hubiera cambiado. Aunque pudiera ver el sol despuntando tras el horizonte.

Hasta donde él sabía, la sanadora llevaba ya más de cinco años encerrada en el castillo de Vannes. Cien siglos de infamia, en realidad. Aquella mujer

nunca había hecho daño a nadie. Todo lo contrario.

Apretó el paso. Había recorrido el camino de Sevilla a Toledo con deliberada calma, pero el recuerdo de la anciana le hizo arrear el caballo de forma inconsciente. En la carta enviada a Ezra había dejado en el aire unas incógnitas intencionadas. La había escrito una semana antes, con una sonrisa aviesa asomando a su boca. El factor sorpresa le daría el último empuje a sus intenciones. Por eso no le había aclarado que ya se encontraba en tierras de Castilla:

> *Alcanzada la dignidad de caballero hospitalario de la Orden de San Juan de Jerusalén, regreso a la ciudad de las tres culturas. Si no hay novedad, llegaré a la casa de Yasser ibn Sadiq el 14 de julio. Esperad mi regreso bajo el sol de mediodía.*

Conversaciones interrumpidas aún reverberaban en el aire, recordándole que los ecos de sus voces seguían rebotando allá, en el palacio de Rodas. Habían resonado en su cabeza como un repique incesante durante todo el trayecto de vuelta a casa. Día tras día, mientras contemplaba el mar desde cubierta, las reflexiones de Naillac iban surgiendo como las mismas olas, incansables, para perturbar su conciencia. Las palabras del Maestre volvían por sorpresa, como estallidos mudos, y su contundencia hacía retemblar todos los pilares que sujetan la bóveda celeste.

Un futuro de esperanza. Eso era todo por lo que la Orden luchaba.

Por eso los hospitalarios libraban aquel combate interminable. Una guerra para imponer la razón, el progreso. Buscando para el ser humano la paz que traería un bienestar nunca antes conocido. Una guerra eterna, recordó, que libraban con la certeza de que jamás alcanzarían la victoria. No era aquella una revelación menor, a decir verdad.

Asió con más fuerza las riendas. Las cavilaciones que acompañaban entonces el balanceo de la embarcación lo hacían ahora con el traqueteo cansino de su montura.

El barco. Recordó que una idea fría lo había asaltado en plena travesía. Que Ezra fuera el guardián de un tesoro enigmático tampoco debía ser tomado a la ligera. Durante los dos años que se había pasado con él, aunque viviendo en casa del sabio árabe, nunca había visto ni una pieza de oro. De hecho, el guerrero se había negado a contarle nada sobre aquel supuesto botín.

¿Qué tesoro, pues, podía ser aquel?

Suponía que el misterioso Legado estaría resguardado en el sótano del sefardí, aunque nunca había vislumbrado un resquicio que pudiera llevar a ese hipotético piso inferior. Sus dudas se multiplicaron al recordar la gran revelación de Naillac. Desde luego, ahora no iba a renunciar. El maestro tendría que cumplir con su palabra.

Antes de acompañarlo a Vannes iba a tener que revelarle qué ocultaba aquel arcano.

La emoción prevalecía sobre los reparos. Sin embargo, había algo que le hacía arrugar el ceño. Algo que no encajaba en las conversaciones con el Maestre. ¿En verdad Ezra protegía un tesoro? ¿Un montón de oro y piedras preciosas? ¿Esa era la sagrada misión del mítico Custodio?

Esbozó un mohín de disgusto. En ese caso, aquella organización que tan elevados ideales afirmaba defender no era tan distinta de otras. Si era cierto que el Custodio no guardaba más que riquezas, la moral hospitalaria estaría enferma de la misma podredumbre de siempre. La acumulación desmedida de dinero y poder. Si eso se confirmaba, la Orden de Rodas resultaría igual que la monarquía de cualquier reino. O, lo que es peor, igual que la propia Iglesia de Roma. Un organismo corrupto, manejado por hombres sin escrúpulos. Pura tiranía, una vez más. La misma obsesión malsana por el oro y el poder. Por imponer a los hombres su voluntad. Deseó fervientemente que no fuera así. Sin embargo, todo apuntaba a que sí.

Se fue adentrando en la aljama casi sin darse cuenta.

Aquel camino de luces y claros llegaba a su fin. Cabalgó despacio, sumido en presentimientos desalentadores. Tanto fue así, que no advirtió que ya estaba doblando la esquina de la calle de Yasser. Al girar tuvo que frenar de golpe. Una barahúnda de niños jugaba en mitad de la calzada.

Todos se quedaron con la boca abierta al verlo aparecer.

—¡Es Abü! —gritó uno de los más pequeños—. ¡Ahora es un caballero!

Los chiquillos se arremolinaron alrededor de su caballo, cortándole el paso. El joven guerrero, sonriendo, echó pie a tierra.

—¡Déjame la espada! —le pidió uno.

—¿Por qué llevas esa cruz en el pecho? —preguntó el mayor.

Yehuda se abrió paso como pudo. Se acercó, corriendo y tropezando, y se abrazó a su cintura. Cuando Aydan se arrodilló para ponerse frente a él pudo apreciar las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Ya estoy aquí —le musitó en la oreja, mientras le devolvía el abrazo.

Al incorporarse, la presencia de dos hombres al fondo del callejón llamó su atención. Desde la distancia, Aydan les sonrió. Había reconocido a Ezra y a Yasser. Tras deshacerse de los niños con una sonrisa, reanudó la marcha.

Mientras caminaba, una sensación de trascendentalidad suspendió el momento en sus memorias para siempre. Los tres contuvieron la respiración. Cuando un momento ha sido tan anhelado, todo parece irreal. El maestro se quedó mirándolo con una expresión indeterminada en la cara. Era como si una batalla de mil frentes se estuviera librando en su interior.

El muchacho regresaba ileso de una misión suicida.

Una cruz de ocho puntas adornaba su pecho.

Corría el mes de julio. Era plena canícula, y un sol vertical hacía arder las

calles de Toledo.

CV

Aydan llevaba ya cuatro días en la ciudad.

—Es para el bibliotecario del Mont Saint Michel. El hermano Jolivet.

El jinete desapareció calle abajo y se perdió en la noche. Después, el silencio. Todo quedó vacío en la quietud solitaria de la madrugada. Después de haberle entregado la carta, Ezra cerró la puerta con los hombros hundidos y cogió aire. Una molestia entre las escápulas, algo así como la punzada de una espada roma, lo acompañó al interior. Una sensación que conocía bien.

Empezaba a acusar a los síntomas de la tensión.

El muchacho se había instalado de nuevo en la casa de Yasser. El médico había rechazado, ofendido, el pago que el muchacho le había ofrecido al llegar. Oro bizantino a cambio de los dos años y medio que había estado viviendo en su casa.

El tiempo que había pasado en Toledo antes de partir a la guerra.

—Pero *muealam*, ahora tengo dinero. —El pequeño caballero sonreía ante la reacción airada del sabio árabe. Los seis meses que había pasado en el ejército no solo le habían reportado el nombramiento de caballero—. Ya no soy el niño moribundo que llegó a vuestra puerta hace tres años.

Yasser no quiso ni oír hablar del tema. Los padres no cobran por criar a sus hijos, repetía, rehuyéndole de alcoba en alcoba. Además, la sabiduría que él le había entregado tenía más valor que todo el oro de los hospitalarios. La sapiencia antigua acuñada durante siglos por los druidas de la Armórica no tenía precio.

Con una sonrisa ausente, Ezra contemplaba la porfía. Sabía de antemano que el anciano no iba a aceptar ni un triste stavraton de manos del muchacho.

Mientras ellos discutían, sus pensamientos sobrevolaron los sucesos recientes. Tras medio año de angustia, por fin había un momento de alivio. La alegría había colmado su ánimo con el regreso de Aydan. Quedaban cuentas pendientes, pero decidió dejarse ir por un tiempo. Ya pensaría en el futuro. Por eso se permitió cerrar los ojos, aunque fuera poco más que un pestañeo.

Tocaba celebrar el milagro. Sin embargo, tal y como había previsto, el espejismo duró poco. El muchacho no tardó en recordarle los compromisos sellados. Era lógico, admitió. Se había jugado la vida con un objetivo concreto.

Por eso ahora, cuatro días después, una nube gris ensombrecía la tez del

sefardí.

Ya daban igual los motivos. Que lo hubiera hecho obligado por las circunstancias o por aplazar lo inevitable ya no tenía importancia. Aydan había asumido dos años y medio de entrenamiento salvaje sin emitir una queja. Sin un momento de debilidad. Un trato es un trato, frunció el ceño.

Su empeño por regresar a Bretaña debía ser respetado.

Un trato era un trato, en efecto, aunque sus consecuencias supusieran una agonía para el Custodio. El Legado tendría que quedar desprotegido mientras él estuviera ausente. Alejarse del tesoro, aunque temporalmente, era algo inconcebible. Una excepcionalidad solo aceptable en situaciones de extrema gravedad. En caso de vida o muerte.

Sin embargo, el chiquillo tenía derecho a cobrar su promesa. Ezra asintió con firmeza para sus adentros. La decisión estaba tomada. En cuanto tuvieran listo lo imprescindible, partirían a Vannes. Averiguarían de una vez por todas qué era lo que estaba pasando en Gwened, y si aún había algo que reparar, lo harían.

Sin embargo, antes tenían que zanjar un asunto no menos espinoso. Y tenían que hacerlo allí, en Toledo. No sin remordimientos, Ezra recordó que antes de nada debía cumplir con su otro compromiso. El ofrecimiento que le había hecho antes de su partida, tratando de incrementar su deseo de volver. Sí, recordó. Tenía que revelarle el secreto del Legado.

Aunque atenazado por la tensión y los remordimientos, hizo llamar a Aydan.

Después, apretó los puños.

«Al mal paso, darle prisa».

—Buena tarde, maestro. —El joven entró en la casa, sonriente pero tenso. Podía hacerse una idea de lo que aquello suponía para Ezra.

El mejor guerrero del mundo iba a violar una máxima sagrada. Eran palabras mayores, sin duda. Aunque él fuera ya un hospitalario más, Naillac le había confirmado que aquel secreto era algo reservado a unos pocos elegidos.

El sefardí lo recibió con gesto serio. Aydan miró alrededor, incómodo. La estancia estaba en penumbra. Un atardecer cálido se iba posando sobre los tejados, haciendo que corrieran las sombras.

La vivienda, aunque no había llegado a habitarla, le era familiar. Buena parte de su formación había tenido lugar entre aquellas paredes. Por eso, con el paso del tiempo había ido advirtiendo algunos de los secretos que encerraba. Detalles casi imperceptibles que le hicieron deducir que se trataba, en realidad, de una fortaleza camuflada. Un fortín inexpugnable, protegido por los mil edificios amontonados que componían aquella aljama.

—Bienvenido —su voz sonó fría como el hielo—. Sígueme.

Ezra lo precedió hasta su cámara personal. Aydan solo había entrado allí un par de veces. Nunca se había explicado por qué el maestro se encerraba allí tantas horas al día, si dentro solo había una mesa de madera arrimada a la pared y un tapiz de hilo que cubría el suelo. Nada más. Ahora, sin embargo, la vio con otros ojos. Era como si aquella estancia hubiera sido diseñada a propio intento para parecer un lugar anodino, sin ningún interés. Como una mera estancia de paso. Una transición insulsa entre otros espacios mucho más interesantes.

Ezra cerró la puerta por dentro, y la cámara quedó iluminada tan solo por la luz débil que emitía un candil. La atención de Aydan, especialmente despierta, se centró en la estructura del objeto. La singularidad de aquel candelera consistía en estar reforzado contra un posible accidente. El motivo le pareció evidente. Se trataba de evitar por todos los medios que su llama pudiera provocar un incendio.

—No pises la alfombra —indicó el maestro.

Aydan, inquieto por la actitud áspera de Ezra, se situó en el borde de tablas que no cubría el tapiz. El sefardí, mientras, metió la mano por detrás de la mesilla. Exploró el interior de un hueco que a simple vista parecía no existir y accionó una especie de mecanismo que, al activarse, emitió un sonido metálico. Entonces, la alfombra empezó a enredarse sobre sí misma como por arte de magia. Engranajes ocultos rodaban tras las paredes y bajo el suelo. Una trampilla quedó a la vista, y al final un chasquido reveló que se había desatrancado por dentro.

Conque así se accede al sótano, se asombró él, entre divertido y atónito. Tuvo que contener una sonrisa. Ezra lo miró a la luz del candelera, y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Descendieron. Una escalera de mano conducía a una estancia subterránea. Mientras bajaba, el muchacho sintió cómo se le aceleraba el pulso. Estaba a punto de encontrarse con el mayor tesoro que jamás, según le habían contado, había visto hombre alguno.

La mayor acumulación de riquezas que había existido jamás sobre la faz de la tierra.

Escalón a escalón, cuanto más se acercaba más se le disparaba el corazón. Tanto, que llegó a pensar que iba a salírsele por la boca. Cogió aire. Era una sensación esperable, caviló. En parte, por la curiosidad de encontrarse con semejante maravilla. Pero también, en gran medida, por el miedo que lo atenazaba. Sobre todo eso. El pavor a sufrir una inmensa decepción.

No podría soportar que la Orden resultase ser otro cubil para corruptos y déspotas. Que los hombres que más admiraba no fueran al fin distintos de los tiranos que dominaban el mundo. Caballeros sin alma, y con un ansia desaforada por acumular oro. Por dominar a los demás e imponer su voluntad. Casi sin fe, rogó que no fuera así. Antes de eso, prefería dar también con sus

huesos en la cárcel de Gwened.

Un vértigo destemplado lo obligó a cerrar los ojos. Se aferró a la escalera y bajó los últimos escalones. Había llegado el momento que tanto había anhelado y que ahora le aterraba. Un pánico súbito lo desbordó. Rogó que la verdad no fuera tan devastadora como se la estaba imaginando.

Hubo suerte esta vez.

En cuanto sus pies tocaron tierra y se giró, todo cobró sentido. El panorama lo dejó sin aliento, pero no por confirmar sus presagios. Más bien, por todo lo contrario.

—Aquí está el Legado de la Orden de Rodas, Aydan —la voz de Ezra, amortiguada, lo recibió en el sótano—. El tesoro que los hospitalarios llevan siglos custodiando para que las tinieblas de la barbarie no arrasen con él.

Aydan se quedó con la boca abierta.

Ante él no había nada más que unas estanterías de madera. Cuidadosamente colocados en ellas, eso sí, dormían cientos de libros. La sonrisa comprensiva del maestro respondió a su mirada atónita.

El Legado secular de los hospitalarios de San Juan de Jerusalén se desplegaba por fin ante sus ojos con toda su humilde magnificencia.

El misterioso tesoro no era más que una biblioteca.

CVI

Dos días después, Ezra se afanaba en pulir los últimos detalles.

Al observarlo con disimulo, el recuerdo de Myrna volvió a susurrarle en los oídos:

—«No hay labor más penosa para un hombre, Aydan, que la de obviar los dictados de su alma».

La partida, inminente y llena de incertidumbre, auguraba un viaje con demasiadas incógnitas en las alforjas. Vannes ni siquiera se vislumbraba entre la bruma, y el horizonte se difuminaba hacia el norte como el humo de una chimenea entre las nubes grises del invierno. No tenía ni la menor idea de qué iba a encontrarse en Bretaña. El frío se había instalado en sus articulaciones.

Sin embargo, no podía faltar a su deber.

Ya estaban casi listos. Pensativo, observó cómo el pequeño Yehuda recibía con los ojos muy abiertos las últimas instrucciones de su padre.

Solo tenía siete años, pero aceptaba la responsabilidad con determinación.

—Recuerda, no puedes salir de casa en tanto yo no regrese. —El chiquillo asintió, muy serio—. Todo cerrado, puertas y ventanas. Hasta los postigos. Como si la casa estuviera vacía, ya sabes.

Aydan presenciaba la conversación con la cabeza en otro sitio.

Su mente se había quedado anclada en lo que le había sido revelado dos días atrás. El gran secreto de la Orden. Un golpe de cal y otro de arena, así, de golpe. La gran revelación se iba apoderando de su ánimo mientras el momento de partir se iba haciendo más presente.

Recordó la cara de Ezra mientras encendía los candiles de seguridad que iluminaban la biblioteca secreta.

—Ya ves —Le había mostrado el sefardí entre la penumbra del sótano—. No se trata de riquezas materiales. El dinero va y viene. Todos quieren ser ricos, pero ese tipo de riqueza está vacía. Al contrario, Aydan. Solo las grandes ideas hacen avanzar el mundo. Solo ellas pueden mudar el rumbo de la Historia. Ningún otro patrimonio hará nunca eterno a un hombre. Solo a los grandes sabios les está reservado tan alto privilegio, y es en estos libros donde han dejado su huella de inmortalidad. El oro… el oro no sirve de nada en la eternidad. ¿No crees? El muchacho, entre aliviado y estremecido, no había hallado respuesta. Trataba simplemente de contener las lágrimas. Las emociones acumuladas le erizaban la piel.

—Aquí se custodian ejemplares únicos. Algunos fueron creados hace milenios. Las mentes más preclaras de cuantas han existido depositaron su sabiduría en estos libros. Razonamientos capaces de hacemos avanzar. De traer progreso y justicia para nuestros semejantes. Por eso han sido perseguidos a lo largo de los siglos. Algunos casi fueron destruidos en su ubicación original, en Alejandría. —Ezra cogió con cuidado un manuscrito que tenía los bordes chamuscados—. Otros llegaron desde Constantinopla, huyendo de ese fuego supuestamente purificador. Muchos de estos ejemplares fueron escritos por hombres que, al hacerlo, sabían que se condenaban a sí mismos. Que iban a acabar quemados vivos, y que sus verdugos serían los mismos hombres a los que pretendían salvar de las tinieblas de la ignorancia.

El impacto lo dejó sin palabras. Sus pupilas temblorosas pasearon sobre los lomos, aún sobrecogidas. Sin embargo, sobre todo lo demás, se percató de que en su interior predominaba el alivio. Comprobar que la Orden sí era aquel faro de luz que Naillac había descrito lo reafirmaba en sus ideales. Ahora estaba seguro. Convertirse en hospitalario era lo más grande que podría haberle sucedido.

Aun así, nuevas dudas lo asaltaron.

—Pero maestro… ¿por qué no salen a la luz? —Su mirada extrañada se volvió hacia Ezra. Estaba confuso—. ¿Por qué la Orden no difunde los libros por el mundo entero, para que se extienda la sabiduría que contienen?

La mirada que le devolvió el sefardí hizo que se le atragantasen las palabras.

Muy a su pesar, tuvo que desviar la mirada. Era obvio que si la solución fuera tan fácil, los custodios de la Orden ya habrían dado con ella mucho tiempo atrás. Sin embargo, no halló en la voz de Ezra más que comprensión. Era lógico que el instinto del chiquillo se rebelase. Que no lograse razonar con claridad.

—Estos libros suponen un peligro mortal para los señores de las tinieblas, Aydan. Los tiranos afianzan su poder sobre la ignorancia; por eso se sienten amenazados por ellos —Las bóvedas de piedra y los estantes repletos amortiguaban el eco, pero no la solemnidad de sus palabras—. Su contenido, de ser revelado, abriría las mentes de las personas de tal modo que se erradicarían del mundo el temor y la superstición. Si llegaran a difundirse estas ideas, la concepción del universo que han tratado de inculcarnos se desmoronaría como una torre decrépita alcanzada por un rayo. Y con ella, caerían los axiomas sobre los que se edifica la tiranía. Sea del tipo que sea.

El muchacho contuvo el aliento. Aquello, se estremeció, era cada vez más grande. Ezra advirtió que oscilaba, como si estuviera mareado. Lo invitó a tomar asiento.

Tenían mucho de qué hablar.

Durante horas, el sefardí le explicó que las organizaciones religiosas y los grandes señores de la tierra activarían su maquinaria bélica en el mismo momento en que supieran que uno solo de aquellos libros había empezado a circular. En ese momento, el poder de esos tiranos estaría abocado a la abolición, le contó. Un poder cimentado sobre el miedo. Sobre creencias deliberadamente dogmáticas. De no ser así, su opresión no hubiera resistido tantos siglos. Al fin y al cabo, sus ideas perversas hacían creer que sus privilegios han sido dispuestos por una voluntad divina.

—La religión es lo que impide que los pobres vayan a por los ricos, Aydan. Y otros miedos, convenientemente sembrados por los poderosos.

Cuando la razón se impusiera, le contó después, todo eso caería por su propio peso. La humanidad caminaría entonces con paso firme hacia su liberación, y el fin de la opresión sería inevitable. Entonces se produciría una rebelión de tal magnitud que acabaría con los opresores para siempre. Los que habían sido esclavizados desde el principio de los tiempos se alzarían clamando venganza, y ese sería el fin definitivo de los que construyeron su poder sobre el terror y la ignorancia.

Sobre las mismas sombras que los caballeros de la luz estaban dispuestos a combatir en una guerra interminable.

Por eso mismo, concluyó Ezra a la luz del candelero, los señores de las tinieblas harían lo que fuera preciso. Tanto, que no dudarían en quemar vivo a quien pretendiera difundir aquel conocimiento. La mirada palpitante de Aydan volvió a pasear sobre los estantes.

A lo que fuera preciso, con tal de que cundiera el ejemplo.

—Nada hace más sólido el poder de los tiranos que la ignorancia de los sometidos, Aydan. —El muchacho trataba de procesar aquellas ideas a marchas forzadas. Se abría ante él un panorama terrible. Ya había intuido la verdad en las charlas con Naillac, pero le faltaba el dato principal: la biblioteca secreta—. Respecto a difundir los libros antes de que los inquisidores lograran reaccionar… recuerda que, mientras no se descubra un modo más rápido, copiar cada uno de estos códices llevaría entre seis meses y un año. Imagina lo que sería duplicar cientos de ejemplares para un solo hombre, y hacerlo aquí abajo en completo secreto.

Al joven caballero, sobrecogido, solo le salió un hilo de voz.

—Si existiera la manera de hacer mil copias a la vez se podría afrontar la difusión de los libros… —soñó en voz alta.

Ezra sonrió. Aquello sonaba más a anhelo remoto que a posibilidad factible.

—Ese día todo cambiará, por supuesto. —Y si los perales dieran manzanas serían manzanos, adivinó Aydan tras su sonrisa—. Pero mientras tanto, lo único que podemos hacer es proteger nuestro Legado. Este es el mayor tesoro que jamás ha existido. Es mi misión salvaguardarlo de aquellos que lo harían arder si llegaran a conocer su existencia.

Guardaron silencio. Aydan sintió que todo giraba a su alrededor, como si estuvieran en el centro mismo del universo.

Era un vórtice inmensamente poderoso, pero al mismo tiempo tan frágil que la más mínima variación podía acarrear consecuencias irreversibles. Vida o muerte en el canto de una moneda. Cualquier cambio podría llevar al mundo tanto a un desenlace soñado como a un cataclismo aterrador. Se sintió minúsculo. Insignificante.

—No olvidemos que todas estas ideas —El maestro movió el candelera en círculo—, que en realidad son inmortales, están contenidas en un envoltorio fácil de destruir. Bastaría con una simple hoguera para hacer desaparecer milenios del conocimiento más sublime. La esencia de la sabiduría más excelsa que jamás ha creado el ser humano se perdería en unos minutos con solo plantar una llama. Por pequeña que esta fuera.

Aydan observó a su maestro con otros ojos. Ya no era simplemente el mejor guerrero del mundo. Eso no era nada. La labor que Ezra había asumido sobre sus hombros era digna de un auténtico titán.

—Mientras no se den las condiciones necesarias, no podemos hacer nada. Este faro de luz, este Legado que puede guiar a la humanidad hacia un futuro soñado, debe permanecer todavía en esta clandestinidad subterránea. Aquí, en Toledo, ya acumula siglos de ocultación. No hay más remedio, Aydan. De otro modo, nos arriesgamos a que los señores de las sombras lo hagan desaparecer. A perder para siempre la luz que contiene.

El maestro escrutó su gesto. En sus pupilas brillaba un destello de

comprensión, casi de compasión. Nadie mejor que él entendía el golpe que aquello suponía para cualquiera. Tanto más, para aquel pequeño caballero.

Ya nada sería igual para él.

Volvieron a la superficie. La biblioteca se quedó en silencio allá abajo, en las profundidades de la casa del Custodio. Los libros volvían a dormir en su escondite subterráneo, bajo la magia de la alfombra que ocultaba la entrada.

Ya arriba, Aydan quiso coger aire pero se quedó a medias. El mundo entero se había dado la vuelta en un instante. Un ahogo extraño le impedía inspirar a fondo.

Esto lo cambia todo, caviló.

Se fue a dormir sabiendo que no iba a poder. La partida hacia Vannes estaba programada al cabo de un par de días.

Sí, había repetido entonces. Esto lo cambia todo.

Y ahora, dos días después, tras cientos de minuciosos preparativos, las instrucciones que Ezra le estaba dando a su hijo resonaban como martillazos en su conciencia. El maestro, disimulando como podía la ansiedad que le provocaba alejarse de su Legado, repasaba con el pequeño Yehuda el protocolo de seguridad.

Los remordimientos por lo que estaba a punto de provocar roían los talones de Aydan como perros rabiosos. Sobre todo lo demás, una idea lo estremecía. El guardián del único tesoro que podía cambiar el rumbo de la Historia, y con él el destino de la humanidad, iba a abandonar tan alto cometido por acompañarlo a la otra punta del continente. Por ayudarle en su empeño de enderezar un entuerto que, tras haber pasado cinco años, tal vez no tuviera ya arreglo posible.

Los observó en silencio. La cara de Yehuda reflejaba concentración. El niño iba a quedarse a cargo del Legado, pero no tenía más que siete años. Aydan, recostado contra la pared, inspiró profundamente y cerró los ojos. Recordó a Beadur y a Breann.

Una disputa amarga llevaba dos largos días librándose en su interior.

Después recordó a Myrna. Su voz. Su mirada. Entonces, vio la luz. Ahí fue donde tomó, finalmente, una decisión irrevocable.

Aunque con el alma desgarrada, eligió un camino. Entre la desesperanza de un hombre y un peligro mortal para el futuro de todos, escogía lo primero. No iba a consentir aquel despropósito. No, ahora que conocía la verdad.

Las últimas palabras de Ezra reverberaron como campanas en su tórax.

—Recuérdalo bien, Yehuda. Nada puede hacerte comprometer esta misión. Ni la vida de un hombre, ni la de ciento.

Ahí, Aydan se mordió el labio hasta hacerse sangre. Sí, Myrna, susurró. Ahora estaba seguro.

Ni la vida de un hombre, ni la de ciento, asintió. Estaba decidido.

La biblioteca no podía quedar desprotegida.

CVII

—Adiós, hermanita.

Yehuda, adormilado, abrió los ojos como quien regresa de otro mundo.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que era Aydan quien le susurraba en plena madrugada. Lo miró, sorprendido. La partida estaba prevista para el amanecer. Por eso el joven guerrero se había quedado a dormir en casa de Ezra. Así podremos agilizar la partida, había dicho el maestro. Abandonar la ciudad por calles desiertas.

Nadie podía saber que la casa quedaba desprotegida.

Al despedirse de Yasser la tarde anterior, el anciano le sostuvo la mano. Pudo ver claramente como las lágrimas luchaban por asomar a sus ojos. Aydan se zafó, girándose para evitar aquella mirada implorante. Ya eran demasiados los vientos que soplaban en contra.

—¿Qué pasa, Aydan? —El pequeño se incorporó, sobresaltado.

—Le he dejado una carta a tu padre —No había tiempo para explicaciones —, pero dale un mensaje de mi parte. Dile que un caballero debe arreglar sus propios asuntos. ¿Te acordarás?

Yehuda se aferró a él.

—¿Volverás? —El pequeño temblaba entre sus brazos.

Más viento de bolina. Lo besó en la cabeza.

—Cuida de Ezra, Yehuda. Sus hombros soportan una carga terrible. Solo un gigante podría resistirla.

Entonces, partió.

Cerró la puerta con sigilo. Antes de acostarse, sin que nadie lo advirtiese, había amarrado su caballo en una casa vecina. Lo desató con cuidado. La luna iluminaba los tejados con reflejos de plata, y el calor de la noche estival le trajo rachas de jazmín. Inspiró profundamente. Tal vez no volviera a oler nunca más los aromas de aquella ciudad.

Los bosques de Bretaña aguardaban. No sabía qué podía haber más allá.

Dejó atrás la puerta de la muralla. Ya fuera de la ciudad, arreó su montura y un galope furioso lo alejó en poco tiempo de los muros almenados. El ruido de los cascos ya no era un problema. Ezra despertaría en un par de horas, pero no saldría tras él. Le susurró al caballo en la oreja un «vamos, amigo, necesito que vueles», y sus ojos se clavaron en el horizonte azulado. El camino por delante, largo e incierto, volvía a perderse en la bruma. Volvía a casa, sí,

pero… para su sorpresa, constató que su hogar quedaba atrás. Movió la cabeza. Ahora lo entendía.

Abandonar Toledo era para él como adentrarse en el desierto.

Tres horas después, el sol salió sobre la llanura y los campos se tiñeron de un naranja rojizo, como si se anegasen de sangre. Aydan siguió galopando sobre emociones desatadas. Una luz extraña brillaba en el fondo de sus retinas mientras los cascos de su caballo machacaban las piedrecillas del camino.

Entre el silencio y la soledad, el pequeño caballero fustigó su montura con una furia ciega. El caballo jadeaba agónicamente, pero no bajó el ritmo. Ya descansarían cuando todo hubiera acabado. Los años de espera tocaban a su fin. Había llegado el momento de regresar. De coger las riendas de su destino.

Los tiempos eran llegados.

Al fin, era hora de hacer justicia.

CVIII

Maestro:

Creedme, solo alberga mi corazón en esta hora fría un inmenso agradecimiento. Ahora sé que durante todos estos años, tras las negativas que tanto me frustraban, lo que hacíais era camuflar vuestra intención de protegerme. De salvarme a mí, y al mismo tiempo de manteneros firme junto al Legado.

La más alta misión jamás encomendada a un hombre. Ahora lo entiendo.

Siempre he anhelado el día en que me acompañaríais a Vannes, pero ya no. Tras conocer vuestro secreto no puedo aceptar tan privilegiado presente. No consentiré que el tesoro quede desprotegido por mi causa.

Os eximo, pues, del compromiso que adquiristeis antes de mi partida a Rodas. Exigir su cumplimiento no sería justo, ni para vos ni para la sagrada misión que un día asumisteis. Y, sobre todo, me resulta inadmisible si pienso en el futuro de la humanidad.

Además, un caballero debe ser capaz de arreglar sus propios asuntos. ¿No es cierto?

Confío en que no seguiréis mis pasos. Ya sabéis que no lo aceptaría. Vuestro cometido está por encima del bien y del mal y mi asunto, al fin y al cabo, es algo que debo afrontar con la conciencia limpia.

Cuento para ello con los recursos que la Orden, a través de cuatro de sus mejores hombres, ha tenido a bien proporcionarme a lo largo de los años. Todo lo que me habéis enseñado es la única compañía que necesito.

Descuidad, no voy solo. Beadur, Jolivet, Naillac y vos, maestro, siempre estaréis conmigo. Con eso bastaría para conquistar él mundo.

Por eso oculto en esta madrugada oscura el eco de mis pasos. Sé que lo comprenderéis.

Ha llegado el tiempo de hacer justicia.

Siempre agradecido,

CIX

—¡Aydan!

Jolivet tardó unos segundos en reaccionar.

Ni siquiera prestó atención a la cruz que adornaba el pecho del muchacho. Aún estaba aturdido. Nadie se atrevía a interrumpirlo cuando estaba trabajando. Por eso había abierto la puerta de la biblioteca con gesto extrañado, sin reconocer a aquel jovencita que lo observaba desde el umbral con una expresión vacía en el rostro.

Finalmente, su gesto se iluminó de repente.

—¡Estás hecho un hombre! ¡Pero si ya eres tan alto como yo! ¡Pasa, pasa, ya sabes que aquí nadie nos molestará!

Cerró la puerta con gesto cómplice, pero entonces lo miró con extrañeza. Acababa de caer en la cuenta de que había algo que no encajaba.

—Finalmente he decidido venir solo. —Aydan vio su expresión y decidió explicarse. La sorpresa del fraile estaba justificada. Aquello no era lo que habían acordado—. Ezra se quedó en Toledo… yo lo dejé en Toledo, más bien. —El silencio desconcertado del bibliotecario exigía una aclaración más convincente—. El maestro me reveló el secreto del Legado, Robert. No podía permitir que dejara el tesoro desprotegido por mi culpa.

Jolivet tomó asiento muy despacio. Sabía lo importante que era para Aydan rescatar a los prisioneros de Vannes. De hecho, le constaba que aquel anhelo era lo único que lo había impulsado a seguir adelante todo aquel tiempo. A no rendirse.

Entonces sintió un escalofrío. Los prisioneros, recordó. Beadur. Breann.

Y finalmente, Myrna. Se le erizaron los cabellos.

La imagen de la sanadora, ahorcada como una vulgar criminal, lo asaltó de golpe, y la alegría de encontrarse de nuevo con el chiquillo se heló de repente. Aydan seguía ignorando lo sucedido con la anciana, y Ezra no estaba allí. Él habría sabido cómo calmar la cólera del chiquillo cuando le confesaran todo. De hecho, ese era su plan.

Pero eso, torció el gesto, ya no iba a ser posible.

Todo lo que había previsto se había venido abajo en un santiamén. Y ahora, la responsabilidad había caído sobre sus espaldas. ¿Cómo iba a contarle él que los señores de Vannes habían ejecutado a Myrna? Solo con imaginarlo

se le hacía un nudo en la garganta.

Y aún había más. La ausencia de Ezra implicaba una perspectiva mucho más preocupante aún.

El chiquillo pretendía asaltar la fortaleza de Vannes en solitario. Por muy caballero que lo hubiera considerado Naillac, tenía trece años. Hasta para un guerrero curtido en mil batallas sería casi imposible. Para él, se horrorizó, era directamente un suicidio.

Tenía que ganar tiempo.

—Antes de nada, cuéntame qué ha sido de ti estos tres años. —Jolivet sacó una botella de calvados y dos vasitos—. Ezra no se prodiga con la correspondencia, y aún no sé cómo demonios has podido hacerte con esa coraza de guerrero. Sabrás que vale una pequeña fortuna, ¿no?

Aydan dudó. Ya estaba muy cerca. A pesar de no tener aún un plan, no quería demorarse más de lo estrictamente necesario. Era como si cada segundo que perdiera supusiera una desconsideración para los prisioneros. Una traición, incluso.

La imagen de Beadur encadenado nunca remitía, ni la de las dos mujeres encerradas en un calabozo, languideciendo entre barrotes como vulgares delincuentes. Arrastraba cinco largos años de pesadillas e impotencia. Cómo no tener prisa.

—Venga, hombre… —Robert se sentó sonriendo, y señaló la otra silla—. Después de tanto tiempo tendrás unos minutos para un amigo, ¿no?

Finalmente, Aydan claudicó. Al fin y al cabo, se dijo, mientras Jolivet no le proporcionara la información que necesitaba, no tenía sentido asaltar Vannes. De hecho, por eso había decidido encaminarse a Saint Michel. Sin Ezra, el bibliotecario era el único con quien podía hablar.

Con cara de circunstancias, se encogió de hombros. Después cogió el vasito y se sentó.

—Cuéntame, Aydan. Ha pasado mucho tiempo.

Mientras la tarde iba cayendo sobre la bahía, el muchacho fue narrando todo lo que había vivido desde la última vez. Le habló de la convivencia con el viejo Yasser, de los años de entrenamiento con Ezra y, finalmente, del enrolamiento en la armada de Rodas. Al conocer lo sucedido con el hundimiento de la Akoúrasta, el fraile lo comprendió todo.

Entonces reprimió un gesto de escepticismo. Ahora entendía que Naillac hubiera acogido a Aydan bajo su protección. También que lo hubiese investido caballero de su ejército, después de aquello. Conocía bien al Gran Maestre. Jamás dejaría pasar la ocasión de que lo asociaran con un pequeño héroe, sonrió para sus adentros.

Una aureola gloriosa tanto cubre a un hombre como a dos.

El tiempo fue pasando, y el atardecer tiñó de naranja la luz que entraba por la ventana. Aydan, al percatarse, quiso concretar. No había viajado hasta

allí para conversar sobre la guerra del Mediterráneo.

—Pero decidme —La noche se acercaba rápido—, ¿qué sabéis de Beadur? Desde aquel día en que ardió la marisma no he vuelto a saber nada de él. Ezra siempre me respondía que no había novedades. Que debía de seguir prisionero en el castillo de Gwened…

El rostro de Jolivet se endureció de nuevo. Intuía cómo iba a acabar aquella conversación. Aunque la información referente a Beadur también le preocupaba, el ajusticiamiento de la druida de Morbihan era un cepo cerrado sobre su conciencia.

—Por lo que sabemos, tu maestro sigue preso en el castillo, aunque no entiendo qué puede ganar con eso el hombre que dirige la casa de Gwened.

Aydan lo miró extrañado. Aquella era una forma extraña de referirse al señor de la ciudad.

—El conde, ¿no? —Jolivet advirtió que una furia incendiaria latía tras aquella pregunta—. El mismo que mandó detener a Myrna y a Breann…

El bibliotecario calló, con gesto culpable. Por fin habían llegado al punto clave. Claro, el muchacho no sabía nada de lo que había sucedido en Vannes cinco años atrás. No podía ni imaginar que en realidad era un plebeyo de la villa de Pornichet quien andaba detrás de todo. De hecho, seguía ignorando lo más básico. Ni siquiera sabía que su auténtico nombre era Robert. Que él era, en realidad, el hijo menor del conde Patern y de su esposa, Alix. El último caballero de la casa de Gwened.

La tensión le hizo retorcerse las manos.

—Ha sido un placer encontraros de nuevo, querido Jolivet —La impaciencia del muchacho empezaba a desbordar—, pero debéis contármelo todo sin más dilaciones. Necesito intervenir en el castillo lo antes posible y lo haré por las buenas o por las malas… No pienso permitir que Beadur siga encerrado sin motivos un día más. Y mucho menos que mantengan presas a Breann y a Myrna bajo esa absurda acusación de brujería.

Ahora, Jolivet apretó las mandíbulas con gesto culpable.

Su rostro se contrajo tanto que Aydan olvidó momentáneamente el ansia de partir. El monje bebió otro trago de licor y miró al techo. Estaba acorralado. No tenía sentido seguir divagando. Así pues, cogió aire profundamente y se dispuso a poner las cartas boca arriba. Intentaría hacerlo con tacto, pero no estaba seguro de que eso fuera posible.

—A ver… Hay varias cosas que debes saber. La primera tiene que ver con la persona que ahora dirige el señorío de Gwened. Al contrario de lo que tú crees, esa persona no es el conde. La segunda está relacionada con Myrna Ménec, Aydan… Myrna no pasó más que unos días encerrada en el calabozo del castillo. Y la tercera cosa que quiero decirte, y la más importante de todas, tiene que ver contigo. Con tu identidad. Pero esta última creo que te la debería contar Beadur en cuanto lo rescatemos, pues él es el único que dispone

de toda la información.

El muchacho se incorporó en la silla. Otra vez, acababa de caer en la cuenta de que seguía ignorando demasiadas cosas. Prácticamente todo, al parecer. Después de tantos años anhelando volver, estaba a punto de regresar a Vannes completamente a ciegas.

Haciendo un gran esfuerzo, aparcó las prisas. No podía seguir galopando con los ojos vendados.

—De acuerdo, Robert —aceptó.

La expectación acentuó el silencio. Tanto, que los dos hombres sentían retumbar sus propios corazones. Los grandes secretos iban a ser desvelados por fin. Para lo bueno y para lo malo.

—Lo que vas a conocer es doloroso, Aydan.

El muchacho asintió.

También los años de supervivencia con Beadur habían sido dolorosos. El entrenamiento de Ezra. La guerra en Rodas. Los días flotando en alta mar tras el hundimiento de la Akoúrasta.

La voz de Myrna en el bosque de Karnag.

Las caricias de Breann.

La ausencia. Eso sí había sido doloroso.

Inconscientemente, se pasó una mano sobre el pecho. Casi sin darse cuenta, sintió el relieve suave del símbolo bordado. La cruz de ocho puntas.

Adelante, decía su expresión. No le preocupaba el dolor.

—Os ruego, entonces, que empecéis por el principio.

CX

Desde luego, había mucho que contar.

La oscuridad, lenta pero imparable, fue invadiendo la biblioteca de Saint Michel.

Aydan lo escuchó todo conteniendo el aliento. Muchas de las creencias que lo habían acompañado durante todo aquel tiempo se vinieron abajo como lo habría hecho el decorado de una función teatral. Aquellos señores de Gwened a los que tanto había odiado parecían no tener mucho que ver con su historia. De hecho, le contó Jolivet, el conde ni siquiera vivía en Vannes. Todo giraba en torno a un joven llamado Cearbhall Pomichet.

Él era el responsable de todo.

Por fin, el enemigo mostraba la cara. Por preocupante que fuera el retrato que el monje estaba bosquejando, Aydan respiró aliviado. La sombra difusa que llevaba años persiguiéndolo tenía por fin forma de hombre. Ya no era un

fantasma sin rostro. Por fin podría dejar de correr a ciegas.

Ahora sabía a qué se enfrentaba.

Jolivet le contó todo lo que sabía acerca del señor de Pomichet. Después, aunque con toda cautela, le reveló las sospechas que albergaba respecto a los soldados que habían capturado a su maestro. Había sido tres años antes. Cuando volvía a Cotentin desde allí, precisamente.

—Llevaba ya dos años tratando de atraparte. Creo que finalmente, al no lograrlo, recurrió a esos mercenarios ingleses. Claro está que eran buenos… No solo os encontraron, sino que fueron capaces de internarse aquí, en esta biblioteca. Y sobre todo, lograron apresar a Beadur. —El recuerdo de aquellos días hizo renacer un pesar que dormía en el pecho del bibliotecario—. No podían ser unos simples aficionados, desde luego… ni unos patanes que aspiran a soldados, como los centinelas de Vannes.

—Doy fe de que se trataba de auténticos espías. —Aydan volvía a ver sombras. Aquel malestar de Jolivet parecía esconder algo que no acababa de soltar. Ya solo quería obtener toda la información que necesitaba y partir a galope. Aun así, cada vez tenía más claro que había algo más. Algo que el monje le seguía ocultando—. De todos modos, ni por un instante fueron rival para Ezra, en Roncesvalles.

El monje asintió en silencio. El desenlace de aquel combate no le sorprendía, por mucho que junto a la fuente de los peregrinos hubieran caído cuatro de los mejores asesinos de la Corona inglesa. El custodio del Legado estaba a otro nivel, lo sabía bien.

—Respeto a la joven escocesa… —Este era el punto en el que Jolivet seguía teniendo dudas— después de mucho pensar, solo veo una opción. Tiene que estar desde entonces bajo el poder de Cearbhall. Encerrada en algún calabozo. Sí, nadie ha vuelto a saber de ella desde aquel día. Debe de seguir, por lo tanto, presa en el castillo… a no ser que le haya sucedido algo peor.

Las palabras del fraile se quedaron suspendidas en el aire.

Aydan apretó los puños. La sombra siniestra que lo había perseguido a lo largo de aquellos años tomaba cuerpo por fin. Hasta entonces se había negado a aceptar que alguno de sus amigos pudiera haber muerto. Cada vez que lo asaltaba aquella idea, meneaba la cabeza y se ponía a hacer planes para el futuro como quien sacude una alfombra.

Entrenar con más intensidad. Partir a la guerra. Alcanzar la condición de caballero. Soñar con el día en el que podría por fin liberarlos. Lo que fuese. Mantener la mente ocupada. Eso hacía. Aunque no fuera más que una huida frenética de la realidad.

Así había logrado sobrevivir. De otro modo no hubiera podido resistir la oscuridad de la noche. Sin embargo, había llegado el momento de encarar la verdad. Esta vez, se dejó hacer. Ya no era un niño, ni estaba huyendo.

Cualquier esperanza pasaba por afrontar el escenario real.

—Así que nuestro hermano y Breann siguen en prisión… —la voz de Aydan tembló por un instante—. Sin embargo, has dicho que Myrna solo había estado encerrada unos días.

Jolivet cerró los ojos con gesto de dolor.

El muchacho sabía ya a esas alturas que algo terrible había sucedido. Tan terrible como para que todos se lo hubieran ocultado. Nunca hasta entonces había sospechado que Beadur, primero, y Ezra después, lo hubieran podido engañar. Sus ojos llamearon al tomar consciencia de ello.

Hasta las brasas de la chimenea parecieron empalidecer.

El bibliotecario se removió en su asiento. Era evidente que Aydan no iba a aceptar que le hubieran ocultado la muerte de Myrna por su bien. Por tratar de protegerlo. Antes de confesar, calculó, debía tratar de controlar su reacción. La verdad era demoledora, y la ira nunca es buena consejera.

Para un guerrero a punto de entrar en combate, de hecho, puede suponer una trampa mortal.

—Hoy dormirás aquí. Echaremos una manta en el suelo de la biblioteca, como en los viejos tiempos —Jolivet trató de transmitir seguridad, pero su gesto era de consternación—. Mañana, si así lo quieres, partiremos hacia Vannes. Te contaré por el camino lo que ha pasado.

El muchacho se puso tenso. Un fuego abrasador ardía en sus entrañas. Llevaba cinco años perdido entre tinieblas y por fin vislumbraba algo de luz. No iba a esperar una noche más.

—Basta, Robert. La noche está a punto caer, conque puedo aceptar vuestra invitación para dormir aquí. Pero no pasaré ni un minuto más sin saber qué demonios le hicieron a Myrna.

La resistencia del monje, ya precaria de antemano, acabó por sucumbir.

La convicción del chiquillo lo venció sin batalla. Quizás fuese eso, o que una verdad así no podía ser aplazada por más tiempo.

—De acuerdo, pero dame un minuto para explicarte… —Tenía que desviar la atención del muchacho hacia un plan posible—. Lo que deberíamos hacer es dirigirnos al conde, que vive en la Corte del rey, en París… La guerra contra el duque de Bourgogne y el conflicto con Inglaterra lo obligan a permanecer junto al delfín, pero si lo informamos de las felonías que su regente está cometiendo en el condado… Seguro que accederá a acompañarnos a Vannes. Querrá poner las cosas en su sitio…

Aydan levantó una ceja.

«Felonías».

Los indicios cada vez eran más alarmantes. Se echó hacia atrás, pálido. Lo que Jolivet estaba proponiendo no tenía ni pies ni cabeza. Por muy bibliotecario de Sant Michel que fuera, un conde de la categoría de ese Waroc'h de Gwened, mano derecha del rey, según había afirmado Jolivet, no

lo iba a dejar todo de lado porque él se lo pidiera. Y mucho menos, pensó, a raíz de las historias que le pudiera contar respecto al hombre que él mismo había puesto al frente de su señorío.

Obviamente, ignoraba que el secreto sobre su identidad era el verdadero motor del plan del monje. La existencia del pequeño Robert de Gwened era la llave de todo. Una verdad demoledora que Jolivet podía probar enseñándole el amuleto que Beadur había recogido trece años atrás de un cuerpo decapitado sobre la nieve.

—Debes confiar en mí, Aydan —rogó el monje—. Hazlo por Beadur. Él lo querría así.

Su mirada era implorante, pero aquello era mucho pedir. Demasiado. Aydan negó con la cabeza. Un presentimiento terrible le oprimía el pecho.

—Contadme de una vez qué ha sido de Myrna, Robert —su voz sonó como el crujir del hielo bajo los pies—. Y ya veremos después cómo afrontamos la intervención en la fortaleza de Vannes.

Jolivet bajó la mirada. No podía seguir esquivando la verdad por más tiempo. El miedo ante la reacción que pudiera suscitar en él, el mismo temor que había llevado a Beadur y a Ezra a ocultarle tantas cosas, cedió por fin a aquel empuje indomable.

La impaciencia de Aydan parecía capaz de derribar una montaña.

El muchacho esperaba, tenso. Necesitaba averiguar de una vez qué era lo que había pasado.

El monje, derrotado, bajó la cabeza.

—Myrna fue condenada a muerte por un tribunal eclesiástico… —las palabras se trabaron en su garganta. Aun así, se obligó a continuar. No había vuelta atrás—. Aquel juicio fue una farsa de principio a fin, pero… bien, eso ya no tiene remedio. El caso es que la sanadora de Karnag fue ejecutada hace cinco años en el patio del castillo. Ahorcada.

Un silencio de plomo cayó sobre la biblioteca.

Aydan dejó de respirar. Un fogonazo de odio destelleó en el fondo de sus pupilas, y apretó tanto los puños que las uñas se le clavaron en las palmas. Ni siquiera se dio cuenta.

—Debes ser cauto. —El pequeño guerrero destilaba ira por cada poro de la piel, pero Jolivet hizo un último intento—. Mañana enviaremos una carta a París y requeriremos una audiencia en la Corte. Waroc'h tendrá que acompañarnos, quiera o no…

No pudo continuar.

—Dejadme solo. —El gesto ensombrecido de Aydan no admitía más razones.

—Haremos justicia, te lo juro. Tan solo debemos ser…

—Os lo ruego, Robert —su voz sonaba tan grave que no parecía de este mundo.

Cada uno de sus músculos mostraba tanta tensión acumulada que parecía que se fuera a rasgar de un momento a otro.

Al verlo así, el monje claudicó. Confiando en que la soledad de la biblioteca y el silencio de la noche contribuyeran a apaciguar el ánimo incendiado del muchacho, decidió retirarse.

Muy lentamente, se encaminó hacia la puerta con el corazón encogido.

—Mantón la serenidad, Aydan… la cólera nunca es buena consejera… —dejó caer desde el umbral.

Cerró la puerta despacio, sin recibir respuesta. El eco de sus palabras permaneció rebotando contra las estanterías y Aydan se quedó solo, rodeado de oscuridad.

Al principio, el muchacho se concentró en acompasar la respiración. Quiso calmarse, pero no veía más que la imagen de Myrna colgando de una cuerda. Eso, y la mirada burlona de los soldados de Vannes.

Una furia sorda le hizo temblar.

Se levantó como un autómata. Sonámbulo, miró a través de la ventana. La oscuridad iba avanzando sobre la bahía. Pronto, la marea estaría baja otra vez. La ira lo iba invadiendo cada vez con más fuerza. Trató de tomar aire, pero esta vez no pudo. Las paredes de la biblioteca lo ahogaban. Se asfixiaba allí dentro. No podía respirar.

En ese instante, solo un camino se abría ante él.

Aturdido por la falta de oxígeno y desbordado por unas emociones tan intensas como nunca antes había conocido, se giró. Sí, asintió, fuera de sí; se pondría en marcha de inmediato. Llevaba toda la vida huyendo sin saber de qué. Era hora de averiguarlo, aunque fuera su último cometido. Ya conocía a su enemigo, le faltaba comprender el porqué de todo aquello. Sintió que ya solo eso le quedaba por vivir.

La muerte le sonreía desde el cielo negro, invitándolo a descansar al fin.

El joven hospitalario cavó los ojos en la noche con fiereza. Después los cerró. Cuando volvió a abrirlos, eran como dos ascuas. La decisión estaba tomada.

Para él, ya no habría un nuevo amanecer.

A la mañana siguiente, antes incluso de que el sol hubiera asomado sobre las lomas de Normandía, Jolivet regresó a la biblioteca. Tembloroso, desatrancó la puerta de tablas con el alma en vilo. Deseaba que el muchacho se encontrara aún allí, reposando, pero apenas albergaba esperanzas de que así fuera. En cuanto se asomó, sus peores presagios se confirmaron.

En efecto, la estancia estaba vacía. Aydan se había marchado. Derrotado, el bibliotecario se derrumbó en su silla antes de advertir que había una nota sobre la mesa.

Sé que vuestras intenciones son buenas, querido Robert, pero lo que ese

tal Cearbhall le hizo a Myrna exige una reparación inmediata. Ya no es cuestión de hacer o no justicia, amigo mío. La justicia, en este caso, es imposible de alcanzar. Ahora es algo entre él y yo.

Pagará por lo que ha hecho, aunque eso me lleve al infierno. Y aún después que se guarde de mí, pues es en el infierno donde acabaremos por reencontrarnos.

Palabra de caballero.

Siempre agradecido,

A. S.

Jolivet se estremeció. Hasta la caligrafía del muchacho parecía destilar una rabia incontrolable.

Se volvió hacia la ventana, taciturno. Su mirada ausente paseó sobre el cielo de la bahía. Los primeros rayos del amanecer se reflejaban sobre las aguas tranquilas. Un espejo limpio y azul que presagiaba una mañana esplendorosa. El amanecer avanzaba imparable sobre las praderas normandas. Aun así, no todo era luz.

Al cabo de un largo silencio, suspiró profundamente.

La oscuridad todavía reinaba hacia el oeste.

CXI

Un pánico incontrolable la invadió de repente.

El corazón de Breann se heló al ver aparecer a Cearbhall, confiado y parsimonioso, ante su celda. Traía una sonrisa triunfal dibujada en el rostro.

Ante semejante puesta en escena, se puso rígida. Aquello no presagiaba nada bueno.

Ya habían pasado cinco años. Un lustro entero bajo aquel asedio pegajoso, con el único anhelo de volver a ver a Aydan. Su pequeño.

Últimamente, sentía sus fuerzas a punto de agotarse.

Él ni se molestó en disimular el deleite que le suscitaba el terror que veía reflejado en sus ojos. Simplemente se quedó allí, regodeándose. Pasándose la lengua por los labios y mirándola con lascivia desde el otro lado de los barrotes.

Los soldados que lo acompañaban portaban un bulto sospechoso. Breann recordó el día que habían traído al guerrero herido para dejarlo allí, tirado como un fardo. Entre la penumbra, distinguió algo que parecía un hombre inconsciente. Igual que aquella vez, lo sostenían por los brazos y por las

piernas, sin miramientos.

Como si estuviera muerto.

Tuvo que retroceder cuando uno de los soldados desatrancó la puerta. Los otros entraron, sosteniendo aquel cuerpo inerte. Después lo dejaron caer sobre el montón de paja. Ante la mirada horrorizada de la joven, contemplaron divertidos cómo se quedaba allí, tirado de cualquier manera.

—Un regalo para nuestra princesa. —Rio el capitán, mientras los ojos de Cearbhall relucían de satisfacción.

Un nuevo escalofrío, esta vez de pavor, sacudió de arriba abajo el cuerpo escuálido de Breann. No se atrevía a acercarse. Sus ojos percibían en aquel cadáver algo familiar.

Se quedó petrificada ante una premonición terrible. Los soldados salieron entre risas. Su señor, sin embargo, se quedó plantado delante de los barrotes. La espera había sido larga y penosa, pero por fin había llegado su momento.

Se veía a leguas que estaba pletórico.

Él sonrió al verla así. Habían sido años de zozobra, en los que había llegado a temer lo peor. Tiempos oscuros, en los que había vivido atenazado por la angustia y el miedo.

Y el deseo, claro.

Aquel fuego incontrolable que lo abrasaba por dentro y que no enfriaba ni el carácter agrio de aquella condenada muchacha. Pero ahora, por fin, todo había acabado. Ahora le tocaba a él disfrutar de la victoria.

Durante unos segundos interminables se quedó allí, sin decir nada. Solo sonriendo tétricamente y saboreando el inesperado regalo que esa misma mañana había llamado a su puerta. Una suerte que aún no acababa de creerse.

—Tal vez si me hubierais indicado su paradero, esto no habría acabado así. —Acentuar el tormento de la joven, haciéndola responsable, era parte de su triunfo.

Ella apreció el tono de deleite en su voz, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Aquellas palabras confirmaban el presagio que la había asaltado al vislumbrar el cuerpo entre la penumbra. Ya no necesitaba acercarse; reconocía perfectamente al muchacho que los hombres de Vannes acababan de tirar como un trapo en el interior de su celda.

Estaba muy cambiado, pero sabía quién era. Había apreciado en él las trazas visibles del niño que se hace hombre. Ese aire inconfundible que nunca nos abandona a lo largo de nuestras vidas. No había duda, se horrorizó.

Era Aydan.

Cearbhall se marchó riendo y ella se quedó sola, sin atreverse a verificar lo que su corazón ya sabía. Incapaz de moverse, se sentía soldada al suelo por una certeza paralizante. Así estuvo una eternidad. Finalmente, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se acercó. Con el alma en vilo, se arrodilló junto al chiquillo.

Le apartó el pelo de la cara. Estaba pálido y frío. Había crecido mucho, y vestía una coraza gruesa con una cruz roja bordada sobre el pecho. Ropajes de caballero.

En ese momento fue consciente de que no lo había visto delante desde que no era más que un pequeño de ocho años. Estremecida, lo observó con atención a través de las lágrimas. Su pequeño Aydan se había transformado en un joven guerrero. Un hermoso adolescente de grandes músculos y piel dorada por el sol.

Pero eso ya daba igual.

Trató de encontrarle el pulso, pero fue en vano. Insistió en la muñeca, en el cuello y en el pecho. También buscó su aliento, pero no respiraba. Tras una búsqueda desesperanzada, llegó a una certeza irrefutable.

Aquel corazón no latía. No había vida, pues, en aquel cuerpo.

El último reducto de esperanza que llevaba tanto tiempo guardando como un tesoro se desmoronó. El débil soplo de vida que le quedaba abandonó el calabozo, decidido y silencioso, sin mirar atrás. Aunque siguiera respirando, ahora ella también estaba muerta. Incapaz siquiera de llorar, el alma indómita de Breann Airdsgainne se rindió por fin. Ya no le quedaba nada.

El futuro dejó de existir, y todo a su alrededor se fundió en una oscuridad vacía. El único alivio posible era ya la nada absoluta.

Ni la soledad ni el martirio habían logrado doblegarla en todo aquel tiempo. Sin embargo, aquel golpe fue definitivo.

Cinco años encerrada en aquel sótano enmohecido, entre tinieblas, pensando en él cada día. Hablando con Myrna a solas para no sucumbir. Pidiéndole, allá donde estuviera, que ayudara a su niño. Que lo cuidara y le hiciera encontrar un camino seguro.

Torturada día a día, al recordar que huía de los mismos enemigos que habían pretendido asesinarlo antes incluso de nacer. Soñando con un reencuentro, algún día. Obligándose a creer que aún era posible. Que podrían regresar a Karnag y continuar con sus vidas sencillas. Sin embargo, todo había sido en vano. Por fin tenía que rendirse a la evidencia.

Ya no había esperanza.

Breann se acostó sobre la paja, y se apretó contra el cuerpo inerte de su pequeño. Entonces cerró los ojos para nunca más despertar. Ya solo quería dejarse ir. La muerte le parecía ahora un paraíso soñado. No era que la vida hubiera perdido su sentido.

Es que se había convertido en algo insoportable.

Ya no recordaba al viejo Morvern, ni a Myrna, ni siquiera la trenza rubia del guerrero herido. Con los ojos aún cerrados, besó la mejilla del chiquillo. Estaba helada.

Llévame contigo, le pidió. Sin ti, no me queda más vida que un tormento perpetuo. Ya da igual que me liberen o no. Fuera de aquí solo me esperaría

otra cárcel. Un cautiverio eterno entre unas paredes más crueles incluso que las de este calabozo.

La oscuridad cubrió sus cuerpos entrelazados, e incluso el silencio pareció dejar de flotar. Las paredes los amortajaron hasta hacerles parecer también de piedra.

Nada hay más desolador que el fin de toda esperanza, le susurró Myrna desde algún lugar remoto. Al sentirlo, Breann abrazó el cadáver de Aydan con más fuerza y se rindió.

Por delante, ya solo quedaba la muerte.

CXII

Una luna menguante, fina como la pupila de un gato, brillaba en el cielo negro.

Ella fue la única que vio a Aydan salir del Mont Saint Michel. La madrugada, oscura y solitaria, amparó su huida desbocada.

La confesión de Jolivet había despertado en él una furia tan desatada que apenas era capaz de respirar. El trágico destino de Myrna hacía hervir su sangre, y todo su cuerpo estaba invadido por una cólera que lo quemaba por dentro.

Por más hondo que inspirara al cabalgar, el aire no parecía querer entrar en sus pulmones.

El pequeño guerrero galopó en dirección sur con una única idea en la cabeza. Una obsesión lo guiaba, inundando su ánimo. Ya no podía pensar en nada más.

Iba a matar a Cearbhall Pomichet con sus propias manos, aunque fuera lo último que hiciese.

Clavó las espuelas una y otra vez salvajemente, hasta el punto de hacerle sangre a su caballo. El animal, contagiado de furia por aquel castigo inesperado, voló sobre los caminos durante horas.

Aydan galopó hasta que una claridad tenue empezó a teñir de añil el horizonte. La noche iba llegando a su fin, pero para él no habría amanecer. Entonces, aunque enardecido, se dio cuenta de que seguía sin tener un plan. Ni idea de cómo diablos asaltar la fortaleza de Vannes.

Echó un vistazo en tomo. La oscuridad lo rodeaba. Siguió cabalgando a ciegas, sin saber qué hacer. Adelante, siempre adelante. Ya solo la ira lo mantenía en pie.

Pero entonces, de improviso, una voz conocida resonó en su cabeza. En ese momento, se vio a sí mismo corriendo con los ojos vendados. Otra vez.

—Cuando todo parezca perdido, Aydan, busca una luz.

El sol asomó tímidamente sobre las lomas lejanas.

De alguna manera, la alborada le trajo la voz suave de Myrna a los oídos. Otra vez, una imagen olvidada apareció ante él con los primeros rayos. La vieja sanadora le sonreía bajo los árboles. Un arroyo cantaba cerca. Era el bosque de Karnag.

Entonces, todo cambió.

El desbocado jinete se sintió despertar desde una pesadilla lejana. Más calmado, le acarició las crines al caballo para indicarle que podía bajar el ritmo. La luz, aunque solo en parte, le devolvió la calma que le había robado la noche. Recordó el día remoto en que la sanadora lo había obligado a calmarse. Entonces se había sumergido en el arroyo para pensar con claridad.

Un destello de luz entre una niebla espesa.

—Lleva siempre este remanso en tu interior —le había encomendado entonces.

De pronto, su pulso se disparó de nuevo. Aquel encargo era hoy imposible de cumplir. El odio que desbordaba su corazón no le dejaba razonar, y mucho menos ser sensato.

Sin embargo, aquellos recuerdos lo impulsaron a detener el caballo en medio del camino. Los campos estaban desiertos. Tomó aire profundamente mientras acariciaba el cuello del animal. Después, asintió en silencio. Al menos, ya veía algo. No podía vengar la memoria de Myrna ignorando la sabiduría que tarde a tarde, en cada paseo, ella le había ido inculcando. Se lo debía. Ella ya no estaba, pero de alguna manera vivía dentro de él. Desmontó.

El alba se desperezaba por momentos, anunciando una luminosidad majestuosa. Los montes se iban coloreando poco a poco, y el cielo del este ya había adquirido una tonalidad entre amarilla y rosada.

Aydan, pie a tierra, contempló el firmamento. El aire fresco de la mañana lo envolvía suavemente. Se quedó allí sin moverse, con la vista clavada en las alturas. Aquel frenesí que no le dejaba pensar ni respirar se fue atenuando a medida que la luz se desplegaba sobre el paisaje.

Las olas salvajes que rugían contra los acantilados de Quiberon dieron paso, poco a poco, a un mar en calma. Al «pequeño mar» de Morbihan, cálido y sosegado en los días de verano.

Al cabo de unos minutos, la furia desatada cedió a una convicción intensa pero serena. A un brillo en el alma que clamaba justicia, pero ya no desde la locura.

«Memoria, Aydan, que no venganza».

Myrna había aparecido en el momento justo. Había llegado desde alguna esquina recóndita de su memoria, serena y sigilosa, para traerlo de vuelta desde el infierno.

Entonces, un nuevo cañonazo estremeció su memoria. La tercera lección

de aquel día lejano de peleas infantiles apareció de repente ante él como el destello de un faro; como si su inesperada luz hubiese alcanzado a un navío de derrota ciega. Su piloto, hasta entonces perdido en la bruma, vislumbró al fin un puerto. Su deriva incierta sin cartas, ni compás ni portulanos, había terminado. Ahora, al fin, había un rumbo.

El remanso interior de Myrna no solo le devolvió la calma. Ya no solo veía la imagen de una anciana sonriendo junto a un regato sombrío. Myrna le señalaba ahora una planta de flores extrañas y le explicaba muy despacio lo que su extracto era capaz de ocasionarle al corazón de un hombre.

Entonces recordó las dedaleras de flores color violeta que crecían junto a los zarzales.

El esbozo de un plan empezó a tomar forma en su cabeza. Aquella podía ser la manera de adentrarse en el bastión de Gwened. Con un brillo en las pupilas muy distinto al anterior, el joven guerrero retomó el camino. Seguía con la intención de dirigirse a Vannes, por supuesto. Sin embargo, antes pasaría por Karnag. Necesitaba recoger algunas cosas antes de entrar en la ciudad amurallada.

Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

Allí, en una casita abandonada, hallaría lo que necesitaba.

CXIII

Aydan no fue el único que contempló ese amanecer con el alma desordenada.

En ese mismo instante, Jolivet observaba el mismo cielo desde la biblioteca desierta. Con el corazón en un puño, trataba de buscar una salida. Si se quedaba allí parado, explotaría. Se vio a sí mismo años atrás, en aquel mismo lugar. Entonces había pasado por el hospital monástico a recoger unos ropajes malditos.

Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya. El muchacho corría desbocado hacia los brazos de la muerte. La nota que acababa de leer lo confirmaba.

En cuanto la marea se lo permitiese, decidió, saldría en dirección a París.

Aydan había partido en algún momento de la madrugada. Justo lo que él había temido, dando vueltas durante toda la noche.

La imagen de Myrna, ejecutada como un vulgar ladrón de gallinas, aún flotaba en el aire.

Tuvo que aceptar lo inevitable. Cualquiera en el lugar del muchacho hubiera corrido a saldar cuentas con el responsable de tal infamia. Era lo previsible, aunque no contase con ninguna posibilidad de éxito. El hecho de

que corriera a ciegas, a pecho descubierto y sin tan siquiera pararse a discurrir un plan había pasado a un plano secundario.

Ante semejante vileza, era lo único esperable.

Se lo imaginó galopando, tan poseído por la cólera, tan desbordado por la desesperanza, que su propia vida habría dejado de tener valor para él. Todo se habría reducido a una elección visceral, y la cordura se habría esfumado. Abrumado por el dolor, supo que para aquel muchacho ya solo existían dos opciones. La disyuntiva más primaria del mundo animal.

Matar o morir.

La noche en vela pasaba factura en la mente de Jolivet. Aydan aparecía como un loco temerario en su imaginación. Cabalgando entre lágrimas, pálido de ira y dispuesto a enfrentarse con la muerte sin la más mínima esperanza de éxito. El muchacho galopaba a ciegas, anhelando asesinar a un enemigo al que ni siquiera había visto nunca.

Se puso en marcha. No podía quedarse allí, quieto. Poco podía hacer ya, pero lo intentaría. La única opción que le quedaba era conseguir que el conde de Gwened regresara a casa. Era casi imposible que llegara a tiempo, pero allí parado se hubiera vuelto loco. Se dispuso a recoger sus cosas.

Tenía que llegar a París lo antes posible.

Unos días atrás había recibido la carta de Ezra. Una misiva urgente, en la que le notificaba que pronto llegaría a Bretaña acompañando a Aydan y le anunciaba que el muchacho, para mayor sorpresa, había alcanzado el rango de hospitalario. A raíz de aquellas noticias, Jolivet había decidido ir allanando el terreno. Ese mismo día le había enviado a Waroc'h un mensaje anónimo. En él le advertía que debía regresar enseguida; y le urgía a hacerse cargo de su señorío, abandonado durante demasiado tiempo.

Los tiempos son llegados, le había escrito.

Y aún había hecho más. El bibliotecario no se había limitado a avisar al señor de Vannes. Sospechaba que no sería suficiente, por eso había puesto en marcha otro plan. Teniendo en cuenta el cargo que ostentaba Waroc'h, lograr que regresara a Vannes parecía poco menos que imposible. En plena guerra civil contra los borgoñones de Jean Sin Miedo, las altas responsabilidades del valedor del delfín hacían imprescindible su presencia en la capital. De ahí que hubiera pasado a la acción, en vez de sentarse a esperar. Menos mal, pensó entonces, a punto de abandonar la biblioteca tras los pasos de Aydan. Aunque ahora, frunció el ceño, pareciese que no fuera a servir de nada.

Tras asegurarse de que llevaba al cuello el viejo amuleto de Alix, se decidió por fin a partir.

París estaba lejos, y regresar a Gwened a tiempo de detener la más que previsible acción suicida de Aydan parecía imposible. Sin embargo, aquello era lo único que podía hacer. Igual que el día que se había encaminado a Pontaubault vestido de leproso, decidió aferrarse a una probabilidad mínima.

Tampoco tenía más alternativas.

Al mirar de nuevo al cielo, inspiró profundamente. La esperanza se antojaba tan pequeña como aquella luna que se resistía a desaparecer en la inmensidad del firmamento. Sin embargo, caviló entonces, también la noche siguiente habría luna.

En marcha, se dijo. No hay acto más cobarde que resignarse a los caprichos del destino.

Justo cuando ya recogía las llaves para salir hacia la capital del reino, escuchó unos golpes en la puerta de la biblioteca. Extrañado, se quedó inmóvil. Todos en el monasterio sabían que no se le podía molestar cuando estaba trabajando. Casi al momento, la puerta se abrió despacio, como con temor, y uno de los novicios de la congregación se asomó tímidamente, con cara de circunstancias.

—Hermano, tenéis visita…

Jolivet arqueó las cejas. Que alguien lo viniera a importunar a aquellas horas era extraño, pero que se tratara de un visitante externo convertía el hecho en insólito. Los frailes de Saint Michel no aceptaban visitas a la ligera. Exceptuando el hospital de peregrinos, entrar en la abadía era algo excepcional. Entonces, su pulso se disparó.

A no ser que fuera una figura principal, pensó.

Un presentimiento lo asaltó de repente. Recordó el mensaje enviado a la Corte unos días antes. Casi al mismo tiempo, un hombre apartó con decisión al novicio y entró, desbordando confianza, en su biblioteca.

—Esto no es una visita de cortesía, hermano. —El caballero se acercó al bibliotecario con una sonrisa franca, pero con la mirada muy seria—. Se trata más bien de un viejo amigo que llega desde muy lejos buscando respuestas.

El corazón del bibliotecario se desbocó definitivamente. Justo cuando parecía imposible, la esperanza acababa de renacer del modo más inverosímil. Sin dejar de sonreír, el recién llegado desplegó ante él una carta manuscrita. Jolivet la reconoció. Era el anónimo que él mismo había enviado unos días atrás a la Corte del rey.

No tan anónimo, al parecer.

Conde de Gwened. Palacio Real. París.

—Partamos enseguida, Waroc'h. —Aunque boquiabierto, Jolivet reaccionó al momento. Aún podían llegar a tiempo, siempre que no se perdieran en fórmulas de cortesía—. Debemos presentamos en Vannes lo antes posible. Es una cuestión de vida o muerte.

La sonrisa del conde se truncó de repente. El ánimo habitualmente sosegado de su viejo amigo se veía alterado, y eso no era normal.

La sombra que nubló el gesto del caballero requería una primera

explicación. Mientras salían de la biblioteca, Jolivet decidió darle dos pinceladas. Tal vez así el gran señor asumiera la urgencia de lo que estaba sucediendo.

—No te voy a engañar, Waroc'h. Una verdad terrible está a punto de ser revelada. Todo comienza con el asesinato de tu madre…

Ahí, Waroc'h se paró en seco. Jolivet, más apresurado aún, también se detuvo en el corredor. Se encaró al conde y lo agarró por un brazo con expresión suplicante. Por los viejos tiempos, decían sus ojos; por la confianza mutua o por lo que más quisiera. No había un segundo que perder.

Solo necesitaba que confiara en él.

—Corramos, Waroc'h. Te lo contaré todo de camino.

CXIV

Aydan pernoctó en Karnag.

—No hacen falta llaves para entrar al verdadero hogar.

Una vez más, las palabras de Myrna llegaban en el momento justo. Era sorprendente cómo unas conversaciones guardadas en las profundidades más remotas de la memoria de un niño podían aflorar como manantiales en el desierto. Y no porque él necesitara entrar sin llaves en la casita abandonada. Ezra le había enseñado a reventar todo tipo de cerraduras, y a traspasar hasta los barrotes más infranqueables.

—Ya nunca serás prisionero, Aydan. —De algún modo, el maestro también estaba con él. Aunque se hubiera quedado en Toledo.

Verse al fin ante la casa fue el momento más duro. Ahí fue donde Myrna le agarró la mano. En torno a él, todo se volvió del color del abandono. La voz del sefardí lo acompañó al entrar.

—«Ni grilletes ni cerrojos podrán ya robarte tu más preciado tesoro. El único al que jamás puede renunciar un guerrero».

Ya en el umbral, Aydan sacudió la cabeza. Ezra se desvaneció en el aire frío de la noche, y entonces regresó Myrna. Todo allí era ella. En todo estaba. Su orden, su armonía. Los aromas de la casa, que aún flotaban bajo el olor a humedad. Definitivamente, abrir no había sido un problema.

Respirar de nuevo en el hogar vacío. Eso sí dolió.

Entrar en casa le pareció lo más difícil que jamás había tenido que afrontar. Ni jornadas enteras de privaciones, ni el tedio aterrador de la guerra. Ni la terrible explosión que hizo volar a la Akoúrasta por los aires, ni la agonía de la deriva en alta mar.

El vacío. El eco de aquellas estancias a las que ella nunca volvería. Eso fue

lo más duro.

Se enfrentó al dolor como solo se puede encarar lo inevitable. Así se lo habían enseñado un día, aunque no recordase el momento justo. Entonces, se sintió fortalecido. Vagando por la casa sintió que no estaba solo. Que de alguna manera Myrna lo miraba desde cualquier silla, sonriendo, como siempre hacía. Abrió la puerta de su cuarto y se encontró a sí mismo un día frío de invierno, cinco años atrás.

Cogió aire. El caballo estaba escondido en la parte trasera. Descansar bien era la primera parte de su plan. Ya habría tiempo de recoger lo que había ido a buscar.

Se acostó, sacudido por mil emociones que iba a tener que doblegar antes de conciliar el sueño. Lo logró, obligándose a recordar que grandes hombres y mujeres lo habían preparado para aquel momento con una dedicación silenciosa y constante.

Acompañado por todos ellos, se obligó a dormir.

En cuanto despuntó el día, se encaminó al este. Era día de feria en Vannes.

Nada más atravesar las puertas, amarró el caballo. Ya a pie, exploró disimuladamente el interior de la ciudad. Una capa ocultaba su indumentaria de guerrero, y la muchedumbre le ayudaría a pasar desapercibido. El mero hecho de encontrarse allí era arriesgado. Por eso debía prever cada detalle, por pequeño que fuera. Caminó con mil ojos. La situación seguía siendo crítica, pero ahora tenía un plan. El remanso que Myrna le había inculcado había reaparecido en el momento justo. El recuerdo de la sanadora lo había guiado y ahora, por mucho que aquello pareciera el ataque de un insensato sin nada que perder, estaba confiado.

Se dio cuenta de que apenas recordaba Vannes. La gran villa de Morbihan no era más que un recuerdo vago y distante. La imagen difusa de una ciudad perdida en la memoria infantil. Aun así, un recorrido rápido por el interior de las murallas le proporcionó toda la información que necesitaba. Para empezar, ubicó el escenario idóneo para ejecutar su plan. Iba a ser una función vistosa. Había que buscarle un marco que estuviera a la altura.

Encontró un gran montón de paja, de una altura de tres hombres, apilado contra la muralla. Miró alrededor. En aquel lugar se abría una gran plaza atestada de puestos. La hierba seca serviría para alfombrar las calles a lo largo del día. De no hacerlo así, el tránsito de los animales las habría convertido en un lodazal. Aydan inspeccionó con cuidado el lugar y se decidió tras repasar mentalmente las enseñanzas de Ezra. Sí, la ubicación era perfecta. Ya podía empezar.

Tras retirarse a una callejuela apartada para ultimar los preparativos previos al ataque, se dispuso a subir a lo alto de la muralla. Repartidas por el

perímetro interior, unas escaleras de piedra permitían ascender hasta el adarve. Arriba, entre las almenas, los centinelas hacían guardia.

La vieja Gwened no era una ciudad amenazada, pero Aydan percibió que el castillo estaba fuertemente protegido. Incluso así podría haber entrado, pero no le hubiera servido de mucho. Localizar a Cearbhall y rescatar a los prisioneros asaltando la fortaleza por las bravas era algo imposible para un hombre solo. Por eso había preparado aquella función. Tal vez poco menos que suicida, sonrió, pero al menos habría espectáculo.

Un soldado vio desde arriba cómo un muchacho envuelto en una capa subía por la escalera reservada a la milicia y le dio un grito. Al ver que no se daba por aludido, se dispuso a cortarle el paso. Se encontraron en lo alto, justo cuando Aydan llegaba al último escalón.

—Te estoy diciendo que no puedes subir aquí —advirtió el guardia, con tono amenazador—. ¿Estás sordo, o qué?

Ahí, Aydan notó un primer mareo. Todo según lo previsto.

Sin mediar palabra, y ante el gesto de perplejidad del soldado, el muchacho bajó la cabeza. Después se dio la vuelta, simulando que se disponía a bajar por donde acababa de subir. El hombre se encogió de hombros y se giró para regresar a su puesto. Sin embargo, antes de que pudiera dar dos pasos, una fuerza brutal lo empujó por la espalda y lo tiró de la muralla. Así, sin ningún miramiento. El soldado soltó un alarido mientras caía, agitando frenéticamente los brazos y las piernas para reequilibrarse. Logró caer de pie, pero el impacto fue tan fuerte que sus tobillos se quebraron como dos ramas secas. A sus gritos de dolor se le sumaron las exclamaciones horrorizadas de los que lo habían visto caer. Unos comerciantes afirmaban a voces haber presenciado cómo aquel encapuchado lo empujaba a traición. Lo había atacado con intención asesina, señalaban desde abajo, despeñándolo desde las alturas.

Los centinelas dieron la voz de alarma ante aquel insólito ataque. El agresor, mientras tanto, se deshizo de la capa y desenvainó la espada que llevaba oculta.

—¡Gentes de Vannes! —bramó, ante el silencio expectante que se hizo en la plaza—. ¡Estoy aquí para vengar la memoria de la gran sanadora de Morbihan! ¿Acaso no recordáis a Myrna Ménec? ¡Para vuestra eterna vergüenza, asesinada en esta ciudad sin que nadie hiciera nada por evitarlo! —Aydan sintió un segundo mareo. Por un momento le pareció que se iba a desplomar, pero resistió—. ¿Dónde se esconde ese cobarde llamado Cearbhall Pomichet?

Comerciantes, vecinos y soldados lo miraron desde abajo sin dar crédito. Aquel supuesto asesino, pese a vestir una coraza de guerrero con la cruz de los hospitalarios, era un simple muchacho. No parecía que tuviera más de quince años, y eso a lo sumo.

Aun así, a pesar de ello, se atrevía a exigir que compareciera ante él el regente del condado. A solicitar a gritos que le rindiera cuentas el hombre a quien el mismísimo conde en persona, uno de los nobles más poderosos de toda Francia, había cedido el bastón de mando de su señorío. Tenía que estar loco. No había otra explicación.

—¡Decidle que está aquí Aydan Sneachd, caballero de la Orden de Rodas! ¡Qué dé la cara, si es hombre! ¡Yo le haré pagar por sus infamias!

El eco reverberó por toda la plaza. Las gentes lo miraban, incrédulas, desde abajo. Un tercer mareo, junto con el avance de los soldados por la ronda, le anunció que debía actuar de inmediato. La pelea que había venido a provocar era inminente. Antes de que nada más sucediera, Aydan se desplazó por el adarve para colocarse en el lugar previsto. Su plan estaba llegando al punto clave. No había margen para el error. Miró abajo. Justo a sus pies estaba el montón de heno. Perfecto, pensó.

Hasta allí, todo había salido según lo planeado.

Su espada destelleó bajo el sol de la mañana. Los soldados se miraron desconcertados al ver que se disponía a presentar batalla. Al acercarse, lo miraron con desconfianza. Los ojos de aquel chiquillo desprendían una luz aún más intensa que la de su acero.

La gente abrió la boca, asombrada, al ver su expresión mientras era acorralado por los guardias. Tenía que ser un loco o un suicida, no había más opción. Ignorándolos, Aydan se puso en guardia. Su actitud dejaba claro que aquel combate iba a ser a vida o muerte.

Otro mareo. Sonrió.

—Esta vez elijo muerte.

CXV

TOLEDO, ENERO DE 1408

—Todo eso está muy bien, pero…

El escepticismo de Ezra era algo habitual.

Hacía seis meses que Aydan había llegado a Toledo, inconsciente y moribundo. Un largo medio año era lo que había tardado en recuperarse totalmente. Había sido una lucha terrible, de la que solo los cuidados de Yasser habían logrado sacarlo con vida. De cualquier otro modo, la cuchillada asestada por Dreng en Roncesvalles hubiera sido mortal.

Su cicatriz quedaría para siempre allí, junto a su ombligo, como el recuerdo indeleble de aquel milagro.

Los entrenamientos con el sefardí habían empezado unas semanas antes, y lo habían hecho sin atisbo alguno de piedad. El chiquillo se había encontrado de repente ante una exigencia sin límites ni horarios. De golpe, su vida se transformó una sucesión interminable de esfuerzos sobrehumanos.

Cansancio, hambre, sed, sueño, privaciones. Estos conceptos, y mil más, pasaron a ser considerados como ilusiones que había que ignorar. Engaños del cuerpo, decía Ezra, que nos hacen débiles. Que no son reales.

«Que solo están en tu mente».

—… muy bien, sí… pero lo único que has aprendido con Beadur —siguió Ezra, descreído. Nada de lo asimilado anteriormente era suficiente para él— se limita a sobrevivir en los bosques, y poco más. Si acaso, unos fundamentos rudimentarios de lucha con espada.

A sus diez años, Aydan era ya un espadachín diestro. «Caricias», le llamaba Ezra a sus destrezas, aunque ya fuese letal ante soldados adultos. En el patio de la casa de su nuevo maestro, el pequeño jadeaba, tratando de recuperar el aliento. El hombre, impasible, lo observaba con dureza.

Caricias. No le hacía ninguna gracia, pero tenía que reconocer que era cierto. Sí, al menos, si se comparaba con la exigencia del sefardí. Nunca hasta entonces había pensado que el aprendizaje con el gauta pudiera parecer suave. No obstante ahora, desde Toledo, recordaba la vida junto a Beadur como un juego de niños.

El entrenamiento con el mejor guerrero del mundo era otra cosa.

Ya antes del amanecer le esperaban cuatro horas diarias de pura agonía. Carreras y saltos, ascender paredes verticales, colgarse de vigas y cuerdas para elevar el propio peso con los brazos y cargar pesos cada vez mayores. Eso era lo primero que hacían cada día. Los músculos del maestro parecían hechos de un acero flexible e indestructible.

Inasequibles al cansancio.

—Esos soldados que tú conoces, con esas panzas llenas de sidra y de comilonas, no son más que unos muñecos fofos y torpes. Un auténtico guerrero debe ser un rayo. Un gato salvaje. Huesos, músculo y piel seca. El resto sobra.

Vistiendo nada más que un pantalón de cuero que les llegaba a las rodillas, practicaban después la técnica con la espada. Eran horas y horas cada día, pero a Aydan el tiempo le pasaba volando.

La espada de madera se ajustaba a su mano como si hubiera nacido para esgrimirla.

Tras cientos de repeticiones, de errores casi imperceptibles que hacían que Ezra lo corrigiera una y otra vez, lograba ejecutar, al cabo de varias semanas, una nueva habilidad. El maestro era implacable. Los desaciertos no se

perdonaban. Un solo error en combate y estás muerto, decía. Es mi labor impedirlo. A cada fallo respondía con golpes. Unas estocadas inmisericordes le dejaban grabada la madera en las costillas y en los muslos.

Aydan recibía el castigo sin inmutarse.

Cada vez, de hecho, inclinaba la cabeza. Era su manera de disculparse por el error y de agradecer la lección. Cada golpe recibido con la espada de boj evitaría su equivalente futuro con una hoja de acero.

Nunca se quejaba. Jamás torcía el gesto. En su cara solo se reflejaba una convicción férrea. Una determinación inquebrantable. Seguía y seguía siempre, incansable, hasta que las cosas le empezaban a salir. Entonces, Ezra asentía levemente con un gruñido de satisfacción. Después pasaba a la siguiente técnica, más difícil aún. Un nuevo aprendizaje que conllevaba inevitablemente nuevos castigos sobre el magullado cuerpo de su aprendiz.

En las mañanas gélidas del invierno toledano los dos luchadores, relucientes por el sudor que empapaba sus cuerpos, desprendían vapor mientras repetían una y mil veces cada movimiento. Un baile mortífero ejecutado en secreto, en el que cada músculo se marcaba bajo la piel, tenso, como si estuviera a punto de saltar por los aires.

«Un guerrero no es simplemente una espada. Solo las buenas decisiones te harán invencible».

Los criterios para escoger el armamento idóneo para cada situación, cómo se determina la táctica en función de mil factores. La situación, la guardia abierta o cerrada, el número de contrincantes y las formas de afrontarlos.

Cómo desarrollar una resistencia sobrehumana ante las necesidades de comer o dormir. El entrenamiento mental que le permitiría resistir el dolor más atroz en caso de ser sometido a tortura.

No había disciplina en la que Ezra no fuera un maestro excepcional.

Aydan comprendió por qué Beadur y Jolivet consideraban al sefardí como el mejor guerrero del mundo. Su talento, fuera de lo corriente, había sido forjado a fuego por los mejores maestros en Rodas. Pero no era aquello lo que había hecho de aquel hombre una perfecta máquina de combate.

La clave era su autoexigencia.

Su constancia. Cada cosa que hacía estaba orientada al mismo fin. Sus comidas. Sus hábitos. Sus ejercicios; hasta cuando estaba sentado y aparentaba no estar haciendo nada. Cómo dormía. Cómo estiraba aquella musculatura durante horas cada día. Cómo se aseaba. Todo.

No tardó en comprenderlo. No había otro camino.

Sin embargo, el pequeño no era el único que estaba impresionado.

El guerrero tampoco daba crédito a lo que cada día veían sus ojos. Las condiciones innatas del chiquillo eran excepcionales, tenía que admitirlo. Tanto, que podía afirmar que nunca había visto antes nada parecido. Un buen punto de partida, desde luego. Pero, tal y como le indicaba su experiencia,

solamente eso no constituía ninguna garantía de éxito.

El trabajo incansable, eso era.

Lo que hacía que aquel niño progresara a aquella velocidad era su tesón sin límites. Una determinación tan firme como un corazón de roca sustentaba una convicción a prueba de cañonazos.

Jamás se quejaba. Nunca pedía descanso. Al contrario, siempre parecía querer más. Casi siempre era el propio Ezra el que acababa por detener el entrenamiento. Aunque jadeante, en esas ocasiones se quedaba mirándolo con los ojos muy abiertos. Siempre sin aliento y empapado en sudor, pero siempre también esperando ansioso una nueva instrucción. Cualquier cosa que le permitiera mejorar. Que lo convirtiera cuanto antes en un gran guerrero.

El maestro comprendió pronto que un fuego especial ardía en el interior de aquel cuerpo menudo. Una fuerza atávica lo impulsaba contra todo tipo de adversidad. Aquel tipo de motivación, lo sabía, solo podía sustentarse sobre una obsesión tan antigua como la propia vida. Con algo que, en el caso de Aydan, lo mantenía en pie contra el desánimo. Ezra conocía bien aquel impulso. Solo podía corresponder con una cosa.

El deseo de venganza.

Ya afrontarían el modo de canalizar aquel instinto para que no se volviera contra él.

—Nunca verás armas como estas, Aydan. —El chiquillo examinó aquellas hojas con atención—. Es acero damasceno. Solo la combinación perfecta de hierro, carbón y aire de Damasco es capaz de forjar espadas así.

El maestro le mostró cómo se añadía vidrio a la mezcla fundida para obtener aquel acero flexible y sólido. Era cierto, no había espadas como aquellas. Capaces de cortar seda en el aire, pero también de deshacer una piedra a golpes sin perder el filo.

Las espadas que él conocía se veían torpes y desequilibradas al lado de aquellas hojas de factura casi mágica.

—Algunos pretenden imitar el damasquinado aquí, en Toledo. Y no le andan lejos, si te soy sincero. Las que hacen aquí son ya las mejores espadas de toda esta parte del mundo, pero aún no se pueden comparar con las nuestras. Recuérdalo: filo contra filo, tu arma siempre será más fuerte. No hay adversario en toda Europa para ellas. No negarás que es un buen punto de partida.

Las lecciones se sucedían sin descanso. Preparar cuerpo y mente para las condiciones más extremas, recrear combates a ojos cerrados, horas de estiramientos atroces para recuperarse antes y volver al entrenamiento sin daños. Todo eso y mucho más. Un bucle que nunca tenía fin. Que se repetía una y otra vez.

Ezra no concedía un instante de sosiego. Ese era otro concepto que no existía en su vocabulario. Hasta el descanso requería disciplina.

Al cabo de dos años, y ya a punto de partir hacia Rodas, el aprendiz ya se había convertido en un pequeño maestro. Pese a no haber cumplido aún trece años, Aydan era ya el guerrero más mortífero que se podía encontrar en toda la ciudad de Toledo.

Exceptuando, como es lógico, al gran Ezra ibn Levy.

El Custodio del Legado, pese a todo, no hallaba sosiego. El muchacho había advertido que la preocupación ensombrecía su mirada. No sospechaba que la causa era él mismo. Más bien, su insistencia. Ezra lo veía entrenar cada día con preocupación. La guerra contra los otomanos no era lugar para un chiquillo. Sin embargo, ya no podía contener más su ímpetu.

Aydan estaba decidido a partir al frente de batalla. Lo que fuera, con tal de llegar lo antes posible a su objetivo último. Estaba obsesionado con volver a casa. Con rescatar algo que tal vez ya no pudiera ser rescatado. Y para ello, se había puesto una meta: convertirse en hospitalario.

El ceño de Ezra estaba permanentemente fruncido. Por mucho que el muchacho atesorase un talento excepcional, la perspectiva le aterraba. La guerra, rumiaba una y otra vez, es un infierno incierto donde la muerte lanza monedas al aire sin descanso.

Él, que no tenía miedo a nada, se pasaba ahora los días espantando fantasmas.

Temblaba cada vez que atisbaba un augurio que había ido cogiendo forma con el tiempo, y que ahora no dejaba de sobrevolarlo.

Que no dejaba de susurrarle que tal vez el pequeño Aydan nunca fuera a regresar.

CXVI

—Mi señor, un loco está montando jaleo ahí afuera.

El guardia simulaba estar sereno, pero un temblor en su voz delataba una extraña alteración. Cearbhall arqueó las cejas, sorprendido. Estaba supervisando con su contable las cuentas de la última feria cuando el soldado, con cara de circunstancias, entró en el salón. Los dos se quedaron mirándolo con un interrogante en los ojos.

—Ha tirado a cuatro compañeros desde lo alto del adarve. A cuatro por lo menos, porque la lucha sigue…

El regente de Gwened no lograba asimilar lo que estaba escuchando. El contable, aunque estupefacto, reaccionó primero.

—¿Cómo que un loco? —Cearbhall se incorporó entonces, asintiendo—. Si ha acabado ya con cuatro centinelas, será más bien un gran guerrero, ¿no?

El soldado bajó la cabeza.

—En realidad, no es más que un muchacho —musitó, avergonzado—. Ha reclamado vuestra presencia, mi señor. Dice que está aquí para vengar la muerte de la druida de Karnag. De la vieja Myrna, que según él fue ejecutada injustamente.

El regente se quedó pálido. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Ha dicho que su nombre es algo así como Aydan no sé qué, y… no para de gritar delante de todo el mundo que os va a hacer pagar por vuestras infamias —al soldado, esta vez, solo le salió un hilo de voz.

Lo que estaba sucediendo era una vergüenza para todos, pero era la previsible ira de Cearbhall lo que más le preocupaba.

Sin embargo, no hubo ninguna reacción airada. Al contrario, el señor de Pornichet se limitó a salir disparado hacia la muralla. Los miembros de su escolta lo vieron pasar y decidieron ir tras él aun sin saber qué era lo que estaba pasando. Les resultó fácil. Solo había que seguir a la gente que corría por las calles. Todos iban en dirección a la gran plaza. Ya desde la distancia se escuchaba una gran algazara. Nada más llegar, el regente comprobó que lo descrito por el soldado coincidía exactamente con la realidad.

Solo había una precisión que hacerle. En lugar de cuatro, ya eran siete los hombres que Aydan había logrado tirar del adarve. Por suerte para ellos, las consecuencias no eran tan terribles como se podría prever. Habían ido cayendo sobre el montón de paja que estaba justo bajo sus pies. Aunque heridos, ninguno estaba grave.

El muchacho se defendía con una maestría asombrosa. Su manejo de la espada provocaba exclamaciones de admiración entre los que presenciaban el combate desde la plaza. Nunca habían visto nada igual. Aquel pequeño encapuchado estaba ejecutando una especie de coreografía mortal en la que enlazaba las estocadas y las maniobras evasivas como si fueran pasos de baile. Sus contrincantes parecían muñecos de paja a su lado. Cada vez que se acercaban a él, recibían un castigo.

—¡Inútiles! —desde abajo, Cearbhall chilló como una rata histérica, haciendo callar las exclamaciones del gentío—. ¿Dónde están los arqueros? ¡Qué disparen, vamos!

—Pero, señor, podrían acertarle a nuestros hombres…

—¡No me importa! ¡Que carguen los arcos y lo acribillen! ¡Ya!

Desde las alturas, Aydan oyó los gritos. Perfecto, Cearbhall ya estaba allí. Llegó la hora, sonrió entonces para sus adentros. Dos espadachines lo asediaban por cada lado. De soslayo pudo ver que los arqueros formaban en mitad de la plaza y se disponían a dispararle. Era el momento. Además, el mareo era ya tan intenso que le hacía percibir los ataques con lentitud, casi con torpeza. Preparándose, rechazó una última estocada. Entonces, un traspiés le

hizo perder pie en el borde del muro.

El púbico emitió una exclamación horrorizada.

Aydan cayó de espaldas, con gran estrépito, sobre el montón de paja. Aún por los aires, sintió que el alma se le escapaba del cuerpo y que todo se volvía negro. Exactamente como le habían explicado.

El grito provocado por su caída dio paso a un silencio expectante. Cearbhall miró alrededor, furioso. Había percibido claramente el tono de decepción en la voz de la multitud.

Entre la gente de Vannes se había extendido la noticia de que un joven caballero había llegado a la ciudad para vengar la muerte de Myrna Ménec. El ajusticiamiento de la mujer que tantas vidas había salvado en Morbihan aún suscitaba remordimiento en muchos corazones. Quien más y quien menos, todos seguían consternados. A algunos les escocía en el orgullo y otros, directamente, estaban desolados. Ella se había dedicado a todos en cuerpo y alma durante décadas, y ellos no habían logrado salvarla.

Los soldados de la plaza, temerosos, rodearon el montón de hierba seca sin atreverse a comprobar qué había sido del misterioso atacante. Aún no comprendían cómo un simple muchacho había resultado ser tan temible adversario en la lucha cuerpo a cuerpo. Ni siquiera aquella coraza de hospitalario justificaba semejante proeza.

—¡Prendedlo, estúpidos! —oyeron chillar de nuevo a su señor—. ¿A qué esperáis, a que se recupere?

Los guardias se miraban, indecisos, pero los que estaban en el adarve los animaron.

—¡Está boca abajo! —señaló uno, desde arriba—. Ha perdido la espada en la caída. No se mueve… ¡debe de estar inconsciente!

Finalmente, los hombres de Gwened se decidieron a trepar sobre la paja. No tardaron en llegar al chiquillo. Con mil precauciones, le dieron la vuelta. Seis espadas le apuntaban al girarlo, pero pronto comprobaron que estaba completamente fuera de combate. De hecho, parecía que ni siquiera respiraba. Se miraron de nuevo, esta vez desconcertados.

Cearbhall se acercó con cuidado cuando los soldados posaron el cuerpo del muchacho sobre el suelo enlosado.

—Parece muerto —observó uno de los centinelas.

—No puede ser —rebatió el capitán—. La hierba ha amortiguado el golpe… ¿de qué ha podido morir, entonces?

Hicieron llamar al barbero sangrador. Un hombre tosco, que hacía de sacamuelas en los días de feria, era por aquel entonces la mayor autoridad médica en la ciudad. Desde la muerte de la druida y el encarcelamiento de su aprendiza, el oficio en Vannes era ejercido por matronas y barberos.

—Este chiquillo está muerto. —Ante la expectación de la muchedumbre, el hombre llevó a cabo una minuciosa exploración—. Comprobadlo vos

mismo. No tiene pulso.

Cearbhall rechazó el ofrecimiento.

—Se habrá golpeado la cabeza en la caída… seguramente se habrá desnucado —aventuró el barbero—. El caso es que no respira, y su corazón no late. De eso no hay duda.

Una aflicción muda se propagó por toda la plaza. La ciudad al completo se enteró en segundos de que aquel guerrero audaz había perdido la vida por culpa de un desafortunado accidente cuando les estaba dando su merecido a los matones del castillo. Los remordimientos adormecidos se reavivaron con fuerza. Cinco años de mala conciencia salieron a flote, transformándose poco a poco en crispación. La desgracia de aquel pequeño héroe fue el detonador de un barril de pólvora que llevaba un lustro guardado, tal vez incluso enterrado; pero que jamás había sido olvidado.

Cearbhall percibió la rabia que crecía por momentos a su alrededor como un rugido lejano que se fuera acercando poco a poco. Como la marea que subía, alrededor de Saint Michel, a la vertiginosa velocidad a la que galopa un semental. Solo que aquella marea no era de agua. Era de una indignación enquistada.

—Llevadlo al castillo —ordenó.

Tenía que hacer desaparecer el cuerpo antes de que las cosas se pusieran feas.

Sin embargo, su malestar duró poco. Nada más entrar en el castillo, su momentánea preocupación dejó paso al entusiasmo. La nueva situación suponía un triunfo definitivo para él. Poco importaban las miradas de odio o los susurros furiosos. Un placer eufórico lo desbordó, y entonces cayó en la cuenta de que aquel cadáver seguía siendo el regalo perfecto para cierta personita.

En el calabozo de la fortaleza, ajena a todo, esperaba una muchacha orgullosa. Una escocesa menuda que, pese a los cinco años de confinamiento, aún no había dado su brazo a torcer.

A su orden, los soldados cargaron con el cuerpo de Aydan. No entendían qué pintaba un muerto en la cárcel, pero a esas alturas no iban a discutir. Cearbhall los siguió a unos pasos, luciendo sin disimulo una sonrisa victoriosa.

No era para menos.

La resistencia de Breann Airdsgainne estaba a punto de ser aniquilada para siempre.

CXVII

Las enseñanzas de Myrna nunca caían en saco roto.

El día después de la pelea con Jodoc y los otros dos chiquillos, el silencio reinó durante horas en la casita de Karnag. Algo insólito para una vivienda donde habitaba un niño de ocho años.

Aydan se pasó la tarde entera sin hablar, mirando por la ventana con aire pensativo.

Myrna lo estuvo observando, satisfecha, sin que él se diera cuenta. El pequeño se había quedado en aquel estado tras sumergirse en las aguas frías del remanso. Al cabo, asintió sin decir nada, como para sí misma. La lección sobre la templanza, lo sabía bien, quedaría para siempre en su memoria como una coraza oculta. Justamente su intención.

—No le des más vueltas —le dijo ella sonriendo hacia el final de la tarde, cuando ya se alargaban las sombras en el bosque—. No creo que se vuelvan a meter contigo después de la paliza que les has dado. Aunque si lo hacen, confío en que esta vez sea la inteligencia la que gestione tus emociones.

El pequeño volvió en sí al escuchar la voz de la anciana.

—No es eso —respondió, también sonriendo. Al verse reflejada en sus ojos, ella comprendió que sus cavilaciones habían estado transitando otros senderos—. Estaba pensando en lo que me explicaste sobre la planta del digital al volver…

—¿La dedalera? ¿Eso de que su extracto amaina el pulso de un hombre? —Ahora fue la sanadora la que sonrió de nuevo.

Los secretos de las plantas, de las estaciones y de las estrellas eran su día a día. En conversaciones pausadas como aquella ocupaban sus paseos cotidianos entre la floresta. Sin embargo, los efectos de la dedalera parecían haber calado hondo en su curiosidad.

—Hasta hacerlo pasar por muerto, sí. —Aquello, al parecer, era lo que más le había llamado la atención.

La anciana lo miró fijamente. El pequeño parecía haber elegido por sí mismo la lección del día. Sus ojos sonrientes le dieron una pista. Que un supuesto fallecido pudiera volver a la vida era algo llamativo para la mente de un niño, desde luego.

Él también se quedó observándola, expectante.

—¿Qué quieres saber? ¿El proceso que permite obtener esa esencia mortífera? ¿Las cantidades de hoja que necesitarías? ¿O las dosis que debemos aplicarle al paciente que sufre de corazón desbocado para curarlo sin llegar a matarlo? —El chiquillo le mantuvo la mirada con decisión. Ella, divertida, le hizo aún una última pregunta—. ¿O acaso quieres que te cuente cómo un hombre podría simular su propia muerte gracias al extracto de esa planta?

Esta vez, Aydan no respondió. No hacía falta. Una sonrisa atravesada iluminaba su cara. Estaba claro que eso era lo que quería. Saber cómo se podía regresar del otro lado cuando ya todos te daban por muerto.

Myrna se incorporó. Al ponerse manos a la obra cruzaron una sonrisa cómplice. Ya que él mismo lo pedía, esa sería la lección de aquel día de silencio y reflexión. Aydan se frotó las manos.

Estaba a punto de aprender cómo podría simular su propia muerte.

En sus ojos destellaba, traviesa, una luz de nuevo cuño.

CXVIII

Cearbhall no daba crédito a tanta buena suerte.

Sus manos temblaban de emoción. Acababa de dejar el cuerpo inerte en la celda de Breann. Saborear la victoria definitiva de una manera tan inesperada era la mejor sensación que había vivido en mucho tiempo. Aún no era capaz de asimilarlo. Un súbito golpe de fortuna le había proporcionado su mayor objeto de deseo.

El centro mismo de todas sus tribulaciones.

Después de tantos años, le costaba asimilar que todo se hubiera resuelto de la manera más absurda. Llevaba todo un lustro persiguiendo a aquel niño del demonio. Usando para ello todo el poderío militar del condado sin escatimar en gastos ni en medios, pero siempre fracasando. Siempre en vano, hasta casi llegar a desesperar. Hasta el punto, recordó, de haber llegado a buscar una solución más que arriesgada fuera del señorío. Asociarse con asesinos solo era aceptable cuando no quedaba otra opción. Ahora lo veía claro.

Auténticos profesionales, le habían dicho. Los hombres del mismísimo rey de Inglaterra. Recordó el día en el que había contratado a Dreng. Ahí se puso serio.

Aun después de tanto tiempo, haberle vendido el alma al diablo seguía pareciéndole aterrador.

Por encima, había resultado tan caro como inútil. Los hombres de Straw solo habían logrado capturar al guerrero del norte. Al parecer, aquel lobo solitario había acogido al niño durante dos largos años en Normandía, entre las serpientes y las aguas pantanosas de una marisma remota. El mismo fantasma que se lo había arrebatado a sus hombres en Quiberon, sí.

Se encogió de hombros. Aquel entrometido llevaba tiempo pagando por sus fechorías en la torre del castillo. Allí seguía años después, cargado de cadenas. Eso, admitió, se lo había facilitado Dreng. Pero había sido lo único. El dichoso chiquillo había logrado escapar hasta de aquellos hombres,

posiblemente los mejores espías del mundo entero.

Exceptuando, tal vez, a los hospitalarios de Rodas.

En la soledad de su cámara, Cearbhall clavó la vista en la pared. Después de aquel episodio, que aún lo torturaba, se había desatado el infierno. La incertidumbre asfixiante de tres años de vacío. Un silencio estremecedor que no había dejado de amenazarlo con imágenes siniestras de verdugos y cadalsos. Sin noticias de Dreng, la espera se había convertido en una agonía que había ido apagando su ánimo hasta acabar por robarle el sueño.

Cearbhall había perdido en aquel tiempo el color del rostro. Unas ojeras moradas enmarcaban sus ojos día y noche, y unos tics nerviosos aparecieron junto a su boca, provocando la burla clandestina de sus sirvientes. El miedo había penetrado hasta sus raíces, y había hecho alianza con los remordimientos.

El asesinato de Alix seguía rondando su cabeza. En cuanto cerraba los ojos, le asaltaba su sonrisa compasiva. Aquellas manos cariñosas de los primeros tiempos. Su cabeza rodando sobre la nieve.

La dulce condesa. La mujer que lo había tratado como a un hijo desde el mismo momento en que había llegado a Vannes, escuálido y lleno de piojos.

Su conciencia culpable había acabado por hacerle enfermar.

Atrapar a Aydan se convirtió entonces en una obsesión. Con Myrna muerta y Breann encerrada, la existencia del chiquillo era ya lo único que amenazaba su poder. El niño era la prueba viva de su participación en aquel asesinato y en la muerte de Patern. Acabó por transformarse en un espectro. La espiral obsesiva lo convirtió en una sombra. Caminaba encorvado como un viejo y siempre tenía frío. Consecuencias de vivir bajo una constante amenaza de muerte.

La hoja que oscilaba sobre su cabeza pendía de un cordón cada vez más fino.

Pero ahora, recordó aliviado, todo había acabado.

Cearbhall sacudió la cabeza al volver en sí. La sombra funesta que lo había obsesionado durante tanto tiempo había vuelto para tortúralo, pero ya no lo haría más. La amenaza ya no existía; el chiquillo estaba muerto. Aún no lograba acostumbrarse a la idea.

Sin embargo, una nueva preocupación ensombrecía su frente ahora. Algo en lo que nunca antes había caído, pero que se había revelado ese mismo día de forma inequívoca.

La reacción del pueblo de Vannes tras la muerte de Aydan. Eso era.

La amargura diluyó en parte su entusiasmo. Iba a tener que afrontar ese descontento para no perder el control de la ciudad. De todos modos, se recordó, ahora tocaba disfrutar de la victoria alcanzada. No veía probable que el conde regresara pronto. Seguramente se quedaría en la Corte muchos años, tal vez para el resto de su vida. Los otros once caballeros tampoco iban a

aparecer por Vannes si no había motivos, eso seguro. Las altas ocupaciones de los hijos de Patern exigían una dedicación absoluta. Sí, se regocijó. Podría decirse que se acababa de consolidar como señor de Vannes de manera vitalicia. Aunque todavía acusaba los estragos de tanto desgaste, una sonrisa apareció en sus labios. Habían sido cinco años de martirio desde su desaparición entre las filas de piedras hitas, pero el joven caballero era ahora un cadáver. Era hora de disfrutar.

Pero entonces, su sonrisa se congeló.

Un escalofrío lo sacudió de arriba abajo al recordar los menhires de Karnag, y su alma supersticiosa se encogió en un instante. Acababa de recordar la vieja profecía de la piedra de Kermario.

Hijo de la nieve, de la muerte nacido
Guerrero de la Luz, caballero del este
de la casa de Gwened el número trece,
faro entre tinieblas, coloso elegido…

La profecía perdida brilló fugazmente ante sus ojos al constatar un detalle que le había pasado desapercibido. El frenesí del momento le había hecho obviar, cuando lo llevaron al calabozo, la cruz que el chiquillo llevaba bordada sobre la coraza. Aquel atuendo de hospitalario.

Era demasiada coincidencia. Al evocarlo una oleada de pánico lo recorrió de arriba abajo.

«*Caballero del este*».

Viejos espectros volvieron a cruzar los cielos. Aquel verso formaba parte de la inscripción perdida. De alguna forma que no llegaba a atisbar, Aydan había alcanzado la dignidad de caballero. A sus trece años, ya era miembro numerario de la Orden de San Juan de Jerusalén. Sus ropajes así lo atestiguaban.

Su euforia se congeló de golpe. Ni la única certeza absoluta, la de saber que estaba muerto, era ya suficiente. Trató de controlar sus emociones, pero sus manos temblaban sin control.

Tan solo la autoconvicción, al cabo de unos minutos, logró calmar parcialmente su pulso desbocado. Aun así, su pensamiento errante seguía vagando por un terreno pantanoso. Un nuevo recuerdo lo asaltó, poniéndole el vello de punta.

Justo en el momento en que le venía a la mente el siguiente verso de la profecía perdida,

el alarido de un centinela lo sobresaltó, confirmando su aterrador presentimiento.

—¡Mi señor! ¡Brujería!

El regente se incorporó de un salto, conteniendo el aliento. El barullo que se oía en el corredor acabó por ponerle los pelos de punta. Al otro lado de la puerta de su cámara, el mismo guardia volvió a gritar con voz aterrorizada.

—¡El prisionero ha resucitado!

CXIX

Breann cerró los ojos y llamó a la muerte.

Abrazada al cuerpo frío de Aydan, se abandonó. «A veces, la auténtica tortura es vivir».

Su voluntad se había nutrido de evocar tiempos felices. De unos recuerdos en los que sonreía Morvern y jugaba Aydan.

En otros, que le atravesaban el alma, Myrna ponía en juego su sabiduría.

La joven sanadora se había mantenido firme ante el desaliento gracias a la expectativa de otra vida. A unas imágenes soñadas donde su niño y Beadur aparecían juntos, libres y a salvo. Esas habían sido sus armas para no sucumbir. Para resistir aquella eternidad bajo tierra.

Sin embargo, todo había sido en vano.

La tortura de las horas contemplando los ladrillos húmedos. Los años de soledad. Los soles y las lunas que habrían iluminado el cielo mientras ella estaba allí, enterrada en vida. Los atardeceres estivales que no pudo contemplar. La bruma de invierno que no le permitieron respirar.

Las estaciones robadas. Las noches de Samhain perdidas.

A cambio, solo había recibido el asedio carroñero de su carcelero. Su aliento lascivo.

Solo su naturaleza, irreductible como los hielos perpetuos que rodean Inbhir Nis, la había ayudado a resistir. A mantener una bravura que, finalmente, había resultado estéril. Porque ya nada importaba.

Aydan estaba muerto.

Adormilada por un dolor inasumible, se dejó ir. En aquella sensación apagada de pesadilla llegó a percibir que aquel cuerpo ya no era el suyo. Que no quedaba ya más, en realidad, que un trapo tirado sobre la paja húmeda que cubría el suelo de pizarra de aquel calabozo negro y silencioso. Se sintió como los restos que se descartan de una cámara de tortura. Poco más que comida

para perros.

Abrazando los anchos hombros de aquel chiquillo vestido de guerrero, suplicó que el final llegara cuanto antes. Que acabara aquel tormento de una vez.

Empero, la muerte no acudió a la cita.

En su lugar se presentó, como un lamento surgido de las profundidades de la tierra, un tímido latido. Ella, conmocionada, abrió los ojos. ¿Qué había sido aquello? ¿El espejismo de un tambor que augura en falso un alba de gloria?

Anheló que fuera más bien el fulgor lejano que sorprende a quien creía que ya nunca vería un nuevo amanecer. Pero no, se dijo después. Era imposible.

Al rato, con una mano sobre el pecho de Aydan y su cabeza apoyada sobre un hombro del muchacho, Breann dedujo que habría sido la reverberación de algún golpe distante. Sin embargo, una nueva pulsación le cortó en seco la respiración. Poniendo todos sus sentidos en alerta, Breann pegó la oreja sobre la coraza y aguardó con la piel erizada y los ojos muy abiertos.

Y el corazón a punto de explotar.

Al principio, nada. Después, otro golpe.

Aquel corazón iba volviendo a la vida poco a poco, con un pulso aún débil y extremadamente lento, pero con una fuerza imparable que Breann identificó con unos síntomas que todavía recordaba.

—¿Intoxicación por extracto de dedalera? —se preguntó, sintiendo cómo se disparaba también su pulso, esta vez por la emoción—. ¿Sería capaz de arriesgarse tanto para que lo dieran por muerto?

No hacían falta respuestas. Era obvio que sí. Aquella era la manera de entrar en el castillo que él había ideado. Un plan arriesgado, pero no parecía haber muchas más opciones para que un muchacho solo asaltase una fortaleza.

Unas lágrimas gruesas asomaron a sus ojos al comprobar que su ritmo cardíaco se iba recuperando con firmeza. Aydan regresaba de la muerte por segunda vez, aunque pareciera imposible. A ella, sin embargo, le pareció estar volviendo del mismísimo infierno.

Exultante de felicidad, contribuyó a su reanimación con las técnicas que Myrna le había enseñado en los días de Karnag. Al cabo de unos minutos, el pequeño guerrero abrió los ojos y miró alrededor. Se encontró con el rostro estremecido de una Breann escuálida que lo miraba fijamente, demacrada por el sufrimiento pero al mismo tiempo radiante.

Entonces, Aydan sonrió levemente.

—Conque fueron tan crueles que me trajeron a ti. —Su gesto se volvió duro como la piedra—. Pretendían torturarte mostrándote mi cadáver.

Ella no podía parar de llorar y reír al mismo tiempo.

—¿Destilado de digital? —preguntó, pese a conocer la respuesta.

—Ayer dormí en nuestra casa, en Karnag. —Aydan sacó un frasquito que llevaba oculto en la entrepierna y bebió su contenido—. Además del botecito

negro que Myrna guardaba en la alacena, cogí esta pequeña dosis de antídoto. Espero que no te importe.

Breann reconoció el frasco. Esencia destilada de té negro, mezclada con azufre y otros minerales. Entre asombrada y aliviada, bendijo la memoria del chiquillo. No había olvidado a Myrna tras tantos años. Al parecer, las lecciones de la sanadora en sus paseos cotidianos habían calado hondo.

No podía parar de sonreír, pero de repente cayó en la lúgubre realidad y su sonrisa se nubló.

—Lo has hecho para que te metieran en el castillo. Para atacar, por sorpresa y desde dentro, a ese mezquino de Cearbhall. ¿No es verdad? —Aydan asintió, incorporándose. Entonces, ella pudo ver cuánto había crecido. Él empezó a ejercitarse, estirando los músculos—. Sin embargo, no previste que fueran a encerrar un cadáver en un calabozo.

El muchacho empezaba a sentir los efectos del antídoto. Su corazón ya latía con normalidad, y los movimientos de sus miembros recuperaban soltura con rapidez. Ella observó sus evoluciones con cara de circunstancias. No parecía que tanta audacia fuera a servirles de nada. Ahora estaban encerrados los dos.

—¿Qué haremos ahora? —Tras la euforia inicial, el panorama volvía a ser desolador. Aydan no estaba muerto, pero la situación seguía siendo terrible—. Aquí metidos, y desarmados… En cuanto se enteren de que estás vivo son capaces de matamos a los dos.

Él se encogió de hombros. Parecía estar muy seguro de lo que hacía; era como si su plan estuviera saliendo a la perfección. Ella se quedó observándolo con aire desconcertado.

—Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, Breann. —Aydan sacó dos espadas cortas que llevaba pegadas a los muslos—. Nada de desarmados, ya ves. Respecto a lo permanecer en este calabozo…

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire, rebotando contra las paredes llenas de moho. Entonces, Breann pudo ver que desenredaba un alambre grueso y maleable que llevaba camuflado alrededor del tobillo izquierdo.

—… te aseguro que no estaremos aquí mucho rato.

CXX

TOLEDO, DICIEMBRE DE 1409

El entrenamiento con Ezra era infernal. No había otra forma de definirlo.

Sin embargo, él lo afrontaba con entusiasmo. Cada cosa que aprendía le hacía brillar los ojos. El sefardí, con el ceño fruncido, lo desafiaba una y otra vez a nuevos retos imposibles. Toledo entera era su campo de batalla. Un combate que lo tenía lleno de cortes y cardenales. Golpes, caídas, esfuerzos sobrehumanos. Hambre, sueño, frío. Un ritmo que ningún muchacho de doce años hubiera sido capaz de aguantar.

Pero aquel, callaba el maestro, no era un muchacho cualquiera.

Podía resistir sesiones interminables de espada, con cientos de repeticiones que solo cesaban cuando la ejecución técnica alcanzaba la perfección. Cada práctica se prolongaba indefinidamente, a menudo hasta que los músculos de su antebrazo se convertían en hierro forjado. Hasta que los calambres en las piernas o en la espalda le dejaban tirado en el suelo. No importaba. Al día siguiente volvían a empezar. El sefardí se sorprendía ante aquella energía inagotable. Por momentos, parecía que disfrutara con aquel esfuerzo sobrehumano.

No tardó en percatarse del auténtico motivo.

Aydan se había dado cuenta de que el agotamiento físico era un alivio para el tormento del alma. Tanto, que acabó por ser su evasión. Lo que le permitía abstraerse del dolor de conciencia. La infamia sufrida por sus seres queridos no dejaba de torturarlo ni un instante. El esfuerzo le servía para apaciguar su ánimo atormentado, como también lo hacían el hambre y la sed a las que el sefardí lo sometía periódicamente.

Aquella formación requería una exigencia salvaje, sí, pero le aportaba calma.

No obstante, entre las pruebas a las que lo sometía el maestro, algunas acentuaban su angustia. Los ejercicios de habilidad, a los que Ezra otorgaba tanta importancia como a todo lo demás, lo obligaban a parar. Curiosamente, eso era lo más duro para él.

—Cuando te veas prisionero agradecerás estos días de cerraduras. —Su cara de hastío ante aquellas tareas no lograba conmover al maestro.

No hubiera servido de nada, pero lo cierto era que Aydan jamás protestaba. Ni aunque en las últimas semanas, como en aquel caso, su alimentación hubiera estado supeditada a forzar un sinfín de cerraduras que Ezra había tirado ante él.

—Cuando las abras todas, comerás —fue cuanto le indicó la primera vez.

En aquella ocasión, Aydan había tardado unas diez horas en resolver el ejercicio. No obstante, la dificultad había ido ascendiendo de modo exponencial.

Esta vez, el pequeño llevaba ya cuatro días luchando contra unos candados

aherrumbrados. Apenas unos hierros oxidados, ya casi completamente soldados por el efecto de la humedad y del tiempo. Cuatro días enteros sin comer ni dormir. Sin agua ni descanso. Una travesía eterna a través un páramo de frustración a la que, como ya había aprendido, sucedería otra similar. No importaba. Él nunca se rendía.

Finalmente, al borde del quinto día, se presentó en la cámara de Ezra, demacrado y famélico. Traía el último candado en la mano.

Abierto.

—Ya nunca serás prisionero, Aydan —sonrió el sefardí, visiblemente satisfecho—. Ni grilletes ni cerrojos podrán robarte tu tesoro más preciado. El único al que jamás puede renunciar un guerrero.

Él se apoyó en el dintel. Apenas se mantenía en pie. Aun así, asintió. No era la primera vez que escuchaba aquel discurso.

—La libertad —respondió, sin apenas fuerzas pero esbozando también una sonrisa leve.

La mano que sostenía el candado goteaba sangre. Las rozaduras provocadas por las horas de trasiego habían acabado por desollarle la piel. En la otra mano, retorcido y gastado por tanto uso, un alambre grueso y maleable era la prueba de aquel esfuerzo agónico. Una herramienta aparentemente inocente que ya siempre rodearía su tobillo izquierdo, como símbolo perpetuo de su posesión más sagrada.

Según palabras de Ezra ibn Levy, aquella era la garantía de que jamás existiría una cadena capaz de amarrarlo. Un alambre de acero enredado alrededor de su pierna. Su único compañero en los últimos cuatro días de lucha sería ya por siempre el recuerdo eterno de la sabiduría del maestro.

Asegurando lo único a lo que nunca puede renunciar un guerrero.

—Tu vuelo libre, Aydan, bajo las estrellas.

CXXI

Pierrick y Oanez no eran hombres de armas.

En realidad, se podría decir que no eran nada. Si acaso, los hijos de unos arrendatarios del conde. Eso eran. Corpulentos de sobra como para trabajar las tierras, pero demasiado vagos para hacerlo. Tanto, que sus padres habían acabado por aceptar cualquier salida. Al menos, que no fueran una carga para la familia. Al castillo como criados, ordenaron. Ya que ellos no habían podido, que el señor de Pornichet los metiera en cintura.

—Hasta el día de hoy no has hecho más que comer como un cerdo y encharcarte de sidra —el padre de Oanez se despidió así de su hijo, gordo y

colorado, tras dejarlo en manos del mayordomo—. Veremos si aquí te lo consienten todo, como ha hecho tu madre desde el mismo día en que llegaste a este mundo.

Así fue como entraron en la casa de Gwened. Al principio, trataron de enseñarles a manejar una espada. Eran grandes, podían ser útiles. Pronto desistieron. A hacer guardias nocturnas, dijeron después. Nadie quería pasarse las noches de invierno en las garitas del adarve. Pero tampoco. Dormían más de lo que velaban. Finalmente, a limpiar cuadras. Nada. O fingían haberse hecho daño al menor esfuerzo o se les escapaban los caballos. Al final, a sus responsables no les quedó más remedio que rendirse a la evidencia.

Aquellos dos no valían para trabajar.

—Pues que guarden el calabozo —indicó Cearbhall con desgana, abrumado por la documentación pendiente—. Ya que no sirven para nada, que vigilen la puerta del sótano. Que le hagan compañía a la única criatura del castillo que muestra la misma vitalidad que ellos.

El regente vio que la ceja levantada del capitán exigía una aclaración e hizo un mohín de hastío. Detestaba ocuparse de nimiedades cuando tenía cosas importantes que hacer.

—El moho de las paredes —le aclaró, de mal humor.

Así que allí fueron confinados de sol a sol. Era un trabajo sencillo. Al fin y al cabo, unos barrotes de hierro y dos puertas permanentemente trancadas hacían imposible que nadie pudiera salir de allí. Ni siquiera tenían que compartir espacio con la prisionera. Por suerte, ellos estaban al otro lado del portón metálico. Ni la veían, por tanto. Mejor. Aquella muchachita les daba repelús. Enterrada en vida, y sin embargo tan orgullosa. Con aquel fuego en la mirada que ellos jamás habían tenido.

Tenía que ser cierto aquello de que era una bruja.

Pasarse los días bajo tierra, rodeados de humedad, de oscuridad y de aburrimiento, hubiera sido un castigo para cualquiera. Además, ser el guardián de aquella puerta era como llevar al cuello un cartel con la palabra inútil. Sin embargo, Oanez y Pierrick asumieron con agrado su función. Se pasaban el día entero sin dar golpe. A resguardo, sin pasar frío ni calor. Bien comidos y con la misma ración de sidra que los soldados. Después de tantos años de penurias trabajando las tierras, decían, al fin habían recibido el tan merecido descanso.

Nada hacía prever que aquel remanso pudiera truncarse. Aun así, aquel día les había traído una inesperada alteración. No les gustaba nada cuando aquello sucedía, pero sí, un hecho insólito había venido a romper el tedio habitual. Tras un extraño revuelo en las murallas, en pleno día de feria, los soldados habían bajado un chiquillo al calabozo. Un muchachito vestido con ropajes de caballero que parecía estar muerto. Ellos se miraron con sorpresa al verlo pasar.

Curioso destino para un fallecido, decían sus ojos.

Allí lo dejaron, con la bruja escocesa. Era muy raro. Sobre todo, porque ella estaba sola desde que habían sacado de allí al otro prisionero. Aún se les ponía mal cuerpo al recordarlo. Un guerrero de trenza rubia que había entrado moribundo, con una flecha atravesándole el pecho, pero al que ella había logrado curar.

No había quien entendiera aquellos embrollos. No obstante, ellos se limitaron a encogerse de hombros. No le iban a dar vueltas a aquel asunto, por estrafalario que pareciera. Si el señor Cearbhall quería llevar difuntos a los calabozos, por ellos bien hecho estaba. Mientras no les faltase sidra y comida, podía bailar desnudo sobre la muralla.

Allí dejaron los soldados al muchacho, tirado como un trapo. Después, se retiraron sin tan siquiera mirarlos. Tampoco les importó. Que los ignoraran era la mejor parte de aquel trabajo privilegiado. El calabozo se quedó de nuevo sumido en aquel silencio que solo se podría haber hallado en un sepulcro.

—¿Has oído eso? —musitó Pierrick tras un par de horas, mientras roía un trozo de queso que había robado en la cocina.

Oanez, tirado en un rincón, aguzó el oído.

—No oigo nada —respondió, al cabo de un rato.

Se recostaron de nuevo. Ya había habido demasiadas sorpresas aquella mañana. Así pues, cerraron los ojos, complacidos.

Nada hacía prever que su paraíso particular fuera a reventar con el estruendo de una explosión. Y aun así, eso fue lo que sucedió justo después. Sus días de tranquilidad habían acabado para siempre.

Sin previo aviso, la puerta de hierro que cerraba el calabozo se abrió con estrépito. El temblor y el ruido precedieron a dos figuras que avanzaban con paso firme, como apariciones fantasmales, entre la penumbra y el polvo.

Los guardias pegaron un bote tan torpe que chocaron entre sí y acabaron cayéndose contra las paredes. Eran los prisioneros, el muerto y la bruja, que acababan de traspasar como si nada los barrotes de hierro y las puertas cerradas a cal y canto. Ante semejante visión, los dos salieron volando escaleras arriba. Corrían y chillaban, histéricos, dándose codazos para adelantar al otro. Aydan los vio desaparecer con toda la velocidad que les permitían sus piernas zambas y sus panzas bamboleantes.

Ya arriba, atravesaron la planta principal vociferando. Era como si hubieran visto al mismísimo diablo. Los pocos guardias que transitaban los corredores en aquel día de feria les salieron al paso, alarmados, pero no pudieron hacer más que verlos pasar como una exhalación. Todos los miraban confundidos, sin entender a qué se debía tanto revuelo.

—¡Dejad paso! —gritaban, avanzando torpemente hacia la cámara del señor.

Encararon la puerta de los aposentos del regente. Aún al fondo del

corredor, los gritos de Oanez resonaron de tal modo contra las bóvedas de cañón que su eco llegó a los oídos de Cearbhall.

Desde dentro, el joven regente sintió que se le helaba la sangre.

—¡Mi señor! ¡Brujería!

Al otro lado de la puerta, el señor de Pornichet contuvo el aliento. Unos versos antiguos le atravesaron entonces el pecho como dagas afiladas. La profecía perdida regresaba, justo cuando la había dado por enterrada, para caer como un mazo sobre su conciencia.

—¡El prisionero ha resucitado!

CXXII

El castillo era un laberinto de corredores.

Varias veces tuvo que volver Aydan sobre sus pasos al encontrarse con pasillos sin salida y alcobas cerradas. Breann lo seguía como podía desde el calabozo, vacilante. Las piernas no le respondían, y tampoco estaba familiarizada con aquella sucesión interminable de andaderos. Llevaba cinco años en aquel fortín, pero hasta entonces solo había conocido las paredes mohosas de una celda.

Además de la alcoba de Patern, un día ya lejano.

De todos modos, no dejaron de avanzar. Aunque trabado, el recorrido los fue llevando hacia las dependencias principales. Los gritos de terror que los precedían les iban abriendo camino. Aydan, con las espadas en la mano, se orientó por los alaridos de terror de los dos guardias orondos que huían de ellos. Una aparición de ultratumba, iban gritando. Fue cuestión de minutos.

El guerrero muerto, gemían. Resucitado. Traído desde el más allá gracias a la magia negra de la hechicera. Dos espíritus condenados que habían logrado atravesar los muros más inexpugnables con ayuda del diablo. Que atravesaban portones cerrados a cal y canto como si fueran las cortinas de un dosel. Chillaron y corrieron, como si los persiguiera la misma muerte, hasta llegar a la cámara de su señor.

Cearbhall se había quedado paralizado ante los gritos. Tanto, que tardó un buen rato en asimilar lo que Oanez «el Papahuevos» estaba exclamando.

—¡Brujería! ¡El prisionero ha resucitado!

Un estrépito de hierros lejanos cayó sobre el joven, aturdiéndolo, y una descarga de pánico lo sacudió con el impacto de un rayo.

Remordimientos nunca olvidados formaron un remolino de terror sobre su cabellera. Una anciana colgada en el patio de armas, oscilando bajo la aguanieve. La cabeza de Alix dejando un reguero rojo en las profundidades de

un bosque de blancura inmaculada. Una gran piedra hita en la que un día había sido grabada una profecía.

Los años de incerteza lo golpearon ahora, súbitamente convertidos en realidad. El pavor lo paralizó, y todo se nubló a su alrededor.

Gracias al estrépito que se acercaba, logró volver en sí. Los gritos tras la puerta eran como un martilleo. Con los ojos muy abiertos y el pulso desbocado, se acercó. Sin atreverse a abrir, comenzó a gritar. Los pocos soldados que permanecían en el castillo acudieron. Era día de feria. Había que patrullar las calles y vigilar la muralla.

—¡Guardad la puerta! ¡Nadie debe atravesarla!

A su voz, siete centinelas se plantaron ante su cámara con gesto desconcertado pero actitud resuelta. Seguían sin saber qué era lo que estaba pasando, pero las órdenes eran claras. Oanez y Pierrick, apremiados por Cearbhall, entraron por una rendija que se volvió a cerrar tras ellos.

Aterrados, le narraron entre sollozos lo que acababan de presenciar.

—¡Estúpidos! —Cearbhall, lívido, echaba espuma por la boca—. No teníais más que vigilar esa puerta. ¡Impedir que un muchacho medio muerto y una joven indefensa escaparan de un calabozo!

Los dos guardias, polvorientos y llorosos, miraban al suelo con más miedo que vergüenza.

—Magia negra, mi señor… —acertó a balbucear Pierrick.

El revuelo iba creciendo al otro lado. Cearbhall pegó la oreja a la puerta. Esperarían dentro; la cámara era un lugar seguro. Siete soldados armados hasta los dientes defendían la entrada contra un chiquillo que aún no tenía trece años. Trató de tranquilizarse. No podían perder. Aun así, la sombra de la superstición lo llevó a prever una huida. Si las cosas se pusieran definitivamente feas, tendría que poner pies en polvorosa. No parecía probable, pero era mejor estar preparado por si aquello fuera en verdad cosa de brujería. Los tres hombres guardaron un silencio expectante.

Al otro lado, ahora, no se escuchaba nada.

—¡Alto, caballero! —oyeron que gritaba el capitán de la guardia—. ¡Posad las armas si no queréis resultar herido!

Después, un nuevo silencio. El corazón de Cearbhall latía con tanta fuerza que lo sentía en las sienes. El tintineo del metal les indicó que los soldados se estaban desplegando. Oyeron desenfundar espadas. Dedujeron que estarían adoptando una posición de combate. Oanez y Pierrick se miraron, conteniendo la respiración. Aquella aparición del más allá se disponía a presentar batalla ante siete soldados hechos y derechos. Tenía que ser cosa del averno, ya no había duda. «El Papahuevos» empezó a sollozar de nuevo, pero la mirada asesina de su señor hizo que se atragantase.

Un silencio tenso se hizo al otro lado de la puerta. Una lucha a muerte estaba a punto de desencadenarse allí afuera. Cearbhall apretó los dientes. Sí,

quiso convencerse, aquel sería el fin de Robert de Gwened. El dichoso Aydan Sneachd iba a sucumbir ante sus soldados en un combate desigual. Siete contra uno, se repitió. Ningún otro desenlace era posible.

Sin embargo, los versos de Kermario seguían girando ante sus ojos.

Si aquel chiquillo era en verdad el elegido, el Guerrero de la Luz de la profecía perdida, ni siete soldados ni setecientos iban a frenar sus ansias de venganza.

Ningún mortal puede alterar un destino escrito de antemano.

Por fin, oyeron las espadas. El ruido del hierro al chocar reavivó el pánico de los guardianes del calabozo.

El intercambio de estocadas no tardó en cobrarse algún herido. Eso dedujeron de unos lamentos de dolor que les hicieron temblar aún más si cabe. Entonces, de repente, el ruido cesó como había empezado. Cearbhall, conteniendo el aliento tras la puerta, se puso pálido. Pierrick y Oanez, alarmados, lo miraron sin comprender. Una voz autoritaria acababa de sonar al otro lado, haciendo retumbar las paredes.

El señor de Pornichet supo que todo había acabado para él.

O huía tan rápido que no lograran capturarlo, o estaba muerto. Por suerte, había previsto una salida. Si aún le quedaba vida por delante, tendría que ser en el agujero más lejano.

Tan lejano que la espada del elegido jamás pudiera encontrarlo.

CXXIII

Aydan avanzó con decisión, pero con una lentitud exasperante.

No podía dejar atrás a Breann. La sanadora estaba tan débil tras los cinco años de encierro que apenas se tenía en pie. La flojera y el mareo la obligaban a apoyarse en las paredes para no caer.

Guiados por los gritos de aquel par de tragaldabas, aunque despacio, llegaron por fin a las estancias nobles de la planta principal. Allí, al fondo, tenía que estar la cámara personal del conde. Y allí, por tanto, hallarían a aquel criminal llamado Cearbhall de Pomichet. Los ojos del pequeño guerrero relampagueaban. No era para menos. Desde aquella tarde gélida no había hecho más que anhelar aquel momento.

Con las espadas en las manos, avanzó sin prisa. Desde atrás, Breann observó su caminar pausado. Asombrada, constató que su pequeño parecía ahora un titán indestructible. Aquella incursión suicida parecía ser un juego para él. Algo así como una cacería confiada por los pasillos de un castillo inexpugnable. Aquel aplomo sin lógica le hacía parecer invencible.

Era de esperar que la estancia estuviera defendida. No sabía cuántos, pero estaba segura de que habría centinelas guardando la puerta.

Llegaron a la antecámara. Aydan analizó la situación de un solo vistazo. Todo dentro de lo previsto, pensó. Habría que presentar batalla. Breann llegó tras él, con sus pasos vacilantes. Estaba demacrada, pero su expresión era resuelta. Aun así, no pudo evitar un estremecimiento. Al fin y al cabo, ella avanzaba a ciegas. Lo único que la impulsaba era la decisión arrolladora de Aydan. En los últimos minutos lo había visto reventar cerraduras, referirse a la guerra con la confianza de un experto y esgrimir armas con maestría. Su cuerpo de acero, inexplicablemente, transmitía una seguridad sin resquicios. Sin embargo, al llegar a la alcoba del conde, un pequeño ejército los esperaba. No pudo evitar que se le encogiera el alma.

Siete soldados armados hasta los dientes protegían la puerta.

—¡Alto, caballero! —el que parecía estar al mando le habló, tenso—. ¡Posad las armas si no queréis resultar herido!

Él mismo había comprobado unas horas antes que no tenía pulso. El timbre de su voz transmitía una desconfianza supersticiosa. Estaba claro, pensó Breann, que no albergaba ni la más mínima esperanza de que el resucitado fuera a hacerle caso.

A esas alturas, ya todos sabían que el combate era inevitable.

Aydan calibró las fuerzas enemigas. Recordó aquello que le había escuchado decir a Ezra tantas veces con desprecio. Esos supuestos hombres de armas que defendían los castillos apenas podían ser considerados guerreros. En realidad no eran más que torpes campesinos, escogidos entre los más corpulentos de los vasallos, a los que habían enseñado un uso rudimentario de las armas. Unos matones que se creían paladines, pero que no hacían más que holgazanear la mayor parte del tiempo entre vigilancias tediosas y tiempo perdido.

—«Ni entrenan, ni se alimentan, ni descansan como debieran —las prácticas con espada en el patio de la casa de Toledo eran un recuerdo vivo—. Viven entre borracheras y prostíbulos. No son más que unos patanes sin exigencia».

No obstante, al ver la sonrisa burlona que esbozaba el niño, el sefardí se había puesto serio.

—Sí, pero no te confíes. Aun así debes tener mucho cuidado, Aydan. Nunca bajes la guardia. Recuerda que la coz de un asno puede matar a un león. Uno solo de esos ineptos basta para matarte si te descuidas, solo necesitan la ocasión propicia. Una situación que a ti, y solo a ti, te corresponde evitar. Táctica. Buenas decisiones. «Ese es el único escudo que jamás se quebrará. Nunca lo olvides».

Recordar al maestro siempre le infundía ánimo. Por un instante, Aydan deseó que estuviera allí, pero al momento sacudió la cabeza. Acababa de recordar la misión del Custodio. No, se dijo.

Un caballero debe resolver sus propios asuntos.

Los soldados, ante la actitud beligerante del intruso, se desplegaron en abanico. Eran unos meros aficionados, pero conocían el procedimiento. Lo rodearon. Así podrían descargar un ataque desde varios frentes. Él se guardó las espaldas contra la pared. A su lado, pálida como un cadáver, Breann contenía la respiración.

Aydan le transmitió con la mirada que debía estar tranquila, y se volvió.

Quiberon apareció en su memoria. Entonces, los soldados de Vannes también lo habían arrinconado. Vio a Beadur recortado contra el horizonte. Unas olas salvajes rompían en los acantilados, tras él, bajo la luz agrisada de un amanecer invernal. Agarró con fuerza las empuñaduras. Desde entonces, no había dejado de huir. Pero el tiempo no había pasado en vano. Ya no era un niño asustado e indefenso.

Se preparó para la batalla.

Ninguno de aquellos hombres era rival para él por separado, pero eran siete. La inferioridad numérica y el desconocimiento del lugar configuraban un escenario complicado. Además, tenía que proteger a Breann.

No tenía miedo, pero sí pesar. La pesadumbre fría de recordar a Myrna y al gauta. Ahora veía la posibilidad de no ser capaz de acabar con aquella infamia. Ante la cercanía de la muerte, Ezra regresó a su mente. El sefardí lo contemplaba con severidad, como siempre que desoía sus indicaciones.

Lo siento, maestro. Supongo que no he sido capaz de evitar «la ocasión».

El avance amenazante de los guardias lo obligó a reubicar su posición. Aydan se movía con una elegancia sutil mientras ellos blandían las armas con rudeza, como si fueran matarifes. Aun así, la batalla se presentaba demasiado desigual. Breann, apoyada en la pared, estaba a punto de desmayarse. A sus ojos, la victoria era imposible. La desesperación había llevado a su pequeño a meterse él sofito en la boca del lobo.

De repente, los dos centinelas más cercanos lo atacaron al alimón. Ella no pudo reprimir un grito de terror, pero casi al punto el asombro la dejó muda. Las primeras estocadas fueron repelidas por Aydan con facilidad. Su velocidad era muy superior a la de los soldados. De hecho, parecía que se movieran en medios distintos. Era como si ellos maniobraran bajo el agua y el chiquillo fuera ingrávido. Lo vio bailar entre ellos sin esfuerzo aparente, pese a no ser más que un muchacho imberbe rodeado por hombretones. Se quedó boquiabierta. Ante sus ojos incrédulos, un gato montés se enfrentaba a siete tortugas.

No sabía nada de los años de entrenamiento con Ezra.

No fue la única que se quedó pasmada tras el primer intercambio de

golpes. Los soldados se retiraron unos pasos, cruzando miradas nerviosas. Un temor frío se extendió por la antecámara como un humo invisible. Aquel chiquillo resucitado era un guerrero letal. Tragaron saliva.

El capitán y sus hombres se miraron, alarmados. Ya lo habían visto luchar en lo alto de la muralla. Alguno de los guardias era incapaz de disimular el terror que lo invadía. Aquel muchacho estaba de vuelta del más allá, no podían olvidarlo. Lo habían dejado muerto en el calabozo. Encerrado a cal y canto, además. Y a pesar de todo allí estaba, desafiante y confiado. Con un fuego asesino en la mirada, tras haber atravesado el umbral de la muerte. A saber qué habría hecho aquella bruja con él. Sus miradas temblorosas lo decían todo. Tres personas habían confirmado con seguridad que su corazón no latía. Que era un cadáver cuando lo llevaron al calabozo.

El capitán dio un paso adelante. Necesitaba recomponer sus filas antes de que sus hombres saliesen en estampida, despavoridos.

—¡Rearme! ¡Ya! ¡Envolvente!

Con la patrulla reorganizada, un nuevo ataque tuvo lugar. Esta vez, con las fuerzas más concentradas. Aydan logró repeler el embate del soldado que tenía más a la derecha y le clavó una de las espadas al que se le acercaba por la izquierda. El acero damasceno traspasó fácilmente la precaria coraza que cubría su pecho. La hoja se quedó clavada entre el corazón y el hombro izquierdo del soldado.

Aydan empuñó la espada que le quedaba con las dos manos. Materiales de escasa calidad, hubiera dicho el maestro, despreciativo. Ni siquiera un acero como aquel habría logrado atravesar al primer golpe la coraza que él vestía.

Mientras el herido se desplomaba contra una esquina aullando de dolor, nuevos golpes fueron fácilmente rechazados por él. Notó que los defensores estaban pasando de temerosos a paralizados por el terror. Ya había caído uno de los guardias que impedían su avance. Permaneció en guardia. Parecía que se lo iban a pensar mejor antes de atacarlo con tanto ímpetu.

El capitán retrocedió, y sus hombres se agruparon de nuevo. Al analizar el nuevo escenario vieron que, pese a la baja en sus filas, ahora tenían más ventaja. El arma que le quedaba al muchacho era pequeña. Era un auténtico prodigio en sus manos, pero si actuaban con buen juicio no podían perder.

Unos instantes de silencio precedieron al ataque definitivo. Sin necesidad de hablar, los soldados avanzaron de nuevo en abanico con las espadas extendidas ante sí. Seis aceros enormes en manos de unos hombres corpulentos rodearon a un chiquillo que solo esgrimía una hoja pequeña.

Breann sintió que se le iba la vida. Ahora sí que era imposible. Aydan estaba a punto de ser aniquilado sin remedio. Apoyada en la pared, su vista se nubló. Las piernas dejaron de sostenerla y se desplomó.

Por suerte, justo cuando caía una mano fuerte la sujetó desde atrás.

El sobresalto la hizo volver en sí. Súbitamente recuperada por la sorpresa,

se giró. Un inesperado auxilio llegaba en el último momento.

No obstante, al ver quienes acababan de llegar, a punto estuvo de caer de nuevo.

La joven se encontró con la mirada serena de un monje, que asintió en silencio indicándole que se apoyase en su hombro. Tras él un hombre recio llegó desde atrás con gran autoridad. Irrumpiendo sin dudar en la lucha, se colocó entre los contendientes. Su voz resonó contra las paredes como aldabonazos en la madrugada. Los centinelas, estupefactos, bajaron las armas.

—¿Qué tiempos oscuros asolan mi casa, señores? ¿Qué ha provocado que mis soldados traten de aniquilar a muchachos imberbes?

Los centinelas, ante la inesperada aparición de Waroc'h, se quedaron paralizados. Aydan, sin embargo, permaneció en guardia. Para él, aquello no cambiaba gran cosa. Así que aquel era el gran señor de Vannes. Sus ojos desprendían chispas de cólera. Tal vez aquel hombre no estuviera al tanto de lo que sucedía en su castillo, pero eso no lo eximía de sus responsabilidades. Al fin y al cabo, todo lo que pasara en Gwened era cosa suya.

Se giró, desbordando furia, para plantarse frente a él. Sin embargo, al mirar tras la espalda del conde se detuvo en seco. Detrás de Waroc'h, sosteniendo a una Breann medio desvanecida, estaba Jolivet.

Ante la mirada desconcertada del pequeño guerrero, el bibliotecario de Saint Michel negó levemente con la cabeza.

Confundido, pero sin dudar, Aydan dejó caer la espada.

Entonces, Waroc'h y Jolivet suspiraron con alivio.

Habían llegado justo a tiempo.

CXXIV

Tres años llevaba Beadur muerto en vida.

Encerrado en una celda sin ventanas. En un viejo almacén abandonado, en lo alto de una torre. Cubierto de polvo y casi sin poder moverse. Alimentado como una cabeza de ganado.

Cada día era una eternidad vacía, sin nada más que silencio y dolor. Inmovilizado por los grilletes y cargado de cadenas, se iba apagando sin poder moverse más que para respirar.

Él, que un día se había movido como un espectro entre las líneas enemigas.

Cuatro centinelas vigilaban su puerta día y noche. Órdenes directas del hombre que dirigía el condado. Desde que Cearbhall lo había arrancado de los brazos de Breann, el gauta no había visto más que las piedras de aquellas

paredes curvas y los hierros que le laceraban las muñecas y los tobillos. Sus carceleros nunca bajaban la guardia. Sabían que aquel prisionero era un enemigo temible. Un asesino implacable que había que mantener bajo vigilancia permanente. No solo podía huir en cualquier momento, sino que no dudaría en matarlos a sangre fría. Era el legendario espía del norte. Sus ojos verdigrises, la larga trenza y su imponente porte de guerrero confirmaban los rumores que habían oído en las tabernas.

O lo mantenían así, inmovilizado, o acabaría con ellos sin vacilar. Así se lo había advertido una y mil veces el señor de Pomichet.

Y no solo eso. Todos conocían aquella historia, la que hablaba de un espía de la tierra de los gautas, volátil como el aire y mortal como un lobo. Una auténtica leyenda. El Fantasma Gris. Por eso, aunque sorprendidos, se explicaban que aún siguiera vivo en aquellas condiciones. Ningún hombre hubiera resistido aquel cautiverio salvaje. Sí, cuchicheaban. Algo sobrenatural tenía que haber.

Lo que ellos no sabían era que, cada día, Beadur se ejercitaba de sol a sol. Contracciones y relajaciones de cada músculo durante horas y horas. A falta de movimiento, las tracciones contra la resistencia de las cadenas le permitían conservar, aunque a duras penas, el tono. Y, sobre todo, el esfuerzo le ayudaba a no sucumbir al desánimo. Aquellos ejercicios eran su tabla de salvación. Uno de los anclajes a los que se había aferrado mientras esperaba a que algo sucediera.

A que un milagro acabara con aquel confinamiento cruel.

El otro era una vibración dulce que la pared contra la que se recostaba, en ocasiones, inyectaba en sus vértebras. Entonces, el sueño de un futuro posible lo cambiaba todo. En esas visiones, una voz suave le hablaba al oído.

Su tercer anclaje, cómo no, era la memoria. Ahí se agarró también, a unos recuerdos lejanos en los que aparecía un niño a quien había visto por última vez huyendo de un pantano en llamas por una senda de plata.

Día tras día, Beadur se aferraba a ellos para mantenerse a flote.

Necesitaba seguir confiando en que Aydan había logrado escapar. Por eso se repetía a sí mismo una y otra vez que algún día se encontrarían de nuevo. Aunque esa convicción, como todo él, se fuera volviendo cada vez más blanquecina. De forma imperceptible, pero inevitable. Gota a gota, como el propio paso del tiempo en aquel agujero. Empalideciendo entre la niebla de la memoria humana en una oscuridad polvorienta, sin saber si fuera quedaría algo por lo que luchar.

Pero todavía, aunque pareciera imposible, le quedaba algo más.

Otras imágenes venían de lugares recónditos para iluminar aquel calabozo sombrío. Unos recuerdos dulces que ahora parecían un sueño.

En él, las protagonistas eran las manos sabias de una sanadora.

Dedos que le acariciaban los cabellos y le secaban las sienes. Palabras que

calmaban su sed. Apenas habían sido unos días, pero Beadur los sentía como toda una vida. Tal vez fuera porque aquella mujer había logrado salvarlo de la flecha envenenada que le había atravesado el pecho, o tal vez hubiera algo más.

Cada día se hacía aquella pregunta, y cada vez estaba más convencido. Solo entonces sonreía.

Aquellos eran los asideros que lo habían mantenido con vida. Lo que le había permitido resistir a aquella eternidad de hierro ante la mirada atónita de sus carceleros.

Sin embargo, en los últimos tiempos el desánimo había ido perforando sus huesos. Como el agua que va desgastando la roca desnuda, empezó a sentir que sus fuerzas iban a menos con cada día que pasaba. Que la fe y la resistencia empezaban a flaquear.

Unos duendes burlones empezaron a susurrarle que tal vez Aydan no lo hubiera logrado.

Eran ya tres años en aquellas condiciones. Un martirio al que pocos hombres habrían sobrevivido. Él, sin embargo, aguantó. Cuando la muerte llamara a su puerta, se dijo, que hallase un corazón en pie. Un hospitalario nunca se rinde, era su retahila en las horas de oscuridad.

No obstante, involuntariamente dejó de esperar que sucediera algo. Quizás fuese por eso mismo que en un instante todo se desencadenó, o tal vez porque los tormentos más atroces suelen acabar de forma inesperada.

Un día, Beadur se sorprendió al escuchar cómo se descorrían los cerrojos. Extrañado, levantó la cabeza trabajosamente. No era la hora habitual en la que un centinela encapuchado entraba para darle algo de pan en la boca y asegurarse de que las argollas siguiesen firmes en su sitio.

Chirriando como un alma en pena, la puerta se abrió lentamente.

Los ojos de Beadur se cegaron momentáneamente. Tras tanto tiempo entre tinieblas, necesitó de unos instantes para acostumbrarse a la tenue luminosidad de una antorcha encendida. Después miró hacia la puerta, desorientado. Como pudo, vislumbró tres siluetas recortadas que creyó reconocer. Tres hombres que conocía bien lo contemplaban desde la entrada.

Después de un silencio sobrecogido, los intrusos se adentraron en la celda entre el moho y la suciedad.

Desde el umbral, ellos lo contemplaron un instante, muy serios. Beadur pudo apreciar el gesto horrorizado que esbozaron al contemplarlo. Podía imaginar las condiciones en las que lo encontraban, tanto tiempo después. Seguro que parecía una especie de muerto viviente. Antes de que lograra decir nada, el más joven de los tres se agachó ante él y le apartó los cabellos de la cara con delicadeza.

Al comprobar que estaba vivo sonrió, aunque sus pupilas temblorosas lo delatasen. Después lo saludó con una voz que quiso ser jovial, pero que sonó rota de dolor.

—Me alegro de verte, maestro.

CXXV

Lo más urgente era acostar a la pobre Breann.

Tuvieron que agarrarla por los brazos para que no se cayera. Ella se dejó hacer, arrastrando los pies, hasta que la dejaron sobre una cama con toda delicadeza. Waroc'h se aseguró de que los sirvientes cumplieran con las instrucciones dictadas por Aydan. Tras beber un trago de sidra y recostarse, la sanadora fue recuperando el color poco a poco.

Estaban en una alcoba limpia y cálida. El conde ordenó que le trajeran comida, y el muchacho la examinó cuidadosamente, tomándole el pulso. Mientras, Waroc'h y Jolivet se miraron con gesto serio. Había asuntos que resolver de forma urgente.

Cearbhall se había esfumado sin dejar rastro.

—Un pasadizo lleva directo desde la cámara hasta la cuadra de los caballos —indicó el conde—. Medidas de precaución de mis antepasados. Supongo que a estas alturas ya estará lejos.

Aydan, muy serio, torció todavía más el gesto. Nada le gustaría más que echarle el guante a aquella rata, pero su primera preocupación era otra. Antes de salir tras sus pasos necesitaba dar con Beadur. No estaba en el calabozo, pero tenía que hallarse en algún lugar del castillo. Eso, en el improbable caso de que siguiera vivo.

—Llevadnos al lugar donde se encuentra ese prisionero —ordenó Waroc'h, ante los titubeos de su capitán.

Obviando todo lo demás, Aydan lo había interrogado a toda prisa. A pesar de las dudas del soldado, los tres se miraron y asintieron. Un viejo almacén de la torre era guardado por cuatro centinelas día y noche, aunque nadie más sabía con certeza qué era lo que se custodiaba allí dentro. Tenía que ser él. Le ordenaron que los condujera allí de inmediato.

Los guardias no daban crédito. Habían estado convencidos hasta aquel mismo momento de que las órdenes de Cearbhall eran en realidad las del conde de Gwened. Es más, creían que desde la muerte de Patern todo lo que había sucedido en el castillo había sido decisión de Waroc'h.

El soldado, aún aturdido, los precedió hasta la torre más alta. Allí arriba, se rumoreaba, en una celda lóbrega, había sido encerrado tres años atrás un peligroso asesino. Eso era, al menos, lo que se deducía del misterioso comportamiento del señor de Pornichet. Los otros guardias jamás sospecharon que, en realidad, se trataba del espía que los hospitalarios habían

infiltrado en Normandía. El legendario gauta que se movía como un fantasma.

El gran Beadur Njöror.

Al abrir la puerta, el muchacho se estremeció. La cólera lo invadió al ver las condiciones en las que se encontraba su maestro. Cegado por la escasa claridad de su antorcha, el prisionero levantó hacia ellos una mirada perdida. Demacrado y en los huesos, cargado de argollas desde los tobillos hasta el cuello y cubierto de polvo, el mítico Fantasma Gris no era más que un cadáver viviente. Apenas una caricatura decrépita del poderoso guerrero que Aydan había conocido.

Nada más verlo comprendieron que llevaba años sin ver la luz del sol. Conmocionado, el joven se agachó a su lado y le retiró los cabellos de la cara.

—Me alegro de verte, maestro —saludó, haciendo de tripas, corazón.

Justo después, con gesto impaciente se volvió hacia la puerta. Beadur requería cuidados inmediatos. Mientras el capitán lo liberaba, Waroc'h y Jolivet cruzaron una mirada rápida. Se confirmaban las peores noticias. La antaño gloriosa casa de Gwened había degenerado, desde la muerte de Patern, en un cubil tenebroso. En un agujero siniestro donde imperaba el terror.

El conde en persona ayudó a Beadur a levantarse.

—En nombre de esta casa, que antes fue digna, os pido perdón —le susurró, desolado.

El gauta, apoyado en su pupilo, le dedicó una sonrisa débil.

—El pasado ya pasó. Es hora de mirar hacia el futuro. —El prisionero arrastraba las palabras, pero su lucidez era inequívoca.

Aydan, cada vez más furibundo, se sorprendió al ver el gesto del conde. Su cara, devastada por los remordimientos, lo decía todo. Las maquinaciones de Cearbhall parecían sorprenderlo más que a nadie.

Beadur apenas tenía fuerzas ni para hablar. Esperaron. Aún quería decirles algo más.

—Y el futuro, amigo mío, creo que ya sabéis hacia dónde va. Su timonel es este joven guerrero que ahora sostiene el cuerpo castigado de su maestro.

Aydan, confundido, se quedó observándolo sin comprender. Los tres hombres cruzaron una mirada extraña y asintieron levemente. Se dio cuenta de que estaban de acuerdo en algo que a él le estaba pasando desapercibido. Algo que se le antojó insólito, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Llevemos a nuestro hermano a la misma alcoba que Breann, Robert —le indicó Jolivet al muchacho—. Ella es la clave de esta historia.

Ahora, el desconcierto de Aydan derivó en expectación. El bibliotecario acababa de llamarle Robert.

Su ira, antes inflamada, se enfrió de repente. Beadur apretó débilmente su brazo en señal de conformidad. Jolivet miró una vez más al gauta y a Waroc'h antes de alzar el mentón con firmeza.

—Es hora de que conozcas toda la verdad.

CXXVI

Justo cuando todo parecía perdido, la luz se hizo.

—«Jamás pierdas la fe. Eso sería peor que perder la propia vida». Aunque remota, Jolivet sintió renacer la esperanza. El gran señor acababa de irrumpir en la biblioteca de Saint Michel. Sus desvelos no habían caído en saco roto.

Eso sí, tenía mucho que explicarle y muy poco tiempo para hacerlo.

—¿Reconoces esto? —De pie en el corredor, sacó la joya de Alix. Iba a tener que darle más razones que una carta anónima cargada de advertencias imprecisas. Y rápido, pues no podían perder más tiempo. Hacía horas que Aydan había partido hacia Vannes. Una desesperación suicida no es buena compañía para un guerrero que galopa a la batalla.

El conde se acercó con gesto dubitativo. Su rostro indicaba una vaga familiaridad. Sí, recordaba aquella alhaja que el monje sostenía ante él. Se quedó mirándolo en silencio, con mil preguntas atravesadas en la garganta. En aquel momento, en el pasillo que llevaba a la biblioteca de la abadía, todo se detuvo.

Ya solo se sentía la respiración de los dos hombres.

—Prepárate. —La sangre de Jolivet también provenía de la más alta nobleza del reino. Podría haberle hablado como hubiera querido, aunque esta vez prefirió hacerlo en calidad de viejo amigo—. Tras el asesinato de tu madre se esconde un secreto terrible.

Waroc'h se quedó pálido. Venía concienciado para afrontar los problemas que hubiera en su casa. Sin embargo, esas palabras lo golpearon como un mazo. Ni se le había pasado por la cabeza que la muerte de Alix fuera a regresar trece años después.

Y mucho menos, de una manera tan cruda.

Pese al trago, Jolivet estaba tranquilo. La realidad iba a impactar en su viejo amigo con contundencia, lo sabía, pero la existencia de Aydan compensaría su pesar.

—Creo que esta va a ser la mayor sorpresa de tu vida, Waroc'h.

Un poco más tarde, el señor de Gwened giraba el amuleto de Alix entre las manos con mirada ausente. La verdad que se le había ocultado todo aquel tiempo había sido desplegada ante él con todo detalle.

—Entonces… ¿está vivo? —su voz temblaba—. Mi… ¿nuestro hermano pequeño?

—Te lo he contado tal y como Beadur me lo transmitió —la voz de Jolivet sonó suave, pero había algo apremiante en su actitud—. Él vio con sus propios ojos cómo la aprendiza de Myrna sacaba al niño del vientre de tu madre. Ellas

lo criaron.

—Pero… tantos años… yo debí saberlo. —El bibliotecario negó en silencio. Por suerte, había más incomprensión que reproche en las palabras de Waroc'h—. Al menos, mi pobre padre…

—Tanto Myrna como Beadur mantuvieron el secreto para proteger al chiquillo, estoy seguro. Por eso nunca te dijeron nada. De haberse sabido que seguía vivo, habrían regresado a por él. Recuerda que quisieron matarlo antes incluso de haber nacido. Seguro que volverían a intentarlo. Esa gente no suele renunciar a su empeño. Tampoco suelen fallar dos veces, y ya viste que ni los muros de Vannes lograron defenderlo la primera. Y él, no lo olvides, no era más que un niño pequeño. Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Pero… cómo puede ser ya todo un caballero de la Orden? —Las sorpresas caían sobre su cabeza con la contundencia del granizo. Eran demasiadas incógnitas para quien necesitaba tenerlo todo bajo control.

Ahí, Jolivet guardó silencio. Su gesto culpable lo delataba. Estaban entrando en terreno pantanoso.

—Ya sabes que no creo en profecías ni en magias… —dudó. Era difícil explicar aquello sin parecer un loco—. Y que creo que los cuentos sobre menhires y druidas no son más que viejas leyendas. No obstante…

Al verlo tan afectado, Waroc'h contuvo la respiración. La memoria de Patern flotaba en el ambiente como algo tangible. Jolivet, dudando, calló. Parecía incapaz de acabar la frase.

—Lo cierto es que hay algo en ese chiquillo que es como… sobrenatural —dijo por fin, como quien se quita una losa de encima—. No me mires así. De verdad, es como si… como si en realidad fuera el elegido.

El monje clavó la vista en el suelo.

Pudo percibir cómo la mirada de su interlocutor lo examinaba de arriba abajo, pero no dio ni un paso atrás. No estaba orgulloso de sostener aquella opinión, pero tampoco estaba dispuesto a rectificar. Había visto demasiadas cosas con sus propios ojos para las que no tenía más explicación que esa. Waroc'h escrutó su expresión en silencio. Después, se levantó. Estaba confuso, pero allí ya no iba a resolver nada más. Ahora lo importante era ponerse en camino.

—Sea como sea —Jolivet también se incorporó—, debemos partir enseguida. Si, tal y como dices, ese muchachito nos lleva horas de ventaja, tendremos que apresuramos.

Partieron con la bajamar. Si el muchacho había salido en la anterior, les llevaba doce horas de ventaja. Al cabo de unos minutos ya volaban sobre los caminos. Mientras galopaban hacia el sur, sus rostros reflejaban una angustia incierta.

El primer jinete rogaba que no fuera demasiado tarde para un Aydan al que había visto por última vez poseído por una furia incontenible. El segundo,

sin embargo, no dejaba de darle vueltas a una vieja inscripción. Una profecía, recordó, que lo había acompañado desde bien pequeño. Su padre le había enseñado los versos perdidos siendo niño.

Esta es la historia viva de la casa que algún día heredarás, le había dicho. Lo recordaba con nitidez. La predicción, aunque desaparecida de la piedra hita en la que había sido tallada en tiempos inmemoriales, nunca se había perdido.

Vivía en el corazón de las gentes de Armórica.

—«Para un pueblo que sufre, hijo mío, la esperanza debe resistir bajo cualquier circunstancia. De ello depende su propia supervivencia».

La voz lejana de Patern le trajo mil recuerdos. Escenas imborrables que, aun así, habían llegado a parecer perdidas para siempre. Y entre todo lo que afloró, destacaba con letras de fuego el tercer verso de la profecía.

Waroc'h fustigó a su caballo salvajemente. Jolivet, temiendo no llegar a tiempo, hizo lo mismo. Se miraron por un instante. En los ojos del conde se adivinaban mil tribulaciones.

El verso perdido seguía dando vueltas en su memoria.

Del bastión de Gwened el número trece.

CXXVII

Breann se quedó mirándolos, horrorizada.

Al ver el estado del hombre que traían en volandas, perdió otra vez el color que apenas había empezado a recuperar. Aydan y Waroc'h cargaban con un fardo de piel y huesos cubierto de polvo. Beadur, con los pies colgando, estaba inconsciente.

Los criados, aún conmocionados, cumplieron con creces las órdenes de su señor. Sobre la mesa había comida y bebida de sobra. Aun así, la joven no había sido capaz de probar bocado. La angustia la atenazaba desde que la habían dejado sola.

Jolivet advirtió su gesto de pánico al entrar y le dedicó una mirada tranquilizadora. Entonces, el prisionero levantó la cabeza. Aunque incapaz de sostenerse en pie, sacó fuerzas para dedicarle una sonrisa.

La había reconocido nada más entrar. Era ella, la dulce sanadora que le había salvado la vida. Los días compartidos en el calabozo lo habían acompañado aquellos tres años en la oscuridad del torreón.

Por eso sonrió al verla, aliviado. Había temido muchas veces que no lograra resistir.

Se miraron un instante sin necesidad de hablar. Sus ojos lo dijeron todo. Allí estaban los dos, vivos. La esperanza que habían depositado en Aydan Sneachd había resultado ser fundada. Eran libres por fin.

El gauta pidió que se detuvieran ante su cama. Antes de nada, necesitaba hablar con ella.

—Mi señora. —Lo que tenía que decirle debía de ser muy importante, pensaron todos—. Un día distante os vi bajar de un árbol, en las profundidades de un bosque nevado, para obrar el más increíble milagro que jamás hubiera podido concebir. Sabed que desde ese mismo instante estoy a vuestros pies.

El esfuerzo lo dejó agotado, y tuvieron que sostenerlo de nuevo para evitar que se derrumbara. Ella, aunque por motivos distintos, también se quedó al borde del desmayo.

—Y sin embargo —Beadur logró continuar—, no es solo ese recuerdo el que guardo como un tesoro. En este tiempo, entre mis ensoñaciones más profundas, unas manos sabias han estado a mi lado. Una tenue melodía me ha acompañado, de algún modo, haciéndome resistir. Jamás podré agradecéroslo.

Breann no pudo evitar ruborizarse. Aquel hombre con aspecto cadavérico que apenas se tenía en pie seguía despertando en ella sentimientos que nunca antes había conocido. Aunque eso, desde luego, no era lo que le erizaba la piel en ese momento.

Ahora, además, entendía lo que había pasado. No había dejado de darle vueltas a un hecho inexplicable. Aquel hombre había arriesgado su propia vida por defender la de Aydan. Por protegerlo de sus asesinos durante años, dedicándose a él por completo.

Siempre se había preguntado el porqué.

Pues bien, el misterio estaba desvelado. El día en que el asalto a un carro de leñadores la había sorprendido encaramada a las ramas de un árbol, él también estaba allí. Escondido entre la maleza, de algún modo vigilando. Supongo que eso es lo que hace un espía, pensó ella.

Al fin lo comprendía. Beadur siempre había sabido que Aydan era el hijo menor de los condes de Vannes.

El muchacho, con cara de no entender nada, miraba a unos y a otros tratando de deducir qué era lo que estaba pasando. Al fin y al cabo, aún no se explicaba cómo, tras haber asaltado su ciudad y herido a varios de sus hombres, resultaba que finalmente el conde estaba en su mismo bando.

Tras posar a Beadur en un diván, Aydan se removió con gesto de impaciencia. Entonces, todos se volvieron hacia él. Basta de misterios, decía su cara. Los prisioneros estaban a salvo. Era hora de aclararlo todo. Le devolvieron una mirada de comprensión.

Tras cruzar una mirada con el gauta, Breann cogió aire. Había llegado el momento.

—Caballeros —anunció desde la cama, con gesto solemne—, tomad asiento. Nuestro guerrero está aquí con nosotros. Algo desmejorado, pero vivo. Las cosas han salido mejor de lo que cabía esperar hace tan solo unas horas. Estaremos todos de acuerdo en que ha llegado el momento de solventar un asunto pendiente.

Beadur asintió débilmente y Jolivet corroboró sus palabras con decisión.

—Los tiempos son llegados —Waroc'h se volvió al escuchar las palabras del bibliotecario.

Eran las mismas que habían removido su conciencia allá, en palacio. Bendito anónimo, asintió. Por eso decidió tomar la palabra. Al fin y a cabo, aquella era su casa.

Aquel era su hermano.

—Cierto, *mademoiselle*. Es hora de revelarle a Aydan Sneachd su verdadera identidad.

Jolivet, Beadur y Breann fueron tomando la palabra alternativamente. Sin prisa, aunque conteniendo la emoción, fueron relatando todo lo que había sucedido desde aquel día fatídico en el que los mercenarios enviados por el rey de Inglaterra habían cercenado la vida de Alix de Gwened.

A veces se les atragantaban las palabras. No era una historia fácil de asimilar, y tampoco de narrar.

Al poco de empezar el relato, Breann percibió cómo Aydan empezaba a luchar consigo mismo. Era como si, por momentos, su corazón latiese con tanta fuerza que estuviera a punto de explotar.

Después de todo, resultaba que sus padres eran los condes de Vannes. Los señores de Bretaña, nada menos, aunque nunca hubiesen llegado a conocer su existencia. Apretó la mandíbula. Waroc'h y los otros once caballeros de Gwened eran sus hermanos.

Los mismos señores de la ciudad que tanto había odiado hasta entonces.

Con el vello erizado, el muchacho escuchó todos los detalles. Estaba tan pálido que ya solo la cruz roja de su pecho resaltaba contra la pared. Aturdido, no dejaba de negar con la cabeza una y otra vez. Sino fueran Breann y Beadur los que estaban hablando, hubiera creído que aquello no era más que una fantasía absurda.

—Por eso me llamó Robert entre las piedras hitas —musitó entre dientes, recordando a Myrna—. Justo antes de que se la llevasen.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Creo que en aquel mismo momento se disponía a hablarte de tu relación con la piedra de Kermario. —Beadur sabía que aquel trago era el más difícil. Seguía sin apenas fuerzas, pero trató de apuntalar la versión de la sanadora—. Pero no tuvo tiempo. Los jinetes de Cearbhall llegaron antes.

—Y por eso vos también me llamasteis así. —Aydan se volvió hacia él—. En los acantilados de Quiberon.

—Hubiera hecho lo que fuera para ganarme tu confianza. —La sonrisa del gauta no era más que una mueca de dolor, pero resistió—. Aunque, sinceramente, no pensé que lo fuera a lograr de esa manera. Fue una intuición.

Aydan asintió.

Desde su esquina, Waroc'h contempló en silencio su rostro ensombrecido. Comprendía el impacto que estaba recibiendo. Él mismo se había quedado estupefacto al conocer la verdad en Saint Michel. Aquella misma verdad que ahora se revelaba de manera definitiva. Que ironía, pensó, saberse de repente miembro de la más alta estirpe de Bretaña, para un chiquillo que no había conocido más que un camino infestado de serpientes.

Sin duda, iba a necesitar tiempo.

Pese a ello, advirtió que su gesto denotaba otro tipo de incredulidad. Incluso rebeldía, hubiera podido afirmar.

Aydan se dispuso a hablar. Todos intuyeron que tal vez no fuese su auténtica identidad lo que más le desasosegaba en aquel momento.

—¿Y todo por una vieja leyenda? —El desconcierto empezaba a mezclarse con la indignación—. ¿Por una inscripción tallada en un viejo menhir, decís? ¿Una profecía?

Fue pasando la mirada sobre todos, uno por uno. Ellos, aunque sobrecogidos, se la sostuvieron. En efecto, así era. Esa era la verdad.

Aydan miró al suelo, abrumado por la impotencia. Se había pasado la vida huyendo a causa de una superstición. El miedo a una amenaza sin forma lo había obligado a escapar sin saber por qué, ni de qué, durante años. A esconderse como una alimaña en pantanos desiertos. A refugiarse en brazos de desconocidos. Volver a empezar, una y otra vez. Abandonarlo todo.

Partir a la guerra sin esperanza de regresar.

Y todo, a causa del temor irracional de unos enemigos a los que nunca había hecho daño. Todo, porque veían en él a aquel supuesto elegido dispuesto a aniquilarlos. Meneó la cabeza, más aturdido que nunca. Era incapaz de asimilarlo. Volvió a pasear la mirada de uno en otro, buscando respuestas. Pero la única respuesta, al parecer, era esa. No había otra explicación.

Solo la superstición. Eso era el origen de todo.

Pensó en su madre, a quien ni siquiera había llegado a conocer. Volvió a negar. Él mismo hubiera muerto aquel día de no ser por la casualidad que había llevado a Breann, siendo aún una niña, a subirse a aquel árbol en busca de muérdago. Se volvió hacia ella, tumbada en la cama. Vio que lo observaba en silencio con los ojos vidriosos. Comprendió que estaba devastada por el dolor de él.

Solo ella entendía el torbellino que lo estaba arrasando por dentro.

La desaparición de Myrna, golpeada con saña aquella tarde invernal. La huida desesperada, y la aparición inesperada de Beadur. La muerte del padre a

quien tampoco pudo conocer. Se vio a sí mismo como un niño pequeño, desvalido y asediado. Y el tormento, recordó, no había hecho más que empezar.

De nuevo, huir de la muerte. Los mercenarios tras sus pasos. El asedio que se fue cerrando hasta obligarlo a abandonar a Beadur en Cotentin. La huida con el conde de Galloway. Una vez más, la aparición milagrosa de una mano para salvarlo de la muerte. La llegada a la frontera. La batalla en la fuente de los peregrinos.

Ezra en Roncesvalles.

Todo parecía muy lejano, pero el dolor acumulado iba aflorando por momentos. La ira fue creciendo en su pecho con la violencia de mil avalanchas de nieve. El penoso camino de ida y vuelta hasta el frente, pasando por Rodas, para regresar convertido en caballero. Y por fin, la vuelta a casa para hacer justicia.

Con la cabeza baja, cerró los ojos. Unas lágrimas de rabia cayeron ante sus pies. Aquello era lo más terrible. Saber que aquella vida de miedo, ocultación y desgracias había sido provocada por una simple leyenda. Por una profecía tan vieja que ya solo sobrevivía de boca en boca. Por un motivo tan absurdo como una mera superstición. Al rato, alzó la mirada.

Sus ojos llameaban.

—Te va a costar aceptarlo, hermano. —Waroc'h se decidió a hablar—. Pero lo cierto es que la vida a veces es una lucha inexplicable contra lo absurdo. Nuestro mundo está permanentemente amenazado por la oscuridad. La razón, la lógica, la sabiduría humana, en definitiva, nunca podrán dejar de librar una guerra interminable contra la barbarie. Y a ti, la batalla te ha pillado en medio.

Aydan frunció el ceño. Aquellos eran los mismos razonamientos de Naillac.

Pero, por encima de eso, el conde de Gwened le había llamado hermano. Y no según el tratamiento de los hospitalarios. Hermano de sangre.

—Tu propia existencia es el mejor ejemplo de lo que estoy diciendo. —Waroc'h lo miró con cara de circunstancias. Como si el terrible camino que Aydan había tenido que recorrer no le resultara ajeno del todo—. No fue un hombre el que mató a nuestra madre. La irracionalidad fue, en verdad, quien la asesinó. La ignorancia, que siempre conlleva algún tipo de barbarie. Lo hizo tratando en realidad de acabar contigo, y te persiguió a ti después por medio mundo. La oscuridad, Robert, es la que te ha condenado a esa vida infame. —El muchacho no fue capaz de pronunciar palabra. Tenía un nudo en la garganta—. Pero todo ha acabado ya.

Waroc'h estaba decidido, pese a todo, a encarar el futuro.

Estaba resuelto a quedarse en Vannes pese al dolor que oprimía su pecho. Lo haría, sí, aunque no pudiera olvidar que había abandonado en la Corte al

pequeño Charles.

Se puso en pie con decisión. Basta de calamidades, parecía decir su gesto. Aydan lo contempló durante unos instantes sin saber qué decir.

—Voy a avisar a nuestros hermanos. Te reconoceremos lo antes posible como caballero de nuestra casa. Tu infancia ha quedado atrás, ahora puedes defenderte de tus enemigos por ti mismo. Por eso te digo que se acabaron los secretos y la ocultación. Jamás podré reparar el daño que te han hecho, pero sí puedo prometerte que tendrás por delante el futuro que tú elijas.

El silencio que sucedió a sus palabras fue alterado por un carraspeo nervioso. Todos se giraron hacia Jolivet, que se revolvió incómodo.

—Waroc'h… señor conde… —titubeó, rectificando justo a tiempo el tratamiento que debía otorgarle en público—. Creo que vuestros hermanos están a punto de llegar al castillo…

Todos, hasta Beadur y Breann, arquearon las cejas. Las miradas de los cuatro se clavaron en *él* con cara de sorpresa.

—Bien… la situación era complicada. Se trataba de facilitar la llegada de Aydan y de Ezra… Toda precaución es poca, ¿no?

El conde sonrió de medio lado.

—¿Habéis enviado el mismo anónimo a todos los caballeros de Gwened? —Ante el gesto culpable del bibliotecario, Waroc'h no pudo reprimir una carcajada—. Bendito seáis, Jolivet. Bendito vos y vuestra intuición.

La conversación fue derivando hacia otros asuntos.

Lo más urgente había sido resuelto; ahora tocaba hacerse cargo de todo lo demás. Waroc'h dio orden de que la guarnición del castillo siguiera la pista de Cearbhall. Al oírlo, Beadur lo miró con cara de circunstancias. Veía imposible que lo atraparan. Aydan asintió.

Aquellos soldados no estaban a la altura del encargo.

Sin embargo, Waroc'h hizo como que no se daba cuenta. Para él había cosas más importantes. La estirpe de Alix y Patern estaba completa. Los trece caballeros de Gwened. Era difícil de creer.

Jolivet y Beadur se miraron un momento entre el frenesí de las conversaciones entrecruzadas. El gauta iba recuperando el color por momentos. Hizo un gesto significativo, como un caminar tambaleante. Pontaubault, recordó Robert. Sonrieron. Después, se volvieron hacia Waroc'h, que consultaba con Breann la posibilidad de convertirse en sanadora de la ciudad. Ella se quedó pensativa ante el ofrecimiento. Para eso tendría que instalarse allí, en el castillo.

El revuelo acabó por envolverlos. Waroc'h daba órdenes sin descanso, y los criados no dejaban de entrar y salir. Jolivet puntualizaba una que otra instrucción, proponiendo nuevas medidas. La sanadora y el gauta iban

recuperándose poco a poco. Todos decidieron comer algo.

Sin embargo, todo aquello le era ajeno a Aydan.

Con la mirada fija en el suelo, él seguía luchando contra las tinieblas. No podía olvidar a Myrna, a Galloway, a Ezra. La ocultación, el sufrimiento.

El miedo.

Entonces, entre la bruma, volvió la voz del Gran Maestre de Rodas. Sus ojos destellaron. Todo aquello era una consecuencia más, entre millares, de la lucha incesante que un día le había explicado Naillac. De ese combate eterno que se libra desde el principio de los tiempos entre la luz y la oscuridad. Una batalla que, a juicio del Maestre, jamás podrían vencer.

Las lágrimas rodaron otra vez por sus mejillas.

En eso se resumía todo su dolor, se dijo.

En un capítulo insignificante dentro de una guerra interminable.

CXXVIII

Los doce caballeros de Gwened eran ahora trece.

Waroc'h decidió aplazar la exhumación de los restos de Alix hasta que llegase el último de sus hermanos. De todos modos, tal y como había anticipado Jolivet, no tuvieron que esperar mucho. Los inquietantes anónimos del bibliotecario de Saint Michel habían surtido el efecto esperado.

Al cabo de unos días ya todos estaban presentes. Entonces, ante la presencia de altos funcionarios del reino dispuestos a dar fe de cuanto sucediera, la tumba de la condesa fue abierta de nuevo. Habían pasado trece años desde que el desolado Patern había depositado en el mausoleo familiar su cuerpo decapitado.

Era una mañana brumosa en Vannes. La llovizna formaba perlas transparentes en las barbas de los caballeros.

—Solo nuestro padre vio el cuerpo mutilado de madre antes de enterrarlo. —Waroc'h, con Aydan a su lado, narró los hechos en voz alta para los notarios. Sus hermanos, sumidos en un silencio sobrecogido, observaron cómo Breann retiraba con delicadeza el sudario que cubría el cuerpo de la condesa —. Según el testimonio de la sanadora Airdsgainne, aquí presente, que fue quien rescató de la muerte, aún nonato, a Robert de Gwened, también presente, el cadáver debería conservar una incisión en el abdomen. El corte por el que fue extraído el pequeño. Esta versión ha sido corroborada por el caballero Njöror. En aquel tiempo, él fue testigo de la incursión de los asesinos, pues los estaba siguiendo a través de toda la Bretaña de norte a sur. Por eso pudo presenciar lo que él mismo ha narrado.

Se hizo la comprobación visual. Ante el sorprendente buen estado de conservación del cadáver, las declaraciones correspondían con lo que mostraban los restos mortales de la condesa. Esto, junto con el amuleto de la fallecida, debería bastar para legalizar el parentesco de Aydan. También estaba el evidente parecido físico entre el muchacho y sus hermanos. Con todos los indicios a favor, con la conformidad de todos los caballeros de Gwened y a raíz de los testimonios aportados, los fedatarios acordaron que no había motivos para dudar de la auténtica identidad del joven.

Se firmaron las actas. A sus trece años, el chiquillo llamado hasta entonces Aydan Sneachd pasaba a ser oficialmente reconocido como Robert de Gwened. El último eslabón de la cadena sucesoria del glorioso condado de Vannes.

Al cabo de unos trámites menores, de firmas y despedidas, todos los caballeros y notables se trasladaron al salón noble del castillo. Tocaba celebrar una importante ceremonia. Allí, el muchacho de Karnag fue investido caballero del condado de Vannes y reconocido públicamente como hijo de Patena y Alix.

—A partir de ahora, y por el resto de tu vida, serás Robert. El decimotercer caballero de la casa de Gwened —proclamó Waroc'h, con toda solemnidad.

Su voz se mantuvo firme, pese a que entre los caballeros flotaba el recuerdo de los padres perdidos. Habían sido tiempos oscuros para la gran casa de Bretaña.

En una esquina, Breann sintió cómo las lágrimas afloraban a sus ojos. Ella también tenía alguien a quien recordar. Beadur, sentado a su lado, le agarró la mano. La joven correspondió a su caricia con un ademán ausente.

Él no supo cómo reconfortarla. No hubiera podido, y no solo porque aún apenas era capaz de tenerse en pie. La emoción de ella no se debía simplemente al recuerdo de Myrna.

Nunca has sido ni serás Robert de Gwened para mí, decían sus pupilas.

El muchacho recibió los parabienes de sus doce hermanos entre abramos y sonrisas. En el gran salón, poco a poco, empezó a incrementarse un ruido alegre que anticipaba una celebración. El silencio solemne dejó paso a conversaciones distendidas y buenos deseos. Al fin tenían un momento de alivio, tras tanta consternación. El pasado era terrible, pero había que dejarlo atrás. Los caballeros parecían dispuestos a mirar hacia delante con optimismo. Aún les resultaba difícil de creer, pero allí estaba su hermano pequeño.

El porvenir de su casa era la sonrisa de aquel niño ataviado de guerrero.

Las charlas despreocupadas fueron creciendo aquí y allá, en pequeños grupos. Planes futuros y despedidas anticipadas. Todo era jovialidad.

Casi todo, a decir verdad. Breann seguía observándolo todo desde un rincón. Ni siquiera era consciente de las caricias de Beadur en el dorso de su

mano.

«No, Aydan Sneachd», cavilaba entre lágrimas. «Nada de Robert de Gwened».

Le pareció sentir que, a su lado, Myrna le sonreía al joven caballero.

«Para mí, siempre serás el pequeño fuego entre la nieve».

6
ÚNICO TIMONEL DE SU PROPIO DESTINO

Todo un lustro bajo tierra, sin ver la luz del sol.
Eso no es nada comparado con aquellos
que jamás salen de la celda
que ellos mismos construyen.
Nada, al lado de una vida a la que sus propios barrotes le impiden ver que el mundo es un escenario maravilloso. Un teatro mágico en el que desarrollar

esa aventura apasionante
que llamamos vida.

CXXIX

Volver a vivir no es fácil cuando comienza el deshielo.

Menos aun cuando uno regresa del mismo infierno.

Dos días después de la ceremonia, los tres partieron hacia Karnag. Aydan llevaba su caballo al paso y Breann conducía el carro. Beadur, aún pálido, la acompañaba en el pescante.

La sanadora se había empeñado en regresar cuanto antes a casa. Su paciente, sentenció muy tajante, iba a tener que acompañarla. Necesitaba supervisar su convalecencia, pero no estaba dispuesta a quedarse en Vannes ni un día más.

Ya cerca de casa, atravesaron el bosque. Llegado un momento, al pasar bajo un gran árbol, el gauta percibió que la joven, a su lado, se ponía tensa. Al verla así, le agarró la mano.

Sus miradas se cruzaron fugazmente, y asintieron. Después miraron al joven jinete, que cabalgaba pensativo ante ellos. No hizo falta decir nada. Faltaban la nieve y la sangre, pero sí.

Aquel era el lugar.

«Robert», la había corregido el muchacho, aunque suavemente, la primera vez que ella insistió en llamarle Aydan. Ya se había celebrado su nombramiento como caballero de Gwened. Breann no contestó, pero él vio destellear en sus retinas una convicción de piedra.

No volvió a contradecirla.

Ella guardó un silencio tembloroso el resto del camino. Cuando llegaron a la casita, el joven la ayudó a bajar del carro. Sabía lo duro que era aquel momento. Él mismo había estado allí, tan solo unos días atrás. En la casa, sí, y también en ese lugar desangelado, entre el corazón y la memoria, en el que se toma conciencia de que los recuerdos dulces ya nunca volverán a serlo.

La dejó entrar primero. Breann tenía derecho a reencontrarse con Myrna a solas.

Esperó prudentemente en el umbral mientras ella recorría todas las estancias. Por momentos, tocaba una pared. En otros, aspiraba el aire con los ojos cerrados. Finalmente, se volvió hacia él y sonrió, con lágrimas en los ojos. Después asintió. Sí, ella estaba allí.

Ya nunca más los abandonaría.

Entre los dos, desmontaron a Beadur del carro y lo tendieron en la cama de Aydan. El gauta no tardó en despacharlos con una sonrisa dolorida.

—Parecéis abejas zumbando en torno a una flor mustia —les riñó con aire jovial—. Dejadme solo, en serio. Estoy bien. Eso sí, encended un fuego y abrid las ventanas. Esta casa necesita que la vida entre por todos sus agujeros.

Breann y el muchacho se instalaron en la alcoba de Myrna. Aunque la vivienda había sido registrada por los soldados, el saqueo no había sido destructivo. Tal y como había deducido Eusébe en su última visita, ellos también supusieron que la gente de Morbihan había debido de cuidarla. No habían podido salvar a su sanadora, pero tampoco iban a permitir que su memoria se enterrase bajo la maleza y el escombro.

Aydan empezó a viajar diariamente hasta el castillo. Breann, aunque a regañadientes, estuvo de acuerdo. Waroc'h parecía tener muchos asuntos que arreglar con él. Antes de que hubiera pasado una semana, un atardecer en que el joven caballero regresaba taciturno desde Vannes, se encontró con una escena que le hizo sonreír.

Beadur se había levantado y, aunque apoyado en Breann, había salido a dar un paseo. Paso a paso habían llegado hasta la puerta de Maëlle y ahora charlaban con ella mientras una muchachita los contemplaba, a unos pasos, con los ojos muy abiertos. Se quedó observándolos desde lo alto del caballo, risueño, hasta que Elvia lo vio a lo lejos y salió corriendo hacia él.

Ese día, todos acabaron en torno a la mesa de Maëlle. La niña, siempre pendiente de Aydan, les sirvió una jarra de sidra tras otra. Habían sido años de oscuridad.

Sin duda, tenían mucho que celebrar.

Ya de noche, el muchacho quiso ayudar a Beadur a volver a casa. Aunque los cuidados de Breann hacían que se fuese recuperando a buen ritmo, había tenido que aprender a caminar de nuevo. De todos modos, el gauta lo rechazó con una sonrisa. Había venido apoyado en la sanadora, le dijo, y así regresaría.

De camino, Aydan percibió que ella estaba azorada. Con el caballo por la brida, y avanzando muy despacio, dedujo lo que habría sucedido en su ausencia.

Por eso decidió adelantarse sin dar explicaciones.

—Si podéis llegar a casa, creo que voy a adelantarme. Os espero allí.

Claro, le dijeron. Ve guardando el caballo. Estaremos contigo en unos minutos. El joven montó de nuevo y salió a trote.

Ya de camino, se apresuró. Solo iba a disponer de un rato.

Cuando asomaron por la puerta, él los recibió con aspecto inocente pero con una extraña actitud, entre expectante y picara. Breann lo miró de medio lado, extrañada. Algo raro estaba pasando.

No tardó en averiguarlo. Cuando Beadur, renqueante, se encaminó hacia su cuarto, el muchacho se interpuso ante la puerta. El gauta lo miró a los ojos

por un segundo, entre divertido y desconcertado.

—Esta es la mía —le soltó el joven, sin contemplaciones—. La vuestra es esa.

Con el mentón, señalaba la puerta de la alcoba de Myrna.

El guerrero se sorprendió un instante, pero al cabo se encogió de hombros y entró en el otro cuarto. Breann, sin embargo, no reaccionó tan rápido. Cuando Aydan se volvió hacia ella con la risa bailando en las pupilas, ella se puso roja como un tizón. Primero con los brazos en jarras, después acercándose a él entre un remolino de emociones, no supo qué hacer.

Al llegar a su lado finalmente, solo pudo darle un beso en la mejilla.

—Felices sueños —le susurró él.

Ella le acarició el pelo y se volvió hacia el cuarto donde ya esperaba Beadur.

—Pero ten cuidado —dijo después el muchacho, con gesto atravesado—; todavía no puede cabalgar.

Ella, ruborizada de nuevo, amagó un golpe en mitad de la cruz de ocho puntas que adornaba su pecho. Él, muerto de risa, se quedó observando cómo Breann cerraba la puerta tras de sí.

Iba aún más azorada que antes.

Antes de un mes, la casa había vuelto a ser un hervidero.

Breann había empezado a recibir pacientes de nuevo, Aydan no hacía más que entrar y salir y hasta Beadur lo había acompañado ya al castillo en un par de ocasiones. Con los caballos al paso y varias paradas para descansar, pero lo había logrado.

La recuperación, caviló el muchacho, estaba siendo asombrosamente rápida.

La tercera vez, al regresar de Vannes, Breann advirtió que los dos parecían incómodos. Ella recogía los útiles que acababa de usar para curar a un jornalero al que había pateado un mulo, rompiéndole el brazo. Entonces los vio entrar con gesto culpable. No dijo nada.

Sabía que no era necesario; el tiempo revelaría el misterio. En la cena, en medio de unos silencios extrañamente prolongados, ellos forzaron la conversación hasta llegar al punto que querían. Aydan explicó que en un par de días se iba a tener que ausentar. Que su hermano Per no dejaba de reclamarlo desde Rouen, y que los otros caballeros de Gwened también querían tenerlo cerca. Por eso había acordado con Waroc'h pasarse una temporada con unos y otros, aún sin rumbo. Eso sí, no sabía cuánto iba a tardar en volver.

Ella sintió una punzada fría, pero forzó una sonrisa. Claro, le respondió. Es normal.

Y lo era, aunque a ella le rompiera el alma. Aquel joven guerrero había sobrevivido a la guerra más atroz. A la persecución de los asesinos más sanguinarios de Albión. ¿Cómo iba a quedarse para siempre en Karnag, mano sobre mano? Haciendo de tripas corazón, siguió cenando con gesto tranquilo.

No sospechaba que el jarro con el agua más fría aún estaba por caer.

Al rato, Beadur, titubeante, le dijo que él también iba a tener que ausentarse un tiempo. Que necesitaba retomar sus contactos en Normandía. Inglaterra seguía acechando, y el Gran Maestre ya le había comunicado a través de Jolivet que era urgente reiniciar la vigilancia. La Orden no podía seguir ciega y sorda en aquella guerra.

Ella sonrió de nuevo, y la cena continuó con una normalidad forzada que todos advirtieron.

Aun así, al acabar brindaron por la primavera.

Al año siguiente, dijo Breann, y al cabo de otros cien, las flores seguirían brotando en los campos de Bretaña.

Ellos callaron, pero también alzaron su taza de sidra. Myrna, desde una esquina, los observaba con gesto serio.

Más valía brindar que arrepentirse.

Aydan partió al cabo de tres días. Breann y Beadur se quedaron solos.

Esa misma tarde, tras atender al último paciente, ella se sentó junto al fuego. Beadur llevaba toda la tarde con la mirada fija en las llamas. Ella lo miró desde atrás. Lo había visto apagarse poco a poco en las últimas semanas. Sus músculos mejoraban a pasos agigantados, pero una nube gris había ido nublando su frente como un presagio de tempestades.

—Debemos dejar atrás lo sucedido —dejó caer ella, con todo el tacto que pudo pero sin atisbo de duda—. Que los infiernos pasados no ensombrezcan el futuro.

Él se quedó inmóvil, con la hoguera reflejada en los ojos.

—Fueron años, Breann —respondió, al fin—. Yo lo sabía, y no hice nada por liberarte. Tú, en cambio, me salvaste la vida. Varias veces, además. Aunque no seas consciente de alguna de ellas.

Ella contuvo la respiración. Así que era eso. El gran guerrero del norte, el Fantasma Gris, se sentía culpable. Tomó aire para contestar, pero él la atajó.

—No me vengas con que hice lo que debía. Podía haber dejado a Aydan con Jolivet, o lo que fuera… Simplemente, metí la cabeza en un agujero. Sin embargo, tú…

Ella le puso un dedo en los labios. Él, aún resistiéndose, la miró a los ojos y negó. Trató de seguir, pero la profundidad de su mirada cortó en seco su protesta.

—¿En serio, Beadur? ¿De verdad crees que tú no me salvaste a mí?

Él frunció el ceño, indeciso. ¿Qué quería decir? Ella se había dedicado en cuerpo y alma a rescatarlo de las garras de la muerte. Día tras día, con una dedicación absoluta. Se apartó para responder.

—Devolverte tu intuición de sanadora en aquella celda no es… Si te refieres a eso…

Tuvo que callar. El gesto de ella, con una ceja alzada, le hizo sentirse idiota. No se refería a aquello, claro que no.

Aunque casi desarmado, él siguió balbuceando.

—Ni tampoco ayudar a Aydan, Breann. Si lo dices por eso… yo lo hice por él, no por ti. Apenas te conocía…

Las palabras se le atragantaron de nuevo al ver que ella meneaba la cabeza. Cada uno desde un pedestal, se miraron un rato en silencio. Entonces, ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

No has entendido nada, decía su mirada.

Beadur Njöror, el letal hospitalario de la tierra de los gautas, contuvo el aliento. Jamás se había sentido tan vulnerable.

—Me trajiste una nueva esperanza, querido pero… Tienes razón, no me refiero a eso. —Breann bajó la voz, comprensiva. Tal vez fuese un guerrero mítico, pero lo que había pasado entre ellos le era tan indescifrable como los misterios del universo—. Ni a devolverme el calor de mi arte, ni a lo que me contaste sobre Aydan. ¿Es que no lo ves, Beadur?

Ahora fue él quien arrugó la frente. Más desconcertado que nunca, abrió los brazos. Abandonado todo intento por comprenderla, desvió la mirada. Nada podría hacerle cambiar de opinión, pensó. Su honor jamás se repondría. Había dejado a una mujer a merced de un criminal durante años sin mover un dedo.

A aquella mujer.

Ella se puso seria. Para un hombre como él, aquello suponía un mundo. Tenía que hacerle entender antes de que tomase una decisión irreversible. Por un momento, le pareció que estaba a punto de marcharse para siempre. Que la culpabilidad y el deshonor podían ser demasiado fuertes para él.

Se acarició el vientre.

—El destino tuvo a bien regalarme un don. —Los dos miraban al fuego. La voz de ella sonó deliberadamente suave—. Y la mejor maestra del mundo para modelarlo—. Beadur inspiró profundamente. Eso ya lo sabía—. Lo aprendí todo de la mejor sanadora del mundo. El arte de la curación, pese a ser infinito, se desplegó ante mis ojos como un amanecer luminoso. Desde entonces, muchas personas han pasado por mis manos. Cada nuevo día que pasa doy gracias por ello—. Él meneó la cabeza. También había sido instruido por los mejores maestros en su disciplina. Precisamente por eso era consciente de su propio deshonor—. Sin embargo —un cambio en la tonalidad de la voz anunció una nueva emoción en Breann—, ahora comprendo que todo eso no

era sino una pequeña parte de lo que el destino me tenía reservado. —Beadur se volvió hacia ella con el corazón acelerado—. Sí, querido. Hoy veo que no empecé a vivir hasta que un día, justo cuando mis fuerzas estaban al límite, algo sucedió. Algo inesperado, terrible y maravilloso al mismo tiempo, que me hizo viajar a un mundo nuevo que hasta entonces no conocía. Que ni sospechaba que pudiera existir, de hecho.

Con el pulso acelerado, Beadur advirtió que sus empalizadas se tambaleaban.

—Pero Breann —a él solo le salió un hilo de voz. Era la primera vez que hablaban de aquello—, yo no estuve… Lo que tú hiciste…

—Yo solo restañé tus heridas, querido. No sé si tú salvaste mi vida, pero sé que me trajiste una nueva. Y no una, sino varias. Ahora no solo soy una sanadora. A tu lado aprendí a ser una compañera. A sufrir y a volar con el alma en vilo. A llorar de alegría y a reír contra el miedo. Y muy pronto seguiré aprendiendo. —Se volvió a acariciar el vientre—. ¿Lo entiendes ahora, Beadur?

Él la miró a los ojos, confuso pero aliviado. Empezaba a ver las cosas desde otra óptica. Nunca se iba a sentir orgulloso de no haber tratado de liberarla, eso seguro. Sin embargo, ahora comprendía que no necesitaba su perdón.

Breann lo amaba. Eso era suficiente.

Cerró los ojos. Había estado a punto de huir por miedo a no ser correspondido; ahora lo entendía. Todo lo demás era tan solo un pretexto. Cuando los abrió de nuevo, ella sonreía con los ojos húmedos. La abrazó.

—Eres tonto —susurró Breann en su oído.

Cuatro días después, ella lo vio marchar. Ya hacía siete que Aydan había partido con rumbo incierto. El caballo se fue alejando hacia el bosque, haciendo oscilar la larga trenza de su jinete de lado a lado.

Como máximo dos semanas, le había susurrado él con la cara enterrada entre sus cabellos. Ella le sonrió antes de besarlo.

—El tiempo que necesites, Beadur.

Al verlo desaparecer, sin embargo, la soledad cayó sobre ella como una sombra helada. El recuerdo de la celda, su penumbra y sus ladrillos húmedos asomó entonces tras su hombro, hablándole al oído. Su voz venenosa la dejó sin fuerzas, y por un momento se sintió desfallecer.

Justo en ese momento, sin embargo, una presencia inesperada la sobresaltó. Se giró al oír que alguien llegaba. El jornalero había vuelto para que le revisara el brazo.

—Pasad, os atenderé ahora.

Beadur se había perdido entre los árboles. El cielo azul enmarcaba la verde campiña de Morbihan. El hombre entró y ella se quedó respirando allí fuera,

con los ojos cerrados. Su pequeño galopaba sobre las praderas en pos de su destino, y el Fantasma Gris regresaba a su esencia.

No había espacio, trató de convencerse, para la tristeza.

Hasta ella misma, se repitió, estaba recuperando la sabiduría heredada de su maestra. La más grande sanadora que jamás había conocido el mundo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos al recordarla, pero estas eran de otro tipo.

Entonces Myrna regresó a su lado, y las dos contemplaron juntas el horizonte. No era la soledad, le musitó en el otro oído, la que desplegaba ahora sus alas.

Era la libertad.

Breann abrió los ojos y miró arriba.

Tan solo nuestra voluntad marca el rumbo en las encrucijadas, mi niña.

—Sí, Myrna —sonrió ahora—. Elijo la libertad.

CXXX

VANNES, ENERO DE 1412

Waroc'h no halló en Morbihan el remanso soñado.

De hecho, pronto se percató de que la realidad allí poco tenía que ver con lo que tantas veces había imaginado en la Corte.

Pasados ya dos años desde su regreso, las cosas no acababan de enderezarse en el castillo. La gestión del señorío funcionaba bien, pero los enredos de su regente aún le provocaban quebraderos de cabeza. Deshacer el entramado urdido por Cearbhall a lo largo de todo un lustro no era cosa menor. De hecho, algunas de sus medidas aún se mantenían en pie pese al afán reformador del conde.

El señor de Pornichet se había esfumado sin dejar rastro, pero la red de lealtades diseñada por el talentoso joven era una madeja casi imposible de deshacer. Sin ir más lejos, el hombre que había elevado a capellán de la fortaleza seguía en su cargo.

A raíz de su colaboración en aquella farsa mal llamada juicio, Guido Perrot se había convertido en la figura principal de la Iglesia en la ciudad. Una absoluta falta de escrúpulos y la colaboración de Nolwenn Legoff habían hecho el resto. Entre los dos habían llevado a la druida de Morbihan a la horca.

Sin embargo, aunque pudiera parecer increíble, eso parecía no importar ahora.

—Mientras no aportéis un argumento de peso, y no veo que tengáis ninguno —El obispo, responsable último de las adjudicaciones de parroquias y cargos en la diócesis, se había negado en redondo a defenestrarlo—, el padre Guido debe seguir ejerciendo las funciones que le encomendó vuestro valido. ¿O acaso, señor conde, no fuisteis vos mismo quien delegó ese tipo de decisiones en el señor de Pornichet?

Waroc'h, avergonzado, se vio en el trance de confesarle la embarazosa situación a su hermano pequeño. Aquel hombre, principal artífice del juicio que había condenado a la horca a la anciana, iba a seguir oficiando en la capilla de su casa. Y no había nada que él pudiera hacer. Haber cooperado en un juicio organizado por el propio condado, hubiera resultado justo o no, no iba a ser admitido como motivo de cese.

—Tal vez sea mejor así. —Tras un largo silencio, el muchacho buscó a Myrna en su interior para controlar la ira—. De este modo podremos controlar mejor a ese individuo.

Waroc'h respiró, aliviado. Salvo por este engorro, y algunos sapos más que había tenido que tragarse, lo cierto es que se había encontrado con un señorío ordenado y bien atado. Aquellos flecos retorcidos eran suficientes para nublar su ánimo, pero tenía que reconocer que la gestión del condado funcionaba como un reloj. En lo referido a la burocracia y al cobro de impuestos, el trabajo de Cearbhall había sido impecable. Le dolía admitirlo, pero así era. Hasta el desfalco destinado a pagar los servicios de toda una patrulla de espías extranjeros era imperceptible entre tanta prosperidad. Cearbhall había resultado ser un intrigante, pero su talento para la política era innegable.

El cura de Pomichet había acertado al atisbar su inteligencia. No así su falta de moral.

Las cosas se fueron enderezando poco a poco. Con el paso del tiempo, los problemas cotidianos dejaron de alterar a Waroc'h. Salvo aquellos nudos que ya poco daño podían hacer, poco había en el Perm ar Bed que le robara el sueño. Sin embargo, el señor de Gwened tenía siempre el ceño fruncido. Un gesto duro lo acompañaba dondequiera que fuese, y sus ojos reflejaban inequívocamente una batalla interior. Los sirvientes de su casa se preguntaban entre cuchicheos qué podía atribular de aquella manera al conde. Las aguas habían vuelto a su cauce tras la huida de Cearbhall, y Vannes vivía ahora tiempos felices. No lo comprendían, pero es que tampoco sabían que su malestar provenía de muy lejos.

De la Corte del rey, en concreto.

La angustia del gran señor provenía de las mismas cuestiones que había tenido que afrontar durante años, y que no había logrado dejar atrás. La alta política de Francia vivía unos tiempos oscuros que Waroc'h no podía olvidar.

De hecho, seguía manejando los hilos desde la distancia para que el desastre no acabara de consumarse.

El desgobierno provocado por la demencia del soberano. La escandalosa vida de su esposa, de quien él seguía siendo el principal valedor. El asesinato de su mejor amigo a manos de un tirano dispuesto a usurpar la Corona. Todo eso era lo que ensombrecía su rostro.

Todo eso y mucho más.

Sobre todo lo demás, una sombra de miedo extendía una garra helada desde París para oprimirle el corazón dentro del pecho. Algo que afectaba a una personita que había llegado a ser lo primero para él. Nadie más parecía ser consciente del peligro que corría cada día un pequeño inocente olvidado por todos. La vida de un niño que no parecía importarle a nadie. Solo a él.

Además, Waroc'h no había logrado romper sus ataduras más sombrías.

Las cuerdas que lo ataban al Gobierno de la nación, aunque de forma precaria en manos de Isabeau, seguían rodeando su cuello. Aquella mujer, consciente de que solo un aliado como el señor de Gwened podía sostenerla ya en el trono, seguía utilizando a sus hijos para coaccionarlo. Los chantajes emocionales funcionan incluso a distancia, lo sabía bien. Por eso actuaba con despreocupado descaro, sabiéndole amarrado, mientras él se debatía entre deber y la vergüenza.

—«Mal rayo me parta si yo mismo entiendo cómo he llegado a convertirme en el principal defensor de semejante víbora», se lamentaba, desde las torres de Vannes.

La situación caótica que vivía Francia, más parecida a una guerra civil que a ninguna otra cosa, era lo que más lo atormentaba. Los borgoñones de Jean Sin Miedo iban cerrando el cepo y la Corona oscilaba, como en una danza macabra, sobre la cabeza del delfín.

El joven Louis, enfermizo y apático, había cumplido ya los dieciséis, pero la nobleza del país lo consideraba un cadáver andante. Su única legitimidad la avalaba un padre demente, y su único apoyo era una madre que convertía en estiércol todo lo que tocaba.

Nada que ver con su pobre tío, negaba Waroc'h. Nada, aparte del nombre.

El duque de Orléans había sido audaz y enérgico, al menos hasta que cayó bajo el hechizo de Isabeau. Su sobrino, en cambio, no era más que un jovenzuelo lento de reflejos, vulnerable en extremo y permanentemente superado por la vida que le había tocado en suerte.

Ese era el triste partido que defendía Waroc'h de Gwened. Su precaria opción de gobierno. Suerte que Inglaterra vivía su propio caos interno, pensaba, y que el rey Henry seguía asediado por poderosos detractores. Aun así, el panorama era desolador. De ahí la frente permanentemente arrugada de quien debiera estar disfrutando de un retiro dorado.

Y encima, cuando parecía que ya nada podía ir a peor, las cosas se habían

complicado de forma inverosímil.

Un día, Waroc'h recibió de la forma más inesperada una carta de la reina.

Súbitamente atribulado, la abrió con manos temblorosas. En vista del remitente no cabía esperar nada bueno. No obstante, jamás hubiera previsto el huracán que se abatió de golpe sobre su cabeza.

Una vez más, aunque pareciera imposible, aquella mujer sin alma se había superado.

El señor de Vannes, lívido, se quedó inmóvil con la vista clavada en el papel. No daba crédito a lo que leía. Aquello, renegó, era lo último que la Corona se podía permitir. Por un momento, llegó a creer que todo estaba perdido. Que los años dedicados a apuntalar los derechos de los legítimos soberanos de Francia no habían servido de nada.

Isabeau de Baviera, la soberana de la gran nación francesa, necesitaba su ayuda. Había ocurrido algo terrible, y le imploraba que la sacase de aquel entuerto sin ningún reparo. Le decía que no sabía qué hacer ni a quién acudir. Él, con toda la carne de gallina, contuvo la respiración.

Desde luego, su secreto era aterrador.

La magnitud del problema era tal que, de llegar a oídos de sus enemigos, hubiera deslegitimado el futuro de la Corona. Los derechos sucesorios de los tres hijos vivos que aún le quedaban desaparecerían al momento. Sí, asintió Waroc'h: había que mantener el secreto a toda costa. De otro modo, los usurpadores verían avaladas sus aspiraciones al trono. Tanto el Sin Miedo como Charles de Orléans, el propio hijo de Louis, llevaban tiempo aireando su candidatura a la soberanía de la nación. Dos enemigos irreconciliables, pero a los que unía un mismo fin: usurpar los derechos de los herederos legítimos, ya cuestionados de antemano, y que la carta de Isabeau ponía al pie de los caballos.

El señor de Gwened se puso en marcha de inmediato. Necesitaba mantener bajo tierra aquella noticia demoledora. Esa era ahora la máxima prioridad.

Lo primero que hizo fue a ir hablar con Breann. La sanadora, aunque pasaba largas temporadas en Karnag, había establecido una residencia estable en la ciudad.

Se encaminó a la casita que él mismo había puesto a su disposición, muy cerca del castillo.

—Por supuesto que puedo ayudar a las jóvenes que llegan con «ese problema» a mi puerta —al responderle, la sanadora bajó el tono de voz. Aquel no era un tema para hablar abiertamente—, aunque debéis saber que ese tal Guido Perrot no deja de vigilar todo cuanto hago… y en este tipo de asuntos, ya sabéis que el peligro es máximo. De todas formas, respecto a esa

mujer que decís, me temo que es demasiado tarde. Para poder intervenir con garantías me tendríais que haber avisado mucho antes.

—Ya lo suponía… —Breann lamentó la consternación del conde, pero no había nada más que ella pudiera hacer—. Os avisé en cuanto tuve noticia. Bien… os lo agradezco de todas formas, querida. Respecto a eso otro… Tenedme al tanto de las idas y venidas de nuestro capellán, os lo ruego.

Más afligido incluso que antes, Waroc'h regresó a la soledad de su castillo.

No podía dejar de darle vueltas a la carta de Isabeau. Desde Vannes, parecía imposible resolver el problema que afectaba a la reina. Y al reino entero, se horrorizaba cada vez que trataba de buscar una alternativa.

Pronto llegó a una conclusión ineludible: cualquier solución pasaba por poner las cosas en manos de una persona capaz de enderezar algo aparentemente imposible. Alguien de su absoluta confianza, que pudiera infiltrarse como un fantasma en palacio para después desaparecer sin que nadie se percatase. Tras sopesar todo tipo de opciones, se decidió.

Para tratar de desfacer aquel entuerto endiablado solo podía contar con una persona. Un hombre que no se amilanase ante una misión tan delicada. Que fuera resolutivo, y que pudiera atravesar el país de punta a punta sin miedo a sucumbir. No estaban los caminos para cualquiera.

Mas sobre todo, y aquí fue donde se multiplicaron los descartes, era necesario que no fuera conocido en la Corte. Nadie podía relacionarlo allí con el valedor de la reina, ni con el espinoso secreto que se traía entre manos.

Sí, admitió, aunque con una sombra en la mirada. Solo podía confiar en un hombre que cumpliera todas esas condiciones. Su hermano pequeño. Robert.

El muchacho acababa de cumplir quince años, y lo cierto es que no había parado un momento desde que había sido investido caballero de la casa de Gwened. Waroc'h torció el gesto. Le dolía ser él, muy a su pesar, el que frenase su trayectoria fulgurante.

Al principio, recordó, todos sus hermanos lo habían reclamado.

Todos estaban empeñados en atraerlo hacia el camino que ellos habían escogido. Por eso se había pasado una temporada navegando en el navío mercante de Yann. Después se había alistado con los gemelos, Jost y Armel, en la caballería del ejército real. Allí estuvo poco tiempo, pese a ser un auténtico prodigio en la lucha cuerpo a cuerpo. Finalmente volvió de nuevo al mar, esta vez como oficial en la galera que comandaba Jean. Tampoco allí echó raíces.

Seguía recordando a la Akoúrasta y su trágico destino.

Ante la insistencia de Per, se fue vivir a Rouen. Allí cursó estudios en la escuela fundada tiempo atrás por Nicole Oresme. El gran sabio seguía siendo una figura eminente de la filosofía mundial, y sus colaboradores mantenían vivo aquel legado tras su muerte. Allí pasó más tiempo.

Waroc'h sonrió al recordar aquel regreso. Algo sustancial había cambiado en su interior.

Después, sin embargo, siguieron las idas y venidas.

Todos los hermanos tenían orden de informar puntualmente al primogénito sobre las evoluciones del muchacho. Ora bien, a pesar de los éxitos cosechados aquí y allá, él nunca se detuvo. Era como si en ningún lugar se viesen colmadas sus ansias; y el desconcierto parecía seguir flotando en los páramos inexplorados de su alma. Como si le faltase algo. Como si ninguno de aquellos caminos fuera el suyo, en realidad.

Por eso, finalmente, regresó a la ciudad de las tres culturas.

Al cabo de ocho meses desde su regreso a Vannes, Robert se encaminó de nuevo a Toledo. Ante el vacío, tomó un rumbo conocido. Tal vez así encontrase un sentido, después de todo.

La formación con Ezra era un refugio seguro.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la sombra del gran guerrero tampoco era ya lo que él necesitaba.

Entonces puso rumbo a Rodas. Llevaba tiempo siendo reclamado por el Gran Maestre, y más desde que se enteró de que ya había sido investido caballero en Gwened. Naillac siempre despertaba su conciencia de una manera especial, pero el trasiego bélico de la isla lo abrumó esta vez. La ciudad entera parecía haber perdido la esperanza que él había llegado a reavivar. Por eso, finalmente, había decidido regresar al castillo familiar. A Gwened.

Tumbos y más tumbos para acabar en la línea de salida. Buscando un ancla. Algo a lo que agarrarse para frenar la caída.

Waroc'h no sonrió ahora, al recordar aquel otro regreso.

Lo había visto volver de Rodas como una sombra incapaz de albergar sosiego. Era lógico, pensó. Afrontar una existencia sin amenazas no le estaba resultando fácil.

Toda una vida de huidas y batallas se había convertido en un remanso de la noche al día. El frenesí de la supervivencia había dejado paso a un erial donde ni las emociones parecían habitar. Hasta había llegado a echar de menos el peligro. Lo que fuera, con tal de sentirse vivo.

—Llevo un año dando vueltas de un lado para otro, Waroc'h, pero no consigo encontrarme. —Al principio se había resistido a hablar del tema, pero la insistencia de su hermano acabó por vencer sus reticencias—. No me veo como diplomático, ni como filósofo, cartógrafo o astrónomo… Aunque todas esas disciplinas me interesan, no me atrae la perspectiva de dedicarme de lleno a ninguna de ellas. No logro verlas como algo que pueda dar sentido a mi existencia. ¿Es… raro? —Waroc'h calló. Era obvio que el muchacho había dejado una certeza suspendida en el aire—. Y, desde luego, no me veré nunca

como canónigo…

Al señor de Vannes, aquello le hizo esbozar una sonrisa. Sin embargo, pronto se puso serio de nuevo. Aquellas tribulaciones no debían ser tomadas a la ligera. Ese tipo de encrucijadas eran decisivas en la vida de una persona. Él lo sabía bien.

—Piensa, Robert, que la ventaja que tú tienes respecto a muchos de nosotros es que aún puedes elegir tu rumbo. —Mantener la calma era el primer paso, decían sus gestos—. No hay tanta prisa. Con menos de catorce años ya te habías convertido en todo un hospitalario… Sigue explorando con calma y no te presiones tanto. Si mantienes los ojos abiertos, antes o después tu camino aparecerá ante ti. Entonces lo verás brillar como si siempre hubiera estado ahí.

La expresión escéptica del muchacho le hizo dudar. Se veía a leguas que estaba mordiéndose la lengua para no contradecir a su hermano. Waroc'h suspiró. Iba a ser difícil convencerlo. Un desánimo frío se había apoderado de él, y desde luego no podía culparlo. Después de tantos años huyendo de la muerte, era incapaz de asimilar una vida tranquila.

Era como el silencio tras un temblor de tierra. Más aterrador para los supervivientes que el propio cataclismo.

—¿Qué tal si pruebas de nuevo con Per, en Rouen? Él es uno de los maestros principales de la escuela de Oresme. Lleva tiempo insistiendo para que te envíe otra vez a su lado. Está convencido de que tu futuro está en la filosofía. En la física, en la matemática y todas esas cosas. No sé, Robert, tal vez deberías escuchar a Per. Al fin y al cabo, entre todos nosotros es el más cercano a ti en edad… igual tiene razón.

El muchacho se quedó pensativo. Desde luego, esa era la opción menos mala. Así lo había sentido, al menos, hasta su paso por Toledo. Había sido la última vez, al volver de Rodas.

Entonces, pese a que la voz de su hermano seguía dándole razones, él se perdió en los recuerdos.

Aquella estancia en la ciudad lo había marcado especialmente.

Un día, estando en casa de Yasser, Ezra había reclamado su presencia.

Tenían pendiente una conversación importante, le dijo. El maestro también había advertido aquellos silencios apesadumbrados. Una desgana que nunca antes había visto en él. De hecho, habían llegado a comentar algo, aunque sin grandes conclusiones.

—Hoy no vamos a entrenar, Aydan. —Ezra también se negaba a llamarle de otro modo—. Hoy nos vamos a sumergir de nuevo en el Legado de la Orden. A ver si allí encontramos una pista acerca de ese camino tuyo que tanto se te resiste. Ese futuro que hoy ves tan confuso.

Robert se había quedado mirándolo, indeciso. Después, dejó la espada de boj que acababa de coger y se encogió de hombros. No tocaba entrenar, al parecer. Ezra estaba dispuesto a guiarlo por el tesoro delos hospitalarios. No pensó que fuera a servir de mucho, pero igualmente se puso en marcha. Al fin y al cabo, el Legado seguía siendo el secreto más valioso del mundo. Dudó un instante, pero lo siguió sin rechistar. Quizás el sefardí creyese que convertirse algún día en Custodio podía ser su camino.

No obstante, las intenciones del maestro no iban por ahí. De hecho, la charla en la biblioteca desbarató sus previsiones al poco de empezar.

Una vez más, Ezra había sido capaz de ver mucho más allá.

—Te veo dar bandazos de un lado para otro, angustiado. —En ocasiones, le daba la impresión de que el maestro lo conocía mejor que él mismo—. Sin embargo, creo que tu perspectiva debiera ser la contraria. Donde tú ves un problema, yo veo una oportunidad. Tienes ante ti la ocasión de aventurarte por senderos salvajes, Aydan. Territorios inexplorados. Todo un privilegio, aunque ahora no te lo parezca—. El joven entornó los ojos. No lograba vislumbrar a dónde quería llegar el maestro—. Lo que quiero decir es que te estás perdiendo lo mejor de un camino apasionante por andar con la cabeza gacha. —Robert levantó una ceja. No le veía mucho sentido a aquel razonamiento—. Deberías exprimir a fondo este momento. Una vez encuentres tu sitio y eches raíces, echarás de menos esta incertidumbre. Por mucho que hoy te parezca una condena.

Robert permaneció en silencio. No le acababa de encontrar el encanto a recorrer el mundo como un gallo descabezado. Negó, decepcionado, pero Ezra sonrió. No había acabado, al contrario.

Se había guardado lo mejor para el final.

—Existe un lugar que deberías conocer antes de tomar una decisión definitiva —su voz, antes despreocupada, adoptó un tono solemne.

Unos momentos de silencio bastaron para que el muchacho alzara la cabeza. Si Ezra le aconsejaba algo de aquel modo, convenía no tomarlo a la ligera.

—Escúchame, Aydan. Algo me dice que tus pasos están predestinados a unos fines tan elevados que hoy solo podemos intuirlos. —Que fuera el mismísimo Custodio del Legado quien afirmara tal cosa le hizo prestar toda su atención. Ahora estaba claro que aquella no era una conversación más—. Hace muchos años, óyeme bien, yo conocí el centro mismo del universo. Yo mismo, sí.

Los candiles iluminaban la biblioteca secreta. El muchacho sintió una corriente en la nuca. Ya había oído antes aquella denominación.

—Me estoy refiriendo a la capital del mundo. A Constantinopla.

Después, Ezra cogió aire y, por un instante, pareció dudar. Era como si quisiera estar seguro de elegir bien las palabras.

—Allí, Aydan, se encuentra el mayor centro de sabiduría que jamás ha existido. Algunos de los libros que aquí se guardan provienen de ese lugar. Los hemos evacuado porque una sombra terrible acecha sus murallas. Un invasor implacable espera el momento adecuado para caer sobre la ciudad, como bien sabes. Por eso los grandes sabios decretaron que los volúmenes más valiosos, aquellos que son únicos e irreemplazables, fueran puestos a salvo. La operación se puso en marcha en cuanto percibieron que la amenaza crecía de manera imparable. Ya hace años de eso.

Robert miró alrededor, impresionado. Estaba claro que había cometidos de la Orden que él aún desconocía. Ezra, advirtiendo en su gesto que iba atando cabos, continuó.

—Nuestros hermanos… tú mismo, en Rodas… No se trata de evitar que los otomanos avancen hacia occidente e invadan los reinos de la vieja Europa, Aydan. En realidad, la principal finalidad de nuestra guerra es retrasar la caída de la gran ciudad. Digo bien, retrasar, porque mucho me temo que sea ya inevitable.

—Ese… centro de sabiduría… ¿también es una biblioteca? —Ezra sonrió. Por primera vez en mucho tiempo Robert mostraba interés por algo—. ¿La gran biblioteca de Constantinopla? ¿A eso te refieres?

El sefardí asintió levemente, pero no con convicción. Lo conocía bien. Sus destinos se habían entrelazado un día lejano en Roncesvalles. Una cabalgada frenética a vida o muerte los había unido para siempre. Paseó la vista sobre los libros en penumbra.

—Sí, pero… no solo eso. Ese lugar que te digo va mucho más allá. Aunque contiene una biblioteca inmensa y luminosa en la que se transcriben grandes obras a diario, ese lugar es en realidad un templo. El más soberbio edificio que jamás haya sido construido sobre la faz de la tierra. Y de esto hace ya más de mil años… ¡No, no pongas esa cara! No se trata de una simple iglesia. He dicho templo, y te aseguro que he dicho bien. Pero tranquilo, no está dedicado a la adoración de ningún dios. Nada de mitos, ni de debilidad mental. Aquel lugar es exactamente lo contrario.

Robert no acababa de mostrarse confiado y mucho menos aliviado. Por un momento, había llegado a albergar los peores presagios.

—De verdad, Aydan, todo lo contrario. Es el templo en el que se rinde culto a la sabiduría humana. Hagia Sophia es su nombre.

—El templo de la… Sabiduría Sagrada —tradujo él, dubitativo.

El sefardí sonrió.

—Exacto, Aydan. —Ezra se mostraba seguro—. Ese es el lugar en el que se ensalza la razón humana. Así, sin más. El pensamiento racional como único ente al que se debe atribuir una naturaleza superior. Lo más cercano a la divinidad que puede existir en el mundo de los hombres. Creo que entiendes a qué me refiero.

No hubo más conversación. Inconscientemente, los dos dirigieron sus ojos hacia un libro que conocían bien. *Sophistae*, se podía leer en su lomo. Y al lado, el nombre de su autor. Platón.

Abandonaron el sótano sin dejar nada atrás.

Los candiles iluminaban las tinieblas. Los libros prohibidos dormían.

Tres días más tarde, Robert se despidió de Yasser. Para entonces, en su cabeza una idea se había hecho grande. No dejaba de imaginarse cómo sería ese lugar. El templo de Hagia Sophia. Empezó a soñar con ir allí. Con explorar aquel centro del universo que, solo con mencionarlo, hacía relampaguear los ojos del maestro.

Sensaciones hasta entonces ignoradas alumbraban un camino que había permanecido entre sombras. Taciturno, se puso en marcha. La vida, intuía, le estaba dando pistas.

La estancia en la biblioteca de Saint Michel años atrás con Jolivet. Las incursiones al interior del Legado bajo el amparo de Ezra. Mil historias interminables en la voz de Myrna.

No podía dejar pasar aquellos indicios. Tal vez la búsqueda estuviera a punto de llegar a su fin.

—Podrías llegar a ser el guerrero más grande de nuestra época. No me mires así, yo lo sé… y tú también. —El sefardí lo acompañó hasta la puerta norte de Toledo, que llamaban *bab al Shaqra*—. Pero también te digo que solo si cavamos hasta lo más profundo llegaremos a la verdad.

No hubo más despedida que una mirada frente a frente y un adiós.

—Adiós, Aydan. No decidas nada antes de conocerlo todo.

Ezra se quedó contemplando con gesto serio cómo el muchacho se alejaba. Después regresó a casa, con Yehuda. Tenían trabajo que hacer.

A Robert, aquel regreso a Vannes se le hizo eterno. Y lo peor es que no entendía por qué. Recordó que Myrna, ante el desasosiego, le había enseñado a encerrarse en su interior. A hallar el silencio. Sí, asintió. Necesitaba encontrar el origen de aquello que le hervía dentro.

Cerró los ojos y respiró, dejando pasar las horas mientras el caballo avanzaba.

Al fin, cayó en la cuenta. Deseaba llegar a casa lo antes posible porque, en realidad, ardía por partir de nuevo. Y esta vez, sonrió, hacia un horizonte desconocido. Cómo no sonreír, caviló después.

Tal vez fuese cierto que Ezra lo conocía mejor que él mismo.

—Antes de aceptar la invitación de Per tengo que explorar un sendero, Waroc'h. Voy a emprender un nuevo viaje. Y largo, esta vez. —Robert ignoró

el gesto de sorpresa de su hermano—. Necesito conocer un lugar del que me han hablado en Toledo.

—¿Vas a volver a Rodas? —El conde puso cara de extrañeza. Oír hablar de destinos lejanos le hizo pensar en la guerra, y la preocupación le enturbió la mirada.

Robert esbozó una sonrisa que quiso ser tranquilizadora pero resultó enigmática.

—Rodas es un sitio que conozco bien. —El joven se puso serio, pero su hermano advirtió un fugaz destello de entusiasmo—. No, esta vez no. Sabes lo que opino respecto a la Orden. Sus preceptos son un buen faro, no lo pongo en duda. Sin embargo, sé bien que no es allí donde necesito estar. Ya no.

Waroc'h se quedó observándolo con gesto confundido.

—Constantinopla, hermano. Necesito conocer un templo que llaman Hagia Sophia.

Unos días más tarde el conde, aún confuso, observó la partida del pequeño Robert en dirección a la capital del mundo. Ala vieja Bizancio.

El centro del universo.

Diez meses después, Waroc'h miraba por la ventana.

El problema de Isabeau había llevado al límite el ánimo del señor de Gwened. Ya nadie podía ayudarlo, salvo Robert.

Ayudarlo a salvar a Francia, recordó, angustiado. La carta en la que el muchacho le confirmaba que acudiría lo antes posible llevaba dos semanas en su bolsillo. Waroc'h ya solo pedía que no fuera demasiado tarde. Por suerte, no tuvo que esperar más.

—¡Hermano! —el saludo atronador del joven caballero, al abrir la puerta de un empellón, le hizo saltar de la silla.

—¡Robert! ¡Por fin!

El recién llegado le dio un abrazo que casi le descoyunta las escápulas. Waroc'h, desasiéndose, percibió que había tenido que cambiar de coraza. Lo miró de arriba abajo. La que llevaba puesta al partir se le habría quedado pequeña.

Ya casi no lograba abarcar aquellos hombros enormes que parecían de piedra.

—Estás hecho un hombre. —El conde olvidó por un momento sus preocupaciones.

El último lío de Isabeau quedó relegado ante la irrupción arrolladora de aquel guerrero.

—Ya sabes, el entrenamiento de Ezra…

El muchacho mostró las palmas, sonriente, y Waroc'h se interesó por su viaje. Robert no le dio más importancia. El mensaje que había recibido

semanas atrás dejaba entrever una urgencia angustiada. Ya tendrían tiempo de comentar cómo habían sido las cosas en aquel tiempo. Ahora, le recordó, tenían un asunto que arreglar.

—¿Qué te ha caído encima esta vez, hermano, para reclamar así mi presencia? —preguntó, sin dejar de sonreír.

El conde se puso serio de repente. Claro, volvió en sí; la reina. Entonces negó con la cabeza, y las arrugas reaparecieron en su frente. Dudó. No sabía por dónde empezar.

—Hay un lío, Robert… En fin, en realidad no es un problema mío. Ni siquiera afecta a nuestra familia, ni al señorío de Gwened. —El muchacho se puso serio. Su hermano parecía haber envejecido veinte años desde la última vez—. Este problema… lo cierto es que es muy delicado. Solo me puedo fiar de ti para resolverlo, ¿sabes? —Seguía dudando, como si tuviera que justificarse—. Es un asunto muy grave, la verdad. Si no le buscamos remedio, la Corona caerá. Francia estaría definitivamente abocada a una guerra civil. Y ya sabes lo que eso significa. —Robert asintió, aunque no le hubiera aclarado gran cosa. Le dejó continuar—. En ese caso, la invasión sería inevitable. Los ingleses deben de tener ya bien afilados sus puñales.

El joven entornó los ojos. Le costaba imaginar de qué podía tratarse. Si la cosa era tan grave, ¿cómo iba a ser él la persona idónea para hallar una solución? Al fin y al cabo, no era más que un muchacho de quince años. Ni había estado nunca en la Corte ni sabía nada de los asuntos del Gobierno. No obstante, calló. Si Waroc'h lo creía así, sería por algo.

—Sé lo que estás pensando, Robert —Waroc'h hizo un ademán conciliador—, pero no albergo dudas al respecto. Tú eres el único en quien puedo confiar. De otro modo, nunca te hubiera pedido que regresaras desde tan lejos.

Mostraba una seguridad tal que no Robert dejó de lado los reparos iniciales. Simplemente asintió en silencio. Claro que estaba dispuesto a lo que hiciera falta. Era su hermano.

Waroc'h respiró, momentáneamente aliviado.

—Necesito que mañana a primera hora te encamines a París. Lo tengo todo preparado en palacio. Mi gente espera tu llegada.

Robert se enderezó. Según aquello, no tenía que ponerse en marcha hasta la mañana siguiente. Sonrió. Ni siquiera había desensillado el caballo, por si acaso, pero parecía que no había tanta prisa. Waroc'h le daba un pequeño margen. Lo aprovecharía.

Estaba de nuevo en Vannes, y eso era exactamente lo que quería escuchar. Llevaba mucho tiempo fuera.

—Aguarda un momento, hermano. Si no tengo que ponerme en marcha hasta mañana, déjame saludar a Breann antes de nada. Ya tendrás tiempo después de contarme en qué consiste esa misteriosa misión.

Waroc'h sintió una punzada de impaciencia. Tenía muchas cosas que contarle y estaba intrigado por saber qué había estado haciendo tantos meses en Constantinopla. No obstante, acabó recostándose contra el respaldo.

Era lógico que quisiera ver a Breann cuanto antes. Aquella mujer era una madre para él.

—Te espero para cenar, entonces. —Su sonrisa era más agradecida que resignada—. Eso sí, después tendremos muchos cabos que atar. —Le guiñó un ojo—. Ah, y ve tranquilo. No le he dicho a nuestra querida sanadora que estabas de camino.

Robert se frotó las manos con gesto pícaro, y los dos rieron. En su última carta le había pedido que no comentase nada con ella.

—Gracias —se despidió, y salió del salón a paso ligero con un hormigueo en el estómago. Iba a ser una gran sorpresa.

Hacía diez meses que no se veían. En todo aquel tiempo no había logrado olvidar los besos de Breann en el momento de despedirse, ni su mirada húmeda al verlo marchar. Pero sobre todo, no olvidaba cómo, a pesar de todo eso, lo había animado a partir. Que algo pareciera desgarrarse en su interior no le había hecho flaquear ni por un segundo.

Se moría por verla. Por contarle las buenas noticias. Iba a alegrarse, seguro, al saber que por fin había encontrado un camino que le hacía feliz. Sonrió, enternecido. La buena de Breann… Ni siquiera era ya capaz de rodearlo con sus brazos, pero daba igual. Por muy caballero que fuera, para ella seguía siendo aquel niño al que había puesto por nombre Aydan Sneachd.

El mismo pequeño fuego que ella había rescatado de la muerte un día lejano sobre la nieve ensangrentada.

En el rincón más profundo del bosque de Karnag.

CXXXI

Iba a ser una gran sorpresa, sonrió.

La vivienda que Waroc'h le había cedido a Breann estaba rodeada de gente. Nada raro, él ya sabía que cada día llegaban docenas de vecinos pidiendo que los atendiera. Avanzó, dispuesto a entrar sin llamar a la puerta. Se imaginaba la cara que iba a poner al verlo llegar.

Pero entonces percibió un movimiento sospechoso en un lateral. Al mirar hacia allí, se envaró. Todas sus ensoñaciones se esfumaron de un plumazo y la sonrisa traviesa que traía en la cara desapareció.

Una maniobra extraña en una callejuela había activado su instinto de guerrero. Algo así como el respingo apresurado de alguien que se pone en

marcha atropelladamente. Volvió la cabeza. Guido Perrot hacía unos esfuerzos ridículos por pasar desapercibido. El rostro de Robert, hasta entonces risueño, se endureció.

Aquello no era casual, obviamente. El capellán había abandonado la vigilancia al verlo aparecer. Un súbito temor lo asaltó. Ojos malintencionados vigilaban con lupa el trabajo de Breann. Desgraciadamente, ya sabía lo que aquello significaba. Se atusó el pelo. Llevaba mucho tiempo fuera, descuidado y feliz, creyendo que las cosas estarían bien por casa. Sin embargo, estaba claro que no era así. La protección de Waroc'h no era garantía suficiente.

También Myrna, recordó, había confiado en la amistad del conde de Gwened.

Entró, pero la alegría del inminente reencuentro no le hizo olvidar a Perrot. Destemplado, atravesó la puerta que, como siempre, estaba abierta de par en par. Dentro, más vecinos esperaban. Saludó. Solo algunos respondieron.

Una mujer de mediana edad llamó su atención. Era la única que ni lo había mirado al entrar. No dejaba de retorcerse los dedos con la vista clavada en el suelo. Él la observó disimuladamente. Se la veía consumida, y un gesto de angustia deformaba su cara. De vez en cuando echaba una mirada nerviosa a la puerta cerrada donde atendía la sanadora. Robert dedujo que debía de ser la acompañante de la persona que estaba con Breann en ese mismo instante. Se colocó a su lado y esperó. En cuanto acabasen, entraría sin llamar. Volvió a sonreír para sus adentros, anticipando la sorpresa.

No tuvo que esperar mucho. En apenas un par de minutos, la voz de dos mujeres se fue acercando tras la hoja de tablas. Pudo escuchar cómo Breann daba unas últimas instrucciones, y después, la puerta se abrió. Por ella salió una muchachita que no debía de tener más de trece o catorce años. Venía con la cabeza baja y lágrimas en los ojos. La mujer que esperaba se levantó a su encuentro. Se acercó con decisión y le cogió la cara entre las manos. Después, las dos empezaron a sollozar antes de encaminarse a la salida. Robert, aparentando que no las veía, entró en la cámara.

Asomó desde la entrada con una sonrisa picara. Breann estaba dentro, de espaldas, recogiendo su instrumental. Se dispuso a acercarse, pero entonces ella se giró. Pudo verle la cara. Al igual que las dos mujeres, ella también estaba llorando.

Por un segundo, se sintió como un intruso robando algo íntimo. Allí estaba, espiando los sentimientos desnudos de una persona. Por mucho que se tratara de Breann, no tenía derecho. En ese momento, ella se sobresaltó. Acababa de percatarse de que había alguien observándola desde la puerta. Entonces, tras un segundo de indecisión, abrió mucho los ojos.

—¡Aydan! —El bote de cerámica que tenía entre las manos se estrelló contra el suelo.

Sin hacer caso del estropicio, se lanzó a sus brazos. Tuvo que dar un buen salto *para* llegar tan arriba. A sus quince años, Robert ya le sacaba una cabeza. Él la sintió temblar y cerró los ojos. Después hundió la cara entre sus rizos rubios y volvió a ser niño por un instante. Al separarse, las lágrimas de Breann ya no eran de aflicción.

Sus ojos brillaban. Retrocedió dos pasos y silbó, exagerando su asombro. Entonces, mirándolo de arriba abajo, empezó a aplaudir.

—¡Estás hecho un hombre! —Él advirtió un poso de reproche, como una divertida decepción, tras el tono entusiasmado de su voz—. ¡Madre mía, pero si eres enorme!

Reía y daba saltitos, pero no podía dejar de llorar. Lo obligó a darse una vuelta para verlo bien. Después respiró hondo, para serenarse, antes de asomarse a la sala de espera. No habría más consultas aquel día, anunció. La gente fue saliendo entre murmullos de disconformidad, pero ella no hizo caso. Volvió corriendo y se plantó ante él con los brazos en jarra.

—¡Pero bueno! ¡Te hacía en la otra punta del mundo! —El muchacho se quedó desarmado ante aquel torrente de palabras, risas y lloros—. ¿Cómo es que estás aquí?

Él le agarró una mano. No tenían mucho tiempo. Se había comprometido con Waroc'h a estar de vuelta para la cena. La llevó hasta la mesita en la que ella tenía su instrumental y los dos se sentaron en los taburetes que la flanqueaban.

—Al parecer, Waroc'h necesita mi ayuda. —Ella no le soltaba la mano—. Aunque no sé que es lo que quiere exactamente… solo me ha adelantado que mañana temprano tengo que partir hacia París.

Breann se puso seria y desvió la mirada. Se había imaginado que había vuelto para quedarse, al menos unos días. Él ya había anticipado aquella reacción. Era el afán protector que no lograba disimular del todo. Podía comprenderlo, aquello era algo así como los vestigios de la tortura de haberse visto encerrada e impotente mientras él, apenas un niño, huía de la muerte.

Le apretó la mano con firmeza.

—Tranquila, sé cuidar de mí mismo. —Ella no respondió. Tras la sorpresa, era obvio que aquello había supuesto una decepción. Buscó otro tema. Sería lo mejor—. ¿No anda Beadur por aquí? —preguntó él, con aire despreocupado.

Breann le soltó la mano y se echó para atrás.

—Ya lo conoces, mi niño… Hoy aquí, mañana en Normandía… Empiezo a pensar que nunca va a dejar ese oficio de correveidile que tanto le gusta.

Robert respondió con una sonrisa. Breann estaba trivializando a propio intento el compromiso del gauta con la Orden. Aun en los momentos más duros, ella siempre le quitaba importancia a todo. Era plenamente consciente de la trascendencia de su cometido. Beadur seguía siendo una pieza

fundamental en aquella partida de ajedrez de repercusión mundial.

—Que tanto *os* gusta, más bien —apostilló, con retintín.

Él puso cara de circunstancias. Mala suerte, decía su sonrisa. Te han tocado dos casos perdidos.

Le cogió la mano de nuevo. Ella asintió en silencio, otra vez seria. Después, de repente, abrió mucho los ojos. Fue como si acabase de darse cuenta de que Robert se había pasado casi un año en la capital del mundo. Levantó las cejas, como pidiendo que le contara. Él rio.

Lo mejor sería hablarle de Constantinopla, sí. Total, él estaba al tanto del trabajo de Beadur. Naillac le había confirmado que el Fantasma Gris estaba de nuevo en activo. El Maestre volvía a tener Normandía bajo control. Se dispuso a contárselo todo, pero la imagen que se había encontrado al llegar se le atravesó. Cogió aire. Antes de narrarle sus aventuras, pensó, necesitaba averiguar qué era lo que tanto la afligía. Aún le escocían las lágrimas que había visto rodar por su cara.

—Ahora te cuento lo que he estado haciendo en Hagia Sophia. —Ella se echó hacia delante, muy atenta—. Pero antes… —Dudó un instante—. Breann, cuando llegué a tu casa vi como Guido Perrot se escabullía disimulando por un callejón. Creo que estaba vigilándote. ¿Sabes algo de eso? —Ella miró al suelo. Lo sabía, sí—. Ten cuidado. —A él, aquellas intrigas le parecían más peligrosas que todos los cañones otomanos juntos—. Sé que Waroc'h te protege de las malas lenguas, pero… no olvides que también Patern protegía a Myrna.

Ella desvió la mirada. Tenía los ojos húmedos otra vez. El muchacho se quedó desconcertado. No sabría decir si era que no sospechaba nada o que venía de vuelta de todo.

—Tengo miedo de que ese insidioso te busque problemas, Breann. —Ella seguía callada, y él acabó por alarmarse—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estabas llorando cuando yo llegué?

Por fin, ella enfrentó su mirada. No tenía miedo en los ojos, pero sí un nudo en la garganta. Él esperó.

—Aún me duelen las injusticias que veo, Aydan —al fin, aunque de forma entrecortada, logró hablar—. Hay gente que llama a mi puerta, desesperada, un día sí y otro también. Myrna intentó hacerme de hielo. Que me mantuviera insensible ante las desgracias que pudieran llegar a mí. Sin embargo, no puedo hacerlo. Tampoco ella, por mucho que lo aparentase. Esa muchachita que te cruzaste al entrar… —Tuvo que parar para inspirar profundamente. Con un enorme esfuerzo, continuó—. Y su pobre madre… Ya nunca podrán conocer la felicidad, ¿sabes? Hace unas semanas, la niña… un vecino… un borracho. Un viejo, que bien podría ser su abuelo, le salió al paso. Ella estaba sola. —Robert arrugó la frente. Una violación era un delito grave. Algo así no podía quedar impune. Ella advirtió su expresión y negó con la cabeza—. Es un

hidalgo. El dueño de las tierras que trabaja la familia de la niña, para ser exactos. Y de la casa donde viven.

Ahora fue él quien desvió la mirada, contrariado. Era cierto, por graves que fueran los hechos, difícilmente iban a obtener una compensación. Los términos del vasallaje les obligaban a permanecer en su casa y a seguir trabajando las tierras del señor. La alternativa era morirse de hambre.

—Es solo una niña, y se niega a denunciarlo. —Él apretó la mandíbula—. Sería su palabra contra la de él, ¿comprendes? La de un ricachón con buenas influencias. Y aún hay algo más. No me lo ha dicho, pero creo que teme por los suyos. Su familia llevaría las de perder en un juicio. Aunque ganasen, se quedarían en una situación muy comprometida. Antes o después, él trataría de vengarse. Y claro, no quiere que les pase nada. Tiene hermanos pequeños.

Él asintió, pensativo. En efecto, el problema tenía mala solución. Se hizo cargo de sus lágrimas. A él mismo le costaba aceptar cosas así. Tras unos segundos, no obstante, levantó la cabeza. Allí había algo que no cuadraba. La niña se veía desolada al salir, pero no parecía necesitar atención médica. Si no querían denunciar, ¿por qué habían acudido a la consulta de la sanadora?

—¿Las conoces de algo? —Un gesto de extrañeza apareció en su rostro.

Ella ladeó la cabeza. Bendito mío, pensó. Pareces un gran caballero, pero sigues siendo el mismo chiquillo inocente.

—Nunca las había visto. —Entonces, de golpe, él vio la luz—. Han venido a mí porque la niña está… —su voz se quebró de nuevo.

Él se estremeció. La cosa era más grave aún.

—¿Se puede hacer algo? —su voz también temblaba ahora. Podía afrontar un combate a muerte sin que su pulso se alterase, pero algo así lo desbordaba —. Quiero decir… ¿tú conoces algún… remedio?

Breann asintió, pero la angustia hacía que su mentón temblase.

—Acordamos que volverían mañana. Entonces interrumpiremos el embarazo. —Sus ojos estaban húmedos, pero no dudaba al hablar—. Están aterrorizadas, imagínate… y encima, preocupadas. No tienen dinero para pagarme.

Los dos se quedaron mirando la mesa.

—Por eso viste ahí fuera a Perrot. —Ahora, él comprendió que, definitivamente, ella estaba de vuelta de todo—. Esas son las preocupaciones de ese desalmado. Vigilar que las niñas que se ven en un trance semejante no puedan… solucionarlo.

Robert se quedó inmóvil. Que hubiera o no una solución acababa de pasar a la categoría de intrascendente. Lo preocupante era que ese tipo de vigilancia se cerniese sobre Breann. Entonces, inevitablemente, recordó a Naillac. Unas palabras lejanas resonaron en su cabeza:

—«La barbarie de la ignorancia, querido Robert. La obediencia a ciegas ante la supuesta palabra de un dios creado por los hombres. Eso son los

axiomas, en realidad. El arma más poderosa, cuando de controlar voluntades se trata. El dogma, ya ves, más efectivo que un millón de espadas. La materialización de los peores instintos de las personas más ruines y ambiciosas».

Su mirada se nubló, pero entonces, de repente, Breann lo trajo de vuelta con una palmada.

La sanadora volvió en sí como si regresara de una pesadilla. Se secó los ojos e inspiró profundamente. Entonces forzó una sonrisa. Él alzó las cejas, sin comprender, pero ella tiró de él. Aydan estaba en Vannes, y solo por unas horas. Sacudió la cabeza para alejar la tristeza. No sabía cuándo iba a poder disfrutar de su compañía otra vez.

Apretándole la mano con fuerza, le sacudió el brazo para sacarle una sonrisa, aún con los ojos húmedos.

—¡Venga, ya está! —Ella se puso en pie con una energía renovada—. ¡No perdamos el tiempo con desgracias, que solo tenemos un ratito para ponemos al día!

Él no logró reponerse tan rápido. Habían sido muchas cosas de golpe. Sobre todo, revivir la amenaza que había dado con Myrna en la horca. Aquel terror antiguo se había hecho tangible de nuevo.

—Tengo miedo, Breann. No me fío nada de ese capellán. No olvides que tiene al obispo de su lado. Y con él, a toda la Iglesia de Bretaña.

Ella volvió a tirar de su brazo, como jugando. Él se resistió, muy serio. No le acababa de ver la gracia a todo aquello. Entonces, ella se plantó ante él y lo miró con serenidad. Aunque risueña, la profundidad de su mirada lo impresionó.

—Mi querido caballero… Te prohíbo que temas por mí. —Robert levantó las cejas, sorprendido. Aquello no era cosa que se pudiera prohibir, pensó. Breann hizo caso omiso a su gesto de escepticismo—. Óyeme bien. Nunca podrás imaginar los esfuerzos que tengo que hacer día tras día. Sobreponerme al terror que me inspira tu ausencia, afrontar los pensamientos funestos que me asaltan, es lo más duro de cada despertar—. Él inició una respuesta, pero la sanadora le puso un dedo sobre los labios—. Ya ves, ese miedo es un enemigo que debemos combatir. —Breann sonrió con confianza ante el gesto desconcertado del muchacho—. Esta fue la última lección que aprendí de Myrna. Su recuerdo me ayuda a no bajar la guardia.

Robert sonrió como por contagio, aun sin comprender. Ella, con una seguridad arrolladora, siguió hablando. Era como si llevara mucho tiempo con aquel discurso preparado.

Esperando que llegase el momento de soltarlo.

—Hoy voy a transmitirte esta última lección, pequeño fuego —Bajo el tormento que se adivinaba tras aquella sonrisa fría, ella se mostraba tranquila—: No permitas que el miedo a aquello que no puedes controlar te corte las

alas. No dejes que te impida volar.

Robert la observó con la frente arrugada. Aquella actitud desenfadada hacía que algo tan grave casi pareciera una broma.

—¿Volar? —Las lecciones de Myrna nunca caían en saco roto.

Lo que había empezado como una visita sorpresa había derivado en un inesperado regreso a Karnag.

—Tómate conmigo una taza de sidra, Aydan Sneachd, y deja que te cuente la última conversación que mantuve con nuestra viejecita. La última enseñanza que me transmitió aquella mañana. Ya sabes, el día en que te llevó de paseo hasta el menhir de Kermario.

La mirada del muchacho se ensombreció de nuevo. Aquella tarde gélida volvía otra vez, como en sus peores pesadillas. Ella le cogió la mano. «Myrna está aquí, con nosotros», le dijo con la mirada. «Tranquilo, ella sabía lo que hacía».

Él asintió.

De pronto, se vio en el bosque. El arroyo susurraba, y una voz tranquila le explicaba que tal vez sean los tragos amargos los que nos hacen más sabios.

—«Entender lo que es la vida, mi pequeño, también va de atravesar infiernos».

CXXXII

Breann comenzó su historia con una de las sentencias de Myrna.

—Por supuesto que el tiempo no cura las heridas. Pero sí nos acostumbra a vivir sangrando.

Robert asintió. Ella, sonriente, siguió con su relato. Le contó que se había levantado destemplada, en aquella mañana ya lejana. Era el invierno de 1405, le dijo. Él tenía ocho añitos, nada más, y ella seguía viéndolo como aquel bebé que había apretado contra el pecho bajo la ventisca.

Ajeno a las intenciones de Myrna, el pequeño había empezado la jornada revisando las trampas del día anterior. Vagó por el bosque hasta que oyó que la muchacha lo llamaba. El cielo amenazaba lluvia. Quería evitar que le pillara el chaparrón.

Aquello de que Aydan tuviera que enfrentarse a la verdad la superaba. Era demasiado dolorosa, y él tan pequeño… A veces, aún la asaltaban los recuerdos. Cabezas rodando sobre la nieve. Flechazos mortales entre la espesura.

—Lo haré esta misma tarde —había dicho la anciana de forma taxativa.

Breann no había sido capaz de responder. La impotencia la tenía a punto

de llorar. Desde el día en que había sacado al niño del vientre de su madre muerta, ya nada había sido igual.

En ese mismo instante había irrumpido en su vida un terror hasta entonces desconocido. Un pánico irracional a que él sufriera. Al fin y al cabo, solo las tenía a ellas en el mundo. Entendió que nunca antes había conocido el auténtico significado de la palabra miedo. Que su vida, a pesar de las dificultades, había consistido en un paseo despreocupado a través de una plácida inconsciencia. Sin embargo, ni tenía nada que objetar ni hubiera servido de nada. Myrna no solo tenía derecho a revelarle la verdad al chiquillo. También tenía razón al hacerlo, por mucho que le costase aceptarlo.

La anciana salió a la puerta. Un viento frío y húmedo le golpeó la cara. Parece que va a llover, pensó. Al volver al interior se encontró con el gesto tenso de la muchacha.

—Siéntate.

No era necesario, pero era conveniente que Breann se convenciese. Su energía era percibida por el niño. No era recomendable que respirara aquel malestar en un momento tan importante.

La joven tomó asiento. Mientras, la anciana sirvió dos copitas de licor. Después, cuando enfrentó la mirada de su aprendiza, su voz sonó suave pero tajante. Una convicción firme sustentaba sus palabras.

—¿Qué crees que me ha permitido ejercer mi profesión durante tantos años… —le dijo sin más preámbulos— sin que el miedo me paralizase?

La pregunta cogió a Breann desprevenida. Desde luego, no contaba con algo así. Había previsto una reprimenda, o como mucho, una explicación. A Myrna no le gustaban las actitudes timoratas. Nada hay de bueno en ser un jeremías, solía decir. Y era cierto, pensó la muchacha. Pero este caso era superior a ella. Llevaba días angustiada. El miedo se había apoderado de su cabeza. La inminente revelación de aquel secreto había hecho renacer viejos fantasmas. Era tan pequeño aún…

—La… la sapiencia antigua que heredaste… ¿no? —titubeó. Era lo primero que se le había ocurrido. Tan solo quería salir del paso.

Myrna esbozó una sonrisa sarcástica. Era de esperar una respuesta irreflexiva, pensó.

—El arte de curar que aprendí a lo largo de mi vida es el instrumento que me permite ejercer, por supuesto. Sin embargo, ese no es el factor que me ha hecho seguir todo este tiempo. —Se echó para atrás con displicencia—. Mira, Breann, desde el día en que atendí a mi primer paciente, pende sobre mi cabeza una espada afilada. La ignorancia, la envidia o la mera desconfianza de ciertas personas ha provocado que se sucedieran docenas, tal vez incluso cientos de denuncias contra mí y contra mi trabajo. Algunas me acusan de herejía, otras de practicar magia negra… Hasta hay quien dice que mantengo relaciones carnales con el mismísimo Belcebú.

Breann desvió la mirada. No entendía a dónde pretendía llegar con aquella conversación. Ya sabía a qué se exponían al ejercer, ella también había aceptado aquel destino. La anciana sonrió de nuevo al ver el desconcierto reflejado en sus ojos.

—Dime entonces, Breann ¿qué fue lo que tuviste que vencer tú? ¿Qué te impulsó, siendo bien pequeña, a renunciar a la calidez de tu hogar en Inbhir Nis? ¿Qué fuerza misteriosa provocó que, siguiendo la intuición de Morvern, decidieras partir tras un sueño imposible? ¿Dejarlo todo y exiliarte en un país extraño para vivir con una vieja loca? —Entonces levantó el vasito, en un gesto cargado de ironía—. ¿Qué sentiste en el momento de abandonar a tu familia? Piensa, niña. ¿A qué tuviste que sobreponerte?

La muchacha miró abajo. No tenía que esforzarse en recordar lo que había sentido entonces, porque en ocasiones aún se sentía así. Cada vez menos, eso sí.

—Me obligué a mí misma a impedir que el miedo me bloqueara. —Al cabo de un largo silencio, su respuesta sonó a rendición. Una vez más, la argumentación de la maestra la había dejado desarmada—. A sobreponerme a un temor que me incitaba a quedarme en casa en vez de partir hacia lo desconocido.

Myrna chocó su vaso con el de ella. Después, las dos bebieron.

—A superar lo que te impediría volar tras tu sueño, querida. —Breann clavó la vista en la pared con aire ausente, y Myrna asintió.

La anciana la dejó viajar un rato. Después, su voz sonó más comprensiva que antes.

—Te he explicado algunas cosas en este tiempo, Breann, pero ahora presta atención. Tal vez esta sea la lección más importante que pueda darte. —La joven sintió cómo se le aceleraba el pulso—. A lo largo de la vida, cada persona va construyendo, sin pretenderlo ni ser consciente, una jaula alrededor de sí. No, no te extrañes. Es algo que hacemos todos y cada uno de nosotros, créeme. En eso no hay excepciones. Va implícito en la naturaleza humana—. Breann entrecerró los ojos. Creía intuir qué tipo de jaula podía ser—. Cada vez que cedemos ante uno de nuestros miedos, añadimos un nuevo barrote. La celda se cierra, cercándonos poco a poco sin saberlo. Y aún hay más. Cada barrote no solo limita nuestros movimientos. También va cubriendo nuestro campo de visión. Por eso, mucha gente no ve hacia dónde va. Ni siquiera perciben la causa de su infelicidad. Se han convertido en miembros de un rebaño del que no se sienten parte. Pura insatisfacción, como puedes imaginar. Pues bien, esa deriva destructiva nace de ese tipo de miedos. ¿Vas entendiendo ahora?

Breann se mordió un labio. Se resistía a aceptar la rotundidad con la que Myrna estaba enfocando aquel asunto. Ella misma se enfrentaba al temor a menudo, aunque podía entender que la gente quisiera vivir tranquila. Negó,

desconcertada.

Aquello era un tanto injusto. A nadie se le pasaba por la cabeza ir a hurgar en un cementerio y, sin embargo, ella lo hacía sin dudar. Le compensaba, sí, pero podía entender que a la gente común no se le ocurriera hacer tal cosa. Myrna la atravesó con la mirada. Podía adivinar sus pensamientos antes de que ella abriera la boca.

—No confundas la sensatez con el temor infundado, Breann.

La joven volvió a negar en silencio. Sin riesgo no hay victoria, le había dicho un atardecer lejano, al verla coger fuerzas y una pala antes de partir al camposanto.

—Sí, lo sé… no hay victoria posible —Myrna le guiñó un ojo y acabó de desarmarla—, pero déjame ir hoy un poco más allá. Ese supuesto riesgo… ¿no crees que es mucho mayor en nuestra imaginación de lo que podría llegar a ser en la realidad?

Breann bebió otro traguito con aire ausente. Le costaba refutar los razonamientos de Myrna. Solo sabía que seguía sintiendo el mismo pavor instintivo que antes. El pánico a que Aydan sufriera. Irracional o no, lo cierto es que la atenazaba.

—El miedo te bloquea, niña. —Myrna se levantó, como si diera por finalizada la conversación—. Te hace pensar que es preferible que el chiquillo viva sumido en la ignorancia aquí, bajo la falda de dos mujeres, a que se enfrente a la verdad. Pues yo te digo, Breann Airdsgainne, que esa decisión no nos pertenece ni a ti ni a mí. El pequeño Robert de Gwened es el único timonel de su propio destino, nos guste o no, y tiene derecho a afrontar su auténtica vida. Ni mi miedo, ni el tuyo, ni siquiera el suyo propio, deben impedirlo. Deberíamos evitar que construya una cárcel en torno a sí, no animarlo a hacerlo. —Breann se quedó en silencio, con la mirada fija en el vasito que tenía entre las manos—. Además… algún día él partirá. Se irá de aquí, reclamado de una forma u otra por la vida. Es un impulso incontenible, querida. ¿De qué servirá entonces esa agonía? ¿En qué le ayudará a él que vivas sumida en el terror? ¿No será mejor que vea en ti un apoyo firme para sus ansias de volar, antes que una madraza llorosa que lastre sus alas?

Breann dejó de respirar. El miedo y la lógica pugnaban en su interior. Una lucha tan antigua como el propio ser humano.

La anciana se asomó de nuevo a la puerta. Una ráfaga de viento le alborotó los cabellos. Aydan no había entrado aún en casa, pese a las llamadas de Breann. Miró al cielo plomizo. Anunciaba lluvia. Cuando regresó al interior, el frío entró con ella.

—Él sabrá cuando empieza a llover sobre su cabeza, querida. —La joven le echó un vistazo a la puerta entreabierta, y después a Myrna. Entendió que tenía por delante un trabajo duro, pero no quería ser la carcelera de nadie. Ni cortadora de alas. Finalmente, asintió. La vieja sanadora le habló entonces con

cariño—. En cuanto vuelva, le pediré que me acompañe. Daremos nuestro paseo diario, aunque esta vez nuestros pasos se dirigirán a las piedras hitas. Allí le contaré todo, porque allí, junto a la piedra de Kermario, se encuentra la explicación de lo que ha pasado. Solo así sabrá el porqué de la sombra que lo amenaza. Que lo amenazaba ya, como sabes, antes de nacer.

Breann asintió de nuevo. Iba a necesitar un tiempo para asimilar todo aquello, pero la convicción de Myrna era arrolladora. Nunca había condicionado su propia vida por causa del miedo, y tampoco tenía derecho a hacerlo con la del chiquillo. Pero, sobre todo, ahora no quería hacerlo. Recordó a Morvern. Él siempre la había animado a volar. A encontrar su lugar en el mundo. Se quedó pensando, ausente. Empezó a ver a su padre de otro modo. A comprender su sacrificio.

—No creo que yo tenga ocasión de transmitirle todo esto, Breann. Confío en que lo harás tú algún día, cuando lo consideres preciso.

Sí, decía su mirada. El pequeño fuego entre la nieve tiene que volar libre de ataduras. Como lo hice yo, como lo hiciste tú en su día. O más aún, porque él es especial.

Myrna se arrebujó en el chal. Últimamente, el frío se había instalado en sus huesos. Aun así, sonrió. Ya le quedaba una cosa menos por hacer.

—Mantener a raya al miedo es lo que me ha traído hasta aquí, Breann. Esa es la clave. Lo que me ha permitido salvar cientos de vidas a lo largo de los años. Si me hubiera dejado dominar por el pánico jamás lo habría logrado. Y no habría obtenido, querida niña, el más hermoso logro que una persona puede alcanzar en esta vida. Lo mismo que quiero para él…

Dejó las últimas palabras en suspenso, esperando una respuesta. Por fin, tras un breve silencio, Breann también sonrió. Estaba claro que Myrna esperaba acabara su frase.

—… que sea el único timonel de su propio destino.

Myrna cogió la capa. El paseo hasta los menhires era largo y unas nubes negras corrían por el cielo.

Aquella lección, como tantas otras, tendría que ser asimilada con dolor. Nadie mejor que ella sabía lo difícil que era. Antes de marchar contempló un instante a Breann, todavía sentada y con el vasito entre las manos. Asintió, satisfecha. Aquella muchachita menuda nunca la decepcionaba. Se dispuso a llamar al chiquillo. Estaba complacida, aunque una extraña sensación de apremio la asaltaba cada vez con más frecuencia.

Las piedras hitas esperaban, solitarias, en mitad de la tarde invernal.

—Me llevo la capa. Creo que nos va a coger la lluvia.

En unos minutos, Breann los vio marchar con aire ausente. Absorta, contempló cómo la extraña pareja se alejaba por el camino. Como siempre, la anciana iba hablando y el pequeño la escuchaba con atención.

Un cielo gris metálico enmarcaba el bosque de Karnag.

Entró, ajena a la tormenta que estaba a punto de desencadenarse sobre sus cabezas. Mil sensaciones encontradas seguían debatiéndose en su interior.

No podía sospechar que iba a tardar años en reencontrarse con Aydan.

Y mucho menos que jamás volvería a ver a Myrna.

CXXXIII

—Esa fue la última lección de nuestra Myrna, querido.

El bullicio de los trasiegos animaba las calles de Vannes. Mujeres que se saludaban, niños que jugaban y arrieros que arengaban a bestias de carga. Un ruido tras la ventana que Robert parecía no escuchar.

Se había quedado inmóvil, con la vista clavada en la pared. Breann le posó una mano en el hombro.

—Por eso, Aydan, es por lo que no debes temer por mí. No por la protección de Waroc'h, o por la vigilancia de Beadur. —Ella esbozó una sonrisa triste. Comprendía mejor que nadie lo que estaba pasando por la cabeza del muchacho—. No podrías hacer nada por mí estando lejos. Y desde luego, que renuncies a volar no es una opción. Yo jamás lo consentiría. Olvida a ese Guido Perrot, te lo ruego. Es lo mejor.

Él se resistía a aceptarlo. La mera posibilidad de que a Breann pudiera pasarle lo mismo que a Myrna lo paralizaba. Ella pudo leer el tormento en su cara y le acarició el brazo, comprensiva.

—Yo pasé cinco años encerrada. Todo un lustro bajo tierra, sin ver la luz del sol —su voz lo trajo de vuelta—. Sin embargo, eso no es nada comparado con aquellos que jamás salen de la celda que ellos mismos construyen. Nada, al lado de una vida a la que sus propios barrotes le impiden ver que el mundo es un escenario maravilloso. Un teatro mágico en el que desarrollar esa aventura apasionante que llamamos vida.

Calló. El resto le tocaba a él. Durante un largo silencio lo observó con ternura.

Allí estaba, perdido entre sus sombras. Llevaba toda la vida enfrentándose a la muerte cara a cara. Sus inmensos brazos hubieran podido alzar en vilo a un caballo, y pocos hombres en el mundo podrían hacerle frente en un combate cuerpo a cuerpo. Y sin embargo, allí estaba.

Perdido entre sus sombras.

—Si dejas que ese miedo nuble tus esperanzas, aunque sea solo un poco, estarás poniendo el primer barrote de la jaula. No puedes temer por mí, Aydan… Sería terrible para ambos, ¿no crees?

El joven no alteró el gesto, pero asintió. Y no lo hizo porque aquel fuera el

último legado de Myrna, ni porque las enseñanzas de la vieja sanadora no cayeran jamás en saco roto.

Asintió, simplemente, porque Breann tenía razón.

Ella le cogió la mano y lo sacudió con fuerza. Bien. Todo irá mejor a partir de ahora, decía su sonrisa. Se levantó de un salto. Estaba decidida a impedir que aquel encuentro inesperado derivara en un pozo de melancolía.

—¡Venga, arriba! ¡Tienes mucho que contarme! ¿Qué has estado haciendo tanto tiempo allá, en Oriente? ¿Cómo es eso de que por fin has encontrado tu camino? —Su energía ahuyentó en un instante a la oscuridad—. Déjame ver… ¡Vas a ser un gran filósofo! ¡No! ¡Un astrónomo!

A Robert le costó volver en sí. Acababa de recibir la última lección de la druida de Morbihan, tantos años después. La nostalgia se entremezcló con la ilusión por contarle el futuro que había encontrado en Constantinopla. La combinación resultante fue una extraña sensación de aturdimiento. Aun así, la sonrisa expectante de Breann lo obligó a reaccionar. Tras unos momentos, decidió seguir adelante. Al fin y al cabo, ese era también un legado de Myrna. Cruzó las manos y sonrió. Vamos allá, se dijo.

Agarrados de las manos, se miraron frente a frente.

—Tras pasar por Toledo otra vez, me dirigí a Rodas —al empezar a hablar, la melancolía se esfumó. Tal vez sea cierto que somos nosotros mismos quienes ponemos barrotes a la jaula, pensó entonces—. Desde allí, Breann, solo hace falta una breve travesía para arribar a la capital del mundo…

La joven lo escuchaba con orgullo. Una sonrisa deslumbrante apareció en su cara. Estaba feliz por él, era evidente. Aydan se quedó mirándola. Llevaba toda la vida viéndola así, pero por primera vez entendió cosas que siempre le habían pasado desapercibidas y perdió el hilo momentáneamente.

Se dio cuenta de que ella había aprendido a vivir al margen del miedo. A mantener a raya al pánico. Entonces sintió un inmenso agradecimiento. Nunca antes había caído en la cuenta de la libertad que le aportaba el hecho de saber que ella no sufría. El privilegio que suponía volar sin preocuparse por el dolor de las personas que dejaba atrás.

Con todo lo que eso implicaba, pensó ahora.

La libertad de escoger el propio camino sin ataduras. Sin la losa de la culpabilidad que provoca el sufrimiento ajeno. En aquel mismo instante decidió que nunca dejaría que los cuervos ganaran la batalla. Una vez más, la sabiduría de Myrna iluminaba todos los caminos.

Volvió en sí. Ella seguía sonriendo, expectante. Su gesto de desconcierto indicaba que no entendía por qué se había callado. Robert inspiró profundamente y continuó. Tenía mucho que contarle.

—Allí, en Constantinopla, me instalé en la escuela de Hagia Sophia. Fue gracias a la intermediación de los buenos amigos que tengo en Toledo y en Rodas. —La sanadora levantó las cejas, confusa—. Así llaman al templo de la

Sabiduría Sagrada. El más hermoso edificio de cuantos existen en el mundo entero, Breann. Un templo que lleva mil años rindiendo culto a la razón.

Ella abrió mucho los ojos y se recostó, exultante. Empezaba a entender. En efecto, se dijo, solo un lugar así podía colmar las necesidades de su pequeño fuego entre la nieve.

—¿Qué hallaste en el centro del laberinto, Aydan?

Él inspiró de nuevo. Ni en dos horas, ni en dos años siquiera, hubiera podido narrarle las maravillas que se guardaban aquel lugar. Tampoco hacía falta. Bastaría con que Breann escuchara un breve resumen para comprenderlo todo.

Al fin y al cabo, asintió, la existencia misma de aquella mujer era un ejemplo de lucha contra la barbarie. Contra el miedo y el fanatismo. Contra la oscuridad que siempre propaga la ignorancia. Entonces, fue él quien lo comprendió todo.

Breann Airdsgainne, tras los pasos de Myrna, llevaba toda la vida recorriendo la misma senda que él.

Aunque él, el decimotercer caballero de la casa de Gwened, hubiera tenido que ir a buscar su destino a los más lejanos confines del mundo conocido.

Al igual que ella, lo había encontrado después de una larga búsqueda. Ese era su camino, sí.

El camino de la luz.

CXXXIV

Al día siguiente, Breann era ya un eco dulce en su memoria.

—No olvides lo que hemos hablado, hermano. —Waroc'h se levantó antes del amanecer para despedir a Robert—. El futuro de Francia está en tus manos.

El viento del norte barría el humo de las chimeneas de Vannes. Sin embargo, el frío parecía no surtir efecto en el conde. Allí de pie, en mangas de camisa, se limitaba a contemplar, impasible, cómo su hermano menor acababa de preparar su montura ante las puertas del castillo. Hasta le eran indiferentes los goterones helados que ya empezaban a caer.

El cielo, del color del plomo, rozaba las agujas de las torres más altas.

El viajero acabó de estibar su equipaje sobre la grupa del caballo. Mejor no responder, caviló. Se hacía cargo de la preocupación de Waroc'h, cómo no. Por eso aceptaba que le repitiese las mismas instrucciones por enésima vez desde la cena.

—Si este secreto fuese desvelado, todo estaría perdido. Los enemigos de la

Corona aprovecharían entonces para desacreditar a los legítimos herederos. —Waroc'h seguía con su letanía, aunque era como si hablase para sí mismo—. Esa sería el fin de nuestra monarquía, Robert. Cundiría el desgobierno. Descabezada, Francia sucumbiría al caos. Entonces, la nación entera caería.

El muchacho apretó las cinchas. Ya casi estaba listo.

Solo quería ponerse en marcha de una vez. Por incierto que fuese el horizonte que se abría ante él, era mejor cabalgar que escuchar aquella monserga de nuevo. Ya se la sabía de memoria.

Claro que Jean Sans Peur y Charles de Valois esperaban la ocasión perfecta para asaltar el trono. Ya se lo había dicho Naillac; y también que eran enemigos irreconciliables. No en vano, el *Sin Miedo* era el responsable del asesinato del padre de Charles en los callejones del Marais. También sabía que al frente del ejército borgoñón y de las tropas Armagnac, respectivamente, los dos grandes señores defendían ser, ya sin pudor alguno, la única opción que podía salvar a Francia. Un reino sumido en el caos y la vergüenza, con un rey demente y una reina sin control.

Eso argumentaban los dos, a voz en grito. Cada uno por su lado.

Revisó el bocado y agarró la brida. Ya estaba listo. Entonces, se puso serio. Esa reina, rezongó. Precisamente la persona a la que él se disponía a socorrer. Sí, le había caído encima sacar a Isabeau del lío en el que se había metido. Evitar que sus desmanes acabasen con las pocas opciones de reinar que conservaba el delfín. Frunció el ceño. Él, Robert de Gwened, era todo cuanto le quedaba al futuro rey en aquella hora amarga. Él, un simple muchacho, era la última esperanza del conde de Vannes, de los legítimos soberanos y de la Corona. Por lo tanto, de Francia entera.

Las últimas palabras de su hermano resonaron en sus oídos mientras montaba.

—El Delfín será tachado de bastardo si fracasas. Irán a por él, tanto Borgoña como Orléans —Waroc'h empezó a hablar más rápido al ver que ponía el pie en el estribo—, y también a por sus hermanos pequeños. Ese sería el fin. No lo olvides.

El jinete estaba listo. Desde lo alto de su inmensa montura, le dedicó una mirada sosegada. Su expresión transmitía confianza. Era como si no contemplara las terribles consecuencias que acarrearía un posible fracaso en aquella misión. Solo parecía contemplar el éxito. Ezra le había enseñado a no centrarse en un futuro lejano. Sobre todo, cuando tuviera un cometido entre manos.

—«Eso distraería tu concentración. Focalízate en ejecutar cada acción parcial. Paso a paso. Sé minucioso. Exhaustivo. Aíslate de cualquier otro pensamiento. Anticipa el futuro, sí, pero céntrate en lo inmediato».

Paso a paso, asintió. Y lo primero, ahora, era galopar. Se aisló en esa idea. De otro modo, la presión hubiera sido estremecedora. La supervivencia del

país entero dependía de él.

Así, se dijo, no pensaría en Louis. El heredero de la Corona de Francia. El muchachito enfermizo que apenas conservaba unas frágiles aspiraciones para llegar a convertirse en monarca. Tampoco en sus hermanos menores, Jean y Charles. El pequeño amigo de Waroc'h sería también considerado hijo ilegítimo del rey si el problema de Isabeau quedaba a descubierto. Aquel secreto maldito que hasta la noche anterior solo conocía Waroc'h… y ahora, sacudió la cabeza, también él. Tensó las riendas. Cabalgar a París, se dijo.

De momento, eso era todo.

—Descuida, hermano. —Su seguridad contrastaba con el gesto angustiado del señor de la ciudad—. Yo me encargo de todo.

Se miraron por un instante. Después, el muchacho partió a galope.

Waroc'h vio cómo se alejaba bajo la lluvia. Todas sus esperanzas galopaban con él.

Las gotas empezaron a caer sobre él sin que se percatase. Robert se perdió en la lejanía, pero él se quedó allí, rodeado por la bruma de aquel amanecer sombrío. La disputa entre los dos bandos había desembocado en una especie de guerra civil intermitente. Con semejante panorama, a Inglaterra solo la detenía ya su propio caos. Menos mal, pensó. Eso era ya lo único que aplazaba una invasión inevitable.

Menudo panorama. Bailar sobre un sedal hubiera sido más fácil que conservar la Corona sobre la cabeza del joven delfín. Renegó de nuevo al pensar en Isabeau, empeñada en echar leña al fuego que amenazaba con hacer arder a toda su familia.

Empapado, helado y sumido en negros presagios, Waroc'h se quedó contemplando el horizonte.

—Suerte en tu cometido, hermano. Contigo cabalgan mis ojos y mis manos.

Sus murmullos fueron amortiguados por el rumor de la lluvia contra el enlosado. De cualquier modo, no había nadie cerca. Siguió con la vista clavada en el lugar por el que acababa de desaparecer su última opción. Un joven jinete llamado Robert de Gwened.

Las gotas heladas mojaban sus cabellos, pero él siguió allí, inmóvil. Con fuerzas tan solo para susurrar un anhelo entre dientes.

—Si tu misión fracasa, Francia estará perdida.

Entonces, cerró los ojos.

De nuevo, la lluvia fue la única que escuchó sus palabras.

CXXXV

La fama de Waroc'h era más que merecida. Ahora lo veía.

En toda la operación, Robert apreció los hilos de acero de un estadista sabio. De un piloto que manejaba con mano de seda aquel navío decrépito que ya apenas se mantenía a flote.

Los temores que habían rondado su cabeza a lo largo de todo el camino desaparecieron en cuanto llegó a la Corte. No tuvo que vagar perdido, buscando la forma de entrar, ni preguntar por nadie en los pasillos. Todo funcionó como un engranaje perfectamente ensamblado.

Con una eficiencia que sorprendió al propio Robert, los hombres de confianza de Waroc'h le salieron al paso a las puertas de palacio. Los aliados que el señor de Vannes conservaba allí dentro ya estaban esperándolo cuando llegó. Así fue que no tuvo ni que entrar. Dos encapuchados le entregaron el «encargo» con total discreción.

Todo estaba oscuro en la cuadra de los caballos.

Por fin, lo tuvo entre las manos. Allí estaba lo que había ido a buscar. Lo que tenía que llevarse consigo cuanto antes, sin que nadie se enterase. Un paquetito pequeño, liviano como un gato. Conque aquel era el terrible secreto de Isabeau, se dijo. Lo que la había obligado a suplicar auxilio al único que parecía estar ya dispuesto a socorrerla.

Aydan cogió con cuidado aquel envoltorio cálido, sintiéndose muy torpe. No estaba acostumbrado a manejar cosas tan delicadas. Lo miró un instante y lo colocó como pudo.

Era una niñita de tan solo unos días de vida.

Allí estaba, entre sus brazos, la hija bastarda que la reina Isabeau acababa de parir en el más absoluto secreto. Su marido llevaba años incapacitado, y había pasado ya mucho tiempo desde que su amante había sido asesinado. Aquel era el bebé. Por supuesto, de padre desconocido.

Con el paquete bien acomodado, se volvió hacia los encapuchados.

—Confirmadle al conde que nadie sospecha nada —le susurró el hombre que le había entregado el bulto. El muchacho asintió. Aquel caballero era la mano derecha de Waroc'h en París. No se le veían ni los ojos en aquel rincón oscuro—. Que, entre el aumento de peso de su majestad en los últimos años y el pretexto de encontrarse indispuesta en estos meses, lo cierto es que logramos que la niña naciera sin que nadie se diera cuenta de la gravidez de la reina.

Robert, sintiendo a la pequeña contra el cuerpo, se despidió sin bajarse del caballo. Más de cincuenta leguas lo separaban aún de su destino.

Waroc'h le había buscado una familia. Una gente sencilla, que gozaba de su absoluta confianza. La familia D'Arc, le había dicho. Unos campesinos acomodados que vivían suficientemente lejos de la Corte. Gente de fiar que jamás revelaría aquel secreto.

Así tenía que ser. De quedar en descubierto la desvergüenza de la reina, y

ya sin ningún tipo de justificación ante la locura del rey, los enemigos de la Corona tendrían el terreno abonado para asaltar el trono. Solo tendrían que alegar que los otros hijos también eran bastardos. Si lo hizo esta vez, aullarían desde sus atalayas, por qué no las otras. Ese sería el paso previo al derrocamiento del delfín. El joven heredero, declarado ilegítimo, sería desterrado para siempre, junto con sus hermanos y la bruja de su madre. Ya había sucedido antes.

Waroc'h estaba en lo cierto. Entonces, el caos asolaría Francia por los cuatro costados. Y ese sería el fin del glorioso reino, descabezado y dividido. Definitivamente a merced de los invasores.

Esquivando la trascendencia del momento, Robert partió de inmediato. Con la niña camuflada bajo la capa, cabalgó hasta una aldea remota de la Lorraine. Fueron cuatro jornadas interminables por caminos secundarios.

Al fin, llegó. Al anochecer del cuarto día, el joven jinete abandonó la aldea. Acababa de dejar a la pequeña en brazos de su madre adoptiva, *madame* D'Arc.

—Nosotros cuidaremos ahora de la pequeña Jehanne, mi señor. —Robert asintió en silencio ante las palabras del campesino. Jacques, el hombre de la casa, era tal y como Waroc'h se lo había descrito.

El peso de una conciencia atormentada parecía hundirle las espaldas. El confidente del conde de Vannes en aquella región parecía el tipo ideal para criar a la hija secreta de Isabeau. Un colaborador discreto y fiel que parecía constantemente asediado por los remordimientos. Un infiltrado disfrazado de granjero. Perfecto, se felicitó el muchacho. Misión cumplida.

Ahora podía relajarse. Había resuelto sin contratiempos un encargo comprometido en extremo. Tras despedirse, emprendió el camino de regreso a Morbihan. Dejó ir el caballo al paso, pensativo. La carga que seguían soportando los hombros de Waroc'h era sobrecogedora.

Sus pensamientos vagaron sobre las vegas en penumbra, al compás de los cascos. Al fin, sus ojos errantes dieron con un firmamento lleno de estrellas. Su claridad hacía destellear el camino, salpicado de cuarzo.

De pronto, sintió un impulso súbito e inició un trote largo.

Misión cumplida, se felicitó otra vez. Volvía a ser libre. Confirmado que todo había salido según lo previsto, podría partir de nuevo. El Mediterráneo oriental, convulso y apasionante, esperaba su regreso. Un estremecimiento de euforia lo sacudió.

Ya podía regresar a Hagia Sophia.

Arreó el caballo y empezó a galopar en plena noche. Ya nada lo retenía en Francia. Entonces, sin saber bien por qué, Breann apareció en el cielo nocturno. Ella también se alegraría, pensó. Al fin y al cabo, aquella mujer era capaz de domar a los demonios que anidaban entre sus cabellos. Era menuda, y aparentemente frágil, pero siempre indoblegable.

Un grito de júbilo hizo que el caballo volara sobre el camino fosforescente.

A su espalda quedaba la pequeña aldea de Domrémy, solitaria y tranquila.

Sumida en la oscuridad.

CXXXVI

Algunas despedidas no son amargas.

—No te puedo garantizar que nos volvamos a ver pronto. —Él sujetó la cara de Breann entre las manos, acariciándole las mejillas—. Si nada me lo impide, esta vez voy a pasarme una buena temporada en Hagia Sophia.

La sanadora aceptó con una gran sonrisa las prisas del muchacho. Algo demasiado poderoso, lo sabía bien, lo reclamaba desde el otro extremo del mundo. Y no era un espejismo, ni ningún hechizo.

Era la vida misma.

Le besó el dorso de la mano, feliz. Aquello era justamente lo que ella quería para él.

—Llegas de improviso, advirtiendo que no tienes más que un par de horas para mí… —Su cara sonriente desarmaba cualquier reproche—. Acabas de volver de ese encargo tan misterioso que te hizo Waroc'h, y ¡hala! ¡Ya te estás marchando otra vez!

Ella reía, pero él se puso serio. Acababa de volver a su mente la última conversación que había mantenido con su hermano. No habían pasado más que unas horas; justo a su regreso de Domrémy. Una confesión reconfortante e inquietante a la vez, recordó.

—Nunca te podré agradecer esto, Robert —la voz de Waroc'h, temblorosa, aún resonaba en su cabeza—. No me equivoqué al pensar en ti. No has llegado a ser consciente, pero Francia estuvo en esos días al borde del abismo.

Seguía pareciendo un viejo prematuro, pero era como si el alivio le hubiera restado arrugas.

El muchacho quiso quitarle importancia con un ademán displicente, pero lo único que le salió fue un gesto de compasión. Waroc'h seguía dando mucha lástima. Era como si el mundo entero reposase sobre su cabeza.

—Lo que hoy se antoja un gran problema puede ser, en el futuro, una oportunidad —la observación del joven, pese a ser sincera, sonó a palabrería barata. Entonces lo miró de frente—. Debes deshacerte de esa carga, hermano. No estamos hechos de acero. Ni siquiera tú, el gran Waroc'h de Gwened.

El conde pareció volver en sí. Entonces esbozó una sonrisa resignada.

—¿Qué sugieres, Robert? ¿Que abandone a mi rey justo cuando más me necesita? —No había acritud en sus palabras. Más bien, perplejidad—. ¿Qué le dé la espalda, como hicieron otros? ¿Precisamente aquellos que más fidelidad le debían?

El muchacho desvió la mirada. Por un momento, hasta deseó haberse tragado sus palabras antes de soltarlas. La dignidad de Waroc'h no le hubiera permitido dejar de lado semejante responsabilidad, estaba claro. Sentía demasiado respeto por la memoria de su mejor amigo como para esquivar los dictados de su conciencia.

El pobre Louis, descuartizado como una res sobre los sucios adoquines.

Fidelidad y amistad. Eso era. Los valores de un hombre honesto, incapaz de abandonar una causa justa. Y aquello no era más que una parte. También estaba el deber de velar por el futuro de Francia.

Y, aunque jamás lo hubiera admitido, la vida del pequeño Charles. De hecho, tal vez ese fuera el motivo principal.

Robert asintió con la cabeza baja. En algunas personas, pensó, el sentido del deber era una auténtica esclavitud. Aquel hombre vivía abrumado por unas obligaciones que excedían su competencia. Al fin y al cabo, estaba librando guerras ajenas. Sin embargo, no era capaz de abandonar.

No hay cadenas más fuertes que las que uno se impone a sí mismo.

Sonrió tristemente y se encogió de hombros. En eso, tuvo que admitir que no había diferencias entre ellos. Eran hermanos de sangre, estaba claro.

—¿Seguro que no quieres quedarte unos días más con nosotros? —Waroc'h abandonó el gesto cariacontecido para esbozar una sonrisa apagada—. Ya sabes que me encantaría pasar un tiempo contigo. Ah, y Per no deja de insistir en que te pases por Rouen para verlo. Dice que los estudiantes de la escuela de Oresme no hacen más que preguntar por ti.

—Cuenta conmigo siempre que me necesites, hermano —El muchacho se deshizo de su abrazo con suavidad—, pero ahora debo partir. Dile a Per que se lo agradezco, pero que mi sitio está lejos de aquí.

—Saluda a Ezra de mi parte. —Waroc'h retrocedió dos pasos, dejándole el camino libre. Era evidente que el canto de mil sirenas llamaba al joven guerrero desde la otra punta del mundo—. Ten cuidado allá, en Rodas, o dondequiera que vayas. La guerra siempre es despiadada, pero esa parece anunciar el mismo fin del mundo.

Unos minutos después, el muchacho arreó su caballo de nuevo. El conde lo vio alejarse, cabizbajo. Ahora se despediría de Breann y se marcharía otra vez.

Volvía a abandonar Vannes, tal vez por mucho tiempo.

Desde el castillo, Robert se encaminó a la casa de la sanadora.

Las arrugas de su frente reflejaban la dureza de la encrucijada. Suerte que la expectativa de regresar a Constantinopla confortaba su corazón. De otro modo, hubiera sido incapaz de partir.

—No te pongas triste, querida. —Le besó la frente y ella lo abrazó, temblando—. La tristeza también es un barrote de esos que impiden otear la lejanía, ¿no crees?

Al separarse, los ojos de ella titilaban como estrellas reflejadas en un estanque. Aun así, en sus labios se adivinaba una sonrisa. Claro que sí, decía su gesto. Juntos o separados, nada podría jamás cortar sus alas.

—Ni miedos ni pesar, mi pequeño Aydan —su voz no era más que un susurro, pero estaba cargada de convicción—. Ni miedos ni pesar.

Al cabo de unos minutos, un caballo otra vez volaba sobre los campos verdes.

Su jinete, taciturno, no dejaba de espolearlo. Dos fuegos azuzaban su galope desbocado.

Uno, la expectación del regreso. El otro, las emociones vividas. Entornó los ojos. Aquella extraña misión había removido sus entrañas más de lo que hubiera cabido esperar.

Yehuda y Ezra esperaban su regreso en Toledo. Naillac se alegraría de recibirlo de nuevo en Rodas. Y al final, el gran templo de la sabiduría humana. El camino que tenía por delante era pura ilusión, pensó. Y estaba flanqueado por buenas amistades.

Sin embargo, sentía dejar tras de sí un reguero de sangre.

Allí quedaba Beadur, a quien ni siquiera había podido ver. Y Per, que seguía insistiendo en que se quedara con él en Rouen. También Waroc'h, abrumado por una carga imposible. Sus hermanos. Su historia. La gran casa familiar. Y Breann. Siempre Breann.

Todo eso quedaba atrás, tal vez para siempre.

Y algo más. No sabía explicar el porqué, pero la niña que había llevado a Domrémy se había quedado anclada a su corazón y a su memoria. Frunció el ceño. En adelante sería conocida como Jehanne D'Arc, pero él sabía la verdad. Pobre criatura, pensó, tan inocente y desvalida. Él mismo se había encargado de desterrarla de la Corte. Waroc'h le había dicho que aquella era la única forma de evitarle un desastre a la monarquía del reino. Y, consecuentemente, al reino en sí mismo.

—«Cuando dos garañones luchan, es la hierba la que sufre» —de nuevo, la voz de Myrna. Como no.

Habían sido cuatro días dándole de comer, consolándola cuando lloraba y acunándola para que se durmiera. El jinete espoleó una vez más a su montura. Una melancolía extraña había tiznado sus huesos con una melaza agridulce.

Pensó en ella. Pobre criatura, se dolió.

Si alguien sabía qué supone nacer atado a un destino maldito, ese era él.

Volvió a ver los ojos de Waroc'h. Aquella mirada que reflejaba una existencia desesperanzada. Con la firmeza que le otorgaba el deber de resistir, pero sin alegría. Sin expectativas ante el porvenir.

Jehanne y Waroc'h. Dos víctimas más, dos efectos colaterales de una lucha eterna. Las tinieblas provocadas por la ambición desmedida. Por una voluntad de poder demasiado exacerbada.

Bajo un cielo gris, entre los verdes campos de Bretaña, Robert de Gwened siguió cabalgando. La lluvia llevaba cayendo toda la mañana y el camino no era más que un lodazal pesado en el que se enterraban los pasos. Al igual que otras veces, escrutó la lejanía. En momentos así, le habían dicho una vez, solo la belleza suspendida sobre el horizonte puede alejamos del naufragio.

Un fulgor remoto teñía de rojo las nubes. El cielo, allá a lo lejos, parecía incendiado.

Inspiró con fuerza. Quedaba un largo camino por delante.

Iba repitiendo una idea, tratando en vano de apaciguar las brasas que quemaban sus entrañas. Las mismas palabras que Waroc'h había obviado poco atrás.

«Lo que hoy se antoja un gran problema puede ser, en el futuro, una oportunidad».

CXXXVII

Se dejó llevar por aquel mar de aromas y sensaciones.

Solo tuvo que cerrar los ojos. Todo lo que indica que uno está en casa lo envolvió en cuanto atravesó las puertas de la ciudad. Lo conocía bien.

Era ese calor familiar que siempre lo recibía al regresar a Toledo.

—Me alegra saber que todo te ha ido bien por allá arriba. —Ezra tenía una incógnita en la mirada, pero prefirió no preguntar—. Doy por hecho que se trataba de algo crucial.

Al fin y al cabo, pensó, Waroc'h le había hecho volver desde la otra punta del mundo.

Robert lo miró jadeando, concentrado en recuperar el aliento. Siempre que paraba en Toledo concertaban una sesión de entrenamiento. Era la manera que tenía el maestro de evaluar sus progresos. Unos minutos solían ser suficientes para que Ezra lo dejara tirado en el suelo, magullado y exhausto,

pero no esta vez.

Llevaban media hora intercambiando golpes y aún no había conseguido derribarlo.

El combate aún continuó un buen rato. Al final, tras una sucesión magistral de ataques, Robert acabó por hincar la rodilla. Ezra le puso la espada en la garganta y asintió. Después le dio la mano y tiró de él. Un brillo extraño destellaba en sus pupilas. El muchacho intuyó un atisbo de aprobación.

O, más aún, de orgullo.

Mientras recuperaban fuerzas, aún sudorosos, el maestro le indicó los aspectos que debía seguir mejorando. Él anotó mentalmente cada uno de ellos. En los siguientes meses, cada práctica en solitario estaría destinada a pulir su técnica según las indicaciones del gran guerrero. Cuando se reencontrasen, tendría que demostrar sus progresos.

—¿Seguro que no quieres quedarte unos días? —Al acabar, revisaron sus espadas. La de Ezra la guardó, con una sonrisa radiante, el pequeño Yehuda —. Con tu nivel actual podríamos progresar muy rápido. Ya me quedan pocas cosas por enseñarte.

Robert examinó su hoja muy de cerca, pensativo. Negó lentamente con la cabeza. Ya hacía más de dos semanas que había dejado Vannes, pero las despedidas aún le picaban bajo la piel.

—Mi corazón siempre estará en Toledo. —Al cabo de un silencio prolongado, envainó la espada—. Y en Bretaña, con mi familia. Ya lo sabéis, Ezra; Yasser, Yehuda y vos sois sangre de mi sangre. Como también lo son Beadur, Breann y Waroc'h. —El maestro se quedó contemplándolo sin hablar. Ahora venía el pero—. Pero… —dijo, y Ezra sonrío— maestro, cuando me hablasteis de Hagia Sophia, ya sabíais lo que me iba a encontrar allí.

El guerrero esbozó ahora una expresión indescifrable. El mismo brillo de antes destelleó fugazmente en el fondo de sus ojos. El almadel chiquillo había encontrado su hogar en el templo de la Sabiduría Sagrada.

Justo lo que él había previsto.

—Lástima que no hayas visto a Beadur esta vez. —Ezra se incorporó y entró en la casa—. Me gustaría saber cómo le va.

Robert se quedó en el patio. Aun había polvo en suspensión, y el frío invernal empezaba a helar el sudor que empapaba su ropa de combate. Decidió entrar también.

«Ya, pero Beadur tampoco conoce anclajes», caviló al ponerse en pie.

Cuando ya entraba tras los pasos de Ezra, Yehuda lo sorprendió saliéndole al paso muy serio. Él se quedó mirándolo, divertido. Tenía nueve años, pero a veces mostraba ademanes de viejo.

—¿Te vas, Aydan? —El pequeño ni se había planteado nunca llamarlo por otro nombre.

Robert se detuvo en seco. Unas lágrimas temblorosas asomaban a los ojos del niño. Al verlo así, se arrodilló para ponerse a su altura.

—Ahora tengo que seguir camino, Yehuda. —Finalmente, las lágrimas rodaron por las mejillas del pequeño—. Pero tu padre seguirá enseñándote a manejar la espada. Así, cuando yo vuelva, podremos practicar juntos. Te lo prometo.

La promesa no surtió el efecto esperado. El intento de ilusionar al chiquillo pareció entristecerlo aún más. Robert lo abrazó. Yehuda era un saquito de huesos, pero ya se adivinaba una musculatura de hierro. La viva imagen de su padre a tamaño reducido.

«Si tú supieras», pensó el joven, «que de todo lo que hay en el mundo tú eres lo que más me cuesta dejar atrás».

Cuando se separaron, sus ojos también estaban húmedos.

—¿Tienes novia en Constantinopla? —preguntó entonces el niño.

Robert dudó. Por un instante creyó que no había oído bien. Sin embargo, la mirada del pequeño esperaba una respuesta. Aquel era el único motivo que podía concebir para que lo abandonara de nuevo. Lo apretó de nuevo contra el pecho. No quería que lo viera llorar.

—Cuando el destino nos ata de raíz a un anhelo —Al separarse de nuevo para mirarlo frente a frente tuvo que hacer un gran esfuerzo por esbozar una sonrisa—, no hay fuerza en el mundo capaz de hacemos renunciar. Es una bendición y un castigo al mismo tiempo, Yehuda. Algún día lo comprenderás.

No hubo más despedidas.

Bajo el silencio gélido de la madrugada, Robert abandonó esa misma noche la ciudad de Toledo. En unos días, un mercante partiría desde Sevilla hacia Rodas. Una vez más, tuvo que aferrarse a un horizonte luminoso. Era el único asidero que conocía para abandonar todo lo que estaba dejando atrás.

Por suerte, Myrna le sonrió a lo lejos.

Abría el día siguiente cuando cruzó el puente sobre el Tajo en dirección al sur. A su derecha, el Baño de la Cava le dijo adiós con cara triste. También él se despidió del torreón abandonado. Las lágrimas de Yehuda aún mojaban su coraza.

El camino subía hacia lo alto de una colina que dominaba la ciudad. Ya arriba, se detuvo y miró atrás. Bajo la claridad blanquecina del amanecer, le pareció que las casas anaranjadas eran rostros apagados que lo miraban con reproche. Se giró. Por delante, ahora, solo había campos helados y vientos inciertos.

El eco de una voz lejana le hizo espolear a su caballo.

—Si sientes que algo te lastra, galopa. Vuela sobre los caminos hasta sentirte libre otra vez.

En la lejanía, un débil sol de invierno vertía una luz fría sobre las cumbres.

En ese mismo instante, con el amanecer, un hombre de larga trenza entró sigiloso en una casita que se alzaba junto al castillo de Vannes. La mujer de la casa, que preparaba sus útiles de sanadora, le sonrió. Ya estaba acostumbrada a sus idas y venidas.

Aunque fueran las de un fantasma.

—¿Estuvo aquí? —Los ojos de él reflejaban pesadumbre. Los de ella, temblorosos, le confirmaron que así era—. ¿Está bien? —Beadur volvió a preguntar, cariacontecido.

—Tranquilo. —Aunque emocionada, Breann no perdió la sonrisa—. Está bien.

Él sonrió también, aunque su mirada siguiese desprendiendo una tristeza pálida. No sabía cuándo podría volver a ver a Aydan, si es que volvía a verlo algún día. Ella dejó los útiles y se giró, extrañamente radiante. Las tribulaciones del gauta se esfumaron ante la curiosa actitud de Breann. Con el ceño fruncido, se quedó observando la postura poco habitual con que ella lo miraba.

—Los dos lo están, de hecho.

Ante la cara de desconcierto de Beadur, la joven no pudo reprimir una carcajada nerviosa. Acariciándose con ternura el vientre sobre el vestido, asintió.

Sí, reían sus ojos húmedos.

—Los dos están bien.

CXXXVIII

Robert observó la arribada desde cubierta.

Apreciar las maniobras de atraque y el orden de las ciudades desde el mar siempre le había parecido fascinante. Por eso, contemplar las entradas a puerto se había convertido en costumbre. Miró arriba. El palacio del Gran Maestre se alzaba, imponente, en las alturas.

Inspiró. Por fin en Rodas. Hacía poco más de un mes que había abandonado Vannes.

—Su alteza os recibirá enseguida —le anunció el ayuda de cámara de Naillac, sonriente.

El muchacho también sonrió en respuesta. Se alegraba de encontrarse de nuevo con él. Sin embargo, su gesto se volvió pensativo al quedarse solo en el salón.

Seguía extrañándole el rango de realeza atribuido al Maestre. Para él, Phillibert era más un pensador que un gobernante. Un hombre sabio, por

mucho que la dignidad de su cargo conllevase el título de príncipe de Rodas. Aunque, sobre todo, reflexionó, para él era un amigo.

Se encogió de hombros. Era extraño, pero era así.

De cualquier manera, agradeció la deferencia. Ser recibido al momento en aquel lugar era algo extraordinario. Emisarios principales de todo el mundo tenían que esperar horas, incluso días, antes de obtener audiencia. Una vez más, se sintió raro. Los ayudantes de Naillac tenían orden de hacerlo pasar en el mismo momento en que se presentara.

—Veo que no te has acomodado mucho en la casa de tus ancestros —la voz de Phillibert sonó tranquila a sus espaldas—. Aún me parece que fuera ayer cuando vi partir tu barco desde mi balcón…

Robert se volvió. A juzgar por la expresión de su anfitrión, estaba feliz de reencontrarlo sano y salvo.

—Admito que esta vez me ha sido complicado abandonar Vannes. —Al oírlo, el Gran Maestre arqueó una ceja. O mucho se equivocaba, o había un poso de tristeza en la voz del joven caballero.

Era algo nuevo. No reconocía esa especie de melancolía en el carácter impetuoso de aquel muchacho. Al parecer, empezaban a aflorar sentimientos hasta entonces desconocidos. Lo miró con gesto enigmático. Habría que averiguar a qué se debía. Conocía de primera mano la fascinación que el templo de Constantinopla ejercía sobre su protegido. Por eso daba por hecho que estaría de paso en Rodas. Una parada más en su camino hacia la gran ciudad. Hasta podía percibir la expectación que el regreso suscitaba en su ánimo. No obstante, algo parecía haber cambiado en su interior. Y no algo insustancial, al parecer.

—Algunos hombres no pueden ser atados a un solo destino, Robert —la voz del Maestre resonó contra los muros de piedra. Creía intuir qué le pasaba —. Algunos queman etapas al mismo ritmo que otros cambian de camisa.

El muchacho se volvió hacia la ventana. Una vez más, era como si aquel hombre fuera capaz de anticipar sus pensamientos. Llevaba días dándole vueltas a esa sensación que Phillibert acababa de denominar «quemar etapas». No había hallado un nombre convincente para aquello que tanto le angustiaba, pero sí. Se refería a eso.

Una especie de insatisfacción le hacía fruncir el ceño permanentemente. Como si todo lo hastiara.

—Déjame que te diga una cosa, Robert. Esos suelen ser los hombres llamados a las grandes hazañas. —Naillac parecía haber advertido el origen del poso de amargura que enturbiaba sus retinas—. No te diré que sean proclives a alcanzar la felicidad, pero sí que a menudo sobrepasan los umbrales de la eternidad. Esos son los que pasan a la Historia, mi joven amigo. De hecho, son ellos los que la van escribiendo con sus manos. Cosa distinta es que la tinta con que lo hagan, en demasiadas ocasiones, no sea otra que su propia

sangre. Supongo que es el precio a pagar.

Robert sintió que se le erizaba la piel.

Ya había vivido antes aquella escena. El mismo silencio prolongado, roto solamente por los graznidos de las gaviotas. La vista sobre los navíos de guerra amarrados en el puerto. Y, sobre todo, aquella conexión. Era como si Naillac estuviera leyendo su mente. Y con más claridad de lo que él mismo era capaz, de hecho.

Se rindió. De nuevo, la clarividencia de aquel hombre alumbraba sus pasos.

—Solo ten en cuenta una cosa, Robert. Esa fuerza que crece dentro de ellos —Comprendió que, al decir «de ellos», Phillibert en realidad quería decir «de ti»— es al mismo tiempo gloria y condena—. Después calló, observándolo con una mirada tan penetrante como un cuchillo—. Creo que sabes bien de qué hablo.

El muchacho asintió. No había logrado identificar de una manera tan magistral aquello que Naillac estaba retratando de un solo trazo, pero sí. Aquello era lo que lo había atribulado desde su partida, ya en la misma Vannes. Se volvió hacia él. Tal vez el Gran Maestre de los caballeros hospitalarios, finalmente, lo hubiera acogido bajo su protección por algo más que haber sobrevivido a la catástrofe de la Akoúrasta. De todos modos, no supo qué contestar.

Phillibert sonrió. No necesitaba una respuesta. Ni la esperaba.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó, al cabo de un silencio bien estudiado.

Robert volvió en sí de repente. Naillac había hecho desaparecer el hechizo tal y como lo había creado: de un momento a otro y sin darse la mínima importancia.

Entonces recordó que solo se había encaminado al palacio para saludarlo. Ya tenía una plaza reservada en un navío que partía al día siguiente rumbo a Constantinopla. Iba a contestar, pero Naillac aventuró la respuesta antes de que él llegase a articular palabra.

—Ya te has enrolado en la Ananké, ¿verdad?

El joven, con la respuesta en la punta de la lengua, soltó todo el aire. Los dos sonrieron. Una vez más, las palabras habían sido innecesarias. La antorcha del Maestre lo iluminaba todo.

Se asomaron al balcón. A través de las ventanas, el puerto hervía de actividad. Los soldados maniobraban sin descanso en tierra, pero también a bordo. La guerra era cada vez más encarnizada; no tenían un segundo que perder.

El miedo era ya una gran nube que asombraba la isla. Sin embargo, sus bravos soldados escogían ignorarla. Como si no la vieran. Como si su sombra no les helara los mismos huesos. Como si todo su poder dependiese de la importancia que ellos le otorgaran.

Al hacer como que no la veían, no tendría efecto alguno sobre ellos.

—Sentémonos, mi joven caballero —la voz del Maestre se tomó jovial—. Disculpa la grosería de este horrible anfitrión que ni una copa de vino te ha ofrecido aún.

El muchacho contempló cómo Naillac servía dos copas y suspiró. Aún estaba abrumado por lo que acababa de suceder y maravillado al mismo tiempo. A aquel hombre extraordinario le había bastado una pincelada para disipar las dudas que llevaban semanas torturándolo.

Aún quedaba bruma, pero ya no lo asfixiaba. Allá abajo, la Ananké se mecía solitaria en el puerto en el que, en tiempos, se había levantado el *Kolossós*.

El legendario faro que durante siglos había extendido luz, victorioso, sobre las noches más negras y las tempestades más salvajes.

Toda una alegoría, sonrió Robert. Igual que Hagia Sophia, asintió justo después. Entonces, su mirada se endureció. El Maestre se volvió y le tendió una copa. Brindaron. Luz y tinieblas. Una lucha interminable. Entre ellos, las palabras sobraban.

Seguir en la brecha, decían sus ojos.

Eso, por sí solo, era ya una victoria.

CXXXIX

Los copos caían lentamente sobre la vieja Inbhir Nis.

El invierno iba pasando sin sobresaltos en las Tierras Altas de Escocia. Esa tarde, Archibald Douglas cabalgaba en silencio por las calles de la ciudad.

Inverness, blanca, esperaba el regreso del sol bajo una penumbra constante.

Ya había caído el atardecer cuando el conde de Galloway detuvo su caballo. Al desmontar, echó un vistazo rápido a la casa y a los alrededores. No se veía a nadie en la calle principal, ni cerca del río. Como siempre, a través de las ventanas vio que había luz. Mientras ataba su montura a una argolla, recordó la primera vez que había llamado a aquella puerta. Los recuerdos le hicieron sonreír. En aquella ocasión había llamado con un pretexto bien argumentado: ser atendido de una herida de espada en su brazo izquierdo. La excusa perfecta.

Así fue como Galloway conoció por fin a Morvern Airdsgainne. Aunque habían pasado años desde aquel día, lo recordaba como si hubiera sido aquella misma mañana.

—La incisión está casi curada, mi señor. —El gesto del curandero denotaba desconcierto. No entendía por qué aquel hombre demandaba sus servicios cuando su herida estaba ya cerrada—. Veo que fue bien tratada desde el principio.

—Un boticario que atiende peregrinos fue quien me hizo las primeras curas. Un monje castellano, en un lugar llamado Roncesvalles.

—Apuntó Galloway. Morvern se encogió de hombros. No necesitaba tantas explicaciones. —Ahí fue donde me hirieron. Durante el largo viaje de regreso a casa tuve a bien seguir fielmente sus instrucciones.

—Bien hecho. —El componedor empezó a recoger el instrumental. Aquello era un tanto raro, pero tampoco como para darle más vueltas. El caballero podía marcharse cuando quisiera—. La gente suele olvidar nuestros consejos en cuanto nota mejoría. De ahí provienen las complicaciones, en realidad.

Morvern se levantó, como dando la consulta por finalizada, pero su paciente no se movió. De hecho, se quedó mirándolo de una manera extraña. El curandero, incómodo, se quedó suspendido entre un ademán y una pregunta. Entonces, un presentimiento lo asaltó. Tal vez aquel ilustre viajero no estuviera allí por una herida ya curada.

—Sentaos, amigo Airdsgainne. —Ante su cara de susto, el caballero esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Tengo una hermosa historia que contaros.

Con el paso de los años, y tras muchas visitas, los dos hombres habían llegado a hacerse buenos amigos. El curandero recibía noticias de lo que sucedía en Bretaña a través de las cartas que el señor de Galloway recibía periódicamente. Las misivas eran remitidas por un joven caballero de Vannes que, según le contaron, se había criado con su hija. Galloway, por su parte, había hallado en Morvern el pretexto perfecto para seguir pidiéndole a Robert que le escribiera.

Los remites, eso sí, eran imprevisibles. Toledo. Rodas. Constantinopla. Los correos eran enviados desde los lugares más remotos. Douglas había dado orden de que lo avisasen de inmediato en cuanto llegase una de aquellas cartas. Entonces, cada vez, lo dejaba todo para correr hacia la intimidad de su cámara.

Robert de Gwened, leía en la firma.

Aydan Sneachd, sonreía él. Ese es para mí tu único nombre. Tan hermoso y ancestral como el propio reino de Alba.

Breann, absorta en el trabajo, se había sorprendido gratamente al conocer aquella relación epistolar. Habían sido muchos años sin contactar con su casa. De niña, no había tenido opción. Después habían venido los años de encierro.

Poder contarle a Morvern que sus desvelos no habían sido en vano fue uno de los momentos más dulces de su vida.

De repente, el conde volvió en sí. La oscuridad ya era casi total en Inbhir Nis. Dejó el caballo atado y se dirigió a la entrada. La nieve cubría los callejones desiertos y las chimeneas humeaban en silencio. Con los guantes en la mano, llamó a la puerta. Dentro sonaron unos pasos pesados.

—¡Archibald!

Al abrir, una sonrisa de sorpresa iluminó la cara del anfitrión. Galloway, sin embargo, se quedó mirándolo muy serio.

—Buenas noches, Morvern —su voz sonaba grave—. Ayer mismo recibí una carta.

—*Pasad*, pasad —se apresuró el viejo componedor—. ¿Han llegado noticias de la vieja Armórica?

Mientras Douglas se sacudía la nieve que cubría su capa, su gesto amargo hizo que Morvern se pusiera alerta. El conde, ajeno a la preocupación del curandero, seguía perdido en recuerdos agridulces. La melancolía regresaba cada poco, pero esta vez lo había golpeado con fuerza.

Nunca había desterrado aquella aventura de su memoria más íntima.

El regreso al hogar había apagado un fuego intenso; la sensación casi olvidada de sentirse vivo de nuevo. Cada vez rememoraba aquel viaje con más nostalgia. Caminar junto a un pequeño guerrero desde los campos de Normandía hasta la frontera de Navarra. Burlar a los asesinos más temibles de todo el reino enemigo. Enfrentar la muerte cara a cara. Todo aquello, evocaba una y otra vez. Todo aquello era lo más grande de sus años. De su vida.

Ahora, sin embargo, se sentía languidecer poco a poco. Regresar a los salones desiertos de su castillo había sido como enterrarse en vida. Allí plantado, en la entrada, sacudió la cabeza. Morvern seguía mirándolo, sin hablar y con la sonrisa suspendida. Douglas le devolvió la mirada con cara de circunstancias y suspiró profundamente. Iba a ser mejor ponerse cómodos, sí.

Sin duda, tenía mucho que contarle.

CXL

La Ananké se adentró en el puerto de Constantinopla con el sigilo de un buque fantasma.

El práctico dirigía las maniobras desde el puente. Docenas de navíos amarrados, y otros tantos entrando y saliendo del muelle, complicaban los atraques en el Kontoskalion. Robert, que como siempre, contemplaba la maniobra desde la proa, frunció el ceño al observar las murallas. Las defensas de la ciudad habían sido reforzadas durante su ausencia.

Aquello confirmaba sus peores presagios.

La galera de Rodas era un navío bien conocido en aquellas aguas. Aun así, sus tripulantes tuvieron que pasar unos controles más estrictos que nunca. La demora provocó que su ansiedad se disparase antes de desembarcar. Llegó a temer que la moral de sus compañeros se hubiese hundido en aquellas semanas.

Antes incluso de haber fijado amarras, saltó a tierra. Después salió a toda prisa por la callejuela que subía hasta Hagia Sophia.

—En efecto, el invasor está cada día más recuperado. Las derrotas pasadas no parecen haberlos desanimado —le confirmó Andrónikos, su mentor y amigo, con voz grave—. En este último mes han abordado seis mercantes bizantinos, Robert. Tememos que estén perpetrando el ataque definitivo a la ciudad. De ahí los edictos que disponen potenciar las defensas del puerto. También se va a reforzar la dotación de armas de cada navío.

El muchacho miró por la ventana. A lo lejos, en el horizonte, se vislumbraban las primeras tierras de Asia.

—Pero… ¿crees que la ciudad puede caer?

Para él, aquella posibilidad seguía siendo inconcebible. Constantinopla era la mayor ciudad del mundo. La capital de la cristiandad. El centro mismo del universo. No podía sucumbir.

Andrónikos se encogió de hombros.

—Creo que hace tiempo que está sentenciada. —Un escalofrío recorrió el cuerpo del muchacho—. Pero supongo que aún podemos resistir un poco más.

Ya instalado en su celda, Robert se dispuso a reintegrarse en la vida de Hagia Sophia. Anhelaba recuperar su sitio en la inmensa maquinaria del templo lo antes posible. La llamada de Waroc'h había interrumpido unas semanas su labor. Tocaba arrancar de nuevo.

Aún estaba angustiado por la bienvenida de Andrónikos. Para sacudirse el desasosiego, salió al corredor. Antes de nada, visitaría con calma todas las dependencias. Saludar a los viejos amigos era lo primero. Ya volvería al trabajo más adelante.

Al cabo de unos minutos se redescubrió a sí mismo admirando el templo. Hagia Sophia era un lugar especial, sin duda. Diez siglos contemplaban sus salas atestadas de estudiantes. Ya más sosegado, dejó que su vista recorriera muy despacio sus rincones. Acompasó la respiración y se dejó invadir por aquella calidez hogareña.

Sintió como si no se hubiera ausentado más que unos minutos.

Volvió a admirar el lugar, nuevamente maravillado. El templo donde no se adoraban ídolos. Poco a poco, fue recuperando la calma al comprobar de nuevo que la razón de ser de aquel lugar era venerar la sabiduría. Respirar aquel aire, y constatar de nuevo aquella certeza, lo reconfortó. Rendirle culto a la razón humana. Asintió lentamente mientras los recuerdos asaltaban su memoria. Curiosa misión. No pudo más que sonreír, recordando su propia

candidez al principio.

La decepción que lo había desbordado el día que había pisado aquel lugar por vez primera.

Aquel día, recordó, se había entretenido admirando la cúpula del templo mientras esperaba ser recibido por uno de los maestros. «Ezra no ha mentido», tuvo que admitir entonces, boquiabierto.

Pese a tener más de mil años, no había construcción comparable a aquella en el mundo entero.

Las cartas de recomendación le abrirían las puertas del templo de par en par. Al menos, eso le habían dicho. Una era de Ezra, y la otra, nada menos que de Naillac. Sin embargo, al llegar se percató de que nada estaba decidido de antemano. Aquella ventaja inicial no bastaba. Iba a tener que demostrar su valía si quería ser admitido.

Se puso serio al rememorar la tensión de la prueba. Lo habían entrevistado en idiomas distintos, saltando de uno a otro por sorpresa. También había tenido que leer y comentar textos antiguos. Por suerte, algunos de los fragmentos ya los conocía. Vestigios de su paso por la biblioteca de Jolivet.

Después recordó cómo le habían comunicado que había sido admitido. Entrarás a formar parte de nuestra selecta comunidad, le dijeron con toda solemnidad. Un miembro más del grupo de eruditos que velaba por lo único en el mundo que merecía ser considerado sagrado. Aquello que hace del ser humano algo distinto de un animal.

La razón.

—Y eso, caballero Gwened, es lo único digno de ser venerado. Hoy entráis en esta casa. Tenedlo presente para el resto de vuestra vida.

La Sabiduría Sagrada. Ese era el nombre del templo y, desde luego, no lo era en vano.

Sonriendo, recorrió la biblioteca, el *scriptorium* y las diferentes aulas. Los recuerdos siguieron llegando como cañonazos. Se sorprendió al constatar que a cada paso se le erizaba la piel. Llevaba mucho tiempo fuera. Supuso que la nostalgia habría avivado su sensibilidad.

Entonces, la melancolía lo invadió. Sucedió al evocar, de nuevo, su primer día allí. La primera vez que le habían enseñado todo aquello no había entendido nada de nada. Se había acostado confundido, sin saber qué era lo que en realidad se hacía en aquel lugar.

A qué demonios venía tanta fama.

—Este templo es el mayor centro de sabiduría que hay en el mundo. —El muchacho encargado de darle la bienvenida, una especie de novicio, no le

había aclarado mucho—. Aquí se conserva la mayor biblioteca que jamás ha existido.

Aquel dato no había impresionado a Robert. Él conocía el secreto del Legado de Rodas. De hecho, estaba allí por recomendación del propio Custodio de la biblioteca secreta.

Tuvo que reprimir un gesto de desdén.

—En este *scriptorium*, docenas de amanuenses trabajan sin descanso. Reproducen los códices más valiosos del mundo de sol a sol. Todos y cada uno de los días del año. —Disimuló de nuevo. No sabía decir si el monje hablaba con veneración o con petulancia, pero de momento, salvo la majestuosa cúpula, no había visto nada extraordinario—. No solo copian manuscritos, también mapas, cartas astrales… De todo.

El joven bretón asintió en silencio. La reproducción de textos estaba muy bien, pensó, pero seguía sin ver ningún motivo que justificara tanto postín. En cada monasterio, por humilde que fuera, había copistas.

—Y a partir de aquí están las aulas. —Ante la evidente falta de entusiasmo del recién llegado, el novicio fue lo más escueto posible—. En ellas, los maestros imparten sus enseñanzas. Esto es todo. Ahora, os conduciré a vuestra celda.

Recordó haberse preguntado si aquello era todo. Si en verdad allí acababa el mítico templo de Hagia Sophia. Apenas había logrado disimular la decepción. La escuela de Oresme, en Rouen, no tenía nada que envidiarle a aquella institución. Nada, quizás, excepto el soberbio edificio que la acogía.

Durante toda aquella tarde, en la soledad de su celda, contempló seriamente la opción de regresar a Toledo. ¿Dónde estaba el supuesto esplendor de aquel lugar? Recordó la insistencia de su hermano Per. El más joven de los caballeros de Gwened seguía afirmando que Robert había nacido para la filosofía, y que su lugar estaba en la escuela de Oresme. Tal vez tuviera razón. Estuvo a punto de recogerlo todo y buscar un pasaje en el primer barco que regresara a Occidente.

No había nada en Constantinopla que compensara tanta renuncia. Dejar atrás a Breann, a Yehuda… Mudarse a la otra punta del mundo cuando Waroc'h lo necesitaba tanto. Renunciar al privilegio de entrenar junto a Ezra. De conversar con Naillac.

No, se repitió, no había nada allí. No, al menos, que justificase dejar todo atrás. Aquella había sido una tarde negra para él. A la decepción y las dudas se les sumó la sensación de estar perdido de nuevo. De haber regresado al punto de partida, y esta vez con menos esperanzas que nunca de encontrar su camino. Las opciones se agotaban.

A pesar de su juventud, sintió que se apagaba.

Tumbado boca arriba, estuvo cien veces a punto de levantarse para recoger sus escasas pertenencias. A última hora de la tarde, sin embargo, algo sucedió.

El destino había estado jugando con él de forma cruel, pero todo estaba a punto de cambiar. Un hombre joven de barba trenzada, muy larga y muy negra, se presentó Sin previo aviso ante su puerta.

—Bienvenido, caballero Gwened —saludó el desconocido—. Me llamo Andrónikos de Esmirna. Acaban de encomendarme una labor que me llena de orgullo. Voy a ser vuestro mentor—. Al ver que el recién llegado se quedaba mirándolo con gesto de confusión, el hombre continuó—. Cada discípulo de Hagia Sophia es acompañado por un tutor. Por alguien que lleva ya años dentro de la organización. ¿No os lo dijo el novicio? Yo voy a ser el encargado de guiaros por los caminos que solo pueden transitarse en este templo. Aún no sois capaz de verlos, pero están ahí. —El griego sonrió de forma enigmática —. Unos caminos, os lo advierto, que van a poner vuestro mundo del revés.

Robert, aún invadido por el desánimo, le agradeció su buena disposición. La seguridad que mostraba aquel joven contrastaba con la pobre impresión que le había causado hasta entonces el mítico templo. Seguía pensando que no había nada allí capaz de retenerlo, pero decidió darle una oportunidad. Aquel muchacho había logrado despertar una llama tímida entre tizones fríos. Acordó darle un día. No perdía tanto por probar.

—Mañana a primera hora empezaremos vuestra formación. —Andrónikos le dirigió una mirada risueña antes de despedirse. Robert tuvo la impresión de que una verdad misteriosa se escondía tras sus palabras—. Preparad vuestra mente, caballero Gwened. Desde ese instante, no habrá vuelta atrás.

Y tras decir esto, desapareció como había llegado. Robert se quedó solo de nuevo. La visita de Andrónikos había sido inquietante, pero su ánimo no tardó en volver a enfriarse. Seguía sin ver nada allí que lo pudiera convencer. Nada, pese a las predicciones de Ezra, que le hiciera creer que aquel podía ser su lugar en el mundo.

Todo apuntaba a una nueva decepción. Una más. Meneó la cabeza.

Sintiéndose muy solo y muy decepcionado, recordó a Myrna. La noche es muy negra cuando duele el alma, solía decir. Tras dar muchas vueltas se dispuso a dormir, pero apenas lo logró. Un duermevela febril acabó por colocarlo al borde del abismo. Cada vez estaba más seguro; el día siguiente no iba a servir más que para confirmar los oscuros presagios que se habían apoderado de su ánimo desde que había llegado a la gran Hagia Sophia.

Se equivocaba.

CXLI

Al evocar aquellos días lejanos empezó a echar de menos muchas cosas.

Era una sensación curiosa. Los regresos, últimamente, le estaban resultando duros y hermosos a la vez. Rodas, Toledo, Vannes. Incluso la pequeña aldea de Domrémy, a donde su memoria viajaba con frecuencia. Sin embargo, este regreso era especial. La llamada de Waroc'h lo había llevado lejos, y aquel viaje había acabado entre presagios oscuros y recuerdos agridulces. Inspiró profundamente.

Estaba de nuevo en Constantinopla.

Los que se cruzaban con él lo saludaban extremados. Dudaban, al verlo de vuelta, y se quedaban cuchicheando. De todos modos, su gesto hosco cortó de raíz cualquier amago de bienvenida. Ajeno a todo, siguió recorriendo el templo en plena batalla consigo mismo. Su desasosiego había empezado en la cubierta del mercante, al ver la ciudad preparada para lo que podría ser un ataque definitivo.

Esperó la llegada de Andrónikos entre estudiantes ajetreados. Con gesto pensativo, observó a los alumnos que iban de un lado a otro. Era como verse a sí mismo tiempo atrás. Aquel ajetreo le hizo recordar el segundo día que había pasado en aquel lugar.

El día que le había cambiado la vida para siempre.

En plena madrugada, su recién asignado mentor se había presentado ante su celda con gesto serio. Robert apenas había pegado ojo. De un simple vistazo, Andrónikos confirmó la impresión del atardecer anterior. El joven hospitalario estaba ya casi convencido de que lo mejor sería marcharse. Ni se inmutó. Era lo habitual. No era el primero en sentirse así al llegar a aquel lugar, ni iba a ser el último. La verdad que escondía Hagia Sophia requería una digestión lenta.

El muchacho se sobresaltó al verlo otra vez allí de pie. Un insomnio agotador le había hecho dar vueltas toda la noche. Por eso estaba despierto ya.

Planeando regresar a Rodas lo antes posible.

Se incorporó trabajosamente. Ver una cara conocida en mitad de la noche, aunque fuese la de alguien que solo había visto una vez, lo alivió. Por lo menos, ya no estaba solo con aquellos pensamientos funestos. Por eso se alegró cuando el hombre le indicó que lo siguiera. Había llegado el momento de que le enseñara lo que escondía aquel lugar. Ya no esperaba nada que le fuera a hacer cambiar de opinión, pero fue tras él igualmente.

Cualquier cosa era mejor que quedarse en aquella celda.

Para su sorpresa, Andrónikos no lo condujo a ninguna dependencia del edificio, sino que se encaminó al exterior. Tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás.

—Prefiero empezar mis jornadas antes del amanecer. —Al muchacho le extrañó la naturalidad con la que le hablaba.

Era como si hubiera dado por hecho que lo encontraría despierto.

Salieron del templo por la puerta sur. El muchacho se ajustó la coraza. La madrugada era fresca. Al mirar atrás, vio una descomunal sombra negra. El templo recortaba su imponente silueta contra el cielo estrellado. El lugar, desde luego, impresionaba. Mientras caminaban en silencio, contempló el panorama. Hagia Sophia estaba ubicada en una gran planicie. Una explanada que constituía la parte más alta de una colina. Aquella superficie, tan alta y tan lisa, solo podía ser obra de la mano del hombre, no de la naturaleza. Miró alrededor, intrigado. Aún no sabía que se trataba del descomunal recinto que cientos de años atrás había acogido el más fastuoso hipódromo del mundo.

Llegaron a uno de los bordes de aquel altiplano insólito. Allí, asomados sobre la vertical, se detuvieron.

Sin decir nada, Andrónikos se giró. Aunque confundido, Robert lo imitó. Tras ellos, la inmensa cúpula del templo de la Sabiduría Sagrada contrastaba con el frágil resplandor del cielo. A través de las ventanas, titilaban las lámparas que iluminaban el interior de la basílica.

Con las primeras luces del alba, dirigieron la mirada al mar. Entonces, Robert se quedó con la boca abierta. La perspectiva desde allí era sobrecogedora.

Hacia el sur, el estrecho del Bosforo empezaba a dejarse ver. El mar ya reflejaba el débil sol de invierno que asomaba tras el horizonte. Su memoria viajó a los amaneceres lejanos en la biblioteca de Saint Michel. Había pasado mucho tiempo desde que Jolivet le había hablado de aquel «paso del buey» de las leyendas antiguas, pero lo recordaba a la perfección. Se arrebujó. Apenas había viento, pero el frío era intenso.

El invierno ya encaraba su final, pero nada anunciaba todavía la llegada de la primavera.

—Hace mil años, este lugar se convirtió en el corazón del mundo —la voz tranquila de Andrónikos lo sorprendió oteando el horizonte—. Un centro universal de sabiduría que extendía una luz incontenible en todas las direcciones. Hoy, en cambio, no es más que un fuego sitiado por las tinieblas. Una hoguera aún brillante, pero rodeada de oscuridad. La desesperanza parece haber echado raíces en su alma. Ya os habréis dado cuenta.

Robert no supo qué decir. Aquel retrato era acorde con sus presagios. Las palabras del mentor eran tan descorazonadoras como su primera impresión. Cada vez estaba más impaciente por volver con Naillac. Era preferible la guerra a la desesperanza, rumió. Sin embargo, esperó.

Quiso creer que habría algo más.

—Cuando cayó Roma, todos los avances alcanzados por la más gloriosa civilización que haya conocido el mundo se perdieron. —Robert torció el gesto al escuchar aquello. La opinión de Myrna, recordó, era exactamente la contraria. Andrónikos continuó, sin tan siquiera mirarlo—. Antes bien, la

resistencia de la ciudad de Constantino salvó a nuestra civilización del desastre definitivo. Estos muros permitieron preservar el conocimiento de los sabios de la Antigüedad, acuñado a lo largo de los siglos.

Aquello despertó su interés. Al fin, pensó, había algo. Nada lo convencía aún de las supuestas maravillas de aquel lugar legendario, pero siguió escuchando con una atención renovada. Era lo mínimo que podía hacer antes de aceptar definitivamente que Ezra y Phillibert estaban equivocados.

La vista del mentor seguía vagando por el horizonte.

—La ciudad se ha mantenido en pie a lo largo de este tiempo. Durante más de mil años, como te digo. Protegiendo el conocimiento forjado por las mejores mentes que jamás hayan existido. Sí, Robert. Este templo ha salvado millares de documentos de la destrucción que los amenazaba en otros lugares. Aquí llegaron papiros, libros, tablillas y pergaminos provenientes de los grandes centros de sabiduría. Otras bibliotecas y escuelas que fueron cayendo ante el asedio de la barbarie. Hecatombes repetidas a lo largo de la Historia, como bien sabréis.

Él asintió. Claro que sabía qué lugares eran esos. Jolivet y Ezra le habían contado historias terribles. Conocía los trágicos destinos que habían sufrido las más gloriosas bibliotecas del mundo. Una voz lejana regresó entonces a su memoria.

—«Allí donde quemen libros, Aydan, acabarán por quemar personas». —La mirada grave del Custodio del Legado apareció en el cielo. A su alrededor, la biblioteca secreta dormía—. «Nada puede hacemos vacilar, mi joven amigo. Ni la vida de un hombre, ni la de ciento».

A lo lejos, el amanecer empezó a iluminar el cielo sobre las primeras tierras de Asia.

—Aun así, Hagia Sophia no es solo un centro de custodia y reproducción documental. —Andrónikos se volvió por vez primera hacia su discípulo—. Eso es lo que creíais hasta ahora, ¿verdad?

Entre aquella mirada incisiva y lo inesperado de la pregunta, el muchacho titubeó. Eso era exactamente lo que creía, en efecto. De hecho, asintió, era lo único que se podría haber deducido de los datos que le habían dado. El griego sonrió, comprensivo.

—Ese retrato sería demasiado pobre para el templo de la Sabiduría Sagrada. —El joven caballero se encogió de hombros, confundido. Eso mismo creía él—. Este lugar sigue siendo conocido como el centro del universo. Como el faro que debe guiar a la humanidad a través de la oscuridad. La única esperanza que nos queda para alcanzar un futuro de luz.

Robert contuvo la respiración. El discurso de Andrónikos empezaba a recordarle, y mucho, a las afirmaciones más rotundas de Naillac. Desde otro punto de vista, pero sí. La razón de ser de la Orden hospitalaria coincidía con la perspectiva que Andrónikos acababa de describir. Los días a bordo de la

Akoúrasta adquirieron entonces una nueva dimensión.

Unas siluetas aún imprecisas, pero que se intuían imponentes, empezaron a buscar encaje dentro de su mente.

De repente, una idea hasta entonces oculta fue tomando forma como el amanecer luminoso que se abría a sus ojos. La guerra suicida que los hospitalarios libraban en los confines del Mediterráneo tenía un único cometido, ahora lo entendía. Por aquello luchaban. Por preservar aquella ciudad.

Por defenderla del invasor. Por evitar su caída. Una guerra desesperanzada, lo sabía bien. Sin opciones de victoria. Esa era la verdad última: defendían la ciudad porque Constantinopla era, en realidad, la última defensa de Hagia Sophia.

Se rascó la barbilla. Algo tenía que haber, se dijo, que justificase tanto sacrificio.

—Hoy por hoy, caballero Gwened, os preguntáis cuál es el secreto de este lugar —Andrónikos hablaba con la seguridad de haber afrontado antes aquella misma encrucijada—. No apreciáis nada extraordinario… tanta fama, ese aura de leyenda… Aún no habéis visto nada que diferencie a nuestro templo de otras bibliotecas, como las de algunos monasterios. O de centros filosóficos como el de Oresme, que tan bien conocéis…

Robert se quedó mirándolo, indeciso. Se sentía previsible. Vulnerable, ante aquel joven que parecía saber lo que estaba pasando por su cabeza. Se volvió para contemplar la ciudad desde las alturas. Aunque todavía no fuera capaz de intuirla, presentía que la verdad se acercaba como una inmensa ola capaz de arrasar hasta el último rincón de su alma.

—Es la hora. —El sol asomó sobre el horizonte, iluminando la sonrisa de Andrónikos—. Ahora que he abierto vuestra mente, dejadme que extienda la luz ante vos.

El muchacho asintió, expectante. El mentor, al verlo así, sonrió antes de continuar.

—Ya os lo advertí, Robert. Desde este momento, no habrá vuelta atrás.

CXLII

La luz anaranjada del sol naciente hacía brillar la cúpula del templo.

—Decidme, Robert… ¿de qué manera se puede venerar la Sabiduría Sagrada? ¿Cómo le rendiríais pleitesía a la razón humana?

El joven guerrero se quedó cavilando. Contempló la lejanía, taciturno, mientras el sol se iba alzando sobre el horizonte. El Bosforo, a sus pies, se iba

tomando azul por momentos. La oscuridad se iba desvaneciendo, lenta pero inexorablemente.

—¿Preservándola de la destrucción? —Eran ideas complejas. No lograba atisbar el razonamiento. Se sentía oxidado, como sin lucidez.

Intuía una revelación sobrecogedora, pero se veía incapaz de anticiparla. Aunque tenían que estar cerca, el secreto de Hagia Sophia seguía siendo eso: un secreto. Aun así, calibró, su respuesta tenía sentido. Custodiar documentos era uno de los cometidos principales del templo, y todos aquellos libros recogían un bagaje inmenso de sabiduría. Seguramente aquella no fuera la respuesta que Andrónikos esperaba, pero al menos era verdad. Siguió barajando opciones. Seguía sin vislumbrar la manera en que los habitantes del templo materializaban ese misterioso cometido.

Venerar la sabiduría humana.

—Vaya, veo que no arriesgáis ni un poquito. —Andrónikos sonrió al ver la concentración de su discípulo—. Eso es cierto, pero mirad, Robert… prefiero que aventuréis un error a que os quedéis en la obviedad. Solo así progresaréis en vuestro razonamiento. Vamos, sé que hay algo más ahí dentro… ¿cómo creéis que rinde culto a la razón humana el templo de Hagia Sophia?

Él entrecerró los ojos y trató de concentrarse. Le hería en el amor propio la torpeza mental que estaba exhibiendo. Su mirada se posó en la fachada, ya bañada por la luz del sol. Hizo un esfuerzo por estar a la altura. Al fin y al cabo, recordó, se suponía que allí solo tenían cabida los intelectos más brillantes. Los elegidos. Entonces, sin avisar, Rodas apareció entre el torbellino como una llamarada. Ahí se encendió una luz. Una intuición nebulosa le hizo aventurar una posibilidad hasta entonces oculta.

—¿Ofreciendo protección a los que portan esa sabiduría dentro de sí?

Ahora fue el mentor quien se quedó inmóvil.

Su expresión cambió de golpe. El muchacho empezaba a mostrar las credenciales que habían precedido a su llegada.

—Vaya vaya, hospitalario… —Andrónikos le llevaba solo unos años, pero aquella barba le hacía parecer mayor—. Os diré que lleváis ya dos aciertos, aunque el primero era bastante obvio… Sin embargo, os falta el más importante.

La luz iba extendiéndose sobre la ciudad. Desde allí arriba, las cúpulas doradas que salpicaban el paisaje urbano destelleaban bajo los tímidos rayos del sol invernal. Robert, taciturno, seguía dándole vueltas al enigma. Andrónikos lo observó con más simpatía que curiosidad. Aquel bretón cabezota no se iba a dar por rendido, eso seguro.

Contemplándolo de soslayo, le dejó pensar. Las ideas relampagueaban dentro de su cabeza, pero ninguna acababa de ser convincente. Era lógico. Si aquella verdad fuera evidente, no sería una gran verdad. Y esta, por fuerza, tenía que serlo. De otro modo, ya la habría desvelado.

¿Qué es lo que se hace en este lugar para venerar la sabiduría humana?

Hizo repaso. Dos aciertos, le había dicho. El primero, proteger los manuscritos que la contienen de aquellos que buscan su destrucción. El segundo, ofrecer a los sabios que no solo poseen sabiduría, sino que están en disposición de generar nuevos conocimientos, las condiciones idóneas para que puedan desarrollar su labor. Protegerlos.

Andrónikos decidió que era hora de intervenir. El muchacho había demostrado una gran claridad mental; era el momento de guiar su razonamiento hacia la clave de todo.

Hacia la verdad que se escondía allí, en el centro del universo.

—¿No creéis que la sabiduría de los grandes eruditos estaría siendo desperdiciada si solo la contuvieran dentro de sí?

Robert regresó abruptamente de su ensoñación. De súbito, su mente se abrió a un terreno desconocido. A un nuevo panorama que estaba allí, ante sus ojos, pero en el que no había reparado. El cielo aún estaba oscuro hacia poniente, pero una luz azulada bañaba ya el paisaje. La brisa fresca acarició su nuca. Sintió cómo se le erizaba la piel.

—¿No os parece, también, que limitarse a plasmar sus avances sobre el papel sería renunciar a la riqueza mutua de los conocimientos compartidos? ¿No creéis que se perdería el estímulo de unas mentes sobre otras?

Andrónikos sonrió al ver que volvía a cavilar, esta vez sobre el camino correcto. Las pistas que acababa de proporcionarle iban directas a una única conclusión. Al menos, para una inteligencia como la que aquel joven atesoraba.

Al fin, pudo ver que Robert asentía.

La manera de rendirle culto a la sabiduría era transmitirla de mente en mente. Extender el conocimiento sin límites ni fronteras. Y qué mejor manera de hacerlo que a través de los cientos de discípulos que allí habitaban. Cuando fueran hombres sabios, serían enviados a todos los confines de la tierra. Una corriente inacabable. Además de los conocimientos, llevarían consigo el amor por la sabiduría. Algo que debían compartir con sus semejantes. Los libros eran instrumentos valiosos, pero la clave estaba en las ideas que aquellos hombres portarían dentro de sí. Más bien, en su pasión por el conocimiento. Por la razón. Al fin lo comprendía.

Aquella era la clave del templo. La labor futura de los discípulos que allí se formaban. Un ansia infinita por difundir la sabiduría humana. Por trasladarla, en una cadena interminable. Por iluminar las conciencias de cada hombre y de cada mujer, allá donde fuesen. Hasta los últimos rincones del mundo. Esa era su razón de ser.

La verdad quedó desnuda ante sus ojos por fin, deslumbrante e inmensa.

—Hagia Sophia es una escuela de maestros, mi joven amigo. No hay más.

Robert no lograba asimilar tan de golpe aquella verdad inabarcable,

aunque en su corazón ya intuía la magnitud de lo que implicaba. Al cabo de un rato, Andrónikos lo agarró por un brazo.

—Vamos dentro. Pasaremos la mañana de aula en aula. Esa será la mejor manera de que lo comprendáis. Con lo que acabáis de atisbar, veréis como las piezas empiezan a encajar.

El muchacho se dejó hacer, y el mentor lo guio de vuelta por la explanada. Frente a ellos, impasible a la amenaza que acechaba más allá de las murallas, se alzaba la descomunal cúpula. La contempló de nuevo, esta vez con otros ojos. La vio más inmensa que nunca. Majestuosa, ingrávida.

Divina.

—Esa es nuestra forma de rendirle culto a lo único sagrado que hay en este mundo —dijo Andrónikos, sonriendo, ya ante la puerta.

Lo único sagrado, repitió él, con la mirada perdida.

La razón humana.

CXLIII

Una escuela de maestros. Eso era Hagia Sophia.

La matriz originaria de una cadena interminable. La gran esperanza de la humanidad en su lucha contra las tinieblas.

La mañana voló, trepidante y fugaz como un aguacero. De un aula a otra, el asombro de Robert no dejó de crecer. En cada una de las dependencias, un gran maestro difundía algún conocimiento ante sus discípulos. Filosofía, aritmética, astronomía. Física, medicina, lógica.

La sabiduría profunda de las mentes más preclaras, forjada durante milenios. Eso se transmitía allí. Algo que solo se empezaba a asimilar tras años y años de estudio, observación y práctica. De buscar las mejores respuestas para las preguntas exactas.

Pudo presenciar, con el pulso acelerado, las discusiones acaloradas que se encendían en las aulas. Debates intensos, conducidos a distancia por los maestros. Deducciones que ponían en tela de juicio las grandes verdades que nunca debían ser consideradas absolutas. Los preceptores proponían problemas complejos y los discípulos buscaban la solución. Empleaban conocimientos previos e información documental, pero lo que primaba siempre era su capacidad de razonamiento.

Nada de dogmas. Nada de axiomas. Allí, dedujo pronto, eso debía de estar prohibido.

Por un instante, recordó la sapiencia antigua de Myrna. A falta de una escuela como aquella, el conocimiento heredado de los viejos gaeles, del que la

sanadora había sido la última depositaría, se habría perdido para siempre si no se lo hubiera entregado a Breann. Entonces cayó en la cuenta del cataclismo que pendía sobre todo aquel saber. Si Breann no se lo transmitía a nadie, la sabiduría acuñada durante siglos se desvanecería. Desaparecería sin remedio, como si nunca hubiera existido.

Contempló Hagia Sophia con un asombro renovado. En eso radicaba la grandeza de aquel lugar. Conservar. Evolucionar. Compartir. Y todo con un único fin.

—Difundir la sabiduría, Robert. Extenderla para que llegue a cada persona sobre la faz de la Tierra. Fomentar el amor por el conocimiento, por el pensamiento crítico. Por la curiosidad. Esa es nuestra manera de venerarla. De rendirle culto.

Las palabras de Andrónikos, refrendadas por lo que él mismo había presenciado aquella misma mañana, le daban sentido a todo. El pesimismo y la decepción desaparecieron de su ánimo como los bancos de niebla ante el ímpetu del sol naciente. Cada vez más boquiabierto, Ezra y Naillac aparecieron ante sus ojos como lo que en realidad eran.

Dos gigantes.

—Pensadlo, Robert. Si cada uno de los que hoy son discípulos regresa a su lugar de origen —A la hora de almorzar, el mentor lo condujo al gran refectorio— y se dedica a difundir todo lo que ha aprendido aquí, aquellos que reciban sus lecciones se convertirán también en maestros. Al menos, en cierto modo.

—¿Y lleva siendo así durante los últimos mil años? —El muchacho había saltado de la decepción a la sorpresa en apenas minutos.

Después, al sobrecogimiento y de allí, al afán de saber más y más.

—En mayor o menor medida, así ha sido. —Andrónikos seguía mostrando la misma sonrisa apacible. Era como si supiera de antemano que se iban a suceder todos aquellos estados de ánimo—. Esa fue la intención de los grandes hombres que concibieron esta sagrada institución.

Robert, con el cuenco delante, se quedó inmóvil. Sus ojos brillaban. Aún no había probado bocado.

Por vez primera, consideraba el término «sagrado» como un concepto con sentido.

—La oscuridad siempre avanza, joven Gwened. —El mentor tenía experiencia acogiendo nuevos miembros y sabía que aquella verdad requería un periodo de asimilación—. Por eso debemos mantenemos siempre en lucha. Contra el dogmatismo y la ignorancia solo se puede emplear un arma—. El muchacho asintió, con aire ausente—. Tras las revelaciones de la mañana, él había llegado a esa misma conclusión—. Un arma, eso sí, muy poderosa —Andrónikos hablaba despacio entre bocado y bocado—. La única, de hecho, que nos puede salvar de una existencia miserable. Que puede convertir en

hombres sabios y felices a los que, de otro modo, vivirían sumidos en las tinieblas sin siquiera saber por qué. La única, querido amigo, que puede cambiar el mundo.

«Que puede mantener a raya a la oscuridad. Llevar a la humanidad hacia un futuro de luz».

—La educación —murmuró Robert.

Andrónikos de Esmirna sonrió y continuó con su almuerzo con la misma calma con que se había presentado ante la celda del muchacho. El primer cometido de todo mentor ante un neófito estaba más que cumplido. El secreto de Hagia Sophia había sido desvelado tal y como debía hacerse. La dimensión de aquella verdad requería mucho más que una simple explicación. Había que sopesarla, aspirarla, admirarla.

Había que vivirla.

Sin embargo, veía que esta vez había algo más. Aquí, además, pensó Andrónikos, tenemos un guerrero sobre una pista. El destello en los ojos de aquel joven indicaba que algo muy grande había estallado en su interior. Robert de Gwened, hospitalario de la Orden de Rodas, miembro de la más alta nobleza de Bretaña y alumno aventajado del Custodio del Legado, acababa de descubrir un camino. Un sendero luminoso que hasta ese momento se había mantenido, a sus ojos, entre tinieblas.

Observando su expresión, sonrió.

Al cabo de un rato, Robert miró en derredor. No era la primera vez que le descubrían algo grande, pero este impacto era distinto. En las mesas contiguas, otros discípulos comentaban las clases de la mañana. Los contempló en silencio. Cuando hubieran completado su formación regresarían a casa. Ahí, convertidos en maestros, difundirían el conocimiento adquirido.

Naillac y el *Kolossós* vinieron entonces a su memoria. Aquellos muchachos serían faros, pensó. Cuando su mirada se encontró de nuevo con la de Andrónikos, sus ojos brillaban. El mentor sonreía, pero se puso serio antes de repetir la misma advertencia.

—Ya os dije que no habría vuelta atrás, Robert de Gwened.

Ahora fue el muchacho quien sonrió. Por primera vez, atisbaba un rumbo claro entre el agua turbia.

Los años de encrucijada quedaban atrás.

Esa noche, Myrna lo visitó.

El bosque de Karnag estaba tranquilo. Él le habló al fin, tras tantos años. Solo el rumor del remanso acompañó a sus palabras.

—Ya sé lo que quiero ser.

Ella lo miraba sonriente, con las cejas arqueadas. ¿Ah, sí?, parecía decir.

Él le sonrió en respuesta. Claro que sí, Myrna. Creo que siempre lo has

sabido.

La anciana se quedó contemplándolo. Su expresión no reflejaba ni curiosidad ni culpabilidad. Él se vio reflejado en sus pupilas.

Se quedaron así, observándose en silencio, durante una eternidad. Entonces, justo cuando parecía que ella iba a hablar, él se despertó sobresaltado. Dentro de su cabeza, como un eco enmarcado por el rumor del agua, reverberó una voz conocida.

—Claro que sí, Aydan. Ese era tu destino ya antes de nacer.

Se incorporó, agitado. Hagia Sophia dormía a su alrededor. Aún adormilado, inspiró profundamente. Ella había venido a confirmárselo. A eso había sido llamado.

Y eso iba a ser, asintió. Lo mismo que ella había sido.

Un maestro.

7
LA HERMOSA CERTEZA DE QUE JAMÁS VENCEREMOS

Entre tanta oscuridad, amigos míos,
¡la única antorcha que nos queda es la razón!
¡La única guía, la de las ideas!
Por eso yo os digo: ¡resistid!
¡Luchad con la convicción
que otorga la sabiduría!
Tal vez no venzamos nunca, mas…
¡tampoco sucumbiremos!

CXLIV

Vannes dormía, silenciosa y fría.

La nieve no había dejado de caer desde la tarde anterior.

Breann se había asomado a la ventana con las últimas luces del ocaso. Los copos flotando, las calles desiertas y los tejados blancos le trajeron imágenes de una ventisca lejana. Se fue a la cama con el ánimo destemplado.

Tal vez fuese eso fue lo que provocó que galopase toda la noche entre pesadillas. Una niña rubia, arqueros apostados y un bebé. Y una cabeza rodando sobre la nieve ensangrentada.

Un ruido en la puerta trasera la sobresaltó antes del amanecer. Cavilando si sería un nuevo efecto de aquel duermevela sobresaltado, se incorporó con el pulso acelerado. No podía ser Beadur. Él se movía como un fantasma.

Un nuevo chasquido le confirmó que alguien estaba entrando desde el patio trasero. Se levantó de un salto, lista para huir. Deseó no sentirse tan pesada, pero el embarazo ya estaba avanzado. De todos modos, antes de nada cogió un cuchillo. El más grande que tenía. Después esperó.

Los primeros rayos del amanecer iluminaban tenuemente el interior de la

casita. Se quedó plantada frente a la puerta, con el cuchillo entre las manos temblorosas. En función de quién apareciese, se enfrentaría o saldría huyendo por la entrada principal para pedir ayuda a gritos. Al fin, vio que alguien descorría el cerrojo desde afuera y empujaba la puerta muy despacio.

Su corazón se desbocó. La hoja de madera se abrió y ella se preparó para atacar.

Sin embargo, no hizo falta.

Al ver que quien la miraba desde el dintel, ensangrentado y exhausto, era Beadur, salió disparada hacia él. Tenía la mirada perdida y estaba terriblemente pálido, y no reaccionó al abrazo que ella le quiso dar. Pronto entendió el porqué. Tras él, tirado en el suelo, vio algo que parecía un fardo de telas enrolladas de mala manera.

Se le heló la sangre. Tal vez fuese la nevada desde la ventana, o las pesadillas que la habían asaltado toda la noche. O, posiblemente, el recuerdo del último hombre que había visto así.

Su pequeño Aydan, supuestamente muerto en la celda del castillo.

Aún ausente, Beadur se volvió hacia el herido. Ella, paralizada, tardó en asimilar que no podía ser Aydan. Normandía y Constantinopla estaban en dos extremos opuestos del mundo conocido.

—Está muy mal —fue todo lo que logro articular Beadur.

Ella se estremeció. Su voz había sonado como un graznido sobre la escarcha.

Breann se arrodilló junto al herido. No, respiró, definitivamente no era su pequeño. Lo examinó. El hombre, un guerrero pelirrojo que parecía estar hecho de hierro, estaba inconsciente. Le pareció que aún respiraba, pero era cierto que su estado parecía ser crítico.

—Ayúdame. —Si había alguna posibilidad de salvarlo, pasaba por actuar de inmediato.

Entre los dos lo tendieron en la cama de Breann, aún tibia. Ella cortó sus ropajes para dejar al aire las heridas. Le costó. Aquella ropa de combate era casi indestructible. A Beadur, derrumbado en una silla, no parecían quedarle fuerzas para ayudarla.

Breann, ya con más luz, pudo examinar el estado del herido. Horrorizada, comprobó que todo su cuerpo estaba cubierto de unos rastros amoratados que solo podían significar una cosa: lo habían cosido a latigazos durante horas. Un escalofrío la sacudió al ver que le faltaban las uñas de las manos. La tortura tenía que haber sido pavorosa. En el anular de la mano izquierda aún sobresalía un palito de los que habrían utilizado para arrancárselas.

Al quitarle los pantalones ensangrentados, donde deberían estar los órganos masculinos no había más que un vacío sanguinolento. Tuvo que apoyarse para no caer. No la estremecía la visión del cuerpo demacrado; había afrontado curaciones tan terribles como aquella.

Lo que la devastaba era la crueldad humana, capaz de hacer algo así.

Se volvió hacia Beadur, buscando una explicación. Él, cada vez más pálido, quiso argumentar algo.

—Es… inglés. Pero… —no logró articular nada más. Ante la mirada atónita de Breann, el gauta se desvaneció en la silla.

Antes de que pudiera hacer nada, cayó al suelo pesadamente.

Entonces, ella se abalanzó sobre él. La habían impresionado tanto las heridas del pelirrojo que había ignorado a Beadur. Empezó a buscar el daño en su cuerpo de forma frenética. Era obvio que había tenido que perder mucha sangre. La palidez extrema, la frialdad, la falta de energía… Cómo había podido ser tan descuidada.

Al fin, la halló. La coraza del Fantasma Gris estaba cortada a la altura del antebrazo derecho. La mano de la espada, pensó ella. Tras retirar la manga, vio un tajo limpio pero profundo, que había seccionado varios vasos sanguíneos. Él se había aplicado un vendaje compresivo, pero había pasado mucho tiempo desde entonces.

Demasiado, se lamentó ella.

En un momento, desinfectó la herida con el líquido dorado y empezó con las suturas. El corte, si no se atendía bien, era mortal de necesidad. Unos minutos más, se horrorizó, y todo hubiera acabado para el gran guerrero del norte. Cuando terminó, notó que las lágrimas corrían por sus mejillas. Beadur viviría. Empezarían por recuperar la sangre perdida.

Pero antes, recordó, tocaba atender al guerrero desconocido. Se volvió hacia su cama, un revoltijo de sábanas tintadas de rojo. Lo examinó una vez más. Aún respiraba débilmente, pero no había nada que hacer. Aunque estaba inconsciente, el sufrimiento se reflejaba en su cara. Un gesto de padecimiento atroz se había quedado esculpido en sus facciones. Ella, tras inspirar profundamente, se decidió.

Ya solo podía ayudarlo de un modo.

Abrió la lacena secreta con la llave que llevaba al cuello. Allí, un botecito de aspecto inocente guardaba la combinación letal que necesitaba. Tardó un buen rato en completar el preparado. Después se lo dio a beber muy poco a poco, cuidando de que no se atragantara.

Al rato, el pelirrojo empezó a acusar los efectos del bebedizo. Todo su cuerpo, antes en tensión, empezó a relajarse. Hasta el rictus de su rostro pasó del padecimiento al sosiego en solo unos minutos. Su respiración se hizo más y más lenta. Ella lo contempló en silencio. Donde antes se percibía un dolor inhumano ahora había calma.

Por fin, él dejó de respirar.

Breann le tapó la cara con la sábana y trató de reanimar a Beadur. El gauta volvió en sí como si hubiera estado hibernando cien años. Trabajosamente, logró ponerse en pie con la ayuda de ella. Muy despacio, lo llevó hasta la cama

de Aydan. Tras administrarle un poco de destilado de adormidera, lo dejó allí.

Después, ya sola junto a los fogones, miró por la ventana durante una eternidad vacía. Vannes iba despertando poco a poco. Las primeras aguadoras caminaban sobre la nieve, y un arriero tiraba de sus mulas calle arriba. La ciudad comenzaba una nueva jornada vestida de blanco.

Al anochecer, Beadur volvió en sí. Aún muy pálido, aceptó a regañadientes la comida y la bebida que ella le dio. Un hígado de vaca entero, cocinado en la olla de hierro, y un cántaro entero de agua. Breann insistió. Tenía que acabárselo todo. Era una orden. Después, se quedó a su lado toda la noche. El corte tenía buen aspecto, pero no se fiaba.

A la mañana siguiente, él despertó con energías renovadas. Se sentía como si lo hubiera arrollado toda la caballería otomana, pero estaba bien. Se miró el brazo con atención y asintió, aliviado. Al volverse hacia Breann, que lo contemplaba desde la silla donde había pasado la noche, frunció el ceño. Estaba demacrada.

Supo que no se debía a la noche en vela.

—Pensé que era Aydan —la voz de ella se quebró—. Le he ayudado. No había nada que hacer.

Él, consternado, le contó que era un compañero de muchos años. Que era un espía inglés, pero que siempre le había ayudado con su trabajo en Normandía. De hecho, los infiltrados borgoñones que lo habían capturado realmente andaban tras la pista de Beadur. Tras la información que él atesoraba, en realidad, pero eso ya daba igual. Al saberlo, había emprendido la misión de rescate. Había tardado en averiguar dónde lo tenían.

Al llegar, vio que la tortura había sido terrible.

—Aun así, no me traicionó. —Ahora era él quien tenía que contener las lágrimas.

En la lucha que sobrevino, le narró después, Beadur logró matar a los cuatro borgoñones. Sin embargo, uno de ellos le había asestado aquella cuchillada en el brazo de la espada. Tanto así, que tuvo que acabar de liquidarlo con el izquierdo.

Después vino una cabalgada desesperada bajo la nieve, hasta Morbihan.

—Nunca lo hubiera traído. —El gauta estaba desolado—. Pero entiéndelo… Se lo debía.

Ella asintió sin decir nada. Una sombra nublaba su mirada.

Por fin, Beadur se levantó de la cama.

Era casi mediodía. Con pasos vacilantes, y apoyándose en las paredes, entró en la habitación de Breann. Allí, bajo las sábanas teñidas de rojo, se adivinaba un bulto con forma de hombre. Fue a la cocina. Ella lo esperaba sentada junto a la ventana. Fuera, las calles nevadas habían recuperado el

bullicio.

—Lo siento mucho… —Las disculpas que él inició al sentarse no sonaban muy convencidas, pero hubiera dado igual.

—¿Y si te hubieran cogido a ti? —pese a estar mirando por la ventana, la voz de ella sonó tajante—. Él hundió la cabeza entre los hombros—. Hay un muerto en mi cama —siguió Breann—. Y no me importa. Me paso sola los días y las noches. Y no me importa. Buitres negros sobrevuelan esta casa, en círculos cada vez más cerrados, día tras día. —Lo miró a los ojos, rotunda, y él no pudo evitar recordar a Myrna—. Y no me importa. —Beadur clavó la mirada en su herida. Aquella sutura era una obra maestra—. Pero lo que sí me importa es que un día no vuelvas —la voz de Breann se quebró. Se agarró la barriga con las manos—. Que él no llegue a conocerte. O ella.

Más pálido que antes, el gauta desvió la mirada. Aun sin verla, se quedó mirando a la gente que caminaba por la calle, sobre la nieve.

—¿Entiendes? —ella, al ver que no le contestaba, le agarró la mano herida.

Hubo un largo silencio. Beadur podía sentir la mirada de Breann atravesándolo de lado a lado.

—¿Entonces? —preguntó él, por fin.

Ella lo soltó bruscamente. Agotada, decepcionada y resentida, se levantó. Por un momento pareció que fuese a empezar a gritarle, pero en el último momento se tragó las palabras. Simplemente agarró la capa y salió por la puerta como un torbellino.

Caminó por las calles embarradas hasta las puertas de la ciudad. Estaban abiertas de par en par. Salió a los campos cubiertos de una capa blanca e inmaculada. Se dejó ir por los caminos sin rumbo fijo. Necesitaba aire.

Al cabo de una hora llegó a un riachuelo sombrío. Tenía la respiración agitada y muchas ganas de llorar. Un montón de sentimientos libraban una lucha encarnizada en mitad de su pecho. Agarrándose la barriga, se sentó en una piedra negra que se asomaba al cauce. Un poco más abajo, el agua se estancaba en un remanso oscuro que contrastaba con la blancura de alrededor.

Con mil tormentas tras los ojos, se quedó contemplándolo.

Entonces recordó una historia que le había contado Myrna. Había sido el día que Aydan se había peleado con el hijo de Nolwenn y otros dos niños de la aldea. El día que les había dado una paliza, más bien. La anciana le había contado que el niño se había calmado al meterse en el agua de un regato como aquel.

Sin saber bien por qué, algo se apaciguó en su interior. Poco a poco, trató de respirar acompasadamente. Empezó a pensar con claridad. Sí, admitió, Myrna me hubiera obligado a calmarme.

Cerró los ojos. ¿Qué habría hecho ella? Se concentró. Todas sus lecciones. Su sabiduría.

El aire frío le proporcionó luz. Ella era ahora la depositaría de la sapiencia

antigua. Tenía que estar a la altura. También en esto.

«En esto más que en nada. Es mi vida».

Ya con el corazón limpio, cogió aire. La indignación y la impotencia fueron dejando paso al sosiego. El agotamiento lo enturbiaba todo, pero fue capaz de sobreponerse. Myrna apareció tras sus párpados, sonriente. «¿Y si alguien pretendiese cortar tus alas, querida?», le susurró.

El atardecer le trajo una pausa fría. Tras una hora allí sentada con sus pensamientos, al fin se incorporó. La tarde, cenicienta, tocaba a su fin. Sonrió. Ya tenía lo que, sin saberlo, había ido a buscar.

La noche había caído sobre Vannes cuando entró en casa. No había nadie. Las camas estaban hechas con toda pulcritud y otra marmita con hígado burbujeaba al fuego. No había pasado un minuto cuando Beadur entró por la puerta de atrás.

Se quedó mirándola desde allí, indeciso.

—Ya no hay problema… —balbuceó—. He enterrado a Jack sin que nadie me viera…

Ella se acercó y le puso un dedo sobre los labios.

—¿Cuándo te vuelves a Normandía? —le sonrió, conciliadora.

Él, desconcertado, dudó.

—Tendría que regresar mañana —musitó al fin, casi sin atreverse—. Hay gente que me necesita.

Ella lo besó.

—Perfecto. —Su sonrisa era limpia, y su mirada transparente—. Mis pacientes también esperan que vuelva al trabajo cuanto antes.

Él la abrazó. Se quedaron así mientras la noche vaciaba las calles de la ciudad. La luna llena hacía brillar los tejados helados. Durmieron muy juntos, como si aquella fuera la última noche que fuera a vivir el universo antes de explotar. Al alba, ella lo despidió.

No iba a permitir que nada les cortase las alas. Ni a él, ni a ella. Habían nacido atados a un destino maldito, pero también a una gloria reservada a unos pocos. Era aterrador, pero así tenía que ser.

Y sobre todo, sonrió, como hubiera dicho Myrna: que sea el enemigo quien nos impida volar, querida niña.

—«No condenemos al gris a los que más amamos».

CXLV

HAGIA SOPHIA, OCTUBRE DE 1414

La escuela entera hervía de expectación.

En los tres años y medio que llevaba en Constantinopla, Robert no había visto cosa igual.

—Gracias por tan grata acogida, mis doctos amigos. —El insigne maestro Jan Hus, rector de la Universidad de Praga, se disponía a impartir una lección magistral en el templo de la Sabiduría Sagrada—. Siempre es un inmenso honor ser invitado a este tipo de actos. Sobre todo aquí, en el centro universal del conocimiento y la razón.

Andrónikos y Robert asistían, desde la última fila, al magno acontecimiento. Una clase con Hus. Uno de los sabios más reputados de toda Europa, habían dicho los maestros. Todo un privilegio. De ahí que solo los discípulos más sobresalientes hubieran sido invitados.

—¿Cómo empezar una disertación precisamente en este lugar? —Hus miraba a unos y a otros con aplomo. La energía que desprendía al hablar transmitía una convicción contagiosa—. ¿Qué podría yo aportar a unas mentes que llevan años bajo el magisterio de los más ilustres maestros de nuestra época?

Las palabras del sabio trasladaron a Robert a una conversación lejana.

Recordó las primeras semanas en Hagia Sophia. Una época intensa, sin duda. Por suerte, su conexión con Andrónikos había sido inmediata. Se comprendían y se admiraban mutuamente. Tanto, que pronto se hicieron inseparables. El mentor también había percibido algo especial. La claridad mental de aquel joven caballero, que era, además, un guerrero sin parangón en toda la ciudad, era apabullante.

Una caja de sorpresas llegada desde el otro extremo del mundo.

—No sé, Andrónikos. Supongo que tuve la suerte de compartir largas conversaciones con grandes sabios. —Ante las incógnitas de los primeros días, los dos jóvenes se fueron confesando las batallas libradas—. Un amigo mío, Robert Jolivet, es bibliotecario de una gran abadía. Con él descubrí miles de mundos. Y mi maestro, Ezra ibn Levy, es un hombre excepcional. Gracias a él aprendí mucho acerca de los libros… y todo lo que sé sobre el arte de la guerra.

Robert se mordió la lengua justo a tiempo. El gran secreto que Ezra custodiaba, recordó con una sensación agridulce, no podía ser revelado bajo ningún concepto. Andrónikos era un buen amigo, pero el Legado de Rodas debía seguir oculto a toda costa.

—Y también eres amigo personal de Phillibert de Naillac. —Andrónikos levantó una ceja ante la omisión del dato que a él le parecía más importante—. Esa no es una amistad cualquiera, Robert. No creerás que está al alcance de cualquier muchacho de diecisiete años…

Él se encogió de hombros. Sentía a Naillac como un amigo. Siempre había sido así. Tal vez para los demás fuese un líder político de relevancia mundial, pero para él era la mano que lo había protegido. Que seguía haciéndolo, seguramente. Que tanto le había enseñado.

También estaba Per, le contó. El hermano que lo había reclamado insistentemente desde la escuela de filósofos de Nicole Oresme, en Rouen. Andrónikos hizo un ademán de conformidad. Con semejantes mimbres, parecía decir, ya le extrañaba menos aquella desconcertante clarividencia.

—Sin embargo —Tras un silencio dubitativo, Robert frunció el ceño. No creía que en aquellas personas radicase el auténtico origen de su curiosidad, ni todo lo que había aprendido—, la esencia de todo lo que sé proviene de otras fuentes. —El mentor arrugó la frente, incrédulo—. En serio, Andrónikos. Es como si todo lo que he aprendido encajase a la perfección gracias a un plan establecido. A algo que se forjó dentro de mí cuando no era más que un niño.

Hubo un largo silencio. El griego esperó, curioso. Claro que podría ser. Hay unos años en los que la mente de una persona es arcilla fresca, lo sabía bien. Todo lo que entonces se moldee, quedará fijado para siempre en cuanto el sol se alce sobre el horizonte.

—Sí. Creo que todo proviene de la influencia de una mujer sabia —afirmó Robert con seguridad, aunque un dolor antiguo vibraba en su voz—. Ahora lo veo claro. Fue un proceso planificado con minuciosidad, que ella ejecutó con maestría. Es como si cada nuevo conocimiento fuese encajando en unos esquemas de gran solidez. Una estructura que Myrna fue forjando a lo largo de los años, de alguna manera, en mi interior.

—Debió de ser una mujer muy sabia, en efecto. Tal obra de ingeniería no se diseña por casualidad. —Andrónikos se puso serio al contemplar el gesto del muchacho.

A esas alturas ya sabía que el recuerdo de la sanadora era una herida abierta en mitad de su alma.

Asintieron, pensativos. Habían sido instruidos en el arte de enseñar. Por eso sabían que la mente de un niño se compone de un material delicado que hay que ir puliendo con sumo cuidado. Con decisión, pero también con extrema rectitud. Con método, constancia diaria y predicando con el ejemplo. Un proceso que siempre se mantiene en un equilibrio inestable.

—Lo era, puedes creerme. —Robert desvió la mirada.

De nuevo, los dos se quedaron en silencio. Ya habían hablado del final de la legendaria druida de Morbihan, no hacía falta ahondar en aquel pozo. Sobre eso versaba, además, la lección más trágica que sus maestros les habían transmitido. Y lo habían hecho una y otra vez, como advertencia.

Trataba sobre el peligro que asumían, precisamente, aquellos que decidían dedicar sus vidas a luchar contra la oscuridad. Fueran maestros como Beadur, sanadoras como Breann o grandes pensadores como Jan Hus, todos vivían en

el filo de la navaja. Bailaban al borde del precipicio sin esperar nada a cambio.

Nada. Si acaso, tal vez, amaneceres.

Nadie se lo decía claramente, pero sí. Les estaban avisando de que aquel también era su destino.

Sentado en la última fila, Robert siguió evocando aquellas primeras conversaciones con Andrónikos mientras el tono iba subiendo. Tras unos minutos distraído, la voz de Hus, encendida, lo trajo de vuelta.

—Jamás dejarán de acechar las tinieblas. —El rector continuaba con su perorata, cada vez más incendiaria, ante los corazones exaltados de los estudiantes—. Eso es algo que debéis asumir lo antes posible, mis jóvenes amigos. Lo cierto es que dentro de cada hombre conviven dos universos: los instintos más oscuros, y esa luz que hace de nosotros algo distinto de los animales. ¡Allí donde la ignorancia gane la partida habrá barbarie, dogmatismo, violencia! Es por eso que sois, en última instancia, guerreros. Cada mente que ganéis para la causa de la razón será una nueva lanza en el ejército de la luz. ¡Solo así podremos seguir librando esta lucha desigual! ¡Solo de esa manera!

Las proclamas del sabio inflamaban los pechos de los discípulos de Hagia Sophia. El templo de la Sabiduría iba prendiéndose en una pasión que agitaba como un hachón el gran sabio extranjero. Andrónikos, impasible, observaba a unos y a otros. Se podía apreciar un deje de preocupación en su mirada.

Estaba de acuerdo con Hus en el fondo de su mensaje, pero no estaba seguro de que la euforia fuera buena consejera en Constantinopla. Al menos, en un momento como aquel.

A su lado, Robert presenciaba el acto con aire ausente. Aquel mensaje no era nuevo para él. Su mente errante no tardó en viajar a otros tiempos y a otros lugares.

Habían pasado ya treinta meses desde su última visita a Vannes.

El viaje a Domrémy, recordó. Desde entonces, no había tenido noticia alguna relacionada con el delicadísimo encargo de Waroc'h. El asunto de la hijita bastarda de la reina Isabeau debía de estar bajo control, pues. Cada día que pasaba sin noticias al respecto era una especie de despertar extraño. Sin saber muy bien por qué, solía recordar con nostalgia aquellos días. No dejaba de pensar en la pequeña Jehanne D'Arc. La niñita ya casi tendría dos años. Contra todo pronóstico, la cabalgada hasta Domrémy había dejado grabada una huella de fuego en su memoria.

No obstante, apenas había tiempo para divagaciones en Hagia Sophia. Solo para una dedicación absoluta. Y a ello se había entregado en cuerpo y

alma. Para sorpresa de todos, excepto tal vez su mentor, el joven hospitalario avanzó a una velocidad inusitada en el itinerario marcado por los maestros. Su progreso despertaba la admiración de los más sabios doctores de Hagia Sophia. Y todo, pese a que la exigencia era mucho mayor para los discípulos más talentosos, como él.

Con el apoyo de Andrónikos, sus progresos llamaron pronto la atención de los grandes sabios. Su dominio de la escritura y de la lectura en varios idiomas fue la comidilla de la escuela en los primeros días. Además, estaban sus amplios conocimientos en medicina. Un saber que llegó a asombrar a los maestros más excelsos en la materia.

Su extrema facilidad para asimilar los conceptos más complejos lo había llevado a ser considerado un joven maestro antes de los dieciocho años.

Astronomía, física, política, ética, aritmética. Todo era poco para él. Su claridad mental sobrecogía. Siempre acompañado por su mentor, el muchacho bullía de actividad. Los razonamientos más avanzados se iban asentando sobre lecciones antiguas. Ezra, Breann, Phillibert, Beadur, Jolivet.

Myrna.

Un progreso fulgurante, nunca visto hasta entonces en el principal centro mundial del conocimiento. De ahí que acabasen por ofrecerle impartir clases a los alumnos de los cursos más bajos. Su curiosa óptica sobre la medicina, dijeron, no se podía dejar de lado.

Un nuevo cambio en el tono del sabio de Praga disipó su divagación. Frunció el ceño. Al recordar todo aquello, parecía que el tiempo hubiera pasado volando. Las estaciones, las emociones, los años.

—¡Las sombras acechan hoy este templo sagrado! —Hus continuaba con su arenga, y la pasión de los pupilos de Hagia Sophia ya se desbordaba—. ¡Y no provienen solo de una parte! Por un lado, la barbarie otomana y su fanatismo dogmático. Por otro, la Iglesia de Roma y su codicia infinita. Pura infamia, camuflada bajo esa astuta trampa para mentes débiles que es el pensamiento axiomático. Y por si fuera poco, tras el doloroso cisma, desde Aviñón se extienden más el caos y la confusión que la reconciliación. Entre tanta oscuridad, amigos, ¡la única antorcha que nos queda es la razón! ¡La única guía, la de las ideas! Por eso yo os digo: ¡resistid! ¡Luchad con la convicción que otorga la sabiduría! Tal vez no venzamos nunca, mas… ¡tampoco sucumbiremos!

Llegados a este punto, los presentes empezaron a asentir enérgicamente. Algunos se levantaron, enfervorizados, y otros empezaron a vociferar consignas en favor de Hagia Sophia. Andrónikos y Robert cruzaron una mirada de escepticismo. El diagnóstico que hacía Hus era certero, y la exaltación que estaba suscitando en el ánimo de los estudiantes podía ser hasta

loable, pero el futuro que hacía prever era poco esperanzador. Fuera de allí los rodeaba un páramo desolado. Un desierto negro, en el que predicar no solo sería descorazonados Lo más probable era que acabara por ser mortal.

—¡Nada os pido hoy que yo mismo no afronte cada día, mis jóvenes amigos! —El pedagogo preparaba el final su discurso entre exclamaciones entusiasmadas y un fervor bélico con olor a sangre—. ¡Puede que nuestras vidas peligren por defender la sabiduría humana, pero no vamos a retroceder! ¡Si hemos de sucumbir, que sea defendiendo la razón! ¡Tal vez acaben por matamos! ¡Ora bien, solo si nos mantenemos firmes cobrará sentido nuestro sacrificio!

Hus había ido subiendo el tono hasta acabar gritando sobre las aclamaciones exaltadas de los alumnos. El auditorio entero acabó en pie, jaleando sus últimas palabras. Mientras, los dos jóvenes situados en la última fila se miraron de nuevo.

Aquel fervor por la razón y la sabiduría era contagioso, pero la realidad era demasiado cruda como para dejarse llevar por la euforia. Era más recomendable permanecer en el terreno de la prudencia. De todos modos, su opinión, en medio de aquel revuelo incontenible, no tuvo repercusión. La exaltación saltó por los aires a su alrededor, pero ellos se quedaron sentados. Nada más podían hacer.

Mientras Jan Hus recibía todo tipo de parabienes y los alumnos se daban codazos para estrechar su mano, Andrónikos y Robert se dispusieron a abandonar discretamente el paraninfo. Así lo hicieron, al fin, aunque no pudieron llegar muy lejos. Nada más salir al pasillo se encontraron a un novicio que los esperaba con un sobre en las manos.

—Disculpad, maestro. —Robert recibía este tratamiento desde que había empezado a impartir clases de medicina a los más jóvenes, pero aún se le hacía raro—. Me han ordenado entregaros esta misiva. No me atreví a entrar en la disertación.

Él recogió la carta extrañado. Cruzó una nueva mirada con Andrónikos. El mentor lo observaba con gesto de preocupación. En los últimos dos años y medio, el joven caballero no había recibido ningún mensaje. Nada, para su tranquilidad, desde ningún lugar. Ni desde Toledo, ni desde Vannes. Ni siquiera desde Rodas.

—El correo me indicó que era extremadamente urgente —advirtió el novicio en voz baja antes de desaparecer con gesto de alivio.

Robert le dio la vuelta al sobre. Con solo un vistazo sobre el lacre identificó al remitente. Entonces torció el gesto. «Extremadamente urgente», había dicho el muchacho.

—¿Crees que pueden ser malas noticias? —Andrónikos percibió la tribulación en su cara antes incluso de que rompiese el sello.

—Ahora lo sabremos, pero algo ha debido de suceder para que mi

hermano me haga llegar una carta con esta urgencia.

Mientras él empezaba a leer, Jan Hus y su enfervorizado séquito abandonaron la sala entre consignas exaltadas. Andrónikos contempló cómo se alejaban por el corredor con la frente arrugada. Aquella euforia, por bienintencionada que fuera, no le daba buena espina.

El tiempo, desgraciadamente, pronto le daría la razón.

Nadie sospechaba entonces el negro futuro que esperaba al sabio de Praga. Pese a aquel momento de gloria, Hus sería condenado antes de un año. Acabaría quemado vivo en la hoguera del dogmatismo. El fuego purificador iba a ser prendido por la organización represora más letal del mundo.

La Iglesia católica.

Aquel sabio en permanente cruzada contra la barbarie iba a morir abrasado precisamente por ello. Mientras Robert leía la carta, cariacontecido, Andrónikos vio cómo Hus salía a hombros del edificio. Un mal presentimiento le hizo arrebujarse en su hábito. Fue como si una sombra alada se cerniese, amenazante, sobre sus cabezas.

Y eso que ni sospechaba lo más terrible.

La pira del gran maestro iba a ser alimentada por sus propios escritos.

CXLVI

Robert, querido hermano:

Sé lo que supone interrumpir tu estancia en Constantinopla. Y sé también que no es la primera vez. Sin embargo, créeme si te digo que no lo haría si no me viera obligado. Es, de nuevo, cuestión de vida o muerte. Y no solo eso, Robert. Creo también que es tu destino el que te reclama.

Hace más de dos años que no nos vemos, como bien sabes. Por cierto, todo sigue en calma en Domrémy, aunque a lo largo de este tiempo haya habido muchas idas y venidas.

No así en otros lugares, desgraciadamente. De hecho, estuve a punto de avisarte en más de una ocasión. No lo hice hasta ahora porque sé lo importante que es para ti estar en ese lugar que llamas centro del universo. Sin embargo, una amenaza terrible se cierne sobre nosotros.

Lo siento, pero no puedo aplazarlo ya ni un día más.

Necesito tu ayuda de nuevo, y esta vez no es cuestión de entregar un bebé. Se trata de algo mucho más complejo. Antes de nada, debes saber que sería algo permanente. No quiero engañarte, por eso te advierto de antemano. Si decides aceptar lo que te propongo, deberás permanecer en Francia por tiempo indefinido. De todos modos, la misión que te tengo

reservada es el más elevado cometido al que alguien como tú podría aspirar. Al menos, eso creo yo.

Sé que cuando leas esta carta tu primer impulso será romperla, pero te ruego que continúes leyendo. Tal vez así comprendas la trascendencia de la misión que te tengo reservada… y también el martirio que atormenta mi conciencia.

Tras tu intervención en enero de 1412, pensé que los problemas que la reina nos podría ocasionar habían alcanzado su cénit. Por desgracia, no podía estar más equivocado.

La situación ha degenerado hasta un punto imposible de prever.

Sabes que he dedicado toda mi energía a defender los derechos de Isabeau y de los tres hijos que aún le quedan. Que he luchado por el legítimo derecho del delfín Louis a heredar la Corona. A pesar de ello, esa mujer diabólica no ha dudado en traicionarme. A mí, a su marido y también a sus hijos.

Incluso, Dios me perdone, a su difunto amante.

Robert arqueó las cejas al leer aquello. Waroc'h había permanecido junto a la reina, contra los impulsos de su corazón, por dos motivos fundamentales. El primero, los principios que había heredado de Patern. Sus valores lo obligaban a defender contra viento y marea la legitimidad de la Corona. Según las leyes del reino, la sucesión debía recaer sobre el primogénito del rey. Y el señor de Vannes, él lo sabía bien, iba a velar por el cumplimiento de la ley aunque le fuera la vida en ello.

El segundo motivo, si cabe más decisivo, lo guardaba en secreto. No obstante, Robert conocía el cariño, más bien la adoración, que su hermano profesaba por el hijo menor de los reyes. Esa había sido la causa principal de su fidelidad hacia la reina. Lo que había llevado a Waroc'h a posicionarse activamente en el bando fiel a Isabeau, aunque fuera desde la distancia.

El revuelo de los seguidores de Hus se fue alejando. Andrónikos los vio salir del edificio con el gesto muy serio. Robert volvió a centrar su atención en la carta.

Tanto es así, que nuestra soberana decidió dejarse querer por el bando de los insurrectos. Sí, Robert, como te lo cuento. Isabeau empezó por negociar con los dirigentes del partido borgoñón y acabó por intimar con su general, Jean de Bourgogne. Ese al que apodan el Sin Miedo, ¿recuerdas?

Exacto, hermano. El asesino de su amante.

Robert se quedó atónito. Aquello era, desde luego, lo último que podría haber esperado. Se hacía cargo del dolor con que debían de haber sido escritas aquellas líneas.

Aturdido, se mesó la barba. Si Waroc'h le había suplicado que llevara a la

pequeña Jehanne hasta la aldea de Domrémy para que fuera adoptada en secreto por la familia D'Arc, había sido precisamente para guardarse de Jean Sin Miedo. De haber conocido la conducta adúltera de la reina, el borgoñón hubiera tratado de deslegitimar al resto de los hijos de Isabeau.

Solo hubiera tenido que argumentar que ninguno de ellos era en realidad hijo del rey demente. Algo que, en vista de los hechos, le resultaría insultantemente fácil.

Eso había sucedido entonces, recordó. Y ahora, menos de dos años después, ¿la soberana se había convertido en la concubina de aquel, hombre? ¿Del mismo que había ordenado que despedazasen a Louis de Valois, su propio amante, sobre los mugrientos adoquines del Marais?

Se mordió la lengua. Era difícil dar crédito a tanta inmoralidad.

Por todo esto, querido hermano, sé que te harás cargo de mi preocupación. La falta de escrúpulos se extiende por la política de Francia como una plaga. Parece que no quedara ya nadie a quien le importase la ley, y mucho menos la justicia. Nadie dispuesto a comprometerse con la verdad, excepto yo mismo.

Tu hermano mayor es ya el único noble del reino que defiende la legalidad. El único que sigue empeñado en que los legítimos herederos mantengan sus derechos sobre la Corona.

La guerra civil ya es una realidad en nuestro reino, Robert. Tanto el bando del duque de Orléans como el de Jean de Bourgogne planean descaradamente un derrocamiento. La vida del nuestro delfín pende de un hilo. De hecho, todos lo miran como si estuviera sentenciado. No hacen más que esperar la ocasión propicia. Si esta llegase, nada podrá evitar que usurpen el trono. Recuerda, si cae el heredero, los próximos serán sus hermanos pequeños.

Como te digo, ni a su propia madre le importa ya lo que les pueda suceder.

El corredor se había quedado desierto. Ajeno a todo, Robert siguió leyendo la carta de Waroc'h con el pulso acelerado. Empezaba a adivinar cuál podía ser la intención de su hermano. Andrónikos, a su lado, lo observaba en silencio.

El gesto de preocupación del joven maestro no había dejado de acentuarse desde que el novicio le hiciera entrega del sobre lacrado.

Así pues, hermano, me veo en el deber de intervenir en la Corte antes de que sea demasiado tarde. Me consta —y digo bien, porque Beadur me mantiene informado de todo cuanto sucede en Normandía— que Inglaterra lo tiene todo listo para un desembarco en nuestras costas. Ante semejante

amenaza, necesito en palacio a alguien de mi máxima confianza.

Un hombre que sea capaz de manejar los hilos que un día yo tuve bajo control. Y de defender, por las armas si fuese preciso, la vida de los príncipes. Nadie te iguala en esas lides, Robert. Como decía nuestro padre, en situaciones extremas solo caben medidas desesperadas. Espero que lo entiendas. No puedo confiar en nadie más.

No soy yo quien te lo demanda; es la misma Francia la que necesita a su mejor guerrero.

Como ya habrás adivinado, no se trata de asumir ningún cargo político. Jamás osaría pedirte algo así. Al contrario, se trata de algo que puede hacer florecer los páramos inexplorados de tu alma. Sé que tu destino es llegar a convertirte en un gran maestro.

Por eso, querido hermano, he reservado para ti el puesto de maestro de armas del infante Charles.

No sé si contigo en esa posición podremos resistir. Lo que sí sé es que sin ti estamos perdidos.

Andrónikos pudo ver que Robert contenía la respiración. A juzgar por la expresión de su cara, dedujo que no todo debían de ser malas noticias.

Esperó, intrigado. Ya tenía que quedarle poco.

Como te he dicho al principio, es cuestión de vida o muerte.

Siempre tuyo, tu hermano.

Waroc'h de Gwened

Con aire pensativo, Robert se guardó la misiva en el bolsillo. Un fulgor extraño brillaba en sus ojos, y su pensamiento voló entonces sobre caminos empedrados y campos eternamente verdes.

Bretaña, y toda Francia ahora, se reflejaban en sus retinas.

—¿Qué pasa ahora? ¿Acaso tu patria no puede vivir sin ti? —sonrió el mentor, intrigado.

El gesto confuso de Robert al volverse hacia él suavizó la sonrisa de Andrónikos. A juzgar por lo impresionado que se le veía, tenía que ser algo grande.

Inmenso, intuyó.

—Creo que Francia sí podría… —respondió, cariacontecido.

Apenas empezaba a asimilar la trascendencia del mensaje.

—¿Entonces? —El mentor se puso serio a intuir que se avecinaba una nueva ausencia.

—… pero parece que sus infantes no. Al menos, eso dice mi hermano.

Los ecos de la algarabía se alejaban. Andrónikos se cruzó de brazos, muy

serio. En efecto, tal y como había intuido, Robert iba a partir de nuevo.

Y esta vez podía ser para siempre.

CXLVII

PARÍS, NOVIEMBRE DE 1412

Ni reverencias ni bienvenidas.

Nada había allí excepto un silencio desolado.

El ambiente con el que Robert se encontró en palacio era, desde luego, muy distinto del que cabría esperar en la Corte del glorioso reino de Francia.

En vez de corredores atestados de cortesanos esperando a ser atendidos por los más altos funcionarios del reino, halló estancias vacías donde lo único que se oía eran rumores apagados. En lugar de verse sumergido en el bullicio perpetuo de aquellos que pugnaban por obtener el favor del rey, todo lo que halló fueron fantasmas cabizbajos.

Sombras que vagaban en silencio, tratando de pasar desapercibidas.

Pronto cayó en la siniestra verdad que atronaba aquel palacio. Hasta se podría decir que olía a miedo. No, negó para sus adentros. Aquel lugar no podía ser la Corte de un poderoso monarca.

Aquello no era más que el escondrijo último de un sentenciado a muerte.

—¡Hermano! —un vozarrón a su espalda lo sobresaltó—. ¡Por fin!

Waroc'h, alborozado, le dio un gran abrazo. Después, no obstante, le cogió la cara entre las manos con gesto de culpabilidad.

—Lo sé, Robert. No creas que no me duele. Sé que no tenía derecho a pedirte que abandonaras Constantinopla —sus primeras palabras, en voz baja, acompañaron a su expresión compungida—. Pero dame unos minutos para explicarme, te lo ruego. Sé que pronto lo comprenderás. De verdad, no tenía otra alternativa.

Robert miró alrededor con cara de circunstancias.

—¿Qué está pasando en este palacio, Waroc'h? Esto se asemeja más a un funeral que a la sede del poder real. Nadie diría que aquí habitase el soberano de la nación más grande de toda la cristiandad.

Waroc'h, envejecido, se encogió de hombros.

—Todo ha ido a peor desde que llevaste a… al «encargo» a Domrémy. Justo cuando parecía que el duque de Orléans, y con él todo el bando Armagnac, se iba a posicionar como defensor del delfín Louis, la reina se las

ha arreglado para destruir toda mi estrategia. Si no fuera tal su desatino, casi diría que lo ha hecho a propósito.

El joven se vio a sí mismo un mes atrás. Estaba igual de confuso que cuando había leído la carta tras la clase de Hus. Isabeau, enredada con su peor enemigo. Con el asesino de su amante.

Desde luego, era inexplicable.

—Pero ¿cómo puede ser tal disparate? —Le había dado mil vueltas a lo largo de la singladura, pero seguía pareciéndole incomprensible.

—Sí, sí, hermano… escucha. —Waroc'h se hacía cargo de su asombro, pero hacía mucho tiempo que él era inmune a la sorpresa. Lo único que quería ya era encontrar una solución—. Sea como sea, el resultado de que Isabeau ande en amoríos con el Sin Miedo ha provocado que el bando Armagnac, que hasta entonces sostenía ser defensor del delfín, haya pasado a defender abiertamente sus propios intereses.

Robert cerró los puños con impotencia. Se confirmaban sus peores presagios. Aun así, se esforzó por seguir hablando en voz queda.

—Con esto tenemos al legítimo heredero indefenso ante los dos bandos, ¿no? Es decir, borgoñones y armagnacs son ahora nuestros enemigos. Lo único que pretenden ya es ganar la guerra. Así se consumará la usurpación de la Corona, sea para unos o para los otros. —Waroc'h le confirmó con la mirada que sí; que, por desgracia, esa era la situación—. Es decir, que ya solo tú y cuatro idealistas más permanecéis fieles al delfín. Ah, y por si todo esto fuera poco, Inglaterra prepara la invasión desde el otro lado de La Manche. Menudo panorama, hermano.

Waroc'h se quedó mirándolo con gesto de culpabilidad. Sin embargo, sorprendentemente, Robert adivinó en sus ojos también un misterioso brillo. Algo así como la satisfacción del tahúr que aún tiene un as guardado en la manga.

—Por eso me he visto en el deber de reclamarte. —Al parecer, el conde de Vannes no tenía pensado rendirse—. Te necesito aquí, en la Corte.

Robert estaba desconcertado. Seguía sin saber qué demonios iba a poder hacer él ante semejante perspectiva. Lo habían reclamado para ser maestro de armas de un niño, nada más.

Aun así, asintió. Waroc'h necesitaba personas de máxima confianza en aquel lugar. Estaba decidido a defender a los pequeños príncipes como fuera. No obstante, se lamentó, todo aquello parecía un intento a la desesperada.

—¿Y qué podría hacer yo en estas condiciones? —Estaba dispuesto a cumplir con lo que su hermano le pidiera, pero necesitaba un argumento al que anclar una mínima dosis de fe. Algo, por pequeño que fuera—. Parece que cualquier atisbo de esperanza hubiera abandonado este palacio hace tiempo.

En verdad, parecía que no quedaran ya esperanzas en el entorno del delfín. Era como si todo el mundo estuviera esperando ya al vencedor de la contienda

entre Orléans y Bourgogne. El gesto del conde, sin embargo, volvió a mostrar una determinación desconcertante. Robert empezó a creer que tal vez sí quedase aún un reducto para la esperanza. Waroc'h se veía exhausto, pero conservaba una firmeza extrañamente sólida.

Una convicción oculta, se podría decir.

—Nuestro príncipe, Louis, es un joven enfermizo y sin carácter. De lo contrario, a sus dieciocho años ya tendría que haber sido investido regente. Es el cargo que le correspondería ante la demencia que afecta a su pobre padre. Su hermano, Jean, tiene dos años menos. La verdad es que, toda vez que el delfín no parece una opción sólida de futuro, a estas alturas nuestras esperanzas deberían haber sido depositadas en él.

—¿Es que crees que Louis no va a… sobrevivir? —preguntó Robert, alzando una ceja.

Una mirada significativa acompañó a las palabras de Waroc'h.

—Aún conservo la fidelidad de muchos grandes caballeros de nuestro reino, Robert. Tanneguy de Chastel, el poderoso vizconde de Narbonne, y otros señores del más alto rango, han permanecido siempre junto a nuestro legítimo soberano. —El joven no pudo contener un gesto de escepticismo—. Sí, ya sé… más bien… siempre mostraron una lealtad firme hacia mí. Pero ese es un punto a favor, hermano. Si logramos hacernos fuertes y resistir, puede que Louis aún tenga alguna posibilidad de mantener la corona sobre la cabeza.

Robert torció el gesto. Se veía a leguas que aquella posibilidad, según las propias previsiones de su hermano, era remota.

—¿Entonces? —inquirió, apremiado por la incertidumbre.

Empezaba a dolerle haber abandonado Hagia Sophia por una causa perdida.

—Entonces, mi bravo hermanita —la voz de Waroc'h sonó firme, aunque conciliadora—, te necesito aquí. Además de ser el mejor guerrero con el que cuenta Francia a día de hoy, considero que eres el único hombre que puede desempeñar este cometido.

Robert se quedó callado. Cada vez más frustrado, esperó a que el hombre que apuntalaba la débil monarquía de un reino escindido y sumido en el caos le concretara qué era lo que esperaba de él. Hasta ese momento el panorama no podía ser más desalentador.

Waroc'h sonrió de medio lado. Comprendía su impaciencia, pero lo que tenía entre manos no era fácil de explicar.

—A día de hoy, me consta que ambos bandos barajan asesinar al delfín. —A Robert le impresionó ver que su hermano daba aquel dato sin alterar ni un músculo de la cara. Como quien hace un análisis contable, se podría decir—. No sé de qué modo, pero no será en el campo de batalla. De eso estoy seguro, porque puedo evitar que Louis vaya a la guerra. Así pues, solo podrían acabar con él aquí, en palacio. Y ahí es donde entras tú.

El joven guerrero se estremeció. Asesinar al heredero era un requisito necesario, tanto para Bourgogne como para Orléans. La muerte de Louis de Valois era la clave para las aspiraciones de los usurpadores. Ora bien, hasta ese instante no había contemplado que el asesinato pudiera tener lugar dentro de sus propios aposentos.

Se quedó cavilando en silencio, con los ojos entornados. Empezaba a comprender las previsiones de Waroc'h.

—Después de Louis, vendría Jean —apuntó al final, pensativo.

Ya podía anticipar el escenario que estaba describiendo su hermano.

—Y después aún estaría Charles. —El rostro del conde se endureció al nombrar al más pequeño de los hijos del rey—. Pero eso no implica que debamos dejar al legítimo heredero a merced del odio de sus enemigos. ¿No crees?

Robert esbozó un leve asentimiento. Por supuesto que no, aceptó. Sin embargo, no acababa de verlo claro. De acuerdo, le haría de escolta las veinticuatro horas del día si fuera necesario. Trataría por todos los medios de que siguiera con vida. Pero ¿cómo pretendía el señor de Vannes consolidar las escasas opciones que le quedaban al delfín para aspirar al trono?

Waroc'h leyó la incertidumbre en sus ojos. Basta de preliminares, se dijo entonces. Era hora de poner las cartas boca arriba.

—Escucha, Robert. —El joven caballero se echó hacia adelante—. La invasión de Normandía es inminente. Inglaterra parece estar lista. —El gesto del muchacho se ensombreció. Aquella era la única guinda que le faltaba a aquel desastroso pastel. Waroc'h advirtió su desazón, pero continuó con voz tranquila. Por suerte, decían sus gestos, no todo era lo que parecía—. Aun así, y aunque pueda parecer lo contrario, creo que esa es la única opción que nos queda para conservar el trono bajo las reales posaderas de Louis—. Un súbito gesto de sorpresa dejó paso, casi de inmediato, a una mirada de comprensión —. Sí, sí. Has oído bien. —Waroc'h esbozó una sonrisa condescendiente. Llevaba toda la vida inmerso en las corruptelas de palacio. Por eso podía anticipar las consecuencias de lo más imprevisible. Sin embargo, su hermano aún no se había sumergido nunca en aquel pozo negro—. Solo ante un enemigo común, ante un invasor foráneo como el ejército inglés, podemos erigir a nuestro delfín como el bastión unificador de todas las fuerzas de Francia. ¿Comprendes? Ni un bando ni el otro podrían negarse. Si lo hicieran, serían considerados traidores por el pueblo.

Robert se quedó mirando al techo, pensativo. Le dio un par de vueltas a la idea, pero no le encontró resquicios. La maestría de su hermano a la hora de prever el futuro próximo no podía ser rebatida. Ante una invasión inglesa, tanto Orléans como Bourgogne tendrían que poner sus respectivas milicias a disposición del poder real.

Un cargo que solo podría ostentar, en aquellas circunstancias, el delfín

Louis de Valois.

—Por eso —concluyó Waroc'h, con la misma seguridad— necesito que el mejor guerrero de que dispone este reino le cubra las espaldas a nuestro heredero. En vista de lo que se avecina, su muerte sería la única opción que les quedaría, tanto a borgoñones como a armagnacs. Ese sería el único escenario que les permitiría hacerse con el poder: el caos que cundiría sin remedio en un país invadido y sin rey.

—Lo que solo podría suceder si Louis muere —asintió. En efecto, todas las piezas encajaban.

De repente, Robert observó a Waroc'h con otros ojos. He ahí la luz que necesitaba para asumir aquel encargo, asintió entonces, con ánimos renovados. Tras aquella conversación, el joven se hacía cargo de la trascendencia de su cometido.

Jamás hubiera creído que llegaría a ver a su hermano de aquel modo.

Waroc'h esperó a que todas las piezas fueran encajando en la cabeza de Robert. En cuanto le pareció que había asumido la magnitud de lo que le estaba encomendando, le puso una mano en el hombro y sonrió.

—Y ahora que eres consciente de que Francia no puede sobrevivir sin tu ayuda una vez más —Robert sonrió también, aunque en realidad estaba impresionado—, querido hermano, permíteme que te presente al pequeño príncipe Charles. —Se encaminaron hacia los aposentos de los infantes. Waroc'h avanzaba despacio, pero sin titubeos—. A partir de hoy vas a ser oficialmente el maestro de armas de ese chiquillo.

Robert tomó aire. Iba a necesitar de todo cuanto había aprendido en Hagia Sophia, y también de todo lo que Ezra y Beadur le habían enseñado, para cumplir con aquel extraordinario cometido.

Myrna también apareció entre la niebla.

—Antes, de todos modos, pasaremos por las alcobas de Louis y de Jean. Es hora de que conozcas a nuestro delfín y también al segundo en la línea de sucesión.

La voz de Waroc'h reverberó contra las paredes, pero Robert ya no la oía. Una idea se había apoderado de su mente, y un vértigo fugaz lo había golpeado con fuerza. Todo pasó ante sus ojos. Rodas, Toledo, Constantinopla. Un pantano en llamas. Senderos en la noche. Navíos de guerra. Quiberon. Las olas rompiendo al amanecer. El bosque de Karnag. Sangre junto a una fuente. Las caricias de Breann.

Un campo de menhires bajo el cielo invernal.

Andrónikos. Jolivet. Naillac. Ezra.

—Estamos llegando —la voz suave de Waroc'h lo trajo de vuelta.

Robert apretó los puños y cogió aire. Maestro de armas del infante Charles, nada menos. Acababa de darse cuenta de que tenía toda la piel erizada. Waroc'h, comprensivo, guardó silencio a su lado. Era lógico que se le

viese así, sobrecogido.

Su joven hermano, aquel guerrero letal de talento inconmensurable, había elegido el camino de la sabiduría. Y el primer encargo de su vida no podía ser más ilusionantemente aterrador.

La cabeza del muchacho, sin embargo, seguía girando sin control.

Un remanso en las profundidades del bosque de Karnag.

Myrna.

Waroc'h le echó un vistazo rápido mientras caminaban. Ese era el destino de Robert de Gwened, sí.

Ser maestro del hijo del rey de Francia.

CXLVIII

Pronto se confirmaron los augurios más oscuros.

Si las expectativas hasta entonces se habían presentado sombrías, la realidad era tan negra como una noche sin luna. Las presentaciones apenas duraron unos minutos, pero Robert no necesitó más. En efecto, Francia estaba en serios apuros.

Sin demorarse más de lo estrictamente necesario, abandonaron los aposentos de los dos hijos mayores del rey. Un saludo rápido, nada más. Un primer contacto que bastó para que el joven hospitalario saliera al corredor con cara de funeral.

—¿Y bien? —la voz de Waroc'h lo sacó de nuevo de su ensimismamiento. La impresión inicial, en efecto, no podía ser peor.

—Es difícil extraer una conclusión así, tan de primeras…

El conde desarmó la prudencia de su hermano con un simple gesto.

—Venga, Robert. No te andes con rodeos. No hay tiempo para eso.

Él le devolvió un gesto de pura desolación.

—Las cosas están peor de lo que yo pensaba. —Era cierto, negar la evidencia no iba a ayudar en nada—. Louis es un chiquillo enfermizo y triste, sin energía. Parece superado por la situación que le tocó en suerte. Es como si… —las palabras se le atragantaron. Waroc'h esperó, muy serio. Tras un silencio indeciso, fue él quien acabó la frase:

—… como si una sentencia de muerte pesara sobre su cabeza. ¿Es eso?

Robert ladeó la cabeza. No era exactamente lo que él iba a decir, pero se ajustaba a la realidad como la flor de la dedalera al dedo de un chiquillo.

—Ese muchacho es un ánima del purgatorio, hermano. Casi te diría que no creo que ni armagnacs ni borgoñones se molesten en quitárselo de en medio. —Robert, desanimado, reflexionaba como para sí—. Ni siquiera creo

que los ingleses… —Waroc'h asintió. Él mismo tenía esa impresión. De nuevo, ante las dudas de su hermano, fue él quien acabó la frase:

—… vayan a tener que molestarse, ¿verdad? —Robert se encogió de hombros—. Más bien, es probable que su propio bando sea el que acabe por desembarazarse de semejante estorbo. Saben que con él al frente no pueden ganar.

El muchacho bajó la cabeza. La verdad era demoledora, pero no por eso era menos verdad.

—No veo ninguna opción de victoria con Louis al frente de la monarquía de este reino, Waroc'h. —Robert se había hecho esa misma impresión en apenas minutos—. Ni la vería, de hecho, aunque la situación fuera menos complicada. Ese chiquillo no puede ser rey.

Siguieron adelante con el gesto muy serio. Eso era lo que tenían entre manos. Y ellos, convenía no olvidarlo, eran ya los únicos locos dispuestos a luchar por aquella causa. Una causa perdida de antemano.

Robert nunca se había sentido así. Aquel ambiente lo asfixiaba. Era como si una sombra viscosa se le pegase a la piel. Había conocido situaciones complicadas, pero ninguna como aquella. Además de desesperada, presentaba una cara desolada. Le recordaba a un anciano que había atendido Myrna una vez. Un hombre impedido que sabía que, por mucho tiempo que viviera, ya nunca más iba a poder levantarse de la cama. Sus ojos aún tenían vida, pero era una vida peor que la propia muerte.

—Por lo que se refiere a Jean, el siguiente en la línea sucesoria. —Robert quiso sacudirse de encima aquella sensación. Waroc'h le había encargado proteger la vida de los infantes desde dentro, y no podía empezar aquel cometido invadido por la desazón—. La verdad, hermano, tampoco acabo de ver un rey en ese chiquillo… Louis es débil y enfermizo, y desde luego no creo que desprenda la energía necesaria como para afrontar un reinado —Le parecía increíble, pero no había tardado en comprobar que el siguiente eslabón de la cadena era incluso peor que el primero—, pero conserva una dignidad que su hermano no posee… ni poseerá jamás.

Al abandonar la cámara del delfín, Robert esperaba encontrar una versión mejorada en el siguiente hermano. Alguien que fuera igualmente regio, pero que disfrutara al menos de buena salud. La decepción se había transformado en alarma en cuestión de instantes. Jean era un bobalicón que parecía recién sacado de una cueva. Se reía por cualquier tontería, y los dientes separados le daban un aspecto de gañán que no encajaba con un príncipe. Una apariencia que correspondía con lo que en realidad era. Desgraciadamente, no tenía más que abrir la boca para confirmarlo.

—Al salir de la cámara de Louis pensé que nuestra esperanza estribaría en Jean. —El joven caballero trataba de no parecer tan desolado como en realidad se sentía—. Di por hecho que nos centraríamos en el siguiente eslabón.

Calló. Aquellos corredores desiertos y cubiertos de oro se le antojaron la alegoría perfecta de la realidad de aquel palacio.

—Y sin embargo, ahora crees que eso sería ir de mal en peor —anticipó Waroc'h, cariacontecido—. ¿No es cierto, hermano?

El diagnóstico era ese, sí. No obstante, la respuesta de Robert se congeló al volverse para contestar. Para su sorpresa, en el rostro del conde volvía a brillar una sonrisa tranquila. De nuevo, aquella apariencia optimista chocaba con el terrible panorama que tenían por delante. Waroc'h había anticipado la sorpresa de su hermano.

Su sonrisa derivó en una risa que acabó de desconcertarlo.

—No creas que soy un inconsciente, Robert —advirtió, aún con gesto risueño—. Aunque no lo veas, aún hay esperanza. No te habría hecho abandonar Constantinopla si no fuera así… Puedes creerme, hermano. Sé que todo parece perdido, pero hazme caso. Quedan motivos para tener fe.

El muchacho recordó que las presentaciones aún no habían acabado. De hecho, su deambular por las galerías del palacio los había llevado hasta la puerta de una última alcoba. Se detuvieron. Dentro, un chiquillo de apenas once años esperaba su llegada.

—Ahora comprenderás por qué Charles es el único amigo que he dejado entre estas paredes. —El rostro de Waroc'h se puso serio de nuevo—. O mucho me equivoco, o ese chiquillo es la única esperanza de Francia. Lo último que nos queda, hermano.

Robert no respondió. La perspectiva seguía pareciéndole poco prometedora. Al fin y al cabo, aquel muchachito solo llegaría a reinar si sus dos hermanos desaparecían de la ecuación. Aunque, pensó, vistos los antecedentes, tal vez aquello no fuera muy improbable. No era descabellado, no, pero aun así quedaría por delante un camino demasiado incierto. Entre la guerra civil y la inminente invasión de Inglaterra, tampoco parecía muy probable que ni de ese modo Charles llegase a reinar.

—Confía, hermano. —Waroc'h volvió a sonreír en el momento de llamar a la puerta—. Confía.

Robert entró tras él sin mucho convencimiento.

Al otro lado, observando la puerta con expectación, esperaba un muchacho rubio. Un niño de mirada despierta al que se le iluminó la cara al ver a Waroc'h.

—Príncipe Charles —saludó el conde, tras una leve reverencia—, os presento al caballero Robert de Gwened.

El niño inclinó la cabeza con timidez. Después, escrutó al recién llegado. El porte de aquel joven bretón impresionaba nada más verlo. No habían exagerado al hablarle de él. Sus músculos parecían de acero y sus ojos desprendían un fuego salvaje.

Se diría que la vida emanase como un torrente incontenible de aquel

cuerpo mortal.

Charles alzó el mentón, reconfortado. La imagen del joven guerrero era justo lo contrario de lo que allí se respiraba. Waroc'h siguió con la presentación mientras los dos desconocidos se medían con la mirada.

—Como os he comentado, Robert es mi hermano menor. También, como veis, es todo un hospitalario. Pero, sobre todo, majestad, él es quien os va a transformar en un gran guerrero. No podríais hallar a nadie mejor, os lo aseguro.

El pequeño príncipe se volvió al conde en señal de cortesía. Cuando volvió a cruzar la mirada con el joven caballero, los dos sonrieron levemente. Entonces, un relámpago atravesó sus pupilas.

Las de los dos.

—Es un honor conoceros, alteza —saludó Robert, con una rotundidad en la voz que sorprendió a su hermano—. Si me lo permitís, yo seré vuestro maestro.

El eco revistió de solemnidad el momento y la intención. Su voz reverberó contra las paredes, y por un instante el tiempo pareció detenerse. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Waroc'h al intuir que se hallaba ante una escena crucial. Un momento que iba a determinar el porvenir de aquellas dos personas y, posiblemente, el futuro de toda Francia. Tal vez, incluso, el de toda la cristiandad.

Uno de esos momentos que dan sentido a toda una vida.

La sensación de trascendentalidad le sobrecogió más de lo que hubiera querido. Involuntariamente, contuvo la respiración.

Las palabras de Robert aún resonaban contra las paredes.

«Alteza, yo seré vuestro maestro».

CLXIX

DOMRÉMY, 1428

Hay conversaciones que condensan la vida en minutos.

Y hay también encuentros capaces de cambiar el curso de la Historia.

—Entonces, ¿creéis que Francia puede resistir? —*Monsieur* D'Arc, con gesto ansioso, trataba de parecer amigable. Su ilustre visitante, en cambio, estaba impaciente.

No tenía un segundo que perder.

Su pupilo, el delfín de Francia, avalaba aquella visita. Estaba allí porque la pequeña Jehanne había cumplido dieciséis años.

La maestría de Waroc'h había mantenido el secreto de su existencia bajo tierra, pero el peligro se había hecho demasiado palpable. Con media Francia invadida por Inglaterra, solo faltaba que alguien descubriera que el único heredero al trono tenía una hermana. Ese hubiera sido el fin. Los borgoñones, aliados de los ingleses, no iban a dejar pasar semejante regalo.

Pero aún había algo más. Robert había sido testigo de la evolución de la niña. En todo aquel tiempo había visitado periódicamente Domrémy, asombrándose cada vez más del inexplicable magnetismo que desprendía. La otra cara de la misma moneda, había pensado al recordar a la madre de la pequeña.

Después, empezaron las voces. Y al final, entre una cosa y otra, todos decidieron que sí: la pequeña Jehanne D'Arc tendría que viajar a la Corte. Ya verían qué hacer con ella.

Entonces fue cuando él empezó a pergeñar aquella estrategia.

Había afianzado a Charles como delfín, tras las muertes de Louis y de Jean, y había logrado que Galloway desembarcase al frente de seis mil escoceses para ayudarles en su lucha contra Inglaterra. Hasta había organizado la operación en la que Tanneguy du Chastel le había rebanado el pescuezo a Jean Sin Miedo. Sin embargo, todo eso no bastaba.

Inglaterra avanzaba, triunfante, y Charles ni siquiera había sido coronado.

Sí, se convenció entonces: hacía falta el golpe de efecto definitivo. Algo tan grande que levantase la moral de todo un país derrotado. Que unificase todos los ejércitos de Francia en tomo a su legítimo rey. Un imposible, a ojos de cualquiera.

—Haría falta un milagro —había dicho un día Waroc'h, a punto de rendirse.

Esa fue la clave. Las voces que le hablaban a la pequeña Jehanne acabaron de darle una idea. Desesperada, tal vez, pero posible. Al fin y al cabo, sonrió entonces, a veces, los milagros suceden.

—Eso intentamos, querido Jacques… —La irrupción de la chiquilla interrumpió la respuesta de Robert. Traía el gesto ansioso.

—¿Me habéis llamado, padre? —preguntó.

—Eh… sí, querida… en fin, creo que ya conoces a nuestro invitado…

La muchacha se quedó mirando al caballero, indecisa. De un primer vistazo, calculó que tendría unos treinta años. Recordaba haberlo visto allí alguna vez muy de tarde en tarde, pero sin llegar nunca a saber quién era. Él se levantó, se ajustó la espada y le sonrió.

—Tendréis que prepararos, Jehanne. —El caballero hizo una leve reverencia con la cabeza—. Vuestro rey y vuestra patria os necesitan.

Ella, súbitamente alterada, asintió. Robert y Jacques cruzaron una mirada

fugaz.

—Pronto enviaré a mi lugarteniente, Jean de Metz, a buscaros. Él os conducirá a Orléans. El delfín Charles os espera allí.

Jehanne d’Arc, visiblemente nerviosa, se volvió hacia su padre. Al ver que daba su conformidad, bajó la cabeza ante el caballero.

—Será un honor, mi señor —su voz, ahora, temblaba de emoción.

Robert, complacido, se acercó a ella. Le había parecido ver un brillo de entusiasmo en sus pupilas. Por eso, con cuidado pero también con firmeza, le alzó el mentón con la mano. Cuando se miraron frente a frente, los ojos de ella destellaban.

—Dios ya me lo había advertido.

CLXX

MONT SAINT MICHEL, ENERO DE 1437

Bajo la luz del amanecer, la figura de un monje a caballo seguida por una mula cargada, sale de la abadía que se levanta en lo alto de un islote escarpado. Cruzando la puerta fortificada, se interna en el camino que atraviesa la bahía a pie seco durante la marea baja.

Atrás queda Jolivet, el viejo amigo. El jinete recuerda cuando no era más que un joven bibliotecario empeñado en enseñarle al pequeño Robert la magia oculta en los libros. Ahora, tantos años después, ocupa el cargo de abad; es el máximo dirigente de la congregación de Saint Michel. En buena hora, sin duda. Él fue quien tuvo a bien ofrecerle aquel retiro de paz.

Será porque sabía de su tormento mejor que nadie.

Han pasado treinta años desde aquel primer mes en la biblioteca, rehusando Cotentin. Y mil historias, recuerda el caballero, pero él siempre estuvo ahí. No solo como hermano de la Orden, o como maestro. Siempre como amigo y protector.

Contemplaremos las estrellas y nos sumergiremos en los libros, le dijo. Ven. Aquí estarás bien.

Buenas intenciones que, sin embargo, no acabaron de llegar a puerto. Era de esperar.

Atrás queda también cualquier esperanza de calma para su conciencia atormentada. Los anhelos de paz monástica acabaron derivando, a pesar de las expectativas, en un desasosiego frío. En la misma culpabilidad oscura. Nada

había cambiado. Lógico, por otra parte.

Por alto que sea un muro de piedra, no sirve para dejar fuera a los espectros que acechan.

Hasta allí lo persiguieron los mismos recuerdos. Las mismas imágenes de una jovencita inocente devorada por las llamas. La misma melodía de traición.

De su traición.

Mientras cruza la marisma camino del continente, atribulan su mente emociones encontradas. Esa culpa que le escuece bajo la piel, que aparece cada día, con cada despertar, para acentuarse con el paso lento de las horas, trae a Jehanne una vez más a su memoria.

Johanne, la pequeña Jehanne. Pobre niña inocente.

Para él, ella sigue siendo aquel bebé. Aquella criatura que tuvo que trasladar hasta la remota aldea de Domrémy con todo sigilo. Su primera operación secreta, orquestada por Waroc'h. Después vendrían cientos. Allí había dejado, abandonada, la vergüenza de una reina.

Pérfida Isabeau, jamás podrás enmendar ese pecado terrible.

Sin embargo, al recordarlo, el jinete también se estremece. Para pecados, los suyos, piensa. Al fin y al cabo, esos son los que dieron con ella en la hoguera.

La rada está seca en la bajamar de madrugada. Ya falta menos. Se siente frustrado por tener que abandonar aquel retiro de estudio y contemplación, pero la misión encomendada supone un encargo imposible de eludir.

Robert avanza taciturno por el camino de arena. Un poderoso noble castellano ha reclamado sus servicios. No sabe por qué, pero así es. Y Charles, al parecer debiéndole un gran favor, no ha dudado en pagárselo. Embarcaos de inmediato con destino al puerto de Pontevedra, ordenaba su misiva. Curiosos estos tiempos, en que grandes reyes se pliegan ante nobles extranjeros.

Recordó la carta. Cuando llegó, una tormenta descargaba toda su furia sobre el campanario de la abadía. A la luz de los relámpagos, la leyó en la biblioteca. Allí le exponía todo, punto por punto.

Un tal Fernán Eannes, un ricachón apodado rey de Galicia, pretendía que él se hiciera cargo de la educación de su hijo. Cómo no, había protestado Jolivet al saberlo, soliviantado. Todo un maestro de armas del rey de Francia al servicio de un muchacho cualquiera.

—Niégate, Robert. Demasiados servicios has prestado ya a tu rey. Es humillante.

Además, el niño, al parecer, era un simple bastardo. Un don nadie que vivía en una aldea de nombre peculiar que Robert, pese a esforzarse, no logró recordar.

Tranquilo, Jolivet, sonrió él, conciliador, con los mismos ojos tristes y cansados. No pasa nada. Claro que podría haberse negado. Por muy rey de Francia que fuera Charles, sabía bien que la voluntad de Robert de Gwened

no estaba en venta.

Pero quizás, pensó después, quedarse en Saint Michel ya no tuviera sentido. Los remordimientos que lo habían llevado a confinarse en aquel lugar iban ganando la batalla. Tenía que levantar la cabeza, y tal vez aquel extraño encargo fuese el pretexto perfecto. Una jugada más en la lógica inabarcable que rige la eternidad. Abandonar la abadía fue, posiblemente, el esfuerzo más amargo de toda su vida. Sin embargo, algo en su pecho le indicaba que tocaba resurgir. Que aún había vida por delante.

Que quedaba luz por extender.

A medio camino, gira la cabeza y mira atrás, a la figura del antiguo monasterio que, a pesar de que amenaza ruina, queda elevado en el islote que se levanta en medio del arenal.

Jehanne vuelve a su memoria, y viejas imágenes restallan como latigazos. El carácter especial de una niña extraordinaria. Las voces que sonaban en su cabeza y el maldito plan que él, y solo él, por mucho que desearía que no hubiera sido así, llevó a cabo.

Francia ante todo, le dijeron. Ni la vida de un hombre, ni la de ciento.

Ni la de una chiquilla inocente que habitaba en un mundo de fantasía.

Ponerla a los pies de los caballos. Aprovecharse de su inocencia, de su don, para convencer a toda Francia. Para gritar al viento que Dios todopoderoso la había elegido a ella, una simple campesina de Domrémy, para liberar a su patria.

Y el plan funciona.

A las victorias iniciales les sucede el alzamiento de todo el país. La guerra, cien años enquistada, se da la vuelta. Inglaterra, que ocupaba no solo Normandía, sino más de la mitad de Francia, ve el viento rolar. Suenan nuevos tambores, y los franceses empiezan a ganar batallas. La fe inquebrantable de la pequeña Jehanne D'Arc los guía.

Todo pareció cambiar entonces, sonrió. Hasta el triunfo pareció posible por momentos.

Pero no, recordó ahora.

Tal vez el desastre empezase cuando Charles, tras la muerte de sus dos hermanos, fue nombrado delfín de Francia. Un día feliz, sonrió tristemente, en el que empezó la sucesión de desastres. Intrigas, asesinatos y traiciones en las que él participó, creyendo que así contribuía a fomentar la paz.

Llegar a pensar que el fin justificaba los medios. Myrna estaría avergonzada.

Y sin embargo, así había sido. Con un heredero al trono en tan lamentables circunstancias, él, Robert de Gwened, cogió las riendas del reino. Con la ayuda de Waroc'h, organizó a los nobles que aún eran leales al legítimo soberano. Después, en colaboración con el conde de Galloway, logró que miles de escoceses acudieran a socorrer a Francia.

De repente, era Inglaterra la que se tambaleaba.

Entre una cosa y otra, la posición de Charles empezó a afianzarse. El bando de Valois dejó de ceder terreno a unos y a otros, y el delfín empezó a parecer una opción real de futuro. Sin embargo, seguían danzando en el alero. Era necesario un nuevo golpe de efecto. Algo que invirtiese la tendencia de verdad. Que empezara a decantar aquella guerra a su favor.

Y ahí, por mucho que le doliera, fue él quien pensó en Jehanne.

En utilizar el don divino de la niña para consolidar a su medio hermano como auténtico rey de Francia.

De nuevo, un éxito rotundo en la estrategia inicial. Después llegó el desastre. Aquel desenlace seguía siendo un hierro candente atravesado en su pecho. La más horrible fatalidad. La guerra fratricida entre armagnacs y borgoñones no podía desembocar en nada más. Todos la traicionaron.

Lógico. Todos eran unos traidores.

Ella solita se lo buscó, llegaron a decir. Y él ya no pudo hacer nada. Era demasiado tarde.

Daba igual que Charles se hubiera convertido en rey. Que Inglaterra se hubiera retirado con el rabo entre las piernas. De repente, los días no se componían más que de amargura.

De un día para otro, la vida había dejado de ser hermosa.

Jehanne había ardido en la hoguera, y había sido por su culpa.

Después, Robert vagó durante años por un páramo de odio hacia sí mismo. Ni sus nuevos cometidos en el norte, ni las misiones prácticamente suicidas en Rodas atenuaron su pesar. Se arrastró por caminos oscuros hasta que los remordimientos y Jolivet lo condujeron a Saint Michel. Llegó a creer que tal vez la distancia pudiera alejarlo de su propia conciencia. Sin embargo, todo esfuerzo fue vano. Entendió que ya nunca habría paz.

Los recuerdos se hacen demasiado dolorosos, y el jinete sacude la cabeza. Hay un nuevo camino por delante, se repite. Queda luz por difundir. Entonces recuerda los relámpagos que azotaban el campanario durante la noche en que llegó la misiva.

Trata de ahuyentar los augurios, se coloca la espada que lleva oculta entre las ropas y obliga a su caballo a apretar el paso. La marea está subiendo y hay que llegar enseguida al final del camino de arena.

Cuando su montura comienza a ascender por la senda que lo llevará tierra adentro, con la luz anaranjada del amanecer, distingue las primeras chimeneas humeantes entre los campos labrados. El viajero inspira profundamente mientras cierra los ojos. No parece tan mal futuro el encargo bajo este amanecer esperanzador.

Una sensación cálida renace en su pecho. No sabe de dónde viene, pero está ahí. Sorprendido, se da cuenta de que quizás aquellas dos décadas de infamia le hayan robado su auténtica naturaleza. Le gustaría creer que la

pasión que nació tantos años atrás en Hagia Sophia sigue viva, aunque haya estado enterrada bajo un sedimento espeso lie intrigas y traición.

Asfixiada y oculta bajo veinte años de guerra.

De nuevo, toma aire. Por primera vez tras tanto tiempo, tal vez la calma aguarde más allá de la línea del horizonte. Toca regresar a la esencia, se dice. Volver a ser un maestro. Eso es lo único que puede salvarlo ya. Aunque tenga que llevarlo a cabo en tierra extraña.

Se esfuerza por recordar el nombre del lugar, pero de nuevo es en vano. Solo sabe que se trata de una aldea marinera, allá, en el lejano reino de Galicia. Ese nombre trae a su memoria el Lebor Gabála Érenn, y las leyendas de su pueblo. Mil Espáine, Ith, Breogán. Al menos, sonríe, no abandonará sus raíces.

También los galaicos, recuerda, son hijos de Gael.

Vamos, Petit, le dice en la oreja a su caballo. El animal sigue subiendo, despacio, y llega a lo alto del acantilado. Por delante se abre la campiña normanda. La misma de siempre, con su paisaje áspero y su *bocage*.

Las landas verdes lo reciben con todo su esplendor. Y también los viejos tiempos.

Cuando el primer rayo del sol naciente deslumbra sus ojos, lo recuerda. Sin intentarlo esta vez, un nombre aparece en su memoria.

Ese el lugar donde le espera una extraña misión, sí. Esa es la pequeña aldea del Finis Terrae, en los dominios de Soutomaior, a donde se dirige.

Portosanto.

Un amanecer esplendoroso ilumina el camino. Sin saber muy bien por qué, una nueva sonrisa aparece en su cara. Robert de Gwened, por primera vez en mucho tiempo, vuelve a sentir la vida floreciendo en su interior.

Volvemos a los caminos. Volvemos al mar.

Epílogo

Hubo luz en 1453.

Un artesano de Mainz, en el Sacro Imperio Romano Germánico, ideó un artefacto capaz de producir docenas de copias de un manuscrito en mucho menos tiempo de lo que el amanuense más rápido tardaría en transcribir un solo ejemplar.

Este revolucionario invento cambio el curso de la Historia, al permitir que se difundieran por todo el mundo los libros que hasta entonces estaban restringidos a una élite minoritaria. La magnitud del acontecimiento cambió la vida de todos aquellos que, como Jolivet o Luis de Ligunde, como Ezra ibn Levy o su hijo Yehuda, habían dedicado toda su vida a custodiar los legados más valiosos que posee la humanidad.

Las bibliotecas.

En mayo de ese mismo año, la guerra que enfrentaba a los reinos de Francia e Inglaterra acabó por fin, tras más de un siglo de sangre y sufrimiento. Guerra de los Cien años, la llamaron con total merecimiento. Normandía fue devuelta al soberano francés, que logró así consolidarse en el trono definitivamente tras haber recuperado también los territorios de Aquitania.

La paz llegaba por fin al corazón de Europa, y Charles de Valois, rey de Francia, sería conocido como Charles VII, el Victorioso, hasta el fin de sus días.

Y ello, pese a no contar nunca más con su maestro y amigo.

Tras el breve paso por Saint Michel y la trascendental misión completada en las tierras de Soutomaior, en Galicia, el gran Robert de Gwened acabó acudiendo a la llamada de sus hermanos para defender Hagia Sophia del asedio del invasor.

Porque también hubo tinieblas en 1453.

Ajeno a la invención de la imprenta, y también a la victoria definitiva de Francia en la Guerra de los Cien Años, el maestro derramó su sangre tratando

de defender el templo de la Sabiduría Sagrada de la barbarie que lo amenazaba.

Robert cayó sin sospechar la verdad más trascendental de toda su existencia.

Nunca llegó a saber que su último discípulo, un pequeño bastardo de Portosanto llamado Pedro, acabaría por llevar a cabo el más trascendental descubrimiento de la Historia de la humanidad. Aún no habían transcurrido cuarenta años desde la muerte del maestro cuando el descubridor, Pedro de Soutomaior, también conocido como Pedro Madruga, cambió el mundo para siempre. Este hombre, que llevó a cabo tal hazaña gracias a la influencia del gran Robert de Gwened, pasaría a la posteridad con una identidad inventada.

Pero esa es otra historia y debe ser contada precisamente allí: en Portosanto.

El templo de la Sabiduría Sagrada fue profanado pese a la bravura de su último defensor, el mejor guerrero de su tiempo.

Tras la caída de Constantinopla, el dogmatismo invadió el centro mismo del universo. El que había sido el más luminoso haz de luz del mundo entero fue convertido en templo religioso. En máximo exponente, por lo tanto, de la ignorancia y de la barbarie. Del fanatismo y del dogmatismo.

De todo aquello contra lo que tantos lucharon.

Hubo luz y hubo tinieblas en 1453.

Como siempre hasta entonces, y como nunca ha dejado de haber. Día tras día, año tras año, hasta nuestros días.

Porque, como dijo Naillac, «esta guerra no acabará nunca. Siempre habrá oscuridad acechando dentro de cada uno de nosotros. Nunca dejarán las sombras de amenazar la razón, la sabiduría y el progreso. Esa es la hermosa certeza de que jamás venceremos. Cuanto antes la aceptemos, más brillará nuestra sonrisa día a día en el campo de batalla».

Hasta aquí nuestra historia.

De hombres y mujeres que nunca dejaron de luchar. De bibliotecas secretas y tiranos implacables. De libros que arden y océanos que se cruzan rumbo a lo desconocido. De manos que curan y guerras encarnizadas por el poder. De los instintos más antiguos, que mueven el mundo desde el principio de los tiempos.

Del ser humano.

De luz y tinieblas.

NUEVA YORK, FEBRERO DE 2020 — COMPOSTELA, ENERO DE 2021

Agradecimientos

A todos los libros que me han permitido explorar un millón de planetas sin salir de casa, gracias a la bibliofilia desatada de Visi y de Manolo en los años color sepia.

A Ártax, que nos hizo galopar contra la Nada como si nos fuera la vida en ello.

A todos los hermanos gaélicos que aún hoy viven, sin ser conscientes de ello, diseminados por todas las naciones de nuestro pueblo. Y al mar de Gael, que no separa, sino que une.

A las hojas de Lorien, que nunca caen en vano, y a las pintas de cerveza en El Póney Pisador.

A Los mares de *Arabía*, junto a Laura en una cama que ya no existe.

Aos Feros Corvos de Xallas/que vangantes andas en salvaxe compaña *sen hoxe nin maña.*

Al Cairn de Barnenez, tal vez el monumento más antiguo del mundo, porque en Camota, a la sombra de otro megalito inmenso —el Pindo—, hallamos más raíces comunes.

A Úbeda, su gente y su amor por las letras. Y a Yolanda, Pepa, Belén y Aseen, por su pasión por los libros y su locura contagiosa. Cuento las horas para volver a abrazaros.

A Ith, y a toda la estirpe de los gaedil.

A Pedriño y a Ligunde; a Evinha y a Baia; al Roxo y a Tato.

A los atardeceres nublados en el Almirante Benbow, a las travesías a bordo del Nautilus con guardias de Cuatro a cuatro y al pequeño *Carahuevo*, que lo iba mereciendo ya.

A Tomi y a Rosa, por su fe que da alas y derriba barrotes. Y a Jacobo, que siempre está.

A las piedras de Karnag, al Mont Saint Michel y a toda la Armórica, porque allí fui otra vez aquel niño que leía maravillado la épica de unos antepasados imaginarios. A Pepe, Sandra, Valentín, Aldegunde y a todos los que alguna vez sujetaron la escalera de mano.

A las tazas de sidra en Saint-Malo y de ribeiro en Ribadavia, vestigios de

la raíz común. Y a las Cruces de piedra de Bretaña, a las cornamusas de Lorient y las galettes de Quimper, que bien podría haber cocinado mi abuela.

A Yoli, por los silencios y las risas que dicen más que las palabras.

Y por último a ti, que llegas a estas líneas tras descubrir qué fue del pueblo perdido. Ahora sabes que su corazón sigue latiendo. Te has convertido, por lo tanto, en pieza clave para su supervivencia. Si vive en tu conciencia, vivirá para siempre.

Los hijos de Gael están en tus manos. No los dejes caer en el olvido.



RODRIGO COSTOYA SANTOS (Torrelavega, 1977). Profesor de Educación Física en el IES Rosalía de Castro en Santiago de Compostela. Tras la aclamada *El custodio de los libros* (premiada en el Certamen Internacional de Novela Histórica de Úbeda en 2020) y el éxito de crítica y público de Portosanto (2021), publica ahora *Hijos de Gael*, una epopeya que ilustra el devenir último de las naciones gaélicas.

Rodrigo nos ofrece la gran crónica de nuestras letras sobre el final de la Edad Media. Guerras interminables, inventos que cambiarán el curso de la Historia, el descubrimiento de un nuevo mundo allende la mar océana o el declive de una estirpe milenaria son algunos de los elementos que componen esta canción épica. Un trepidante relato sobre una de las épocas más apasionantes que jamás han existido.